

ISAAC ASIMOV

LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCION

II

SUPER  
FICCION



Lectulandia

He aquí el tomo que completa la monumental antología dedicada por Isaac Asimov a los grandes maestros de su juventud, los modelos recordados a lo largo de toda una vida, y que decidieron su vocación como escritor de ciencia-ficción.

En esta segunda parte, el género entra en los albores de su madurez. Los relatos aún conservan el impulso épico de los primeros tiempos, pero apunta ya la característica distintiva de la ciencia-ficción más evolucionada: la especulación intelectual, la conjetura lógica.

**Lectulandia**

Isaac Asimov

# **La edad de oro de la ciencia ficción II**

**Super Ficción - 12**

ePub r1.3  
author 27.07.15

Título original: *Before the Golden Age*  
Isaac Asimov, 1977  
Traducción: Horacio González Trejo  
Diseño de portada: Salinas Blanch

Editor digital: arthor  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Sam Moskowitz, a mí mismo y a todos los  
demás miembros de «First Fandom»  
(aquellos dinosaurios de la ciencia-ficción)  
para quienes una parte del encanto desapareció del mundo en 1938.*

## QUINTA PARTE: 1934

En febrero de 1934 ingresé en el «sexto semestre» de la escuela secundaria masculina. Como innovación sorprendente, la escuela ofrecía un curso especial de literatura y redacción para aquéllos a quienes interesara, y aproveché la oportunidad.

Había escrito algunas cosas desde que abandoné los Greenville Chums. No recuerdo ningún detalle, sino que a veces me sentía tentado a escribir poesía.

Ahora parecía presentarse la ocasión de demostrar mi talento literario. (No sé por qué, consideraba la clase sólo como una oportunidad para brillar. Jamás se me ocurrió que podía aprender algo. Estaba convencido de que yo *ya sabía* escribir). El resultado fue un fracaso total. Seguramente, pocos jóvenes habrán tenido una ocasión tan maravillosa de ponerse en ridículo, y la habrán aprovechado tan completamente como yo. Lo que escribí era ridículo, y tanto el profesor como los demás alumnos se burlaron de mí hasta el cansancio.

He mencionado esto en *The Early Asimov*, y también que el único resultado positivo del curso fue un ensayo humorístico que escribí, titulado *Hermanos menores*. Apareció en el boletín literario semestral de la escuela.

No había pensado en aquel ensayo hasta que se me ocurrió mencionarlo. Pero, después de publicar *The Early Asimov*, empecé a preguntarme si podría conseguir un ejemplar. En febrero de 1973 pronuncié una conferencia ante un grupo de bibliotecarios del área metropolitana neoyorquina, a la que asistió la actual bibliotecaria de mi antigua escuela. Cuando se dirigió a mí, le pregunté si sería posible localizar algún ejemplar de aquel semestral literario en los polvorientos archivos de la escuela.

En junio de 1973 ella encontró un ejemplar y me lo envió. El presente libro ya estaba compuesto, pero se hallaba todavía en las primeras etapas de producción, lo cual me permitió introducir el cambio correspondiente.

Al recibir la revista —se llamaba «Boys High Recorder» y era el número de primavera de 1934— busqué rápidamente mi *Hermanos menores* y lo leí con emoción. Estaba seguro de que allí encontraría indicios manifiestos de mi talento.

Pero no fue así. Parece, ni más ni menos, una redacción escrita por cualquier adolescente precoz de catorce años. ¡Qué decepcionante! Pero, al objeto de completar mis antecedentes y para no verme asaltado por una avalancha de peticiones (pues imagino que todos mis lectores estarán esperando la oportunidad de burlarse de mí como hicieron mis compañeros de aquel maldito curso de literatura), aquí está:

***Hermanos menores***

*Hoy por hoy considero que mi misión en la vida consiste en expresar los venenosos sentimientos que nosotros, los hermanos «mayores», experimentamos hacia quienes arruinan nuestras vidas: los hermanos «menores».*

*El pasado 25 de julio de 1929, cuando supe que había tenido un hermanito, me sentí algo incómodo. Por lo que a mí respecta, no sabía nada acerca de los hermanos, aunque muchos amigos me habían explicado con gran lujo de detalles los inconvenientes (para no emplear otra palabra más fuerte) que acarrear los bebés.*

*El 3 de agosto vino a casa mi hermano menor. Todo lo que vi fue un pequeño montón de carne sonrosada que, en apariencia, no tenía medios para hacer ningún daño.*

*Aquella noche salté repentinamente de la cama con la carne de gallina y los cabellos de punta. Me había despertado un aullido que, evidentemente, no podía salir de la garganta de un terráqueo. En respuesta a mis frenéticas preguntas, mi madre me informó con toda naturalidad que había sido el bebé, sencillamente. ¡Sencillamente el bebé!*

*Estuve a punto de desmayarme. ¡Un bebé pequeñito, de cuatro kilos y diez días, que lanzaba semejante grito! Yo creía que se habrían necesitado no menos de tres hombres, forzando las cuerdas vocales al máximo.*

*Pero aquello no fue más que el comienzo. Cuando empezaron a salirle los dientes, ¡eso sí que fue una tortura! No pude pegar ojo en dos meses. Sólo conseguí sobrevivir gracias a que dormitaba con los ojos abiertos en la escuela.*

*Y eso no fue todo. Se acercaba la Pascua, y con ella la tan ansiada excursión a Rhode Island; pero mi hermano menor enfermó de sarampión y todo se deshizo en humo.*

*Pronto acabaron de salirle los dientes y creí que podría gozar de cierta paz, pero no, eso tampoco fue posible. Ignoraba yo que cuando un niño aprende a caminar y comienza a hablar molesta más que un ciclón, al que añadiremos un huracán para completar el símil.*

*Su diversión preferida era caer rodando por la escalera, dando en cada escalón un golpe resonante con la cabeza. Esto sucedía con una frecuencia de una vez por minuto, y siempre provocaba una bronca de mi madre (no a él, sino a mí por no vigilar). Eso de «vigilar» no es tan sencillo como parece. El bebé suele mostrar su cariño arrancándole a uno mechones de pelo, con una fuerza que uno jamás sospecharía en un individuo de un año. Cuando, después de varios minutos de tortura insoportable, se logra convencerle de que suelte, él se distrae golpeándole a uno en las canillas con un hierro pesado, afilado o puntiagudo a ser posible.*

*El bebé no sólo es una lata cuando está despierto, sino que resulta doblemente pesado cuando toma su siesta diaria.*

*Ésta es una escena muy corriente: estoy sentado en una silla junto al cochecito, profundamente sumergido en Los tres mosqueteros. En apariencia, mi hermano menor duerme pacíficamente, pero no es así. Con un instinto pavoroso, pese a que tiene los ojos cerrados y no sabe leer, conoce exactamente en qué momento llego a un capítulo interesante y, con una mueca maliciosa, elige ese preciso momento para despertar. Dejo el libro bufando y le acuno hasta sentir que mis brazos están a punto de quebrarse.*

*Cuando vuelve a quedarse dormido, yo ya he perdido mi interés por el famoso trío, y me ha fastidiado el día.*

*Ahora mi hermano menor tiene cuatro años y medio, y casi todas esas costumbres irritantes han desaparecido. Pero presiento que llegarán otras. Me estremezco al pensar que pronto empezará a ir a la escuela, sumando una nueva carga sobre mis hombros.*

*Estoy absolutamente seguro de que, no sólo tendré que seguir haciendo los deberes que me impongan mis empedernidos maestros, sino que además seré responsable de los de mi hermano menor.*

*¡Me gustaría estar muerto!*

\* \* \*

No hará falta explicar que este ensayo es totalmente imaginario, excepto las fechas de nacimiento y llegada a casa de mi hermano menor. En realidad, mi hermano Stan fue un niño modelo que no me creó problemas. Lo paseaba muchísimo en el cochecillo, pero siempre lo hacía con un libro abierto en la manija, de modo que no me molestaba.

También me sentaba junto al cochecillo cuando dormía, pero no solía despertar y rara vez me molestó. Y cuando llegó el momento, hizo siempre sus deberes escolares.

Quedé estupefacto al releer mi referencia a «la excursión a Rhode Island». ¡Qué mentira! Nadie pensó nunca en ir de excursión a ningún sitio. ¡Nunca!, mientras tuvimos la tienda de golosinas.

Otra cosa sobre el «Boys High Recorder»: durante los cuatro decenios transcurridos desde aquel curso de redacción, he venido preguntándome qué habrá sido de los muchachos que se burlaban de mí. ¿Habrán llegado a saber que se reían de quien estaba destinado a convertirse en un escritor prolífico y de éxito? Y ¿qué han logrado ellos?

¿Quién les conoce? (No me interpretéis mal. No soy rencoroso. Sólo han pasado cuarenta años. Cualquiera día de éstos los perdonaré). Desgraciadamente, no recordaba



a ninguno de aquellos compañeros y decidí, con bastante inquietud, no intentar averiguar nada sobre ellos. Por lo que yo sabía, podía hallarse entre ellos el nombre de algún gran escritor. Según mis datos, por ejemplo, habían pasado aquel curso hombres del calibre de Norman Mailer (no el mismo Norman Mailer, naturalmente. En esa época sólo tenía once años).

En consecuencia, cuando recibí el «Boys High Recorder», miré la página titular, dispuesto a recibir una dolorosa sorpresa. Todas las colaboraciones habían sido escritas por los alumnos de aquel curso, y se habían seleccionado las mejores... Conque devoré la lista, pero no encontré ningún nombre conocido. ¡Ninguno! Salvo el mío, naturalmente.

¡Qué alivio!

A propósito, durante ese traumático curso de redacción no escribí nada de ciencia–ficción y eso fue bueno. Si lo hubiera hecho y se hubieran reído de mí, probablemente me habría desanimado de escribir ciencia–ficción para mucho tiempo.

Lo que me salvó fue que aún no me creía capaz de escribir ciencia–ficción. A los catorce años quizá podía soñar con escribir al nivel de las antiguas «Amazing/Wonder», pero la «Astounding» de Tremaine, durante su milagroso medio año de vida, había puesto el pabellón muy alto para mí.

En ese medio año, «Astounding Stories» tomó claramente la delantera sobre las otras dos revistas, que también eran de formato «pulp». Respaldada por la próspera cadena de revistas de Street&Smith, «Astounding Stories» floreció y se difundió, mientras «Amazing Stories» y «Wonder Stories» se estancaban a ojos vistas. «Astounding Stories» tenía los mejores relatos, los portadistas más atrayentes y la más ágil sección de Cartas al Director. El número de marzo de 1934 aumentó su número de páginas de 144 a 160, de modo que pasó a ser la revista de más páginas, y sólo costaba veinte centavos, mientras las demás valían veinticinco.

Todo esto influyó en mí. Después de cinco años de lealtad a «Amazing Stories», como la mejor de todas, me pasé con armas y bagajes a «Astounding Stories», y lo mismo que yo hicieron casi todos. A principios de 1934, «Astounding Stories» se convirtió en la revista que dominaba el mercado, y así ha continuado durante cuarenta años, salvo un par de cambios de nombre, un par de cambios de director y muchos cambios en el campo de la competencia.

Tremaine introdujo una novedad a la que él llamaba relatos de «revolución de ideas».

Eran relatos que proponían ideas nuevas, distintas de las anteriormente conocidas en el dominio de la ciencia ficción (o, al menos, diferentes de las que habían pasado a ser tópicos convencionales). En general, estos cuentos me agradaban y también gustaban a otros lectores.

Considerad, por ejemplo, *Coloso*, de Donald Wandrei.

# COLOSO

Donald Wandrei

*Su (la de ciertos astrónomos) representación es el modelo de un universo en expansión.*

*El super-sistema de las galaxias se dispersa como una bocanada de humo. A veces me pregunto si no podría existir una realidad a escala mayor, donde aquél no fuese efectivamente más que una bocanada de humo.*

**SIR ARTHUR EDDINGTON**  
*The Expanding Universe*

## 1

Como una llama en el cielo, el estratoplano dorado y rojo voló sobre el monte Everest y se lanzó hacia la cumbre. Hasta hacía pocos años, aquella cumbre permanecía invencible y casi desconocida, un desafío para el hombre. Las tempestades invernales azotaban aquel techo del mundo, y el frío competía con los precipicios para dificultar la conquista.

Esos terribles vientos soplaban todavía, pero una torre edificada por el hombre se alzaba más alta que la vieja cumbre y una pista de aterrizaje, que era un triunfo de la audacia y el genio de los ingenieros, se extendía sobre el espacio adyacente a la torre.

El estratoplano aterrizó y rodó por la pista hasta detenerse. El hombre que descendió, Duane Sharon, parecía distinguido a pesar del voluminoso «traje» de aviador.

Sus manos eran poderosas. Ninguno de sus rasgos era demasiado notable: la cabellera de un castaño vulgar, el rostro curtido, la nariz de un perfil nada clásico y los ojos grises que se encendían o suavizaban según exigiera la ocasión. Pero la impresión de conjunto era simpática; tenía una especie de soltura y personalidad agradable.

Caminó hacia el gran observatorio de la LIDC, Liga Internacional para el Desarrollo de la Ciencia. Se necesitaron quince años para construir y equipar aquel observatorio proyectado ya en 1960.

Al entrar en la torre se identificó y dedicó una broma al guardia antes de encaminarse a la sala de observación.

El reflector de diez metros del Observatorio Monte Everest probablemente no sería superado jamás. En la Tierra, no se podía hacer más para superar las limitaciones de la atmósfera, los metales y la óptica. Gracias a aquel espejo gigantesco, montado en un telescopio cuya construcción había exigido años de esfuerzos y la colaboración de muchas grandes inteligencias, a fin de producir un instrumento de precisión, delicadeza y alcance sin precedentes, equipado con todos los medios deseados y conocidos por los astrónomos, el estudio del universo había adelantado un salto descomunal.

Un hombre de rasgos ascéticos estaba trabajando con el reflector. Debía tratarse de una especulación ociosa, pues aún no se había puesto el sol. Cálculos y símbolos, ecuaciones y simplificaciones cubrían una pizarra que estaba a su lado. Sobre una mesa, junto a un montón de fotografías, mapas y libros, aparecía un montón de páginas escritas.

El profesor Dowell tenía su propio gabinete, pero generalmente trabajaba en la sala de observación. Allí la temperatura se mantenía constantemente a 30 grados bajo cero, lo cual requería la protección de ropas especiales así como gafas contra la escarcha para ver con claridad.

Dowell no alzó la mirada hasta que Duane se detuvo a su lado. Aun así tardó algunos momentos en hacerse cargo de la presencia del otro.

—¡Hola! ¿Te molesto? —preguntó Duane.

Dowell pestañeó. Una expresión distante desapareció de sus ojos.

—No. Celebro que hayas venido. Toma una silla... Siéntate.

—Gracias, pero he venido sentado una hora en el avión. Prefiero estar un rato de pie.

¿Hay alguna novedad? ¿En qué piensas?

El astrónomo se acercó a la pizarra cubierta de cálculos.

—¿Recuerdas que anteayer te mostré nuestras fotos de una nebulosa de trigésimo primera magnitud en la constelación de Orión?

—¡Desde luego! Tú dijiste que representaban un hito en la astronomía.

—¿Eso dije? Sí, sí, sin duda. Pensar que sólo alcanzábamos a distinguir dieciocho magnitudes hasta que construimos este telescopio, y que ahora son treinta y una, mientras el universo conocido se dilata a casi mil millones de años luz.

—¡No! —protestó Duane—. ¡Eso es demasiado!

El profesor no lo oyó.

—Me desconcierta un fenómeno en la trigésimo segunda magnitud.

—¿De qué se trata?

—¡No existe trigésimo segunda magnitud!

Duane reflexionó y encendió un cigarrillo.

—Muy interesante —comentó—. Pero no lo entiendo.

Dowell se mostró irritado.

—Yo tampoco. Hace varias noches fotografiamos esa nebulosa de trigésimo

primera magnitud.

Según la teoría de Jeans y las ecuaciones de Valma para el universo en expansión, deberían existir nebulosas hasta la cuadragésima magnitud aproximadamente.

—¿Y no existen?

—Exacto.

—¿Cuál es la explicación?

—No lo sé, pero sólo hay dos respuestas. O Valma estaba equivocado, aunque esto es inconcebible, o toda nuestra teoría del universo es errónea.

Duane consideró esta posibilidad.

—¿Cómo?

Dowell paseaba nerviosamente de un lado a otro.

—Supongo que conocerás las tres teorías más importantes acerca del universo. Según la más antigua, el espacio es ilimitado y se extiende indefinidamente en todas direcciones.

Luego tenemos la teoría formulada por Einstein a principios de este siglo, según la cual el espacio está afectado por una curvatura que lo hace regresar sobre sí mismo. Después de la hipótesis de Einstein, un grupo encabezado por Jeans sugirió la idea del universo en expansión, que crea espacio a medida que se expande, pudiéramos decir.

—Sí, conozco estas teorías y algunas otras —comentó Duane.

—Sin duda. Pero no existen nebulosas ni manchas oscuras desde la trigésimo primera hasta la cuadragésima magnitud. Y deberían existir. Tenemos varias explicaciones para este hecho. Tal vez el universo ha dejado de dilatarse. Quizá se ha estancado e incluso es posible que ahora esté contrayéndose. ¡Ah! Si Einstein tenía razón, tal vez los conglomerados más lejanos se han desviado a través de la curvatura del espacio, de modo que ahora se acercan a nosotros en vez de alejarse. Ello explicaría el sorprendente número de agregados entre las magnitudes vigésimo novena y trigésimo primera. Es posible que la teoría más antigua sea la acertada, y que algún factor desconocido nos impide ver las galaxias más allá del trigésimo primer orden. Y aún quedan otras posibilidades.

—¿Qué supones?

—No lo sé —respondió Dowell, quejumbroso—. Pero hay una cuarta alternativa que ha estado a punto de enloquecerme sólo con pensar en ella.

—¿Cómo es eso? ¿De qué se trata?

Dowell se limpió las gafas.

—No sé si acertaré a explicarlo, pues el concepto es demasiado amplio. Bien, presta atención.

Conoces las teorías atómicas. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que los miles de millones de estrellas que forman los millones de nebulosas y galaxias de todo nuestro

universo podrían ser únicamente los electrones de un superátomo, por encima del cual podrían existir seres inmensos, lo mismo que nosotros habitamos la superficie de la Tierra? Este concepto explicaría la ausencia de nebulosas más allá de la trigésimo primera magnitud.

De allí en adelante existiría un límite externo, un plano invisible de energía y tensión que incluiría nuestro universo, pero que formaría el substrato sólido para otros seres. La materia sólida no existe. El suelo aparentemente sólido que pisamos es, en última instancia, átomos, electrones, vibración, y entre cada partícula hay distancias comparativamente tan grandes como las que existen entre las estrellas y las galaxias —la voz del astrónomo tembló al desarrollar tan tremenda especulación—. ¡Piensa lo que podría ocurrir si alguien de la Tierra consiguiera abrirse paso a través de ese superátomo!

Duane lo pensó.

—Es una idea desconcertante. Llevándola al límite, nuestro átomo gigante podría ser uno entre miles de millones de otros mundos-átomos, a una escala que ni siquiera podemos imaginar, y todo ese superuniverso formaría..., ¿qué?

—¡Una molécula! ¡Y en ese universo aún más vasto podrían existir seres aún más inmensos! Y esa molécula podría ser sólo una entre los miles de millones de moléculas esparcidas a través de billones de billones de años-luz de espacio e incluso podrían formar...

—¡No! —gritó Duane—. ¡Es demasiado! ¡Esto excede a mi capacidad de comprensión!

Observó el reflector. Cuando llegara el ocaso, su ancho disco recogería la luz de las estrellas más alejadas, luz que ya viajaba cuando la tierra emergió de entre mares humeantes y formó los primeros continentes sobre la Tierra joven. Luminarias del infinito, las estrellas dejarían huella de su existencia en las placas, para ser analizadas por hombres como Dowell.

En la antigüedad, los profetas contemplaban el cielo nocturno y se inclinaban ante Dios, que hizo de la Tierra el centro del universo de estrellas fijas. Luego los sabios demostraron que el Sol no era sino el centro de un sistema planetario que se movía en un universo. Más tarde, los astrónomos descubrieron que la nebulosa espiral de Andrómeda era otro universo galáctico situado a ochocientos mil años-luz, y que Vía Láctea era sólo una galaxia entre miles.

De este modo, la nómina de campos estelares aumentó, los límites se dilataron y la imaginación de los hombres, abarcando cada vez más, conoció nuevas glorias a medida que los límites del universo se alejaban y su profundidad hacía vacilar la comprensión.

Más allá de las estrellas estaban las nebulosas gaseosas, espirales y helicoidales, con grandes vacíos intermedios; hasta 1933 fueron identificadas alrededor de treinta millones de galaxias en una extensión de doscientos millones de años-luz; en la época de Duane, gracias al telescopio del monte Everest, la extensión abarcaba

ochocientos millones de años-luz, que incluían ciento cincuenta millones de galaxias, cada una de las cuales estaba compuesta por millones de estrellas.

—Dime —rogó Dowell—, ¿cómo anda el «Pájaro Blanco»? ¿Ya está listo? He sido un estúpido al aburrirte con mis conjeturas.

—No digas eso —respondió Duane—. No me has aburrido. La sola idea de un espacio ilimitado es tan excitante como la misma vida. En cuanto al «Pájaro Blanco», estará terminado en octubre.

Ahora estamos instalando los convertidores de energía. Creo que en septiembre podremos efectuar las primeras pruebas.

—Comprendo. ¡Quizá tengas el honor de informarnos a nosotros, los astrónomos, cómo es en la realidad el otro universo!

Duane respondió:

—Mucho antes habrás completado una teoría que confirmaré con mi viaje. Aún pienso si la teoría de la que me hablaste hace un rato podría ser cierta. ¿Qué sucedería si el «Pájaro Blanco» pudiera llevarnos hasta el límite?

—Si en ese átomo gigante hubiera seres, jamás te verían, pues tu tamaño relativo sería infinitesimal. Nosotros no podemos ver un electrón, para no hablar de lo que podría existir en un electrón. Y no podrás llegar al límite, ni aunque vivieras un millón de vidas, ni siquiera viajando a la velocidad de la luz.

—Es verdad —respondió Duane pensativamente—, pero no te he contado toda la historia. El «Pájaro Blanco» recoge emanaciones y radiaciones intraespaciales. Su potencia es ilimitada. Puede alcanzar una velocidad máxima de miles de años luz..., ¡por segundo!

—¿Cómo? —chilló Dowell, con el rostro encendido de excitación—. ¿Comprendes lo que eso significa? ¡Tú y el «Pájaro Blanco» se dilatarían en el sentido del vuelo hasta llegar a ser tan enrarecidos como un gas! ¡Vuestro tamaño original aumentaría miles o millones de veces! ¡La nave se dilataría lateralmente y también transversalmente a causa de la energía absorbida del universo! ¡Podrías volverte más grande que la Tierra, el Sistema Solar o incluso nuestra galaxia! ¡Serías un Coloso! ¡Y no notarías cambio alguno, pues no tendrías nada para hacer la comparación! ¡Duane, si lo haces, tal vez consigas atravesar ese átomo gigante y tú también serías visible y podrías observar lo que existiera más allá!

Duane, anonadado, parecía estar soñando.

—¡Qué idea tan vertiginosa! —murmuró, sorprendido—. ¡Es demasiado para que yo pueda meter semejante razonamiento en mi cerebro!

—¡Un Coloso! —balbuceó Dowell como si aquella visión, aquella cumbre de la especulación cósmica, dominara su mente y ejerciera una fascinación hipnótica—. ¡Coloso del tiempo, el espacio y la materia!

—La simple mención de semejante viaje me aterra.

—Me gustaría acompañarte.

—Nada me agradaría más.

—Lo sé, pero si Anne te acompaña..., lo había olvidado. ¿Supongo que quieres ver a Anne?

Duane, una vez rota la ilación de su delirio cósmico, hizo gestos de burlona indiferencia.

—¡Ah! ¡Por favor, no! ¡Qué me importa Anne! Sólo vengo de Estados Unidos para cerciorarme del hecho que el monte Everest sigue en su sitio.

—¡De acuerdo! —terció una voz melodiosa, pero que ahora sonaba con acento sarcástico—. ¿Conque has venido a ver al monte Everest y no a mí? ¡Pues quédate con el monte Everest!

Con verdadera indignación femenina, la muchacha que había entrado volvió a salir dando un portazo.

Anne no era bella como la Mona Lisa ni como una estrella de cine. Poseía, en cambio, viveza de expresión, claridad de pensamiento y un atractivo poco habitual. Sus cualidades dinámicas eran una inteligencia viril, acompañada de energía y originalidad. Sus características estéticas eran la inconstancia femenina, un cuerpo de patricia, los rasgos nórdicos y la cabellera color castaño, paso rítmico y belleza de movimientos.

Sin duda resultaba más deslumbrante cuando aparecía enfadada como en aquel momento, pues el triunfo de las emociones sobre la razón daba a su rostro una especie de encanto nervioso debido al conflicto entre la fuerza y la debilidad.

Duane se volvió hacia Dowell.

—Si me disculpas, trataré de reparar el daño. Yo...

—Corre; no pierdas el tiempo.

No tardó mucho en encontrar a Anne, Necesitó paciencia para calmarla. No era necesario, pero le encantaba ponerla de buen humor. El juego del asedio y la comedia del amor no cambiarían por más siglos que tardase la Tierra en llegar a su ocaso.

## 2

Las vacaciones de agosto llegaron a su fin. Septiembre entró con una orgía de colores en los bosques y prados. La construcción del «Pájaro Blanco» tocaba a su fin. El profesor Dowell sabía que el lanzamiento era inminente. Anne también. El mundo lo ignoraba.

Duane opinaba que sobraría tiempo para comunicárselo al mundo después..., del éxito o el fracaso.

Una noche sin viento, cuyo frío anunciaba la helada, él y Anne se hallaban junto al «Pájaro Blanco», en Havenside, al norte de Nueva York.

—Puede suceder casi cualquier cosa —dijo Duane con seriedad—. Que la nave no funcione, que algo vaya mal; incluso corremos peligros inaccesibles al estado actual de nuestros conocimientos. ¿Todavía insistes?

Anne le miró con ojos en los que se leía un ligero fastidio.

—No soy una niña. Deja tu manía protectora y pongámonos en marcha.

Duane suspiró. El realismo de Anne le desconcertaba.

Los ojos de la muchacha brillaron al contemplar el «Pájaro Blanco».

—Sólo tú podías construir algo tan bello —comentó, y abrazó impulsivamente a Duane.

Se apartó cuando él intentó retenerla y se burló del joven, incitándole:

—¡Esto no ha sido una invitación, Duane!

—¡Demonio si no lo ha sido! —gritó exasperado Duane, y echó a correr detrás de la rápida muchacha.

Llegaron agitados a la entrada del «Pájaro Blanco».

La nave larga y baja descansaba a la luz de la luna llena. Brillaba con resplandor fosfórico. El cilindro de treinta metros de longitud y menos de tres metros de diámetro tenía ambos extremos en ojiva. El casco era de cristalita, aquel extraño elemento al que corresponde el número noventa y nueve. Inventado por los químicos, poseía la transparencia del cristal, el color del platino y una resistencia a la tensión mayor que la de cualquier otro metal, así como un punto de fusión superior a los seis mil grados centígrados.

El interior del «Pájaro Blanco» sólo contenía lo imprescindible: la cabina del piloto, un camarote, un pañol y los compartimientos de energía delantero y trasero. Parecía un torpedo estafalario, al ser transparente el casco, mientras los mamparos eran de vanacromo, ese acero delgado, elástico y prácticamente indestructible.

Contemplar el «Pájaro Blanco» era como observar una casa de cristal, aunque de forma cilíndrica, y ver su interior; una vez dentro, en cambio, ningún cuarto podía verse desde otro.

—Jamás me acostumbraré a esta distribución —comentó Anne mientras entraban—. Todo el mundo puede ver lo que hay dentro, mientras yo debo pasar de un lugar a otro para verlo.

—No es mala idea —respondió Duane jocosamente. Anne bajó los ojos, Duane se puso en actividad. De súbito, gritó—: ¡En marcha! —y apretó un botón.

El «Pájaro Blanco» despegó trazando una curva, como un pájaro de verdad al remontarse después de un picado.

—¡Oh! ¡Has debido advertirme! —exclamó Anne, pero en seguida se tranquilizó. La gran aventura había comenzado—. ¿No es extraño? —preguntó con una vocecita tímida y con los ojos muy abiertos.

—Es un milagro —replicó Duane; sus dedos acariciaban los mandos mientras hablaba—. Pensar que un sencillo condensador-transformador recoge las radiaciones cósmicas que nos rodean, las convierte en energía y nos hace avanzar. ¡Energía por



radio, más energía de la que necesitamos, sacada del éter!

Anne salió de su asombro, pero parecía una muchacha distinta, más poética. Había una nueva luminosidad en su rostro mientras contemplaba el impresionante espectáculo de los cielos.

El «Pájaro Blanco», a una velocidad uniformemente acelerada, traspasó la estratosfera.

El cielo se ennegreció sobre ellos. Las estrellas resplandecieron con una claridad que encandilaba los ojos.

Luego el Sol del Sistema Solar apareció más allá de la Tierra; su luz y el resplandor reflejado desde la Tierra y la Luna bañaron al «Pájaro Blanco» con un brillo tan intenso que Duane y Anne debieron ponerse gafas y el interior de la nave se entibió notablemente a pesar del casco de cristalita.

Había gloria en los cielos, en la inmensidad del espacio, con la infinita majestuosidad de estrellas cuyos matices iban del blanco brillante al naranja débil y lejano, del azul claro al rojo llama y el verde esmeralda. La belleza cósmica impuso silencio a nuestros viajeros.

Los expedicionarios guardaron silencio largo rato y el «Pájaro Blanco» siguió volando, lejos de la Tierra, acercándose a la Luna cada vez más veloz.

Anne rompió el silencio. Apuntó con la mano hacia el universo.

—Si ahora nos afecta tanto —dijo sencillamente—, ¿qué sentiríamos allí? — señaló la estrella más lejana, hacia la nebulosa espiral de Andrómeda.

—Cuando vuelva de allí quizá pueda responderte —repuso Duane.

Una expresión soñadora veló un instante los ojos de Anne, que brillaban con un fervor casi místico.

—Tengo una idea extraña, Duane. Tal vez no sea tan diferente de la Tierra. Allí todas las cosas están relacionadas entre sí. Todas las primaveras crecen los mismos árboles, sale el mismo sol y los días son semejantes. No hagas esa mueca escéptica..., ya entiendes lo que quiero decir. Claro que no son los mismos árboles, que los días difieren en el tiempo y que no hay dos personas iguales, pero de todos modos la naturaleza se repite a sí misma y parece existir como una pauta para todo, una norma que se extiende a todo y se repite una y otra vez —terminó la frase apresuradamente, balbuceando las palabras.

—Supongo que tienes razón. Pero ¿quién puede saberlo? —musitó Duane—. Yo no lo sé, Y creo que nadie lo sabrá, a menos que consiga ir hasta allá, donde terminan las estrellas.

—¿Por qué no debemos ser nosotros? —una nota febril dio gravedad a la voz de Anne y sus mejillas se encendieron de excitación.

—¿Nosotros? —repitió Duane—. Pues..., se lo dije al profesor Dowell y bromeamos acerca de ello pero, en realidad, no me proponía ir más allá de los

planetas.

Misteriosos ensueños ardieron en los ojos de Anne.

—Me gustaría saber qué hay más allá de las estrellas.

Esta pregunta, a la que los filósofos más sabios nunca han sabido contestar, y que los astrónomos más capaces han intentado en vano resolver, sólo suscitó un largo silencio reflexivo en Duane.

—No lo sé —repuso finalmente—. El profesor Dowell cree que se podría llegar al límite y descubrir que todo nuestro universo no es nada más que un átomo, y ese gran átomo podría ser sólo uno entre miles de millones, formando una molécula aún más gigantesca.

Mira, Anne, si él tuviera razón...

Anne se mostró espantada.

—¡Qué idea! Se podría enloquecer al pensar en ello. ¡Me da pavor!

—¡No me extraña!

—Una vez asistí a un curso de biología. Si esencialmente somos materia, las partículas constituyen átomos, que forman células, que a su vez componen órganos, y éstos son parte del cuerpo. Si fuese así, Duane, y alcanzases el gigantesco átomo-mundo y pudieras seguir adelante, quizá conocerías un enorme organismo viviente, donde la Tierra sería sólo parte de una célula.

—¡Ahora eres tú quien me da pavor! Ni lo pienses. Es una idea enloquecedora. ¡Como mucho, logro imaginar el átomo gigante!

Anne prosiguió, inquieta, con mórbida insistencia:

—Querido, tal vez alguien como tú situado en una partícula invisible dentro de ti está viajando ahora mismo hacia el exterior en una nave espacial, y está a punto de atravesar una célula...

—¡Anne!

—... Y tú notarás tan sólo un ligero tirón en el costado, y tal vez él seguirá avanzando y finalmente saldrá por tu cerebro y...

Duane interrumpió aquella descripción implacable y demasiado vívida mediante el sencillo procedimiento de besar los labios tentadores de Anne.

—¡Ay! —se apartó—. ¡Qué hombre! ¿Sólo piensas en eso?

—¡Sólo cuando estoy contigo! —repuso ingenuamente, y luego recobró la seriedad—: Anne, no olvides que hoy por hoy el mundo es una mina de pólvora. Si estalla la guerra, cesarán todos los viajes.

—¡La guerra! —se enfureció—. ¿Serías capaz de dedicarte a matar, y renunciar a la búsqueda de algo mucho más importante que todas las guerras de la historia? ¡Si hicieras eso dejaría de quererte!

Duane guardó un pensativo silencio.

De las visiones más allá del infinito y de la eternidad pasaron poco a poco a

especulaciones sobre la Luna, que cada vez se veía más grande en lo alto. La ingravidez que Duane y Anne debían experimentar a medida que se alejaban de la atracción terrestre no se materializó, pues era contrarrestada por la aceleración del «Pájaro Blanco».

La Luna aumentó de tamaño e interceptó un quinto, un décimo, un quinto del cielo. Los viajeros creyeron cambiar de dirección. En vez de viajar hacia arriba, descubrieron que caían. Las nuevas perspectivas espaciales originaron nuevas experiencias y sensaciones desconocidas. Habían sido lanzados hacia arriba desde la Tierra; ahora descendían sobre la Luna.

Duane desconectó la transmisión de energía. El «Pájaro Blanco» cayó a una velocidad vertiginosa. Conectó los repulsores delanteros, descargando sobre la superficie de la Luna un bombardeo invisible de energía que casi neutralizó la velocidad.

El «Pájaro Blanco» cayó con menos rapidez, se detuvo y finalmente quedó suspendido a pocos cientos de metros de la superficie lunar.

—¡Sólo Doré pudo soñar una cosa así! —exclamó Anne.

Grandes cráteres se abrían en la superficie. Masas de escorias y lava cubrían las laderas de volcanes extinguidos, y grietas que semejaban tajos hechos por espadas de gigantes surcaban sus llanuras.

Lechos de mares muertos y continentes yermos daban a entender que mucho tiempo atrás había existido vida; esto y ciertas formaciones que podían interpretarse como ruinas de ciudades; masas de granito, bloques de mármol y basalto, cuarzo y sílice dispuestos en figuras geométricas. Aquellos pedregales, ¿eran restos de ciudades? ¿Acaso había florecido allí la civilización de una raza desaparecida, cuyas obras se desmoronaban bajo la constante erosión del tiempo? ¿Qué leyendas y archivos, conquistas e historias podían yacer bajo aquellas ruinas?

Duane lanzó un profundo suspiro. El hombre no llegaría a saberlo jamás. Aunque una gran curiosidad le incitaba a estudiar los enigmas de la Luna, eran mayores los peligros y aún más grande la meta de sus sueños. Todo el universo era un misterio. ¿Qué había más allá? ¿Dónde estaría el fin, si uno emprendía la marcha y viajaba al azar en cualquier dirección hasta los límites del espacio o de la vida humana?

—¡Aterricemos! —gritó Anne—. ¡Imagina lo que sería pasear por la Luna...! ¡Podemos hacerlo con tus trajes espaciales!

—Ahora no. Debemos regresar a la Tierra, Es muy poco lo que podemos ganar si aterrizamos, y demasiado lo que podríamos perder.

Anne estaba contrariada.

—¿Todo este viaje, tantas dificultades, para no averiguar siquiera lo que hay en la Luna?

Duane, exasperado, maldijo para sí misma esa calamidad del deseo femenino, esta ansia de agotar el momento. En voz alta, respondió:

—Podemos regresar cuando queramos. He demostrado lo que me proponía: el

«Pájaro Blanco» funciona. Regresemos a casa. El próximo viaje nos llevará..., bien, espera y verás.

—¿Adónde iremos?

—Lejos. Hasta el fin de las cosas, sea donde fuese. El «Pájaro Blanco» puede hacerlo y yo iré a donde el espacio termina. Lo que esté más allá del universo, el espacio vacío e infinito o el átomo gigante..., eso es lo que voy a ver. Contigo.

Los ojos de Anne se iluminaron. Tenía el anhelante aspecto de una mística al recibir una visión de gloria. El arrobamiento transfiguró su rostro mientras miraba el infinito como si contemplase lugares ignotos. Safo debió tener un aspecto tan hermoso y extasiado cuando se detuvo sobre un acantilado de Lesbos y observó el horizonte azul y el mar oscuro como un vino. El rostro de Anne nunca había sido tan bello como en aquel momento, y no volvería a serlo. Mientras la observaba, Duane comprendió en parte lo que sentía, aquel supremo sentido de lo maravilloso del que sólo gozan los filósofos, los grandes poetas y los profetas.

Alejandro, deseando más mundos que conquistar; Marco Polo, abriéndose paso a través de tierras legendarias; Colón, surcando aguas desconocidas; Peary, alcanzando el techo del mundo; Lindbergh, volando por los cielos: los fantasmas de los grandes exploradores y viajeros del pasado le rodearon, y sintió que aquellas presencias invisibles le incitaban a su viaje, para el cual la historia y el pensamiento casi no tenían parangón.

La exaltación espiritual se apoderó de ambos, y se abrazaron espontáneamente, en una unidad de propósito y visión.

—Volvemos a casa —murmuró Duane al fin.

—Y allá lejos —repitió Anne. Levantó los ojos hacia él y Duane, aun creyendo conocerla bien, quedó sorprendido ante la profundidad insondable que se veía en ellos.

Casi a su pesar, dirigió el rumbo del «Pájaro Blanco» hacia la Tierra. Las ruinas blancas, los peñascos y cráteres de la superficie lunar se alejaron rápidamente. Los contornos se suavizaron y, por último, el disco plateado de la Luna flotó en el espacio, resplandeciente, hermoso y bañado en un suave brillo. Luego contemplaron la majestuosidad de las estrellas, la procesión de la Vía Láctea y la Tierra cada vez más grande. Una sensación de euforia elevó a Duane hasta la cumbre de la intoxicación mental.

Allí, en el espacio abierto, experimentaba un sentimiento de libertad desconocido hasta entonces.

¿Sería por la proximidad de Anne, cuya simple presencia le influía extrañamente? ¿Un efecto secundario de la ingravidez? ¿La inevitable exaltación por el buen resultado de aquel viaje preliminar? Miró la Luna y la Tierra, el Sol y las estrellas, el gran vacío del más allá, y nuevamente a Anne. Los ojos de la muchacha le confortaban, sobre todo al mirarle tan grandes y confiados como ahora. Duane la colocó a su lado en el viaje de regreso.

Existía una mutua necesidad de compañía en medio del espacio omnipresente.

### 3

Septiembre cedió el puesto a octubre y los arces compitieron con los robles en un delirio de tonos bermejos, leonados y pardos. La Tierra palpitaba de actividad. Se industrializaba África, se aprovechaba la energía de la corriente del Golfo, se capitalizaba la energía del Sol, Rusia socialista, poderosa y desafiadora en el hemisferio oriental, ponía dique al peligro amarillo en el norte de Asia.

Los que fueron los Estados Unidos, sometidos a la dictadura de un socialismo industrial y capitalista, más ricos y poderosos que nunca, apartaban a los ineptos, eliminaban a los tarados mediante la eutanasia y esterilizaban a los criminales; al mismo tiempo, intentaban erigirse en dominadores del mundo occidental.

La rivalidad económica en el nuevo mercado de África provocó situaciones de tirantéz entre Inglaterra y los Estados Unidos. El espantoso mecanismo oculto de la competencia y la insensatez diplomática parecían conducir a una nueva Guerra Mundial. Rusia y los Estados Unidos contra Japón e Inglaterra era el nuevo reparto de alianzas entre los titanes, mientras el resto del mundo iba a verse incluido en un holocausto que sin duda representaría el fin de la civilización.

Duane hojeó el periódico. Los titulares decían: «Japón crea una nueva milicia auxiliar femenina; Gran Bretaña afirma poseer un nuevo germen terriblemente letal».

—El mundo está loco —musitó—. Espero que esta matanza haya terminado antes que regresemos.

Las reformas del «Pájaro Blanco» estaban muy adelantadas: ajustes en los delicados mandos de energía para que la nave tuviera más empuje, Correcciones en su casco sensible para aumentar al máximo la captación de rayos cósmicos, de la atracción gravitatoria y las repulsiones atómicas; corrección de los instrumentos a favor de la precisión. Tales cambios debían quedar ultimados para que el «Pájaro Blanco» emprendiera su tremendo viaje hacia el fin del universo.

Los trabajos progresaban y el mundo se hundía en el desastre. Las nubes de la guerra, que ya se divisaban, eran cada vez más negras, y Duane se impacientaba. ¿Qué importaban las querellas de la humanidad, cuando estaba a punto de realizarse un proyecto tan vasto?

Diecinueve de octubre. La niebla inauguró el día en Havenside. A mediodía lloviznaba y el cielo era de un gris plomizo. Duane paseaba de un lado a otro, inquieto. Aquella noche tendría lugar el lanzamiento. El «Pájaro Blanco» se lanzaría hacia los confines del universo, en un intento de resolver uno de los mayores enigmas

con que se enfrenta el hombre: el misterio del espacio.

Las doce en punto trajeron una nota agorera. Duane, como siempre que estaba nervioso, se sentó ante el piano portátil y tocó algunos pasajes de sus piezas preferidas: una fuga de Bach, el frenético ostinato del Bolero de Ravel, la briosa Malagueña de Lecuona, algunos compases de la *suite* Peer Gynt de Grieg. Y mientras tocaba, la magia de la supersónica transformaba, en una pantalla que tenía al frente, el sonido en luz y color tejiendo una sinfonía visible.

Duane había llegado a un impresionante pasaje de The Hall of the Mountain King cuando el televisor anunció lo siguiente: «El conde Katsu Irohibi, ministro de guerra de Japón, anunció a las 11.55 de esta mañana que su país estaba dispuesto a lanzar bombas de un nuevo tipo en cualquier parte del mundo y por mando a distancia, salvo que cese inmediatamente la agresión rusa en Asia Central, y los Estados Unidos e Inglaterra toleren la concurrencia japonesa en el desarrollo de África».

Duane sintió una creciente impaciencia. Angustiado, quiso volar inmediatamente al Everest y recoger a Anne. Pero la muchacha no estaría libre hasta las dos, cuando ella y el profesor Dowell hubieran analizado las fotografías de la noche anterior en un esfuerzo más por comprender el Cosmos y descubrir el secreto del asombroso vacío más allá de las nebulosas de la trigésima primera magnitud.

Aporreó sonatas, fugas y fragmentos de sinfonías. La llovizna se convirtió en un verdadero chubasco que azotó los robles y los álamos, arrancándoles rumores quejumbrosos.

Cerca de las doce y media, el televisor ladró: «Rusia ha reaccionado al ultimátum japonés de las 12.25 de hoy, desmintiendo que su presencia signifique una agresión, y afirmando su propósito de defender a ultranza sus derechos territoriales en Asia Central. Los gobiernos británico y norteamericano han presentado simultáneamente una toma de posición en cuanto a su política africana, negando el derecho de intervención a cualquier tercero. Las fuerzas defensivas y ofensivas de Rusia han sido movilizadas, al igual que las del Japón, según informaciones no confirmadas. Se espera que Inglaterra vote en cualquier momento una ley de emergencia nacional. Según informaciones procedentes de Washington, John L. Caverhill, dictador de los Estados Unidos, definirá en breve nuestra postura. La situación se ha vuelto más tensa. Los analistas temen una repetición de la Guerra Mundial a escala mucho más amplia. Se llevan a cabo grandes esfuerzos para evitar un conflicto armado pero...». Duane dejó de prestar atención.

¡Proféticas nubes de guerra! Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez en un mundo de frágil equilibrio económico. Duane volvió la espalda a la imagen del locutor y se dirigió hacia la estratonave.

Recibió toda la furia del temporal; pronto el agua corrió en hilillos sobre el impermeable que se había puesto. Era una lluvia densa, copiosa e incesante la que caía de los cielos color pizarra. Las naciones iban derechas al desastre, La amenaza de la guerra se cernía más oscura que cualquier nube. La matanza en masa estallaría

quizás al anochecer..., y su sueño quedaría destruido. Duane no se hacía ilusiones. Sabía que si se declaraba la guerra iba a verse movilizado, como tantos otros millones de otros peones en aquella partida de los reyes de la economía. Él combatiría por razones de lealtad, patriotismo y otras muchas, pero lo haría de mala gana, al ver comprometida una meta mucho más elevada.

Tomó su estratoplano y se dirigió hacia el Tíbet. Cuando él llegara, Anne ya habría terminado. El viaje a través del infinito comenzaría al anochecer..., salvo declaración de guerra.

Cielos de un azul acerado se cernían sobre el Everest. Los conflictos entre naciones parecían incomprensibles y lejanos en el austero ambiente del Techo del mundo. El dedo que apuntaba al cielo desde el observatorio se elevaba como una torre eterna, un monumento de belleza perpetua, un desafío por encima de las embestidas del tiempo y la guerra, la edad y la decadencia.

Pero el televisor seguía vertiendo imágenes y palabras de espantoso significado: «El ministro de Guerra, Irohibi, ha lanzado a la 1.10 una proclama según la cual todos los barcos rusos fondeados en puertos japoneses quedarán bloqueados. El embargo se aplicará hasta que Rusia dé una explicación satisfactoria de la misteriosa explosión que ayer destruyó la embajada japonesa en Stalingrado. Se ha informado que está teniendo lugar una gran concentración de la fuerza aérea rusa en las afueras de dicha ciudad. Al mismo tiempo, se recibió en Washington una segunda nota mediante la cual los japoneses reclaman privilegios de colonización sin restricciones en el territorio anglo-norteamericano de Tanesia, recientemente constituido en el sudeste de África. El Departamento de Estado aún no ha emitido una respuesta oficial, pero un boletín publicado hoy a mediodía anuncia el perfeccionamiento de un nuevo aparato bélico que envía ondas cortas a distancia, capaces de provocar por vibración, el derrumbamiento de edificios en cualquier punto dado. La situación es crítica. Es posible que la movilización sea ordenada esta noche».

Duane reprimió su angustia y fastidio ante la inminencia del peligro, aterrizó y se dirigió al observatorio.

El profesor Dowell paseaba con irritación de un lado a otro, retorciendo su bigote color arena.

—¡La guerra! ¡La guerra! —protestó—. ¡Quieren que elabore fórmulas para el lanzamiento de proyectiles! Quieren que les diga cómo disparar desde un punto situado a mil quinientos kilómetros para destruir todo lo que se halle en un radio de un kilómetro y medio. ¿Yo? ¡Prefiero trabajar en aquéllas! —apuntó con su delgado índice al cielo, aunque por ser de día no se divisaban las estrellas.

—Lo sé. También yo estoy preocupado. Esto parece el fin.

El astrónomo se indignó:

—¡Quieren almacenar municiones aquí! ¡Convertir esto en una santabárbara! ¡El

mejor observatorio que existe en el mundo!

Duane intentó tranquilizarle.

—Aún no se ha declarado la guerra. Saben que, si eso ocurre, será el fin. Será la última guerra, y tal vez el fin de la civilización. ¿Adónde ha ido Anne? Esta mañana he sacado la licencia. Nos casaremos a las tres, y he adelantado nuestro despegue para las tres y diez.

El profesor se entregó a uno de aquellos rápidos cambios de humor que daban a su carácter un acento humano a la vez que extravagante.

—Así que, ¿desertando, eh? ¿En este momento trascendental, como dirían los historiadores?

—No —respondió Duane con gran serenidad—. Yo tengo una meta. Una meta excepcional, que tal vez haga avanzar al hombre más de lo recorrido durante los últimos dos mil años. Tengo una misión. Si fracaso, ¿qué importa una vida? Si triunfo, los beneficios serán incalculables. Si me quedo aquí..., ¿qué? Me maten o no, nada se gana.

Por consiguiente, me voy. Si eso es cobardía, prefiero ser cobarde. Si se declara la guerra, tendría que ingresar en filas. Si debo ser sincero, me propongo emprender viaje antes que la guerra estalle.

Dowell siguió paseando de arriba abajo.

—¡Una locura! Todo es una locura. ¡Que declaren la guerra! La ciencia debe seguir avanzando. Tal vez no se presente otra oportunidad de averiguar qué hay en los confines del universo. Electrones y átomos. Universos como átomos gigantes de una molécula aún más vasta —se detuvo y contempló largo rato a Duane, con la cara de búho que le daban sus gruesos lentes—. ¡Vete! —le ordenó—. Estoy alterado. No sé lo que me digo. Busca a Anne y llévatela. ¡Les deseo felicidad! —bufó mientras trazaba nerviosos círculos, calculando..., ¿el qué?

Duane se alejó de aquel espectáculo de un gran cerebro desconcertado por el presentimiento del desastre.

Anne estaba ocupada con las fotografías. Alzó la mirada cuando él entró en su taller.

—¡Hola! —le saludó—. Estoy bien, gracias, aunque no me lo hayas preguntado.

—Oye, Anne...

—Ya sé lo demás. Pero estas fotografías son lo más importante. No hay nada más allá de la trigésimo primera.

—Oiga, señorita...

—Y además...

Anne no terminó la frase. Repentinamente, se vio levantada por el aire y transportada afuera. Esto no pareció molestarle.

—¡Hola! —exclamó con sorpresa el profesor Dowell—. ¡Y adiós!

—¡Nos veremos a la vuelta! —gritó Duane.

—¡Buena suerte!



Duane hizo que Anne se acomodase a su lado en la cabina. Ella se recostó y se despezó de un modo nada femenino, aunque natural.

—Entonces, ¿nos casamos hoy? —preguntó afectando indiferencia.

—Así parece, pero no te preocupes. Podrás soportarlo y...

El televisor interrumpió el diálogo: «¡Llamada de emergencia! A las dos y cinco de la tarde, Japón ha declarado la guerra a Rusia. El Banco de Inglaterra acaba de anunciar una emisión de Deuda por mil millones de libras, que espera cubrir mediante suscripciones populares. El ministerio de guerra de los Estados Unidos ha puesto en vigor la ley de movilización de 1943. Todos los varones inscritos como electores deberán presentarse en la jefatura militar de su demarcación antes del anochecer».

Duane pilotaba el estratoplano a máxima velocidad.

—Eso, ¿qué significa? —inquirió Anne.

—El fin —respondió Duane, sombrío—, si no logramos salir antes.

El estratoplano volaba hacia el oeste sobre el Atlántico. Divisaron la ciudad de Nueva York, que parecía un juguete fantástico con sus torres y obeliscos, sus perspectivas de jardines colgantes y palacios celestes, todo ello difuminado por la cortina de lluvia que aún caía.

Duane se dirigió al norte de la ciudad y aterrizó en Havenside. Se detuvo junto al hangar que cobijaba el «Pájaro Blanco», mientras la lluvia caía por su rostro y su impermeable, y miró sonriendo a su futura esposa. Aunque procuraban aparentar indiferencia, Duane intuyó el remolino de fuerzas oscuras y siniestras que amenazaba sus vidas, y experimentó por contraste una oleada de emoción.

Un pequeño avión azul salió de entre los nubarrones plomizos y voló hacia ellos.

—Ahí llega el sacerdote con el representante de la Oficina Nacional de Matrimonios —bromeó Duane.

Anne, súbitamente agitada y ruborosa, dijo:

—Oye, querido, si no te molesta iré a arreglarme un poco —empezó a dirigirse hacia el bungalow de Duane—. ¡Qué día tan espantoso!

El chubasco había empapado la tierra y los árboles, y se formaban charcos en todos los agujeros.

¡Una ráfaga de sonido, una explosión semejante a un trueno estremeció el aire! El televisor de la estratonave anunció: «Una terrible explosión ha destruido el centro de Nueva York. La explosión fue precedida por un silbido agudo. La guerra ha comenzado sin previa declaración oficial. Como recuerdan nuestros espectadores, Japón anunció el descubrimiento de un nuevo explosivo que podía ser lanzado en forma de bomba, por mando a distancia, sobre cualquier punto del globo. ¡Atención! Se acerca un segundo silbido...».

Del televisor surgió un estampido ensordecedor. Luego, el silencio. Fuera, hacia

el sur, se divisaba un resplandor. Duane levantó la mirada. El avión azul era violentamente sacudido por los torbellinos de aire. El vendaval arrollador lo envió hacia arriba y luego lo derribó en barrena hacia el suelo. Brotaron llamas y los restos del aparato se convirtieron en una pira funeraria.

Una ráfaga de lluvia azotó el rostro lívido de Duane.

—Ha estallado la guerra —dijo fría y rápidamente—. Recoge lo que necesites. ¡Nos vamos en seguida!

Anne le abrazó como una niña y apretó su húmedo rostro contra el suyo. Le dio un beso y se alejó corriendo hacia la casa, después de prometer que volvería inmediatamente.

Duane abrió el hangar y sacó la nave espacial. El «Pájaro Blanco» estaba colocado sobre plataformas autotransportadas. Su plateada transparencia brilló a la luz del día. Sus máquinas, visibles en los compartimientos delantero y trasero, eran de un diseño insólito, nunca visto. En mitad de la nave se hallaba la bodega que servía para almacenar las provisiones esenciales. Detrás se encontraban las cabinas. Los mandos e instrumentos se alojaban detrás de la cámara de energía delantera. Una puerta, ajustada con tal precisión que resultaba imperceptible, constituía la única entrada, a mitad de camino entre la proa y la popa.

Duane hizo una rápida revisión general. El largo casco aerodinámico, de extremos en ojiva, estaba en perfectas condiciones. Esperó con impaciencia, mirando a través de la niebla y la lluvia hacia su chalet. Se sintió aliviado al ver que Anne salía corriendo.

Se oyó un silbido lejano. Duane palideció.

—¡Date prisa! —gritó.

Una llamarada se alzó detrás de su hogar. Fragmentos colosales de tierra y roca salieron disparados hacia el cielo y un viento huracanado derribó la casa. La lluvia le golpeó como si fuese un millón de agujas. La explosión le hizo caer al suelo y arrancó al «Pájaro Blanco» de sus soportes.

—¡Duane!

La débil llamada lo sacó de su embotamiento. Tambaleándose fue hacia el lugar donde había visto a Anne por última vez. Apartó tablas y cascotes con una fuerza increíble.

Seguía lloviendo, pero la lluvia negra de despojos había terminado.

De algún modo logró abrirse paso hasta Anne, sin dejar de maldecir al destino y a los dioses de la guerra, que se habían burlado de él. Reinaba un silencio mortal. Sólo la lluvia caía interminable mientras los robles derribados y los matorrales arrasados sonaban con el espantoso y fangoso chapoteo de la vegetación húmeda.

Anne agonizaba.

Para Duane, fue el momento más desgarrador de su vida. Miró sin comprender el rostro hermoso, blanco y sereno, cuya inmovilidad le anunciaba la pérdida del sentido de su vida. Ante la catástrofe, el proyectado viaje carecía de importancia.

Anne abrió los ojos con dificultad. Movi6 los labios.

—Vete —susurr6—. Querido, yo estar6 contigo. ¿Recuerdas lo que dije hace algunas semanas, cuando regres6bamos del Everest? Nada tiene principio ni fin. Todo contin6a para siempre, lo mismo que t6 y yo.

Un velo de tristeza cay6 sobre sus ojos d6ndoles una expresi6n sobrenatural que s6lo un m6stico habr6a sabido interpretar. Si aquello era la muerte, entonces la muerte era el supremo 6xtasis. El esfuerzo de hablar la hab6a agotado. Duane acerc6 el o6do a los labios de ella; su voz parec6a llegar desde una distancia infinita, pronunciando una 6ltima intimaci6n, d6bil y apenas audible:

—¡Vete!

En sus ojos hab6a deseo y amor, paz y ensueño.

El abrazo que pidi6, el beso que Duane le dio, fueron el sello de la muerte y la prenda de la separaci6n.

Principio y fin. ¿Fin o principio? Aquellas palabras resonaban como una mon6tona cantinela en sus pensamientos cuando se incorpor6 mirando al vac6o con una mueca de dolor, una expresi6n extraña y crispada que desfiguraba su rostro. Fue como si intentara comprender un hecho sencillo que todav6a lo esquivaba.

¿Por qu6 irse? ¿Ad6nde? La guerra extend6a su mancha roja alrededor del globo.

Ser6a obligado a quedarse. Pero la guerra hab6a separado a Anne de 6l. El odio contra el hombre y sus obras salvajes agit6 su mente, surgi6 como un fondo carmes6 en el negro tapiz de sus pensamientos. Vete..., vete..., vete... Tal hab6a sido la voluntad de Anne.

A lo lejos volvi6 a o6rse el pavoroso silbido de los proyectiles de radio. La Tierra se estremec6a bajo los estampidos y detonaciones. Humos de olor 6cido y repugnante invadieron sus pulmones.

El aire se hac6a venenoso.

El resplandor de una gran explosi6n enrojeci6 el cielo sobre el centro de Nueva York y ti6o de un escarlata humeante la cortina de lluvia. Hab6a tomado la decisi6n. Entr6 en el «P6jaro Blanco».

Cerr6 la puerta a su espalda. La energ6a liberada brot6 de las tres toberas posteriores.

El aparato despeg6, se elev6 en amplia trayectoria y desapareci6 como un espectro entre la lluvia y las tinieblas, mientras gigantescas llamas devoraban lo que momentos antes eran florecientes ciudades.

La extensión del infinito, tan impresionante, tan sugerente de misterios que la mente jamás ha resuelto, contribuyó a aliviar la tristeza de Duane. Jamás olvidaría totalmente, pero estando rodeado de esplendores y enigmas cósmicos... Y, superado el límite, ¿habría otro comienzo? ¿Qué hallaría más allá de las últimas estrellas? Si Dowell estaba en lo cierto, las estrellas no serían más que los electrones en vibración de un átomo gigantesco. Si la dilatación del «Pájaro Blanco» se producía tal como lo habían supuesto, ¿podría observar Dowell su viaje, vería alargarse y hacerse más tenue su nave mientras se alejaba en el espacio, hasta volverse invisible debido a la distancia y la atenuación?

La luz inundó el «Pájaro Blanco». El Sol aparecía radiante y la Luna brillaba; en cambio, el cielo era como un terciopelo negro adornado con enjambres de estrellas, no sólo arriba, sino abajo y en todas direcciones. El viajero se sintió de nuevo sobrecogido por el misterio de las cosas, por la inmensidad aplastante del universo, a medida que se alejaba de la Tierra.

Tenía que irse. Todos sus sueños quedaban enterrados, Como para simbolizar su huida —¿o era una búsqueda?—, aumentó gradualmente la energía de los rayos cósmicos, que lanzaron al «Pájaro Blanco» a velocidad acelerada hacia la constelación Cygnus. Lo mismo le daba, pero Cygnus, el Cisne, estaba en lo alto cuando salió del manto atmosférico que cubría la Tierra, y por eso continuó hacia ella.

No iba a faltarle energía. El cosmos tenía más de la que él podía consumir. Su mecanismo impulsor captaba rayos luminosos, rayos cósmicos, rayos infrarrojos y radiaciones de todo tipo, lo mismo que la radio capta ondas, y los transformaba en energía. Ésta bombardeaba la materia que había detrás de su trayectoria, con tal fuerza que lo hacía avanzar. Sólo existía un límite teórico a la velocidad que podría alcanzar: el que impusiera la naturaleza de las cosas.

Aunque durante los ensayos experimentales no había alcanzado ni con mucho la máxima potencia del «Pájaro Blanco», sabía que era capaz de superar la velocidad de la luz. También sabía que se produciría una metamorfosis cuando excediera la velocidad de los rayos luminosos. Según las leyes expuestas por Einstein decenios atrás, el «Pájaro Blanco», su contenido y él mismo sufrirían un cambio, un alargamiento en el sentido del vuelo. Tal dilatación dependería de la velocidad.

Podía calcularla, pero nunca comprobarla físicamente porque, con excepción de las estrellas, no tendría con qué compararla. Una dilatación transversal acompañaría a ese estiramiento; un crecimiento inconmensurable en los sentidos de popa a proa y de babor a estribor del «Pájaro Blanco».

Los planetas Saturno, Urano, Neptuno y Plutón quedaron detrás. Quedaba frente a un gran vacío de cuatro años-luz, hasta llegar a la primera estrella de la galaxia donde se halla el Sistema Solar:

Alfa Centauro. El Sistema Solar se redujo a un simple punto. La luz brillante que iluminaba el interior del «Pájaro Blanco» fue reemplazada por el resplandor de las estrellas. Duane no conectó el alumbrado; prefería aquella luminosidad tenue y suave.

No había nada que hacer, poco que calcular, nada sino esperar hasta acercarse a la meta. El peligro de una colisión siempre estaba presente, pero se podía confiar en las defensas automáticas del «Pájaro Blanco», que le permitirían evitar cualquier masa importante. Luego, cuando navegase a la enorme velocidad final que deseaba alcanzar, prácticamente ninguna masa inferior a un sol perturbaría su crucero. La dilatación le volvería tan tenue, su estiramiento y su separación atómica serían tan tremendas, que se aproximaría a las condiciones de un gas y literalmente atravesaría los cuerpos interpuestos.

Desfilaron las estrellas, y las constelaciones quedaron atrás. Cygnus desapareció, la Osa Mayor mudó de perspectiva, el lucero de la tarde desapareció, Betelgeuse y Antares fueron rebasadas, soles de segunda y tercera magnitud aparecieron tan brillantes como las viejas estrellas de primer orden.

La velocidad aumentó. Duane alcanzó la velocidad de la luz y la rebasó. El «Pájaro Blanco» avanzó con furia ciclónica. Superó decenas, cientos, miles de veces, la velocidad de la luz.

Dejó atrás las estrellas de octava, novena y décima magnitudes. Su velocidad seguía aumentando.

El hombre que observaba los mandos tenía una expresión fija y diabólica. Parecía gozar amargamente al aumentar la velocidad del «Pájaro Blanco» a cifras que la imaginación apenas podía concebir.

La nebulosa más distante se hallaba a unos ochocientos millones de años-luz. Aunque volara un millón de veces más rápido que la luz, tardaría ochocientos años en llegar al límite. Incluso a una velocidad de un año-luz por segundo, se invertirían más de veinte años en alcanzar la meta, De modo que siguió absorbiendo energía del universo a ritmo creciente, lanzando el «Pájaro Blanco» a través del espacio a una velocidad inaudita y pavorosa, que ahora alcanzaba valores de decenas y cientos de años-luz por segundo.

Duane, agotado, cayó en un profundo sueño. Los mandos automáticos quedaron conectados. No le importó demasiado si funcionaban bien o no. La aventura emprendida y la tragedia que había sufrido aquel día desafiaban a todo análisis racional.

La eterna procesión continuó. Despertó y vio las estrellas y soles en forma de rayos longitudinales de luz. Los cielos presentaban un aspecto extraño. No reconoció ningún objeto sino muy lejos, al frente, puntos estelares; rayas paralelas a su nave; un empedregado laberinto de puntos de luz distantes a sus espaldas: eran realidades intangibles.

Al frente la oscuridad se hizo absoluta. La Vía Láctea y su espectacular infinidad de soles se convirtió en algo así como un sueño. Cruzó esta galaxia como una niebla

de extensión pavorosa.

Abarcó los vacíos eternos. Ahora el espacio era una inmensidad brumosa donde las nebulosas, los universos como islas, esparcidos a lo lejos en pródiga escala, avanzaban hacia él saliendo de la profundidad cósmica con resplandor primigenio. Una procesión de campos de estrellas desfilaba con vigor juvenil, de creación recién nacida. Era el peregrino de las estrellas, el viajero que utilizaba las galaxias siderales como fugaces etapas hacia la oscuridad externa.

Transcurrieron días y noches, aunque no en el sentido corriente, sino como giros incesantes de las estrellas, paso de constelaciones, recorrido de nebulosas, cúmulos y grandes conglomerados de gases en cuyo seno tal vez tenían lugar el nacimiento o la muerte cósmicos.

La velocidad del «Pájaro Blanco» aumentó aún más. La vasta brecha entre el Sistema Solar y Alfa Centauro, una distancia tan enorme que la luz necesitaba cuatro años para recorrerla, habría representado una fracción de segundo a su velocidad actual. Las lentes más rápidas, el ojo más ligero, no habrían servido para captar su paso. El «Pájaro Blanco» voló más rápido que un sueño, avanzó a través del infinito casi con la rapidez que emplea el pensamiento para abarcar los espacios.

Un ciclón sería estático comparado con el «Pájaro Blanco». Una bala, un meteorito, la luz misma, eran tortugas en relación con él. Dejó atrás los confines del universo a cientos y miles de años–luz por segundo. Una llamarada en el infinito, un proyectil plateado a través de la oscuridad, un espectro más fugaz que los mensajeros de la muerte, el «Pájaro Blanco» venció al universo conocido y continuó.

Importantes constelaciones como la misma Cygnus, cuya grandeza se revelaba al acercarse, quedaban convertidas en líneas que destellaban a su alrededor y luego se desvanecían en un cúmulo, un punto, una mota, hasta no ser nada.

Mientras tanto, y de acuerdo con la teoría, el «Pájaro Blanco» sufrió una transformación, se alargó, se dilató cada vez más a medida que aumentaba la velocidad.

Pero Duane nunca lo notaría, pues él formaba parte de ese cambio.

A la escala terrestre el «Pájaro Blanco» debía tener cientos, tal vez miles de kilómetros de longitud, tan disperso como para resultar casi evanescente, tan nebuloso y desfigurado como para semejar una niebla. Según los cálculos, también estaba consumiendo tiempo, pues su relación con el cosmos había sido profundamente alterada. Lo que él percibía como mil kilómetros eran en realidad mil años–luz, y lo que le parecía un segundo debían ser indudablemente algunos siglos de tiempo terrenal.

Si Dowell le observaba, debió ver cómo el «Pájaro Blanco» se convertía en algo así como un meteorito, una niebla vaporosa, un halo gigantesco, arrojado y dilatado al infinito, hasta desvanecerse al exceder la velocidad de la luz. Su imagen tardaría horas o años en llegar hasta el reflector de Dowell.

Ahora no importaba si atravesaba soles o planetas. Los mandos automáticos

dirigían al «Pájaro Blanco»; en teoría, a tan terrible velocidad, y dada la dispersión de sus propios átomos, atravesaría los sólidos igual que el aire pasa a través de una esponja. ¿Energía?

Todo el espacio contenía energía invisible. Ni siquiera había empezado a gastar aquella provisión inagotable, pero no se atrevía a aumentar la velocidad, temiendo que el «Pájaro Blanco» llegase a ser del todo incontrolable.

La nave de cristalita atravesó vacíos y eones en cuestión de instantes. Las nebulosas de vigésima magnitud quedaron atrás. Soles blancos y estrellas azules, anaranjadas o verdes resplandecían como joyas eternas sobre el tapiz colosal de la noche. La procesión se acercó y quedó a popa. Las hordas de sistemas estelares se redujeron. Las nebulosas espirales, las negras nubes de gas, los universos aislados y los caos de creación llameante disminuyeron. Se acercaba el instante definitivo.

Sólo mediante una comparación podía captar el cambio sufrido. Al principio, las galaxias habían parecido figuras gigantescas y llameantes, donde se acumulaban miles de millones de estrellas.

Ahora parecían discos opacos y borrosos. Por esa disminución, Duane sospechó que su propia extensión y dilatación habían alcanzado una magnitud increíble. ¿Habría superado el «Pájaro Blanco» en tamaño a la Tierra, al Sistema Solar o incluso su galaxia?

Jamás lo averiguaría con exactitud, aunque se sabía Coloso inconmensurable.

¿Qué iba a encontrar? Algunos científicos han afirmado que el universo se dilata, y que se crea espacio a medida de tal expansión. ¿Qué ocurriría si esto era cierto y si el «Pájaro Blanco», dada su velocidad, rebasaba el límite? Otros astrónomos han dicho que el espacio es infinito en todas direcciones. ¿Debía seguir viajando hasta envejecer y morir, en vano intento de alcanzar un límite inexistente?

Otros profetas apuntan que todos los cuerpos del universo tal vez no sean sino partículas de un superátomo, integrante de un universo mayor. Si esto resultaba cierto, ¿sería ese superuniverso un simple escalón, un átomo mayor de un cosmos aún más gigantesco? ¿Dónde estaba el fin? En cambio, si fuesen ciertas aquellas teorías matemáticas, según las cuales el espacio está sometido a una curvatura, ¿no acabaría por regresar a su punto de partida...?

A Duane le dolía la cabeza. ¡Las posibilidades eran tan amplias, y la capacidad humana tan limitada! ¡La vida era tan corta y la verdad tan difícil de abarcar! Aquella era una exploración que versaba sobre los interrogantes más profundos de la mente, superando las más antiguas especulaciones de la filosofía. «Hasta aquí llegará el hombre, y no más lejos». Enseñanzas apenas recordadas volvieron a su cerebro. «Quien busca encuentra». ¿El qué?, meditó. «Difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la Tierra; y a duras penas entendemos las que tenemos delante de los ojos», había dicho un místico.

¿Quién estaba más cerca de la verdad? ¿Dowell, con su teoría acerca de un gigantesco mundo-átomo compuesto por vibraciones electrónicas representadas por

todas las estrellas de todas las galaxias de todo el universo conocido por el hombre?

¿Einstein? ¿Jeans? ¿O algún desconocido profeta? Duane sacudió la cabeza como para quitarse un peso abrumador. Eran pensamientos demasiado complicados e inconcebibles para una mente mortal, cuya razón podían hacer vacilar.

Ahora brillaban cerca las últimas estrellas. Pasaron, y un sol esmeralda delimitó los confines del espacio.

Más allá se abría la oscuridad, una oscuridad total y absoluta. Atrás quedaban la Tierra y el Sol, estrellas y constelaciones, galaxias y campos de estrellas, cientos de millones de soles, billones de estrellas, millones de millones de millones de millones de kilómetros.

Cifras enormes, comprensibles tan sólo en los cálculos matemáticos de la astrofísica. El joven sol esmeralda, brillando con la radiante belleza de lo recién creado, pasó y fue uno más junto a los trillones de estrellas que quedaban atrás. Duane se volvió. El vasto conglomerado de puntos de luz se alejó hasta convertirse en un resplandor, una vaga luminosidad, y luego se borró misteriosamente. El fenómeno le desconcertó hasta que encontró una explicación: ¡Los rayos de luz ya no podían alcanzarle!

Ni la soledad, ni el temor a la oscuridad, ni el hondo sentimiento de impotencia al verse arrastrado por fuerzas pavorosas a lugares ignotos y lejanos, ni la nostalgia de la dulce compañía de Anne —que ahora le embargaba—, se habían combinado nunca para aterrar de modo tal a una criatura mortal. La oscuridad era completa, tan absoluta que le dolían los ojos, y no logró distinguir ningún punto de su nave, ningún objeto, ni siquiera la mano que colocó delante de los ojos.

El horror ante aquella oscuridad infinita, aquel vacío absoluto, se apoderó de él y le hizo temblar, con algo parecido al terror ciego, mientras procuraba localizar los mandos de la iluminación interior de la nave. La luz le alivió, hasta que echó una ojeada al indicador de velocidad. La del «Pájaro Blanco» disminuía rápidamente.

¿Estaba tan vacía aquella inmensidad, que ni siquiera había radiaciones cósmicas que alimentasen sus motores? ¿O acaso estaba siendo frenado por algún influjo desconocido pero terrible? ¿El «Pájaro Blanco» sería vencido por la inercia, que significaba la muerte en aquel negro vacío? ¿Qué fuerzas predominaban en él?

¿Cuál era la naturaleza del resplandor difuso y débil, semejante a una pálida niebla, que poco a poco iba ocupando el lugar de un vacío más negro que el carbón?

Las esperanzas del viajero renacieron. Sintió una excitación incontrolable y observó con dolorosa intensidad la lejana claridad. ¿Habría seguido una curvatura del espacio, y regresaría ahora a su universo? ¿Había saltado el «Pájaro Blanco» algún abismo titánico hacia un nuevo universo? ¿Se zambulló en el enorme átomo imaginado por Dowell? ¿Era de verdad un Coloso, y vería cumplido el ancestral deseo humano de ser un gigante?

¡Colosales especulaciones de un viaje colosal!

La niebla se acercó. La velocidad del «Pájaro Blanco» se redujo a miles, cientos y



por último a tan sólo decenas de años luz por segundo. Duane experimentó una animación y un vértigo muy extraños. Le parecía estar lleno de energía y fuerzas desconocidas. Luego se sintió muy débil, sometido al juego de leyes extrañas. Sus sensaciones desafiaban todo análisis. Su mente, aún regida por principios terrestres, no podía comprender lo que ocurría. Ya se empezaba a distinguir entre la oscuridad y la luz. Notó un estremecimiento y un temblor del «Pájaro Blanco», como si la nave fuese una criatura de aguas profundas atrapada por las corrientes e impelida hacia la superficie.

Un choque seguido de un salto violento le aturdió.

Literalmente, había quebrado el espacio.

## 5

Cuando los embotados sentidos de Duane volvieron a funcionar, miró sobrecogido a su alrededor e intentó comprender lo sucedido. La lucidez volvió, poco a poco, pero aun así le resultó difícil comprender lo que le rodeaba.

La luz inundaba su compartimiento, una luz blanca y brillante que a sus ojos resultaba extrañamente tranquilizadora y benigna, a diferencia del resplandor solar. El «Pájaro Blanco» reposaba en una superficie plana y vítrea, de unos cien metros de largo por diez de ancho. Muy por debajo de él divisó una planicie de color caoba que se extendía a gran distancia, hasta caer verticalmente y a una profundidad desconocida. Más lejos se adivinaba el fondo, que supuso ser tierra firme. En el segundo nivel se alzaban dos torres como de bronce que sostenían el rectángulo de cristal sobre el cual se hallaba el «Pájaro Blanco».

¿Qué significaba aquello?

Alzó la mirada. ¿Qué era aquel círculo descomunal que aparecía en lo alto?

Miró a un lado. ¿Qué eran aquellos monumentos colosales y almenados, que semejaban un engranaje gigante y sugerían pavorosas ilusiones de una geometría tetradimensional? ¿Qué eran aquellos otros bultos macizos que se elevaban hasta alturas vertiginosas?

Un temor fulgurante le paralizó cuando, en una ráfaga de intuición, adivinó dónde estaba.

¡El «Pájaro Blanco» se hallaba sobre el portaobjetos de un microscopio! La segunda planicie era el tablero de una mesa, y la tercera el suelo. Las montañas metálicas y de formas geométricas, eran aparatos y máquinas. Otras formas que se extendían hacia lo alto eran seres vivientes. ¡Había atravesado el átomo representado por su propio universo y acababa de surgir en un planeta de un universo mayor, un

superuniverso!

La inmensidad y la amplitud que le rodeaban, las hectáreas y kilómetros cuadrados de terreno, le hicieron vacilar. Todo era de una escala gigantesca a la que costaba acostumbrarse. Pero cuando miró con más atención hacia arriba, se le representó la verdadera magnitud de cuanto le rodeaba.

Hacia lo que parecía el horizonte, visto como a través de una ligera niebla, más allá de planicies y montañas que no eran sino mesas y máquinas, se elevaban paredes más descollantes que las cumbres del Himalaya o los riscos de la Luna, paredes descomunales abovedadas hacia el cenit, donde había una abertura por donde asomaba un tubo monstruoso cuya longitud debía ser de varios kilómetros.

Dos seres extraños estaban en pie cerca de dicho tubo, y un tercero se hallaba junto a una mesa situada a lo lejos, a un lado; un cuarto manipulaba una masa de aparatos metálicos de color azul y blanco cuya naturaleza no conseguía adivinar, mientras un quinto se inclinaba sobre el gran microscopio.

Por último, Duane comprendió dónde estaba. ¡Aquella extensa región de llanos y precipicios era sencillamente un gabinete, un observatorio, y los individuos eran astrónomos que estudiaban el espectáculo de los cielos en lo alto!

Desconcertado aún por el desenlace de su odisea, se vio de nuevo invadido por el asombro.

¡Dowell había acertado con su sorprendente teoría! Todo el universo recorrido era sólo un átomo, que tal vez danzaba por el aire en aquellos momentos, o tal vez era parte del portaobjetos, o el centro del planeta en donde se encontraba. Nunca lo sabría, pues para él estaba tan perdido como los tesoros de Atlántida. Pero el nuevo universo, con sus dimensiones y su infinidad de componentes, sólo era una partícula en su propia esfera.

¡Debían existir otros mundos, nuevos cosmos llenos de estrellas, soles y cometas! Y más allá..., ¿qué? Su mente, fatigada de especular a semejante escala, se volvió hacia los seres.

Eran Titanes. Comparados con Duane, el Coloso de Rodas era infinitamente más pequeño que la partícula material más pequeña. ¡Comparado con los Titanes, Duane era insignificante como un gusano!

De estructura antropomórfica, poseían a la vez características sorprendentemente humanas y rasgos extraños. A Duane le recordaron —¡pero en tamaño gigantesco!— las esculturas de la isla de Pascua, ya que estos Titanes tenían cabeza de nuca chata, frente alta e inclinada, ojos profundos, nariz regia y labios delgados y ascéticos sobre una mandíbula sobresaliente. Ninguna raza de conquistadores presentó jamás semejante aspecto de fuerza, austeridad, inteligencia y dominio.

Deiformes, encarnación de la supremacía, aquellos colosos eran aún más impresionantes por la textura radiante de su piel, que era tan blanca y tersa como el reflejo del hielo o el resplandor de un diamante blanquiazul. El oscuro conocimiento de aquellas entidades, ¿acaso había penetrado hasta las mentes de las razas de la

Tierra, contribuyendo a desarrollar la noción de deidad? ¿Eran aquéllos los prototipos que posaron ante los desconocidos escultores de la isla de Pascua?

Duane, triste y cansado, añoró la compañía de Anne, la presencia de un ser humano que le hubiera acompañado en aquella odisea, donde había vencido el espacio, aunque sólo para verse arrojado a nuevos y mayores misterios.

Lejos, lejos en lo alto, se erguían los Titanes de una legua de altura, creaciones macizas que habrían dominado hasta a los habitantes de Brobdingnag. Las túnicas rojas que vestían daban una mancha de color a la blancura de sus cuerpos ciclópeos.

Por el movimiento de sus labios, el terráqueo notó que hablaban, y la curiosidad pudo más que el temor. Abrió cautelosamente la escotilla del «Pájaro Blanco». El Titán que manejaba el telescopio habló. En la extensa pero diáfana resonancia de su voz, Duane distinguió una sílaba inexistente en ningún idioma de la Tierra. El Titán situado junto a los mecanismos accionó una palanca y de la máquina salieron cinco golpes de gong. El primer Titán observó por el telescopio y volvió a hablar, pronunciando otra sílaba distinta.

El mecanismo sonó una vez.

Duane comprendió entonces. El primer Titán, que evidentemente era astrónomo, estudiaba un cuerpo celeste e indicaba la posición a su compañero, quien anotaba la cifra. Por tanto, la primera palabra significaba «cinco» y la segunda «uno». Anotó las sílabas con la mayor aproximación posible.

El astrónomo volvió a hablar, y el que anotaba apretó la palanca, pero no resonó ningún gong. «Nada o cero», escribió Duane. El último número fue «nueve».

Reinó el silencio y el intruso distinguió, sobre un gran espejo situado junto al que apuntaba, la imagen de un campo estelar. Supuso que los Titanes estudiaban un cuerpo de aquéllos. El astrónomo habló y el que apuntaba levantó la cabeza. Duane escribió las dos palabras que supuso ser el nombre del que manejaba los complicados mecanismos.

Luego los campos estelares iniciaron un desplazamiento aparente acercándose cada vez más, hasta que un solo planeta luminoso destacó claramente en el centro del espejo.

El astrónomo dio una orden, la imagen fue detenida y Duane apuntó la transcripción fonética de la orden «alto».

Mientras tanto, el temor a ser descubierto había disminuido, pues la atención de los gigantes estaba concentrada en otro punto. Su curiosidad aumentó. ¿Por qué interesaba tanto a los grandotes aquel astro o planeta? ¿Quiénes eran, y cómo funcionaban sus aparatos? Deseó poder comprender todo lo que decían; con un poco de tiempo lo conseguiría, pues había formado ya una buena lista de palabras fundamentales: varios símbolos matemáticos, el concepto «cero», algunas órdenes como «alto», «adelante» o «en marcha» y el verbo «ser», los nombres de tres titanes

y varios adjetivos de cuyo significado no estaba seguro aunque le parecía entenderlos más o menos.

El cúmulo estelar fue amplificado hasta que sólo un cuerpo llenó la superficie del espejo. El que anotaba movió ruedas y palancas y la esfera, ahora discernible como un planeta que se aproximaba rápidamente, rebasó de la pantalla del reflector.

Los Titanes se reunieron alrededor del espejo. La superficie del satélite avanzó hacia ellos. Mares y continentes pasaron a ser visibles. Masas oscuras de bosques y montañas contrastaban con formaciones que parecían pueblos o ciudades. Se vieron senderos, árboles, cabañas y lagos. Por último, el que anotaba accionó un mecanismo de aquella maravilla óptica y la imagen volvió a quedar inmóvil.

Allí, en la imagen desplegada, se veía con toda nitidez el claro de un bosque. Árboles extraños y exóticos, que recordaban los del período carbonífero en la Tierra, alzaban hacia el cielo grandes copas cónicas de hojas, capullos y flores totalmente abiertas. El terreno estaba cubierto de helechos y flores brillantes, corolas orquidáceas y capullos pardos de alhelíes dobles.

Amanecía, y se filtraba a través de la vegetación una claridad blanquiazul. Las sombras se acortaron. Las mariposas revolotearon y pájaros de plumaje brillante se remontaron con melodiosos gorjeos matinales. Un animal parecido al ciervo pasó mientras un conejo brincaba en busca de desayuno. Otra bestia parecida a una gran ardilla, pero con piel brillante y alas de murciélago, revoloteó hasta la orilla de un estanque. Después de beber ávidamente, se alejó retozando por el bosque.

Un sendero conducía al estanque. Mientras los Titanes y Duane miraban, apareció una muchacha.

Nada de lo vivido durante aquellas semanas turbulentas afectó tanto a Duane como el espectáculo de la muchacha. Era distinta de las mujeres terrestres y, a la vez, poseía cierta semejanza. Pensó que se parecía a Anne..., ¿o sería tal impresión una simple expresión de sus deseos? La muchacha bailaba en la quietud del amanecer. Estaba desnuda. Su cuerpo ágil, moreno como el trigo maduro, trazó piruetas alrededor de los árboles, y sus pies ligeros se hundieron en el musgo. Su cabellera color esmeralda flotaba a su alrededor y sus ojos ambarinos eran acuosos y seductores. Animaba el rostro un resplandor dorado. Sus dedos eran tan delgados que parecían no tener huesos, y revelaron su flexibilidad cuando ella los unió y los entrelazó en súplica al amanecer.

La escena era de una belleza exquisita, desde los pétalos exuberantes de las flores y la alfombra de musgo hasta los árboles exóticos, desde la joven bailando bajo los rayos del amanecer hasta la luz que resplandecía entre ramas y hojas y formaba sobre el suelo dibujos de claroscuro caprichoso.

Luego la muchacha alzó sus brazos al cielo y levantó el rostro para saludar al sol. En aquel claro parecía más hermosa que una náyade mitológica. Entreabrió los labios y Duane casi creyó oír la extasiada canción que entonaba. Luego volvió a danzar con descuido abandono, se volvió hacia la orilla del estanque, se zambulló y rió de su

propio reflejo que se ahogaba en las aguas.

La atención de Duane regresó poco a poco de la poesía y el encanto de aquel idilio, solicitada por un ruido atronador que retumbó en el aire. Los Titanes conversaban excitados, y uno de ellos parecía burlarse de sus compañeros. A juzgar por sus gestos, restaba importancia al espectáculo que acababan de presenciar en la pantalla. Luego se alejó del círculo y en dos frenéticos pasos regresó al microscopio para continuar la investigación recién interrumpida.

Duane captó el peligro al tiempo que abría frenéticamente la puerta del «Pájaro Blanco». Pero era demasiado tarde. La puerta se hallaba parcialmente cerrada cuando un poderoso grito salió de la garganta del gigante. Los demás se volvieron y comenzaron a acercarse. ¡Dos dedos grandes como barriles tomaron los bordes del portaobjetos y lo levantaron con violento impulso ascensional!

## 6

Aquella trayectoria casi vertical que lo elevó un kilómetro en un segundo, fue más mareante que una larga caída. Duane tembló durante el sencillo aunque peligroso incidente que se produjo después.

El gigante lo levantó hasta el nivel de sus ojos y lo contempló fríamente. Su ojo, enorme como un salón, de insondables profundidades negras y pupila penetrante e hipnótica, sobrecogió a Duane con su convicción de poder dinástico y su actitud de análisis inhumano, puramente científico.

Ningún gusano en alcohol, ningún microbio bajo el microscopio pudo sentirse más bajo que él bajo el resplandor de aquel orbe tremendo.

Duane estaba atrapado y lo sabía. Un chasquido de los dedos colosales, y sería reducido a pulpa entre los fragmentos aplastados de su estratonave. Imposible asegurar si fue el pánico o el valor lo que le impulsó. Abrió la puerta del «Pájaro Blanco» y se detuvo sobre el portaobjetos.

El gran ojo se dilató y sus negras profundidades se agitaron. Los cuatro compañeros se acercaron como brillantes ángeles de perdición y sus rostros severos e imperiosos le observaron con más interés, aunque no con más sentimiento del que habrían puesto en estudiar una mosca. Hablaron rápidamente, y los labios crueles restallaban en explosiones atronadoras, que a tan poca distancia ensordecían. Duane gesticuló y guardaron silencio, mirándole y mirándose entre sí, asombrados.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, gritó el nombre del encargado del microscopio.

El efecto fue fulminante. El Titán estuvo a punto de soltar el portaobjetos. Lanzó

un torrente de preguntas, pero el terráqueo meneó la cabeza y gritó la sílaba que significaba «Nada».

El Titán comprendió: Duane no entendía sus preguntas. El astrónomo se acercó un mecanismo de naturaleza desconocida. Después de colocar a su cautivo sobre una mesa, se cubrió la cabeza con un casco de metal, del que partía una maraña de cables hacia lo que semejaba ser una centralita telefónica provista de una pantalla. Colocó un casco parecido sobre la mesa e indicó a Duane que lo tocara con la cabeza. Aquel hemisferio de los dioses le pareció como la cúpula de un observatorio.

Un flujo hormigueante recorrió su cuerpo al hacer contacto.

En el espejo apareció una imagen del astrónomo y debajo su nombre. Duane comprendió. Aquel aparato prodigioso transformaba las corrientes de pensamiento en imágenes, y permitía hacer visibles las ideas. Duane pensó en sí mismo y repitió mentalmente su nombre. En seguida apareció en la pantalla. De esta manera insólita, y con la ventaja de haber descubierto algo de las ocupaciones e idioma de sus interlocutores, no le resultó muy difícil sostener una conversación silenciosa.

—¿Vienes de Valadom, el planeta del reflector? ¿Eres una de sus criaturitas?

—No.

Evidentemente, la respuesta del terráqueo les sorprendió. Los científicos discutieron, como si dudasen de aquella respuesta.

—¿De dónde vienes?

Duane vaciló. ¿Le creerían si respondía la verdad? ¿No sería más conveniente anular su primera respuesta y asegurar que era una de las «criaturitas»? Pero aquéllos eran gigantes del intelecto, además de físicamente titanes. Sería mejor responder la verdad, aunque se burlaran.

—Vengo de un átomo situado bajo vuestro microscopio —repuso.

Su respuesta provocó agitación, pero no el escepticismo que había temido. El astrónomo habló con renovado énfasis, como si hubiera encontrado confirmación para una teoría, y el reflector mental dejó ver una enloquecedora confusión de símbolos matemáticos, conceptos que significaban energía y materia e hipótesis atómicas.

Por lo que se podía conjeturar, en algún momento el astrónomo había postulado que cada partícula de materia era tan compleja como el universo, que las fracciones submicroscópicas podían ser campos estelares tan detallados como los que se veían en lo alto y con una vida a una escala proporcionalmente infinitesimal, teoría a la que sus oyentes debieron oponerse. Aquel concepto exigió un esfuerzo por parte de Duane. Su universo, un átomo de los que formaban aquel planeta; éste, uno de tantos en el superuniverso. ¿Y si aquella unidad de miles de millones de cuerpos era, tal como Dowell había indicado, sólo una molécula de un cosmos aún más vasto, por encima, más allá y exterior? Inversamente, ¿contendrían universos los átomos de la Tierra que él había dejado? ¿Dónde estaba el principio o el fin del ciclo?

Su figura delgada, donde la tensión luchaba contra el cansancio, debió constituir

un estudio de contrastes. La majestuosidad catedralicia de aquel gabinete, que formaba un ruedo tan grande como la superficie, los cielos y los horizontes de la Tierra, era maravillosa en sí misma, pero los altivos moradores sumaban emociones de respeto, temor e inferioridad, por ser tan voluminosos, tan radiantes, tan severos, tan implacables y deiformes. Al peso de estas cosas visibles se agregaban nociones que harían vacilar el cerebro de un genio, o la mente universal, si es que existía una inteligencia cósmica. Pero la estructura formal de la naturaleza tal como él la conocía parecía repetirse allí. ¿Dónde estaba el principio y dónde el fin? ¿Con qué propósito? Se alejó de aquellos abismos mentales, al darse cuenta que los Titanes volvían a hacerle preguntas.

—¿Puedes regresar a tu universo, a tu átomo?

—No —respondió Duane.

—¿Por qué no?

—No sé dónde está. No sabría encontrarlo, y si lo encontrara no podría entrar. Algo sucedió cuando llegué al punto límite. Soy más grande que todo mi universo. No puedo encogerme. Además, han transcurrido millones de años desde que partí. Ni siquiera sé si la Tierra, mi planeta, existe todavía.

Los sabios asintieron con seriedad, aceptando su explicación. Por lo visto, comprendían mucho mejor que él mismo lo que había sucedido.

—¿Cuál es el principio de tu minúscula nave, pequeñín?

Duane se enfureció e irguió su cuerpo delgado. ¿El «Pájaro Blanco» una «minúscula nave»? ¿Él, Coloso, llamado «pequeñín»? Se echó a jurar, y una sucesión de «maldita sea» apareció en la pantalla mental. Los Titanes observaron con extrañeza estas palabras extrañas y le pidieron que las explicara. Dominó su indignación y trató de explicar la construcción del «Pájaro Blanco» y cómo almacenaba radiaciones del universo para convertirlas en energía. Los Titanes le escucharon tan atentos e impasibles como antes.

Pero Duane notó un interés extraordinario hacia sus ideas.

Mediante una cuidadosa observación, dedujo que aquel laboratorio había sido construido recientemente gracias a conocimientos científicos muy superiores a los de la raza humana.

También ellos habían descubierto cómo obtener energía perpetua. Ya habían iniciado la exploración de los grandes espacios, los abismos externos, los precipicios, los vacíos y las profundidades ilimitadas. Les asombraba que una criatura tan ínfima como él hubiera logrado llegar tan lejos. La explicación de Duane acerca de las partículas submicroscópicas —que para seres tan pequeños como él lo había sido en otro tiempo, todavía representaban un misterioso universo enorme y complejo de inconcebible magnitud— mereció un detenido interés.

Duane comprobó que su prestigio aumentaba. Pensó que le tocaba el turno de ver

imágenes mentales y obtener alguna información acerca de los lugares a donde le había llevado su viaje.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde estoy? —fue su primera pregunta.

El astrónomo reflexionó largo rato, como considerando si aquel ser ínfimo podría comprender las ideas que se le explicaran. Luego apareció en la pantalla un torrente de imágenes: Qthyalos, un mundo gigante en su madurez, habitado por titanes dotados de conocimientos y poderes divinos, cuyos intelectos guardaban proporción con las dimensiones de sus cuerpos, mentes dominadoras de la materia, y materia vital cuyo ciclo abarcaba miles de años.

A Duane le ardieron los ojos al ver sus ciudades gigantescas, sus obras alucinantes y extrañas, y sus artes no menos extrañas y fantásticas. Le asombraron con sus estructuras aparentemente fluidas y cambiantes, inestables y al mismo tiempo sólidas. ¿Poseían una arquitectura tetradimensional que trazaba líneas rectas en las espirales y cubos en pirámides pavorosamente fulgurantes?

¿Cuál era el material brillante que componía sus metrópolis megalíticas, que resplandecía cegador y cuya incandescencia, a la vez, englobaba sombras, ambigüedad y formas cambiantes de una geometría incomprensible? Sin reparar en el asombro de Duane, el resumen prosiguió. Entonces supo por qué estaban observando Valadom con tanto interés en el momento de su llegada. Tradujo la serie de imágenes a palabras:

—Una de nuestras naves exploradoras localizó supuestas señales de vida en un pequeño planeta de nuestro sistema.

La secuencia de imágenes se interrumpió cediendo el lugar a una vista del globo gigante de Qthyalos. Luego apareció la imagen de su sol, con los centenares de cuerpos grandes y pequeños que constituían un sistema solar a escala gigantesca. Luego la gran extensión de una galaxia y más allá cosmos aislados, nebulosa tras nebulosa, campo estelar tras campo estelar, gas llameante y negros vacíos, mientras la pantalla avanzaba y profundizaba hacia el infinito, el abismo eterno.

Duane, humilde en presencia de aquella inmensidad tan parecida a su propio universo, aunque de dimensiones inconmensurablemente majestuosas, observó con ojos turbados la reanudación del relato:

—Últimamente hemos logrado dominar las leyes ópticas e intraespaciales a tal punto, que podemos observar con toda la aproximación necesaria cualquier planeta de nuestro sistema. Durante el año pasado estudiamos todas las noches un planeta, pero no descubrimos señales de vida hasta hoy, en que una sonda ha transmitido información sobre Valadom, que hace tiempo estudiábamos con el telescopio. Pensábamos enviar científicos allí para que obtuvieran ejemplares de esas extrañas criaturitas que se parecen tanto a nosotros, con el objeto de realizar estudios y análisis de laboratorio.

Pero hallamos varias dificultades. Ante todo, su tamaño minúsculo. A juzgar por la que vimos, no pueden ser más grandes que tú. En consecuencia, si fuéramos allí,



probablemente quedarían tan aterrorizados que huirían y se esconderían. Podríamos aplastar miles de ellos sin darnos cuenta.

Serían necesarios grandes esfuerzos para atrapar aunque sólo fuese uno, y seguramente quedaría tan malherido o espantado que no nos serviría. No podríamos acampar allí. No creo que pudiéramos vivir en ese pequeño asteroide. La capa atmosférica tal vez no sea más alta que nuestras cabezas.

Aunque utilizásemos nuestra técnica, las condiciones para la observación serían totalmente desfavorables. Nuestro propósito no quedaría satisfecho por la observación en ese lugar. Podemos observar sus acciones, pero no averiguar su historia, interpretar sus pensamientos, analizar su auténtica naturaleza o adquirir más que una idea aproximada sobre sus vidas.

Este largo discurso, en gran parte oscuro y adivinado por Duane sólo gracias al carácter abstracto de las imágenes que reflejaba la pantalla del Titán tratando de visualizar conceptos, parecía apuntar a un propósito definido.

Los cinco hablaron entre sí, con sus semblantes dignos y revestidos de una austeridad que los ascetas habrían envidiado. Como esculturas de dioses, como las enigmáticas cabezas talladas de la isla de Pascua, como gobernantes destronados que discuten el destino de los imperios, con sus expresiones tan impasibles que parecían de piedra, los seres ciclópeos conversaron con voces que retumbaban como el trueno, rugiendo a modo de cataclismo en los oídos de Duane. Vistos desde el tablero de la mesa, los blancos gigantes en pie alrededor de ella parecían tallados en bloques sobre la misma cantera.

Por un momento pensó meterse en el «Pájaro Blanco» y alejarse, pero supo que tal artimaña no daría resultado. Las cabezas que discutían kilómetros más arriba, la distancia a que se hallaba el horizonte del suelo, los aparatos y máquinas y el espacio aparentemente ilimitado hacia lo alto, no ofrecían la más mínima esperanza de huida.

Luego la cabeza del astrónomo, dura como la piedra y brillante como el mercurio, se acercó a él y el movimiento envió violentas corrientes de aire a través de la mesa. La altiva entidad pronunció palabras que él no pudo comprender, pero cuyo sentido fue traducido por la pantalla mental.

—Puesto que es imprudente explorar Valadom y difícil conseguir una criaturita, hemos decidido analizarte, averiguar cómo funcionas, de qué estás hecho y cuáles son tus reacciones.

El Titán anunció la sentencia como si confiriera un honor. Su expresión permanecía imperturbable. Seguiría siendo un enigma el porqué había anunciado a la víctima su propósito, a menos que poseyera poderes desconocidos para Duane, o que el fervor de la investigación científica le obsesionara hasta el punto de considerar sólo los fines, sin reparar en los medios.

Cualquiera que fuese el motivo, poco le importaba a Duane. Su vida estaba en peligro.

Para aquellos Titanes no era más que un germen, un insecto, una criatura

minúscula, un gusano. Las palabras del gigante no evidenciaban crueldad, enemistad ni emoción alguna. Para ellos era un hecho sencillo. Allí había una criaturita que despertaba su curiosidad. Sería un magnífico ejemplar de laboratorio. No se trataba del hecho que no les gustaba o que le odiasen. No experimentaban ningún sentimiento hacia él. La causa de la ciencia iba a progresar mediante la disección y análisis de aquel ejemplar de una nueva especie.

El exiliado de la Tierra, presa de helado terror ante su próximo fin, se puso a pensar.

¿Sería ésa la recompensa de su odisea estelar? ¿Una muerte absurda en lugares extraños sería la última meta?

¿Tendría que perecer, no con gloria sino en la ignominia, más lentamente y casi con tan poca distinción como el insecto más insignificante?

Mejor sería decidirse y hacer el intento que al menos le aseguraba un rápido fin, en un chasquido de aquellos dedos monstruosos. Mejor ser convertido en pulpa que agonizar bajo el escalpelo.

Aquellos Titanes estaban dominados por la ciencia y sus fines. ¿Si fuese posible apelar a su naturaleza racional!

En la pantalla aparecieron las ideas formadas por su cadena de pensamientos, el recurso y la defensa que proyectó mentalmente.

—¡Titanes! ¡No soy una criaturita de Valadom! ¡Pueden estudiarme al microscopio y con el escalpelo, pero seguirán sin saber nada acerca del funcionamiento de las criaturitas!

El encargado del microscopio bajó la estructura marmórea de su cabeza, cuadrada como la de un mamut. Se puso el casco metal, y respondió mediante imágenes de pensamientos, con expresión meditabunda:

—No importa. Sabremos cómo funcionas, y más tarde cómo funcionan las criaturitas.

Descorazonado, Duane volvió a intentarlo.

—¡Mi muerte no les servirá, Titanes! ¡Descubrirán de qué estoy hecho, pero nada más, y lo que saben sobre mi vida es poco!

Había cometido una gran equivocación, un error táctico, y lo comprendió en seguida. El sudor bañó su frente.

El Titán biólogo refutó sus argumentos con estas palabras:

—No pensamos terminar contigo por ahora. Estarás en observación para experimentos de laboratorio todo el tiempo que sea necesario, hasta que hayamos agotado tu ser animado, luego te autopsiaremos.

Sólo el afán de una elevada misión encendía los ojos negros y enormes. Ningún sentimiento turbaba su serenidad e indiferencia mientras pronunciaba la condena a muerte.

Desalentado, pero con voluntad indomable mientras hubiera vida, y con la inteligencia agudizada por aquella batalla intelectual por su salvación, Duane dio un

giro al asunto:

—¡Titanes! Soy como ustedes. ¡Pienso, siento y soy como ustedes! ¿Qué ganarán autopsiándome? ¡Sólo me diferencio de ustedes por el tamaño! ¿Despedazarían a uno de vuestra raza?

—Hemos despedazado a seres como nosotros cuando ha sido necesario para averiguar por qué somos como somos —fue la inesperada y desconcertante respuesta—. Te pareces a nosotros, pero un estudio exacto de todo tu organismo será necesario para averiguar las similitudes y diferencias que existen entre nosotros. La forma de tu cabeza es rara. De ahí que tu cerebro no puede funcionar exactamente igual que el nuestro.

La red se cerraba. Rebatían cada argumento tan pronto como él lo exponía. El único consuelo para Duane era que estaban dispuestos a escuchar, aunque desapasionadamente, distantes, imparciales, estimando la validez objetiva de sus razones. Sólo le quedaba una posibilidad, salvo la maniobra suicida, y puso en juego todos sus recursos mentales persuasivos.

—¡Titanes! ¡Haré un trato con ustedes! Permítanme subir a mi cosmonave y partir. ¡Iré a Valadom! Viviré entre los pequeñitos. Permaneceré allí un año. Aprenderé su idioma, estudiaré sus costumbres e historia, interpretaré su vida. Al concluir el año, regresaré y les comunicaré todos los datos que haya recogido. Además, traeré como mínimo un ejemplar muerto de los pequeñitos para que lo estudien. Titanes, todo eso prometo a cambio de dos cosas: prometerán no hacerme daño cuando regrese, así como no hacérselo a los pequeñitos de Valadom.

Los cinco gigantes, como jueces que analizan un caso, consideraron su oferta.

Comprendió que el biólogo estaba en contra de él y a favor de la experimentación inmediata, pues luego no les faltaría oportunidad de conseguir ejemplares de las criaturitas. El astrónomo apoyaba la propuesta, que le permitiría conseguir sin problema una historia completa de Valadom; en el año intermedio podrían adelantar las investigaciones sobre otras partes del universo. Los otros tres gigantes parecían no tener preferencia por ninguna de estas dos soluciones.

Duane, tenso y excitado, aguardó que tomaran la decisión. Había algo grotesco en aquella situación, algo sobrehumano y al mismo tiempo extrañamente familiar, una contradicción grotesca entre aquellos soberanos ciclópeos cuyas mentes sólo anhelaban conocimientos y él, algo ínfimo para ellos, luchando por su existencia...; él, que buscando respuesta al misterio de las cosas había realizado la hazaña de atravesar un universo y dejarlo atrás convertido en un átomo. ¡Aunque había llegado a convertirse en un Coloso, para ellos era sólo un insecto! Aunque ellos parecían titánicos, ¿serían más que motas submicroscópicas, impalpables, en la insondable molécula de la que, a su vez, formaban parte?

El astrónomo se dispuso a responder y los ojos de Duane se volvieron hacia la pantalla, Una figura diminuta y solitaria esperaba el juicio del destino y de los dioses.

—Criaturita, consideramos que la causa del conocimiento avanzará mejor y más

pronto si vas tú a Valadom y regresas luego, en lugar de analizarte ahora. Te autorizamos a ponerte en camino pero, según has dicho, debes regresar dentro de un año. ¡Vete!

Temblando por efecto del alivio que experimentó al ver temporalmente aplazada la condena, Duane dijo:

—Se los agradezco, Titanes. ¿Qué garantía puedo darles?

—¿Garantía? Tus pensamientos eran sinceros. De lo contrario, no te habríamos permitido partir. ¿Conoces el camino a Valadom?

—No.

El astrónomo pasó por la pantalla imagen tras imagen de los cielos, las estrellas principales, Valadom, Qthyalos y su sistema, hasta que Duane supo cuanto necesitaba.

Luego se inclinó ante aquellos grandes seres, cuyos designios eran impenetrables y cuyo pensamiento excedía a su comprensión. Ahora, guardando un silencio más majestuoso que el reposo de una catedral vacía, le vieron partir.

Ni expresiones de buenos deseos ni despedidas cordiales acompañaron su partida.

Las cabezas de nuca chata, de frente inclinada, labios severos, mentones y narices con expresión de divino desdén, pómulos de orgullo deiforme, rostros de brillo asexuado, ojos negros y tremendos en cuyas profundidades brillaba el desvarío de los ángeles destructores, traicionaron una curiosidad inhumana y abstracta y nada más.

El «Pájaro Blanco» avanzó hacia el cielo trazando un hermoso arco. Las cabezas de los Titanes quedaron atrás. El inmenso recinto del observatorio disminuyó hasta parecer una habitación normal, con seres de características antropomórficas moviéndose entre aparatos y estructuras extrañas. Los rostros austeros de los gigantes se convirtieron en puntos a medida que el vagabundo del infinito se elevaba en la cúpula abierta, en una trayectoria que iba siguiendo el telescopio de una legua de longitud.

Duane sintió vértigo al comprender que él, si pudiera verse a sí mismo con los ojos del hombre, debía ser un Coloso aumentado muchas veces a consecuencia de la dilatación que había sufrido al atravesar el espacio y escapar de su universo, aunque no fuera sino un pigmeo en miniatura para ellos, que no eran nada comparados con la molécula de la que formaban parte.

Su última impresión de los altivos moradores de Qthyalos fue de profunda reverencia mezclada con especulaciones infructuosas. Quiénes eran y cuál fuese su naturaleza seguían siendo objeto de conjeturas casi tan insolubles para él como cuando los vio por primera vez. Luego le rodeó la oscuridad. Había salido de la cúpula donde estaba el telescopio.

## 7

Volvió a divisar los campos de estrellas, los incesantes tropeles que brillaban en lo alto.

Las constelaciones se presentaban extrañas y desconocidas, como una infinidad de joyas brillantes. En el horizonte septentrional se ponía una pálida luna gris, y en los confines del mar del sur se hundía otra de color naranja.

Mientras el «Pájaro Blanco» ganaba altura, Duane miró hacia atrás. La superficie de Qthyalos se extendía vasta, confusa y misteriosa al amparo de la noche y bajo el manto de estrellas. Había extensiones montañosas que se erguían audaces hasta ocho mil kilómetros o más hacia las ciudadelas del espacio, mientras cordilleras de terrible desolación ocultaban los cielos tras sus cumbres heladas de grandeza desnuda y blanqui azul.

El observatorio se hallaba en un precipicio cuyas laderas caían verticales formando una lóbrega sima. Había ciudades en las llanuras y en los valles, megalópolis monstruosas con oscuras torres legendarias, edificios de dimensiones titánicas que torturaban la visión con ilusiones de una geometría desconocida, ciudades de pesadilla, irreales como las cúpulas de Xanadú, que desafiaban a los cielos con sus torres más altas y casi interminables.

Había lagos extensos como mares y mares que parecían abarcar toda la redondez del horizonte.

Había islas del tamaño de continentes y continentes de extensión indescriptible.

¡Amos colosales de un planeta colosal! Qthyalos, un único planeta más inmenso que el universo, se desvaneció con todos sus misterios y sus maravillas alucinantes, quedando cada vez más abajo.

Su masa era un enigma oscuro, hasta que se iluminó vivamente el contorno y apareció el filo de un sol deslumbrante.

El «Pájaro Blanco» aumentó su velocidad y el sol central emergió, radiante. Era un orbe calentado al blanco que, al lado de Qthyalos, semejaba un balón comparado con una bola de cojinete. Al lado opuesto del sistema se veían grandes planetas con múltiples lunas, y le servía de fondo un gran grupo de estrellas. Al frente, sobre el tapiz del espacio, brillaban otros planetas y lunas; entre ellos se distinguía Valadom, simple asteroide para los titanes, que era en realidad tan grande como la Tierra, según la escala de magnitudes de Duane.

El «Pájaro Blanco» aceleró hacia su meta. Juzgando por su noción habitual del tiempo, apenas había transcurrido una hora cuando distinguió Valadom en forma de

un minúsculo globo. Más allá, un enorme número de constelaciones tachonaba el infinito; y más allá de aquella orgía de luz brillaban lejanas nebulosas donde comenzaba el desfile celestial de galaxias remotísimas. Estrellas gemelas, soles purpúreos, blancos y dorados, enjambres de lunas y planetas de plateado esplendor: el espacio y la noche contenían una belleza, una majestuosidad y una gloria sin paralelos, una exhibición espectacular que desafiaba la imaginación, y donde el «Pájaro Blanco» no era más que un punto que trazaba su trayectoria entre las inmensidades y los infinitos.

Por un instante se propuso engañar a los Titanes, continuar viaje y descubrir el último avatar, o el megacosmos más lejano, para llevar la teoría de Dowell hasta sus últimas consecuencias. Pero la palabra empeñada a los Titanes prevaleció.

Duane se acercó a Valadom con una sensación de cansancio cósmico. La procesión interminable de estrellas y universos galácticos comenzó a perder interés. ¿Quién podía decir qué había más allá del límite final, más allá de aquel cosmos...? ¿Otro átomo a escala mayor? ¿Una célula o una molécula? ¿O la noche eterna? ¿O una frontera misteriosa donde el espacio terminase definitivamente? Su cerebro rechazó aquellas visiones excesivamente vastas, aquellas especulaciones donde acechaba la locura.

Experimentó una extraña satisfacción al aproximarse a Valadom; la satisfacción del viajero que regresa al hogar después de sufrir peripecias en lugares lejanos. El sol cegador brilló con su disco relativamente más grande que el del Sol de la Tierra; a un lado quedaba Qthyalos, la morada de los Titanes. Comparado con el planeta gigante, Valadom parecía apenas la punta de un alfiler.

Los pensamientos de Duane se volvieron hacia Anne, en melancólica evocación de su compañía.

¡Qué bien habría sabido ella poblar la soledad de sus viajes! ¡Habría sido un consuelo tan dulce!

Pero le separaban de su sueño muerto de amor años irrecuperables de un universo más lejano que Carcosa y Hali.

Valadom estaba cerca. Triste, con expresión de anciano en sus ojos jóvenes, Duane observó su puerto de arribada. No podía dejar de notar que los Titanes vigilaban sus acciones por medio de los equipos telescópicos y ultra-ópticos; la sensación de su presencia invisible a miles de millones de kilómetros le producía una depresión aliviada sólo en parte por la intuición de otra presencia fantasmal, intangible, evasiva.

Sobre Valadom reinaba la quietud, la calma del amanecer por encima de los mares y continentes a los que se acercaba. Aquella paz influyó en su estado de ánimo. Recordó a la hermosa y olvidada criatura que había visto rindiendo homenaje a la mañana. ¿Seguiría prosternada junto al estanque?

¿O habría regresado bailando al lado del amante, la familia o el compañero? Duane se sorprendió al notar interés y un principio de celos. ¡Absurdo! Ni siquiera

conocía la naturaleza de esta criatura de Valadom, y no podía estar seguro de encontrarla, pero eso no le impedía soñar a medida que se aproximaba a su destino.

Mares separados por masas de tierra. Reconoció la topografía vista en la pantalla de los Titanes.

El «Pájaro Blanco» descendió demasiado rápidamente. Disparó los triples proyectiles delanteros para amortiguar la caída. El «Pájaro Blanco» voló sobre un océano agitado y continuó hacia el oeste hasta que las costas de un continente rompieron la azulada niebla.

En el océano se distinguían unos puntos... ¿Atolones, sargazos, pequeñas naves? No pudo averiguarlo, mas no se detuvo. Sobre una bahía se alzaban las murallas de un pueblo o ciudad.

¿Civilización o barbarie? ¿Indicaban una cultura floreciente en progreso, o la decadencia desde una cumbre pretérita? El tiempo traería la respuesta; en ese momento sólo sentía un deseo, una extraña urgencia por llegar al claro que había visto. Abajo desplegaba sus esplendores una arquitectura semejante a la de los griegos: templo y morada, santuario y posada, aparecían como blancos monumentos paganos a la luz del alba.

El «Pájaro Blanco» descendió sobre el bosque que rodeaba el pueblo, pues allí debía estar el recinto que buscaba. A lo lejos, el hilo oscuro de un río se abría paso hacia el mar. El bosque lo tragó y el «Pájaro Blanco» flotó sobre el césped, entre dos lomas, que en seguida las reconoció como las que había visto desde Qthyalos. Allí estaba el estanque, un disco esmeralda.

El «Pájaro Blanco» se posó entre césped y flores exuberantes, rodeado de árboles de fantásticas formas. El terráqueo de figura desgarbada bajó de la nave.

Era ya pleno día; el sol estaba alto y Qthyalos brillaba a su lado como una esfera de sombría belleza. Soplaba un viento suave; Duane aspiró profundamente aquel elixir fresco y fragante. Del bosque llegaban sonidos, cantos insólitos de pájaros desconocidos y gritos de bestias furtivas. Las mariposas de brillantes colores parecían manchas de rojo, verde dorado, limón, añil y ébano. Pasó volando un pájaro de pico largo y plumaje púrpura imperial, con motas de rojo granate. Era hermoso, hasta que cacareó estridentemente.

En todas partes había una extraña vegetación: tallos coronados de flores, helechos de aérea gracia, líquenes y grandes algas, coníferas, troncos y tallos raros de los que pendían racimos de bayas, frutas, nueces y flores; vainas cargadas de semillas, musgo espeso. El suelo era una alfombra cubierta de hierba verde y, sobre ella, un sinfín de flores: orquídeas que alzaban sus corolas encendidas al sol, pétalos de plata entreverada de negro, turquesa, canela y púrpura; un desorden ubérrimo donde todos los colores de la fiebre y todas las tonalidades del verde salpicaban el paisaje.

El viajero, en medio de aquel paraíso soñoliento donde se adormecían los nervios

y las inquietudes se desvanecían en presencia del festín de la naturaleza, avanzó hacia el estanque.

Anduvo a través de la fronda por un sendero de hojas donde el sol dibujaba arabescos de luz y sombra, y siguió avanzando con precaución, inseguro, aunque con activa curiosidad.

Nunca hubo una paz tan exquisita, un refugio tan inefable; la música de los pájaros se convirtió en un coro que reforzaba la impresión de paz. Luego una voz entonó un himno al sol exuberante y alegre. La canción crecía y caía, haciéndose más grave en éxtasis de arrobamiento. Su estado de ánimo respondió a la canción y al intérprete invisible.

Mientras se abría paso a través del bosque, el recuerdo de Anne surgió como un espectro que se ocultase entre las frases líricas y brillantes.

Por último llegó al lindero del claro y vio a la muchacha. Estaba junto al estanque.

Sonreía al cielo y al sol, a la tierra y las aguas. Su bello rostro estaba sonrosado por la vitalidad de la juventud, y su cabellera esmeralda caía sedosa sobre la garganta y los hombros. Cantaba a la gloria de vivir, a la vida exuberante, y su voz murmuraba goce. Se volvió en ágil abandono y la cabellera ondeó por su espalda, en contraste con la claridad de su piel.

Duane gozó largo rato de la belleza de su cuerpo y su danza, de la gracia de su ritmo, y por último se adelantó.

El exiliado de la Tierra y la criatura de Valadom se miraron de hito en hito. La danza cesó bruscamente. Sus ojos ambarinos se abrieron con sorpresa, como formulando una muda pregunta al intruso. Duane dio un paso hacia adelante y saludó a la muchacha con las manos extendidas en señal de paz.

Los labios de la muchacha se entreabrieron y sus ojos, que no expresaban ni miedo ni desconfianza como él quizás había temido, brillaron con un fulgor secreto, como si saludara a algún amigo apenas recordado desde hacía mucho tiempo.

\* \* \*

Lo que hace de *Coloso* un cuento de revolución de ideas es la inversión de un lugar común. Eran corrientes los argumentos que implicaban el encogimiento del protagonista hasta el nivel en que los átomos comunes se convierten en sistemas solares. En cambio, en este cuento el héroe crece hasta que todo el Universo viene a ser un átomo (idea inspirada por la cita de Eddington que encabeza el relato).

El cuento fue muy bien recibido y los lectores exigieron una continuación.

Evidentemente, Wandrei ya había pensado en ella y la continuación apareció, bajo el título de *Colossus Eternal*, en «Astounding Stories» de diciembre de 1934.

Aunque *Coloso* me había gustado, como demuestra el que lo haya recogido en la



presente antología, por aquel entonces empezaban a molestarme las narraciones que no satisficieran mi criterio, cada vez más exigente, de exactitud científica. No ignoraba que según la teoría einsteiniana de la relatividad, la velocidad de la luz no puede ser superada, A mis catorce años ya no estaba dispuesto a aceptar que la nave del protagonista alcanzase tan fácilmente aquellas velocidades desaforadas. También sabía que, si bien la masa de cualquier objeto aumenta en general con la velocidad relativa al Universo, no ocurre lo mismo con el volumen. De hecho, y según la contracción de Lorentz–Fitzgerald, el volumen disminuye.

Me comunica Wandrei que *Coloso*, *Colossus Eternal* y otros cuentos se incluirán (en versiones revisadas) en un libro que está preparando. Dicho libro reivindicará a este escritor injustamente olvidado.

No obstante, los cuentos de revolución de ideas (aunque sus errores científicos fuesen notados por mi ego cada vez más crítico) me interesaron mucho. Opinaba que aquello era ciencia–ficción por excelencia, y cuando yo mismo empecé a escribir ciencia–ficción, me propuse idear cuentos de revolución de ideas, aunque tal término dejó de ser usado al cesar Tremaine.

Mi cuento *Nightfall* está deliberadamente escrito como un relato de revolución de ideas, lo mismo que *The Last Question*. Incluso mi reciente novela *The Gods Themselves* posee características de revolución de ideas.

Donald Wandrei era un autor de Tremaine. Nunca publicó en «Amazing Stories» ni en «Wonder Stories», y sólo una vez apareció en uno de los últimos números de la «Astounding» de Clayton. En cambio, fue publicado alrededor de diecisiete veces en la «Astounding» de Tremaine y, cuando éste se fue, Wandrei desapareció.

Ahora me doy cuenta de que *Coloso* incluye una curiosa premonición —aunque errónea en algunos detalles— de la Segunda Guerra Mundial, que comenzó efectivamente a los cinco años y medio de su aparición. Japón era el agresor que declaraba la guerra con un ataque a traición. De hecho, en la fecha en que fue escrito el cuento, ya había invadido China. También hay una notable evocación de Stalingrado. Sin embargo, no alude para nada a Alemania, y Gran Bretaña resulta ser aliada del Japón.

Por cierto, esto parecía lo más probable a comienzos de la década de los treinta.

Tremaine hizo más que lanzar nuevos autores. Como pagaba mejor, pronto los escritores más importantes pasaron a engrosar sus filas. Jack Williamson, uno de los mejores (recordad *La era de la Luna*, en el tomo I de la presente antología), se pasó a «Astounding Stories», sobrevivió a Tremaine y durante la Edad de Oro siguió siendo uno de los principales colaboradores de «Astounding».

En la «Astounding Stories» de marzo de 1934, Williamson publicó uno de los más sorprendentes relatos de revolución de ideas, titulado *Nacido del Sol*.

# NACIDO DEL SOL

Jack Williamson

## 1

El ronquido de un motor funcionando a todo gas resonó en la enorme biblioteca de caoba. Era el primer aviso de un peligro inminente. Alzando los ojos de la gran mesa situada en un rincón de la estancia, Foster Ross contempló distraídamente la ventana cubierta de escarcha. Fuera, los delgados árboles se mecían, desnudos, con ramas esqueléticas contra la penumbra gris de aquel anochecer a comienzos de diciembre. El viento quejumbroso arrastraba algunos copos de nieve.

Foster Ross prestó atención y por un segundo se preguntó el porqué de semejante prisa suicida sobre las carreteras heladas. Luego dirigió de nuevo su atención al experimento que le tenía ocupado desde hacía dos duros años.

Estaba solo en la enorme y laberíntica mansión de piedra que le había legado su padre, aislada en la cumbre de una solitaria y boscosa colina de Pennsylvania. No esperaba visitas, pues durante el invierno la casa permanecía cerrada. Los pocos criados se habían ido aquella misma tarde. Foster pensaba salir a medianoche hacia la soleada Palm Beach, para reunirse con June Trevor.

Era un gigante delgado y musculoso que silbaba distraído mientras se inclinaba sobre la gran mesa de caoba cubierta de aparatos eléctricos. En el centro, iluminada por una luz cegadora, había una pequeña esfera de aluminio de la que salían dos hilos delgados de platino.

Foster hizo la última conexión. Retrocedió con un gesto de impaciencia, apartándose de los ojos un mechón de cabello cobrizo.

—¡Ahora! —susurró—. Debería subir. Del mismo modo que subirá hacia la Luna la primera nave espacial. Debiera...

Mientras miraba nerviosamente la esfera parecida a un juguete, accionó un conmutador. Esperó lleno de ansiedad, mientras las bobinas zumbaban con fuerza y saltaban entre los polos súbitas descargas eléctricas.

El minúsculo globo no se movió. Lo contempló un instante, exhalando un suspiro.

Luego dio un paso atrás y sonrió para sí mismo.

—Ahí van cincuenta mil —murmuró—. Cincuenta mil dólares por una ilusión. Con eso podría haber satisfecho muchos caprichos. ¡Qué idiota soy al ocuparme de esa cosa infernal como un viejo maniático, cuando podría estar descansando en la

playa con June!

Pero en ese momento, algo brilló en sus serenos ojos azules, e irguió sus hombros anchos.

—¡Se puede lograr! —exclamó—. Podría probar con una rejilla cónica. O alear el elemento catódico con titanio. El tubo-motor...

Sonó la insistente llamada del timbre y unos golpes frenéticos en la puerta principal.

Foster recorrió a paso rápido el oscuro pasillo.

Aún se oía el coche lanzado, a toda marcha, un rugido grave y agorero que se hizo aún más fuerte.

Por un instante pareció reducir la marcha, pero luego aceleró de nuevo.

Ha entrado en el camino, pensó. ¡Dos invitados inesperados, ambos con prisa!

Abrió la puerta a las tinieblas invernales; un vendaval helado, que llevaba nieve, le azotó la cara.

Había un taxi delante de la puerta y las luces amarillas formaban un halo débil entre los remolinos de nieve. El coche se alejó al aparecer él. Foster vio refugiado junto a la pared al visitante, un hombre pequeño envuelto en un enorme abrigo gris.

El hombrecillo dio un salto hacia la puerta abierta y balbuceó:

—¡Rápido! ¡Adentro! ¡El otro coche...!

Unos faros poderosos escudriñaron a través de la nieve; el segundo coche subía rugiendo por el camino; patinó temerariamente y enfiló hacia la puerta.

Varios estampidos terribles azotaron los oídos de Foster, y surgieron llamas amarillas de la automática negra que el hombrecillo tenía en la mano. Disparaba contra el sedán que había patinado.

Un rayo de cegadora luz anaranjada surgió de la máquina cuando ésta pasó atronadoramente. El rayo pareció alcanzar al hombrecillo. Éste se volvió mientras disparaba el arma por última vez y cayó en el umbral de la puerta.

El coche negro frenó y luego reanudó su carrera. Por un instante los faros iluminaron el taxi y luego lo adelantó, desapareciendo por el camino.

Aturdido, Foster cerró de un portazo y echó llave a la puerta. Luego se inclinó sobre el hombrecillo caído en el suelo. Escuchó un jadeo y luego una débil risita.

Una voz baja, extrañamente tranquila, dijo:

—¡Nos hemos apuntado un tanto, Foster!

—¿No está herido, señor? Cayó cuando la luz naranja...

—No. Me dejé caer a tiempo.

Foster le ayudó a ponerse en pie.

—Pero si es mortal. Lo llaman el fuego letal. Creo que se trata de una radiación actínica, que descompone las proteínas. Envenena la sangre.

El hombrecillo se inclinó para recoger su automática. Sacó tranquilamente el

cartucho vacío, lo repuso y se guardó la pesada arma en el bolsillo de su abrigo gris.

—¿No prefiere pasar? —lo invitó Foster—. Si no le molestara explicar...

—Por supuesto, Foster.

El extraño invitado le siguió por el pasillo oscuro hasta la biblioteca profusamente iluminada.

Cuando llegaron a la zona de luz, Foster se volvió para mirar al hombre.

—Al parecer, usted me conoce —empezó. Entonces parpadeó con sorpresa y exclamó—: ¡Tío Barron! ¡No te había reconocido! —alargó cordialmente la mano.

Barron Kane era un hombre menudo. Tenía el pecho estrecho, hombros caídos y delgados como los de un chiquillo, brazos delgados y musculosos, pero la serena paciencia del científico daba a su rostro cansado un brillo de energía. En sus fríos ojos grises había confianza y, paradójicamente, la sombra de un miedo devorador.

—Me has sorprendido —dijo Foster—. Creí que habías muerto. Hemos pasado años sin tener noticias tuyas. Mi padre intentó localizarte.

—He estado en Asia —explicó el hombrecillo mostrando su tez bronceada—, en un oasis del Gobi que no figura en los mapas. He vivido totalmente apartado de la civilización. Y, como has visto, hay gente que se empeña en apartarme para siempre.

Señaló hacia la dirección por donde había desaparecido el bólide.

—Me acuerdo de cuando preparabas tu última expedición —recordó Foster—. Fue hace doce años. Yo estaba en la escuela secundaria... Estuviste muy misterioso en cuanto al lugar a donde te dirigías. Me moría de ganas de acompañarte y correr aventuras contigo, y quise convencer a papá del hecho que yo no había nacido para dirigir la fábrica de aceros. Pero siéntate. ¿Quieres un trago?

Barron Kane meneó su cabeza morena y calva. Nunca llevaba sombrero.

—Foster, debo hablar contigo.

—Estoy impaciente por saber de qué se trata —le aseguró Foster—. Todo esto es..., bien, muy interesante.

—Quizá nos interrumpen —observó Barron Kane—. ¿Te molestaría cerrar puertas y ventanas y correr las cortinas?

—Claro que no. ¿Crees que ellos regresarán...?

—Existe un poder —respondió Barron Kane con voz extrañamente serena todavía— que no cejará hasta tener pruebas concluyentes de mi muerte.

Foster echó el cerrojo a la puerta y se dispuso a atrancar las ventanas. Regresó y halló a su tío estudiando con curiosidad la maqueta plateada que estaba sobre la mesa.

—Hace un mes leí tu monografía en la «Science Review» —comentó—. La que trataba acerca del efecto ómicron y el tubo-motor. Por eso he venido a verte, Foster. Has logrado algo tremendo...

—Todavía no —señaló Foster con una mueca de fatiga—. He dedicado dos años y no poco dinero al tubo-motor. Y todavía no levanta su propio peso.

—Pero ¿sigues intentándolo? —la voz grave tenía una extraña nota de angustia.

—Hoy estaba trabajando en ello —Foster tocó el pequeño tubo de aluminio—.

Esto es un modelo de la máquina especial. El tubo-motor se halla dentro, conectado con estos hilos de platino.

Naturalmente, en la verdadera nave todos estos aparatos serán interiores. Las cabinas y... —se interrumpió, meneando la cabeza con amargura—. ¡Pero es un sueño! Un sueño absurdo..., no pienso malgastar mi vida con eso.

Sus ojos azules miraron con desafío a Barron Kane.

—Me voy esta noche a Palm Beach para reunirme con June Trevor —y agregó a guisa de explicación—: Estamos prometidos. Nos casaremos en Año Nuevo, Barron. June es sencillamente..., ¡maravillosa!

—¡No puedes hacer eso! —protestó Barron Kane. Sujetó del brazo a Foster y habló con inesperado apremio—: Debes dedicarte a la máquina espacial, Foster. Debes terminarla para salvar a la raza humana.

—¡Cómo! —exclamó Foster, y se apartó de él—. ¿Qué dices?

—Exactamente lo que has oído —le respondió Barron Kane con la misma voz tranquila, que resultaba enfática por su misma falta de entonación—. He venido a confiarte algo espantoso, Foster.

Algo que descubrí en Asia. Algo que un terrible poder ha procurado por todos los medios impedirme decir.

Foster le contempló y luego preguntó enérgicamente:

—¿De qué se trata?

—Nuestro planeta está condenado a la destrucción —respondió Barron Kane con expresión sombría—. Y la raza humana también..., a menos que tú puedas salvar a varios individuos por lo menos. Eres el único hombre que tiene en sus manos una posibilidad, Foster, con tus acerías y el invento del tubo-motor.

Azorado, algo intimidado a su pesar, Foster observó a su tío sintiendo el frío contacto de un terror extraño.

¿Habría enloquecido aquel hombre durante los doce años transcurridos desde que desapareciera?

Ya entonces era famoso por su personalidad excéntrica, lo mismo que por su saber como geólogo y astrofísico. No, concluyó Foster, su actitud era bastante cuerda. Y el coche de donde había surgido el rayo naranja no fue una alucinación, sino algo muy real.

Foster tomó del hombro a Barron Kane, le acompañó hasta un gran sillón de cuero y le indicó que se sentara. Quedándose en pie, inquirió:

—¿Puedes decirme de qué se trata exactamente?

Por un instante, una ráfaga de humor disipó el temor que aleteaba en aquellos ojos grises.

—No, Foster —respondió con voz serena—. Sospecho que estoy en mis cabales.

Barron Kane entrecruzó sus delgados dedos morenos y se los contempló,

meditativo.

—Supongo que no habrás oído hablar del Culto del Gran Huevo —comenzó a explicar—. No es posible que lo conozcas, pues hasta el nombre es prácticamente desconocido aquí. Se trata de una fanática secta religiosa, cuyo templo está oculto en un oasis recóndito del Gobi. Oye, Foster: hace casi diez años me convertí en adepto de esa secta. No fue fácil. Y luego tuve que soportar pruebas..., en fin, penosas. Al cabo de siete años fui plenamente iniciado. De labios del jefe de la orden, un demonio humano llamado L'ao Ku, escuché el terrible secreto que había ido a buscar en Asia. Esto sucedió hace tres años. L'ao Ku debió sospechar de mí. Fui cuidadosamente vigilado. Tuve que esperar durante dos años la ocasión de escapar. Desde entonces, los agentes de L'ao Ku me persiguen por todo el mundo. Ha transcurrido casi otro año. Creí que los había despistado en Panamá. Leí tu artículo sobre el tubo-motor y vine a verte, Foster. Como decía, tú eres el único hombre... Pero, de algún modo, volvieron a encontrar mi rastro. Sospecho que te he condenado a muerte.

—¿A mí? —preguntó Foster—. ¿Cómo?

—L'ao Ku no quiere que su secreto sea revelado. Tres hombres murieron misteriosamente poco después de hablar conmigo.

Foster aún estaba en pie frente a Barron Kane, mientras luchaban en su mente el asombro y la incredulidad. Alzó el mentón, decidido a buscar algún sentido en aquellos asombrosos acontecimientos.

—¿Qué secreto? —inquirió—. ¿De qué se trata? ¿Qué tiene esto que ver con el fin del mundo?

Barron Kane volvió a estudiar concienzudamente las puntas de sus dedos entrecruzados.

—Creo que empezaré —dijo— por hacerte una pregunta... Te preguntaré, Foster, sobre el enigma más grande del mundo. ¿Qué es la Tierra?

Sorprendido, Foster estudió el rostro cansado y paciente. Observó los ojos grises, tranquilos pero velados por un horror meditativo. Meneó la cabeza. Barron Kane era un enigma.

—De acuerdo, ¿qué es la Tierra?

—Debo decirte algo muy sorprendente —respondió Barron Kane—. Algo muy terrible.

Te resultará difícil aceptarlo, ya que es contrario en gran parte a ideas arraigadas en nosotros y que son más antiguas que la ciencia. La idea es tan extraña, Foster, tan terrible, que una mente occidental nunca la habría concebido. Al fin y a la postre, estaremos en deuda con el Culto del Gran Huevo. La mentalidad oriental, aplicando la sabiduría secreta de aquella orden, vio algo que nosotros jamás habríamos visto pese a tener todas las pruebas ante nuestros ojos. Quizá te resultará más fácil aceptar mi revelación si te recuerdo algunas lagunas notorias del conocimiento científico. Debes aceptarlo.

Foster. La supervivencia de la humanidad depende de ti.

Foster se dejó caer en una silla frente a Barron Kane. Aguardó en tenso silencio.

—Vivimos en una aterradora ignorancia por lo que se refiere al planeta que pisamos —prosiguió la misma voz tranquila, aunque cargada de una terrible intensidad—. ¿Cuánto hemos adelantado en los seis mil quinientos kilómetros hacia el centro de la Tierra?

¡Menos de seis kilómetros! ¿Qué hay más abajo? ¿Qué es, realmente, ese fenómeno al que llamamos terremoto? ¿Qué hay bajo el delgado caparazón de rocas sólidas sobre la cual vivimos? ¿De dónde proviene el calor que activa nuestros volcanes? Podría aducir mil teorías vagas y conflictivas, hipótesis sobre la naturaleza del interior de la Tierra..., pero prácticamente ningún hecho comprobado. En realidad, Foster, sabemos tan poco de la Tierra como la mosca que se posa sobre un huevo pueda saber acerca del misterio de la vida embrionaria que contiene. ¡Y menos aún es lo que sabemos de los demás planetas! ¿Qué científico puede explicarte cómo se formaron? ¡Ah! Desde Laplace se han expuesto muchas teorías. La hipótesis planetesimal, la nebular, la gaseosa, la meteórica..., estas y otras muchas hipótesis. Lo más notable de cada una es que rebate de plano todas las demás. ¡Recuerda el enigma del planeta perdido! Según la Ley de Bode, debería existir otro planeta entre Marte y Júpiter, donde están los asteroides.

»Por lo visto éstos, los cometas y los enjambres de meteoritos son fragmentos de este planeta... Pero, reunidos, no suman más que un décimo de la masa que debía tener.

¿Qué cataclismo inimaginable destruyó el planeta perdido, Foster? Dime, ¿qué sucedió con las nueve décimas partes de él que se han perdido? ¡Tomemos otro enigma cósmico!

¿Qué es el Sol, del cual dependen nuestras vidas? ¿Cuál es la historia de vida de un sol, de cualquier sol? ¿De dónde saca su masa, su movimiento y su calor? ¿Qué origina la existencia de un sol? Foster, cuando miras las estrellas una noche de invierno, ¿puedes imaginarlas eternas en su existencia? ¡Analicemos el enigma de la entropía! Es la ley mortal que domina el universo. Las estrellas se enfrían y mueren; el polvo estelar se dispersa; la radiación se propaga y se pierde. Nuestros especialistas en cosmogonía aseguran que el universo se está agotando. Pero ¿no existirá también una fuerza de vida, de desarrollo, de creación? ¿Cómo podría haber muerte, Foster, si no hay vida antes? ¿Nunca te has preguntado porqué el Sol, como cualquier otra estrella variable, se dilata y contrae al ritmo del ciclo de las manchas solares, con un latido comparable al pulso de un ser vivo?

Barron Kane se adelantó en su silla. Sus ojos grises —ahora la sombra del horror que le atormentaba era más honda— se clavaron en el rostro de Foster con una sinceridad desesperada y ansiosa.

—¡Foster! —exclamó—. ¡Yo sé lo que es la Tierra! Hace años, mientras luchaba con los fracasos y las contradicciones de nuestra ciencia occidental, lo intuí vagamente. Hace doce años, gracias a un rumor débil y casual, supe que la sabiduría

oriental había adivinado la verdad que permanece oculta a nuestras dogmáticas mentes occidentales.

Como ya te he contado, me fui al Gobi. Descubrí aquella secta secreta. Al cabo de siete años de esfuerzo y paciencia, penetré en el círculo interior. L'ao Ku confirmó mi terrible sospecha. Por él supe cosas que ni siquiera me había atrevido a suponer. Supe que la Tierra, todo el Sistema Solar, está destinado a fragmentarse dentro de muy poco tiempo.

Veremos el fin, Foster..., a menos que los agentes secretos de L'ao Ku nos liquiden antes. No lo olvidemos ni frente a los mayores peligros. Ese hombre es un ser inhumano, fanático y diabólico, pero también un genio. Y todo su poder, toda la ciencia secreta capaz de crear el rayo venenoso, está empeñada en nuestra destrucción.

La voz tranquila calló. Un silencio tenso y eléctrico dominó la espaciosa biblioteca.

Incrédulo.

Foster exclamó:

—¡El fin del mundo!

—El fin —repitió Barron Kane con la misma calma forzada—. Esperaba que tal vez podríamos disponer de años... Pero hoy sé, por una noticia que apareció en el periódico de la tarde, que la fase definitiva ya ha comenzado.

Foster Ross volvió a ponerse en pie y se inclinó sobre el hombrecillo moreno.

—Dime —imploró—, ¿qué pretendes decir?

Barron Kane, inclinándose a su vez, le contestó con la voz convertida casi en un susurro. Foster le oyó en silencio, en pie. Al principio, sus ojos azules expresaron un incrédulo asombro, que poco a poco se convirtió en un pánico terrible.

## 2

El grave y diminuto científico habló durante una hora, y luego se arrellanó en el enorme sillón de cuero volviendo a entrelazar sus delgados dedos morenos.

Foster se acercó en silencio a una ventana. Descorrió la cortina y contempló la noche de aquel invierno incipiente. Los desnudos árboles eran como una hilera fantasmal de esqueletos sobre los campos de nieve, que brillaban débilmente bajo el cielo en tinieblas.

Algunos copos de nieve devolvieron un resplandor blanco bajo el torrente de luz que salía por la ventana. El terrible viento helado azotó las antiguas paredes de piedra.



—Corre la cortina, por favor —pidió Barron Kane con la misma serenidad imperturbable—. Los agentes de L'ao Ku podrían estar vigilando. El rayo venenoso...

Foster corrió la cortina bruscamente. Tenso y algo tembloroso, regresó al lado de su tío.

—Lo siento —murmuró—. Lo había olvidado.

—Es una idea especialmente difícil para la mentalidad occidental —explicó Barron Kane, compasivo—. Sospecho que si los occidentales se vieran obligados a aceptarla, muchos enloquecerían. Pero, si intentas mirarlo con algo de fatalismo oriental...

Foster parecía no darse cuenta de su presencia. Paseó de un lado a otro del espacioso gabinete enmaderado. En un momento dado se detuvo junto a la mesa para tocar el modelo experimental de aluminio de la nave espacial. Tomó de la repisa una fotografía de June Trevor, estudió durante un instante su belleza seria y clásica de ojos oscuros y luego la devolvió a su lugar con sumo cuidado.

Regresó al lado de su tío.

—La Tierra... —jadeó—. ¡No puedo creerlo! ¡Es demasiado monstruoso...!

Barron Kane se puso en pie y se adelantó, ansioso.

—Debes creerme, Foster —rogó con voz grave—. Porque sólo tú dispones de medios para salvar la simiente de la humanidad. Debes ponerte a trabajar en seguida. ¡Esta misma noche!

—¿Esta misma noche? —repitió Foster, embotado y muy sorprendido.

—Debes comprender que es cuestión de meses, Foster. De medio año, como máximo.

Y la empresa es terrible... Debemos montar un laboratorio para acelerar el desarrollo de tu tubo-motor.

Tus acerías se pondrán a fabricar piezas del..., del Arca del espacio. Tenemos mil problemas que resolver en todas las ramas de la ingeniería. Y el trabajo debe quedar terminado en menos tiempo del que se haya invertido jamás en una construcción similar.

¡En mucho menos tiempo!

—No existe construcción similar —señaló Foster—. Hasta un buque de guerra sería un juguete sencillo comparado con la máquina espacial. Se necesitaría toda una vida para ponerla a punto.

Además —protestó vagamente, todavía embotado—, me voy a Palm Beach. Prometí a June que...

—Tendrás que romper tu promesa —le cortó imperiosamente Barron Kane—. Ambos dedicaremos hasta el último segundo a la tarea. Con todo, el tiempo que nos queda es espantosamente corto. Y debemos evitar a L'ao Ku y su rayo venenoso.

—En realidad, como verás, no puedo..., no puedo hacerme a la idea. —Foster, atónito, seguía mirando a Barron Kane—. ¡Es endiabladamente fantástica!

—Considéralo desde un punto de vista oriental —insistió su tío—. El fatalismo oriental...

—¡No soy chino! —se impacientó Foster—. Pero quiero a June Trevor..., por encima de todo. Si tienes razón, si los próximos seis meses serán los últimos, prefiero vivirlos con ella.

—¿No lo entiendes? —susurró Barron Kane. Tomó el brazo de Foster con sus huesudos dedos—. Si quieres a June Trevor, ¡construye la máquina espacial para salvarla! Foster, ¿te gustaría verla morir con el resto de la raza humana, como..., como gusanos en una casa incendiada? ¿Borrada..., aniquilada?

—¡No! —exclamó Foster—. ¡No! Pero no me creo capaz...

—¡Debes hacerlo! —insistió Barron Kane—. Te aseguro que hay pruebas. Hoy, en el periódico vespertino, ha aparecido un suelto que pregona la ruptura del Sistema Solar.

—¿Pruebas? —gritó Foster, incrédulo—. ¿Pruebas de qué...?

—¿Tienes el periódico de esta tarde?

—Por aquí anda. No he tenido tiempo de echarle un vistazo. Ya sabes, estaba ocupado en mi experimento.

Buscó el periódico y lo abrió con curiosidad. Sus ojos hallaron los grandes titulares, y vio que hablaban sólo de nuevos casos de corrupción política.

Las manos delgadas e impacientes de Barron Kane le arrebataron el periódico y señalaron una gacetilla situada sin mayor relieve en la parte inferior de la página.

## LOS SABIOS, DESCONCERTADOS

«El doctor Lynn Poynter, del Observatorio de Monte Wilson, ha comunicado esta mañana que el planeta Plutón abandona su órbita y se aleja del Sol siguiendo una trayectoria anómala e inexplicable. El doctor Poynter asegura que el color del planeta ha virado además de un tono amarillento a verde vívido.

»El doctor Poynter ha declarado que no puede adelantar ninguna explicación sobre este fenómeno. Se niega a hacer más declaraciones, salvo que ha pedido a astrónomos de todo el mundo que verifiquen sus observaciones».

El rostro de Foster permaneció torvo y pétreo mientras leía el lacónico texto. Sus temblorosos dedos arrugaron el periódico y, deliberadamente, lo partió por la mitad.

Cuando se volvió hacia Barron Kane había en sus ojos un espanto nuevo, devorador.

Habló con voz ronca:

—¿Entonces Plutón ya..., ya se ha ido? ¡El Sistema Solar ya ha empezado a dispersarse! —contempló el periódico que tenía roto en las manos—. Barron, por la mañana iremos a la acería y nos pondremos a trabajar.

El hombrecillo moreno le apretó la mano, en silencio, agradecido.

—Ahora —agregó Foster— debo telefonar a June.

—¿Eres tú, Foster? —sonó la voz clara de la muchacha, cargada de esperanza—. ¿Llegarás mañana? Iré a recogerte con el coche...

Foster evocó su encanto, sus ojos oscuros y serios; la vio sentada al volante, alta y esbelta; con una impaciencia alegre e infantil bajo su serena reserva. De repente se sintió débil, enfermo de dolor por no poder ir a verla.

—No —respondió, tratando de no traicionar la pena que sentía—. Sintiéndolo mucho, no puedo ir.

Notó angustia en las palabras de la muchacha:

—¿Algo anda mal...?

—Han surgido algunos imprevistos —tartamudeó, procurando expresarse en términos no demasiado alarmantes—. Un trabajo que debo terminar. Es muy importante. Debo quedarme...

—¡Ah! —en su voz había cierta agonía—. ¿Te impedirá venir..., hasta después de Año Nuevo?

—Sí —contestó—. Tendremos que aplazar la boda.

—¡Oh! —fue una exclamación de dolor; Foster se sintió lleno de compasión hacia ella—. ¿No puedes decirme de qué se trata?

—Por teléfono no. Oye, June: quiero que vengas aquí tan pronto como te sea posible.

Entonces te explicaré.

—Tengo muchos compromisos —protestó—. Y tu voz suena tan extraña...

—Es importante, de veras —insistió—. ¡Por favor, ven! Te necesito, June... Por favor...

Hubo un silencio; luego la muchacha habló con decisión:

—De acuerdo, Foster. Llegaré el lunes...

—¡Gracias, querida! —respondió con gratitud—. Cuando lo sepas, comprenderás...

—¡Adiós, muchacho! —gritó casi alegremente—. ¡Pon un rayo de sol en tu voz! ¡Hablas como si estuviera a punto de llegar el fin del mundo! Llegaré el lunes.

La querida June, tan buena chica como siempre, pensó Foster mientras la muchacha colgaba.

Alegre y generosa como de costumbre. Siempre se hacía cargo. Y él terminaría, debía terminar la nave espacial a tiempo para salvarla del terror increíble que auguraba Barron Kane.

Aquella noche Barron Kane y Foster Ross no se acostaron. Se quedaron en la espaciosa biblioteca, junto al modelo a escala reducida de la máquina espacial, pensando en cómo transformar aquel sueño en realidad. A medianoche, Foster fue a la cocina, tomó pan, jamón y una botella de leche y los colocó frente a la diminuta

nave.

Al amanecer guardó en un portafolios el modelo y las páginas donde habían esbozado el proyecto, para llevárselo a la fábrica.

—No olvides que hay peligro —insistió Barron Kane—. Los hombres que me siguen no deben estar muy lejos. No regresarán sin la certeza de mi muerte.

—Telefonaré a la fábrica —dijo Foster— y pediré una escolta.

Entonces descubrió que la línea estaba cortada.

—Los cables se han roto —dijo—. La tormenta...

—Los hombres de L'ao Ku los han cortado —susurró Barron Kane—. Nos esperan.

—Entonces, será mejor que salgamos zumbando —propuso Foster—, mientras podamos.

Barron Kane asintió.

—Si logramos llegar a la acería, tendremos que defenderla —afirmó—. Pero lucharemos hasta el fin contra L'ao Ku, lo mismo que lucharemos contra el tiempo. La secta secreta profesa que toda vida debe perecer cuando la Tierra se fragmente. Todo intento por salvar siquiera una sola vida humana infringiría el primer principio de esa doctrina fantástica.

Dejaron encendidas las luces de la biblioteca, y ambos se escabulleron hacia la puerta trasera de la vieja mansión. Los jardines parecían fantasmagóricamente blancos debido a la nieve. Densos nubarrones ocultaban el cielo de un color gris hielo bajo el primer resplandor del amanecer. Sombras misteriosas velaban los árboles y edificios.

Foster llevaba su precioso modelo. Barron Kane esgrimía su pesada automática, con el seguro quitado. Avanzaron hacia la carrera sobre la espesa nieve hasta el garaje. Foster quitó el candado a las puertas y las abrió de par en par.

Un delgado rayo anaranjado, como una hoja de metal incandescente, brotó silenciosamente del tenebroso umbral y alcanzó en el brazo a Barron Kane. Su automática respondió una vez. Luego, jadeando de dolor, cayó sobre la nieve.

Foster contuvo la respiración. Su cuerpo delgado se abalanzó con rapidez hacia el rincón oscuro de donde había salido el rayo silencioso.

Tanteando a ciegas, tropezó con una mano parecida a una garra que sujetaba un tubo ligero de metal. Su hombro empujó un cuerpo menudo pero fuerte, y cayó pesadamente contra la pared. Una mano delgada aferró su garganta. Atrapó una muñeca vigorosa y le obligó a soltar presa.

Los dos enemigos se apartaron de la pared y cayeron pesadamente al suelo de cemento. Foster oyó un gruñido gutural de sorpresa. Fue el único sonido que se le escapó a su desconocido adversario. La batalla se desarrollaba en el silencio y la oscuridad.

Una rodilla flexionada se hundió en la inglete de Foster. Mientras se doblaba con angustia, unos dedos rígidos rebuscaron bajo su cuerpo. Un haz cegador de luz

amarilla surgió del pequeño tubo, recorrió la pared del garaje, bajó poco a poco.

¡El rayo venenoso! Si le tocaba, su sangre se convertiría en un veneno mortal...

Un dolor intolerable surgió repentinamente de la retorcida muñeca de su brazo apresado. El daño y el esfuerzo le hicieron temblar. Un sudor ardiente bañó su rostro.

El rayo naranja tocó el suelo, avanzó hacia su hombro. Las garras que lo movían eran firmes como el acero.

Foster estaba vencido por el dolor insoportable de su brazo retorcido. La cabeza le daba vueltas y se sintió tragado por la oscuridad. Luego, a punto de verse vencido, le ocurrió algo extraño, una revelación cegadora. En un instante de visión diáfana, se vio a sí mismo, no como el hombre que luchaba por salvarse, sino como el campeón de la humanidad que batallaba para la supervivencia final.

Con aquella visión recibió una nueva y milagrosa fuerza; la causa común le infundió una extraña oleada de energía.

Enderezó el brazo retorcido, sufriendo una terrible agonía. Pero el dardo anaranjado se alejó. El cuerpo vigoroso que le oprimía se tensó con el esfuerzo; el rayo retrocedió. Débil y mareado, Foster aprovechó al máximo su oportunidad.

Oyó el chasquido seco de un hueso quebrado. Las garras de acero que le sujetaban se convirtieron en carne flácida. El rayo anaranjado trazó un arco súbito que rozó la cabeza del otro hombre. Luego el tubo se estrelló contra la pared y el rayo se apagó.

El otro ya había muerto por obra de su propia arma cuando Foster se puso en pie, tambaleándose.

Barron Kane yacía inmóvil sobre la nieve como un fardo gris bajo la pálida luz del amanecer.

Foster corrió hacia él y escuchó su débil susurro:

—El rayo venenoso..., mi muñeca..., un torniquete en el codo..., hazlo sangrar.

Foster levantó la manga que cubría el delgado brazo moreno. Ató su pañuelo alrededor del codo derecho e hizo el torniquete con una llave inglesa que tomó de la estantería.

Sobre la muñeca fina y musculosa advirtió una hinchazón púrpura que abultaba cada vez más. Sacó un afilado cortaplumas del bolsillo del chaleco, hizo una incisión en el bulto y sorbió con los labios la herida para extraer el veneno.

—Eso será suficiente —susurró por fin Barron Kane, con un poco más de fuerza en la voz—. De todos modos, sospecho que estoy acabado. Espero vivir para verte ganar, Foster. Pero no importa.

He cumplido con mi deber. Ahora queda en tus manos la salvación de la humanidad.

—Lo haré..., haré lo que pueda —prometió Foster con voz ahogada. Aún recordaba aquel extraño vigor inconsciente que lo había dominado durante la pelea.

—¡Vayamos a la fábrica! —susurró Barron Kane.

Foster lo trasladó hasta el coche abierto. Cuando encendió los faros, se detuvo un instante para contemplar al muerto que había en el suelo. Su rostro era amarillo, mongoloide, con delgadez de halcón. En aquel momento exhibía la mueca aterradora y burlesca de la muerte.

—Ábrele la ropa, Foster —ordenó Barron Kane—. Mira su costado, bajo el brazo izquierdo.

Foster obedeció. Bajo el brazo del hombre, en la piel amarilla que se estiraba sobre las costillas como un pergamino, había una marca escarlata parecida a una O mayúscula.

—¡Está marcado! —gritó—. ¡Con un círculo rojo!

—Es el emblema de la secta secreta —susurró Barron Kane—. L'ao Ku nos lo ha enviado.

Foster se sentó al lado de Barron Kane. El motor helado se puso en marcha con dificultad. El descapotable avanzó, dejó atrás al muerto y enfiló el camino helado.

El día plomizo y frío ya había comenzado cuando entraron en la sucia factoría. Las pequeñas viviendas de los trabajadores, míseras y feas, se agazapaban sobre laderas grises de nieve y hollín mezclados. La acería se alzaba en un valle. Los gigantescos altos hornos se alzaban como un torvo ejército de monstruos de acero negro contra las tenebrosas nubes.

Foster condujo a su tío directamente hasta la puerta de la enfermería y trasladó a Barron Kane a una camilla.

—Los médicos llegarán pronto —aseguró.

—No te preocupes de mí —susurró el hombrecillo—. Tienes una misión que cumplir.

Procuraré vivir para ver cómo la terminas.

### 3

Tres meses después, una nueva cerca rodeaba la acería. Tenía seis metros de altura, y los tres primeros eran de hormigón y a prueba de balas y acero. La alambrada superior estaba conectada a potentes generadores. A intervalos de treinta metros se alzaban torrecillas giratorias de acero y cristal a prueba de balas, desde donde vigilaban sin cesar los centinelas armados de siniestras ametralladoras.

Dentro de la cerca, sobre un inmenso muelle de hormigón armado, se construía la máquina espacial.

El casco ya estaba terminado. Era una hazaña sin precedentes de la ingeniería,

una esfera colosal de casi ciento cincuenta metros de diámetro, a cuyo lado parecían insignificantes los ejércitos de altos hornos que la flanqueaban. La cimera de su casco gris se veía a muchos kilómetros a la redonda desde las suaves colinas de Pennsylvania que ahora, en marzo, lucían el verdor de la última primavera de la Tierra.

No obstante, quedaba mucho por hacer para el equipamiento del interior, mediante el cual se mantendría indefinidamente la vida humana en el vacío sin sol. El tubo-motor, que aplicaría el efecto ómicron de Foster Ross para propulsar la máquina, aún no estaba perfeccionado y constituía el mayor problema.

—Lo demás estará terminado dentro de un mes —le prometió Foster a Barron Kane un ventoso día de primavera—. Pero no servirá de nada si el tubo-motor no funciona. ¡Un millón de toneladas de acero y cristal! No tenemos medios para moverlo ni un centímetro, a menos...

Se hallaban en una habitación de la enfermería, desde cuyas ventanas el paciente podía contemplar la tremenda esfera de acero pintada de gris, que se destacaba sobre las colinas verde claro y bajo el cielo agitado por el viento.

Barron Kane yacía de espaldas. El veneno del rayo anaranjado había afectado centros nerviosos medulares; no podía caminar e incluso tenía las manos paralizadas. Pero su cerebro estaba tan lúcido como siempre. A pesar de su estado y sus sufrimientos, contribuyó a solucionar muchos problemas de la construcción de la máquina espacial.

—¿A menos qué? —susurró—. ¿Estás probando otra cosa?

—Esta mañana ensayaremos un nuevo modelo. Empezamos desde el principio, debido a una nueva solución de las ecuaciones del efecto ómicron. Desconocemos el resultado.

Aunque fuese positivo, la instalación nos llevará seis semanas.

—¿Seis semanas? —exclamó Barron Kane, alarmado—. ¡Tal vez la Tierra se fragmente antes! —Sus ojos grises miraban a Foster desde la almohada, fríos pero cargados de terror, y agregó—: Ya sabes que la luna de Neptuno abandonó su órbita la semana pasada. Se volvió verde y siguió a Plutón hacia el espacio exterior. Y hay algo más...

Sus manos arrugadas y casi inválidas buscaron el periódico sobre la manta.

—¿De qué se trata? —preguntó Foster.

—Ha salido esta mañana. Nadie ha comprendido todavía lo que se aproxima.

Enterraron la noticia en una de las páginas interiores..., y nadie comprendió su significado, aunque se trataba de lo más importante que se haya publicado nunca. Aquí lo tienes.

Foster leyó el artículo:

## LOS TEMBLORES MANIFIESTAN CIERTA PERIODICIDAD

«Una nueva serie de temblores sacude la Tierra, declaró hoy el doctor

Madison Kline, famoso sismólogo inglés, ante un congreso internacional de geólogos.

»Los temblores registrados recientemente se producen a intervalos regulares de unos treinta y un minutos, explicó el doctor Kline. Se supone que reflejan alguna perturbación rítmica que está teniendo lugar en las profundidades del planeta.

»El doctor Kline declaró que él y sus colaboradores han observado el fenómeno por espacio de varias semanas, durante las cuales aumentó de manera constante y notoria.

»Aún se desconoce una explicación concluyente, dijo el doctor Kline, si bien se cree que la periodicidad de los temblores corresponde a la frecuencia fundamental propia del planeta».

Foster apretó las manos hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—Esto significa —murmuró roncamente— que estamos cerca del fin...

—Como verás —susurró Barron Kane—, debes acelerar la instalación del nuevo tubo-motor.

—¡Lo haremos! —prometió Foster—. Aunque es posible que cuando terminemos, el aparato no funcione. Hemos metido toda una generación de avances científicos en el trabajo de cuatro meses.

—Hay otros problemas —le recordó Barron Kane—. Debes prepararte para cortar todos los vínculos con la civilización.

—Casi todas nuestras provisiones están ya a bordo —informó Foster—. Y el personal ocupa la máquina a medida que se dispone de cabinas. Seiscientos hombres elegidos que representan todas las ramas, los oficios y credos, con sus esposas e hijos. En total, dos mil seres humanos..., la flor y nata de la humanidad.

—¿Y los laboratorios? —preguntó Barron Kane.

—Estarán terminados a tiempo —aseguró Foster—. Dentro de un mes tendremos atmósfera artificial y comida sintética preparada a bordo mediante la recuperación de los desperdicios. Tan pronto como salgamos al espacio —prosiguió en tono entusiástico—, seremos independientes.

Nuestros motores recibirán la energía ilimitada de los rayos cósmicos. Suministrarán calor, luz y energía, elementos para obtener oxígeno y comida, y fluido para el tubo-motor.

Nuestra máquina puede navegar eternamente, Barron. Es un pequeño mundo autónomo, independiente del Sol...

Foster se interrumpió, se mordió los labios y murmuró tímidamente:

—¡Aquí me tienes hablando de la cuestión, cuando no sabría moverla un centímetro ni aunque me fuese el alma en ello! Hasta luego, Barron. Debo regresar a los talleres.

—¡Espera! —susurró el enfermo—. Una pregunta más. ¿Dónde está tu



prometida?

—Bueno —le respondió Foster—, June ha regresado a Florida con algunos amigos para una breve visita. Deseo que olvide, en lo posible, lo que se acerca. Para una muchacha como ella es tan terrible...

—Haz que regrese —aconsejó Barron Kane—. Haz que se suba a bordo con nosotros.

—¿Hay peligro? —inquirió Foster—. ¿Tan pronto?

—La primera convulsión de la corteza terrestre bastará para despedazar lo que llamamos civilización —susurró el hombrecillo—. Debe estar aquí antes que eso suceda.

Además, hay otros peligros.

—¿De qué se trata?

—L'ao Ku no ha mostrado su poder, Foster. Pero no olvides que lo posee. Se limita a esperar su hora, preparándose. No te engañes ni bajas la guardia.

—¡Bah! —suspiró Foster, aliviado—. Creí que te referías a algún peligro para June.

—Así es —murmuró Barron Kane.

Foster se inclinó sobre él, súbitamente alarmado.

—En el templo del Gobi hay un altar erigido en honor del Gran Huevo. Sobre él hay una imagen tallada en piedra negra. Representa un globo y tiene tallados los contornos de los continentes; comprenderás, entonces, que simboliza la Tierra. Está hendido, y emerge de él una cosa..., ¡monstruosamente obscena! En el templo se celebran ceremonias periódicas. Sobre ese altar, bajo esa imagen de obscenidad indescriptible que brota de la tierra, L'ao Ku ofrece sus sacrificios. Las víctimas siempre son mujeres. Si es posible, se eligen herejes o familiares de éstos. Foster, es posible que June Trevor pudiera sufrir..., precisamente cuando creías protegerla.

El rostro de Foster estaba gris, contraído. Jadeó roncamente:

—Haré que embarque. ¡En seguida!

La comunidad científica quedó desconcertada desde el principio. La migración de Plutón dislocó toda la estructura, laboriosamente construida, de la ciencia occidental.

Aquellos temblores o latidos de la Tierra, que pronto fueron lo bastante violentos como para ser notados por los viajeros, no recibieron una explicación satisfactoria.

Durante cierto tiempo, los científicos se refugiaron en innobles acusaciones mutuas.

Pero ya no podían negar que el Sistema Solar estaba colapsándose. El planeta Neptuno se desvió inexplicablemente de su órbita. Una a una, las lunas mayores de Saturno y Urano mudaron al color verdoso y abandonaron sus emplazamientos. El cambio, que abarcaba de dentro hacia afuera a todo el Sistema Solar, alcanzó a las cuatro grandes lunas de Júpiter.

El universo de la ciencia también se desplomaba.

Al principio, no obstante, el hombre corriente sólo se preocupó de modo pasajero. Los negocios continuaron como siempre; la opinión pública seguía pendiente del desempleo, la estabilización del dólar, el sensacional asesinato de una actriz de Hollywood. No hubo pánico verdadero ni siquiera cuando el «latido de la Tierra» — así llamaban los periódicos a los extraños temblores rítmicos del planeta— se convirtió en un tema central de conversación.

El verdadero pánico se desencadenó con las primeras pérdidas de vidas. A fines de marzo, una serie de tremendos terremotos acompañados de olas gigantes sacudieron, una a una, Tokio.

Bombay, Río de Janeiro y Los Ángeles. Los cataclismos fueron cada vez más violentos. A los periódicos no les faltaban noticias sobre nuevos cataclismos a medida que iban saliendo.

No por eso cayó el antiguo orden. «Que la vida siga igual», era la consigna, aunque los precios subían en forma desenfrenada, los gobiernos y las corporaciones se arruinaban y la criminalidad alcanzaba cotas delirantes.

Nuevos líderes, movimientos radicales y modas fantásticas obtuvieron tremendo apoyo.

Nuevas religiones eran abrazadas entusiásticamente. Los nuevos profetas surgían y eran aclamados a millares, pero los que más conquistaron fueron los adeptos de aquella extraña secta oriental llamada el Culto del Gran Huevo.

Sólo ellos aseguraban poseer la clave del cambio. Sólo ellos podían ofrecer a la espantada humanidad una interpretación racional, aunque fantástica, del sorprendente enigma de un sistema solar que se desmoronaba. Aunque sólo prometía la muerte inexorable —la muerte como deber sagrado—, L'ao Ku se convirtió en el mentor de millones de fanáticos.

Barron Kane y Foster Ross comprendieron en seguida y sin duda alguna que la ola delirante de su poder cada vez mayor terminaría por caer sobre ellos. Convirtieron la acería en una fortaleza.

Aceleraron al máximo la construcción de la nave espacial. No podían hacer más.

## 4

La crisis estalló la noche del 23 de abril. Había luna llena. Los cielos, últimamente cubiertos por extrañas nubes, aparecieron despejados sobre la mayor parte de los Estados Unidos. Aquella noche, millones de personas observaron horrorizadas cómo el cambio alcanzaba a la Luna. Después de haberlo visto, muy pocos conservaron la

cordura.

La locura producida por la increíble visión de horror paralizó las mentes, guiadas por el genio fanático de L'ao Ku que conducía los asaltos contra la máquina espacial.

El «Planeta» —así había bautizado June Trevor a la nave espacial, puesto que sería el único hogar futuro de la humanidad— permanecía inmóvil sobre el muelle de cemento, dentro de la cerca.

Todavía no podía despegar; el tubo-motor seguía incompleto.

Sobre la colosal esfera gris de acero había un casquete en forma de cúpula vidriada, a donde se llegaba mediante una corta escalera desde una escotilla situada debajo. La cabina estaba atestada de mecanismos relucientes, los complicados instrumentos creados para el mando y la navegación de la máquina espacial.

Aquella noche fatal, Foster Ross y June Trevor subieron a la pequeña sala de control; Foster transportó en sus brazos a Barron Kane. Acomodaron lo mejor que pudieron el cuerpo inválido del pequeño científico en una silla de ruedas, entre los brillantes instrumentos.

—Anoche algunos observadores vieron unas grietas sobre la superficie de la Luna —dijo Foster—. Su corteza se está hendiendo. Debajo hay algo verdoso..., incandescente.

¡Hoy veremos el fin de la Luna! ¡Y al observar lo que le sucede a la Luna sabremos lo que dentro de un día, más o menos, sucederá con la Tierra!

June Trevor se acercó angustiada, con paso rápido. Era una muchacha alta, de ojos oscuros, de belleza grave y clásica. Le sonrió a Foster..., pero fue una mueca débil y aprensiva, mientras buscaba su mano.

—Foster —susurró—. ¿Será muy terrible...?

—Lo peor no será lo que veremos —le respondió— sino lo que significa. En la suerte de la Luna veremos el destino de la Tierra, de la civilización humana. Pero, querida, procura tranquilizarte.

—No..., no estoy asustada —susurró, estremeciéndose—. Pero es espantoso pensar en tantas víctimas...

Foster le apretó la mano.

—June —agregó roncamente—, procura no pensar en ello. Recuerda que estaremos juntos. Sin ti, yo enloquecería...

—Hay algo más importante —afirmó—. Tenemos un deber: ¡salvar la raza!

En ese momento, Foster apagó las luces de la pequeña cabina. Miraron a través de los paneles de grueso cuarzo fundido. Iluminado por la luz de la luna, el cielo era de un gris plateado; hacia el sur había blancos y luminosos bancos de nubes. La Luna estaba alta en el este, un disco dorado.

La miraron. June Trevor se estremeció y se apretó contra el cuerpo delgado de Foster.

—¡Hay grietas! —exclamó con espanto—. ¡Las veo! Son como una telaraña.

—Se están extendiendo —susurró Foster—. Y..., veo algo verde que se abre

paso.

Desde el sillón llegó la voz extraña y ronca del científico imposibilitado.

—El ser está saliendo.

Jadeantes, mudos de pánico, los tres contemplaron la Luna..., al igual que millones de hombres enloquecidos la observaban en todo el continente.

Vieron cómo los conocidos mares y cráteres circulares de la topografía lunar se convertían en una red de grietas de color negro y verde brillante. Por primera vez, la humanidad veía la cara de la Luna cubierta de nubes propias.

Vieron que algo salía del planeta hendido... Apareció una cabeza indescriptible...

Surgió en la zona del gran cráter Tycho. Era monstruoso y espeluznante. Primero salió un pico colosal, triangular, verde y brillante, y detrás dos enormes manchas redondas como ojos, que resplandecían con brillo púrpura radiante. Entre ellos y sobre ellos se distinguía un órgano extraño, arqueado, en forma de penacho; era un penacho sobrenatural, una llamarada carmesí.

Alas increíbles..., desplegándose..., extendiéndose..., se abrieron paso por entre la corteza hendida y desmoronada, que ya había perdido toda semejanza con la Luna conocida. Los seres humanos sólo podían llamarlas alas. Pero, pensó Foster, más que nada se parecían a las protuberancias, exuberantes gallardetes de la corona solar que sólo se ven en el momento del eclipse total, extendiéndose desde el disco negro como dos alas de luz celeste. Eran velas de llama verde. Resplandecían con lentas ondas de luz que se difuminaban en los bordes, como las misteriosas cortinas de la aurora boreal, recorridas por delgadas vetas de color plata brillante.

Un ente a la vez horrible y hermoso...

Quedó a la vista cuando las alas celestes que se abrían poco a poco apartaron la cáscara cósmica que había sido la corteza de la Luna. Se abrió con flexible hermosura, larga y esbelta, con delicada forma de huso. Era verde como la esmeralda, brillante como el fuego y tenía extrañas marcas plateadas y negras.

El color del cielo cambió en forma aterradora del gris plata al verde, a causa de la espantosa radiación del ser desconocido. Las sombras que proyectaba, negras como la tinta y orladas de verde, eran misteriosas..., pavorosas.

Durante algún tiempo flotó en el lugar donde había estado la Luna casi inmóvil.

Monstruosos apéndices azules serpenteaban alrededor de su cabeza, debajo de los ojos púrpura, agitándose sobre su cuerpo esbelto y terrible y sus alas diáfanas.

Entonces se limpió.

En ese momento, de súbito, echó a volar por el cielo. Sus sombras fantásticas se desplazaban como seres vivientes. Con ondas luminosas o con alguna fuerza extraña que rebosaba de los pasmosos mantos de llamas que parecían alas, voló. La espantosa luz verde desapareció del cielo, las terribles sombras se extinguieron y el ser se convirtió en una minúscula mancha de luz esmeralda que se desvanecía junto al blanco fulgor de Vega.

—¡La Luna se ha ido! —exclamó Foster, azorado.

—Lo mismo se irá la Tierra —comentó el susurro apagado de Barron Kane—, dentro de pocos días.

—¡Qué hermoso! —jadeó June Trevor con voz extraña y conmovida—. Era maravilloso..., y horrible...

Se estremeció y Foster se sorprendió al encontrar su cuerpo firme, cálido y nervioso entre sus brazos. Ella se apretaba inconscientemente contra él, buscando consuelo de modo instintivo. Él la abrazó antes de soltarla.

—Nuestro mundo debe perecer así, querida... —murmuró Foster.

—Pero nosotros..., estamos juntos... —concluyó June con un hilo tembloroso de voz.

Barron Kane seguía mirando a través de la cúpula de cristal. Desde la desaparición de la Luna, el cielo era una bóveda de espléndidas estrellas. Las colinas bajas y onduladas de Pennsylvania destacaban en negro bajo él, tachonadas de minúsculas luces vacilantes de casas y coches. Las luces de la factoría, bajo el casco gigante del «Planeta», dibujaban brillantes rectángulos en la oscuridad.

—Hay demasiadas luces en los caminos —dijo Barron Kane en tono de alarma—. Coches, antorchas, linternas que oscilan. Todos vienen hacia el «Planeta».

Foster y June miraron por las altas ventanas. Sobre las colinas oscuras vieron los ríos de luces peregrinas y parpadeantes que fluían hacia ellos.

Foster profirió una palabra amarga:

—¡La plebe!

—¿La plebe? —repitió June, inquisitiva—. ¿Por qué?

—Los hombres han dejado de ser seres humanos —le respondió Foster torvamente—. Son animales..., animales espantados. Están locos de terror desde que han visto el cataclismo de la Luna.

Sienten necesidad de luchar, como cualquier criatura enloquecida por el miedo. No podemos reprochárselo, pero debemos defender el «Planeta». —Apartó cariñosamente a la muchacha, y agregó—: Debo bajar para advertir a los guardias. Debo ayudar a los hombres de las salas de máquinas. Están instalando el tubo-motor.

—¿Cuándo podrás desplazar el «Planeta»? —preguntó en ansioso susurro Barron Kane.

—Esta mañana han traído de la fundición las últimas piezas —le informó Foster—. Tardaremos un día en colocarlas. Luego, si la multitud no nos destroza, sabremos si el «Planeta» despega. Si la raza humana vivirá..., o morirá con la Tierra.

—¿Un día? —preguntó Barron Kane, desesperado—. La cerca no los detendrá tanto tiempo.

—Tendrá que detenerlos —replicó Foster con los labios apretados—. Veinte horas como mínimo absoluto. Claro que aprovecharemos hasta el último segundo. Y la compuerta de entrada está preparada para cerrarla. Convertiremos al «Planeta» en una

fortaleza interior. ¡Ahora debo irme!

Se despidió de June y salió del pequeño cuarto. La muchacha y Barron Kane se quedaron allí, entre los brillantes instrumentos que servirían para pilotar la máquina espacial..., si alguna vez despegaba. El enfermo daba órdenes por teléfono, ayudando así a organizar la defensa.

June esperó con impaciencia; por último, preguntó atemorizada:

—¿Hay mucho peligro...? Comprendo que la gente esté enloquecida de terror, pero ¿por qué iban a atacarnos?

—Los sacerdotes de una religión fanática los han azuzado contra nosotros —murmuró roncamente Barron Kane—. Los sacerdotes de una secta secreta de Asia adivinaron el final. Basaron su fe en ello y predicán que el hombre debe morir. A sus ojos, somos herejes. Intentan destruirnos.

»Destruirnos —continuó en un susurro cargado de terror— y tal vez sacrificar a algunos de nosotros como penitencia en el altar ceremonial del Gran Huevo, en el templo del desierto de Gobi.

June se estremeció como si presintiera una escena horrible.

—Voy a buscar a Foster —gritó, luchando por dominar la histeria que asomaba a su voz—. Quiero estar con él.

—Será mejor que le esperes aquí —le aconsejó Barron Kane—. O que descanses en tu camarote. Foster está muy ocupado. —Y agregó, siniestro—: Estarás más segura aquí.

Eres la que más peligro corre.

—¡No tengo miedo! —exclamó con voz iracunda. Luego recobró la calma y continuó en tono normal—: Quiero decir que no tengo miedo por mí. Lo espantoso es la idea que tantos deban morir.

¡Y aquel ser espantoso, horrible, que vimos salir de la Luna! Quiero estar con Foster.

Pero, si le parece mejor, me quedaré aquí.

Se dejó caer en una silla, ocultó el rostro entre las manos y procuró dominar sus sollozos.

Durante aquella noche terrible June hizo guardia en la cabina. La multitud era cada vez más numerosa. Diez mil fogatas relampagueaban en las laderas de las colinas y por todos los lados se movían luces oscilantes. La voz de la multitud era un murmullo incesante y amenazador. June oyó varios disparos.

Al amanecer, Barron Kane se durmió en su sillón de inválido. June le abrigó y lo contempló un rato. Luego la soledad, la tensión, resultaron tan insoportables que bajó a su camarote e intentó dormir. Pero no pudo, y antes de mediodía regresó al puente. El enfermo estaba despierto.

Barron Kane la miró.

—¿Cómo anda todo...? —fue la angustiada pregunta con que le saludó June.

—Han atacado tres veces durante la noche —susurró el hombrecillo. El muro los detuvo; muchos murieron en la verja eléctrica y por efecto de nuestros disparos. Pero por cada caído, se les ha sumado un millar más de pobres infelices.

Sus ojos, grises y serenos, miraban por las ventanas de cuarzo, hacia las laderas de las colinas, que se veían atestadas por la muchedumbre.

—Debe haber más de un millón —prosiguió con su ronco susurro—. Vinieron por todos los medios imaginables. A pie, en bicicleta, en carros, en coches y en aviones. Es imposible no sentir piedad de ellos, tan asustados, tan cerca de la muerte. Muchos parecen harapientos y ateridos; seguramente no han traído comida suficiente. Por lo general no traían armas, pero los discípulos de L'ao Ku se han encargado de eso. Puedes verlos formando círculos alrededor de los sacerdotes, que atizan el odio contra nosotros.

Mira cómo los instruyen y preparan. Algunos están descargando explosivos y armas que ha traído el tren esta mañana. L'ao Ku está formando un ejército con la multitud.

Cansada y nerviosa, June miraba con ojos insomnes a través de los gruesos cristales.

—¡Veo un avión! —gritó de improviso—. Se acerca a poca altura sobre las colinas.

¡Está a punto de aterrizar! —volvió a mirar y agregó—: Es un enorme aeroplano negro, y tiene círculos escarlata en las alas y el fuselaje.

Barron Kane murmuró:

—Ésa es la nave de L'ao Ku. Ha venido a dirigir personalmente el ataque. Y tal vez a llevarse a uno de nosotros...

June Trevor miró en silencio, mordiéndose los labios hasta sacarse sangre, apretando sus diminutos puños cuando el populacho avanzó hacia el «Planeta» en oleada de odio fanático y terror irracional.

Los delgados y brillantes haces del rayo venenoso, relampagueando como espadas doradas, silenciaron las ametralladoras de las torretas. Bombas de gran potencia explosiva, lanzadas mediante catapultas hábilmente improvisadas, demolieron la valla eléctrica. Un millón de hombres, impulsados por un fanatismo ciego y armados por una ciencia secreta, asaltaron la gran escotilla de acero del «Planeta».

Presa de una angustia mortal, June aguardó en el puente hasta que sus oídos captaron el estrépito sordo de una explosión y luego detonaciones de las armas de fuego..., ¡dentro del «Planeta»!

—¡Han forzado la escotilla! —susurró y luego agregó, pronunciando con esfuerzo las palabras en medio de una oscura niebla de desesperación—: Subirán a bordo. Debo reunirme con Foster.

Barron Kane quiso protestar, pero ella le interrumpió con un gesto brusco.

—No estoy asustada... —jadeó—. Pero el..., el fin ha llegado. Debo estar con Foster.

Salió corriendo del cuarto y se apresuró hacia el lugar donde se oía el fragor de la desesperada batalla.

En el centro mismo del gran globo de acero que era el «Planeta» había una cámara esférica de dieciocho metros de diámetro. En ella descansaba un enorme tubo de cuarzo fundido y acero, de quince metros de largo, montado sobre poderosos soportes.

Foster Ross y una veintena de hombres cubiertos de grasa, legañosos y con los ojos enrojecidos, terminaban el montaje del tubo. En la parte superior de éste había una compuerta de aire abierta. Mediante un juego de poleas estaban elevando una pieza de una nueva aleación que pesaba cuatro toneladas, para introducirla luego a través de la compuerta.

El terrible rumor de la lucha estalló súbitamente en el interior de la cámara.

—¡Han forzado la escotilla! —estalló un grito cargado de terror, y los hombres fueron presa de la consternación.

—¡Quietos! —suplicó Foster, desesperado—. No abandonen el trabajo; dentro de pocos minutos habremos terminado. Podremos salir al espacio. ¡Pronto...!

Pero alguno, asustado, había abandonado su puesto. El aparejo resbaló. La gran pieza fundida osciló, se desenganchó del crujiente aparejo y cayó estrepitosamente al suelo. Un hombre quedó con las piernas atrapadas, lanzó un grito ahogado, lleno de terror, y luego comenzó a gemir como un niño.

Algunos hombres quisieron huir de la cámara.

Temblando todavía por el imprevisto desastre, Foster procuró mantener el dominio de la situación.

—¡Eh, muchachos! —gritó, queriendo demostrar una confianza que no sentía—. ¡Intentémoslo de nuevo! Quizás estemos aún a tiempo de salvarnos...

Los hombres vacilaron. Foster tomó una palanca e intentó liberar al hombre atrapado.

Los demás se acercaron para ayudarlo. Por último sacaron al herido y volvieron a montar el aparejo.

La masa metálica de cuatro toneladas fue alzada e introducida, esta vez sin contratiempos, por la boca de carga. Quedaba ajustada en su lugar cuando la multitud, con aullidos de fanatismo diabólico y dirigida por demonios de rostro amarillo portadores de las armas de su ciencia secreta, asaltó la sala.

Después, Foster no recordaba más que un caos sangriento.

Dirigió la resistencia de los defensores condenados. Convirtió en fortalezas los rincones de los pasillos, las puertas y las entradas, las escaleras y el hueco del ascensor. Hasta el último momento defendió el acceso del puente, pues suponía que



June Trevor esperaba allí con Barron Kane.

Sus seiscientos hombres lucharon con un valor comparable al de los héroes antiguos.

Las seiscientas mujeres combatieron a su lado, y hasta los niños ayudaron en lo que pudieron. Y el pañol de armas del «Planeta» estaba bien dotado; cada posición nueva equivalía a un nuevo arsenal. Pero el desenlace era inevitable.

Foster dirigió la última defensa en la escalerilla situada debajo del puente, cediendo terreno hasta allí con otros cuatro: tres hombres y una mujer, todos heridos. Tenían una ametralladora. Con ella mantuvieron a raya a la multitud aulladora y frenética, hasta gastar el último cartucho.

Luego lucharon con bayonetas, con pistolas e incluso con las manos.

Uno de los hombres, antes de morir, se dejó caer hacia delante y arrastró en su caída a todos los que asaltaban la escalera. La mujer cayó. Otro hombre fue arrastrado por la multitud, descuartizado, desmembrado. El último camarada de Foster profirió un grito y cayó taladrado por el rayo venenoso.

Entonces Foster retrocedió hasta el final de la escalera para la última defensa. Miró hacia la cabina buscando a June y vio que había desaparecido. Ante tal descubrimiento, una desesperación total lo sepultó como un torrente negro. Las fuerzas lo abandonaron; por primera vez sintió las heridas y se desmayó.

Sólo quedaba Barron Kane, impotente en su sillón de inválido. Sus manos casi paralizadas asieron torpemente la pesada automática para disparar contra el primer asiático de rostro inexpresivo que entró en el cuarto saltando sobre el cuerpo inmóvil de Foster.

Así acabó la defensa.

Una hora más tarde el avión negro con escarapelas rojas de L'ao Ku se elevó y voló hacia el crepúsculo, rumbo al templo del Gran Huevo, en el desierto de Gobi.

## 5

Foster Ross volvió en sí sobre el suelo ensangrentado de la destruida cabina de mando. Su cuerpo era una llaga viva, y notó el dolor pulsante de una herida amoratada que tenía en la sien. Tenía un mechón de pelo pegado a la frente con sangre seca.

Se puso en pie, y se tambaleó al sentirse mareado. Mordió sus labios, salobres con el sabor de la sangre, para reprimir un grito de dolor. El cuarto saqueado, lleno de instrumentos rotos, bailó ante su nublada visión. Por un instante no recordó nada.

—¡Foster! —el débil y acongojado susurro de Barron Kane le produjo una

desmayada sorpresa—. L'ao Ku dijo que te dejaba con vida. Creí que mentía para atormentarme.

—¡L'ao Ku! —fue el áspero jadeo que salió de la garganta reseca de Foster—. ¿Ha estado aquí?

—Vino cuando ya no podíamos hacer nada —murmuró Barron Kane—. Me dijo que nos dejaba con vida porque nuestros pecados eran demasiado grandes para ser castigados por la mano del hombre.

Dijo que nos quería vivos para recordarnos que habíamos fracasado, y luego ser sacrificados a la apertura del Gran Huevo.

—¿Y June? —exclamó Foster, angustiado—. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió el viejo cansado e inválido—. Salió a buscarte cuando asaltaron la escotilla.

—¿L'ao Ku se la ha llevado? —el súbito presentimiento aguijoneó el corazón de Foster.

—Tal vez —respondió Barron Kane—. L'ao Ku se ha ido en su avión negro. Quizá se la llevó. De lo contrario, estará entre los cadáveres...

Foster trastabilló hacia la escalera.

—Bajaré a mirar —murmuró—. Si no la encuentro, terminaré el tubo-motor, volaré con el «Planeta» hasta el Gobi y la arrancaré de las garras de L'ao Ku.

Un desvarío terrible relampagueaba en sus ojos.

—No es posible —susurró Barron Kane—. L'ao Ku me ha dicho que sólo faltan dos días para la ruptura de la Tierra. Puede que ni siquiera vivamos hasta ese momento.

—¿Cómo? —preguntó Foster, con súbita palidez en su rostro manchado de sangre.

—Viene una ola gigante del Atlántico —le informó Barron Kane—. Ya ha alcanzado las ciudades costeras. Nueva York ha sido barrida, lo mismo que Boston y Washington, Esta noche nos alcanzará... Es un muro de agua terrible y arrasador, de treinta metros de altura.

Foster no le hizo caso. Resbaló y tropezó con el soporte de un telescopio roto; tomó apoyo con las manos lastimadas, como si le costara un terrible esfuerzo mantenerse erguido, y sus labios resecos murmuraron:

—Terminaré el tubo-motor y buscaré a June.

—Descansa, Foster —aconsejó Barron Kane—. Estás muy malherido.

Foster no le prestó atención.

—Aunque terminaras el tubo-motor, el «Planeta» no podría volar —continuó el ronco murmullo—. Me lo ha dicho L'ao Ku. Volaron con explosivos la escotilla para abrirla. Está estropeada y ya no se puede cerrar. Si saliéramos al espacio, perderíamos el aire y moriríamos.

—Debo rescatar a June —murmuró Foster débilmente.

Sus manos resbalaron por el soporte. Su delgado rostro palideció bajo la mancha

de mugre y sangre y cayó pesadamente al suelo cuan largo era.

Veinte horas después, Foster bajó a cerrar la válvula.

Había recuperado parte de sus fuerzas mientras yacía inconsciente en el suelo; el dolor que palpitaba en su sien le parecía ahora más soportable. Cuando despertó se lavó las heridas y vendó las más serias. Pudo encontrar un poco de comida para él y para Barron Kane.

Antes había salido en busca de June.

—He pasado revista a todos los muertos —dijo a Barron Kane cuando regresó al puente—, y no está entre ellos.

—Entonces, debió ser conducida en el avión negro hasta el altar de L'ao Ku —murmuró el enfermo.

—Iré a buscarla —afirmó Foster con determinación invencible, pese a su terrible cansancio. Luego agregó con voz cansada que no denotaba triunfo—: El tubo-motor está terminado. Las piezas quedaron montadas antes que llegara la multitud. He terminado las conexiones, he reparado la compuerta estanca y puesto en marcha las bombas para que la vacíen. Dentro de diez horas podremos despegar.

—Pero no podremos cerrar la escotilla —protestó Barron Kane—. Es imposible salir al espacio exterior.

—Ahora bajaré a arreglarla —afirmó Foster—. Luego iremos a por June.

—Faltaban dos días —le recordó el enfermo—. Ya ha transcurrido uno. Foster, la derrota me está matando; sólo nos queda morir...

—El agua sube —indicó Foster—. Debo apresurarme.

Bajó a cerrar la escotilla.

La ola gigante había llegado mientras él estaba inconsciente; era el maremoto que todo lo anegaba, gris y espantoso, que había inundado las ciudades costeras. Había aniquilado a la multitud triunfante en el mismo instante de su victoria, antes que pudieran saquear la nave, y los arrastró mientras huían.

Un golpe tremendo había alcanzado el casco de acero gris del «Planeta». El oleaje tormentoso aún rompía contra el muelle de cemento donde descansaba la máquina espacial. Las verdes colinas circundantes del día anterior ya no eran sino islotes desiertos y rocosos, empapados de espuma.

La enorme compuerta de acero de la entrada había sido abierta con una carga explosiva de alta potencia. Los goznes estaban retorcidos y la cerradura rota.

Foster estudió los daños. Llegó a la conclusión del hecho que el macizo disco de acero que constituía la compuerta no estaba demasiado dañado. Si lograba rectificar los goznes para que ajustaran y luego encontraba algún modo de sujetarla...

Buscó los talleres de a bordo y regresó a tientas provisto de martillos, llaves de tuerca y aparejos de alzamiento. Regresó para buscar un soldador portátil. Obstinadamente decidido, se puso a calentar los gruesos goznes para enderezarlos.

Los fundamentos de hormigón temblaban constantemente a sus pies, lo mismo que temblaba toda la Tierra a intervalos de treinta minutos. Todo el planeta respondía al latido cada vez más intenso de la criatura que despertaba en su interior.

Las salvajes olas del mar se abatían interminablemente contra el muelle. El rocío empapaba a Foster y a veces apagaba sus lámparas. Las aguas enloquecidas subieron mientras trabajaba, y se sintió enfermo de terror pensando que la compuerta quedaría inundada antes que pudiera cerrarla.

El dolor lancinante de su organismo torturado y lesionado amenazaba su vida. Foster, un pigmeo cansado y desnudo, herido, engrasado y llagado, trabajó con tenacidad mientras agotaba sus míseros esfuerzos contra las convulsiones agónicas de un gigante.

Un manto de espantosa oscuridad había cubierto el cielo y eclipsó la claridad del amanecer, que parecía carmesí bajo la nube volcánica. Caían cenizas grises y enormes gotas de barro volcánico hirviente. Vientos abrasadores reseocaban su piel y lo ahogaban con vapores sulfurosos.

Los truenos retumbaban incesantemente sobre el caos de un mundo en la agonía de la muerte; relámpagos azules acuchillaban en interminable sucesión de destellos cegadores la parte superior de la esfera, como si los cielos mismos hubiesen jurado la extinción de la humanidad.

A veces, Foster abandonaba un momento sus herramientas para observar las olas negras y rompientes, cada vez más altas. Bajo la oscuridad roja y pavorosa que borraba la distinción entre la noche y el día, entre súbitos resplandores violáceos de relámpagos, contempló las ruinas de un mundo maldito. Restos humanos flotaban cerca de él, destrozados, retorcidos. A veces se estremecía de horror ante el rostro de algún ahogado, gris, abotargado y pulposo.

En aquellos momentos le dominaba la desesperación. Se dejaba caer sobre el muelle barrido por el agua salada y observaba, impotente, la oscuridad roja y delirante del mundo en desintegración.

Pero entonces una imagen, la de June Trevor, alta y hermosa, se le representaba a punto de ser sacrificada sobre un altar ante una imagen de la Tierra, de la que surgía un monstruo obscuro. Esa imagen siempre vencía su abatimiento y resucitaba aquella decisión extraña, impersonal, aquel olvido de sí mismo que había experimentado por primera vez durante la lucha en el garaje.

Movido por el instinto de la especie, superior a cualquier móvil personal, volvía a recoger las herramientas.

Agotado, embotado por la falta de sueño, finalmente Foster regresó a la pequeña cabina del puente.

—La escotilla está cerrada —anunció con voz gruesa y débil a causa de un cansancio inexpresable—. Ahora voy a poner en marcha los motores y sabremos si el tubo-motor funciona...

Calló al ver que Barron Kane dormía. Intentó despertarle y obligarle a comer

algo: naranja, un pote de caldo y galletas. Pero el frágil hombrecillo no se movió. Foster descubrió que tenía fiebre, y su pulso era irregular.

—Deseaba tanto vivir para vernos ganar... —suspiró Foster—. Pero supongo que ya no despertará. De todos modos, él todavía abrigaba la esperanza...

Luego, moviéndose como un autómatas por efecto de su gran cansancio, se volvió hacia los instrumentos semi-destruidos. Una ojeada a un cronómetro le produjo horror y desesperación.

Habían transcurrido veintidós horas desde que empezó a reparar la compuerta.

Prácticamente había pasado el segundo día. Dentro de pocas horas llegaría el cataclismo final...

Resbaló, aturdido, como si hubiera recibido un golpe, y cayó contra la pared.

Permaneció apoyado allí un rato, desmayado por el golpe. Sus ojos enrojecidos, embotados y casi ciegos, miraron fijamente a través de los gruesos cristales de cuarzo. El cielo era un siniestro dosel de tinieblas carmesí, rasgado por continuos relámpagos en una espantosa cascada de fuego violeta.

El barro hirviente y líquido azotaba el casco de acero del «Planeta» con un tamborileo continuo que apagaba los truenos. El tempestuoso mar negro empezaba a cubrir las colinas; ahora inundaba el muelle y sus rompientes gigantescas chocaban contra el «Planeta». Salpicado de minúsculos y lastimeros fragmentos de restos humanos, su agitada y lóbrega superficie alcanzaba hasta los horizontes de las tinieblas rojas y caóticas.

Mientras sus ojos vacuos miraban sin ver, un nuevo temblor sacudió la máquina especial con tanta violencia que hizo trastabillar a Foster. Una segunda ola gigantesca, un tremendo muro negro de cresta gris, atronando con la increíble potencia de un Atlántico en marcha, golpeó implacablemente al «Planeta». La máquina espacial de un millón de toneladas fue alzada de su soporte y arrastrada por el mar enloquecido, como si se tratase de un simple cascarón.

El impacto sacó a Foster de su torpor. Recordó a June Trevor, y ese motivo excelso que no era algo personal sino la llamada de la especie, le reanimó.

Venciendo denodadamente la fatiga, empezó a manipular los mandos, puso en marcha los motores y los transformadores y preparó el despegue. La navegación era automática, de modo que un solo hombre podía gobernar desde el puente. Pero los asaltantes habían roto muchos instrumentos.

Mientras Foster reparaba los daños, la máquina espacial fue batida por los elementos desencadenados. Olas terribles azotaban sus flancos de acero; restos a la deriva la golpeaban.

Finalmente fue levantada por otra ola, una y otra vez, hasta que Foster creyó que el casco cedería.

Pero siguió trabajando.

Cuando acabó, la nave aún derivaba. Foster dio corriente al tubo-motor mientras sus manos magulladas temblaban de angustia. Conectó toda la potencia y

retrocedió..., expectante...

El «Planeta» flotaba sobre el mar negro y terrible, juguete del temporal amenazador.

De las tinieblas carmesíes del cielo surgían relámpagos lívidos y caían pedazos de roca volcánica. Los vientos huracanados lo arrastraban con una fuerza que competía con la del mar embravecido.

La nave era arrastrada hacia los roquedales de la montaña. Foster comprendió que el casco no soportaría otro golpe. ¿Le elevaría el tubo-motor? ¿Lo haría...?

Contuvo la respiración y apretó los dientes. Se dejó caer en una silla y sus manos laceradas se aferraron a ella. Parecía un agonizante. Sus ojos febriles y ojerosos observaban alternativamente los instrumentos y la espantosa oscuridad roja del mundo agonizante.

El «Planeta» despegó, alejándose del mar oscuro y furioso hacia la oscuridad escarlata del cielo, venciendo vientos poderosos, a través de la lluvia de barro y ceniza volcánicos, a través de nubarrones cargados de relámpagos purpúreos. A gran altura, la lluvia se convertía en un granizo ensordecedor.

Por último, la máquina espacial atravesó las nubes y Foster vio las estrellas.

Experimentó un estado de gran serenidad. Con el vuelo de la máquina espacial había surgido una especie de júbilo extático. Era un sentimiento de poder triunfante, que le elevaba muy por encima de cualquier preocupación humana.

Su gran cansancio había desaparecido. Ya no sentía la embotadura necesidad de dormir ni el molesto latido en la herida de la sien. Por unos momentos conoció la tranquilidad suprema de un dios.

Era un Nirvana sublime y fatal. Incluso había olvidado a June.

Era de noche y las estrellas brillaban ante Foster. A medida que el «Planeta» se remontaba en la atmósfera turbulenta, adquirieron un esplendor nunca visto. Ardían inmóviles y fantasmales, más brillantes que joyas, en un vacío absolutamente negro. Eran infinitamente minúsculas, infinitamente brillantes, misteriosas y eternas en el negro vacío.

Foster las contempló, transfigurado por la extraña emoción que le causaba el saber que cada una de ellas era un ser viviente.

El «Planeta» siguió elevándose, describiendo un arco amplio y rápido hacia las estrellas vivientes.

Foster se sintió unido a su nave; ya no era un hombre ínfimo, sino una entidad serena y eterna, de poderío y visión celestiales.

En aquel momento, el cuerpo frágil de Barron Kane se removió inquieto en su sueño febril.

De súbito, Foster volvió a ser hombre y experimentó compasión. Nuevamente intentó despertar a su tío..., pero fue en vano. Ahuecó la almohada bajo su cabeza y

lo abrigó con la manta.

Regresó a los mandos. De nuevo recordaba a June y el espantoso peligro que corría.

Su misión le reclamaba con más fuerza, a causa del lapso transcurrido desde que despegó hacia las estrellas. Se movía como impulsado por una energía ajena, como si él fuese un títere en manos de una voluntad colectiva, tan sublime y eterna como las estrellas imperecederas que había contemplado.

Comprendió que la situación era más desfavorable que nunca. La tormenta universal y cataclísmica que había asolado toda la Tierra quizá le impediría localizar el oasis perdido en el Gobi..., a tiempo. Si lo conseguía, sería un solo hombre contra cientos. Al pensar que tal vez encontraría ya consumado el sacrificio le heló un estremecimiento de terror. A juzgar por lo que había visto, incluso era probable que el templo y sus habitantes hubieran sido alcanzados por la tormenta, el terremoto, los volcanes o las inundaciones.

Se dijo con amargura que tenía muy pocas posibilidades. La empresa era absurda.

Pero aquel impulso ciego y sublime que semejaba una fuerza exterior le indujo a seguir guiando el «Planeta» por entre las nubes oscuras y agitadas que oscurecían por completo la faz del globo en desintegración.

La máquina espacial descendió a través de las terribles tinieblas carmesíes, a través del furioso caos de un mundo atormentado que se desmoronaba. Los huracanes golpeaban la bola de acero, que fue bombardeada por los restos volcánicos, alcanzada por relámpagos llameantes, regada de barro hirviente.

Mirando a través de los paneles de cristal manchados de barro, Foster acabó por distinguir la superficie de la Tierra donde había estado el desierto: era un mar negro y amenazador.

El templo del culto fanático había desaparecido, y con él June Trevor... Y con la pérdida de la muchacha, carecía de sentido su vida, su lucha titánica por sobrevivir. La energía sublime que hasta ese momento le sostenía se disipó totalmente. Quedó convertido en una ruina solitaria, cansada y ojerosa. Había sido más que humano y ahora era menos: un enfermo, viejo e inútil.

June había desaparecido. Aquella idea golpeó su cerebro cansado y embotado con estas desesperadas palabras: ¡June, desaparecida! Sólo quedaban él y Barron Kane, dos hombres inútiles y sin rumbo, sin ningún motivo por el que vivir y nada que esperar salvo la muerte.

Era evidente que Barron Kane estaba muriéndose. Muy pronto Foster quedaría solo, más solo que ningún ser humano. Estaría solo en el vacío del espacio. La Tierra iba a desaparecer y no quedaría refugio para un hombre o una mujer.

¡Estaría solo bajo las estrellas vivientes y burlonas!

Ante esta idea, un terror frenético agarrotó la garganta de Foster como unos dedos helados que le estrangulasen. Sintió el terror más espantoso que nadie hubiera conocido jamás.

Enfermo de temor y temblando convulsivamente, hizo esfuerzos desesperados por despertar a Barron Kane. Sacudió el hombro encogido del hombrecillo y le roció la cara con agua. Deseaba desesperadamente poder hablar con un ser humano, volver a escuchar una voz humana que no fuera la propia..., aunque fuese el ronco susurro de un hombre agonizante.

Barron Kane jadeó en sueños, y un repentino temblor espasmódico agitó sus delgados miembros.

Pero no despertó. Movido por honda compasión, Foster volvió a cubrir el cuerpo delgado y encogido.

Contempló de nuevo la oscuridad escarlata hendida por los relámpagos del cielo y la planicie negra y palpitante del mar que había barrido el templo secreto y la razón de su vida.

## 6

Foster vio que el mar se abría. Estaba partido como por la espada de un titán. Entre las dos lóbregas mitades había varios kilómetros de distancia. Un golfo abismal, vertiginoso e inimaginable se abría entre ellas, y el agua negra caía a ambos lados como un millón de Niágaras.

El mundo se había partido.

Foster, suspendido en aquel oscuro y tormentoso cielo de rojo espeluznante y terrorífico, vio con espanto el nuevo abismo. Las escabrosas paredes de la corteza terrestre rota formaban un precipicio de muchos kilómetros, desmoronadas, salpicadas por los mantos oscuros de las cataratas oceánicas.

Debajo —muchos kilómetros más abajo— asomaba un terrible resplandor verde, brillante como una llama, con extrañas chispas plateadas y negras. Se movía con tremendo ímpetu. Era el cuerpo de la Tierra que luchaba en las angustias del nacimiento.

Foster lo observó, horrorizado.

Las dos mitades del mar hendido se dilataron con espantosa rapidez hasta desaparecer bajo el cielo oscuro, que cambiaba de un rojo opaco a un espantoso y agorero verde reflejado. La máquina espacial flotaba entre el manto amenazador del cielo y la brillante superficie de aquel cuerpo espantoso que luchaba por salir del interior de la Tierra.

Foster captó el nuevo peligro. Pero aquélla apatía sin vida, propósitos ni esperanzas que le embargaba le impidió sentir el miedo. Nada le importaba; nada le preocupaba ahora que había perdido a June.



El viento lo alcanzó. La atmósfera, agitada por los movimientos del ser recién nacido, azotó el «Planeta» con el impacto firme y arrollador de un ciclón. Con fuerza jamás igualada por huracán alguno, empujó el globo de acero como una pelota de juguete hacia el cuerpo verde.

Los ojos azules de Foster, llenos de una agonía insoportable, miraron fríamente, sin pánico ni esperanza, el fin que se aproximaba. La vida era para él una pesadilla tan fantástica como el sino de la humanidad.

Sólo el instinto ciego de vivir le obligaba a seguir sujetando los mandos. Su mente reposaba como un espectador cansado y desinteresado, mientras sus dedos cansados y doloridos se movían automáticamente y el «Planeta» luchaba contra los elementos.

La bola de acero cayó sin resistencia hacia las fantásticas manchas del costado de aquella bestia indescriptible. Foster miraba con ojos apáticos, ajeno a todo temor, mientras sus dedos actuaban inconscientemente, aumentando la potencia del tubo-motor para luchar contra el vendaval diabólico y caprichoso.

No experimentó ningún sentimiento de triunfo cuando la máquina se alejó, no mostró júbilo cuando se elevó a través de delirantes y retorcidas masas de nubes espantosamente iluminadas de verde. Miró a través de los gruesos cristales, indiferente al pánico y a la esperanza.

Subió más allá de las nubes verdes, remontándose en la atmósfera hacia la libertad del espacio. El cielo era un globo hueco de oscuridad, atravesado por un millón de puntos multicolores de luz..., cada uno de los canales era una cosa viva.

La Tierra colgaba abajo, globo enorme e hinchado, oscuro y fantásticamente manchado de verde.

Un ala se abrió paso a través de las nubes: un magnífico manto de fuego celeste, un escudo de llamas verdes, maravilloso como la aurora de la corona solar y veteado de color plata brillante. En su primer despliegue inseguro pasó cerca del «Planeta» como una amenaza letal.

Las manos de Foster alejaron a la máquina espacial y el ala terrible pasó por debajo, inofensiva.

El «Planeta» siguió navegando por el espacio en su viaje sin destino.

La Tierra quedaba atrás.

De la corteza resquebrajada surgió un ser que se parecía a la criatura que había salido de la Luna.

La cabeza picuda tenía una corona carmesí, y dos manchas púrpura, simétricas y redondas, que parecían unos ojos terribles. Su cuerpo de color verde llama era esbelto, ahusado y con extrañas pintas negras y plateadas. Un brillante dibujo resplandecía en sus alas, semejantes a las cortinas verdes de la aurora boreal y veteadas de un blanco cegador.

Se movió con torpeza en el vacío, como para probar sus miembros, y se limpió mediante los delgados apéndices azules que surgían de su cabeza. Luego, con un

poderoso movimiento de sus alas, se alejó del Sol, hacia el vacío del espacio.

Foster vio que Mercurio y Venus, los dos planetas interiores, también habían cambiado; eran motas aladas y verdosas que se alejaban del Sol. Y sospechó que la luz del Sol había comenzado a disminuir, virando poco a poco hacia el carmesí, hacia la oscuridad final.

—El Sol agoniza —murmuraron sus labios reseco con anormal parsimonia—. ¡Es el fin! El delirante final del universo humano...

—¿Lo ves? —Foster se sorprendió al oír el débil murmullo de Barron Kane desde su sillón de inválido—. Estamos presenciando la solución del misterio definitivo, Foster... ¡El enigma de los soles! Asistimos a la muerte del nuestro, como hemos visto nacer otros.

Foster se acercó presurosamente y alzó la cabeza de su tío sobre la almohada para que pudiera mirar. Habló de comida al enfermo, pero Barron Kane no hizo caso. El débil susurro continuó:

—Los planetas eran la simiente del Sol. A través de los milenios, bajo la radiación solar, germinó en ellos una vida extraña. Ahora el Sol morirá: su misión está cumplida.

Las nuevas criaturas han salido para alimentarse de polvo estelar, para absorber radiaciones y rayos cósmicos, o quizá para consumir fragmentos de viejos soles hasta que ellas mismas sean soles, astros desarrollados, y el ciclo de su vida esté completo.

Aquí tienes la respuesta a muchos de los problemas que han desconcertado a la ciencia.

¡Hemos vencido, Foster! —Había un vago tono de triunfo en su voz—. ¡Aunque hoy muramos..., somos dueños de nuestro destino!

—¡Qué importa eso! —murmuró Foster, demasiado cansado e impotente como para expresar amargura—. Estamos solos... —prosiguió lentamente—. Pronto estaremos muertos... El «Planeta» seguirá navegando, quizás eternamente. Un pequeño mundo con todo lo necesario para la vida, pero cargado de muertos... ¡Escucha!

Foster se interrumpió de repente, y un espantoso silencio reinó en la cabina, roto tan sólo por el silbido de sus respiraciones.

—¡Escucha! —un acento de locura se ocultaba en su voz—. No hay nada... Ni el menor ruido...

Estamos solos, Barron; somos los últimos hombres. ¡Nunca volveremos a oír una voz humana!

¡Piensa en lo que significa no poder escuchar a otra persona! Cuando muramos...

Calló de nuevo, pues sus oídos atentos habían notado un roce de pisadas humanas.

Corrió, temblando de esperanza e incredulidad, temiendo lo peor, y bajó la escalera hasta la escotilla del puente. La abrió de golpe y vaciló, alucinado, al ver a June Trevor.

La muchacha estaba sucia, con las ropas empapadas de una sustancia negra, espesa, viscosa y chorreante; tenía el pelo embadurnado por la misma sustancia, el rostro arañado y un moretón en la frente. Pero aún había belleza en su cuerpo alto y erguido, y sus ojos expresaban un júbilo naciente y luminoso.

Permanecieron un momento frente a frente.

Foster se humedeció los labios.

—¿June? —musitó—. June...

Ella se tambaleó y él se precipitó a sostenerla.

—No me toques —jadeó débilmente, alejándose de Foster—. Estoy cubierta de aceite..., me escondí en un depósito. Si te acercas te llenarás de aceite.

—¡Pobrecilla! —murmuró, echándose a reír.

Rodeó con su brazo los hombros sucios y la alzó. June le abrazó olvidándose del aceite. Ella también rió, temblorosa y llena de alivio.

—¡Oh, Foster! —gritó—. Estoy tan..., tan..., contenta porque estés aquí. Creí que era la única persona con vida. Estoy espantosamente cubierta de aceite.

—¿Cómo estás aquí? —preguntó Foster mientras la conducía a la cabina y la obligaba a sentarse a su lado—. Cuando desapareciste creímos que L'ao Ku te había llevado..., a su templo.

—¿L'ao Ku? —preguntó con sorpresa—. No, no le vi. Salí a buscarte cuando entró la multitud.

Pregunté a los hombres dónde podría encontrarte. Me enviaron de un lugar a otro, hasta que llegué a las salas de máquinas. Pero no te encontré en ninguna parte.

Se apoyó alegremente contra su fuerte hombro; le había tomado inconscientemente del brazo, como si temiera verse apartada de su lado.

—Y luego, ¿qué sucedió? —preguntó Foster—. ¿Cómo te ocultaste de la multitud?

—Estaba en la sala de máquinas —prosiguió con voz cansada— y no lograba encontrarte. Hubo disparos y gritos. Los enemigos estaban matando a los maquinistas.

Uno de éstos corrió hasta mí y me dijo: «Señorita, los malditos chinos han entrado, pero la esconderé donde no puedan encontrarla». Hizo que me acercara a un depósito, abrió la tapa y me hizo bajar por una escalera interior. Estaba llena de aceite... Me llegaba hasta el mentón. Luego cerró la tapa sobre mí. Esperé a oscuras. Los vapores del aceite me marearon. Estuve a punto de caer de la escalera. Oí muchos disparos y gritos. Luego..., silencio. Nadie se acercó a levantar la tapa, de modo que intenté salir. Me sentía débil, y la tapa era tan pesada que no podía levantarla. Empujé hasta que no pude más.

Entonces descansé y volví a intentarlo. Por último lo conseguí, subiendo al peldaño superior de la escalera y empujando con la espalda.

—¡Muchachita valiente! —susurró Foster y le apretó el hombro.

June se estremeció; sus ojos parecían no verle. Estaban velados por horrorosos

recuerdos.

—Salí —agregó con tristeza— y todos estaban..., estaban muertos. El suelo se hallaba cubierto de sangre y cadáveres. Y el silencio... Era terrible, Foster. No se oía ni una sola voz. ¡Nada! Creí que era la única superviviente.

—¿Por qué no viniste en seguida? —le preguntó Foster—. Aquí estaba Barron.

—Lo hice —susurró—. Estaba absolutamente inmóvil... Hablé, pero él no se movió.

Supuse que estaba muerto como todos los demás. Creí que yo era la única persona con vida...

—Debes olvidarlo —le aconsejó Foster—. ¿Dónde has estado?

—Estuve buscando... —se interrumpió con un estremecimiento—, entre los cadáveres... Buscándote a ti, Foster.

El joven abrazó su cuerpo tembloroso y durante un rato la muchacha guardó silencio.

—Creí que era la..., la última —continuó espasmódicamente—. Creí que estaba sola..., sola entre todos los muertos. Quise buscarte para morir a tu lado, juntos. Y luego... —el horror enfermizo desapareció poco a poco de su mirada y sonrió débilmente—, luego noté que la máquina se movía.

Me había quedado dormida. Estaba agotada por la búsqueda y cubierta de aceite.

Desperté y sentí que nos movíamos. Entonces supe que había alguien más...

Sus ojos castaños brillaron valerosamente frente a los azules de Foster, llenos de esperanza, alegría y nueva confianza. Luego los cerró y su cuerpo se relajó entre los brazos de Foster. June se había quedado dormida. Entreabrió los labios y, en sueños, sonrió cansada y débilmente.

—Esta valiente está agotada —le dijo Foster a Barron Kane—. La bajaré a su cabina para que descanse. Regresaré en seguida y te ayudaré a bajar...

—No, Foster —susurró el hombrecillo—. Quiero mirar... Ver las estrellas.

Foster lo alzó un poco y acomodó su cabeza en la almohada.

—Barron, ahora la humanidad podrá seguir —afirmó—. Podemos comenzar de nuevo.

Foster tomó en brazos a la muchacha, que dormía serenamente, y se dirigió a la puerta.

—Sí, Foster —dijo el enfermo—, realmente hemos ganado.

Los serenos ojos grises del científico siguieron a Foster hasta que éste desapareció por la escalera.

Luego volvió a mirar las estrellas inmóviles y espléndidas.

—Hemos ganado —volvió a susurrar—. Esperaba vivir..., para ver esto. Los hombres ya no serán sabandijas expuestas a verse aplastadas por cualquier temblor casual de la bestia que los alberga. En el «Planeta» los hombres serán libres, se defenderán por sus propios medios —la frase pareció gustarle, pues la repitió—: Se defenderán por sus propios medios.

Permaneció un rato inmóvil, meditando.

—Estamos en el «Planeta» y vamos hacia un nuevo comienzo. Pero es sólo un comienzo. —Sus ojos serenos contemplaron el brillo burlón de las estrellas y murmuró—: Ustedes están vivas. Les debemos nuestras vidas..., hemos sido parásitos de vuestra especie. Pero ya no lo somos.

Empezaremos de nuevo, por nuestros propios medios.

Su voz agonizante murmuró una última profecía:

—Habrá muchos «Planetas», más grandes. La raza nueva y libre será superior a la antigua. ¡Los hijos de Foster y June conquistarán el espacio, hasta la más lejana de ustedes!

La expresión de alegría quedó fija en sus ojos, abiertos a las estrellas.

\* \* \*

En mi opinión, el relato es válido. Lo leí por primera vez hace casi cuarenta años, y al releerlo para preparar esta antología todavía me parece emocionante, a pesar de que recordaba el desenlace. Es posible que la trama amorosa sea algo vulgar, y la actitud a lo Fu Manchú hacia los chinos ya está pasada de moda. Pero, en general, el cuento es ágil y Williamson hace plausible una de sus más delirantes ficciones.

No obstante, mientras lo leía me incomodó un poco esa escena en que los fanáticos del culto atacan el centro científico destinado a salvar parte de la raza humana. La había olvidado. Pero me pregunto si la había olvidado cuando escribí *Nightfall*, sólo siete años después. Aunque así fuera, seguramente la influencia de *Nacido del Sol* actuó de manera inconsciente, pues en *Nightfall* hay una escena muy parecida.

Murray Leinster —seudónimo de Will F. Jenkins— estuvo en activo más tiempo que Williamson. «Amazing Stories», de junio de 1926, el tercer número de la revista, publicó su cuento *The Runaway Skyscraper*, y hacía varios años que publicaba. Tremaine supo captarlo, y Leinster colaboró con el cuento de revolución de ideas titulado *Al margen del tiempo* en la «Astounding Stories», de junio de 1934.

# AL MARGEN DEL TIEMPO

Murray Leinster

## Prólogo

Mirando retrospectivamente, parece raro que nadie, salvo el profesor Minott, descubriera el asunto.

Los indicios eran más que evidentes. A principios de diciembre de 1934, el profesor Michaelson afirmó haber descubierto que la velocidad de la luz no es un límite absoluto ni puede considerarse constante. Naturalmente, éste fue uno de los primeros indicios de lo que iba a suceder.

El segundo indicio se presentó el 15 de febrero a las 12.40, hora de Greenwich, cuando el Sol emitió un súbito resplandor blanquiazul. En cuestión de cinco minutos, el enorme incremento del índice de radiación aumentó en nueve grados la temperatura de la superficie terrestre. Transcurridos los cinco minutos, el Sol retornó a su tasa normal de radiación sin mostrar otros síntomas anormales.

Luego fueron expuestas muchas teorías por los más famosos científicos, pero ninguna explicación factible del fenómeno daba cuenta de la ulterior ausencia total de perturbaciones en la fotosfera solar.

Como tercer presagio evidente de los acontecimientos de junio, el diez de marzo la jirafa macho del zoológico de Bronx, en Nueva York, dejó de comer. Durante los nueve días siguientes cambió de forma, retrayendo sus extremidades, incluso el cuello y la cabeza, hasta convertirse en una extraordinaria masa ovalada de carne y hueso aún vivientes, que el décimo día empezó a dividirse espontáneamente, y el decimosegundo quedó convertida en dos masas carnosas que latían débilmente.

Al día siguiente aparecieron en ambas masas unas protuberancias que crecieron y adquirieron forma. Al cabo de veinte días desde el comienzo del fenómeno eran patas, cuellos y cabezas. Dos jirafas idénticas, ambas machos, se movían en el coto de las jirafas. Cada una pesaba algo menos de la mitad que el peso del ejemplar original.

Coincidían en todas sus marcas. Comían, se movían y a todos los efectos parecían animales normales, aunque inmaduros.

Desde la República Argentina comunicaron un fenómeno prácticamente igual, pues un novillo de las pampas había pasado por el mismo y extraordinario método de reproducción bajo la mirada incrédula de los científicos argentinos.

Hoy parece increíble que los científicos de 1935 no supieran interpretar estas

singularidades. Hoy conocemos qué tipo de tensión las produjo, aunque ya no ocurran.

Pero entre enero y junio de 1935, las agencias periodísticas de la nación se vieron inundadas de noticias por el estilo.

El río Ohio fluyó pendiente arriba durante dos días. Durante seis horas, los árboles del parque Euclides de Cleveland agitaron terriblemente sus hojas, como si hubiera una gran tormenta, pese a que no soplaba la menor brisa. Y en Nueva Orleans, hacia fines de mayo, los peces salieron nadando del río Mississippi para luego «ahogarse» en el aire que los sostenía inexplicablemente. Más tarde se volvieron panza arriba y flotaron inertes en un imaginario nivel de agua situado a unos cuatro metros por encima de las calles de la ciudad.

Parece claro que el profesor Minott no fue el único que sospechó el significado de éstos —para nosotros— evidentes indicios de los acontecimientos que iban a sobrevenir. El profesor Minott enseñaba matemáticas en la facultad del Robinson College, de Fredericksburg, Virginia. Sabemos que predijo prácticamente todos los hechos que luego asustaron al planeta (y no sólo al nuestro).

Pero supo tener cerrada la boca.

El Robinson College era pequeño. Estaba considerado como una universidad «provinciana», sin que esto ofendiese a nadie, salvo a la facultad y a ciertos alumnos puntillosos. Si un humilde profesor de matemáticas como Minott hubiera publicado su teoría, ello ni siquiera habría sido noticia. Se habría catalogado como un acceso de locura. Y, en caso que alguien hubiera creído en ella, no habría servido sino para aterrorizarle. Por eso guardó silencio.

El profesor Minott poseía valor, obstinación y cierta sangre fría, pero carecía de riquezas e influencia. Tenía algo más que conocimientos generales de física matemática, y sus cálculos mostraban un extraordinario dominio de las leyes probabilísticas; en cambio, tenía muy poca paciencia con los problemas éticos. También sentía una pasión particularmente impetuosa hacia Maida Haynes, hija del profesor de lenguas románicas, aun sin la menor oportunidad de llamar siquiera su atención, pues ello habría significado competir con la mayoría del estudiantado del sexo masculino.

Todas estas explicaciones son necesarias, pues nadie sino una persona como el profesor Minott podría prever lo que estaba a punto de suceder y tomar sus disposiciones como él lo hizo.

Gracias a sus notas sabemos que, según sus cálculos, las probabilidades de salvación eran de una entre cuatro, o poco menos. Es realmente una pena que no poseamos los cálculos mismos. Hay muchas cosas que nuestros científicos aún no comprenden. Las notas que dejó el profesor Minott son preciosas, pero hay en ellas evidentes lagunas. Sin duda se llevó la mayor parte de sus anotaciones —y entre éstas las más valiosas— a ese lugar desconocido donde supuestamente vive y trabaja ahora.

Sin duda le divertiría la diligencia con que el menor de sus garabatos es ahora analizado, estudiado y discutido por las mayores inteligencias de nuestro tiempo y espacio. Y es muy probable que haya inventado una palabra para designar la catástrofe a la que hemos escapado. Nosotros todavía no tenemos ninguna.

No hay palabras para describir un desastre que pudo destruir, no sólo la Tierra, sino todo nuestro sistema solar. Y no sólo nuestro sistema solar, sino incluso nuestra galaxia.

Y no sólo nuestra galaxia, sino cualquier universo del espacio que conocemos; más aún, pudo destruir todo el espacio tal como ahora lo concebimos, así como el tiempo. Lo cual significaría, no sólo la anulación del presente y el futuro, sino incluso la destrucción del pasado, como si nunca hubiera existido. Sin contar esas extrañas formas de la realidad que hoy conocemos, esos otros universos, esos pasados y futuros alternativos: todo reducido a la nada. No existe palabra para nombrar semejante catástrofe.

Sería interesante saber cómo la llamaba el profesor Minott mientras se preparaba fríamente para explotar aquella única posibilidad de supervivencia entre cuatro, si las cosas sucedían de acuerdo con lo previsto. Pero es más fácil suponer cómo se sintió la víspera del 5 de junio de 1935. No lo sabemos. No podemos saberlo. Sólo podemos estar seguros de lo que sentimos nosotros..., y de lo que ocurrió.

## 1

Eran las siete y media de la mañana del 5 de junio de 1935. La ciudad de Joplin, Missouri, despertaba del plácido descanso de una noche estival. El rocío brillaba sobre el césped y las hojas, y las telarañas resplandecían como diamante en polvo bajo los primeros rayos del sol. En el barrio oriental, un estudiante de secundaria salió bostezando de su casa para cortar el césped antes de ir a la escuela. Un coche bastante desvencijado pasó a una manzana de distancia. Hubo una explosión, se detuvo y volvió a ponerse en marcha con un ronroneo inseguro. Las voces de los niños resonaban entre las casas. Una lavandera negra caminaba bajo los árboles que flanqueaban la avenida de aquella zona residencial.

Por la ventana de un piso superior, la radio rugía: «¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Más alto ahora! ¡... tres, cuatro! ¡Con más agilidad ahora! ¡... dos, tres, cuatro!».

Súbitamente la radio crepitó y empezó a emitir un aullido penetrante y mecánico, que murió al poco, oyéndose entonces un crujido terrible, como si hubieran estallado diez mil tormentas eléctricas a la vez. Luego quedó en silencio.

El estudiante de secundaria se apoyó perezosamente sobre la manija de la



cortadora de césped. En el instante en que calló el altavoz de la radio, el muchacho cayó bruscamente sentado sobre la hierba humedecida por el rocío. La negra se tambaleó y se sujetó frenéticamente al tronco del árbol más cercano. Su cesta cayó y derramó en el suelo una catarata de ropas almidonadas y multicolores. Los niños aullaron de terror, entre gritos agudos de las mujeres.

—¡Terremoto! ¡Terremoto!

Algunos salieron corriendo de las casas. Otro huyó hacia un invernadero, tropezó con una columna y cayó en pijama sobre un rosal. En cuestión de segundos, todos los vecinos de la calle habían salido al aire libre.

Luego hubo un silencio extraño, un instante de estupor. No había sido un terremoto.

Ninguna casa se había derrumbado, ni se había resquebrajado ninguna chimenea. Ni vajillas ni cristales sufrieron roturas. La sensación que todos los testigos experimentaron no fue un verdadero estremecimiento del suelo. Sí, se había producido una conmoción de la tierra, pero aquel movimiento no se parecía a nada experimentado anteriormente por ser humano alguno. Aquella conmoción no iba a serles familiar hasta mucho tiempo después. De momento se limitaban a mirarse unos a otros, desconcertados.

En medio del repentino silencio mortal, roto tan sólo por el zumbido de un motor en punto muerto y el llanto de un bebé asustado, se hizo audible un nuevo rumor. Era un ruido de pies en marcha, acompañado de un extraño estrépito metálico. Luego se oyó una voz de mando que, sin lugar a dudas, no había sido pronunciada en inglés.

Por la calle de un barrio de Joplin, Missouri, el 5 de junio del año de gracia de 1935, desfilaba una cohorte de soldados armados con lanzas y escudos, vestidos con las togas cortas de la antigua Roma. Llevaban cubiertas las cabezas con cascos. Miraron a su alrededor con el mismo aire estúpido y azorado con que eran contemplados por los ciudadanos de Joplin. Una larga columna de hombres en marcha surgió a la vista de todos, portando escudo y lanza, y con el aire indefinible de estar acostumbrados a semejantes armas.

Se detuvieron a otra voz de mando. Un hombrecillo avejentado que portaba una espada corta hizo una pregunta a los norteamericanos que miraban. El estudiante de secundaria dio un brinco. El hombrecillo volvió a ladrar su pregunta. El estudiante tartamudeó y articuló dificultosamente algunas sílabas. El hombrecillo gruñó, satisfecho.

Hablaba con claridad, aunque en tono de impaciencia. El estudiante se volvió hacia los demás norteamericanos.

—Quiere saber el nombre de esta ciudad —dijo, sin dar crédito a sus propias palabras—. Habla el mismo latín que yo estudio en la escuela. Dice que esta ciudad no figura en los mapas de carreteras, y que no sabe dónde está. Pero igualmente ha tomado posesión de ella en nombre del emperador Valerius Fabricius, César de Roma y de los lejanos confines de la tierra. —En ese momento, el estudiante de secundaria

tartamudeó—: Di..., dice que éstas son las seis primeras cohortes de la Legión Cuadragésimo Segunda, de guarnición en Messalia. Eso..., eso se supone que está a dos días de marcha en esta dirección —apuntó hacia Saint Louis.

El motor que giraba en punto muerto aceleró de súbito. El cambio crujió y el vehículo rodó por la calle. La bocina resonó con energía pidiendo paso por entre los soldados portadores de escudos.

Éstos lo contemplaron con la boca abierta. Volvió a tocar la bocina y avanzó hacia ellos.

A una orden repentina se abalanzaron sobre él, esgrimiendo las lanzas y dando tajos con las espadas cortas. Hasta entonces, ni un solo habitante de Joplin había dejado de creer que los lanceros eran extras de cine, una comparsa u otra cosa igualmente delirante, aunque verosímil. Pero no hubo nada fingido en la carga contra el coche.

Arremetieron contra él como si se tratara de una bestia feroz, probablemente asesina. Se lanzaron a la batalla con bravura grotesca y temeraria.

Y tampoco fue fingida la escrupulosidad con que atravesaron mediante sus lanzas al señor Horace B. Davis, que sólo pretendía llegar hasta su despacho de corretaje de algodón. Ellos creyeron que conducía aquella bestia extraña para asesinarlos, y por eso le dieron muerte. El estudiante fue testigo, mientras iba palideciendo cada vez más. Cuando un espadachín se acercó al hombre avejentado y le presentó la cabeza cortada del señor Davis, cuyas gafas colgaban grotescamente de una oreja, el estudiante de secundaria se desmayó.

## 2

Amaneció el 5 de junio de 1935. Cyrus Harding desayunaba a la pálida luz gris de la mañana.

Momentos antes se había sentido muy mareado y enfermo, pero volvía a encontrarse bien. El olor a fritura llenaba la cocina. Su esposa guisaba. Cyrus Harding comía. Vació su plato resoplando glotonamente. Tenía las manos callosas y fatigadas por el trabajo, pero su mueca era de plácida satisfacción. Contempló el calendario colgado en la pared, obsequio navideño de Bryan Feed & Fertilizer Co., de Bryan, Ohio.

—Hoy el alguacil venderá lo de Amos —dijo serenamente—. Supongo que la conseguiré con cuarenta de rebaja.

Su esposa comentó cansadamente:

—Hace un año que te la ofrece.

—Sí —señaló Cyrus Harding, satisfecho de sí mismo—. Y ha rebajado el precio. Pero nadie hará una oferta mejor que la mía durante la subasta. Saben que la quiero y que no soy de buen trato cuando alguien me quita una cosa en mis propias narices. Todos lo saben. La conseguiré mucho más barata que cuando me la ofreció Amos. Quería venderla para pagar los intereses y aguantar otro año.

La conseguiré por la mitad.

Se puso en pie y se limpió la cara, dirigiéndose hacia la puerta.

—El jornalero ya debería trabajar en la trilla —señaló expansivamente—. Echaré una mirada y luego iré a la subasta.

Abrió la puerta de la cocina. Luego se quedó boquiabierto. Desde el umbral el panorama era, normalmente, el de un patio de granja no demasiado limpio, y luego tierras de labor llanas como un piso y sembradas hasta la misma cerca. Se veía una prometedora cosecha de maíz con límite en el horizonte.

Ahora el panorama era muy diferente. Hasta el patio de la granja, todo parecía normal.

Más allá era el delirio. Enormes helechos arborescentes se alzaban a más de treinta metros. Múltiples ramas cubiertas de follaje formaban un techo increíblemente denso sobre una extraña jungla que ningún hombre de la Tierra había contemplado antes. Las selvas de la cuenca del Amazonas eran parques comparadas con aquella espesura.

Constituía una inextricable maraña de vegetación donde el crecimiento era lucha, la lucha era vida y la vida un conflicto letal e implacable.

Ningún hombre habría sido capaz de recorrer tres metros a través de semejante selva.

De ella brotaba una exhalación fétida que era putrefacción y al mismo tiempo vitalidad fértil, exuberante, así como el intenso perfume de flores resplandecientemente vívidas.

Era una selva semejante a las que existieron durante el Carbonífero, descritas por los paleobotánicos, y que dieron lugar a nuestras minas de carbón.

—¡No..., no es posible! —balbuceó débilmente Cyrus Harding—. ¡No..., no es posible!

Su esposa no respondió. No había visto nada. Estaba limpiando con desgana lo que había ensuciado su amo y señor.

Cyrus Harding bajó la escalera de la cocina, tembloroso y con la mirada vidriosa.

Avanzó hacia aquella plaga increíble que cubría sus cosechas. La visión no desapareció al acercarse él. Se detuvo a seis metros, con los ojos desorbitados, incrédulo, empezando a suponer que se había vuelto loco.

En ese momento, algo se movió en la jungla. Un largo cuello serpentino de varios metros de diámetro en la base, que se reducía a sólo veintiséis centímetros detrás de una cabeza del tamaño de un barril. El cuello avanzó seis metros hacia él. Unos ojos fríos le miraron con indiferencia. La boca se abrió. Cyrus Harding gritó.

Su esposa levantó la mirada. Miró por la puerta abierta y vio la jungla. Vio las mandíbulas que se llevaban a su esposo. Vio unos ojos colosales y fríos, semicerrados mientras la fiera engullía, se ahogaba y tragaba... Vio en el cuello monstruoso el bulto que descendía desde la parte relativamente delgada próxima a la cabeza hasta la porción más gruesa que asomaba por entre la jungla. Vio que la cabeza se ocultaba en la espesura desapareciendo inmediatamente.

La viuda de Cyrus Harding se puso muy pálida. Tomó el sombrero y salió por la puerta principal, para dirigirse hacia la casa del vecino más cercano. Mientras caminaba, se decía serenamente:

—Ha ocurrido. Estoy loca. Tendrán que meterme en el manicomio. Pero ya no tendré que aguantarle. ¡No tendré que aguantarle!

Era mediodía del 5 de junio de 1935. La puerta de la celda se abrió y entró un hombre muy serio, de grandes patillas, que vestía un extraño uniforme gris. Tocó suavemente el hombro del preso.

—Soy el doctor Holloway —dijo en tono melifluo—. Espero que no le moleste explicarme lo que ha ocurrido. Estoy seguro que todo podrá solucionarse, cómo no.

El preso protestó:

—Pues..., pues... ¡Caray! —se indignó—. Venía yo de Louisville esta mañana. Tuve un mareo y..., bien..., debí equivocarme el camino, pues de súbito lo que me rodeaba me pareció desconocido.

Luego me gritó un hombre de uniforme gris; un minuto después empezó a disparar y descubrí que me habían arrestado por llevar la bandera norteamericana pintada en el coche. ¡Soy representante de la empresa Golosinas del Tío Sam y Compañía! ¡Caray!

¿Desde cuándo no puede uno izar la bandera de su país...?

—En su país, cuando quiera —observó el doctor, apacible—. Pero sepa que aquí no permitimos que flamee ninguna bandera salvo la nuestra. Usted ha violado nuestras leyes, claro que sí.

—¿Sus leyes? —el prisionero le miró con expresión estúpida—. ¿Qué leyes? ¿En qué lugar de los Estados Unidos es ilegal ostentar la bandera norteamericana?

—En ningún lugar de los Estados Unidos, claro que no —sonrió el doctor—. Ha debido cruzar la frontera sin darse cuenta, seguro. A decir verdad, al principio creímos que estaba loco. Ahora comprendo que se trata de un error.

—¿Frontera..., Estados...? —jadeó el prisionero—. ¿No estoy en los Estados Unidos?

¿No? ¿Dónde demonios estoy?

—A dieciséis kilómetros dentro de los límites de la Confederación —respondió el doctor y rió—. Un extraño error, cómo no. Pero me hago cargo del hecho que no ha querido ofender. Será puesto inmediatamente en libertad. Hay demasiada tensión

entre Washington y Richmond, como para que otro incidente fronterizo dé pie a nuestros agitadores.

—¿Confederación? —se atragantó el prisionero—. ¿No estará..., no se referirá a los Estados sudistas?

—Por supuesto. Los Estados Confederados de Norteamérica. ¿Qué otra cosa, si no?

El detenido tragó saliva.

—¡Me he vuelto loco...! —tartamudeó—. ¡Debo estar loco! ¿Y lo de Gettysburg...? ¿Y lo de...?

—¿Gettysburg? ¡Ah, sí! —asintió el doctor con indulgencia—. Estamos muy orgullosos de nuestra historia, cómo no. Se refiere a la guerra de Secesión, cuando el destino de la Confederación se jugó en cuestión de diez minutos. A menudo me he preguntado cuál habría sido la continuación si hubiera sido rechazado el ataque de Pickett. Fue la carga ésa lo que nos salvó, cómo no. Dos días después, Inglaterra reconoció a la Confederación, Francia lo hizo una semana después y tuvimos crédito ilimitado en el extranjero. ¡Pero aquél sí fue un momento difícil, cómo no!

El prisionero ahogó una exclamación y miró por la ventana. Frente a la cárcel se alzaba lo que, indiscutiblemente, era el palacio de Justicia, coronado por un mástil. ¡Y allí, orgullosa, ondeaba sobre el edificio gubernamental la bandera de la Confederación!

Era la noche del 5 de junio de 1935. El administrador de Correos de North Centerville, Massachusetts, salió de su covacha para escuchar el relato. La panzuda estufa de la tienda despedía un calorcillo reconfortante, aunque innecesario. El narrador reía entre dientes.

—Sí. Rodearon el cabo, treinta o cuarenta en un bote de dieciocho metros con una extraña vela cuadrada. En la borda llevaban cosas redondas como..., como escudos.

¡Remaban como demonios!

Se detuvieron al ver el pueblo, y parecieron sorprendidos. Luego nos llamaron hablando en un idioma desconocido. Ole Peterson estuvo a punto de dejar caer el sedal con pescado y todo. Luego intentó responder. Les costó mucho trabajo entenderle.

Entonces dieron media vuelta y se alejaron remando. Serían comediantes o algo por el estilo, haciendo una broma. Fue una cosa rara. Quizás algunos señoritos, divirtiéndose por la costa. ¡Ja, ja! Ole dice que hablaban en un divertido y antiguo dialecto noruego. Le dijeron que venían de Leifsholm o algo por el estilo, un poco más al norte. No lograban entender cómo nuestro pueblo estaba aquí. ¡Nunca lo habían visto! ¿Qué les parece? Ole dice que eran vikingos, que llamaron Winland a este lugar y que..., ¿qué ha sido eso?

Un estrépito repentino turbó el silencio de la noche. Gritos, chillidos, un seco

disparo de escopeta.

La tertulia de la tienda salió al porche. Brotaban llamas de varios edificios de la zona portuaria. A la luz de las mismas podía verse una docena de naves como dragones, que avanzaban rápidamente hacia la orilla, propulsadas a remo. De las que ya estaban varadas en la playa iban saliendo negras figuras. El resplandor del fuego se reflejaba en las espadas, en los escudos. Una mujer chilló cuando un hombre gigantesco de rubia cabellera echó mano de ella. Su casco y su escudo de bronce brillaron.

Reía. Luego, un individuo en traje de faena se abalanzó sobre el gigante rubio, esgrimiendo un hacha.

El gigante le asestó un tajo con su espada ya chorreante, y rugió. Sus secuaces corrieron hacia él y se dedicaron a saquear y quemar. Más figuras armadas saltaban a la arena desde otra nave varada.

Otra casa se abrió hacia el cielo en un llamarada.

### 3

A las diez y media de la mañana del 5 de junio, el profesor Minott se acercó al grupo de estudiantes con un revólver en cada mano. Había perdido su aspecto de profesor cuya amenaza más peligrosa podía ser, a lo sumo, un insuficiente en matemáticas. Ahora esgrimía armas, en lugar de tiza o lápiz, y sus ojos brillaban, aunque conservaba su fría sonrisa. Las cuatro muchachas se quedaron boquiabiertas de admiración. Los jóvenes, acostumbrados a verle siempre en un aula, comprendieron que no sólo era capaz de utilizar las armas que llevaba, sino que estaba dispuesto a hacerlo. De súbito, le respetaron lo mismo que respetarían a un salteador, un secuestrador famoso o un jefe de bandoleros, por ejemplo. Se había alzado por encima de su nivel de simple profesor de matemáticas. Se convirtió instantáneamente en un jefe y, gracias a sus armas, incluso en un caudillo.

—Como verán, había previsto la situación en que nos encontramos —dijo serenamente el profesor Minott—. Hasta cierto punto, estoy preparado para hacerle frente. No sólo nosotros, sino toda la raza humana puede desaparecer de un momento a otro. Pero también tenemos una posibilidad de supervivencia. Me propongo aprovechar al máximo esa posibilidad...

Contempló con serenidad a los estudiantes, que le habían seguido para investigar la extraordinaria aparición de un bosque de secoyas al norte de Fredericksburg.

—Sé lo que ha sucedido —prosiguió el profesor Minott—, y también lo que probablemente ocurrirá. Y sé lo que pienso hacer. Quien esté dispuesto a seguirme,

que lo diga. Quien tenga objeciones..., bien..., ¡tendré que pegarle un tiro, pues no estoy dispuesto a tolerar ningún motín!

—Pero..., profesor —dijo Blake con nerviosismo—, tendríamos que acompañar a las muchachas a sus casas...

—Jamás regresarán a sus casas —objetó el profesor Minott, sin inmutarse—. Ninguno de nosotros. Cuando hayan comprendido que estoy dispuesto a utilizar estas armas, les explicaré lo ocurrido y lo que significa. Estoy preparado desde hace semanas.

Grandes árboles se alzaban alrededor del grupo, árboles gigantescos, árboles magníficos.

Alcanzaban los ochenta metros de altura, y su venerable aire de serenidad venía a dar la prueba más palpable de su realidad, pese a ser lo más improbable que podía ocurrir en Fredericksburg, Virginia.

El pequeño grupo a caballo pasó con espanto bajo los titanes del bosque. Minott los contempló con aprobación: tres hombres y cuatro muchachas jóvenes, exestudiantes del Robinson College. El profesor Minott ya no era un instructor a cargo de un grupo de prácticas, sino un jefe autoritario e implacable.

A las ocho y media de la mañana del 5 de junio de 1935, los habitantes de Fredericksburg habían experimentado un extraño mareo colectivo, pero pasajero. El sol brillaba en todo su esplendor. No parecía haberse producido ningún cambio notable en la rutina diaria. Pero una hora después, la pequeña y soñolienta ciudad bullía de excitación.

El camino a Washington —Ruta Uno en todos los mapas de carreteras— estaba cortado unos cinco kilómetros al norte. Había aparecido mágicamente un bosque colosal y gigantesco, que bloqueaba el camino.

Las comunicaciones telegráficas con Washington estaban interrumpidas. Incluso habían dejado de transmitir las emisoras de la capital. Los árboles del extraordinario bosque eran más altos de lo que conocía cualquier habitante de la ciudad. Recordaban las fotografías de secoyas gigantes de las regiones occidentales..., pero tal cosa era simplemente imposible.

Antes de una hora y media, el profesor Minott había organizado un grupo de exploración entre sus alumnos. Al escoger el grupo parecía guiado por una extraña clarividencia: tres jóvenes y cuatro muchachas. Quisieron tomar el destartado coche de uno de los muchachos, pero el profesor Minott rechazó la idea.

—El camino termina en el bosque —explicó, sonriente—. Me gustaría explorar un bosque mágico. ¿No les parece mejor ir a caballo? Yo los conseguiré.

A los diez minutos estuvieron prontos los caballos. Las muchachas se hicieron con pantalones de montar. Al regresar observaron con aprobación que los caballos llevaban alforjas. El profesor Minott volvió a sonreír.

—Vamos de exploración, ¿no? —comentó con humor—. Es preciso ir prevenidos. Lo más seguro es que debamos quedarnos a comer. Y tomaremos muestras para que las analice el laboratorio de botánica.

Las muchachas montaron encantadas, y los jóvenes satisfechos y excitados. Pero a todos les decepcionó un poco el verse rápidamente adelantados por los coches en los que toda Fredericksburg iba a contemplar el extraño bosque que cortaba el camino.

Había centenares de coches en el lugar donde la carretera cesaba bruscamente. La multitud contemplaba el bosque. Árboles gigantescos con sus raíces bien hundidas en la tierra, cubiertas de matorral en algunos puntos. Era, ante todo, un panorama de paz..., y de serena firmeza. Entre los mirones se alzaba un rumor de conjeturas, de frases de sorpresa. Lo que veían era imposible. Aquel bosque no podía ser real. Estaban en presencia de algún milagro.

Cuando llegó el grupo de jinetes, media docena de hombres salían del bosque, donde se habían atrevido a penetrar. Regresaban sin dar crédito a su propia experiencia, cargados de hojas y ramas.

Uno de ellos traía ciertas bayas pequeñas, desconocidas en la costa del Atlántico.

Un agente de policía del Estado alzó la mano cuando el grupo del profesor Minott se acercó al lindero del bosque.

—¡Alto! —dijo—. Hemos oído ruidos extraños ahí. No permitiré que entre nadie hasta que sepamos lo que es.

El profesor Minott asintió.

—Tendremos cuidado. Soy el profesor Minott, del Robinson College. Vamos a recoger algunos ejemplares botánicos. Llevo un revólver. No habrá ningún problema.

Espoleó a su caballo. El agente, que no había recibido órdenes claras, se encogió de hombros y dedicó sus esfuerzos a impedir otras penetraciones. Al cabo de pocos minutos, los ocho caballos y sus jinetes se perdieron de vista.

Transcurrieron tres horas. El profesor Minott había conducido a su grupo hacia el nordeste, desviándose luego un poco al sur. No vieron animales peligrosos. Hallaron muchas plantas conocidas. Eran numerosos los conejos y una vez vieron una silueta gris y escurridiza que según Tom Hunter, futuro especialista en zoología, era un lobo. No debían hallarse lobos en las cercanías de Fredericksburg, lo mismo que no había secoyas. El grupo no halló rastros de actividad humana, pese a que Fredericksburg se halla en una zona agrícola intensamente explotada.

En aquellas tres horas, los caballos debieron recorrer entre veinte y veinticuatro kilómetros por entre los árboles. Poco después de divisar un corpulento animal que, sin discusión alguna, era un bisonte —especie extinguida al este de las Rocosas ya en 1820—, el joven Blake se negó a seguir avanzando.

—Aquí pasa algo raro, señor —balbuceó—. No me importa explorar todo lo que



usted quiera, pero las muchachas no deben acompañarnos. Si no regresan pronto, tendremos problemas con el decano.

Fue entonces cuando Minott sacó sus dos revólveres y anunció con toda calma que nadie regresaría; que sabía lo que había ocurrido y lo que se podía esperar. Agregó que lo explicaría cuando hubieran entendido que emplearía los revólveres si se producía un amotinamiento.

—Nos ha convencido, señor —dijo Blake.

Estaba algo pálido, pero no había retrocedido. Al contrario, se había interpuesto entre Maida Haynes y el cañón del revólver.

—Nos gustaría saber cómo todos estos árboles y plantas, que deberían estar a cinco mil kilómetros de aquí, han podido crecer inesperadamente en Virginia. Sobre todo, teniendo en cuenta que la topografía del subsuelo es la misma de antes. Las colinas tienen el mismo perfil que solían, pero todo lo que crecía sobre ellas ha desaparecido y otras cosas ocupan su lugar.

Minott asintió.

—¡Magnífico, Blake! —le felicitó—. ¡Una excelente observación! Lo elegí porque usted sabe mucha geología, a pesar que había..., ¡hum!..., razones que lo desaconsejaban.

Sigamos hasta la próxima loma. Si no me equivoco, aparecerá ante nuestros ojos el Potomac. Entonces contestaré a todas las preguntas que quieran formular. Sospecho que hoy aún tendremos que cabalgar bastante.

Los ocho caballos escalaron la pendiente de mala gana, metiéndose entre matorrales.

Era extraño que en tres horas no hubieran visto ni rastros de un camino que condujera a parte alguna. En la cumbre de la colina vieron uno. Era un sendero estrecho. Sin decir palabra, los ocho jinetes lo enfilaron con sus cabalgaduras. Zigzagueaba unos quinientos metros y desaparecía de súbito. El Potomac surgió ante ellos, al pie de la elevación.

Entonces, siete de los ocho jinetes lanzaron una exclamación. A las orillas del río había un poblado. Barcas en un muelle; otras más allá, luchando contra la corriente río arriba y otras tres subiendo poco a poco desde la dirección de la Bahía Chesapeake. Pero ni el poblado ni las embarcaciones correspondían al río Potomac.

El caserío era pequeño y con murallas de adobes. Pequeñas figuras vestidas de azul se atareaban en los campos. Los edificios, las líneas de los tejados y, sobre todo, la silueta inequívoca de una especie de templo en medio del poblado fortificado indicaban que eran chinos. Las embarcaciones que habían visto eran juncos, aunque con velamen de tela y no de tablillas de bambú. Los campos estaban cultivados de un modo desacostumbrado. Cerca del río, donde las conocidas marismas del Potomac, se extendían arrozales intensamente trabajados.

En aquel momento se acercaba un personaje de sombrero ancho, chaqueta rellena de algodón, pantalones de algodón y zuecos. Era la personificación del campesino

chino, sobre todo cuando mostró su rostro de ojos oblicuos. Espantado, huyó dando voces y abandonando un yugo de madera enormemente pesado, de donde colgaban dos sacos llenos de bayas que había recogido en el bosque.

Los jinetes miraron con atención. Allí estaba el Potomac. Pero un pueblo chino se alzaba a su orilla, y juncos chinos surcaban sus aguas.

—Su..., supongo... —dijo Maida Haynes, temblorosa—, supongo que me he vuelto loca, ¿no es cierto?

El profesor Minott se encogió de hombros. Parecía defraudado y al mismo tiempo muy decidido.

—No —respondió, lacónico—. No está loca. Sucede que los chinos fueron los primeros en colonizar América. Sabemos que juncos chinos arribaron a la costa americana, la del Pacífico, naturalmente, mucho antes que Colón. Es evidente que la colonizaron. Tal vez llegaron por tierra a la costa del Atlántico, o quizá por Panamá. De todos modos, ahora es un continente chino. No es esto lo que buscamos. Seguiremos cabalgando.

El fugitivo había dado la alarma al poblado. Un inmenso gong comenzó a sonar frenéticamente.

Los labradores abandonaron los campos para refugiarse tras las murallas. Dispararon algunos petardos, acompañados de un coro de gritos que helaban la sangre.

—¡Larguémonos! —ordenó bruscamente Minott—. ¡Será mejor que nos pongamos en marcha!

Dio vuelta a su caballo y partió al trote largo. Por instinto y dado que al parecer sólo él sabía lo que se podía hacer, los demás le siguieron.

Súbitamente los caballos dieron un traspiés. Los jinetes sintieron un extraño vértigo acompañado de náuseas. Sólo duró un segundo, pero ello bastó para hacer palidecer a Minott.

—Ahora veremos qué ha ocurrido —dijo con serenidad—. Las probabilidades siguen siendo favorables, pero prefiero que todo siga igual hasta que hayamos probado en otros lugares.

## 4

El mismo vértigo de náusea afectó a la multitud que contemplaba la carretera cortada al norte de Fredericksburg. Fue como una momentánea enfermedad sobrenatural, que incluso les empañó la visión. Luego volvieron a ver con claridad. Y un instante después gritaban llenos de pánico y ponían en marcha sus coches a toda prisa,

mientras algunos huían a pie.

El bosque de secoyas había desaparecido. En su lugar había un espantoso yermo de deslumbrante color blanco, tocones hundidos bajo la nieve, extensiones onduladas cubiertas de una capa polvorienta y resplandeciente.

En pocos minutos, una densa niebla veló el paisaje cuando el cálido aire de la mañana de junio en Virginia fue enfriado por aquella capa helada. Al mismo tiempo, la espesa nieve empezaba a derretirse. Los coches se precipitaban por la carretera, huyendo del cinturón de niebla. Los arroyuelos se llenaron repentinamente de agua, bajaron con más fuerza y crecieron.

Los ocho jinetes estaban muy pálidos. Incluso Minott parecía alterado, aunque sin ceder en nada de su energía cuando sujetó las riendas.

—Supongo que esto resuelve cualquier duda —dijo con gran calma—. Usted es el geólogo del grupo, Blake. ¿No le resulta conocida esta orilla?

Blake asintió. Estaba lívido. Apuntó hacia el río.

—Sí, y también la catarata. Éste es el emplazamiento de Fredericksburg, señor, donde estábamos esta mañana. Allí estaba..., o estará el puente principal. La carretera principal a Richmond debía estar... —se humedeció los labios—, debía estar hacia donde se encuentra ese enorme roble, y el Hotel Princesa Ana en la ladera de esa colina. Señor, yo..., yo diría que de algún modo hemos retrocedido a través del tiempo o avanzado hacia el futuro. Parece cosa de locos, pero he estado pensándolo y...

Minott asintió fríamente.

—¡Muy bien! No queda duda que aquí estaba Fredericksburg. Pero no hemos avanzado ni retrocedido a través del tiempo. Espero que haya observado el lugar por donde salimos del bosque.

Allí parece haber una especie de falla que tal vez nos convenga recordar.

Hizo una pausa.

—No estamos en el tiempo pasado ni en el futuro, Blake. Hemos viajado al margen del mismo, como si saltáramos de una senda de tiempo a otra. Sucede que estamos en..., bien, un sector del tiempo en que Fredericksburg no existía. Parecidamente, hace poco nos hallábamos donde los chinos ocuparon el continente norteamericano. Será mejor que comamos.

Se bajó. Las cuatro muchachas se apelotonaron en un grupo aparte. A Lucy Blair le castañeteaban los dientes.

Blake se acercó hasta donde estaban los caballos de las chicas.

—No se asusten —dijo con énfasis—. Estamos juntos, sea donde sea. El profesor Minott explicará la situación dentro de un minuto. Como él sabe de qué se trata, no corremos peligro. Descabalguen, y comamos. Estoy más hambriento que un oso. ¡Vamos, Maida!

Maida Haynes se bajó y consiguió esbozar una temblorosa sonrisa.

—Tengo miedo de..., de él —susurró—. Más que de cualquier otra cosa... ¡Por

favor, quédate conmigo!

Blake frunció el ceño.

Minott habló, tajante:

—En sus alforjas encontrarán bocadillos. También armas de fuego. Será mejor que los hombres vayan armados. Como no hay esperanza de regresar al mundo que conocemos, tendrán que confiar en sus armas.

Blake le miró y luego registró en silencio sus alforjas. Halló dos revólveres y lo que le pareció una provisión anormalmente abundante de cartuchos. Había una masa de papeles, que resultaron ser libros con las tapas de cartón arrancadas. Miró los revólveres con aire de entendido y se los guardó en los bolsillos. Luego devolvió los libros a su lugar.

—Le nombro mi segundo, Blake —dijo Minott con más sequedad que antes—. No lo entenderá ahora, pero ya se hará cargo. No me equivoqué al elegirle, pese a las reservas que usted me inspiraba. Siéntense y les diré lo que sucedió.

Con un gruñido y un bufido, un osezno negro salió de su escondite y huyó hacia donde aquella misma mañana se alzaba una elegante estación de servicio. El grupo tuvo un sobresalto, pero luego se tranquilizó. De repente, las muchachas se pusieron a sonreír estúpidamente, casi histéricas. Minott devoró su bocadillo sin inmutarse y luego dijo en tono conciliador:

—Tendré que hablarles de matemáticas, pero voy a tratar de ser más ameno de lo que solían ser mis clases. Como comprenderán, cuanto ha ocurrido sólo puede explicarse en términos matemáticos y, sobre todo, utilizando ciertas nociones de física matemática.

Aunque sean ustedes universitarios, tendré que hablar con gran sencillez, como si me dirigiese a niños de diez años. Hunter, está usted distraído. Si realmente ha visto algo, por ejemplo un indio, dispárele y huirá. Lo más probable debe ser que no haya oído nunca el estampido de un arma de fuego. Ya no estamos en el continente chino.

Hunter balbuceó una excusa y metió las manos en las alforjas. Mientras su alumno sacaba los revólveres Minott continuó, imperturbable:

—Se ha producido una conmoción natural que aún continúa. Pero en lugar de un terremoto que confunda las capas geológicas, ha habido un cataclismo en donde se confunden espacio y tiempo.

Me remontaré a los principios. El tiempo es una dimensión. El pasado es uno de sus sentidos, el futuro otra, lo mismo que el este es una dirección del espacio que nos es familiar, y el oeste la opuesta. Por lo común nos representamos el tiempo como una línea, o tal vez una especie de túnel.

No cometemos ese error en las dimensiones que contemplamos en la vida cotidiana.

Por ejemplo, sabemos que Annapolis y..., digamos..., Norfolk se hallan al este de nosotros. Pero sabemos que, para llegar a cualquiera de estos lugares, no sólo tendríamos que ir hacia el este sino además hacia el norte o el sur. Cuando se trata de

viajes imaginarios al futuro, nos olvidamos del sentido común.

Pensamos que el futuro es una línea, y no una coordenada; una senda, y no una dirección. Creemos que si viajamos hacia el futuro sólo habrá un destino posible. Y esto es tan absurdo como ignorar la posibilidad de viajar hacia el este siguiendo diferentes rumbos, como si no hubiera nordeste, sudeste y gran cantidad de rumbos intermedios.

El joven Blake intervino con vacilación:

—Lo comprendo, señor, pero no veo cómo se aplica esto a...

—¿A nuestro problema? ¡Claro que se aplica! —sonrió Minott, mostrando los dientes para morder otro bocadillo—. Supongamos que llego a una bifurcación de un camino.

Echo una moneda al aire para decidir qué ruta escogeré. En cualquier caso encontraré ciertos hitos y ciertas aventuras.

Pero los hitos y aventuras nunca serán los mismos. Al escoger entre las dos sendas, no sólo elijo entre dos conjuntos de hitos que podría encontrar, sino entre dos conjuntos de hechos. Elijo un sendero dado, no sólo en la superficie terrestre, sino además en el tiempo. Y así como esos dos senderos de la tierra pueden conducir a dos ciudades distintas, los dos senderos del futuro podrían conducir a dos destinos totalmente distintos.

En uno puedo hallar una ocasión de ganar riquezas. En el otro podría sufrir un accidente vulgar que me convierta en un cadáver despedazado, no sólo en un tramo de carretera del Estado de Virginia, sino también en un tramo de la carretera del tiempo. En resumen, intento demostrar que nos aguarda más de un futuro y, más o menos deliberadamente, escogemos entre ellos. Pero los futuros que no encontramos en los caminos que no tomamos son tan reales como los hitos de esos caminos. Sin llegar a verlos jamás, admitimos desde luego su existencia.

Fue Blake quien volvió a protestar:

—Todo esto es muy interesante, pero aún no comprendo qué relación tiene con nuestra situación actual.

Minott respondió con impaciencia:

—¿No comprende que, si es ésta la configuración del futuro, también debió ser la del pasado?

Hablamos de tres dimensiones, de un presente y de un futuro. Pero existe la necesidad teórica, la necesidad matemática de postular la existencia de más de un futuro. Hay un número indeterminado de futuros posibles, cualquiera de los cuales encontraríamos si tomáramos el «sendero» adecuado del tiempo. Hay muchas direcciones hacia el este.

Hay muchas hacia el futuro. Salga desde cien kilómetros al oeste y camine hacia el este, eligiendo al azar sus senderos sobre la tierra, igual que lo hace en el tiempo. Quizá pase por el lugar donde estamos ahora, o más al norte, o más al sur, pero no por eso dejará de estar al este de su punto de partida. Comience ahora cien años atrás,

en lugar de cien kilómetros al oeste.

Blake tartamudeó:

—Señor, entiendo que..., lo mismo que hay muchos futuros, debieron existir muchos pasados además de los que consigna nuestra historia. Y..., en consecuencia, hay un número indeterminado de lo que podríamos llamar «presentes».

Minott concluyó su bocadillo y asintió.

—Exacto. Y la convulsión que hoy se ha desencadenado en la naturaleza los ha confundido y aún los confunde de vez en cuando. En otra época los nórdicos colonizaron Norteamérica. En la secuencia de los hechos que marcan la senda de nuestros antepasados a través del tiempo, aquella colonia fracasó. Pero en otra senda del tiempo, dicha colonia prosperó y floreció. Los chinos desembarcaron en California. En la senda que nuestros antepasados siguieron a través del tiempo, tal hecho no tuvo consecuencias. Pero esta mañana llegamos a un sector del tiempo en que colonizaron y conquistaron este continente. Aunque, a juzgar por el miedo que manifestó aquel campesino, no han logrado vencer a los indios. En algún lugar sigue existiendo el Imperio Romano y es bastante probable que gobierne Norteamérica, lo mismo que en otra época gobernó Inglaterra. En algún lugar, esto no es imposible, prevalecen aún las condiciones del período glacial y Virginia está enterrada bajo una masa de nieve. Incluso es posible que perdure el carbonífero. O, para acercarnos al presente que conocemos, en algún lugar hay un sendero del tiempo en que el desesperado ataque de Pickett pudo invertir el desenlace de la batalla de Gettysburg; los Estados Confederados de Norteamérica serían una nación independiente que habría fortificado poderosamente sus fronteras y mantendría una actitud beligerante de cara a la Unión.

Sólo Blake se había atrevido a preguntar, mientras los demás escuchaban boquiabiertos.

Maida Haynes dijo entonces:

—Pero ¿dónde estamos ahora, profesor Minott?

—Probablemente nos encontramos en una senda de tiempo en que América no ha sido descubierta por el hombre blanco —respondió Minott, sonriente—. Esta situación no es muy satisfactoria. Buscaremos algo mejor. No estaríamos cómodos en tiendas indias, vestidos con pieles. Por eso nos interesa un ambiente más acogedor. Supongo que disponemos de varias semanas para realizar nuestra búsqueda. A menos, naturalmente, que todo el espacio y el tiempo sean destruidos por la misma causa que provoca esta situación.

Tom Hunter se removió con inquietud.

—Entonces, ¿no hemos viajado hacia atrás ni hacia adelante en el tiempo?

—No —repuso Minott, poniéndose en pie—. La extraña náusea que hemos experimentado parece debida al desplazamiento al margen del tiempo. Es el síntoma

de un salto lateral. Seguiremos cabalgando y veremos qué otros mundos nos aguardan.

Somos un grupo bastante preparado para este tipo de exploración. Les elegí por sus especialidades. Hunter, zoología. Blake, mecánica y geología.

Harris —apuntó con el gesto a un joven bastante esmirriado, que se ruborizó cuando los demás se volvieron a mirarle—, por lo que dicen, es un químico muy competente. La señorita Ketterling es una gran botánica. La señorita Blair...

Maida Haynes se incorporó despacio.

—Profesor Minott, usted nos ha metido en este asunto. Di..., dijo que nunca regresaríamos. Pero lo preparó todo deliberadamente. ¿Cuál..., cuál fue su intención? ¿Por qué ha contado con nosotros?

Minott subió a caballo. Sonrió, aunque había amargura en su sonrisa.

—En el mundo que conocíamos, yo era profesor de matemáticas en una universidad pequeña y no muy famosa —respondió—. No tenía la menor posibilidad de ser algo más que eso. En este mundo soy, por lo menos, el jefe de un grupo de jóvenes bastante inteligentes. En nuestras alforjas hay armas, municiones y, lo que es más importante, libros de consulta para nuestras actividades futuras. Buscaremos y hallaremos un mundo donde nuestros conocimientos técnicos sean muy necesarios. Viviremos allí, a menos que todo el tiempo y el espacio hagan colapso, y emplearemos nuestros conocimientos.

Maida Haynes dijo:

—Y, ¿para qué, repito?

—¡Para conquistarlo! —respondió Minott con repentino ímpetu—. ¡Para hacernos los amos! ¡Los ocho gobernaremos un mundo como nunca se ha hecho desde el principio de los tiempos! ¡Les prometo que cuando encontremos el ambiente que busco tendrán riquezas a millones, miles de esclavos, todos los lujos imaginables y tanto poder como un ser humano pueda desear!

Blake preguntó con serenidad:

—¿Y usted, señor? ¿Qué tendrá usted?

—Más poder que nadie —respondió Minott, tranquilizándose—. ¡Seré emperador del mundo! Y además —su tono adquirió un acento indescriptible mientras miraba a Maida—, además poseeré otra cosa que deseo.

Dicho esto les volvió la espalda y se ocupó de buscar el camino. Maida Haynes, mortalmente pálida, caminaba al lado de Blake. Su mano sujetó con angustia el brazo del joven.

—Jerry —susurró—. Estoy asustada...

Blake respondió con firmeza:

—¡No te preocupes! ¡Antes lo mato!

## 5

El «*ferry*» de Berkeley avanzaba valientemente por entre la niebla. Su sirena aullaba de un modo lastimero a intervalos reglamentarios.

En el puente, el patrón susurraba en voz baja:

—Te aseguro que acabo de tener la sensación más extraña de mi vida. Tuve vértigo, como si estuviera mareado y borracho a la vez.

El piloto comentó, distraído:

—Hace un rato sentí algo parecido. Nos habrá sentado mal algo de lo que comimos...

¡Eh! ¡Esto sí que es extraño!

—¿El qué?

—Hace un rato había mucho tráfico en el puerto, pero ahora no oigo ni una sirena.

¡Escucha!

Ambos hombres prestaron atención, y escucharon el sordo martilleo de las máquinas del barco.

Captaron retazos de conversación de los pasajeros en cubierta, así como la rompiente del agua sobre el tajamar. Nada más. Absolutamente nada.

—¡Extraño! —exclamó el patrón.

—¡Condenadamente extraño! —aseguró el piloto. El «*ferry*» siguió avanzando. La niebla reducía la visibilidad a un radio de unos sesenta metros.

—¡Es lo más raro que he visto en mi vida! —dijo el patrón, preocupado. Tiró del cordón de la sirena y comentó—: Estamos cerca de nuestro embarcadero. Me gustaría...

Entre silbidos y retumbos, se abrió paso entre la niebla un remolcador. Sus tripulantes contemplaron con sorpresa el inmenso casco del «*ferry*». El remolcador navegó en círculo alrededor del panzudo transbordador; alguien salió a la cubierta del primero y lanzó un grito ininteligible, aunque se entendía que era una orden. Hizo un gesto indicando su propia bandera, y volvió a berrear con rabia.

—¿Qué diablos le pasa a ese muchacho? —inquirió el piloto.

De súbito se alzó una brisa fresca. La niebla comenzó a disiparse, y el débil resplandor del sol se hizo más intenso. Sus escuálidos rayos luchaban por abrirse paso a través del banco de niebla. El hombre que chillaba a bordo del remolcador enrojeció de ira al comprobar que no eran acatadas sus órdenes.

Luego, de súbito, los últimos jirones de niebla se disiparon. San Francisco



quedaba a la vista.

Pero..., ¿San Francisco? ¡Aquello no era San Francisco! Lo que se veía era una ciudad de madera, pequeña, mugrienta, de calles estrechas con mecheros a gas y cuatro monstruosos barracones junto a los muelles. Allí estaba la elevación de Nob Hill, pero no las casas ni...

—¡Maldita sea! —vociferó el piloto del «ferry».

Miraba una masa colosal de mampostería, cuadrada e inmensa, que culminaba en una gigantesca cúpula bizantina. Una bandera extranjera desconocida flameaba al viento sobre algunos de los edificios. Había escasos peatones en las calles, así como dos o tres automóviles, pero éstos eran primitivos y enormes.

El piloto se fijó en un carruaje tirado por caballos. El tiro era de tres, adiestrados o conducidos de tal modo que los cuellos de los dos laterales se volvían hacia fuera, al estilo de la Rusia zarista.

Cosa bastante lógica, en el fondo. Cuando lograron encontrar un intérprete, piloto y patrón se vieron duramente reprendidos por entrar al puerto de Novo Skevsky sin prestar la debida atención a las ordenanzas promulgadas por el zar Alexis de todas las Rusias.

Supieron que dichas normas eran cumplidas con especial rigor en todo el territorio ruso de América, desde Alaska hasta el sur.

El chiquillo regresó corriendo a la aldea.

—¡Eh, abuelito! ¡Eh, abuelito! ¡Mira los pájaros! —señaló mientras corría.

Un mirón ocioso se quedó transfigurado. Una mujer hizo alto hecha una estatua. El lago Superior azuleaba hacia el oeste y los aldeanos solían volver la mirada hacia aquella dirección. Pero ahora, mientras el chiquillo corría proclamando a gritos lo que había visto, los hombres fijaban la mirada, las mujeres se maravillaban y los niños corrían, gritaban y chillaban con la excitación instintiva de la infancia ante cualquier cosa que asombra a los adultos.

Los pájaros volaban sobre los extensos pinares. Se acercaban formando grandes masas oscuras.

Ni por docenas, ni a cientos, ni siquiera a miles. Se acercaban a millones, en inmensas bandadas que nublaban el cielo. La primera vez que el chiquillo gritó, había dos enormes formaciones a la vista.

Fueron seis antes que consiguiera llegar a su casa para reclamar, jadeante, la atención de sus progenitores. Y llegaban más, en profusión increíble, cruzando directamente sobre la aldea.

Anocheció de súbito cuando la primera bandada pasó por el cenit. El zumbido de las alas era ensordecedor. Por eso la gente levantó la voz para preguntarse qué clase de pájaros podían ser aquéllos. Hubo luz de nuevo, y otra vez la oscuridad, alternando a medida que pasaban las bandadas.

La dimensión de las formaciones no podía expresarse en metros ni en hectómetros, sino en kilómetros. Tres, cinco kilómetros de pájaros, volando sin cesar en una única masa enorme de siete kilómetros de frente; luego otra semejante, otra y otra.

—¿Qué son, abuelito? ¡Debe haber millones!

En algún lugar resonó una escopeta. Algunos de los pequeños seres cayeron del cielo; otro disparo de escopeta y otro más. Una andanada partió de la aldea hacia la masa de alas zumbantes. Y los animalitos heridos cayeron entre las casas.

El abuelo recogió uno, acariciando su manchado plumaje. Lanzó una interjección y exclamó:

—¡Es una paloma salvaje! ¡Lo que solían llamar palomas peregrinas! En el 78 había miles de millones de estos pájaros. ¡Los viejos dicen que ese mismo año mataron muchos millones en Michigan! Pero ahora ya no existen. Se extinguieron como el bisonte. No dejaron ni uno.

El cielo estaba nublado de pájaros. Una bandada de siete kilómetros de frente y cinco de longitud obligó a encender las luces de la aldea. En el aire resonaba el batir de alas.

Las palomas silvestres habían regresado a un continente de donde faltaban desde hacía casi cincuenta años.

Las espesas y oscuras masas de palomas silvestres eran como las avistadas en Audubon en 1813, cuando se calculó que las palomas que cruzaban Kentucky ascendían a cientos de miles de millones.

Volaban en bandadas innumerables hacia el oeste. El sol quedó eclipsado y, durante varias horas de oscuridad, el rumor de las alas siguió oyéndose, incesante.

## 6

Una gran hoguera acariciaba las rocas cercanas. Los caballos pacían inquietos. El olor del asado era indiscutiblemente apetitoso, pero una de las muchachas sollozaba ruidosamente sobre un lecho de hojarasca. Harris era el encargado de cocinar. Tom Hunter recogía madera. Blake montaba guardia un poco más allá del círculo de claridad, con los revólveres preparados, escrutando la oscuridad. El profesor Minott estudiaba un mapa topográfico de Virginia mientras Maida Haynes intentaba consolar a la muchacha que lloraba.

—La cena está lista —dijo Harris, consiguiendo que incluso este anuncio sonase algo tímido, como si pidiera disculpas.

Minott plegó el mapa. Tom Hunter dividió en grandes trozos la carne humeante

del muslo de venado, los colocó sobre trozos de corteza y comenzó a repartirlos. Minott alargó la mano y tomó uno. Comía con evidente apetito. Parecía haber abandonado su preocupación tan pronto como dejó el mapa. Mostraba las cualidades de un jefe capaz.

—Después de comer, Hunter relevará a Blake —ordenó—. Seguiremos turnando la guardia toda la noche. A propósito, muchachos: no olviden el dar cuerda a los relojes. A la larga, tendremos que sincronizarlos.

Hunter comió con prontitud y se acercó al puesto de Blake. Conversaron en voz baja.

Blake se acercó a la fogata. Tomó la ración que le ofreció Harris y se puso a comer. Miró a la muchacha llorosa.

—Está asustada —comentó Minott—. La piel de su brazo apenas ha sido arañada.

Pero, para una universitaria del Robinson College, resulta enervante ser herida por una flecha de punta de piedra.

Blake asintió.

—Oí algunos ruidos en la oscuridad —comentó—. No estoy seguro, pero me pareció que me espiaban. Creí distinguir una voz humana.

—Es posible que nos vigilen —admitió Minott—. Pero estamos fuera de la senda de tiempo en que aquellos indios intentaron tendernos una emboscada. Si nos hubieran seguido, estarían demasiado espantados como para resultar muy peligrosos.

—Eso espero —dijo Blake.

Su actitud no era cordial, pero carecía de pretexto para suscitar una discusión. El profesor Minott había metido a sus alumnos en un apuro que no parecía tener salida. Lo había planeado todo a conciencia, y eso le convertía en el jefe indiscutible del grupo.

Blake no intentó minar su autoridad.

Pero a pesar de su juventud, Blake también poseía ciertas cualidades de jefe. La más prometedora era quizá que no pretendía saber tanto como Minott y no buscaba el adelantarse a los acontecimientos.

Escuchó con atención y luego dijo:

—Creo, profesor, que hemos comprendido su lección de esta mañana. ¿Cuánto podrá durar este desorden del espacio y el tiempo? Salimos de Fredericksburg y fuimos hasta el Potomac. Era territorio chino. Volvimos a Fredericksburg y no estaba allí. En su lugar encontramos indios que nos lanzaron flechas e hirieron a Bertha Ketterling en el brazo.

Pero ahora estamos prácticamente fuera de su alcance.

—Estaban asustados —observó Minott—. Nunca habían visto caballos. Puede que nuestras pieles blancas les sorprendieran también, para no hablar de nuestras armas.

Cuando maté a uno de ellos cundió el pánico.

—Pero..., ¿qué ocurriría con Fredericksburg? Salimos de allí. ¿Por qué no

podemos regresar?

—El proceso de desorden ha continuado —respondió Minott, disgustado—. ¿Recuerda lo del extraño vértigo? Hoy lo hemos sufrido varias veces y, en mi opinión, cada vez corresponde a una conmoción de la Tierra. ¡Hum! Preste atención.

Se incorporó para tomar de nuevo el mapa. Lo desplegó y señaló una línea gruesa hecha a lápiz.

—Aquí tiene un mapa de Virginia en nuestra época. El continente chino aparecía cinco kilómetros al norte de Fredericksburg. Calculo que la línea de demarcación corresponde al emplazamiento de los secoyas gigantes. Mientras nos hallábamos en el tiempo chino sentimos el vértigo y regresamos a Fredericksburg. Salimos del bosque por el mismo punto que antes. Me cercioré de ello. Pero el continente de nuestra época ya no estaba allí. Cabalgamos hacia el este y, aunque usted tal vez no haya reparado en ello, antes de llegar al límite del distrito se produjo otro cambio repentino en la vegetación: de pinos, a robles y abetos, que no son característicos de esta región del mundo en nuestra propia época. No vimos asomo de civilización. Hacia el sur llegamos a esa niebla espesa y, más allá, la nieve. Evidentemente, hay una senda de tiempo en que Virginia aún está sometida al clima glaciario.

Blake asintió después de haber escuchado con atención y dijo:

—Con esto define tres lados de una..., una isla de tiempo.

—En efecto —afirmó Minott—. ¡Exactamente! En el proceso de desorden, en esta conmoción, al parecer se han producido «fallas» naturales en la superficie de la Tierra.

Territorios relativamente extensos parecen avanzar y retroceder en bloque de una senda de tiempo a otra. Podrían compararse con los ascensores de una casa de muchos pisos.

Cuando estábamos en el «ascensor» de Fredericksburg, en nuestra propia senda cronológica, nos vimos desplazados a otro tiempo. Fuimos hasta el continente chino.

Mientras estábamos allí, nuestra sección de origen pasó a otro tiempo totalmente distinto.

Cuando deshicimos lo andado..., hallamos la ciudad de Fredericksburg en otra senda de tiempo diferente.

—¡Atención! —exclamó Blake de súbito.

Un rumor sordo se oía a lo lejos, hacia el norte. Duró sólo un instante y cesó. Los matorrales cercanos fueron pisoteados y un animal monstruoso se acercó desconfiadamente hasta el círculo de la hoguera. Era un alce, pero ¡qué alce! Se trataba de un ejemplar gigantesco, colosal. Una de las muchachas gritó espantada, y el animal volvió a desaparecer entre los matorrales.

—No hay alces en Virginia —observó Minott, lacónico.

Blake repitió:

—¡Atención otra vez!

Otra vez se oyó aquel rumor sordo hacia el norte. El volumen sonoro aumentó. Era el motor de un avión. El rumor se convirtió en un gruñido y éste en un rugido. Luego apareció el avión en lo alto y vieron brillar las luces de posición en sus alas. Viró inclinándose mucho y se volvió por donde había venido. Al verlo, los espectadores sintieron una extraña impresión de impotencia. El aparato picó bruscamente.

—Un aviador de nuestro tiempo —comentó Blake mirando hacia el lugar por donde había desaparecido—. Habrá visto nuestra fogata. Intentará un aterrizaje de emergencia en la oscuridad.

El ruido del motor cesó. Durante un rato, sólo se oyó el chisporroteo del fuego y el ulular del viento sobre las heladas planicies en la noche. Luego, una terrible agitación del follaje, una explosión.

Un resplandor, un estruendo y las llamas amarillentas de la gasolina incendiada elevándose hacia el cielo.

—¡No se muevan! —gritó Blake, poniéndose instantáneamente de pie—. ¡Harris!

¡Profesor Minott! ¡Que alguien se quede con las chicas! ¡Voy a buscar a Hunter y trataremos de ayudar!

Desapareció en la oscuridad, llamando a Hunter. Los dos se abrieron paso por entre los matorrales, Minott frunció el ceño y sacó los revólveres. Malhumorado, se alejó de la luz del fuego y asumió la guardia que Hunter había abandonado.

Un depósito de gasolina estalló en la oscuridad. El resplandor del fuego se hizo intolerablemente intenso. Los pasos de los dos jóvenes que corrían entre la maleza se alejaron y finalmente dejaron de oírse.

Transcurrió largo rato; luego, muy lejos, volvió a oírse el ruido de pasos entre los matorrales. El resplandor del incendio fue apagándose. Los expedicionarios regresaban lentamente, como si transportaran algo muy pesado, y se detuvieron más allá del resplandor de la fogata. Después, Blake y Hunter se reunieron con los demás.

—Esta muerto —dijo Blake—. Menos mal que fue lanzado lejos por el choque, antes que se incendiaran los depósitos de gasolina. Recobró los sentidos un par de minutos antes de morir... Nuestra fogata era la única señal de vida que había visto desde hace horas. Le hemos traído aquí. Mañana lo enterraremos.

Se hizo el silencio. El rostro ceñudo de Minott tenía una expresión salvaje mientras regresaba hacia la fogata.

—¿Pudo decir algo? —preguntó Maida Haynes.

—Salió de Washington a las cinco de la tarde —respondió Blake concisamente—. Según nuestro tiempo, digamos. Toda Virginia al otro lado del Potomac se desvaneció a las cuatro y media y ocupó su lugar una selva virgen. Salió a explorar, y cuando regresó al cabo de una hora, Washington había desaparecido. En su lugar había un banco de niebla y debajo nieve. Siguió el curso del Potomac y vio casas, empalizadas y, en las orillas, embarcaciones largas de remos.

—¡Los vikingos! —exclamó Minott, satisfecho.

—No aterrizó, sino que siguió volando río abajo buscando la ciudad de

Baltimore.

¡Había desaparecido! En un momento dado creyó ver una ciudad, pero entonces se sintió enfermo y, cuando se recobró, aquélla había desaparecido. Puso dirección al norte, y estaba quedándose sin gasolina cuando vio nuestra fogata. Intentó un aterrizaje de emergencia, pero como no llevaba bengalas se estrelló..., y murió.

—¡Pobre hombre! —exclamó Maida, conmovida.

—La cuestión —prosiguió Blake— es que Washington estaba en nuestro tiempo presente a eso de las cuatro y media de hoy. ¡Tenemos una posibilidad de regresar, aunque remota! Es preciso llegar hasta el límite de uno de esos territorios que oscilan a través del tiempo, al borde de lo que el profesor Minott llama una «falla de tiempo», y vigilarla. Cuando se produzca el cambio, la exploraremos con la mayor rapidez posible.

¡Tal vez no haya muchas probabilidades de regresar exactamente a nuestra propia época, pero estaremos más cerca que ahora! El profesor Minott dice que en algún lugar existe la Confederación. Pero aun así, estaremos mejor entre gentes de nuestra raza y que hablan nuestro idioma, antes que permanecer varados para siempre entre indios, chinos o escandinavos.

Minott dijo, cortante:

—¡Será mejor que decidamos este asunto ahora mismo, Blake! ¡Yo soy el que da las órdenes aquí! Usted tomó la iniciativa cuando se estrelló el avión, y quiso darnos órdenes a Harris y a mí. Lo he tolerado por esa vez, pero aquí sólo puede haber un jefe. ¡Ese jefe soy yo! Que no se le olvide.

Blake se volvió. Minott le apuntaba con su revólver.

—Usted pretende regresar a nuestro tiempo —prosiguió Minott con ferocidad—. ¡No lo permitiré! Todo indica que moriremos. Pero si vivo, pienso aprovechar mi oportunidad, y no entra en mis proyectos el regresar para dedicarme a dar clases de matemáticas en el Robinson College.

—¿Y bien? —preguntó Blake fríamente—. ¿Qué más, señor?

—¡Sólo esto! Usted va a entregarme sus armas. De ahora en adelante seré yo quien haga los planes y dé las órdenes. Buscaremos la senda de tiempo en que prospera en Norteamérica una civilización vikinga. Será fácil, pues estas perturbaciones deben durar algunas semanas todavía. ¡Cuando la encontremos, nos estableceremos entre los escandinavos! ¡Tan pronto como vuelvan a estabilizarse el espacio y el tiempo comenzaré la creación de mi imperio! ¡Y usted me obedecerá, o seguirá solo mientras los demás avanzamos hacia mi destino!

Blake dijo con toda serenidad:

—Olvida que, a lo mejor, preferiremos ocuparnos de nuestros propios destinos, en vez de servirle de herramientas para que realice usted el suyo.

Minott le desafió un instante con la mirada, apretando los labios.

—Lástima —dijo fríamente—. Su inteligencia podía serme útil, Blake. Pero no puedo tolerar un motín. Voy a matarle.

Y levantó despiadadamente el revólver.

## 7

La Academia Británica de Ciencias había convocado a una sesión extraordinaria para determinar la causa de ciertas emergencias recientes. Los sabios estaban cansados, soñolientos, pero conscientes aún de su dignidad y de la importancia de su tarea. Un físico venerable, de largas patillas, estaba diciendo con énfasis y solemnidad:

—Por tanto, señores, creo que no hay más que decir. Los extraordinarios acontecimientos de las últimas horas parecen resultar de ciertos fenómenos acontecidos en nuestro propio espacio cerrado.

Los campos gravitatorios de 1079 partículas de materia cerrarán el espacio alrededor de semejante conjunto. Ningún cosmos puede ser mayor ni menor. Y si consideramos la creación de semejante cosmos, veremos que sus galaxias se desvanecen tan pronto como la 1079 partícula suma su propia masa a la de las anteriores. Sin embargo, el hecho que el espacio se haya cerrado alrededor de ese cosmos no implica la aniquilación de éste, sino simplemente su eliminación del espacio originario, quedando aislado de la continuidad espacio-temporal a causa de la curvatura debida al campo gravitatorio. Y admitiendo que exista más de un sector de espacio cerrado, en cierto sentido hemos postulado la hipótesis de un hiperespacio que separe los espacios cerrados; lo cual supone coordenadas hiperespaciales que definan las posiciones hiperespaciales relativas, y que...

Un caballero de patillas aún más largas y blancas que las del orador dijo en voz alta y enérgica:

—¡Disparates! ¡Necedades!

El orador se interrumpió, mirando fijamente a su adversario.

—¡Señor! ¿Acaso insinúa usted que...?

—¡Así es! —respondió el otro—. ¡Tonterías! ¿Afirmará usted que, en su hiperespacio, los espacios cerrados estarían sometidos a hiperleyes? ¿Que se desplazarían en hiperórbitas reguladas por una hipergravedad y que, sin duda, en determinadas ocasiones se producirían mareas hiperterráqueas o hipercolisiones, que decididamente producirían hipercatástrofes?

—¡En efecto! —exclamó el caballero de la tribuna, temblando de indignación—. ¡En efecto, señor mío!

—¡Usted me pone enfermo! —replicó el científico de patillas más largas y blancas.

Como si quisiera demostrarlo, se tambaleó. Pero no fue el único. Toda la

venerable asamblea vaciló por efecto de un vértigo súbito. Así fue como la Academia Británica de Ciencias decidió levantar la sesión sin otro formulismo, presa del pánico. Hubo una desbandada. De súbito, tribuna y hemiciclo desaparecieron. En el lugar ocupado por el orador se abría ahora un claro, y en el claro había una fogata. Alrededor de ella, ciertos personajes grotescos, no muy diferentes de los mismos sabios, rugieron al ver a los venerables que huían. Con los rostros encendidos, esgrimiendo burdas mazas, atacaron a la Academia Británica de Ciencias. Se sabe que atraparon a una persona, un biólogo de opiniones sumamente excéntricas. Se cree que se lo comieron.

Desde hace tiempo se venía afirmando que al menos algunas de las especies extinguidas de la humanidad, por ejemplo el hombre de Piltdown y el de Neanderthal, eran caníbales. Si en algún sendero del tiempo exterminaron a sus rivales más inteligentes..., si en algún lugar el *pithecanthropus erectus* sobrevive y el *homo sapiens* no..., pues bien, en esa senda del tiempo, el canibalismo es un hábito social perfectamente respetable.

## 8

Con una exclamación, Maida Haynes se interpuso ante Blake. Pero Harris fue más rápido. Aquel tímido acababa de cortar un trozo humeante de muslo de venado, y lo lanzó con fuerza. La masa abrasadora desvió la mano de Minott causándole al mismo tiempo una tremenda quemadura.

Blake se incorporó y sacó el arma.

—Si vuelve a apuntarnos con esta pistola —dijo bastante nervioso, aunque con indudable sinceridad—, le meteré un tiro en el brazo.

Minott profirió un insulto. Recogió el arma con la mano izquierda y se la guardó en el bolsillo.

—¡Imbécil! —dijo—. No pensaba disparar. Sólo quería asustarlo. ¡Es usted un idiota, Harris! Luego hablaremos de su actitud, Maida. Vuestro peor castigo sería que les dejase librados a vuestra suerte.

Se apartó de la fogata y desapareció en la oscuridad. Una especie de consternación se apoderó del grupo. El avión incendiado aún ardía a lo lejos. El fuego parecía haberse propagado un poco.

—¡Es un demonio! —exclamó Hunter, intranquilo—. Sabe de esto más que nosotros.

¡Si nos deja, estamos perdidos!

—Así es —reconoció Blake, sombrío—. Y puede que lo estemos de todos modos.



Lucy Blair dijo:

—Yo..., hablaré con él. Solía..., solía ser bueno conmigo en clase. Y debe dolerle mucho la mano. Le han quemado.

Se alejó de la fogata, precedida por su alargada sombra.

Minott exclamó de improviso:

—¡Fuera! ¡Algo se mueve ahí!

Al cabo de un momento disparó; se oyó un grito y el arma volvió a tronar. Hubo un gran revuelo de sombras que huían.

Minott regresó junto a la hoguera con gesto despectivo.

—Mal jefe será usted, Blake —comentó irónicamente—. Ha descuidado la guardia. ¿No era usted el que creía oír voces? Han escapado. Eran indios, naturalmente.

Lucy Blair preguntó con vacilación:

—¿Me permite curarle la mano? Se ha quemado...

—¿Cómo? —preguntó con ira.

—Tenemos grasa —le respondió—. Los indios solían curar las heridas con grasa de oso. Supongo que la de venado también servirá.

Minott permitió que la muchacha le curase la herida, aunque no era grave. Lucy pidió los pañuelos a sus compañeros. Alrededor de la hoguera reinaba la lógica confusión.

Aquello no era una banda de aventureros dispuestos a todo, sino un grupo de estudiantes menores de edad.

Minott fruncía el ceño mientras Lucy Blair le curaba la mano. Harris quería disculparse por haber sido el causante de la herida. Bertha Ketterling sollozaba..., pero quedamente, pues nadie le hacía caso. Blake contemplaba el fuego, meditativo. Maida Haynes procuraba no recordar que, en cierto sentido y aunque nadie lo hubiera mencionado, ella era la manzana de la discordia.

Los caballos pataleaban, inquietos, Bertha Ketterling estornudó. Maida sintió que le escocían los ojos. Ella fue la primera en advertir la extensión del incendio provocado por la gasolina del avión.

Su grito de alarma puso sobre aviso a los demás.

El avión se había estrellado a más de un kilómetro y medio del campamento. El incendio de los depósitos había sido violento, pero breve. Las alas y el fuselaje quedaron destruidos en seguida, y en apariencia el fuego se había reducido a rescoldos. Pero ahora había allí algo más que un rescoldo.

Sin duda, el fuego se había propagado entre los espesos matorrales, hasta alcanzar el resinoso bosque de pinos. Soplaban una brisa leve pero continua. Cuando Maida intentó ver de dónde procedía el humo que le escocía en los ojos, vio arder un árbol alto, observó el frente de llamas devoradoras que reptaban por el suelo y luego dos, tres, una docena de brillantes llamaradas alzándose al cielo.

Los caballos relincharon y se encabitaron.

Minott ordenó:

—¡Harris, acerque los caballos! ¡Hunter, haga que las muchachas monten en seguida!

De intención no dio órdenes a Blake. Estudió detenidamente el mapa. Mientras tanto, el incendio se propagaba cada vez más. Minott se guardó el mapa en el bolsillo. Blake recogió tranquilamente el muslo de venado. Cuando Minott saltó a la silla dominando a su aterrorizada montura, el muchacho ya se hallaba al lado de Maida Haynes, listo para partir.

—Cabalgaremos por parejas —indicó Minott—. Cada hombre cuidará de una muchacha. Yo abriré camino con la linterna. Debemos salir al río Rappahannock, si el fuego no nos toma la delantera.

Coronaron una loma, y entonces se dieron cuenta de la extensión del peligro. En ochocientos metros a la redonda, el fuego lo consumía todo. A la derecha el incendio hacía estragos entre los árboles de un bosque tan espeso que parecía una selva. El resplandor avanzaba rápidamente; parecía que el fuego generaba el propio viento que lo alimentaba, como así era en efecto. A la izquierda de los jinetes devoraba ferozmente los matorrales.

Como si no bastara aquel peligro tan real, se alzó de súbito un viento realmente fuerte.

Empezaron a recibir chispas y brasas encendidas, fragmentos del ramaje a medida que iba consumiéndose. Bertha Ketterling gritó cuando un fragmento de carbón encendido le rozó la mejilla.

El caballo de Harris se encabritó al notar una quemadura. Galoparon frenéticamente por entre los árboles. La linterna de Minott resultaba inútil, debido al rojo resplandor que les perseguía. Al menos, servía para mostrarles el camino.

## 9

Un bicho grande, negro y torpe salió pesadamente a la plaza, entre la estatua de Grady y el edificio de Correos. Las lámparas de arco permitían verlo claramente. No era lo que uno pensaría encontrar por las calles de Atlanta, Georgia, a ninguna hora del día o de la noche. Un taxista lo vio y estuvo a punto de reventar un neumático al dar la vuelta para alejarse. Un policía lo vio también y se puso muy pálido mientras tomaba el teléfono de su coche patrulla para dar parte. Pero aquel día habían pasado demasiadas cosas extrañas como para poner en duda su propia cordura. El «Journal» había publicado tantas novedades alarmantes de otros lugares, que le fue forzoso creer en lo que veía.

El bicho era monstruoso, una especie de reptil repugnante. Medía veinticuatro metros de longitud, de los cuales al menos quince eran cabeza, cuello y rabo, y el resto un cuerpo fofo. Pesaría unas veinticinco o treinta toneladas, pero su cabeza no abultaba mucho más que la de un caballo grande, y aquella minúscula cabeza se mecía estúpidamente. La bestia estaba desconcertada. Dio un paso con su pata colosal, y un chorro de agua salió de la cañería principal reventada bajo el pavimento. El bicho no reparó en ello. Se removió un poco, exhalando un olor húmedo y mohoso.

Las sirenas de los coches patrulleros de la policía y las sirenas de los bomberos hicieron vibrar el aire. Una ambulancia fue azotada por un poderoso coletazo, que la estrelló en una esquina.

El bicho lanzó un grito plañidero, sin hacer caso de los daños que había causado su cola. Parecía un balido multiplicado por mil. Miraba sin cesar a su alrededor, al parecer incomodado por los altos edificios que lo rodeaban. Pero era demasiado estúpido para volver sobre sus pasos en busca de escapatoria.

Alguien gritó a lo lejos, mientras los coches de la policía y los camiones de bomberos llegaban al lugar. Otros dos bichos, más pequeños que el primero, habían seguido a éste.

Eran también de cuerpos monstruosos y cabezas demasiado pequeñas. Una de ellas tropezó neciamente contra un camión-grúa. Ambos rodaron por el suelo y el bicho baló como su predecesor.

Luego algún imbécil se puso a disparar. Otros imbéciles le imitaron. Las balas de acero se hundieron en aquellas moles de carne. Las metralletas de la policía cosieron a los monstruos a tiros.

Eran empuñadas por hombres de gran valor, que no dejaron de observar la total estupidez de los seres procedentes del gran pantano aparecido donde solía estar el Parque Inman.

Las balas dolían, hacían daño. Las tres bestias balaron e hicieron torpes intentos de huir. La mayor quiso escalar un edificio de cinco pisos y lo redujo a escombros.

Antes que muriera el último —mejor dicho, antes que dejara de mover sus miembros principales, pues la cola se agitó convulsivamente largo rato, y el corazón aún latía al día siguiente, cuando fue cargado en un carro de basura—, antes que el último muriera, el caos era total en tres manzanas de edificios comerciales del centro de Atlanta, y habían muerto diecisiete hombres. Sin embargo, no habían intentado luchar; sólo pretendían huir.

La destrucción y las muertes que causaron fueron debidas a su torpeza y estupidez.

## 10

Los caballos que llevaban la delantera tropezaron de improviso, hundiéndose hasta el codillo en algo suave y muy esponjoso. Bertha Ketterling gritó de miedo cuando su cabalgadura cambió el paso.

Blake dijo con prontitud en medio de las tinieblas:

—Parece terreno arado. Profesor Minott, será mejor que encienda la linterna.

El cielo, a sus espaldas, tenía un resplandor rojizo. Aún los perseguía el fuego del bosque, disparando chispas, llamas y una vívida claridad que iluminaba las volutas de su propio humo.

El haz de luz de la linterna acuchilló la tierra. Era tierra de labor. Había sido surcada por manos de hombres. Minott alumbró con la linterna encendida, mientras todos lanzaban exclamaciones de gratitud.

Luego agregó con sarcasmo:

—¿Saben qué han sembrado aquí? ¡Lentejas! ¿Desde cuándo se cultivan lentejas en Virginia? ¡Todo es posible! Ahora veremos qué clase de individuos andan por aquí.

Se volvió para contemplar la línea de surcos.

Tom Hunter dijo, pesaroso:

—Si esto es terreno arado, se trata de un surco muy superficial. Un arado de un solo caballo levantaría más tierra.

Una luz brillaba débilmente a lo lejos. Todos la vieron al mismo tiempo. Como por instinto, también los caballos se volvieron hacia ella.

—Debemos andar con cuidado —observó Blake—. Quizá sean chinos.

La luz estaría como a un kilómetro y medio de distancia. Se acercaron cautelosamente a campo traviesa.

Los cascos del caballo de Lucy Blair tocaron piedra súbitamente. El ruido fue inesperadamente fuerte. Los caballos que seguían al de ella formaron un estrépito ensordecedor. Minott alumbró de nuevo con la linterna. Era piedra labrada, un camino de bloques de piedra, de dos metros o dos y medio de anchura. Entonces uno de los caballos se encabritó y relinchó, huyendo de algo que había en el camino. Minott dirigió la linterna a lo largo del mismo.

—El único pueblo que construyó caminos como éste fue el romano —explicó secamente—. Así construían sus calzadas militares. Pero, que sepamos, ellos no descubrieron América.

La linterna iluminó un bulto oscuro. Una de las muchachas sofocó un grito. Había

muchos cadáveres. Uno de ellos, el de un hombre con escudo, espada y casco como suele representarse a los soldados de la antigua Roma. Le faltaba media cabeza. A su lado yacía un hombre con un extraño uniforme gris. Mostraba una herida de espada.

La linterna buscó más lejos. Más cadáveres; muchos vestidos de romanos. Otros llevaban lo que podría describirse como el uniforme de los soldados del Ejército Confederado..., admitiendo que aún existiese la vieja Confederación sudista.

—Hubo lucha —dijo Blake con calma—. Supongo que los de la Confederación, quiero decir los de esa senda de tiempo, salieron a investigar lo que debió parecerles un acontecimiento condenadamente raro. Y estos romanos, si es que lo son, les atacaron.

Alguien se acercaba en la oscuridad. Minott le dirigió la luz de la linterna. Era un hombre. Pero estaba prácticamente desnudo y cargado de cadenas, había sido golpeado y su cuerpo presentaba grandes heridas de otros castigos. Parecía extenuado. Tenía el gesto delirante de la desesperación absoluta. Lo habían embrutecido mediante la tortura.

Frunció el ceño, deslumbrado por la linterna, demasiado aturdido para sentir miedo.

Cuando Minott habló el desconocido se dejó caer en el barro. Minott habló con energía, procurando recordar su semiolvidado latín. El hombre postrado balbuceó palabras en un latín bárbaro que al pasar por sus labios agrietados, aún resultaban más incomprensibles.

—Es un esclavo —comentó Minott—. Los enemigos, supongo que confederados, llegaron hoy del norte. Hubo un combate y murieron algunos guardias de esta propiedad.

Aunque este esclavo lo niega supongo que se dirigía al norte con intención de desertar.

Bien mirado, creo que no somos los únicos expedicionarios atrapados fuera de su propia senda de tiempo por la catástrofe.

Despidió con rudeza al esclavo y siguió adelante, dirigiéndose hacia la luz lejana.

—¿Qué..., qué se propone? —preguntó Maida débilmente.

—Llegar al poblado y hacer algunas preguntas —replicó Minott—. Si están ahí los confederados, seremos bien recibidos. De lo contrario, procuraremos ganarnos la bienvenida. Quiero acampar en una falla de tiempo y cruzar cuando un cambio temporal nos acerque una colonia escandinava. Para ello necesito noticias exactas sobre los lugares donde hayan sido vistos, si eso es posible.

Maida Haynes se acercó a Blake. El joven la confortó apoyando la mano en su brazo mientras los caballos seguían con dificultad sobre el terreno blando. A sus espaldas, el fuego atacaba de nuevo.

Las coníferas resinosas estallaban a veces como bombas y lanzaban fugitivos

resplandores rojos sobre los jinetes. Pero el resplandor iba haciéndose más consistente e intenso. A su luz vieron las blancas tapias de una casa de campo, con sus corrales y graneros. Era un edificio monstruoso, que más bien parecía un barracón.

Era una granja, una villa romana trasladada al borde de la selva. Blake recordó vagamente una antigua foto de una villa romana en Inglaterra, que había sido restaurada para devolverle el aspecto que tuvo antes que Roma retirase sus legiones de Britannia, abandonando la isla a la barbarie y la ignorancia. La rodeaban varios pajares, entre los cuales pasaron al trote. De pronto, Blake olfateó el aire con repentina desconfianza.

Maida se acercó y le dirigió algunas palabras en voz baja. Lucy Blair contemplaba a Minott, llena de aprensión. Harris seguía a Bertha Ketterling, que montaba como si estuviera molida de andar a caballo. Tom Hunter buscó a Minott como para acogerse a su protección, dejando que Janet Thompson se las arreglara por su cuenta.

—¿En qué piensas, Jerry? —murmuró Maida.

—Esto no me gusta —explicó Blake en voz baja—, aunque no hay más remedio que seguir. Creo que huele a...

De súbito, unas sombras saltaron hacia los caballos: eran salvajes desnudos, sudorosos, escurridizos y casi frenéticos. Algunos agitaban cadenas al saltar. Una voz les gritaba órdenes desde lejos, subrayadas por el espantoso restallar de un látigo.

Dos disparos pusieron fin al combate. Había sido Blake. Un caballo hizo una espantada. Bertha Ketterling chillaba, lastimera. Tom Hunter barbotaba palabras incomprensibles, y Harris profería palabrotas, totalmente olvidado de su habitual timidez.

Minott parecía rodeado por aquellos salvajes apestosos, lo mismo que los demás, pero parlamentaba con sus agresores en tono autoritario. Ellos se apartaron, encogiéndose como por instinto. Súbitamente aparecieron antorchas, y a su luz vieron que eran esclavos. Esclavos sometidos a todo tipo de miseria y degradación, de diferentes mezclas raciales, pero unánimes en su desesperada abyección ante el amo, que se acercaba entre los portadores de antorchas.

Era un hombre bajo y grueso, que vestía una toga de corte algo diferente del clásico.

La luz de las antorchas permitía ver a los cautivos, pero también los rasgos abotargados, sibaríticos e indescritiblemente crueles del propietario de estos esclavos y de la villa. Su actitud y las órdenes que impartía en un latín extrañamente corrompido, dando a entender que se consideraba también propietario de los cautivos.

## 11

El diputado por Aisne-le-Sur decidió que había sido una gran idea pasear al aire fresco.

París de noche es estimulante. Aquel extraño ataque de vértigo sería culpa del exceso de champaña. El aire fresco disipaba los vapores. Pero le sorprendía verse desorientado, puesto que conocía muy bien París.

Las calles presentaban un aspecto extraño. Las casas no eran como las que él conocía. A la luz de los faroles —de un diseño bastante insólito— se notaban ciertos rasgos extraños en su arquitectura.

Meditó la cuestión, tratando de averiguar a qué era debida la particular inclinación que mostraban las casas.

Era para impacientarse. Tarde o temprano tendría que regresar a casa, aunque su mujer... El diputado por Aisne-le-Sur se encogió de hombros. Luego vio luces más adelante. Apuró el paso. Era una mansión magnífica, brillantemente iluminada.

Resonaban muchos cascos. Un escuadrón de caballería formó frente a la casa, de donde salió un joven pálido acompañado de un hombre alto y gordo que se inclinó para besarle la mano al primero, como en un rapto de admiración. Los soldados desmontaron y se situaron en dos filas desde el portal hasta el coche. Dos jóvenes oficiales seguían al joven pálido, cargados de condecoraciones. El diputado por Aisne-le-Sur advirtió que no reconocía los uniformes. Se abrió la puerta del coche. El automóvil era algo raro, aunque el diputado no podía precisar con exactitud por qué.

Hubo taconazos y fueron presentadas las hojas de acero en señal de saludo. El joven pálido soportó que el gordo volviera a besarle la mano y subió al coche. Los dos jóvenes oficiales cargados de medallas le imitaron y el coche se alejó. La formación de escolta rompió filas con gran tintineo de espuelas.

El gordo se quedó en la acera, radiante y frotándose las manos. Los soldados de caballería volvieron a montar y se alejaron rápidamente.

El diputado por Aisne-le-Sur había asistido al espectáculo sin saber qué pensar.

Observó a otro transeúnte detenido, y se sobresaltó al verle vestido a estilo tan extraño y desconocido como el de las casas y el de aquellos personajes a quienes acababa de contemplar.

—Perdone, señor —dijo el diputado por Aisne-le-Sur—. Me he extraviado. ¿Podría decirme...?

—Esta casa es la residencia del señor duque de Montigny —respondió el otro con

sarcasmo—. ¿Es posible que haya en 1935 alguien que no conozca al señor duque? ¿O, sobre todo, a la señora duquesa? ¿A qué se dedica y dónde vive?

El diputado por Aisne-le-Sur parpadeó.

—¿Montigny? ¿Montigny? Pues no —admitió—. ¿Y el joven del coche, cuya mano fue besada por...?

—¿Besada por el señor duque? —El extraño le miró azorado—. ¡Mon dieu! ¿De dónde sale usted, que no conoce a nuestro buen rey Luis Vigésimo? Acaba de rendir visita a la señora, su amante.

—¡Luis Vigésimo! —tartamudeó el diputado por Aisne-le-Sur—. No..., no comprendo.

—¡Burro! —exclamó el impaciente desconocido—. ¡El rey de Francia, que sucedió a su padre cuando era un niño de diez años, que hace diez meses ha alcanzado la mayoría de edad..., y ya está arruinando a Francia!

La telefonista estableció la comunicación con mano temblorosa.

—Su número, por favor... Lo siento, señor, pero no podemos ponerle con Camden...

Las líneas están cortadas... Lo siento mucho, señor —conectó otra línea—. ¡Hola!... Lo siento, señor, pero no podemos ponerle con Jenkinstown. Las líneas están cortadas... Lo siento mucho, señor.

Zumbó otra llamada y se encendió otra luz.

—¡Hola!... Lo siento, señor. No podemos ponerle con Dover. Las líneas están cortadas... —Sus manos se movían automáticamente—. Hola... Lo siento, pero no podemos ponerle con Nueva York. Las líneas están cortadas... No, señor. No podemos pasar la comunicación a través de Atlantic City. Las líneas están cortadas... Le advierto que las compañías telegráficas no garantizan la entrega... No, señor, no podemos pasar su mensaje a través de Pittsburgh...

Tenía la voz temblorosa.

—No, señor. La central de Scranton no contesta... Harrisburg tampoco. Sí, señor... Lo siento, pero no podemos enviar un mensaje a Filadelfia para que sea transmitido desde allí en cualquier dirección... Hemos intentado comunicar por radio, pero no contesta nadie...

Abandonando los conmutadores, se cubrió el rostro con las manos. Luego hizo una llamada:

—¡Minnie! ¿No han sabido nada...? ¿Nada...? ¿Cómo...? ¿Telefonearon pidiendo más policía...? ¿La..., la operadora de allí dice que hay lucha? ¿Que ha oído muchos disparos? ¿Qué ha pasado, Minnie? ¿No se sabe...? ¿Que..., que también usan los camiones blindados de los bancos para luchar? Pero ¿contra quién luchan? ¿Cómo...?

¡Minnie, mis padres viven ahí! ¡Mis padres viven ahí!



La puerta del barracón de los esclavos se cerró y fue atrancada por fuera con grandes vigas. El ambiente hediondo, espantoso e irrespirable los anegó como una ola. Luego oyeron murmullo de voces, tintineo de las cadenas y el roce de la paja, como si se removieran animales en un corral.

Alguien empezó a hablar a gritos para hacerse oír por los demás. Comenzó a imponerse, aun sin acallar del todo los murmullos a su alrededor.

Maida dijo con voz tensa:

—Entiendo algunas palabras... Está explicándoles a los demás esclavos cómo fuimos capturados. Habla una especie de latín...

Entre las tinieblas, Bertha Ketterling gritó de súbito:

—¡Alguien me ha tocado! —chilló—. ¡Un hombre!

Cerca resonó una voz burlona. Hubo risas. Parecían aullidos de animales. Según opinaban en la antigua Roma, los esclavos son animales. En la ruidosa libertad de la barraca, los esclavos totalmente embrutecidos iban acercándose a los recién llegados.

Los recién capturados prometían servir de diversión, pues aún no habían sido degradados a su estado final.

Lucy Blair lloró ahogadamente. Hubo un crujido seco y alguien cayó. Se oyeron más risas.

—¡Lo he dejado sin sentido! —gritó Minott—. ¡Hunter! ¡Harris! ¡Busquen a vuestro alrededor objetos que sirvan de mazas! Los esclavos quieren humillarnos, y en esta pocilga no tenemos posibilidades de dominarlos. Aunque nos mataran, los castigarían sólo con azotes. Y las mujeres...

Alguien, rugiendo, se abalanzó sobre él a oscuras. La voz autoritaria de Minott resultaba odiosa. Se oyó una queja. La gente se apelonaba. Reducidos al estado de animales, los esclavos de los romanos se comportaban como fieras encerradas en su monstruoso cubil. Odiaban a los recién llegados por el simple hecho que habían sido hombres libres y no esclavos. Las mujeres estaban limpias y atemorizadas... Serían presa fácil. Las cadenas tintineaban agoraramente. Los pestilentes alientos viciaban el aire. Un tufo de depravación total, de seres humanos convertidos en algo peor que las fieras, apestaba el ambiente. Estaban totalmente a oscuras.

Bertha Ketterling rompió a llorar ruidosamente. De repente se oyó el espantoso ruido de un golpe aplastando la carne. Se desencadenó la batalla entre los gritos aterrorizados de Lucy Blair. Hubo jadeos de los hombres que luchaban, ruidos de los golpes. Un herido aulló. Otro blasfemó. Una mujer lanzó un chillido estridente.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Los disparos sonaron fuera, una verdadera descarga cerrada.

Carreras, gritos. Las vigas de la puerta cayeron. Las grandes puertas se abrieron y algunos hombres aparecieron en el umbral con látigos y antorchas. Los esclavos recibieron orden de salir y atacar a otro enemigo aún desconocido. Les sacaban de su

cubil como perros. Cuatro cómitres entraron y repartieron latigazos a discreción. Los disparos continuaban. Los esclavos retrocedieron o salieron aullando al exterior. Pero tres de ellos no volverían a retroceder o atacar nunca más.

Minott y Harris estaban agazapados en un rincón de la barraca. Lucy Blair, con el pelo enmarañado, se ocultaba detrás de Minott quien esgrimía una pesada viga, decidido a vender cara su piel. Harris aferraba del mismo modo una rústica porra. Cuando recibió la luz de las antorchas, su aire de salvaje desafío desapareció, como si quisiera disculparse por lo del cadáver tendido a sus pies. Hunter y dos de las chicas se empujaban, presas del pánico, por refugiarse detrás de él. Maida Haynes, mortalmente pálida, se apoyaba de espaldas contra una pared, empuñando un fragmento puntiagudo de hueso carcomido como si fuese un puñal.

Recibieron azotes. Las voces se burlaron de ellos. Más latigazos. Minott luchó con rabia, sangrando por una gran herida en el rostro. Los revólveres tronaron junto a la gran puerta. Blake estaba allí, un revólver en cada mano y los ojos relampagueantes. Un esclavo cayó y su antorcha se apagó, humeante, en el pestilente barro del suelo.

—¡Se acabó! —gritó Blake con ímpetu—. ¡Salgan!

Hunter fue el primero en llegar hasta él, fatigado, jadeante. La confusión era indescriptible. Un inmenso granero estalló en llamas. Algunos individuos corrían alocados en todas direcciones. De las llamas brotó una explosión, luego dos, tres más.

—¡Los caballos están en el establo! —dijo Blake, mortalmente pálido—. No los han desensillado.

Los esclavos aún no han descubierto cómo se desatan las cinchas. Escondí algunos cartuchos de revólver entre la paja antes de prender fuego al granero.

Viéndose atacado con látigo y daga por otro esbirro, Blake lo liquidó de un balazo.

Minott gritó roncamente:

—¡Deme un revólver, Blake! Voy a...

—¡Primero los caballos! —respondió Blake.

Corrieron hacia el patio. Con dos disparos, los esclavos huyeron aullando. Salieron al galope, agazapados sobre las sillas de montar. Al pasar cerca de la villa vieron en una terraza al gordo de la toga extravagante, que desahogaba su ira con un esclavo postrado a sus pies. Pisoteó al abyecto siervo y avanzó, lanzando órdenes con voz de trueno. Los caballos se alejaron y el propietario agitó el puño, rojo de ira y sin reparar en el peligro que corría, por efecto de su rabia bestial.

Blake lo mató de un disparo, volvió grupas y le arrebató la toga al cadáver del gordo para cubrir a Maida.

—¡Toma! —dijo con violencia—. Mataré a quien...

Era ya el jefe indiscutible. Dirigió la retirada, y los ocho caballos partieron hacia el norte, regresando hacia el bosque en llamas.

Hicieron alto. A sus espaldas, el fuego prendía en otro anexo de la finca. La

confusión era total.

La muerte del amo anuló toda organización. El barracón de los esclavos comenzó a incendiarse. Los gritos y aullidos de pánico llegaban incluso a oídos de los fugitivos.

Pronto los esclavos empezaron a saquear y a combatir entre sí.

Minott se movía como una fiera, desnudando a los cadáveres de aquella increíble batalla entre soldados confederados y tropas romanas, en algún sendero inconcebible del espacio y el tiempo.

Blake cubría la retirada, después de ordenar que recogieran los rifles y municiones de los confederados muertos, si eran tal cosa.

Mientras Hunter, sin dejar de gemir histéricamente, cargaba su caballo con aquellas armas aún desconocidas, él y los demás volvieron a experimentar vértigo y náuseas increíbles, insoportables. El bosque incendiado desapareció, tragado por la repentina oscuridad. El viento traía un olor mefítico, a humedad y perfumes extraños y penetrantes de flores exóticas. Un rugido inmenso y letal atronó el espacio abierto ante ellos, que hedía como un fantasmagórico pantano.

El vapor «Ciudad de Baltimore» se balanceaba en alta mar bajo la primera y pálida claridad del amanecer. El patrón, que se hallaba en el puente, parecía preocupado. El radiotelegrafista se acercó llevando un fajo de radiogramas. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Tal vez haya sido culpa mía, señor —informó, soñoliento—. Anoche me sentí terriblemente enfermo, y además me pasé horas sin poder localizar ninguna estación. He revisado la radio, pero no hay avería. Hace poco volví a sentirme muy enfermo y mareado durante un minuto, y cuando me restablecí, la mesa estaba llena de radiogramas. Aquí traigo algunas transcripciones. No comprendo como pude estar enfermo y no recibir los mensajes, señor, pero...

El patrón le interrumpió diciendo:

—Yo también he tenido esa sensación enfermiza..., ese mareo, y lo mismo el primer oficial. Nos ha ocurrido a todos. Deme los mensajes.

Su mirada recorrió rápidamente los formularios amarillos:

«Últimas noticias: la mitad de Londres desapareció a las dos de esta madrugada... Informa el vapor “Manzanillo”. La serpiente de mar que durante la noche atacó esta nave y se llevó cuatro marinos ha regresado y ha sido arponeada hace cinco minutos. Parece agonizar. Nuestra proa gravemente aplastada. Dos compartimientos de proa inundados...

»Aviso a todos los navegantes: masa de hielo a la deriva, a sesenta kilómetros del puerto de Nueva York...

»Últimas noticias: Madrid, España, ha sufrido un cambio inexplicable. Todos los edificios notables no se identifican desde el aire. Desaparecidos los aeropuertos. Mezquitas ocupan al parecer el lugar de iglesias y catedrales. Los

ministerios arbolan pabellón de la media luna. La población europea de Calcuta parece haber sido exterminada. Vapor “Caribe” informa que el puerto está desierto, todas las instalaciones coloniales desaparecidas y multitudes hostiles ocupan la orilla...».

El patrón del «Ciudad de Baltimore» se pasó la mano por la frente. Inquieto, miró al operador de la radio.

—Sparks —dijo suavemente—, será mejor que vea al oficial médico de a bordo. Que le acompañe un hombre.

—Comprendo —murmuró Sparks con amargura—. En efecto, supongo que estoy loco.

Pero ése es el mensaje que recibí.

Se alejó cabizbajo, escoltado por un marino. Por la proa se divisaba una nubecilla de humo que creció rápidamente. A la velocidad de las dos naves, el otro barco sería visible quince minutos después. Media hora más tarde lo divisaron con claridad. Era largo, bajo y pintado de negro. Lo más increíble consistía en que era un vapor de ruedas, con dos propulsoras en lugar de una. La de popa giraba más rápido que la de proa.

El patrón del «Ciudad de Baltimore» utilizó el catalejo, y del susto estuvo a punto de dejarlo caer.

La bandera que arbolaba la otra nave era blanca y negra. Soplaban un rápido viento de manga. ¡La calavera blanca coronando dos tibias cruzadas! ¡La bandera tradicional de los piratas!

En el aparejo de la otra nave aparecieron pabellones de señales. El patrón del «Ciudad de Baltimore» las miró estupefacto.

—¡Imposible! —murmuró—. ¡No tiene sentido! No son las del código internacional. ¡No son las mismas banderas!

En ese momento retumbó un cañón. Una monstruosa bocanada de humo de pólvora negra se arremolinó sobre la proa de la otra nave. El proyectil atravesó la cubierta del «Ciudad de Baltimore» y un momento después hizo explosión.

—¡Yo también estoy loco! —exclamó el patrón, desconcertado. Un segundo proyectil.

Luego un tercero y un cuarto. El vapor negro maniobró para atacar en toda regla al «Ciudad de Baltimore».

Medio puente cayó por la borda. La escotilla de la bodega delantera voló por los aires, entre una gran humareda, a causa de una explosión en el piso inferior.

Entonces el patrón recobró la lucidez. Dio órdenes. La gran nave cabeceó al cambiar de rumbo y avanzó a toda máquina. Los cañones del enemigo multiplicaron sus disparos.

La nave corsaria quiso escapar, pero ya no tenía tiempo.

El «Ciudad de Baltimore» iba a la colisión. Hasta el último momento, el patrón

estuvo seguro de su propia locura. Era demasiado tarde para salvar la otra nave. El «Ciudad de Baltimore» la partió por la mitad.

## 12

La pálida claridad del amanecer se filtraba a través de un follaje increíblemente denso.

Abajo, donde ardía una pequeña fogata de campamento, sólo era un resplandor incierto.

La hoguera humeaba, pues la leña estaba verde. Hunter cuidaba del fuego, vestido con jirones de un uniforme gris.

Harris estudiaba pacientemente un fusil, tratando de averiguar cómo funcionaba. No se parecía a ninguno de los fusiles que él conocía. El cerrojo no era en realidad un cerrojo, y había observado que el cañón no tenía rayas. No se veía cargador, alza ni mira. Harris aún llevaba el taparrabos que le pusieron cuando lo encerraron en el cubil de los esclavos de la villa romana, Minott estaba sentado con la cabeza entre las manos, fijando la vista en la otra orilla del torrente. Su rostro sólo reflejaba amargura.

Blake vigilaba. Maida Haynes estaba sentada a su lado, contemplándole. Lucy Blair echaba ojeadas furtivas y algo ávidas a Minott. Luego se acercó para hacerle una pregunta. Las otras muchachas se habían sentado junto a la fogata, Bertha Ketterling se apoyaba sobre el tronco de un helecho arborescente y roncaba con la cabeza echada hacia atrás. Salvo Blake, todos iban descalzos.

Blake se acercó a la fogata y observó la corriente de agua.

—Parece que hemos llegado al límite de una falla de tiempo —observó—. La vegetación de este lado del torrente pertenece desde luego al período carbonífero. La de la otra orilla no es tan primitiva, pero tampoco pertenece a nuestra época. ¿Profesor Minott?

Minott alzó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó con desgana.

—Necesitamos orientación —respondió Blake—. Llevamos varias horas aquí y no hemos descubierto ningún cambio en las sendas de tiempo. ¿Sería posible que hubiera concluido el desorden del tiempo y el espacio? Si así fuera y las sendas de tiempo no volvieran al orden normal, no hallaríamos intacto nuestro mundo, pero podríamos buscar colonias, o tal vez ciudades, de gente como nosotros.

—Si lo hiciéramos —replicó Minott—, ¿de qué nos serviría? Estamos prácticamente desarmados. No podemos...

Blake indicó los fusiles que se habían llevado.

—Harris está estudiando ese problema —objetó con energía—. Además, las muchachas aún llevan sus revólveres en las alforjas. Eso representa dos revólveres por hombre y sobra un par. Los romanos creyeron que las alforjas eran adornos, o tal vez dejaron para más tarde el desvalijarnos. No importa. Pero ahora me gustaría saber si el cataclismo del tiempo ha terminado.

Lucy Blair dijo algo en voz baja, pero Minott miraba a Maida Haynes.

Ésta observaba con adoración a Blake.

La mirada de Minott ardía. Frunció el ceño hasta asumir una expresión muy hostil.

—Tal vez no —respondió sin rodeos—. Supongo que aún quedarán dos semanas o tal vez más, puesto que el tiempo transcurre simultáneamente en todas las sendas. Dejemos de pensar en el tiempo como si transcurriera tan sólo en nuestra senda cronológica. Sí, supongo que las perturbaciones proseguirán durante unas dos semanas o algo más, salvo colapso total del tiempo y el espacio.

Blake se sentó.

Maida Haynes se acercó disimuladamente.

—¿No podría explicarse mejor? Sólo nos queda aguardar aquí. Por lo que deduzco de la topografía, en nuestro tiempo hay una aldea al otro lado de esta corriente de agua. Si avistamos nuestra senda de tiempo, la encontraremos.

Minott empezaba a recobrar su actitud autoritaria. El verse prisionero y reducido a la condición de esclavo había hecho vacilar su confianza en sí mismo. Antes no sólo se consideraba miembro de una raza superior, sino incluso superior dentro de tal raza. Al ser esclavizado conoció la inferioridad y la desvalidez. El episodio aún carcomía su vanidad y su amor propio, padecía al recordar que sólo había sido capaz de matar a dos esclavos totalmente embrutecidos sin que ello contribuyera a su propia liberación. Intentó dar a su voz la firmeza que había tenido antes.

—Sabemos..., sabemos que la gravedad incurva el espacio —habló con meticulosidad—. Gracias a nuestras observaciones podemos calcular la curvatura producida por una masa determinada, así como la masa necesaria para desviar el espacio hasta quedar éste completamente cerrado, dando lugar a un universo aislado que no se puede detectar en las dimensiones que conocemos. Por ejemplo, sabemos que si dos astros gigantes chocaran formando una masa superior a la crítica, en el instante de la colisión no se produciría un gran cataclismo. Sencillamente, desaparecerían. Pero no por destrucción; simplemente dejarían de existir en nuestro espacio y tiempo. Habrían dado lugar a un espacio y tiempo propios.

Harris dijo tímidamente:

—¿Como si uno se metiera en un agujero y lo taponara tras de sí? Una vez leí algo por el estilo en un suplemento dominical.

Minott asintió, y siguió explicando en un tono muy parecido al que solía adoptar en clase:

—Ahora bien, supongamos que haya ocurrido como decía. Ambos universos

resultan invisibles desde el espacio y el tiempo de donde proceden. Cada uno existe en su propio espacio y tiempo, al igual que nuestro universo. Pero todos ellos deben existir en cierto..., llamémosle hiperespacio, pues si los espacios están separados debe existir algo entre ellos.

—En realidad, se trata de especulaciones que probablemente no podríamos verificar por medio de la observación —intervino cautelosamente Blake.

—Exactamente —asintió Minott—. Pero, si nuestro espacio es cerrado, admitiremos que hay otros espacios cerrados. No olviden que esos otros espacios cerrados serían tan reales, son tan reales como el nuestro.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Blake.

—Si existen otros espacios cerrados como el nuestro, y existen en un medio común o hiperespacio, podrían compararse con las estrellas y los planetas de nuestro universo, que están separados por el espacio normal y se influyen a través del mismo. Puesto que los diversos espacios cerrados están separados por un hiperespacio lógicamente necesario, parece probable que se influyan entre sí a través de aquél.

Blake comentó, meditabundo:

—Entonces, la variación de las sendas de tiempo..., vendría a ser algo comparable a unas inmensas mareas. Si otro astro se acercase al Sol, habría un cataclismo en el planeta debido a las tremendas mareas. Usted supone que nuestro espacio cerrado ha sido abordado por otro en el seno del hiperespacio. Todo esto resulta muy confuso, profesor.

—Lo he calculado —replicó Minott con aspereza—. Hay tres probabilidades entre cuatro en las que el espacio, el tiempo y el universo, así como todas las estrellas y galaxias, se desvanezcan en una catástrofe monstruosa. Ni siquiera el pasado habría existido nunca. Pero existe una probabilidad a favor, y me proponía aprovecharla...

Se incorporó de súbito, muy erguido y frotándose las manos con frenesí.

—¡Y todavía no he desistido! Tenemos armas. Poseemos libros, conocimientos técnicos, fórmulas..., ¡lo esencial del saber humano se halla en nuestras alforjas!

¡Óiganme! Ahora cruzaremos este arroyo. Cuando ocurra el próximo cambio pasaremos a la senda de tiempo que ocupe el lugar de ésta. Nos dirigiremos hacia el Potomac, donde el aviador divisó las naves escandinavas. En las alforjas tengo vocabularios anglosajones y de escandinavo primitivo. Nos ganaremos su confianza, les enseñaremos, los dirigiremos. Seremos los amos del mundo y...

Harris dijo en son de disculpa:

—Lo siento, señor, pero prometí a Bertha que la acompañaría a su casa y lo cumpliré si es humanamente posible. Debo hacerlo. No puedo ayudarle para que llegue a ser emperador, suponiendo que tenga esa ocasión.

Minott hizo un gesto despectivo.

—¿Hunter?

—Haré..., haré lo que decidan los demás —respondió Hunter, molesto—. Pero preferiría regresar a casa...

—¡Idiota! —gritó Minott.

Lucy Blair dijo ingenuamente:

—A mí me gustaría ser emperatriz, profesor Minott.

Maida Haynes contempló con asombro a su compañera y quiso protestar. Blake se sacó distraídamente un revólver del bolsillo y lo miró con aire meditabundo mientras Minott gesticulaba, con el rostro congestionado y respirando con dificultad.

—¡Estúpidos! —rugió—. ¡Imbéciles! ¡Jamás regresarán! No tendrán otra oportunidad...

El vértigo súbito, angustioso e intenso se apoderó nuevamente de todos. Blake dejó caer el revólver y se hizo un silencio mortal.

A Blake le temblaban las piernas mientras miraba a su alrededor.

—¡Toma! —tragó saliva—. ¡Es el palacio de Justicia del distrito de King George, y se diría que en nuestro tiempo...! ¡Pronto! ¡Hay que vadear el arroyo!

Tomando de la mano a Maida quiso echar a correr.

Minott se adelantó y graznó:

—¡Alto!

Tenía en la mano el revólver que se le había caído a Blake. Estaba desesperado, frenético y negro de ira.

—Voy a darles la última oportunidad... Les ofrezco riqueza, poder, mujeres y...

Harris se incorporó, alzando el fusil confederado, con el que golpeó hábilmente la muñeca de Minott.

Blake vadeó la corriente y dejó a salvo en la otra orilla a Maida. Hunter chapoteó con torpeza en el agua poco profunda mientras Harris sacudía a Bertha Ketterling para despertarla. Blake regresó empapado, reunió los caballos y las armas, e hizo pasar el torrente a las otras tres muchachas. Hunter había salido corriendo hacia el edificio judicial.

Blake vadeó la corriente con los caballos. Minott se frotaba la muñeca golpeada, y sus ojos brillaban con la insania de la desesperación.

—Será mejor que nos acompañe —dijo Blake con serenidad.

—¿Para ser profesor de matemáticas? —Minott lanzó una salvaje carcajada—. ¡No!

¡Me quedo aquí!

Blake pensó que Minott era un tipo raro y poco simpático. Estaba ojeroso, enloquecido.

De pie ante la selva primitiva del fondo con el uniforme anacrónico arrebatado a algún caído en otra senda de tiempo, incluso daba lástima, pese a su desplante fanático.

—¡Espere! —gritó Blake.

Quitó las alforjas a seis caballos y lo cargó todo sobre los otros dos; luego los



hizo pasar el arroyo.

Minott le contemplaba con odio implacable.

—De no ser por usted —dijo, rencoroso—, habría llevado a cabo mi plan original. Sabía que cometí un error al elegirle. Maida le quiere demasiado, y yo la quería para mí. Ha sido mi único error.

Blake se encogió de hombros. Volvió a pasar el agua y montó su caballo.

Lucy Blair titubeó mirando la silueta solitaria y rebelde.

—De todos modos..., es un valiente —comentó con tristeza.

Un nuevo mareo afectó a todos, pero de modo débil, casi imperceptible. Cuando pasó miraron instintivamente hacia la selva. Minott aún estaba allí, mirándolos con rencor.

—¡Tengo..., tengo que hablar con él! —exclamó Lucy Blair fuera de sí—. ¡No me esperen!

Volvió grupas y cabalgó hacia el agua. Otra vez aquel mareo débil, casi imperceptible.

Lucy espoleó frenéticamente a su caballo.

Maida gritó:

—¡Espera, Lucy! Va a cambiar...

Lucy gritó sin volverse:

—¡Eso es lo que quiero! Me quedo con él.

Estaba en medio de la corriente..., o quizá más lejos; en aquel momento el vértigo los abatió a todos.

## 13

Todos conocen lo demás. Durante dos semanas siguieron produciéndose cambios en las sendas de tiempo. Pronto se observó que la cantidad de fallas de tiempo —según la expresión del profesor Minott— iba disminuyendo. En el período álgido, se ha calculado que no menos del veinticinco por ciento de la superficie total de la Tierra se hallaba, en un momento u otro, en senda de tiempo diferente de la propia. No consta que ninguna zona de la Tierra se librase de padecer tales anomalías.

Por supuesto, esto significa que prácticamente toda la población terrestre ha conocido los fenómenos producidos por las extraordinarias oscilaciones de la Tierra al margen del tiempo.

Nuestros sabios ya no son tan dogmáticos como solían. La dialéctica de la filosofía ha recibido un fuerte golpe. Los conceptos básicos de la botánica, la zoología e incluso la filología han sido revolucionados por los nuevos datos

disponibles gracias a nuestros viajes al margen del tiempo.

Evidentemente, la probabilidad favorable se impuso y la Tierra sobrevivió. Y por cierto, en la senda de tiempo normal. El grupo explorador de Minott llegó al juzgado de King George apenas un cuarto de hora después del cambio que se llevó para siempre a Minott y a Lucy Blair fuera de nuestro espacio y tiempo, Blake y Harris se propusieron transmitir al mundo la información que poseían. Gracias a un solitario radioaficionado que residía a un kilómetro y medio de allí, radiaron la teoría de Minott por onda corta. Dejando aparte la estimación pesimista de Minott sobre las probabilidades de supervivencia, fue rápidamente admitida por todo el mundo como la explicación correcta. Esto fue providencial, pues en algunos sitios puso fin a preparativos de expediciones inútiles. Por ejemplo, impidió que una columna militar punitiva se dirigiese a una falla de tiempo en Georgia, donde se había refugiado un grupo de indios coleccionistas de cueros cabelludos. También evitó el envío de una escuadra de destructores para localizar y bombardear Leifsholm, desde donde había partido un ataque vikingo contra North Centerville, Massachusetts. Una escuadrilla de aviones cartográficos fue llamada con urgencia para que abandonase un pantano carbonífero al oeste de Virginia, poco antes de producirse el cambio de tiempo que la habría aislado para siempre.

Pero el conocimiento no pudo impedir algunas contrariedades. Se ha calculado que faltan de su tiempo y espacio no menos de cinco mil norteamericanos, por haberse aventurado en las regiones extrañas tan súbitamente aparecidas. Muchos han debido perecer, pero estamos seguros que algunos de ellos se habrán puesto en contacto con las diversas civilizaciones que existen, conforme sabemos ahora.

En cambio, hemos recibido habitantes de otras sendas de tiempo. Dos cohortes de la Vigésimo Segunda Legión Romana se han establecido cerca de Ithaca, Nueva York.

Cuatro familias de campesinos chinos intentaron recoger fresas en lo que creyeron ser un fresal milagroso de Virginia, y se han quedado allí cuando esa zona de terreno retornó a su medio normal.

En Colorado ha quedado una aldea rusa, y una colonia francesa en el Medio Oeste, inexplorado en su tiempo. Parte de los rebaños septentrionales de bisontes han sido recuperados, doscientos mil en total, junto con una aldea de cheyennes que no conocían el caballo ni las armas de fuego. Mil quinientos millones de palomas silvestres han regresado a América del Norte.

Pero nuestras pérdidas son cuantiosas. Además de los atrevidos que fueron arrastrados con los territorios extraños que exploraban, tuvimos los sobrecogedores desastres de Tokio, Río de Janeiro y Detroit. Consideremos los dos primeros. Cuando la deriva al margen del tiempo dejó de actuar, la mayoría de los continentes regresaron a sus posiciones correctas en sus sendas de tiempo. Pero no todos. Al este

de Tennessee queda una zona de selva post-cámbrica. Ya hemos mencionado la aldea rusa de Colorado y la factoría francesa del Medio Oeste. En algunos casos, las zonas afectadas quedaron en nuevas posiciones cronológicamente alejadas de sus puntos de origen.

Ésta es la causa de la total desaparición de Río y Tokio. Donde se alzaba Río, ahora sólo existe la selva. Pertenece a nuestra era geológica, sólo que corresponde a una senda de tiempo en que Río de Janeiro nunca fue construida. En el emplazamiento de Tokio se alza una vegetación sumamente arcaica, que motiva grandes polémicas entre botánicos y paleontólogos. En algún lugar, en algún espacio y tiempo, Tokio y Río siguen existiendo y sus poblaciones aún viven. Pero lo de Detroit...

Aún no comprendemos qué ocurrió en Detroit. Se hallaba en una zona afectada, desapareció de nuestro tiempo y luego regresó. Pero sus habitantes no retornaron. La ciudad estaba vacía, desierta, como si los cientos de miles que la poblaban se hubieran evaporado. Se han visto algunas señales de lucha, pero tal vez se deban al pánico. La ciudad de Detroit regresó a su propio espacio y tiempo intacta, entera, sin huellas de saqueo siquiera. Pero no había en ella ni siquiera un animal doméstico, ni un pájaro enjaulado. No comprendemos este fenómeno.

Si el profesor Minott hubiera regresado, quizás habría sido capaz de resolver ese enigma. Las notas fragmentarias que se han encontrado, escritas por él, resultaron de un valor inestimable.

Nuestra interpretación de lo que sucedió descansa en las observaciones de Minott y, por supuesto, en las declaraciones de Blake y Harris. En cuanto a Tom Hunter, no ha sido capaz de recordar nada útil.

Maida Haynes ha proporcionado algunas indicaciones valiosas, pero se refieren a temas bien documentados por otros observadores. La declaración de Bertha Ketterling carece de interés.

Quedan pendientes muchos problemas. Es posible que las respuestas se hayan quedado para siempre en las alforjas que Blake le dio a Minott como viático en su desesperado viaje a través del espacio y el tiempo. Nuestros científicos trabajan incansablemente en el análisis de los datos cuya importancia escapó a Minott. En todo el mundo, muchos echan de menos ciertas alforjas cargadas en un caballo que sigue a Minott y a Lucy Blair por parajes insospechados, en aventuras inimaginables, con un par de revólveres y unos libros de texto como bagaje para la conquista de un imperio.

\* \* \*

*Al margen del tiempo* ha sido uno de los relatos que más permanentemente influyeron en mi pensamiento. Me hizo intuir los «si...» de la historia, y esto no sólo se ha

reflejado en mis cuentos de ciencia–ficción, por ejemplo en *The Red Queen's Race*, sino también en mis libros «serios» de Historia. También he utilizado el tema de la especulación histórica, con enorme complejidad, en mi novela *The End of Eternity*.

La ciencia–ficción progresó con el tiempo. Cuando surgía un nuevo concepto que por su complejidad y realismo superaba claramente a otro más antiguo y burdo, casi invariablemente los lectores lo advertían en seguida. Y aunque aquel concepto más antiguo y burdo no desaparecía del todo (¿puede algo desaparecer del todo?), quedaba relegado a los rincones menos importantes de la especialidad.

Por ejemplo, H. G. Wells ha escrito el primer relato de ciencia–ficción que desarrolla con realismo una invasión de seres inteligentes de otro mundo. Ese relato fue *The War of the Worlds*. Apareció en 1898, y los seres eran marcianos. El título *La guerra de los mundos* sugiere que los marcianos venían a la Tierra para sojuzgarla, idea natural en aquella época, pues era eso lo que los europeos estaban haciendo en África.

La influencia de Wells ha sido vigorosa, y durante cuarenta años las invasiones de seres extraterrestres fueron un tópico en las narraciones de ciencia–ficción. Los seres extraterrestres siempre venían decididos a la conquista. No les importaban las vidas humanas, ni les interesaba la cultura humana. Los relatos *Tetraedros del espacio*, y el *ciclo de Tumithak* son claros ejemplos, en que los invasores proceden, respectivamente, de Mercurio y Venus.

De vez en cuando alguien procuraba variar el planteamiento, como en el benévolo retrato de la Madre en *La era de la Luna*, de Williamson. Pero no dejaba de ser una excepción. Sin embargo, en la «Astounding Stories» de diciembre de 1934, Raymond Z. Gallan publicó un cuento, *Viejo Amigo*, que realmente provocó un cambio.

# VIEJO AMIGO

Raymond Z. Gallun

## 1

Si 774 fuera un ser humano, habría blasfemado, o habría llorado de rabia. No le habrían faltado motivos para hacerlo. Pero 774 no era un ser humano. Su frágil figura no tenía ni la menor semejanza con la de un hombre: nada sabía de sonrisas, ceños fruncidos o lágrimas. Cualquier emoción que alterase su mente fría y lúcida pasaría inadvertida incluso para los miembros de su propia raza.

Los dos mensajeros que fueron aquella tarde a su taller no habían mirado dentro de su corazón, y él recibió el mensaje con la absoluta calma exterior que caracterizaba a los de su especie: al término de cuarenta días, 774 debía morir. Había vivido el lapso de vida autorizado y fijado por los Gobernantes.

Dada la escasez de alimentos y agua, nadie tenía derecho a vivir más tiempo a menos de demostrar, mediante la utilidad de sus logros, que en bien de todos podía concedérsele una prórroga. Pero, en general, los jóvenes y fuertes debían reemplazar a los viejos y débiles.

A juicio de los Gobernantes, el trabajo de 774 no era útil, e incluso podía considerarse un despilfarro. No se podía autorizar una prórroga del tiempo de vida; 774 debía morir.

Después de notificar esta resolución, los mensajeros regresaron al casco aerodinámico del ornitóptero. Las alas plateadas batieron, la extraña nave se elevó poco a poco, trazó un gran círculo sobre el enorme taller aislado, como saludo de despedida, y luego puso rumbo al oeste, hacia una ciudad lejana.

Como obedeciendo a un impulso, 774 había subido hasta una ventana del torreón de su casa para contemplar la partida del ornitóptero. Cuando el brillante punto metálico se hubo desvanecido hacia el sol poniente, 774 todavía miraba hacia el oeste. Los charcos de color púrpura rielaban en las depresiones formadas por las dunas del desierto marciano, que se extendía en ondulada llanura hasta el horizonte.

Al ponerse el sol quedó sólo un débil resplandor rojizo, que pronto desapareció también. El cielo marciano, de un púrpura oscuro y con estrellas visibles incluso durante el día, se volvía casi negro. Y las estrellas, en una atmósfera cuya densidad es seis veces menor que la de la Tierra, resplandecían con una luminosidad fija y pavorosa que los observadores terrestres desconocen.

Era un espectáculo extraño y hermoso. En otras circunstancias, el espíritu sutil y

paradójico de 774 habría admirado su grandeza salvaje y solitaria. Pero las maravillas naturales apenas le interesaban en aquel momento, pues su mente estaba ocupada en otras cosas.

En el cielo una delgada línea gris verdosa indicaba la aproximación de un cometa. La observó largo rato; luego su mirada buscó entre la multitud de astros, hasta localizar un punto plateado y verdoso mucho más brillante que cualquiera de los cercanos.

Durante muchos minutos fijó su atención en aquel punto de luz. Sabía más de aquel planeta que ningún otro habitante de Marte. Jamás había oído su nombre; en realidad, ni siquiera sabía que lo tuviera. Para él era sencillamente el planeta que ocupaba la tercera órbita a partir del Sol. Pero había depositado en él todas las esperanzas y la fascinación de una vida de trabajo y concienzudas investigaciones.

Una noche, cuando estaba resignado a olvidar su sueño más querido, captó una señal.

El tercer planeta, o sea nuestra Tierra, estaba habitada por seres racionales. No fue una señal espectacular, pero no dejaba lugar a dudas. El telescopio de 774 había mostrado, en la cara oscura de la Tierra en cuarto creciente, un parpadeo apenas perceptible, una serie de destellos espaciados y repetidos a intervalos regulares. Sólo una inteligencia superior podía emitir aquellas señales.

Lleno de renovado fervor, 774 construyó un aparato gigantesco y repitió paso a paso los signos terráqueos. La respuesta fue inmediata. Luego transmitió los signos ordenándolos de otro modo, y los seres desconocidos del Planeta Tres los observaron, pues los devolvieron sin error alguno.

Durante cinco años marcianos —equivalentes a casi diez vueltas de la Tierra alrededor del Sol—, él y las entidades ignotas de aquel otro mundo situado a poco menos de cincuenta y seis millones cuatrocientos mil kilómetros, estudiaron el colosal problema de la comunicación inteligente.

El resultado de tales esfuerzos fue escaso y desalentador; pero con diez o veinte años más, incluso aquel problema abrumador habría sido vencido por la persistencia, la inventiva y la voluntad indomable de salir adelante. Sin embargo, ahora ya no iba a ser posible. En un plazo de cuarenta días, 774 dejaría de existir. Y nadie continuaría su trabajo.

El estudio del tercer mundo no produciría más alimentos, ni haría que el agua fuese más abundante. Los Gobernantes desmontarían el maravilloso instrumental que él había reunido en su afán de adquirir conocimientos inútiles e innecesarios. El velo de misterio seguiría envolviendo el Planeta Tres durante muchos miles de años, tal vez para siempre.

Pero era facultad de los Gobernantes ordenar y ser obedecidos sin discusión. Su autoridad no había sido impugnada ni una sola vez a lo largo de un milenio, pues la supervivencia de los pobladores de Marte —un mundo envejecido casi hasta el límite de su capacidad para sustentar vida— dependía de una lealtad y una disciplina

espartanas y absolutas. La desobediencia era desconocida, algo que no podía ocurrir.

¿Sentía rencor 774 al saberse sentenciado? ¿O aceptaba su condena con el estoicismo de un verdadero oriundo de Marte? No era posible saberlo. La situación prácticamente no tenía precedentes en la historia del Planeta Rojo. Por consiguiente, sus reacciones podían haberse salido de lo común. Ninguna criatura de su especie se había alejado tanto por el camino de los conocimientos innecesarios, ni había recibido la noticia del fin de su período vital en un momento tan inoportuno.

Por eso, 774 seguía mirando la estrella verde que había sido el objeto de todos los sueños y afanes de su vida. Los sentimientos contradictorios debían pugnar, sin duda, en su cerebro.

Poco después Phobos, la luna más próxima, salió por el oeste<sup>[1]</sup> y comenzó su rápida marcha entre las estrellas. Su resplandor daba a todo el panorama una pátina color plata bruñida y ébano: las dunas del desierto que se extendían en todas direcciones, los muros bajos, como de fortaleza, del taller de 774 y la gran cúpula de metal brillante que lo coronaba, tenían un aspecto fantástico, como un paisaje de cuento de hadas.

La aparición de Phobos sacó a 774 de su letargo. Tal vez comprendió que el tiempo pasaba y que no debía derrochar ni una hora de los cuarenta días de vida que le quedaban. Con hábil movimiento descorrió el cristal que protegía la ventana por donde miraba, y una ligera brisa nocturna, seca y helada, muy por debajo de los cero grados, penetró en el recinto.

Asomó su extraño cuerpo, escaló el repecho de la ventana y pareció decidido a descolgarse cabeza abajo por la rugosa pared de piedra. Unas extremidades largas y delgadas de su anatomía se aferraron al marco y quedó colgando como un murciélago.

Aunque, aparte esta postura, no había el menor parecido entre 774 y un mamífero alado terrestre.

Si un terráqueo milagrosamente transportado se hubiera visto de improviso en aquel desierto y se hubiera fijado en la pared del taller, ni siquiera habría advertido que 774 era un ser vivo, bajo la luz cambiante e incierta del satélite. El fantástico juego de luces y sombras sólo le habría revelado un saco de color ferruginoso, que podría confundirse con una protuberancia o saliente de la pared.

Mirando de más cerca, creería ver un atado de harapos viejos y podridos colgando de la ventana, con largos jirones agitados al azar por la ligera brisa. Pero el brillo metálico de los instrumentos que llevaba 774 lo habría desconcertado, y quizá se le pondría la piel de gallina ante el aspecto sugestivamente horrible de aquel objeto desconocido y mal iluminado.

Desde su posición, 774 llevó una gran bocanada de aire helado a sus complicados órganos respiratorios. El frío nocturno lo refrescó y pareció reanimarle. Dirigió una última mirada hacia el esplendor del cielo marciano. Al ver la Tierra y la traza del cometa, sus grandes ojos oscuros y transparentes, que eran la más humana de sus

características, brillaron brevemente con la serena promesa de algo que aún estaba contenido por una barrera, sin que ésta fuese lo bastante fuerte como para refrenarlo mucho tiempo. Luego, 774 se alzó hasta la ventana.

Tres varillas metálicas articuladas se desplegaron del complicado equipaje que llevaba ajustado a su frágil organismo, y un instante después caminaba sobre ellas como un hombre, por un pasillo cilíndrico iluminado con luz verde cuya salida se perdía en una nebulosa oscuridad. El aparato emitía un tintineo débil y acompasado, pero 774 no lo oía.

Para él, los sonidos eran sólo vibraciones percibidas por su desarrollado sentido del tacto, o captadas por sus instrumentos científicos, pues 774 no poseía órganos auditivos.

Su paso parecía apresurado y febril. Tal vez había formado a medias en su mente atormentada algún plan nada marciano.

El túnel daba a una rotonda gigantesca, donde gigantescos y altísimos capiteles soportaban una descomunal cúpula de metal blanco que techaba el recinto.

Extraños aparatos de enigmáticas formas se amontonaban en asombrosa complicación junto a las paredes. En el centro aparecía un cilindro oblicuo compuesto de tirantes entrecruzados, cuya base superior apuntaba a una abertura circular de la cúpula, por donde se veía parte del cielo poblado de estrellas. En la base inferior del cilindro, un gran cuenco giraba rápidamente, como un volante inmenso.

Era el observatorio de 774, con su telescopio y los mandos del aparato de señales.

Subió apresuradamente por una pista en pendiente, desde cuyo rellano superior se podía ver el interior del gran cuenco giratorio. Sus ojos pasaron revista al aparato por si advertían algún defecto en su funcionamiento. Pero todo marchaba perfectamente.

Un terráqueo que supiera algo de Astronomía habría entendido al instante la función del cuenco giratorio, y le habría maravillado la inteligente sencillez de aquella obra de la inventiva marciana.

El gran recipiente contenía mercurio. Al girar sobre un eje perfectamente equilibrado, la fuerza centrífuga extendía el mercurio formando una superficie cóncava perfecta en el fondo del cuenco, equivalente a un paraboloide de revolución que servía magníficamente como espejo del gigantesco telescopio reflector. Su superficie, y en consecuencia su poder de resolución, eran muy superiores a los de cualquier espejo rígido que pudiera construirse sin imperfecciones.

Dándose por satisfecho, 774 se alzó ágilmente hasta una pequeña plataforma situada a mucha altura, entre las nervaduras de la cúpula. Sus movimientos eran rápidos y felinos, a la vez que eficaces, y parecía decidido a aprovechar hasta el último segundo de vida.

Con ojos casi centelleantes de impaciencia, miró una gran esfera de cristal que estaba en la plataforma. Mediante un sistema de prismas montado sobre el telescopio, concentraba la luz sobre la esfera haciendo aparecer en ella la imagen que 774 tenía tanto interés en ver.



En el seno del cristal se veía la imagen del tercer planeta. Por interponerse entre el observador y el Sol cerca de la conjunción inferior con Marte, la mayor parte de su superficie que miraba hacia el planeta rojo quedaba en sombras y no podía verse, salvo un filo iluminado al borde del disco aparente.

En esta parte iluminada se distinguían zonas de color gris, verde o pardo, que como 774 sabía eran océanos, continentes, desiertos y vegetación. Podía reconocer y comprender las manchas movedizas de las nubes, los ríos serpenteantes y las cordilleras coronadas de nieve. Pero la distancia y el efecto distorsionante de las dos atmósferas le ocultaban demasiadas cosas, cosas que tan apasionadamente había ansiado ver y conocer.

Un delgado manojito de zarcillos rosáceos, al extremo de uno de los miembros arborescentes de 774, descansaba sobre una pequeña palanca situada frente a él.

Aquellos tentáculos filiformes, maravillosamente adaptados y habituados a las tareas más delicadas y precisas, desplazaron la palanca un poco a la derecha.

El pesado dispositivo del enorme telescopio reaccionó al instante, y la imagen de Planeta Tres en el globo de cristal comenzó a aumentar. Montañas, mares y continentes crecieron hasta que la imagen de la esfera terrestre rebasó las dimensiones del globo dejando ver sólo parte del huso iluminado.

A medida que se ganaba aumento, los detalles de Planeta Tres aparecieron con más nitidez, pero luego la imagen empezó a temblar y a fluctuar, como si se interpusieran un millón de ondas de calor atmosférico.

Al aumentar la potencia del telescopio, los contornos parpadeantes, saltarines y movedizos que aparecían en el globo visor llegaron a ser totalmente incoherentes. La enorme perfección óptica fracasaba ante el mismo obstáculo que los observadores terrestres han descubierto a medida que perfeccionaban sus telescopios.

Las envolturas gaseosas de Tierra y Marte, con sus numerosas corrientes irregulares de aire y distintos índices de refracción debido a las diferencias de temperatura y humedad, distorsionaban los rayos luminosos que llegaban desde Tierra después de recorrer ochenta millones de kilómetros. Superado cierto límite, no servía de nada el seguir aumentando el poder de resolución. El telescopio de 774 aún disponía de más unidades marcianas de aumento, pero éstas no servían para sondear los misterios de Planeta Tres.

A menudo, 774 ajustaba al máximo su instrumento con la vana esperanza que algún día, por algún capricho del destino, las atmósferas de ambos mundos estuvieran bastante quietas y claras para poder echar una rápida ojeada a lo desconocido. Pero tal ocasión jamás se había presentado.

Frío y meticulado, 774 ajustó su telescopio al límite de la amplificación eficaz. Por haber tocado algún instrumento, la imagen de Planeta Tres se desplazó perdiéndose de vista la parte iluminada. El globo de cristal aparecía oscuro, pero 774 no ignoraba que el tercer mundo seguía estando en el campo de observación.

Infaliblemente guiado por sus instrumentos, enfocó su telescopio sobre

determinado punto del disco oscuro de Planeta Tres. Sabía que las sombras del hemisferio nocturno de aquel mundo lejano ocultaban un gran continente que separaba dos vastos océanos.

Allí había grandes cordilleras nevadas, extensas llanuras donde verdeaba una vegetación desconocida, grandes lagos y caudalosos ríos. En la zona sur occidental de dicho continente había un desierto, y cerca del mismo se hallaba el Lugar de la Luz, de aquella luz que era la voz de un amigo a quien no había visto nunca y cuyo aspecto ni siquiera lograba imaginar, pese a lo mucho que sabía imaginar y deseaba saber.

En aquel momento la luz no estaba allí; sólo había manchas confusas y blancas de ciudades terrestres diseminadas por el continente en tinieblas, el misterio de cuya existencia venía a complicar los arcanos del Planeta Tres. Pero a 774 no le preocupaba la ausencia de la luz, pues tenía fe en ella. Cada vez que había emitido señales, le habían respondido y esta vez tampoco iba a fallar.

A un gesto, las enormes maquinarias de una sala emplazada muy por debajo de la cúpula del telescopio empezaron a funcionar silenciosa y eficazmente, acumulando energía. Aunque según los criterios terráqueos 774 habría parecido frágil y feo, una señal suya podía desencadenar fuerzas dignas de los dioses.

774 vigilaba lo que, en versión marciana, era un potenciómetro. No se parecía a ningún potenciómetro terráqueo. No tenía escala graduada, ni se movía en el mismo ninguna aguja indicadora. Era un globo de un material semejante al vidrio translúcido, y despedía una suave luminosidad.

Al principio, 774 vio en él un agradable resplandor, de un tono totalmente desconocido para los ojos humanos. Era lo que nosotros llamamos el infrarrojo. Este color invisible e indescriptible para los hombres, para 774 era tan corriente como el azul o el amarillo pues sus ojos, al igual que los de algunos organismos inferiores de Tierra, podían percibirlo.

Además, como cualquier otro marciano, distinguía la más leve diferencia de un matiz a otro.

Esta facultad sirve a los marcianos para la lectura exacta de instrumentos que, entre los hombres, deberían tener indicadores y escalas graduadas. En cualquier aparato marciano de medida, los diversos tonos de infrarrojo según su orden de aparición en el espectro equivalen a una lectura próxima al cero. El rojo y sus matices hasta el anaranjado serían las unidades; anaranjado, amarillo, verde, azul y violeta representarían los sucesivos órdenes de numeración y la banda del ultravioleta, que el ojo marciano también puede captar, representa los valores máximos admisibles.

En síntesis, prácticamente todos los instrumentos marcianos emplean las diversas longitudes de onda lumínica como sistema de referencia. Los valores bajos están representados por las ondas largas hasta el infrarrojo, mientras que los valores elevados se designan por medio de las ondas cortas de la banda ultravioleta del espectro.

Antes de efectuar un nuevo movimiento, 774 aguardó hasta que el ultravioleta alcanzó su máximo en el globo del potenciómetro. En ese momento se adelantó e hizo funcionar un complicado dispositivo.

El resultado no se hizo esperar. Por la abertura circular de la rotonda, a donde apuntaba el tubo del telescopio, se vio un instantáneo resplandor incandescente, un fogonazo súbito y tremendo. La detonación que lo siguió fue tan estrepitosa, que a un hombre le habría costado creer que la atmósfera enrarecida de Marte fuese capaz de transmitirla. Todo el edificio, pese a estar sólidamente construido, tembló por efecto de la detonación.

Durante un segundo y en un radio de unos treinta kilómetros desde el observatorio de 774, la noche marciana quedó iluminada por el resplandor de mil soles, cuando la enorme acumulación de energía liberada desde la superficie exterior de la cúpula metálica se propagó por la atmósfera, tendiendo sobre el lugar un ancho manto de luz fría mucho más intensa que cualquier aurora boreal de Tierra.

Pero el resplandor se apagó tan pronto como había surgido; los ecos de la detonación se extinguieron y la calma volvió a reinar en el desierto bajo las estrellas. Algún monstruo pavoroso, que inadvertidamente se había enterrado en la arena demasiado cerca de la guarida de 774, salió despavorido de su refugio levantando una nube de polvo, y desplegó sus diáfanas alas para huir del trueno que lo había aterrorizado. Mientras volaba, su sombra fantástica corría velozmente sobre la arena iluminada por la luna.

Pero 774 no pensaba en los temores que sus experimentos podían suscitar entre las criaturas de Marte. En lo que a él se refería, de momento los asuntos marcianos casi habían dejado de existir. Tierra, el Planeta Tres, acaparaba toda su atención, y no podía pensar en otra cosa. Había enviado su señal; esperaba la respuesta que sin duda iba a llegar.

Tierra tardaría unos nueve minutos en devolverle las señales. Pues ése era el tiempo que la luz, viajando a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, necesitaba para ir y volver a través del vacío de ochenta millones de kilómetros entre los dos planetas.

El cuerpo frágil y grotesco de 774 se movió con impaciencia sobre la pequeña estera que ocupaba. En sus grandes ojos ardía el mismo fuego fascinado que un rato antes, cuando desde la ventana de su observatorio contemplaba Tierra y el cometa que se aproximaba. Su mirada estaba infaliblemente fija en el lugar del globo en tinieblas donde iba a aparecer la señal.

A veces la luz era demasiado débil para que ni siquiera sus ojos entrenados y sensibles la vieran; en un punto cuidadosamente blindado del globo visor había montado una célula fotoeléctrica marciana capaz de recoger las señales luminosas más débiles y convertirlas en impulsos eléctricos, que eran amplificadas y retransmitidos a un instrumento situado cerca de 774.

Dicho instrumento reproducía las señales tal como se recibían de Tierra, aunque

dándoles mayor brillantez, a fin que éstas pudieran ser contempladas fácilmente. Otro aparato grababa cada destello para su posterior estudio.

## 2

El cuerpo de 774 se tensó de repente. Allí estaba la primera señal, parpadeando débilmente a través de millones de kilómetros, aunque en el desierto de Tierra requería sin duda fogonazos casi comparables a los que producía el poderoso dispositivo de 774.

Éste apenas los veía en el globo visor, pero el piloto del aparato reproductor los repetía con exactitud: fogonazos largos y cortos, que representaban los puntos y rayas del código Morse de Tierra.

Fogonazo..., fogonazo..., fogonazo..., fogonazo...

—¡Hola, Marte! ¡Hola, Marte! ¡Hola, Marte! Tierra llamando. Tierra llamando. Tierra llamando —deletreaba el mensaje, mientras 774 se hallaba absorbido por la colosal tarea que él mismo se había fijado.

En el fondo de su memoria tenía presente que ya había sido decretada su muerte y que pronto, si no ocurría algo sin precedentes, su trabajo y el de su amigo terrestre quedarían inconclusos antes que las inteligencias de los dos mundos hubieran podido encontrarse realmente e intercambiar ideas. Pero eso no le hizo desistir ni desvió la atención que ponía en su tarea; al contrario, parecía agudizar su inteligencia y reforzar su empeño.

Su mente parecía dividida en dos partes, una fría, lógica y científica, y la otra atrapada entre contradicciones, luchando consigo misma y con su lealtad para con las tradiciones consagradas por el tiempo.

—¡Hola, Marte! ¡Hola, Marte! Tierra llamando. El hombre de Marte llega tarde..., tarde..., tarde..., tarde... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Cuatro más cinco igual a nueve. Dos por tres seis. Hombre de Marte llega tarde..., tarde..., tarde..., tarde...

¿Podía 774 descifrar este enredo de fogonazos de luz, que representaban palabras y números terrestres en código Morse? ¿Hasta qué punto *podía* comprender?

La comprensión de algo desconocido casi siempre se basa en la de algo semejante que exista previamente en la experiencia del individuo en cuestión. La mente de 774 era muy inteligente y metódica pero ¿qué podían tener en común un terráqueo y un marciano? Ciertamente existían muchos puntos de contacto, pero para dos entidades tan diferentes en su aspecto físico, sentidos, medio ambiente y modos de vida, desconocedores además de cómo era el lejano mundo del otro, tales experiencias

semejantes eran muy difíciles de hallar.

Ante todo, los mensajes que 774 recibía eran símbolos codificados del alfabeto terrestre, equivalentes a distintos sonidos que, agrupados, configuran las palabras del discurso oral.

Recordemos que 774 no poseía el sentido auditivo y no conocía el sonido sino como fenómeno interesante registrado por sus instrumentos científicos y como vibración detectable al tacto, lo mismo que los seres humanos pueden notar las vibraciones sonoras tocando un sólido. No tenía oídos ni órganos vocales bien desarrollados.

Aunque nos parezca raro, antes de su experiencia con la luz no tenía ni idea de lo que era una palabra hablada, escrita ni representada por un grupo de señales. Como los métodos marcianos de comunicación y registro de los conocimientos difieren tanto de los nuestros, la palabra habría sido para él un misterio tan grande como para un gatito recién nacido.

Tratar de describirle el sonido según lo conocemos gracias a nuestro sentido del oído, habría sido tan inútil como hablarle de los colores a un ciego de nacimiento. Era sencillamente imposible. Aunque averiguase que el sonido y el discurso oral existían, jamás podría comprenderlos totalmente, y mucho menos intercambiar impresiones con un terráqueo. Tampoco nosotros podríamos entender cómo eran los colores ultravioleta o infrarrojo, por ser totalmente ajenos a nuestra experiencia.

Frente a tan enormes desventajas, y pese a su inteligencia y sus conocimientos científicos, era como un niño ignorante y ansioso por aprender, a la vez que tosco y pronto a cometer errores que, desde el punto de vista de un terráqueo, habrían resultado más que infantiles.

En cierta ocasión ensayó un método propio para establecer comunicación. Si los pobladores de Tierra hubieran sido una raza física y psicológicamente semejante a la marciana, habría obtenido un rápido éxito: pero sus esfuerzos sólo provocaron una serie de fregonazos sin sentido por parte de sus interlocutores. Al comprender que su método no servía para los terráqueos, renunció a hacer de maestro y se redujo al papel de alumno aplicado. «¡Hola, Marte!»: con estos dos grupos de símbolos siempre daban comienzo los mensajes de la lejana luz intermitente. Al principio, salvo una demostración inequívoca de inteligencia en la señal invariable y repetida con frecuencia, 774 no había podido sacar gran cosa de aquellas señales.

Para él, un saludo era aún más incomprensible que una palabra, si eso fuese posible.

Aunque intentara comprenderlo, no podría. En Marte, donde la comunicación no es hablada, los saludos no existen.

Así las cosas, acudió en su ayuda el ingenio terrestre, sin duda al apoyo de una casualidad favorable. 774 no tuvo dificultad en distinguir los veintiocho símbolos alfabéticos del código Morse. Cuando las entidades de Tierra que manejaban la luz transmitieron dígitos codificados en la secuencia cero, uno, dos, tres, cuatro, cinco,

etcétera, tampoco tuvo dificultad para reconocer y catalogar cada señal por separado, aunque el significado de las mismas fuese aún insondable para él.

Cuando el cómputo pasó del nueve y aparecieron números de más de un dígito, 774, después de devanarse largamente los sesos con el acertijo, tuvo el primer destello de comprensión. No era todavía una verdadera comprensión, sino la intuición del hecho que el resultado concreto y comprensible no andaba muy lejos.

Observó que sólo existían diez símbolos distintos en aquel sistema, evidentemente muy distinto del otro sistema misterioso de veintiocho símbolos. Los primeros no se combinaban en grupos de señales o palabras. A medida que los destellos continuaban, cada símbolo parecía entrar en relación definida con los demás.

Siempre aparecían en sucesión fija. Al uno le seguía el dos, al dos el tres, y así sucesivamente, hasta diez. El primer símbolo de un grupo de dos dígitos siempre se repetía diez veces durante la cuenta, mientras el segundo símbolo cambiaba según la regla fija inicial.

Quizá 774 tuviera ya una vaga idea del sistema numérico terráqueo cuando su amigo de la luz pasó a transmitir problemas aritméticos sencillos. Evidentemente, uno más uno es dos en Marte lo mismo que en Tierra.

Aquello fue el verdadero comienzo. 774 había estudiado cuidadosamente aquellas sencillas igualdades y, por último, logró interpretarlas. Finalmente, en un mensaje como «tres más tres igual a seis», pudo captar la relación que existía entre las señales numéricas. La última del grupo era la suma de las dos anteriores.

Al fin comprendió. Se trataba de algún extraño método terrestre para expresar la cantidad de algo. El primer contacto entre Tierra y Marte quedaba establecido.

Estimulado por el éxito, 774 progresó rápidamente después de aprender el sistema decimal terrestre. Si tres más tres igual a seis, y dos más cinco igual a siete, entonces cuatro más cinco igual a nueve, aunque no se estuviera seguro de lo que significaban los símbolos intermedios que el terráqueo había inventado: «m-á-s» e «i-g-u-a-l». El marciano transmitió:

—Cuatro más cinco igual a nueve.

El parpadeo de respuesta pareció bailar de júbilo:

—Cuatro más cinco igual a nueve. Sí, sí, sí. Cinco más cinco igual a diez. Ocho más cuatro igual a doce. ¿Nueve más siete igual a...? ¿Igual a...?

Con gran sagacidad, 774 entendió inmediatamente lo que se le pedía. Querían respuestas. Aunque los números de dos dígitos aún le representaban una dificultad, quiso aventurarse y transmitió su interpretación de la suma:

—Nueve más siete igual a dieciséis.

Durante los meses siguientes, mientras la posición de ambos planetas fue favorable para la observación astronómica, el trabajo continuó empleando diversos métodos. A

veces, 774 transmitía sus propios problemas de sumas, dando las soluciones. Si éstas eran correctas, la luz siempre relampagueaba «sí, sí, sí» jubilosamente y repetía la igualdad.

En las raras ocasiones en que los problemas eran más complicados y 774 cometía errores, el mensaje de respuesta era «no, no, no», y comunicaban la corrección.

De este modo, 774 supo por primera vez de las palabras, representadas por las veintiocho letras del alfabeto en código. «Sí, sí, sí», significaba que había acertado y «no, no, no», que se equivocaba. Comprendió que cada grupo de símbolos alfabéticos representaba, burdamente, una idea definida. «Más» e «igual a» en una sencilla suma indicaban ciertas relaciones entre los números, relaciones distintas a las expresadas por otras palabras.

Una vez cometió un error que se lo demostró claramente. Fue durante la transición de los problemas de suma a los de multiplicación. Diez más dos era distinto a diez por dos.

Diez más dos sumaban doce, mientras que diez por dos eran igual a veinte. «Por» representaba una operación diferente de «más».

De modo parecido descubrió lo que significaban palabras como «dividido por» y «menos», fijándose en la relación de los números en ambos miembros de las respectivas igualdades.

Cuando supo cómo se hace una simple división en Tierra, 774 entendió con facilidad los decimales. En una operación como treinta y seis dividido por cinco igual a 7,2 podía relacionar los métodos de cálculo marcianos con los métodos terrestres. Sabía al estilo marciano cuánto era treinta y seis dividido por cinco y, naturalmente, la respuesta así obtenida podía representarse con el 7,2 terrestre, ya que era lo mismo.

774 descubrió en el número 3,1416, la relación entre la circunferencia y el diámetro.

Por ello, el mensaje «diámetro multiplicado por 3,1416 igual a longitud de la circunferencia», a menudo repetido por la luz, podía intuirlo vagamente, aunque desde luego no fue descifrado en seguida. «Tierra, planeta tres; Marte, planeta cuatro» fue un mensaje fácil, pues el sistema marciano empleaba los números para designar a los planetas según su órbita a partir del Sol. Ayudado por el mensaje: «Tierra, planeta tres tiene una luna. Marte, planeta cuatro tiene dos lunas», había logrado confirmar a medias su hipótesis.

Torpemente, pero reproduciendo las palabras terráneas con la fidelidad de un buen imitador, transmitió:

—Planeta uno tiene cero lunas. Planeta dos tiene cero lunas. Tierra, planeta tres tiene una luna. Marte, planeta cuatro tiene dos...

La luz envió un «sí, sí, sí», entusiástico, y luego el débil resplandor parpadeante había dicho:

—Mercurio, planeta uno, no tiene luna. Venus, planeta dos, no tiene luna. Júpiter, planeta cinco, tiene nueve lunas. Saturno, planeta seis, tiene diez lunas... —y así

sucesivamente hasta Plutón—. Planeta nueve, más lejos que Neptuno.

De este modo, 774 supo el nombre de los planetas y el significado de las palabras «luna» y «planeta». Asimismo adquirió una vaga idea de verbos simples como «tener».

El proceso de su educación terrestre continuó poco a poco, dependiendo en gran medida de conjeturas racionales, aunque no muy seguras, y exigiendo enorme paciencia tanto en el educador como en el alumno. Recordemos lo difícil que es enseñar a hablar a una persona sordomuda y ciega de nacimiento, aunque ni siquiera esta comparación da una idea suficiente de la dificultad de aquella empresa.

774 llegó a conocer algunas palabras terrestres y conjeturaba con más o menos acierto el significado de otras. Podía deducir el sentido general de palabras como «nieve», «nubes» o «tormenta», pues cada vez que aparecía una gran perturbación atmosférica sobre el continente de la luz y perturbaba las observaciones, el comunicante repetía aquellas palabras.

Aprendió la estructura de los verbos más simples y tal vez supo de la formación del plural en los sustantivos mediante la adición del símbolo «s». El «hola» de la frase: «¡Hola, Marte!», todavía era para él un enigma. Respondía correctamente diciendo: «¡Hola, Tierra!», porque así lo hacían los terrestres, pero el sentimiento humano que implica el saludo seguía siendo desconocido para él, al ignorar que aquellos símbolos terráqueos correspondían a un valor sonoro.

Se había progresado, pero la forma que adoptaban las inteligencias de Planeta Tres, su modo de vida, sus máquinas y sus progresos seguían siendo, como siempre, un misterio. El gran sueño de la comunicación inteligente aún pertenecía al futuro, y ya no habría futuro, sino muerte y una gran promesa incumplida.

Esa promesa había sido, era todavía, el sentido de la vida de 774. Seguía trabajando sin dejarse abatir, como si aún tuviera por delante mil años de investigaciones. Quizá fuera sólo un hábito; mientras tanto, en su mente se agitaban pensamientos que nosotros, los de Tierra, no podemos sino suponer.

—Llegas tarde, hombre de Marte. Tarde, tarde, tarde —emitió el débil parpadeo del globo visor y la luz más brillante de la lamparilla reproductora; 774 se concentró en su trabajo.

Comprendía la mayor parte del mensaje. Sabía que la luz se refería a él como «Hombre de Marte», y «llegas» debía ir acompañado de un grupo de señales que les describieran. Pero «tarde», la esencia de la frase, la palabra que le daba sentido, era nueva. ¿Qué significaría «tarde»?

La intuición le decía que alguna circunstancia particular de aquel momento había intervenido para suscitar lo de «tarde», puesto que nunca lo habían dicho antes. ¿Cuál sería esa circunstancia? Aquel problema le desafiaba. Tal vez la luz deseaba señalar que se había retrasado en emitir la señal de llamada. Pero esto era sólo una conjetura que podía ser correcta o equivocada.

Quizá pudiera confirmarlo. Otro día se retrasaría de intención varios minutos en



emitir la llamada; luego, como comienzo, afirmarí­a que era «tarde» y, si la suposición era correcta, la luz lo confirmaría.

De momento, la nueva combinación de signos podía esperar. 774 confiaba en que la luz emitiera otros mensajes más habituales.

—Cometa viniendo. Cometa viniendo. Cometa viniendo —comunicó el parpadeo de la lamparilla reproductora—. Cometa viniendo hacia Sol, Marte y Tierra. Cometa viniendo.

Cometa viniendo. Cometa viniendo.

Si 774 fuera un hombre, tal vez se habría sorprendido. Pero no por el mensaje en sí, buena parte de cuyo contenido entendía perfectamente. «Cometa» no era una palabra nueva en su experiencia; en varias ocasiones, cuando aquellos vagabundos de larga cola regresaban al Sistema Solar después de realizar una larga excursión al espacio interestelar, la luz había relampagueado esa misma información: «Cometa viniendo».

El marciano conocía el significado de «cometa» e interpretaba la diferencia entre «cometa viniendo» y «cometa alejándose», pues la primera indicaba que el visitante celeste entraba en el Sistema Solar, y la segunda que estaba abandonándolo. Durante varias noches la luz le dijo que se acercaba un cometa y recibió la información como algo no demasiado sorprendente ni nuevo, aunque desconcertándole otras palabras del mensaje, por ejemplo «hacia». Aún no había logrado comprender lo que significaba «hacia».

No, no fue el mensaje propiamente dicho lo que sorprendió tanto a 774. De algún modo, aquella noche, el lejano destello de Tierra, al comunicar en clave la llegada de un visitante, relacionaba dos ideas de 774 y le sugería una idea: una inspiración colosal que sólo un genio —respaldado por unos conocimientos bastante superiores a los humanos y una familiaridad espléndida con los mayores avances científicos— habría sido *capaz* de concebir.

En un instante sublime, todos los sueños y esperanzas de 774 se unieron al cometa.

¿Sabría rebelarse contra los milenarios convencionalismos del viejo Marte?

### 3

Una inquietud casi eléctrica pareció apoderarse de 774. Sus ojos fríos, fijos en la lamparilla reproductora, resplandecieron con impaciencia. El mensaje que un instante antes merecía la atención de todas sus facultades deductivas, ahora le importaba muy poco. Tradujo rutinariamente las señales, comprendiendo lo fácil y sin molestarse en

analizar lo nuevo. Aguardó con tensa impaciencia a que la luz callase y le tocase a él su turno de hablar. Tenía algo que *debía* decirle a su amigo de Planeta Tres y *debía* decirlo de modo tal, que pudiera estar seguro de ser comprendido. ¿Cómo? ¿Cómo organizar aquellas señales extrañas y poco prácticas de las que sabía tan poco, para que la información que necesitaba transmitir fuera recibida y correctamente comprendida?

Llegaba la frase con que terminaban todos los mensajes de Planeta Tres:

—Tierra esperando a Marte. Tierra esperando...

La manchita de luz apenas perceptible desapareció del globo visor del telescopio lo mismo que el palpitante resplandor púrpura de la lamparilla reproductora. La oscuridad parecía cargada de expectación y tensa espera. Era un desafío lanzado al intelecto y la inventiva de 774.

En sus posiciones relativas, Tierra y Marte estaban entonces separados por unos ochenta millones de kilómetros, o sea cuatro minutos–luz y medio. Por tanto, todo mensaje luminoso tardaba cuatro minutos en viajar de Tierra a Marte y viceversa.

Para evitar confusiones, 774 y su amigo de Planeta Tres habían adoptado un sistema con el cual cada uno transmitía sus señales durante dos minutos, haciendo luego una pausa de dos minutos, durante los cuales el otro podía responder. El marciano había aprendido a reconocer e interpretar, según su método para medir el tiempo, aquel intervalo de tiempo terrestre.

Ahora era su turno y, si bien lo que tenía que decir era lo más importante que había transmitido nunca, titubeó aparentemente derrotado por la enorme dificultad del problema.

Pero la premura de tiempo aguijoneó su mente, poniéndola en tensión total y confiriéndole una agudeza inaudita. Al menos, debía intentarlo, aunque fuese una aventura y pudiera cometer errores, pero debía intentarlo.

El conmutador de señales se movió en respuesta a sus delicados impulsos y las explosiones atronaron y resplandecieron sobre la cúpula. El marciano transmitió durante tres minutos, violando las reglas y sin dejar de repetir la misma frase, aunque cambiando el orden de las palabras con la esperanza de hallar la combinación adecuada para hacerse entender.

No aguardó una respuesta, Tierra ya estaba baja en el horizonte oeste, y los fogonazos de la débil estación de Tierra serían demasiado tenues, temblorosos e inciertos debido a la densidad de la atmósfera marciana en tales condiciones. Además, tenía muy poco tiempo y demasiadas cosas que hacer.

A una maniobra de los mandos, el gran tubo del telescopio giró pesadamente hasta apuntar al cometa, que aún se hallaba alto en el oeste. La abertura circular de la cúpula giró automáticamente con el telescopio.

La cabeza muy aumentada del cometa ocupó el globo visor, brillante, plateada y tenue alrededor de la zona sólida del incandescente núcleo central.

Puso en marcha delicados instrumentos; midió y calculó velocidades, distancias y

densidades. Pero aquélla no era una simple investigación teórica. Sus ojos ardían con decisión inflexible. La sombra de la muerte rondaba muy cerca.

La actitud de 774 ante la muerte no se parecía en nada a la de los humanos. En el torbellino de sus pensamientos, sólo una cosa estaba clara: el cometa iba a pasar cerca de Marte y también cerca de Tierra. Este hecho ofrecía una oportunidad estupenda. Pero el tránsito duraría sólo diez días, después de los cuales se perdería la ocasión. A menos que pudiera culminar en ese tiempo la más vasta empresa que ningún humano o marciano hubiera abordado jamás.

Concluyó sus mediciones rápida y eficazmente. Sonaron algunos interruptores.

Poderosos mecanismos e instrumentos increíblemente delicados y sensibles dejaron de funcionar. La abertura circular de la cúpula se cerró, ocultando las estrellas y el cometa. El observatorio descansaba, pues su dueño frágil y extraño ya no iba a necesitarlo.

El marciano recorrió un pasillo; los miembros articulados de la máquina que lo transportaba resonaban con ruido tintineante y regular.

Salió a una terraza que daba a un pozo lleno de extraña niebla verde. Saltó sin dudar y, aparentemente suspendido y retardada su caída por la materia esmeralda que llenaba el vacío entre los muros metálicos, descendió tan segura y delicadamente como una pluma en la densa atmósfera de Tierra.

Al fondo del pozo se abría otra gran cámara de techo bajo cuyas distintas paredes desaparecían en el resplandor esmeralda que lo inundaba todo, dejando ver las brillantes formas de unas máquinas gigantescas.

Aquél era el taller de 774, y allí se puso a trabajar en seguida, con la eficacia fría y pausada que caracteriza a los hijos del agonizante Marte.

No era la primera vez que luchaba con el problema que ahora retenía su atención, y había aprendido muchas cosas. Pero las dificultades técnicas con que había tropezado le convencieron del hecho que la solución del problema debía remitirse a una época futura.

Pero ahora, algo había cambiado. Existía una posibilidad imprevista, que podía resultar bien o no. Era una apuesta.

No había tiempo para más experimentos. Tal vez no fueran necesarios, pues 774 ya dominaba los principios fundamentales. Debía proyectar y construir; por encima de todo, debía actuar con seguridad y rapidez.

Pensaba en cierto valle yermo del desierto. Quizás hacía mil años que nadie sino él lo visitaba. Las aeronaves casi nunca sobrevolaban aquella hondonada seca entre las áridas colinas de Marte. Sería el lugar ideal para la conclusión de su tarea, pues no se atrevía a quedarse en su taller.

Sutiles impulsos eléctricos transmitieron sus órdenes y, en respuesta, cinco formas gigantes, paradójicamente humanoides, forjadas en metal brillante, se levantaron de sus lugares de descanso para cumplir sus deseos. Bajo su guía, prepararon el éxodo apilando instrumentos, herramientas y otros objetos y

embalándolos en cajas de metal; ataron largos brazos metálicos en grandes grupos fáciles de transportar. Mientras tanto, 774 trabajaba con una complicada calculadora marciana.

Así transcurrió la noche. Bajo el crepúsculo casi instantáneo que precede al amanecer, la extraña caravana se puso en marcha. El marciano había cambiado de identidad; ya no parecía un frágil bulto de protoplasma viviente, sino un gigante de metal como los cinco autómatas que le ayudaban, pues la poderosa máquina que conducía era tan versátil, tan rápida y precisa en responder a sus gestos, que en todo sentido constituía un verdadero cuerpo.

La complicada máquina desplegó unas alas metálicas que comenzaron a agitarse pesadamente. El marciano voló alrededor de sus servidores, que avanzaban poco a poco sobre el terreno, portando las pesadas cargas. Contempló unos momentos la cúpula de su observatorio y sus paredes de piedra, a juego con el color pardo de las arenas del desierto.

Pero el hecho de haber vivido la mayor parte de su vida, en aquella estructura que ahora abandonaba para siempre, no suscitó ningún sentimiento en él. No tenía tiempo para sentimientos. Además, se preparaba para las pruebas y peligros que indudablemente iban a sobrevenir.

Dio otra vuelta en el aire, explorando el terreno con atención, previendo la posibilidad del acercamiento de alguna aeronave. No le convenía ser visto, y si aparecía una nave tendría que ocultarse. El peligro no era grave, sin embargo, en lo concerniente a su propio pueblo.

La anulación de una condena de muerte decidida por el mando, prácticamente carecía de precedentes. Durante miles de años, los marcianos habían obedecido tan fielmente las órdenes de sus gobernantes, que desconocían las cárceles. Cuando se recibía la orden, la gente de Marte iba a la muerte por su propia voluntad, sin precisar verdugos. Nadie sospecharía que 774 se proponía eludir la sentencia.

No parece que 774 se alegrase de rebelarse contra las antiguas leyes — probablemente se sentía incluso culpable— pero su impaciente afán de aprender y su entrega a la causa en la que había comprometido su vida constituían un móvil que le impelía a desafiar el código, y las tradiciones seculares.

Las estrellas y el ocioso Deimos, el satélite más alejado, brillaban entre una niebla cenicienta que oscurecía el horizonte en todas direcciones. Una brisa poderosa y cortante empezó a soplar desde el oeste. Cuando salió el sol, la niebla se levantó dejando ver un cielo cargado y tempestuoso cruzado por largas y agoreras rayas rojas y anaranjadas. El marciano conoció lo que se le venía encima y el peligro que implicaba.

El viento se hizo cada vez más violento, soplando a ráfagas hasta convertirse en un cierzo continuo de poderío comparable al de un huracán terrestre. De existir oídos humanos para escuchar, habrían captado el rumor creciente de millones de partículas voladoras de arena, que se alzaban produciendo un zumbido confuso e inquietante.

A medida que los torbellinos de arena rojiza se espesaban y ascendían en la atmósfera, el sol se convertía en un disco rojo colgado entre tinieblas, y sólo una fracción de su luz normal llegaba al suelo.

El marciano bajó para continuar la marcha por el terreno al lado de los robots. Había presenciado muchas de aquellas terribles tempestades de polvo en Marte y no le sorprendían, lo mismo que un viejo marino de Tierra sabe soportar las tormentas. Le protegía el domo hermético de cristal en la parte superior de la máquina que conducía, y respiraba aire puro filtrado.

Lo peligroso sería que se cegara la batería de filtros que suministraba oxígeno a sus autómatas, o verse accidentalmente sepultado por algún lecho de arena movediza recién formado, o enterrado bajo las nubes de polvo que se arremolinaban a su alrededor. Pero tales peligros eran inevitables y había que enfrentarse a ellos.

Urgido por la faceta de tiempo, 774 apremió a sus robots para que avanzaran al paso más rápido posible sobre aquel suelo movedizo. Los largos miembros articulados de los gigantes de metal avanzaban resueltamente hacia el este, contra el viento y la arena, y escalaron con facilidad varias colinas de roca pese a su gran volumen propio y al peso de las cargas que transportaban.

Por dos veces cruzaron unas cañadas artificiales profundas, de treinta kilómetros de ancho, que en Tierra reciben el nombre no del todo correcto de «canales». De vez en cuando dejaban atrás los tallos secos y desnudos de la pavorosa vegetación marciana, que se destacaban como grotescos pilares totémicos en medio de la tormenta. Los canales estaban tan desolados como el desierto, pues apenas había comenzado la primavera y el agua de los casquetes polares aún no bajaba por la red de acueductos ni por las tuberías enterradas bajo el lecho del canal.

Cuando apareciera el agua, la vegetación crecería con rapidez en las rectilíneas orillas de cientos de zanjas abiertas a través del terreno yermo desde tiempo inmemorial. Pero aún no se veían las grandes máquinas sembradoras marcianas, pues era demasiado pronto incluso para ellas.

Las precauciones tomadas por 774 parecían totalmente innecesarias, pues no vio rastro de los de su especie ni de otras criaturas vivientes. Estaba tan absolutamente solo en la región de los canales como en el mismo desierto.

Al caer la tarde llegó a su destino. Mientras tanto el viento había cesado y el aire estaba purificándose. Entonces dio comienzo el trabajo. Dos robots, equipados con palas mecánicas, habían abierto un gran agujero en la arena. Con febril actividad, los otros dos ayudaban en otras tareas a 774. Clavaron algunas vigas alrededor del pozo. Tomaba forma un material extraño y oscuro. De una máquina ancha y baja brotaba un chorro de metal derretido, y un hilillo de humo blanco subía por el aire encalmado.

Al anoecer, 774 se detuvo para contemplar a Planeta Tres, que flotaba en el cielo occidental brillando, espléndido, en medio de su séquito de estrellas, por encima de las lomas que bordeaban el valle. Aquella noche la luz parpadearía en vano llamando con impaciencia al Hombre de Marte. No habría respuesta. Más arriba, y

difícilmente visible por su menor luminosidad, aparecía la saeta plateada del cometa.

Quizá 774 se preguntaba lo que pensaría su desconocido amigo terrestre al no recibir respuesta desde el disco marciano. Quizá trataba de imaginar, como tantas veces hiciera, el aspecto de su amigo terrestre. Tal vez se preguntaba si iba a conocerle pronto.

La distracción sólo fue momentánea. Había mucho que hacer, pues tenía que adelantar a la par con el cometa. Los marcianos duermen muy poco, y no quedaba duda del hecho que 774 se pasaría en vela aquella noche, la siguiente y la otra.

## 4

El joven Jack Cantrill echó una breve ojeada al gran motor diesel después de revisarlo, y luego, con aire decidido, se limpió las grasientas manos con un puñado de trapos de algodón. La instalación funcionaba perfectamente. En otras circunstancias, quizá se habría detenido a admirar la fuerza y la perfección de la máquina objeto de sus atenciones. Pero, aun siendo tan amante de las máquinas como era, ahora tenía prisa.

No se detuvo a ver cómo se reflejaban las lámparas de incandescencia sobre la periferia pulida del volante, ni a contemplar las chispas azules que saltaban entre las escobillas de la gigantesca dinamo del grupo electrógeno.

Algo más importante le ocupaba y, además, acababa de ocurrírsele una idea bastante curiosa. Primero el viejo Doc Waters e Yvonne se echarían a reír, pero luego la idea les sorprendería tanto como a él. Tenía que decírselo en seguida.

Arrojó el puñado de hilaza de algodón en una papelera metálica; luego comprobó rutinariamente los cuadrantes e instrumentos del apretado cuadro de distribución. Ajustó un pequeño reóstato e hizo una señal con lápiz rojo en un gráfico de la pared. Luego, olvidando que llevaba ropas ligeras y estaba acalorado, salió a la frescura de la noche en el desierto.

La fría brisa disipaba el olor a combustible quemado. Tuvo un escalofrío, pero no se preocupó. El ruidoso escape del motor de alta compresión en su cobertizo metálico dejó de oírse a medida que se alejaba por el sendero que conducía a la cumbre de una colina cercana.

En la cresta de una loma vecina, una gran mancha de luz deslumbradora se encendía y apagaba con regularidad. Decenas de inmensos reflectores, con una intensidad de miles de millones de bujías; dirigían hacia las estrellas sus ráfagas cortas y largas. Jack Cantrill les dirigió una ojeada breve pero intensa, mientras movía los labios como si estuviera contando.

La puerta del observatorio emplazado en la cumbre de la colina se abrió al empujarla.

Cruzó una pequeña antesala y entró en la cámara circular que albergaba el telescopio.

Una sola lámpara arrojaba su pálida luz sobre un gran escritorio repleto de cuadernos y papeles. Entre ellos, un cronómetro de precisión hacía oír su resonante tictac en aquella penumbra sobrecogedora y extraña.

Jack Cantrill se acercó tranquilamente a la plataforma situada bajo el ocular del telescopio, donde se hallaban los otros dos ocupantes de la sala.

La muchacha rubia era bonita, de una belleza pícara. Sonrió brevemente al ver llegar a Jack.

—¿Alguna novedad, compañeros? —preguntó.

Pretendía hablar en tono ligero e indiferente, pero su voz sonó ronca y ahogada, destruyendo toda pretensión.

El profesor Waters miraba por el ocular del gran instrumento. La claridad de la lámpara cercana hacía destacar las arrugas de su rostro, dándole un aspecto de cansancio. Hizo una mueca, abatido.

—Todavía no, muchacho —respondió—. Parece que Viejo Amigo nos ha abandonado por completo. Es extraño, teniendo en cuenta que no ha fallado ni una sola vez en nueve años, siempre que las condiciones de observación fuesen favorables. Pero ésta es la segunda noche que no recibimos sus señales. La cara oscura de Marte no ha lanzado ningún destello, y la célula fotoeléctrica tampoco detecta nada.

El joven miró con vacilación a la muchacha, y luego al padre de ella; luego se pasó la mano por su ondulada cabellera pelirroja. Parecía un escolar a punto de pronunciar su primer discurso en público, mientras agitaba una hoja de papel que había sacado del bolsillo. Casi no se atrevía a exponer su idea.

—Yvonne..., Doc... —comenzó con timidez, en un torpe intento de recabar la atención para lo que estaba a punto de decir—. No soy un gran sabio; tal vez sea un gran tonto.

Pero... Bien, este mensaje..., el último, el que recibimos anteanoche..., creímos que era absurdo, pero, si se mira bien, casi tiene significado. Escuchen.

Carraspeó y se dispuso a leer lo escrito en el papel.

—Cometa viniendo. Sí. Cometa viniendo. Sí. Cometa viniendo de Hombre de Marte.

Cometa Hombre de Marte viniendo hacia Tierra. Cometa viniendo Hombre de Marte, Hombre de Marte. Cometa. Hombre de Marte. Cometa. Hombre de Marte. Cometa. Sí, sí, sí. Hombre de Tierra. Sí, sí, sí. Fin. Fin. —El delgado rostro de Jack Cantrill estaba ruborizado cuando acabó de leer—. ¿Comprenden? —susurró con la voz embargada por la emoción—. ¿No está perfectamente claro?

El bonito rostro de Yvonne Waters había palidecido un poco.

—Jack, ¿quieres decir...? ¿Te refieres a que él quiso decirnos que venía *aquí*, cruzando ochenta millones de kilómetros de vacío? ¡No podrá hacerlo! ¡Es imposible! ¡Es demasiada distancia y son demasiadas dificultades!

Su preocupación dio ánimos al joven.

—Lo has comprendido exactamente —repuso.

El profesor Waters no compartía su entusiasmo. Su actitud era meditativa y se frotó pensativamente la mejilla.

—Yo también lo pensé —admitió al cabo de un rato—. Pero me pareció demasiado delirante como para tomarlo en serio. De todos modos, es probable que tengas razón. —Dicho esto, el anciano pareció recapacitar de súbito y estalló—: ¡Cielos, muchacho! ¿Y si fuese verdad? Viejo Amigo nos habla del cometa. Si todo esto tiene ilación, el cometa debe tener algo que ver con su venida. Por lo que sabemos, podría servirse de él. Pasará cerca de Marte y de la Tierra. Si de algún modo consiguiera entrar en su campo gravitatorio, éste lo arrastraría prácticamente todo el camino. ¡Eso es! Economizaría una cantidad enorme de energía. ¡Su viaje, de otro modo imposible, cabe en el reino de lo posible!

—¡Al fin lo ha comprendido, Doc! —dijo Jack rápidamente—. Piense lo que significan sus propias palabras: ¿Y si fuese verdad? ¡Tal vez el primer contacto interplanetario! Las inteligencias de un planeta intercambiando ideas con las de otro.

Sin darse cuenta, Jack Cantrill había tomado la mano de Yvonne Waters. Los ojos de la muchacha centelleaban.

—Si fuese verdad, seríamos famosos, Jack —aseguró—. Papá, tú y yo recibiríamos los honores.

—Lo seremos, Yvonne —afirmó Jack sonriendo.

También el profesor condescendió hasta el punto de sonreír.

—Lo tenían todo preparado, ¿no? —Y agregó poniéndose serio—: La diferencia entre un terráqueo y un marciano debe ser grande y, por tanto vuestras ideas pueden resultar descabelladas, aun cuando la conjetura sobre el mensaje fuese correcta. No sabemos si los marcianos son humanos. Hay una probabilidad en un millón que éstos lo sean. Parece difícil que la evolución, actuando en un planeta tan distinto, haya dado lugar a un ser que se parezca remotamente a un hombre. Viejo Amigo es muy inteligente sin duda, pero sus dificultades con nuestro código parecen indicar que incluso el lenguaje hablado es algo nuevo y extraño para él. Ésta sería una diferencia, pero podría existir un siniestro parecido entre terráqueos y marcianos. ¿Quién sabe si no hay segunda intención en lo que creemos interés amistoso hacia nosotros? A veces, la conquista es más provechosa que el comercio. No podemos saberlo.

—¿No le parece que exagera, Doc? —inquirió Jack.

—Quizá... De todos modos, me dedicaré a poner en cifra algún nuevo mensaje —dijo el profesor, encaminándose al escritorio.

—Humanos o no, espero que sean guapos los marcianos —le dijo Yvonne a Jack, coqueta.



—Y yo espero que no, querida —respondió, tomándola cariñosamente por la cintura.

Estaba a punto de decir algo más cuando le llamó la atención lo que decía por teléfono el padre de la muchacha.

—¿Conferencias? Quiero hablar con Washington. Póngame con el señor Grayson, ministro de guerra. ¿Le parece raro? Es posible, pero hágalo.

Antes del amanecer, todos los observatorios de la Tierra se habían sumado a la vigilancia.

## 5

Muy lejos, en el Planeta Rojo, el trabajo de 774 progresaba con rapidez. Por último llegó la noche en que todo estuvo listo salvo una cosa. Un poderoso impulso, profundamente arraigado en todo ser viviente de la Tierra y de Marte, y quizá en todo el universo, lo llamaba a una ciudad situada en la encrucijada de cuatro canales, al este.

Aquel impulso patético era perfectamente comprensible según el criterio humano.

Las estrellas iban quedando atrás a velocidad vertiginosa mientras 774 volaba sobre el desierto en alas del ornitóptero que lo conducía al este. Debía tener cuidado, pero, ante todo, debía darse prisa.

La travesía duró cerca de una hora. Los grandes ojos del marciano, sagaces y felinos, observaron en un ancho canal una construcción angulosa y gigantesca, aunque apenas visible debido a la oscuridad. Cauteloso, como una sombra movediza, 774 se dirigió hacia ella. Los seudópodos de su autómata localizaron un panel de metal, que se abrió al contacto, revelando el resplandor verde de un inmenso pozo. Un instante después cruzaba flotando por los laberínticos túneles de la ciudad marciana sepultada.

Recorrió cerca de un kilómetro y medio por uno de los pasadizos, hasta llegar a una amplia cámara donde reinaba un calor húmedo. Estaba ocupada por miles de receptáculos de cristal puro y en cada uno había un bulto de materia blanda, de color púrpura, semejante a la jalea, pero con vida.

Ayudado tal vez por algún sistema numérico marciano, 774 localizó la caja que buscaba. La tapa se abrió al contacto. Saliendo de su vehículo autómata, introdujo una de sus delgadas extremidades en la caja de cristal.

Una veintena de filamentos nerviosos, delgados casi como cabellos humanos, salieron de la envoltura quitinosa que los protegía y palparon cariñosamente aquel protoplasma.

Éste respondió en seguida al toque cuidadoso de la extraña criatura que lo había pro-creado. Su delicada túnica se estremeció, y su contorno parecido a la jalea emitió un delgado pseudópodo, que envolvió los filamentos nerviosos de 774. Los dos permanecieron así varios minutos, totalmente inmóviles.

Era una grotesca parodia de una situación conmovedora totalmente humana; pero vista con ojos terrestres, su extrañeza le quitaba parte de su solemnidad. No se pronunció ninguna palabra ni hubo señales de afecto que un ser terrestre pudiera interpretar. Pero el intercambio de sentimientos, pensamientos y emociones entre padre e hijo tal vez fue mucho más completo de lo que habría sido en cualquier escena análoga sobre la Tierra.

Aun así, el marciano no descuidó sus precauciones. Quizá la intuición le avisó de que se acercaba alguien. Rápido, pero actuando con seguridad, regresó a su autómata, puso la tapa en el recipiente de cristal y se alejó por el túnel en penumbra. Pocos minutos después llegaba sin problemas a la compuerta en el fondo del canal. Las alas funcionaron y desapareció en la noche constelada.

Mientras regresaba velozmente a su apartado valle, vio ponerse el disco plateado y verde de Tierra en el horizonte occidental. Tal espectáculo debió suscitar en su ánimo un torbellino de presagios, como si estuviera enfrentándose a horrores desconocidos en un combate mortal. Moviéndose distraídamente una palanquita y, en respuesta, un haz de llamas brotó de un aparato que su autómata volador llevaba en un largo brazo. Donde el rayo tocaba, se fundía la arena del desierto.

En el cielo el cometa brillaba pálido, frío y cada vez más visible. En ese momento se hallaba muy cerca de Marte.

Al llegar a su valle, 774 descendió al pozo, donde se erguía un objeto plateado difícil de definir a la incierta luz de las estrellas. Una puerta se abrió y se cerró, y 774 se quedó trabajando a solas entre una asombrosa colección de máquinas.

Luego hubo un fogonazo cegador e incandescente y un rugido que sonó como el choque de dos mundos, seguido de un silbido agudo, torturado, desgarrado. El pozo se puso incandescente y el objeto plateado desapareció. Sobre el pozo, y elevándose muchos kilómetros en el cielo. Sólo quedaba una gran estela de vapor, sonrosada por efecto de su alta temperatura. Transcurrirían muchos minutos antes que aquella inmensa nube se enfriara lo suficiente como para desaparecer.

El marciano tenía el cuerpo maltratado, roto y quebrado; la terrible aceleración le aplastaba y la conciencia estaba a punto de abandonarle, pese a su gigantesco esfuerzo de voluntad por retener la lucidez. Pocos minutos después no importaría si se desmayaba, pero ahora necesitaba vigilar y maniobrar los mandos. Si no eran manejados correctamente, todo su trabajo iba a ser inútil.

Pero la oscuridad del desvanecimiento empezaba a vencerle. Luchó valientemente contra las tinieblas cada vez más densas que empañaban su visión y obnubilaban su mente. Aunque todo su ser quería descansar, se mantenía ferozmente concentrado en la tarea. Era demasiado lo que estaba en juego. Aquella lámpara..., brillaba en rojo

cuando debía estar en violeta. Tenía que ocuparse de ello. La nave perdía estabilidad. Un pequeño reajuste de los delicados mandos solucionaría eso, si lograba hacerlo a tiempo.

De una herida en el costado de 774 salía un líquido pegajoso y húmedo. Con algunos miembros fracturados, procuraba ineficazmente dominar los complicados mandos.

Mientras tanto, sus ojos vidriosos permanecían inflexiblemente fijos en la estela del cometa hacia donde se dirigía con su extraña nave. ¿Podría llegar? ¡Debía lograrlo!

## 6

En Tierra, el profesor Waters, su hija y el joven ingeniero observaban y esperaban. Era un trabajo tenso y agotador, cargado de monotonía, con mil fantasías pavorosas y preguntas a las que no se podía responder con certeza.

Ni siquiera estaban seguros de si sentían miedo o júbilo ante el ser desconocido cuyo acercamiento adivinaban, como tampoco sabían si la vigilia no sería más que una inmensa jugarreta de su fantasía.

El tiempo discurría con torturante lentitud. Los segundos se convertían en minutos, los minutos sumaban horas y las horas días que parecían siglos. En todo el mundo, la situación era semejante.

El noveno día desde que llegó de Marte el último mensaje luminoso, el profesor Waters había visto por el telescopio sobre la superficie del Planeta Rojo un trazo de luz blanca que al cabo de pocos segundos pasaba al rojo y casi de inmediato desaparecía por completo. Pocas horas después creyó detectar torbellinos leves y momentáneos en la envoltura gaseosa del cometa, que acababa de rebasar Marte en su viaje hacia el Sol.

Los periodistas, que habían viajado muchos kilómetros hasta aquel lugar solitario del desierto, no dejaban de acosarles pidiéndoles declaraciones. Los tres observadores les facilitaron toda la información que tenían; al fin, hartos de verse constantemente molestos por aquellos tozudos buscadores de noticias sensacionalistas, incluso les prohibieron la entrada en el campamento e hicieron tender una alambrada alrededor del mismo.

Por último, el cometa llegó a su máxima aproximación a Tierra. Pese a su luz débil y cenicienta en los cielos vespertinos iluminados por el sol, no dejaba de constituir un fenómeno pavoroso e impresionante, con su cabeza colosal en forma de abanico y la vasta extensión arqueada de su gigantesca cola de plata.

Al caer la noche en el desierto, el vagabundo visitante multiplicó por veinte su brillo y esplendor. Ya había rebasado el límite y se alejaba. Y aún no había ocurrido nada que satisficiera los deseos y las ansias de los observadores.

Los tres se hallaban en la galería de la casita de adobe que habitaban. Las fatigadas facciones del doctor Waters se relajaron, y suspiró ruidosamente.

—Ha quedado demostrado que somos unos tontos, supongo —comentó—. Nada ha ocurrido para justificar nuestros esfuerzos.

Dirigió a Jack Cantrill una mirada casi como de disculpa y agregó en tono brusco:

—Voy a acostarme.

El atractivo rostro de Jack se torció en una mueca.

—No es mala idea —admitió—. Creo que sería capaz de dormir una semana seguida.

De cualquier modo, si somos tontos yo soy el más grande, porque di lugar a todo esto.

Se volvió hacia el anciano y luego a la muchacha.

—¿Me perdonas, Yvonne? —preguntó afablemente.

—No —respondió con burlona seriedad—. ¡Me habrán salido arrugas por estar tanto tiempo desvelada! Deberías estar avergonzado —terminó con una risa burlona, y le pellizcó la mejilla en forma traviesa.

Llevaban varias horas acostados cuando, de algún lugar aparentemente muy lejano, empezó a llegar un débil silbido. Parecía la brisa nocturna soplando a través de un pinar.

Un objeto incandescente por el roce con la atmósfera cruzó el cielo. A dos o tres kilómetros del campamento, el objeto largó unos anchos planos metálicos, en un débil intento de equilibrarse y frenar su velocidad casi meteórica. Cambió de dirección y luego cayó a plomo. Al chocar contra el suelo levantó una nube de polvo y arena. Pero no había ojos humanos que lo vieran. Durante cerca de una hora no dio nuevas señales de vida o movimiento.

Yvonne Waters tenía el sueño ligero. Cualquier ruido desacostumbrado solía despertarla. El silbido lejano la agitó, sin despertarla. Más tarde, cerca de las cuatro de la madrugada, hubo nuevas alteraciones. Fue un ruido débil, crujiente, obstinado, que sugería la actividad furtiva de una fuerza poderosa.

Yvonne despertó al instante y se incorporó en la cama para escuchar. Lo que oyó suscitó asociaciones rápidas y exactas en su mente joven, ágil y fresca. Una cerca de alambre produciría un ruido parecido si algún ser grande y poderoso intentaba derribarla.

¡La empalizada!

Así era, en efecto. Oyó el golpe seco que indicaba la súbita rotura de un alambre tenso.

Ese ruido se repitió cuatro veces.

Yvonne Waters saltó de su litera y corrió a una ventana. Aún estaba muy oscuro,

pero a la luz de las estrellas vio una forma difusa que se bamboleaba y estaba acercándose.

La muchacha se dirigió con prontitud al cajón de la mesita de noche y tomó una pesada pistola automática. Luego corrió a la puerta y salió al pasillo.

—¡Papá! ¡Jack! —llamó con voz apagada—. He visto un ser de gran tamaño. ¡Viene hacia la casa!

El joven reaccionó con rapidez y corrió descalzo, frunciendo el ceño al asomarse por la ventana. Allí estaba, como una estatua en marcha, a menos de cincuenta pasos. No se veía bien a causa de la oscuridad, pero Jack Cantrill supo de inmediato que jamás había estado en presencia de nada parecido. Al parecer tenía un tronco erguido y cilíndrico de unos cuatro metros y medio de altura. En la parte superior tenía grotescos miembros articulados, y en la inferior se adivinaban largas patas en movimiento, como de araña.

Una pieza poliédrica coronaba el cilindro en tal posición, que semejaba una monstruosa cabeza humana inclinada a un lado, en actitud de escuchar.

Transcurrió un minuto. Yvonne Waters se puso las botas obedeciendo a un impulso instintivo. En el campamento siempre vestía de hombre, y durante las últimas noches a la espera de acontecimientos todos habían dormido vestidos.

Jack Cantrill, junto a la ventana, sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. El doctor Waters tenía la mano apoyada en el hombro del joven. Sus dedos temblaban ligeramente.

Fue Jack el primero en manifestar lo que todos pensaban:

—Supongo que es Viejo Amigo —susurró, procurando aparentar serenidad.

Nadie respondió, temiendo que cualquier ruido provocase consecuencias desastrosas.

El joven se devanaba los sesos. Tendrían que actuar en seguida, y era muy fácil hacer un movimiento erróneo.

—¡La linterna! —susurró una vez decidido.

La muchacha, acatando rápidamente su iniciativa, le entregó la gran linterna eléctrica.

—Ahora saldremos..., todos —ordenó—. ¡Armados!

Cada uno portaba una pistola. Se escabulleron hasta una pared lateral de la casa, conducidos por Cantrill. El extraño gigante estaba como antes, rígido y totalmente inmóvil.

Jack alzó la linterna. Apretó el interruptor con el pulgar y deletreó en código Morse el conocido mensaje:

—¡Hola, Hombre de Marte! ¡Hola, Hombre de Marte! ¡Hola, Hombre de Marte!

La respuesta fue inmediata, parpadeando desde un pequeño punto de luz verde en la «cabeza» angulosa del autómeta.

—¡Hola, Hombre de Tierra! ¡Hola, Hombre de Tierra! Cometa. Cometa. Cometa. Cometa.

El mensaje era muy claro, pero lo había emitido con una vacilación extraña, claudicante. Viejo Amigo siempre había sido preciso y rápido cuando emitía sus mensajes desde Marte.

Mientras los tres observadores aguardaban, fascinados, la gran máquina casi humana echó a andar hacia la casa. Sus movimientos eran poderosos, aunque irregulares e inseguros. Parecía poco más que una máquina desmandada cargando a ciegas. La inteligencia que la guiaba perdía el control. Nada podría impedir un accidente.

El robot chocó contra la pared de la casa con un golpe retumbante, se tambaleó y cayó con mucho estruendo acompañado de tintineos metálicos, hundiendo parcialmente el techo bajo su peso. Aunque estaba caído, sus miembros inferiores seguían simulando los movimientos deambulatorios.

Tenía los brazos abiertos. En el extremo de uno, un botón metálico dejó caer sobre la tierra un torrente de chispas azules que derritió la arena que tocaba con una nube de vapor incandescente. Transcurrió un minuto hasta que cesaron las chispas y los apéndices de la máquina quedaron inmóviles.

Mientras tanto, los tres observadores habían contemplado el pavoroso e inquietante espectáculo sin saber qué hacer. Pero cuando todo quedó en calma, se acercaron cautelosamente a la máquina caída. Jack Cantrill la recorrió con la luz de la linterna y se detuvo en la «cabeza» achatada del robot. Era de forma piramidal y la sustentaba una columna metálica flexible y de forma cónica. A un lado había una abertura, por donde había salido algo. Estaba oculto en la sombra, por lo que los observadores no repararon de momento en ello. Luego, Jack se desplazó y enfocó el haz de luz.

Era tan extraño que de momento no se fijaron bien, ajenos a su verdadera naturaleza.

Al principio les pareció una masa pardusca e informe, del tamaño de un paraguas corriente abierto. Parecía un gran amasijo de tierra húmeda, achatada al caer.

Al cabo de un instante los tres notaron las extremidades dentadas que salían de los bordes de la forma achatada, como los brazos de una estrella de mar. Algunas eran delgadas como zarcillos, y terminaban en filamentos increíblemente finos color coral.

Éstos se agitaban de un modo convulsivo.

Yvonne Waters fue la primera en hablar. Lo hizo con voz ahogada y temblorosa:

—¡Vive! —gritó—. ¡Papá! ¡Jack! ¡Es un ser vivo!

Oscuros instintos primitivos les dominaron, y se acercaron centímetro a centímetro, como perros callejeros, alargando el cuello para ver mejor aquella criatura que, para ellos, reunía la fascinación y el temor.

Entonces vieron que la parte central de aquel ser se contraía presa de espasmos dolorosos. Respiraba o, mejor dicho, jadeaba. Una especie de branquias rosadas se agitaban agónicamente alrededor de un orificio de forma cónica. Oyeron que el monstruo respiraba en suspiros prolongados y roncós a través de la abertura.

Pero los ojos de Viejo Amigo en los extremos de dos apéndices tentaculares que sobresalían bajo los pliegues externos de su cuerpo achatado, les miraban con un interés que nada podía disminuir. Eran muy grandes, de ocho centímetros de diámetro, y se leía en ellos una vida intensa, ahora ligeramente velada por la proximidad de la muerte. No hacía falta más para descubrir la inteligencia que se alojaba en aquel cuerpo monstruoso, inhumano, y más que humano sin embargo.

Yvonne Waters observó todo esto prácticamente en una ojeada. Vio el cuerpo del visitante cubierto de espantosas heridas, y también que varios de sus miembros estaban destrozados. Algunas lesiones parecían algo curadas pero otras, evidentemente, eran recientes. De éstas manaba una sangre muy roja, atestiguando un gran contenido de hemoglobina, como sería de esperar en un ser acostumbrado a respirar una atmósfera mucho más enrarecida que la de la Tierra.

Tal vez porque era mujer, Yvonne Waters salvó la diferencia entre terráqueo y marciano más pronto que sus compañeros.

—¡Está herido! —exclamó—. ¡Debemos encontrar el modo de ayudarlo! Hay que..., hay que..., buscar un médico —vaciló al pronunciar esta palabra, pues la idea parecía absurda, demasiado fantástica.

—¿Un médico para este monstruo? —preguntó Jack Cantrill, algo desconcertado.

—¡Sí! Es decir, quizá no —se corrigió la muchacha—. Pero debemos hacer algo. Es humano, Jack..., humano en todo menos en su forma. Tiene cerebro, puede sufrir como cualquier ser humano. Además, posee la misma valentía que nosotros tanto admiramos.

¡Piensa lo que representa el salto a través de ochenta millones de kilómetros de vacío helado y sin atmósfera! Es algo digno de respeto, ¿no? ¡Además, es nuestro Viejo Amigo!

—¡Por Dios, Yvonne, tienes razón! —exclamó el joven al hacerse cargo de repente—. ¡Aquí me tienes, perdiendo el tiempo como un tonto!

Se arrodilló junto al marciano herido, pero luego se detuvo, al ignorar cómo podría ayudar a aquella grotesca entidad de otro mundo.

En ese momento el doctor Waters, cuyas facultades eran más viejas y menos ágiles, acababa de salir de entre las nieblas del sueño y comprendió la situación.

—¡Voy a buscar el botiquín de primeros auxilios! —dijo rápidamente y regresó a la casa parcialmente destruida, sobre cuyo techo había caído el autómatas de Viejo Amigo.

Yvonne dominó su repugnancia natural y tocó la piel seca y fría del marciano intentando aliviar sus sufrimientos. En seguida, los tres se ocuparon de su pavoroso paciente, desinfectando y vendando las heridas. Pero no esperaban que sus esfuerzos sirvieran de mucho.

Al primer contacto, Viejo Amigo se removi6 convulsivamente, como si le inspirasen temor y repugnancia aquellos que le parecerían monstruos horribles; había emitido como un grito ronco Sin duda, comprendió que sus intenciones eran

amistosas, pues se relajó en seguida. No obstante, su respiración era cada vez más débil y convulsiva, y tenía los ojos vidriosos.

—¡Seremos idiotas! —declaró Jack con repentina vehemencia—. Está gravemente herido, pero eso no es todo. Está acostumbrado a una atmósfera seis veces menos densa que ésta. ¡Aquí se está abrasando..., ahogando! ¡Hay que conducirlo a un lugar donde no lo aplaste la presión!

—Montaremos un recipiente hermético en el cobertizo de los motores —dijo el doctor Waters—. No tardará más de un minuto.

Lo hicieron. No obstante, cuando colocaron a Viejo Amigo en una improvisada camilla, su cuerpo se estremeció y repentinamente quedó flácido. Sabían que Viejo Amigo —Número 774— había muerto. Pero, ante la posibilidad remota de hacerle revivir, lo colocaron en el recipiente hermético e hicieron un vacío parcial hasta que la presión interior fue el doble de la enrarecida atmósfera marciana. Por la llave de purga entraba lentamente aire fresco. Pero al cabo de una hora Viejo Amigo manifestó síntomas de *rigor mortis*. Había muerto.

Muchas ideas debieron recorrer las circunvoluciones de su cerebro marciano durante las pocas horas que vivió en Planeta Tres. Debió servirle de consuelo que su afán de saber hubiera sido parcialmente recompensado, su ambición realizada en parte. Pudo saber lo que había detrás y quién guiaba los fogonazos de luz. Había conocido a los habitantes de Planeta Tres. Su último pensamiento habría sido quizá para Marte, su mundo de origen, y para la lamentable condición de su raza.

Tal vez recordó a su hijo, que se criaba en la cámara a ochenta millones de kilómetros de distancia. Si no lo pensó antes, tal vez se le representaron las posibilidades de la Tierra para ayudar al agonizante Marte, puede que sus ideas en este sentido no fueran totalmente altruistas.

Lógicamente, esperaba que su amigo terrestre buscara en el desierto su vehículo espacial, para estudiar e interpretar su contenido.

Amaneció, y hacia el este algunas nubes livianas y sonrosadas fueron pronto disipadas por el sol.

En uno de los muchos cobertizos de chapa ondulada del campamento, Yvonne, Jack y el doctor se inclinaban sobre el cuerpo de Viejo Amigo, que yacía rígido y exánime sobre una larga mesa.

—Es un poco cruel preparar a este ser inteligente para sumergirlo en alcohol de modo que los curiosos visitantes de museos tengan algo que contemplar, ¿no les parece? —se quejaba Jack con fingida rudeza—. ¿Qué les parecería si ocurriese lo contrario..., si nosotros fuéramos los muertos y los curiosos de Marte vinieran a vernos?

—Si estuviera muerta, no me molestaría —rió la muchacha—. Sería un honor. ¡Oh, Jack! Mira esa extraña marca que hay en la piel de Viejo Amigo..., está tatuada



en color rojo. ¿Qué significará?

Jack ya la había visto. Era un círculo cruzado diametralmente por una barra y, como había observado la muchacha, se trataba de una marca o adorno artificial. Jack se encogió de hombros.

—¡A mí que me registren, querida! —se burló—. Doc, ¿cree que la nave espacial estará cerca?

El doctor asintió:

—Sin duda.

—Pues, ¡en marcha! ¡Busquémosla! Esto puede esperar.

Después de un desayuno muy rápido e incompleto, salieron a caballo, siguiendo el rastro que había dejado el robot marciano.

En la cumbre de una loma rocosa hallaron lo que buscaban: un largo cilindro metálico medio hundido en la arena donde había abierto un verdadero cráter. Las aletas de la nave espacial estaban abolladas, rotas y cubiertas de óxido gris azulado. En algunos puntos éste había saltado dejando al descubierto el metal brillante.

Destornillaron la ojiva de proa, revelando una rosca torneada que brillaba al sol.

Entraron en el lóbrego interior, registrando cuidadosamente el asombroso laberinto de instrumentos marcianos. El lugar apestaba con un acre olor a quemado.

En la parte de popa del compartimiento hallaron un gran cilindro de metal que se ajustaba exactamente al interior del casco. Muertos de sueño, se preguntaron qué sería e hicieron varios intentos cansinos de moverlo. A las nueve en punto llegó la guardia armada que el doctor Waters había solicitado.

—Diga a esos malditos periodistas que dejen de asediarnos y que se vayan al diablo —le dijo Jack Cantrill al teniente, mientras regresaba con sus dos compañeros hacia el campamento—. Vamos a dormir.

Transcurrieron varias semanas. En un hotel de Phoenix, Arizona, el doctor Waters hablaba con el señor y la señora Cantrill, que acababan de llegar.

—Dejaré el campamento y el aparato de señales en manos de Radeau y sus asociados —explicó—. Ya no hay más señales de Marte; además no tengo muchas ganas de continuar allí. Tenemos en perspectiva cosas mucho más interesantes. El cilindro que nos trajo Viejo Amigo contenía modelos, muchos planos y hojas de pergamino con dibujos.

Estoy empezando a descifrarlos. Describen la construcción de una nave espacial. Pienso ocuparme de ese problema durante el resto de mi vida. Quizá tenga éxito, gracias a la ayuda de Viejo Amigo. También habrá que apelar a la inventiva humana. Creo que los marcianos no han resuelto del todo el problema. Ya saben que Viejo Amigo se sirvió del cometa. —El doctor sonrió más al agregar—: Chicos, ¿les gustaría acompañarme algún día a Marte?

—No hagas preguntas tontas, papá —respondió Yvonne—. ¡Iríamos en cualquier

momento!

El joven asintió.

—¡Qué luna de miel, si pudiéramos salir ahora! —se entusiasmó.

—Sería mil veces mejor que ir a Seattle —asintió la muchacha.

El doctor sonrió débilmente.

—¿Aunque les tratarasen como al pobre Viejo Amigo..., puestos en conserva y llevados a un museo?

—¡Aun así, si no hubiera otro remedio!

Jack Cantrill entrecerró los ojos con aire absorto. Su rostro enjuto y bronceado estaba muy serio. Quizá miraba al futuro, hacia aventuras que podían o no verse realizadas.

El mismo espíritu pareció animar súbitamente la belleza fuerte y bronceada de la muchacha que estaba a su lado. Ambos amaban la aventura y conocían los aspectos duros de la vida.

En la puerta, Yvonne dio un beso de despedida a su padre.

—Sólo un paseo hasta Seattle, papá —explicó alegremente—, dos o quizá tres semanas. Luego volveremos aquí..., a trabajar contigo.

\* \* \*

*Viejo Amigo* causó gran impresión a los lectores, como demuestra el hecho de que Gallun se vio obligado a escribir una continuación, *The Son of Old Faithful*, que apareció en «Astounding Stories» de julio de 1935.

Lo más importante fue que los retratos benévolos de seres extraterrestres llegaron a ser corrientes después de la publicación de *Viejo Amigo*, sobre todo entre los escritores más experimentados. La antigua imagen del extraterrestre como villano insensato quedó relegada a los rincones más apartados y primitivos.

Como es natural, podríamos afirmar que Gallun no era del todo responsable de ello.

Tanto él como todos los demás recibían, inevitablemente, el influjo de las tendencias y acontecimientos de la época. En enero de 1933, Adolf Hitler asumió el poder en Alemania.

En los Estados Unidos, al menos, el racismo se había convertido en algo impopular.

Cualesquiera que fuesen los sentimientos particulares de los norteamericanos como individuos, se hacía difícil expresar en letra de molde cosas que pudieran asimilarse a la doctrina nazi.

Ya no se podía dar por sentado, como hacían los primeros escritores de ciencia-ficción, que los blancos nórdicos eran los héroes naturales y que, cuanto más oscura la tez, más villano el personaje. Y como dar por sentado que los seres extraterrestres

eran los malos venía a ser una especie de reflejo del racismo terrestre, eso también empezó a decaer.

Pero, si bien la tendencia era inevitable, Gallun fue el primero en expresarla de un modo realmente eficaz. Yo mismo he escrito narraciones que adolecen de una visión bastante primitiva de los extraterrestres como seres empeñados únicamente en la conquista, por ejemplo *The Black Prior of the Flame*, *C-Chute* y *In a Good Cause...*, aunque creo que siempre he procurado describir las razones de «ellos».

No obstante, en general me abstenía de meterme con extraterrestres, porque no deseaba verme más o menos obligado a tratarlos como simples villanos (véase *The Early Asimov*). Cuando los utilizaba, solía recordar el ejemplo de escritores como Gallun y los trataba con ecuanimidad, como en mis relatos *Hostess* y *Blind Alley*.

Por último, cuando decidí deliberadamente abordar el tema de los seres extraterrestres (en parte, porque me hablan molestado ciertas insinuaciones de que los evitaba porque no sabía tratarlos), escribí la segunda parte de mi novela *The Gods Themselves*. En ella los describí según sus propios criterios y los contemplé a través de sus propios ojos, lo mismo que *Gallun* en *Viejo Amigo*, y es posible que *Dua*, mi heroína, sea una evocación de la «Madre» en *La Era de la Luna*, de Williamson.

Supongo que fue en mérito a esta segunda parte por lo que *The Gods Themselves* recibió el Nébulas a la «Mejor Novela de Ciencia Ficción de 1972», votado por los escritores de ciencia-ficción de América, y el Hugo de la Trigésimo Primera Convención Mundial de ciencia-ficción celebrada en Toronto el 3 de septiembre de 1973.

## SEXTA PARTE: 1935

En primavera de 1935 terminé los estudios secundarios y me gradué en junio. La bibliotecaria de la escuela para varones que logró encontrar el «Boys High Recordar» de la primavera de 1934, también localizó un ejemplar del «Senior Recorder» de la promoción de junio de 1935, que ahora constituye una de mis más preciadas posesiones.

Podría preguntarme por qué no tenía yo un ejemplar (y también del otro «Recorder») guardado durante estos casi cuarenta años, pero ya he dicho que desconozco esa clase de sentimentalismo, el 1 de enero de 1938 empecé un Diario y lo conservo, pues me sirve como referencia. También guardo ejemplares de las publicaciones donde aparecen trabajos míos (uno de cada una), como referencia. Pero nada más.

En 1966, cuando la Universidad de Boston decidió reunir todos mis papeles y se puso en contacto conmigo por este motivo (les costó bastante hacerme comprender qué interés podían merecerles mis papeles a ellos o a cualquier otra persona), les di lo que tenía, que era muy poco.

—¿Esto es todo? —preguntaron.

—Sí —respondí con indiferencia.

—¿Dónde está el resto? —inquirieron.

—Lo he quemado —respondí, sembrando el desconsuelo entre los pobres caballeros de la biblioteca universitaria.

Naturalmente, ahora los reciben todos. Me da igual meterlos en la chimenea o en el sótano de una biblioteca, siempre y cuando no me vea obligado a guardarlos.

Si me hubieran pedido mis papeles en 1935, habrían recibido mi ejemplar del anuario; al presente, ya no existe.

Al hojear el anuario encontré la fotografía de un Isaac Asimov increíblemente joven (quince años), increíblemente delgado (sesenta y ocho kilos) e increíblemente dentado.

En realidad recordaba la foto, pues por alguna razón mi padre había guardado una copia y la tenía en el espejo del tocador de su dormitorio. De lo contrario, no me habría reconocido.

El pie de la foto decía que yo planeaba ingresar en Columbia (era verdad), y que pensaba ser cirujano. Como ya he dicho, mis padres querían que ingresara en la facultad de medicina, y yo me plegaba a estas ambiciones que tenían respecto a mí, pues ignoraba que estuviera permitido a los niños el tener ambiciones propias. Pero ¿*cirujano*?

¿De dónde diablos sacaría yo la idea de que deseaba ser cirujano? No creo que exista profesión más repugnante, salvo quizá la de crítico literario profesional. La

fotografía de cada estudiante llevaba escrita al pie, en letra cursiva, una glosa: producto de un talento anónimo, que probablemente no sobrevivió al esfuerzo y pereció entre el aplauso general.

Bajo mi foto, el villano había escrito: «Cuando mira la hora, el reloj no sólo se detiene sino que empieza a retroceder». Rechazo esta insidia con todo el desdén que merece.

La foto y su pie son las únicas indicaciones del «Senior Recorder» que conmemoran mi paso por aquella escuela. No estoy citado en ningún cuadro de honor, ni en los resúmenes cronológicos o estadísticos. Como si no existiera.

En la página 54 del «Senior Recorder» hay un cuadro titulado «Estadística de los Cursos», que relaciona a los mejores en esto y en aquello. El mejor literato fue un tal Martin Liehterman.

¡Paciencia!

Recuerdo mi graduación de la escuela secundaria elemental; en cambio, he olvidado la de la escuela superior. No estoy seguro de lo que demuestra eso, si es que se demuestra algo.

¿Si he visitado la escuela secundaria masculina después de graduarme en junio de 1935? Ya sabéis la respuesta: no lo he hecho. Tengo entendido que ahora es una escuela de «ghetto» y que, en lo que se refiere a su estudiantado, está casi exclusivamente compuesto de negros y puertorriqueños.

Durante los últimos meses que pasé en la escuela secundaria descubrí a Stanley G. Weinbaum y sus cuentos de ciencia ficción... aunque con medio año de retraso.

El caso es que «Wonder Stories» y «Amazing Stories» decayeron progresivamente en 1934, y ninguna llegaba con regularidad al puesto de periódicos de mi padre. Por otra parte, «Astounding Stories» tuvo una época tan grandiosa en 1934 que me absorbía por completo. No hice ningún esfuerzo por conseguir ejemplares de «Wonder Stories» o «Amazing Stories» ni las echaba en falta, siempre que recibiera todos los ejemplares de «Astounding Stories».

Por eso no leí la «Wonder Stories» de julio de 1934 y no conocí *A Martian Odyssey*, de Stanley G. Weinbaum, en el momento en que fue publicada. Naturalmente, leí ese relato años después, pero para entonces ya era tarde para compartir la impresión que este relato (y otros del mismo autor que aparecieron en números siguientes de «Wonder Stories») causó en todos.

Weinbaum ha sido la figura más trágica de la ciencia-ficción en la era de las revistas. *A Martian Odyssey* fue el primer cuento de ciencia-ficción que publicó (tenía entonces treinta y cuatro años) e hizo de él inmediatamente (¡inmediatamente!) un escritor famoso.

Su estilo sencillo y su descripción realista de las escenas y formas de vida extraterrestres eran lo mejor que se había leído hasta entonces, y al público lector de

ciencia–ficción les gustaba con delirio.

Una aceptación tan unánime e instantáneamente entusiasta no se había producido desde la publicación del primer cuento de E. E. Smith, seis años atrás, ni volvió a ocurrir hasta la aparición de los primeros relatos de Robert A. Heinlein, seis años después.

Aunque entonces no lo sabíamos, Weinbaum era un autor de Campbell desde antes de que éste comenzara a formar su equipo de escritores. Fue el único que alcanzó la talla de Campbell sin su ayuda. Si hubiera podido seguir escribiendo durante varios decenios (como es el caso de Smith y Heinlein), quizá Campbell no habría sido tan necesario.

Pero murió. Durante un año y medio publicó relatos en rápida sucesión, suscitando un entusiasmo cada vez más ruidoso entre sus lectores. A principios de 1936 murió de cáncer y todo terminó.

Sin embargo, no ha caído en el olvido. En las incontables antologías de ciencia–ficción que han aparecido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, se recogen relativamente pocos cuentos publicados antes de 1938 (es decir, antes de la Era de Campbell). *A Martian Odyssey* es la excepción más importante.

En 1970, treinta y seis años después de su publicación, los Escritores de Ciencia–Ficción de Estados Unidos eligieron por votación los mejores cuentos de ciencia–ficción de todas las épocas, y *A Martian Odyssey* quedó en segundo lugar. Se consideró que en todas las épocas sólo se había escrito un cuento mejor. Mi inmodestia no me permite pasar por alto esta oportunidad. El único cuento que consideraron mejor fue *Nightfall*, de Isaac Asimov.

Si hubiera leído *A Martian Odyssey* cuando se publicó por primera vez, seguramente el efecto me habría cansado, me impondría ahora su inclusión en esta antología. Pero la realidad es que no leí nada de Weinbaum hasta que fue publicado por primera vez en «Astounding Stories», con *Flight on Titan*, en el número de enero de 1935.

Naturalmente me gustó, pero *El planeta de los parásitos*, relato publicado en el número siguiente, fue el que me golpeó con la fuerza de un martillo y me convirtió instantáneamente en un incondicional de Weinbaum.

# EL PLANETA DE LOS PARÁSITOS

Stanley G. Weinbaum

## 1

Por suerte para «Ham» Hammond, mediaba el invierno cuando empezó la erupción de barro. Mediaba el invierno en el sentido venusiano, que no puede compararse con la noción terrestre de dicha estación, salvo para los habitantes de las regiones tropicales, quizá, como la cuenca del Amazonas o el Congo.

Tal vez ellos podrían hacerse una vaga idea de lo que es el invierno en Venus, considerando los días más cálidos del estío y multiplicando por diez o doce el calor, las incomodidades y los desagradables pobladores de la selva.

En Venus, como bien sabemos ahora, las estaciones se alternan en hemisferios opuestos, al igual que en la Tierra, pero con una diferencia esencial. Aquí, cuando América del Norte y Europa se achicharran en verano, es invierno en Australia, Colonia del Cabo y Argentina. En los hemisferios norte y sur se alternan las estaciones.

Pero en Venus son los hemisferios oriental y occidental, ya que allí las estaciones no dependen de la inclinación con respecto al plano de la eclíptica, sino de la libración.

Venus no gira, sino que vuelve siempre la misma cara hacia el Sol, la mismo que la Luna respecto de la Tierra. En una cara siempre es de día y en la otra siempre de noche. Y sólo a la largo de una zona entre los dos hemisferios, una faja de ochocientos kilómetros de anchura, es posible la vida humana. Viene a ser un delgado anillo que rodea el planeta.

El lado iluminado por el sol es un desierto abrasado, en el que no sobreviven sino algunas criaturas venusianas. Al lado nocturno, la faja habitable limita con la colosal barrera de hielo provocada por la condensación de las corrientes de aire que se agitan incesantes desde la atmósfera dilatada del hemisferio caliente hacia el frío.

El enfriamiento del aire tibio siempre provoca lluvias, y al límite de la oscuridad la lluvia se congela formando una gran banquisa. Es un misterio lo que existe más allá, qué formas fantásticas de vida pueden resistir en la oscuridad sin estrellas del hemisferio helado, o si la región está tan muerta como la Luna por su falta de atmósfera.

Pero la lenta libración, la pesada oscilación del planeta, provoca el efecto de las estaciones. En las tierras de la zona de penumbra, primero en un hemisferio y luego

en el otro, el Sol velado por las nubes parece ascender gradualmente durante quince días y luego descender durante el mismo lapso de tiempo. Jamás asciende demasiado, y sólo cerca de la barrera de hielo parece tocar el horizonte, pues la libración sólo es de siete grados, si bien resulta suficiente para causar estaciones sensibles de quince días.

Y ¡qué estaciones! En invierno la temperatura a veces baja a treinta y dos grados, soportables a pesar de la humedad, y una quincena después, sesenta grados representan una mínima cerca del borde tórrido. Tanto en invierno como en verano se producen chaparrones intermitentes, para ser absorbidos por el suelo esponjoso y devueltos en forma de vapor pegajoso, desagradable y malsano.

La enorme humedad existente en Venus fue la mayor sorpresa para los primeros visitantes humanos. Naturalmente habían visto las nubes, pero el espectroscopio negaba la presencia de agua porque sólo analizaba la luz reflejada por las capas superiores de nubes, a ochenta kilómetros de la superficie del planeta.

Tal abundancia de agua tuvo consecuencias extrañas. No hay mares ni océanos en Venus, aunque es posible que en el hemisferio oscuro haya océanos extensos, inmóviles y eternamente congelados. En el hemisferio caliente, la evaporación es demasiado rápida; los ríos que bajan de las montañas heladas acaban por desvanecerse a efectos del estiaje.

Otra consecuencia es la naturaleza extrañamente inestable del terreno de la zona de penumbra. Lo recorren gigantescos ríos subterráneos invisibles, algunos hirviendo y otros fríos como el hielo de donde provienen. Ésta es la causa de las erupciones de barro, tan peligrosas para la presencia humana en las Tierras Calientes; una zona de terreno firme y aparentemente seguro puede convertirse de pronto en un mar hirviente de barro, donde los edificios se hunden y desaparecen, arrastrando con frecuencia a sus ocupantes.

No hay modo de prever estas catástrofes; un edificio sólo está seguro en los escasos afloramientos de roca. De ahí que todas las colonias humanas permanentes se apiñen alrededor de las montañas.

Ham Hammond era traficante; uno de esos aventureros que siempre surgen en las fronteras y límites de las regiones habitadas. La mayoría de estos individuos se dividen en dos categorías: o son temerarios inquietos que buscan el peligro, o parias y criminales que buscan la soledad o el olvido.

Ham Hammond no entraba en ninguna de estas dos categorías. No buscaba cosas tan abstractas, sino que perseguía el viejo y palpable señuelo de la riqueza. De hecho, compraba a los nativos las cápsulas de esporas de la planta venusiana xixtchil, de donde los químicos terrestres extraían la trihidroxil-tres-tolunitrilo-beta-anthra quinona, xixtlina o triple T-B-A, tan eficaz para las curas de rejuvenecimiento.

Ham era joven y a veces se preguntaba por qué los viejos ricos —y las viejas—



pagaban sumas tan exorbitantes a cambio de pocos años más de virilidad, pues los tratamientos no prolongaban en realidad la vida, sino que suscitaban una especie de juventud provisional y sintética.

El cabello cano obscurecido, las arrugas llenas, las calvicies cubiertas de pelusa y luego, pocos años después, la persona rejuvenecida quedaba tan muerta como lo habría estado de todos modos.

Pero mientras la triple T-B-A tuviera un precio equivalente a su peso en radio, Ham estaba dispuesto a arriesgarse para conseguirla.

Jamás había esperado realmente la erupción de barro. Claro que este peligro era omnipresente, pero al mirar distraído por la ventana de su cabaña hacia la retorcida y humeante planicie venusiana, y ver que estallaban a su alrededor los repentinos charcos hirvientes, fue para él una sorpresa a pesar de todo.

En un primer momento quedó paralizado, luego actuó rápida y frenéticamente. Se puso el traje protector de transpiel semejante al caucho; se calzó las grandes raquetas para caminar sobre el barro; cargó a la espalda la preciosa bolsa de cápsulas de espora y algunos alimentos, y salió rápidamente al exterior.

El suelo aún estaba medio sólido, pero ya la tierra negra hervía alrededor de las paredes metálicas de la cabaña. El edificio se ladeaba un poco; pronto desaparecería lentamente, tragado por el barro, entre gorgoteos y chasquidos a medida que se inundaba poco a poco el emplazamiento.

Ham salió de su estupor. No se podía permanecer inmóvil en medio de una erupción de barro, ni siquiera con la ayuda de las raquetas. Cuando la materia viscosa le atrapaba a uno, la desdichada víctima estaba perdida; no lograba levantar los pies a causa de la succión, y acababa por seguir la suerte de la cabaña.

Por eso Ham comenzó a alejarse del pantano hirviente, caminando con aquel peculiar paso deslizante que había aprendido con la práctica, sin levantar las raquetas sobre el barro, sino deslizándose y cuidando de que el barro no rebasara el curvado borde de ataque.

Era un ejercicio agotador, pero absolutamente necesario. Se deslizó hacia el oeste, porque era la dirección de la cara oscura y, si había que buscar un lugar seguro, así se dirigía hacia temperaturas más soportables. La zona del pantano era excepcionalmente extensa. Recorrió al menos un kilómetro y medio antes de alcanzar una ligera prominencia del terreno, donde las raquetas para el barro hallaron terreno firme o casi firme. Estaba cubierto de transpiración, y su traje de transpiel daba tanto calor como una sala de calderas, pero en Venus uno se acostumbraba a eso. Habría dado la mitad de su provisión de cápsulas de xixtchil a cambio de la posibilidad de abrir la mascarilla del traje y respirar aire, aunque fuese el húmedo y cargado de vapor de Venus. Pero esto era imposible, si se quería seguir viviendo.

En cualquier lugar cercano al límite cálido de la zona de penumbra, una bocanada de aire sin filtrar significaba una muerte rápida y muy dolorosa; Ham habría ingerido millones de esporas de aquel feroz moho venusiano, y éste crecería en masas peludas

y nauseabundas dentro de sus fosas nasales, su boca, sus pulmones y, por último, sus oídos y ojos.

A veces, ni siquiera hacía falta respirarlas; una vez Ham vio el cadáver de un traficante invadido de mohos. El desgraciado había rasgado en algún accidente su traje de transpiel, y eso bastó.

Esta situación hacía que fuese un problema comer y beber al aire libre. Era necesario esperar a que una lluvia abatiese las esporas; entonces se estaba a salvo durante media hora más o menos.

Además era imprescindible tomar agua recién hervida y alimento recién sacado del bote; de lo contrario —y esto le había ocurrido a Ham más de una vez—, el alimento podía convertirse bruscamente en una masa de moho velludo que crecía a ojos vistas.

¡Un espectáculo asqueroso! ¡Un planeta asqueroso!

Esta última reflexión fue formulada por Ham al contemplar el lodazal que se había tragado su cabaña. La vegetación más gruesa también había sido absorbida por aquél, pero ya empezaba a brotar una vida ávida y voraz, con musgos y una especie de hongos bulbosos a los que llamaban «bolas caminantes». Millones de organismos viscosos se arrastraban por el barro, entredevorándose, haciéndose pedazos, y volviendo a formar cada fragmento una criatura completa.

Mil especies distintas, pero todas iguales en un sentido: cada una era voracidad pura.

Como la mayoría de los seres venusianos, poseían múltiples patas y bocas; en realidad, algunas eran poco más que sacos de protoplasma con docenas de bocas hambrientas con y cientos de pseudópodos para reptar.

Casi todos los seres de Venus son parásitos. Hasta las plantas, que obtienen su alimento directamente del terreno y el aire, son aptas para absorber y digerir —y, bastante a menudo, para capturar— alimento animal. En esa faja húmeda entre el fuego y el hielo, la competencia es tan feroz que quien no la haya visto nunca es incapaz de imaginarla.

El reino animal lucha incesantemente consigo mismo y contra el mundo vegetal; el reino de las plantas se venga y con frecuencia excede al otro en la creación de horrores monstruosos y rapaces, que uno incluso dudaría en clasificar como vida vegetal. ¡Un mundo terrible!

En los breves instantes que Ham se detuvo para mirar hacia atrás, pegajosas enredaderas treparon a sus piernas; el traje de transpiel era impermeable, pero tuvo que cortar los tallos con el cuchillo, y los jugos negros y repugnantes que segregaban mancharon su traje, llenándose en seguida de pelusa a medida que arraigaba el moho.

Ham se estremeció.

—¡Lugar infernal! —gruñó, inclinándose para quitarse las raquetas, que luego

colgó cuidadosamente a su hombro.

Se alejó con torpeza entre la vegetación retorcida, evitando por instinto los torpes viajes de los árboles Jack Ketch, que proyectaban zarcillos en lazo corredizo intentando capturar sus brazos y su cabeza.

De vez en cuando pasaba junto a un árbol de donde colgaba algún ser atrapado, casi siempre irreconocible pues los mohos lo envolvían en una mortaja velluda, mientras el árbol ingería plácidamente víctima, mohos y todo.

—¡Qué lugar espantoso! —murmuró Ham, con un puntapié a una masa retorcida de gusanillos sin nombre que aparecieron en su camino.

Meditó; su cabaña había estado bastante más cerca del borde cálido de la zona de penumbra. Se hallaba a poco más de cuatrocientos kilómetros de la línea de sombra, aunque ésta variaba con la libración. De todos modos, era imposible acercarse demasiado a dicha línea, debido a las terribles y casi continuas tormentas que asolaban la zona donde los vientos cálidos ascendentes chocaban con los frentes helados del hemisferio oscuro. Aquellas tempestades eran el parto de la banquisa.

Doscientos cuarenta kilómetros hacia el oeste serían suficientes para llegar al frescor, entrando en la región templada, desfavorable para los mohos, donde podría sentirse relativamente cómodo.

Además, a menos de ochenta kilómetros hacia el norte estaba la colonia norteamericana de Erotia, así llamada por el nombre del travieso hijo mítico de Venus, Eros o Cupido.

En medio se alzaban las Montañas de Eternidad, No se trataba de aquellas poderosas cumbres de treinta y dos kilómetros de altura cuyas cimas divisan a veces los telescopios terrestres y que separan la zona británica de Venus de las colonias norteamericanas, pero de todos modos eran montañas muy respetables, incluso en el paso por donde pensaba atravesarlas. En aquel momento se hallaba en zona británica, pero esto no molestaba a nadie. Los traficantes iban y venían a sus anchas.

Tendría que andar, pues unos trescientos veinte kilómetros. No había razones que le impidieran lograrlo; tenía una pistola automática y un lanzallamas. El agua no era problema si se hervía con cuidado. En caso de necesidad, incluso se podían comer seres venusianos, aunque eso exigía mucha hambre, una cocción cuidadosa y un estómago fuerte.

No era problema del sabor, sino del aspecto; al menos, eso le habían dicho. Frunció el ceño; no tardaría en averiguarlo por sí mismo, pues la comida envasada no le alcanzaría para todo el viaje. «No hay que preocuparse», se decía Ham. De hecho, había muchas cosas que celebrar: las cápsulas de xixtchil que llevaba en la mochila equivalían a la fortuna que había ahorrado en la Tierra tras diez años de ímprobo trabajo.

No había peligro... y sin embargo, docenas de hombres habían desaparecido en Venus. Los mohos habían podido con ellos, o algún monstruo feroz y exótico, o quizás uno de los muchos monstruos aún desconocidos, vegetales o animales.

Ham siguió avanzando con prudencia por los claros, pero sin alejarse de los árboles Jack Ketch, pues aquellos vegetales omnívoros espantaban a otras formas de vida con la amenaza de sus voraces lazos corredizos. En otros lugares era imposible pasar, pues la jungla venusiana era una terrible maraña de formas retorcidas y agresivas que sólo podía penetrarse a machetazos, paso a paso, con infinitas fatigas.

También se corría el peligro de que algún bicho venenoso armado de colmillos pudiera atravesar la membrana protectora de transpiel.

Cualquier perforación en la misma significaba la muerte. Hasta los desagradables árboles Jack Ketch eran una compañía más llevadera, pensó mientras apartaba sus lazos ávidos.

Seis horas después de que Ham comenzara su involuntario viaje, empezó a llover.

Aprovechó la oportunidad al hallar un sitio donde una erupción de barro reciente había barrido la vegetación más pesada, y se dispuso a comer. Antes recogió un poco de agua, la filtró mediante el tamiz adaptado a su cantimplora con este propósito, y se dispuso a esterilizarla.

Era difícil encender fuego, por ser muy escaso el combustible seco en las Tierras Calientes de Venus. Pero Ham echó en el líquido una tableta de termita y las sustancias químicas hicieron hervir el agua instantáneamente, escapando luego en forma de gases.

Aunque el agua tuviera un ligero regusto a amoníaco... en fin, no importaba, pensó mientras la tapaba y la dejaba reposar hasta que se enfriase.

Abrió un bote de alubias, después de comprobar que no flotaban en el aire mohos susceptibles de contaminar la comida, Luego abrió el visor de su traje y tragó con rapidez.

Se bebió el agua, caliente como la sangre, y vertió cuidadosamente el sobrante en la bolsa interior del traje de transpiel, que permitía beber mediante un tubo conducido hasta su boca sin exponerse a los mohos mortales.

Diez minutos después de comer, mientras descansaba y anhelaba el imposible lujo de un cigarrillo, la capa velluda había invadido ya las sobras de la comida en el bote.

## 2

Una hora más tarde, agotado y cubierto de sudor, Ham encontró un árbol Amistoso, bautizado así por el explorador Burlingame por ser uno de los pocos organismos perezosos de Venus, lo cual le permitía a uno descansar en sus ramas. Ham lo escaló, se acurrucó lo más cómodamente posible y durmió.

Cuando despertó, habían pasado cinco horas según su reloj de pulsera. Los zarcillos y las pequeñas copas chupadoras del Amistoso cubrían su transpiel. Los apartó con mucho cuidado, bajó y reemprendió viaje hacia el oeste.

Fue después de la segunda lluvia cuando se encontró con el Pegajoso, nombre que recibe esa criatura en Venus británico y norteamericano. En la zona francesa la llaman *pot á colle*, es decir «bote de pegamento»; en la zona holandesa... bien, los holandeses no son remilgados y llaman a ese monstruo como consideran que merece.

El Pegajoso es una criatura realmente repulsiva, Se trata de una masa de protoplasma blanco semejante a una plasta, cuyo tamaño varía desde la versión unicelular hasta una masa de veinte toneladas de basura viscosa. No tiene forma definida; de hecho, no es más que un amasijo de células de Proust. Es, en realidad, un cáncer semoviente, apestoso y voraz.

No posee organización ni inteligencia, ni instinto alguno salvo el hambre. Se mueve en cualquier dirección en que el alimento toque su superficie; si toca simultáneamente dos sustancias comestibles, se divide y la porción mayor ataca invariablemente la provisión más grande.

Es invulnerable a las balas y sólo lo destruye la terrible ráfaga de pistola lanzallamas, aunque para ello es preciso abrasar todas las células individuales. Se mueve por el terreno absorbiéndolo todo, dejando el suelo negro y desnudo, donde resurgen de inmediato los omnipresentes mohos. Es un ser horrible, de pesadilla.

Ham saltó a un lado cuando el Pegajoso emergió súbitamente de la jungla, a su derecha. Naturalmente, no podía asimilar el traje de transpiel, pero quedar atrapado por aquella masa pastosa suponía la muerte por asfixia. Lo miró con repugnancia y se sintió enormemente tentado a dispararle con su pistola lanzallamas mientras avanzaba. Lo habría hecho, pero el explorador venusiano experto suele ser muy prudente con el uso de la pistola lanzallamas.

Ésta ha de cargarse con un diamante que, aun siendo negro y barato, no deja de suponer un precio considerable. Al disparar, el cristal libera toda su energía en un estallido terrible y rugiente, con un alcance de cien metros, incinerando todo lo que encuentra a su paso.

La cosa reptaba con un ruido aspirante y devorador. Tras ella quedaba un rastro de desolación: enredaderas, trepadoras venenosas, árboles Jack Ketch, todo quedaba arrasado, incluso la tierra húmeda, donde los mohos ya empezaban a reproducirse otra vez.

El rastro recién abierto seguía casi la dirección que Ham deseaba tomar, de modo que aprovechó la oportunidad y avanzó con rapidez, sin dejar de prestar atención, no obstante, a las amenazadoras lindes de la jungla. Antes de diez horas, la trocha estaría una vez más cubierta de seres desagradables, aunque de momento constituía una pista mucho más rápida que le evitaba el ir zigzagueando de un claro a otro.

Ocho kilómetros más arriba, donde el camino ya comenzaba a poblarse desagradablemente, encontró un nativo que galopaba sobre sus cuatro patas cortas,

abriéndose paso con sus pinzas delanteras.

Ham se detuvo a hablar con él.

—Murra —dijo.

El idioma de los nativos de las regiones ecuatoriales de las Tierras Calientes es insólito. Cuenta quizá con unas doscientas palabras, pero cuando el traficante las ha aprendido su conocimiento de la lengua no es mucho mayor que el de otro hombre que no sepa ninguna.

Las palabras representan nociones generales y cada fonema tiene entre doce y cien significados. Murra, por ejemplo, es una palabra de saludo; puede significar algo tan concreto como «hola» o «buenos días». También puede implicar un desafío: «¡En guardia!», o bien «Seamos amigos» y también, extrañamente, «Arreglemos esto luchando».

Además, posee ciertas características de sustantivo: significa paz, guerra, valor, y temor. Es una lengua sutil. Recientemente, los estudios de fonética han empezado a desvelar sus matices para los filólogos humanos. Al fin y al cabo, quizás el inglés, con su «to», «too» y «two», con sus «one», «won», «wan», «wen», «win», «when», y otra docena de similitudes, puede resultar igualmente difícil a oídos venusianos, que no están acostumbrados a la diferenciación de las vocales.

Los humanos no saben interpretar las muecas de los rostros de venusianos, anchos, chatos y de tres ojos, que lógicamente deben de resultar muy expresivos para los nativos.

Pero el interlocutor de Ham aceptó el sentido que éste había dado a su saludo.

—Murra —respondió, haciendo alto—. ¿Usk?

Esto quería decir, entre otras cosas, ¿quién es?, ¿de dónde viene?, o ¿adónde va?

Ham escogió el último sentido. Apuntó más o menos hacia el oeste y luego describió un arco para indicar que cruzaría las montañas.

—Erotia —respondió.

Al menos, esta palabra no tenía más que un significado.

El nativo lo meditó en silencio. Por último gruñó y se mostró dispuesto a facilitar información. Alzó su garra cortante en un gesto hacia el oeste, señalando el camino.

—Curky —dijo, y luego agregó—: Murra.

Esta vez era una despedida. Ham se hizo a un lado, contra el lindero de la jungla, para dejarle pasar.

Curky significaba, entre otras veinte cosas, «traficante». Era la palabra que solía designar a los humanos, y Ham experimentó satisfacción ante la idea de tener compañía humana. Hacía seis meses que no escuchaba una voz humana, excepto la de la minúscula radio que se había perdido con su cabaña.

En efecto, después de recorrer ocho kilómetros a lo largo del rastro abierto por el Pegajoso, Ham se halló en una zona donde hacía poco se había producido una

erupción de barro. La vegetación sólo llegaba a la cintura, y en el claro de medio kilómetro vio alzarse la cabaña de un traficante. Pero ésta era mucho más lujosa que su perdido cubículo de paredes de hierro. Constaba de tres habitaciones, lujo inaudito en las Tierras Calientes donde hasta el último tornillo debía ser traído por cohete desde alguna de las colonias. Y eso resultaba caro, casi prohibitivo. Los traficantes se arriesgaban de veras, y Ham había tenido suerte al salvarse con beneficio.

Caminó por el terreno aún blando. Las ventanas estaban cubiertas para protegerse de la luz eterna del día, y la puerta... la puerta estaba cerrada con llave, Esto era una violación del código fronterizo.

La puerta no debía cerrarse nunca con llave, pues ello podía significar la salvación de algún viajero extraviado, y ni el más desalmado sería capaz de robar en una cabaña que hallase abierta para seguridad de todos.

Tampoco los nativos; no hay ser más honrado que un venusiano nativo, que nunca miente ni roba aunque, después del desafío correspondiente, podría matar a un negociante para quitarle sus mercancías. Pero sólo después de un desafío en regla.

Ham se detuvo, desconcertado. Por último apisonó el suelo delante de la puerta para sentarse y quitarse los numerosos y repugnantes bichitos que recorrían su transpiel.

Esperó.

Menos de media hora después, vio al traficante que se acercaba a través del claro. Era un individuo bajo y delgado. Aunque el traje de transpiel ocultaba su rostro, Ham distinguió unos ojos grandes y profundos. Se puso en pie.

—¡Hola! —saludó jovialmente—. Me he dejado caer por aquí para hacerle una visita.

Me llamo Hamilton Hammond ¡Ya puede imaginar cuál es mi apodo!

El recién llegado se detuvo de súbito, y luego habló con una voz extraña, apagada y ronca, con indudable acento británico.

—Supongo que será «Hamburguesa» —el tono era frío, poco amistoso—. ¿Qué tal si se aparta y me deja entrar? ¡Buenos días!

Ham se sintió enfurecido y confuso.

—¡Diablos! —protestó—. No es usted muy hospitalario, ¿eh?

—No. Ni mucho ni poco. —Se detuvo ante la puerta—. Usted es norteamericano. ¿Qué hace en territorio británico? ¿Tiene pasaporte?

—¿Desde cuándo se necesita pasaporte en las Tierras Calientes?

—Es traficante, ¿no? —dijo el hombre delgado con aspereza—. Viene a quitarnos mercado. No tiene derechos aquí. Lárguese.

Ham apretó la mandíbula tras la mascarilla.

—Con derechos o no —respondió—, reclamo las consideraciones del código fronterizo.

Quiero una bocanada de aire, la posibilidad de secarme la cara y también de comer. Si abre la puerta, le seguiré.

Una automática apareció ante sus ojos.

—Hágalo y será pasto de los mohos.

Como todos los traficantes de Venus. Ham era por necesidad audaz, ingenioso y lo que se dice «un duro». No cedió, sino que fingiendo transigir, agregó:

—De acuerdo. Ahora escuche, sólo pido una oportunidad de comer.

—Espere a que llueva —respondió el otro fríamente, disponiéndose a descorrer el cerrojo de la puerta.

Mientras el otro se volvía. Ham asestó un puntapié a la mano armada; el revólver rebotó contra la pared y cayó en la maleza.

Su adversario intentó sacar el lanzallamas que colgaba de su cadera, pero Ham le cogió fuertemente la muñeca.

El otro cedió en seguida y Ham se sorprendió al notar la delgadez de su muñeca a través del traje protector de transpiel.

—¡Óigame bien! —gruñó—. Quiero comer y lo conseguiré. ¡Abra esa puerta! —ordenó, cogiéndole por las muñecas.

Parecía un tipo excesivamente delicado, pues en seguida se dio por vencido. Ham le retuvo de la mano, abrió la puerta y ambos entraron.

Otra vez el lujo inusitado. Sillas robustas, una sólida mesa e incluso libros, seguramente preservados con licopodio para ahuyentar los mohos famélicos, que a veces entraban en las cabañas de las Tierras Calientes pese a las mamparas y a los pulverizadores automáticos. En ese momento funcionaba uno de éstos para destruir las esporas que pudieran haber entrado al abrir la puerta.

Ham tomó asiento sin perder de vista a su oponente, cuyo lanzallamas seguía en su funda. Confiaba en poder dominar al individuo delgado, además, ¿quién se arriesgaría a disparar una pistola lanzallamas en el interior de una casa? Sencillamente, volaría una pared del edificio.

Por tanto, se quitó la mascarilla, sacó los alimentos que llevaba en la mochila y se enjugó el rostro sudoroso mientras su compañero —o adversario— le miraba en silencio.

Ham inspeccionó un rato la comida envasada y, como no aparecieron mohos, la ingirió.

—¿Por qué diablos no abre su visor? —Ante el silencio del otro, prosiguió—: Tiene miedo de que le vea la cara, ¿eh? Pues bien, no me interesa. No soy policía.

No hubo respuesta.

Volvió a intentarlo.

—¿Cómo se llama?

La fría voz respondió:

—Burlingame. Pat Burlingame.

Ham se echó a reír.



—Patrick Burlingame murió, amigo. Yo le conocía. Aunque no quiera decirme su nombre, no es necesario degradar el recuerdo de un hombre valiente y gran explorador.

—Gracias —la voz sonaba sarcástica—. Era mi padre.

—Otra mentira. No tenía ningún hijo varón. Sólo tenía una... —Ham se interrumpió, consternado, y luego gritó—: ¡Abra su visor!

Notó que los labios del otro, apenas visibles detrás de la protección, dibujaban una sonrisa burlona.

—¿Por qué no? —dijo la voz apagada, y la mascarilla cayó.

Ham tragó saliva; la protección había ocultado los delicados rasgos de una muchacha, de ojos grises y fríos. Las mejillas y la frente brillaban de sudor.

El hombre volvió a tragar saliva. Era un verdadero caballero, pese a su profesión de traficante en Venus. Poseía estudios —era ingeniero— y sólo el señuelo de la riqueza fácil la retenía en las Tierras Calientes.

—Lo..., lo siento —tartamudeó.

—¡Vosotros, los valientes invasores norteamericanos! —se burló la muchacha—. Muy valientes para doblegar a una mujer.

—Pero... ¿qué sabía yo? ¿Qué hace usted en un lugar como éste?

—No tengo por qué responder a su pregunta, pero... —Señaló hacia la otra habitación—. Sepa que estoy clasificando la flora y fauna de las Tierras Calientes. Soy Patricia Burlingame, biólogo.

Entonces Ham vio en la cámara contigua una colección de muestras guardadas en frascos.

—¡Una muchacha sola en las Tierras Calientes! ¡Eso es... temeridad!

—No esperaba tropezarme con un intruso norteamericano —respondió.

Ham se sonrojó.

—No se preocupe. Ahora mismo me largo —aseguró, llevándose las manos al visor.

Como un relámpago, Patricia sacó una automática del cajón de la mesa.

—Claro que sí, señor Hamilton Hammond —dijo fríamente—, pero no sin dejar aquí su xixtchil. Es propiedad de la Corona; usted la ha robado en territorio británico y queda confiscada.

Ham la miró atónito.

—¡Oiga! —estalló—. He arriesgado todo lo que tengo por esa xixtchil. Sin ella estoy arruinado... hundido. ¡No renunciaré a ella!

—Tendrá que hacerlo.

Ham dejó caer su máscara y se sentó.

—Señorita Burlingame —dijo—, creo que no tendrá valor para disparar, y tendrá que hacerlo si quiere conseguirla. De lo contrario, me quedaré aquí sentado hasta que usted caiga agotada.

Los ojos grises de la muchacha se clavaron en los azules de Ham.

Manténíala pistola firmemente apuntada al corazón, pero no disparó. Habían llegado a un punto muerto.

Por último, la muchacha dijo:

—Usted gana, intruso —guardó el arma en la funda—. Váyase de una vez.

—¡Con mucho gusto! —respondió.

Ham se levantó y bajó el visor, pero lo alzó de nuevo ante un repentino grito de sorpresa de la muchacha. Se volvió sospechando que era una trampa, pero ella miraba por la ventana con los ojos muy abiertos y llenos de terror.

Ham vio la vegetación aplastada y luego una enorme masa blanquecina. Un Pegajoso descomunal avanzaba implacablemente hacia el refugio. Oyó el suave pum del choque y luego la ventana quedó taponada por la masa pastosa mientras la criatura, que no era tan grande como para cubrir el edificio, se dividía en dos masas que lo rodeaban y volvían a reunirse al otro lado.

Patricia lanzó otro grito:

—¡La mascarilla, tonto! ¡Ciérrela!

—¿Mascarilla? ¿Por qué? —Sin embargo, obedeció automáticamente.

—¿Por qué? ¡Ahí tiene la respuesta! ¡Los ácidos digestivos! ¡Mire!

Señaló las paredes. En efecto, habían aparecido millares de minúsculas rendijas. Los ácidos digestivos del monstruo, tan poderosos que atacaban cualquier sustancia apta para servir de alimento, habían corroído el metal. Estaba carcomido; la cabaña ya no serviría. Ham lanzó una exclamación al ver los mohos velludos que crecían en seguida entre los restos de su comida. La pelusa roja y verde invadió la madera de las sillas y la mesa.

Ambos se miraron.

Ham rió entre dientes.

—Bien —comentó. También usted se ha quedado sin hogar. Mi casa fue sepultada por una erupción de barro.

—¡Cómo no! —respondió agriamente Patricia—. Los yanquis sois demasiado estúpidos para saber encontrar terreno firme. Aquí hay lecho de roca a dos metros, y mi casa está edificada sobre pilares.

—¡Es usted una bruja! De todos modos, da lo mismo que si se hubiera hundido. ¿Qué hará ahora?

—No es asunto suyo. Sé arreglármelas sola.

—¿Cómo?

—No es que le importe, pero todos los meses viene un cohete.

—Debe ser millonaria —comentó.

—La Sociedad Real financia esta expedición —respondió—. El cohete vendrá...

La muchacha se interrumpió y Ham creyó ver que palidecía tras la mascarilla.

—¿Cuándo vendrá?

—Bueno, había olvidado que pasó por aquí hace dos días.

—Comprendo. Y usted cree que podrá aguantar aquí un mes esperando a que llegue, ¿no es así?

Patricia le miró con desplante.

—¿Sabe en qué se habrá convertido antes de un mes? —prosiguió Ham—. Faltan diez días para el verano. Mire su cabaña.

Indicó las paredes, donde ya empezaban a formarse manchas pardas de óxido. A estas palabras, un trozo del tamaño de un plato se desprendió con un crujido.

—Dentro de dos días, esto será una ruina. ¿Qué hará durante los quince días de verano? ¿Qué hará sin refugio cuando la temperatura alcance sesenta y cinco..., setenta grados? Le aseguro que morirá.

La muchacha no hizo ningún comentario.

—Será una piltrafa llena de mohos cuando regrese el cohete —señalo Ham—. Y luego un montón de huesos mondos que se hundirán con la primera erupción de barro.

—¡Cállese! —suplicó.

—No servirá de nada que me calle. Le diré lo que puede hacer. Puede coger su mochila y sus recetas para el barro y acompañarme... Podríamos llegar al País Frío antes del verano... si sabe caminar tan bien como habla.

—¿Ir con un intruso yanqui? ¡Nunca!

—Y luego llegaremos cómodamente a Erotia, una buena ciudad norteamericana —prosiguió, imperturbable.

Patricia cogió la mochila y se la cargó a la espalda. Tomó un grueso fajo de notas escritas con tinta de anilina sobre transpiel, quitó algunos mohos inoportunos y se lo guardó en la mochila.

Luego sacó un par de diminutas raquetas y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

—Entonces ¿viene? —rió entre dientes.

—Marcho a la buena ciudad británica de Venoble. ¡Sola!

—¡Venoble! —exclamó—. ¡Queda a trescientos veinte kilómetros hacia el sur! ¡Y hay que atravesar las Eternidades Mayores!

### 3

Patricia salió en silencio y echó a andar hacia el oeste, hacia la Región Fría. Ham titubeó un instante y luego salió. No podía permitir que la muchacha emprendiera sola aquella travesía. Como ella fingía ignorar su presencia, la siguió a poca distancia

mientras ella avanzaba, orgullosa e iracunda.

Anduvieron tres o cuatro horas bajo el día eterno, esquivando las insidias de los árboles Jack Ketch y siguiendo el rastro, todavía bastante practicable, del primer Pegajoso.

Ham estaba asombrado ante la gracia ágil y esbelta de la muchacha, que avanzaba con la soltura de un nativo, Luego recordó algo; en cierto sentido, ella era nativa. Recordó que la hija de Patrick Burlingame fue la primera criatura humana nacida en Venus, en la colonia de Venoble fundada por él.

Ham rememoró los artículos que publicó la prensa cuando la muchacha fue enviada a la Tierra para iniciar sus estudios, a los ocho años; en aquel entonces él tenía trece.

Ahora tenía veintisiete y, por tanto, Patricia Burlingame tenía veintidós.

No intercambiaron una sola palabra, hasta que por último la muchacha se volvió exasperada.

—Váyase —ordenó.

Ham se detuvo.

—No la molesto.

—Pero no necesito guardaespaldas. ¡Sé desenvolverme en las Tierras Calientes mejor que usted!

No discutió esta afirmación. Guardó silencio, y un momento después la muchacha agregó:

—¡Le odio, yanqui! ¡Dios mío, cómo le odio!

Dicho esto se volvió y siguió andando.

Una hora después los atrapó una erupción de barro. El barro pastoso hirvió a sus pies y la vegetación fue agitada con violencia. Rápidamente calzaron las raquetas mientras las plantas más voluminosas se hundían con siniestros gorgoteos a su alrededor. A Ham volvió a sorprenderle la habilidad de la muchacha; Patricia se deslizaba sobre la inestable superficie con una velocidad que él no podía igualar, de modo que fue quedando atrás.

Vio que la muchacha se detenía de súbito. Era peligroso hacerlo en medio de una erupción de barro; sólo podía indicar una emergencia. Se apresuró, y desde treinta metros de distancia comprendió el motivo. Se le había roto una tira de la raqueta derecha y estaba desvalida, sosteniéndose sobre el pie izquierdo, mientras la otra raqueta se hundía poco a poco.

Patricia le observó mientras se acercaba. Ham se puso a su lado y, cuando la muchacha comprendió su intención, dijo:

—No podrá.

Ham se agachó cuidadosamente, pasando los brazos por las piernas y los hombros de la muchacha. La raqueta izquierda de Patricia ya se hundía, pero él tiró con fuerza, hundiendo peligrosamente los bordes de sus propias raquetas. Con fuerte ruido de succión, la muchacha quedó libre y permaneció absolutamente inmóvil en sus brazos,

para no desequilibrarle mientras avanzaba con grandes precauciones sobre la superficie traicionera. La muchacha no pesaba, pero de todos modos la operación era peligrosísima y el barro llegaba hasta el borde de las raquetas de Ham. Aunque en Venus la gravedad es ligeramente inferior a la de la Tierra, uno se acostumbra en una semana y la reducción del veinte por ciento en peso queda compensada.

Cien metros más allá encontró piso firme. Ham bajó a Patricia y se quitó las raquetas.

—Gracias —dijo—. Ha sido muy valiente.

—No hay de qué —respondió secamente—. Supongo que esto pondrá fin a cualquier idea de viajar sola, Sin las raquetas para el barro, la próxima erupción será la última que vea en su vida. ¿Iremos juntos ahora?

La voz de la muchacha se hizo gélida.

—Puedo fabricar un sucedáneo con corteza de árbol.

—Ni siquiera un nativo podría caminar sobre cortezas de árbol.

—Entonces esperaré un par de días, hasta que se seque el barro, y desenterraré la raqueta que perdí —agregó.

Ham rió e indicó la extensión del barro.

—¿Desenterrarla? —inquirió—. Si lo intenta, el verano próximo aún la estará buscando.

Patricia cedió.

—Otra vez se ha salido con la suya, yanqui. Pero sólo hasta la Región Fría; luego usted se irá al norte y yo al sur.

Caminaron sin cesar. Patricia era tan incansable como Ham, y conocía mucho mejor las Tierras Calientes. Aunque hablaban poco, a Ham no dejó de maravillarle la maestría con que ella tomaba el camino más rápido; además, la muchacha parecía adivinar los lazos de los Jack Ketch sin necesidad de mirar. Pero fue cuando se detuvieron, después de una lluvia que les permitió tomar una rápida comida, cuando tuvo verdaderos motivos para darle las gracias.

—¿Descansamos? —propuso Ham y, viendo que ella asentía, agregó—: Allí hay un Amistoso.

Avanzó hacia el árbol y la muchacha le siguió.

Súbitamente, ella le tomó del brazo.

—¡Es un Fariseo! —gritó, tirando de él hacia atrás.

¡Justo a tiempo! El falso Amistoso había lanzado un latigazo terrible que pasó a pocos centímetros de su cara. No era un Amistoso, sino una especie mimética que engañaba a su víctima con un aspecto inofensivo, para golpearla luego con sus espinas afiladas como cuchillos.

Ham jadeó.

—¿De qué se trata? Nunca he visto ninguno de éstos.

—¡Un Fariseo! Se parece a un Amistoso.

Patricia sacó la automática y disparó sobre el tronco negro y palpitante. Salió un chorro oscuro, y los omnipresentes mohos se asentaron en la herida al momento. El árbol estaba condenado.

—Gracias —dijo Ham, confuso—. Creo que me ha salvado la vida.

—Ahora estamos a mano. —Le miró serenamente—. ¿Comprendido? No me debe nada.

Luego encontraron un auténtico Amistoso y durmieron, Al despertar, reanudaron la marcha, y así durante tres jornadas sin noches.

Aunque no volvieron a sufrir ninguna erupción de barro, conocieron todos los demás horrores de las Tierras Calientes. Los Pegajosos atravesaban su camino, las enredaderas—serpiente silbaban y atacaban, los Jack Ketch lanzaban sus siniestros lazos corredizos, y millones de bichos reptantes se retorcían bajo sus pies o se pegaban a sus trajes.

Una vez encontraron un unípedo, esa criatura extraña, semejante a un canguro, que cruza la selva saltando con una única pata poderosa, y alarga su pico de tres metros para atravesar la presa.

Ham erró el primer tiro, pero la muchacha le acertó, haciéndolo caer entre los ávidos árboles Jack Ketch y los mohos implacables.

En otra ocasión Patricia quedó cogida por los pies en un lazo corredizo de Jack Ketch que, por algún motivo desconocido, estaba en el suelo. Cuando lo pisó, el árbol la levantó de súbito y quedó colgando cabeza abajo a tres metros y medio de altura, hasta que Ham logró liberarla. Sin duda, cualquiera de los dos ya habría muerto, de haber viajado solos; juntos, podían prestarse ayuda.

Pero no había variado la actitud fría y poco amistosa entre ellos. Ham jamás hablaba con la muchacha salvo caso de necesidad y, en las contadas ocasiones en que se dirigían la palabra, ella sólo le llamaba «intruso yanqui». A pesar de esto, el hombre a veces recordaba la agreste belleza de sus rasgos, su cabellera castaña y los serenos ojos grises que veía a ratos, cuando la lluvia les permitía abrir los visores.

Por fin sopló el viento del oeste, acarreando una bocanada de frescura que les pareció un bálsamo celestial, Era el viento bajo, el que soplaba desde el hemisferio helado del planeta, llevando el frío más allá de la barrera de hielo. A modo de experimento, Ham arrancó la corteza de un arbusto retorcido, y los mohos crecieron más escasos, faltos de vitalidad. Se acercaban a la Región Fría.

Hallaron un Amistoso y se alegraron; otra jornada y llegarían a las tierras altas, donde se podía caminar sin protector, a salvo de los mohos, pues no se reproducían a menos de veintiséis grados.

Ham fue el primero en despertar. Durante un rato contempló en silencio a la muchacha, sonriendo al ver que las ramas del árbol parecían abrazarla con afecto. No era más que hambre, pero parecían expresar ternura. Su sonrisa se borró al recordar que la Región Fría significaba la separación, a menos que lograra quitarle de la

cabeza la insensata decisión de cruzar las Eternidades Mayores.

Suspiró, alargó la mano hacia la mochila que colgaba de una rama, y de repente lanzó un chillido de rabia y contrariedad.

¡Sus cápsulas de xixtchil! La bolsa de transpiel estaba rota y habían desaparecido. El grito despertó a Patricia. Tras la máscara, Ham observó una sonrisa irónica.

—¡Mi xixtchil! —rugió—. ¿Dónde está?

La muchacha señaló abajo. Allí, entre las matas, había un montículo de mohos.

—Allí —respondió fríamente—. Allí abajo, intruso.

—Usted... —se atragantó de ira.

—Sí. He cortado la bolsa mientras dormía. No sacaré de contrabando riquezas robadas en territorio británico.

Ham estaba blanco, mudo.

—¡Maldita bruja! —rugió finalmente—. ¡Era todo lo que tenía!

—Pero robado —le recordó placentemente, columpiando sus diminutos pies.

Tembló de ira y la miró; la luz atravesaba el traje de transpiel transparente, delineando su cuerpo y sus piernas esbeltas y bien torneadas.

—¡Debería matarla! —murmuró tensamente.

Un tic nervioso le agitaba una mano, y la muchacha rió en voz baja. Ham lanzó un gruñido de desesperación, se colgó la mochila sobre los hombros y bajó al suelo.

—Espero..., espero que no salga con vida de las montañas —dijo torvamente, emprendiendo la marcha hacia el oeste.

Cien metros después oyó la voz de la muchacha.

—¡Yanqui! ¡Espere un momento!

Sin detenerse ni volverse, siguió andando.

Media hora después miró hacia atrás desde un cerro y vio que ella le seguía.

Emprendió de nuevo la marcha, apurando el paso. La cuesta ascendente pudo más que la habilidad de la muchacha.

Cuando se volvió por segunda vez, ella era un punto que se movía muy lejos, fatigada pero tozuda. Frunció el ceño pensando que en caso de erupción de barro estaría totalmente desvalida, por faltarle las raquetas de tan vital importancia.

Luego comprendió que habían dejado atrás la zona de las erupciones de barro y estaban en las estribaciones de las Montañas de Eternidad. De todos modos, pensó malhumorado, le era indiferente.

Durante buen rato Ham bordeó un río, sin duda un anónimo afluente del Phlegethon.

Hasta entonces no se había visto obligado a vadear corrientes de agua, porque todos los caudales de Venus fluyen naturalmente desde la barrera de hielo a través de la zona de penumbra hasta el hemisferio tórrido. Por tanto, coincidían con la dirección de su viaje.

Pero cuando llegara a las mesetas y torciera hacia el norte, tropezaría con los ríos.

Sólo se podían atravesar sobre troncos o, en condiciones favorables y sobre

corrientes angostas, mediante las ramas de los Amistosos. Poner los pies en el agua equivalía a la muerte; terribles y voraces criaturas habitaban los cursos de agua.

Al llegar a la primera meseta estuvo al borde de la catástrofe. Era mientras rodeaba un grupo de Jack Ketch; de súbito apareció una oleada de podredumbre blanca, y la vegetación fue sepultada por la masa de un Pegajoso gigantesco.

Quedó arrinconado entre el monstruo y una maraña impenetrable de vegetación, e hizo lo único que podía. Disparó el lanzallamas. El rayo terrible y rugiente incineró toneladas de basura pegajosa hasta que no quedaron sino unos fragmentos reptando y alimentándose de los restos.

El disparo, como suele ocurrir, inutilizó el cañón del arma.

Suspiró mientras se disponía a trabajar durante cuarenta minutos para reemplazarlo —ningún verdadero conocedor de las Tierras Calientes deja esa operación para luego—, pues el disparo le había costado quince buenos dólares americanos: diez el diamante barato que había consumido, y cinco el cañón. Eso no importaba cuando tenía su xixtchil, pero ahora venía a ser un verdadero problema.

Suspiró otra vez al descubrir que sólo le quedaba un cañón; se había visto obligado a prescindir de todo cuando emprendió la marcha.

Ham llegó finalmente a la meseta. La vegetación terrible y voraz de las Tierras Calientes era allí más escasa; empezaron a aparecer plantas auténticas, no semovientes, y el viento frío refrescó su rostro.

Se hallaba en una especie de valle alto; a su derecha aparecían las cumbres grises de las Eternidades Menores, al otro lado de las cuales quedaba Erotia, y a su izquierda, como una muralla poderosa y resplandeciente, se alzaban las vastas cumbres de la Sierra Grande, que se ocultaban entre nubes a veinticuatro kilómetros de altura.

Miró el acceso del difícil Paso del Loco, que se abría entre dos cimas colosales; el paso tenía siete mil quinientos metros de altura, pero las montañas aún se alzaban a quince kilómetros más. Sólo un hombre, Patrick Burlingame, había atravesado a pie aquella garganta escabrosa, y tal era el camino que pensaba seguir su hija.

Enfrente, como una cortina de sombras, se alzaba el límite nocturno de la zona de penumbra. Ham vio los relámpagos incesantes que centelleaban en aquella región de tormentas eternas. Allí la banquisa cruzaba la cordillera de las Montañas de Eternidad y el frío viento raso, en aquellas alturas gigantescas, se reunía con los cálidos vientos superiores en una lucha que constituía una tempestad interminable como sólo Venus puede producir. El río Phlengethon nacía por allí.

Ham paseó la mirada por aquel panorama salvaje y magnífico. Al día siguiente o, mejor dicho, después de descansar, se dirigiría al norte. Patricia iría hacia el sur y, sin duda, moriría en algún punto del Paso del Loco. Por un instante experimentó una sensación extrañamente dolorosa, y luego frunció el ceño con amargura.

¡Que muriera, si era tan tonta como para querer pasar sola porque tenía demasiado orgullo para tomar un cohete en una población norteamericana! Se lo



merecía, y a él no le importaba. Así fue repitiéndoselo mientras se preparaba para dormir, no en un Amistoso, sino en un ejemplar de vegetación verdadera y con la comodidad del visor abierto.

Despertó al oír su nombre. Miró hacia la meseta y vio que Patricia iba a alcanzar la montaña. Le sorprendió que ella hubiera logrado seguir sus pasos, hazaña bastante difícil en un lugar donde la vegetación vuelve a entrelazarle tan pronto como uno ha pasado.

Entonces recordó que había disparado el lanzallamas. El fognazo y el estampido debieron oírse a varios kilómetros a la redonda.

Ham observó que la muchacha miraba a su alrededor, angustiada.

—¡Ham! —volvió a gritar. No yanqui ni intruso, sino su nombre.

Guardó un rencoroso silencio; ella volvió a llamarle. Lograba distinguir su rostro pícaro y bronceado, ya que Patricia se había quitado la capucha de transpiel. Después de llamar por última vez, se encogió de hombros y echó a andar hacia el sur, a lo largo de la divisoria. Ham la miró en obstinado silencio. Cuando desapareció en el bosque, él bajó y se encaminó poco a poco hacia el norte.

Sus pasos eran cada vez más lentos, como si tirase de él un resorte invisible. Aún le parecía ver el rostro, angustiado y oír la llamada. Estaba seguro de que ella iba hacia la muerte y, a pesar de lo que ella le había hecho, no deseaba que esto ocurriera. Patricia estaba demasiado llena de vida, era demasiado confiada, demasiado joven y, sobre todo, demasiado hermosa para morir.

Cierto que era una bruja arrogante, perversa y suficiente, fría como el cristal y tan poco acogedora, pero, tenía ojos grises y cabello castaño, y era valiente. Por último, con un gruñido de impaciencia, hizo alto, se volvió y corrió casi desesperadamente hacia el sur.

Seguir el rastro de la muchacha era empresa fácil para un buen conocedor del terreno.

En la Región Fría la vegetación no proliferaba tanto, lo que le permitió hallar pisadas o ramitas rotas indicando que ella había pasado por allí. Vio dónde había atravesado el río por medio de las ramas de un árbol, y también dónde se había detenido a comer.

Comprendió que ella ganaba terreno; era más hábil y rápida que Ham, pero el camino resultaba cada vez más escabroso a medida que se acercaba a las vastas Montañas de Eternidad, y sabía que allí la alcanzaría. Conque durmió un rato en la comodidad del pantalón corto y la camisa, liberado de la molestia del traje de transpiel. No era peligroso hacerlo allí; el viento frío que siempre soplaba hacia las Tierras Calientes alejaba las esporas de los mohos, y en todo caso éstas no habrían resistido las temperaturas inferiores.

En cuanto a las plantas oriundas de la Región Fría, no eran carnívoras.

Durmió cinco horas. El «día» siguiente de marcha trajo otra modificación del

paisaje.

En las laderas la vegetación era escasa, comparada con la de las mesetas. Ya no era una jungla, sino un bosque, un bosque gigantesco cuyos troncos se elevaban ciento cincuenta metros y cuyas copas no eran de follaje, sirio de apéndices floridos.

Sólo algún Jack Ketch aislado recordaba las Tierras Calientes.

A mayor altura, el bosque comenzaba a escasear. Aparecían grandes peñascos y largos barrancos rojos sin ningún tipo de vegetación. A veces pasaban enjambres de los únicos seres voladores del planeta, los dusters grises, con aspecto de polillas pero del tamaño de un halcón, tan frágiles que un golpe los destruía. Revoloteaban, posándose de vez en cuando para capturar alguna presa furtiva, y hacían tintinear sus voces curiosamente parecidas a campanillas. Cercanas en apariencia, aunque a cincuenta kilómetros de distancia en realidad, se alzaban las Montañas de Eternidad, cuyas cumbres desaparecían entre las nubes.

De vez en cuando le resultaba difícil rastrear a Patricia, pues ésta solía caminar sobre la roca desnuda. Luego volvió a encontrar huellas frescas; la superioridad de su fuerza le valió una vez más. Poco después la vio en el fondo de un colosal acantilado formado por un desfiladero estrecho y poblado de árboles.

Ella miraba el tajo gigantesco, evidentemente preguntándose si podría escalar la barrera o si sería preferible contornearla. Como él, se había quitado el traje de transpiel y llevaba la camisa y los pantalones cortos que suelen usarse en el País Frío. Pues, al fin y al cabo, no es tan frío según criterios terrestres. Ham pensó que parecía una hermosa ninfa de los antiguos bosques de Pelión.

Ham se apresuró mientras ella avanzaba por el desfiladero.

—¡Pat! —gritó; era la primera vez que la llamaba por su nombre.

La alcanzó treinta metros después, dentro del desfiladero.

—¡Usted! —exclamó. Parecía cansada; había andado durante horas y en sus ojos brillaba una luz de alivio—. Creí que usted... quise buscarle.

El rostro de Ham no expresaba la misma satisfacción.

—Oiga, Pat Burlingame —dijo fríamente—. No merece ninguna consideración, pero no puedo permitir que vaya hacia la muerte. Aunque sea una bruja obstinada, también es mujer. La llevaré a Erotia.

El brillo de bienvenida desapareció.

—¿Seguro, intruso? Mi padre pasó por aquí y yo también puedo hacerlo.

—Su padre pasó en pleno verano, ¿no es cierto? Hoy se cumple la mitad del verano.

No podrá llegar al Paso del Loco en menos de cinco días, ciento veinte horas, y para entonces estará al caer el invierno. Esta longitud estará cerca de la línea de tormenta. Es una estúpida.

Patricia se sonrojó.

—El paso tiene altitud suficiente para recibir la influencia de los vientos altos. Hará calor.

—¡Calor! Sí... calentado por los rayos —se interrumpió; un lejano fragor de truenos rodaba por el desfiladero—. Escuche. Dentro de cinco días estará sobre nosotros.

Señaló las pendientes totalmente yermas y agregó:

—Ni siquiera los venusianos pueden subsistir allí... ¿o se cree usted tan dura como pata servir de pararrayos? Tal vez tenga razón.

—¡Antes el rayo que usted! —respondió Patricia, iracunda, y luego se tranquilizó de súbito—. Intenté llamarle —agregó sin venir a cuento.

—Para reírse de mí —repuso con amargura.

—No. Para decirle que la lamentaba y que...

—No necesito que se disculpe.

—Pero quería decirle que...

—No importa. Su arrepentimiento no me interesa. El daño ya está hecho —cortó, mirándola con el ceño fruncido.

Patricia aún quiso confirmar, en tono humilde:

—Pero yo...

Un ruido la interrumpió y al volverse gritó de espanto. Había aparecido un Pegajoso enorme, un coloso que ocupaba el desfiladero de pared a pared hasta una altura de dos metros, y que avanzaba hacia ellos. Estos monstruos eran menos frecuentes en la Región Fría, pero también más grandes, pues en las Tierras Calientes la abundancia de alimento hacía que se subdividieran a menudo. Aquél era un gigante, un cataclismo, toneladas y toneladas de podredumbre nauseabunda y apestosa cerrando el estrecho paso, interceptándoles.

Ham cogió el lanzallamas, y la muchacha detuvo su brazo.

—¡No, no! —gritó—. ¡Está demasiado cerca! ¡Nos salpicará!

## 4

Patricia tenía razón. Sin la protección de los trajes de transpiel, el contacto con un pedazo del monstruo sería mortal, y el impacto del lanzallamas no dejaría de hacer saltar trozos de la bestia. La tomó de la muñeca y huyeron por el desfiladero, intentando alejarse lo suficiente para efectuar un disparo. A unos cuatro metros les seguía el Pegajoso, avanzando ciegamente en la única dirección que sabía... hacia el alimento.

Consiguieron ventaja. Un recodo del desfiladero, que discurría hacia el sudoeste, lo hacía pasar de improviso hacia el sur. La luz del Sol, siempre fija al este, quedó oculta; se hallaban en un lugar de perpetua penumbra y el terreno era de roca pelada y

sin vida. Al llegar allí el Pegajoso se detuvo; como carecía de organización y de voluntad, no podía moverse si el alimento no le daba dirección.

Sólo la vida superabundante de Venus podía mantener a semejante monstruo; no vivía sino comiendo sin cesar.

Ambos se detuvieron en el recodo sombrío.

—¿Y ahora? —murmuró Ham.

Un buen disparo contra la masa era imposible desde aquel ángulo, ya que no la destruiría sino en parte.

Patricia dio un salto y arrancó un matorral de la pared, que crecía donde ésta recibía un débil rayo de luz. Lo echó delante del monstruo, y este avanzó medio metro.

—Engañémoslo —propuso la muchacha.

Era imposible; la vegetación era demasiado escasa.

—¿Qué va a hacer esa cosa? —preguntó Ham.

—Una vez vi uno perdido en el límite desértico de las Tierras Calientes —respondió la muchacha—. Se retorció largo rato y luego las células se atacaron entre sí. Se devoró a sí mismo. ¡Fue horrible!

—¿Cuánto tiempo duró?

—¡Ah! Cuarenta o cincuenta horas.

—No voy a esperar tanto tiempo —gruñó Ham. Rebuscó en su mochila y sacó el traje de transpiel.

—¿Qué quiere hacer?

—Ponerme esto y disparar desde cerca.

—Empuñó el lanzallamas.

—Éste es el último cañón —observo Ham, sombrío, y luego agregó animándose—: Pero tenemos la suya.

—La cámara de mi pistola se rajó la última vez que la usé, hará diez o doce horas. Pero tengo muchos cañones.

—¡Perfecto! —dijo Ham.

Se arrastró con cautela hacia el palpitante y horrible amasijo blanco. Extendió los brazos para abarcar el mayor ángulo posible, apretó el gatillo y el trueno del disparo retumbó en el desfiladero. Volaron pedazos del monstruo a su alrededor, y el resto chamuscado por la incineración de toneladas de podredumbre se redujo a un espesor de noventa centímetros.

—¡El cañón ha resistido! —gritó triunfalmente. Evitaba por esta vez el tener que cambiarlo.

Cinco minutos después el arma volvió a disparar. Cuando la masa del monstruo cesó de agitarse, sólo quedaban cuarenta y cinco centímetros de espesor pero el cañón quedó atomizado.

—Tendremos que usar uno de los suyos —dijo.

Patricia sacó uno, Ham lo cogió y dejó caer la mano con desaliento. ¡Los cañones

fabricados en Enfield eran demasiado pequeños para la pistola norteamericana!

—¡Serán idiotas...! —gruñó.

—¡Idiotas! —exclamó ella—. ¿Acaso los yanquis usáis morteros de trinchera para los cañones?

—Hablaba de mí mismo en realidad. Debí suponerlo. —Se encogió de hombros—. Bien, ahora podemos elegir entre esperar aquí a que el pegajoso se devore a sí mismo, o buscar otra manera de salir de esta trampa. Tengo la corazonada de que este desfiladero carece de salida.

Patricia admitió que probablemente era así. La grieta esa consecuencia de algún movimiento antiguo que había partido la montaña en dos. Al no ser debida a la erosión del agua, cabía que terminase en una herradura inexpugnable, aunque también era posible que alguna de aquellas paredes pudiera ser escalada.

—De todos modos, nos sobra tiempo —concluyó la muchacha—. Podemos intentarlo. Además... —y arrugó la naricilla, aludiendo al hedor del Pegajoso.

Ham la siguió a través de la penumbra, sin quitarse aún la protección de transpiel. El pasadizo volvía a doblar hacia el oeste, las rocas eran tan altas y abruptas que el Sol no llegaba al fondo. Era un lugar de sombras, como la región de las tormentas que separa la zona de penumbra del hemisferio oscuro: ni noche ni día auténticos, sino un estado intermedio.

A sus ojos los miembros bronceados de Patricia parecían pálidos en vez de morenos y, al hablar, su voz despertaba extraños ecos entre los acantilados opuestos. Aquel abismo era un lugar extraño, un rincón siniestro y desagradable.

—Esto no me gusta —comentó Ham—. El paso se acerca cada vez más a la zona de oscuridad. Recuerde que nadie sabe lo que hay en el lado oscuro de las Montañas de Eternidad.

Patricia se echó a reír; el eco fue fantasmagórico.

—¿Qué peligro puede haber aquí? En todo caso, tenemos las pistolas.

—No hay salida —refunfuñó Ham—. Regresemos.

Patricia le plantó cara.

—¿Tiene miedo, yanqui? —bajó la voz—. Los nativos dicen que en estas montañas hay fantasmas —prosiguió burlonamente—. Mi padre me contó que había visto cosas extrañas en el Paso del Loco. ¿Sabe que si hay seres en el lado nocturno, sería fácil que llegaran hasta aquí, con la oscuridad que hay?

Se estaba burlando de él. Volvió a reír. De repente, su risa fue repetida en espantosa cacofonía desde las paredes de piedra que se cernían sobre ellos.

Palideció; ahora era Patricia la que estaba asustada. Contemplaron con aprensión los muros de roca, donde aparecían y desaparecían sombras extrañas.

—¿Qué... qué ha sido eso? —susurró—. ¡Ham! ¿Ha visto?

Ham lo había visto. Una sombra había sobrevolado la franja de cielo, saltando de

un acantilado a otro sobre sus cabezas. Volvió a oírse una risa ululante. Unas siluetas oscuras se arrastraban como moscas sobre las paredes cortadas a pico.

—¡Regresemos! —jadeó la muchacha—. ¡Pronto!

Mientras Patricia se volvía, un objeto pequeño de color negro cayó a su lado y se rompió con un estallido tétrico. Ham lo miró. Era una cápsula, un saco de esporas de tipo desconocido. Se alzó una nube densa y negra, Ambos comenzaron a toser violentamente, Ham sintió que la cabeza le empezaba a dar vueltas, y Patricia se apoyó en él.

—¡Es un... narcótico! —murmuró—. ¡Vámonos!

Otra docena de bolas reventaron alrededor de ellos. Las esporas formaban negros remolinos y el respirar se convertía en una tortura. Los estaban drogando y asfixiando al mismo tiempo.

Ham tuvo una idea salvadora.

—¡La máscara! —tosió, cubriéndose el rostro con la mascarilla de transpiel.

El filtro que protegía a los seres humanos contra los mohos de las Tierras Calientes también limpiaba de aquellas esporas el aire. Pero el protector de la muchacha se hallaba en algún lugar de su mochila y no lo encontraba. Cayó sentada en el suelo.

—Mi mochila —murmuró—. Llévesela. Su... su... —tuvo un acceso de tos.

La arrastró hasta el refugio de un saliente y sacó de la mochila su traje de transpiel.

—¡Póngaselo! —gritó.

Estallaron veinte cápsulas más.

Una figura saltó furtivamente sobre el muro de roca, a gran altura.

Ham apuntó con la automática y disparó. Se oyó un grito agudo y chirriante, al que respondió un coro de alaridos, y un ser del tamaño de un hombre se despeñó hasta caer amenos de tres metros de él.

Era espantoso. Ham observó afligido aquella criatura no muy distinta de los nativos que él conocía con tres ojos, dos manos y cuatro piernas; aunque las manos, que tenían dos dedos como las de los habitantes de las Tierras Calientes, no eran como pinzas, sino que blancas y con garras.

¡Y el rostro...! No era la cara ancha e inexpresiva de aquéllos, sino una máscara angulosa, malévol y sombría, con ojos de doble tamaño que los de los nativos. No había muerto, sino que aún destilaba odio; cogió una piedra y se la arrojó sin fuerzas, aunque con aviesa intención. Luego murió.

Naturalmente, Ham ignoraba lo que era. Se trataba de un triops noctivivans, el «morador de tres ojos de la oscuridad», un ser extraño e inteligente que por ahora es el único del lado nocturno que conocemos. A veces se encuentran individuos de estas razas feroces en las oscuras gargantas de las Montañas de Eternidad. Es probablemente la criatura más maligna de los planetas conocidos, un ser absolutamente incomprensible que no vive sino de la matanza.

Con el disparo, la lluvia de cápsulas concluyó y hubo un coro de carcajadas de hiena.

Ham aprovechó el respiro para cubrir el rostro de la muchacha con la mascarilla, que se le había caído después de ponérsela a medias.

Entonces se oyó un silbido agudo. Una piedra rebotó y le alcanzó en el brazo. Otras llovieron a su alrededor, rápidas como balas. Hubo tal revuelo de siluetas, con grandes saltos hacia el cielo y terribles risas burlonas. Disparó contra uno de los que saltaban. Oyó de nuevo el grito de dolor, pero esta vez el enemigo no cayó.

Las piedras seguían lloviendo sobre él. Eran pequeñas, del tamaño de guijarros, pero las disparaban con tanta fuerza que silbaban al pasar y herían su carne a través del traje protector. Tumbó a Patricia boca abajo, pero la muchacha gimió débilmente cuando un proyectil la golpeó en la espalda. La escudó con su cuerpo.

La situación era insostenible. Debían arriesgarse a retroceder, pese a que el Pegajoso bloqueaba la salida. Pensó que protegidos por el traje de transpiel, tal vez podrían pasar sobre la masa. Sabía que era una idea delirante; el protoplasma viscoso los envolvería hasta sofocarlos... pero debía correr el riesgo. Tomó a la muchacha en brazos y corrió rápidamente por el desfiladero.

Alaridos, chillidos y un coro de risas burlonas retumbaron a su alrededor. Las piedras le golpearon en todas partes. Una le dio en la cabeza, haciéndole tropezar y golpearse contra la roca. Pero siguió corriendo con obstinación. Ahora sabía qué le impulsaba: era la muchacha que llevaba. Tenía que salvar a Patricia Burlingame.

Ham llegó al recodo. La luz del Sol daba arriba, sobre la pared oeste. Sus repulsivos perseguidores se refugiaron en el lado oscuro. Afortunadamente, no soportaban la luz natural; con mantenerse muy pegado a la pared oriental quedaba algo protegido.

Faltaba el otro recodo, bloqueado por el Pegajoso. Cuando vio algo que le hizo sentirse enfermo. Tres seres se hallaban reunidos junto a la masa blanca, comiendo — ¡realmente comiendo!— de aquella carroña. Se volvieron aullando al acercarse él. Tumbó a dos de ellos a tiros, y cuando el tercero quiso escalar el muro lo liquidó también de un disparo. Al caer en medio de la masa informe hizo un chapoteo estremecedor.

Volvió a sentir náuseas. El Pegajoso se retiraba; el caído quedaba en un hueco semejante al agujero de una rosquilla gigante. Ni siquiera el monstruo se atrevía con aquellas criaturas.

(Se ignoraba entonces que, mientras los seres del hemisferio nocturno de Venus pueden devorar y digerir los seres del lado diurno, lo contrario es imposible. Ninguna criatura del hemisferio diurno puede devorar seres del lado oscuro, debido a la presencia de varios alcoholes metabólicos venenosos).

Pero el indígena, al saltar, había atraído la atención de Ham hacia un reborde

saliente unos treinta centímetros. Tal vez... Sí, quizá fuese posible utilizar aquella senda para eludir al Pegajoso. Sin duda sería difícil bajo la lluvia de piedras, pero no quedaba otra alternativa.

Soltó a la muchacha para liberar su brazo derecho. Metió otro cargador en la pistola y disparó al azar hacia las sombras que saltaban arriba. La granizada de guijarros cesó un instante y, con un esfuerzo convulsivo y doloroso, Ham arrastró a Patricia hasta el saliente.

Las piedras llovieron de nuevo a su alrededor. Avanzó paso a paso, cruzando exactamente por encima del Pegajoso condenado.

¡Muerte abajo y muerte arriba! Poco a poco salió del paso; arriba, ambos muros reflejaban la luz del sol y ya estaban a salvo.

Al menos él estaba a salvo. La muchacha tal vez había muerto, pensó con desesperación mientras seguía el rastro trazado por el Pegajoso. Cuando salieron a la luz quitó la mascarilla del rostro de la muchacha y observó sus rasgos blancos, fríos como el mármol.

No estaba muerta, sino presa de un sopor producido por los narcóticos. Una hora después volvió en sí, aunque se sentía débil y muy asustada. Lo primero que hizo fue reclamar su mochila.

—Aquí está —contestó Ham—. ¿Qué es eso tan importante que lleva en su mochila?

¿Sus notas?

—¿Mis notas? ¡Oh, no! —un ligero rubor cubrió su rostro—. Eso... es lo que intentaba decirle... se trata de su xixtchil.

—¿Cómo?

—Sí, yo... no la tiré para que se enmoheciera. Es suya, Ham. Muchos traficantes británicos entran en las Tierras Calientes norteamericanas. Rompí la bolsa y oculté la hierba en mi mochila. Los mohos del suelo se hallaban allí porque yo les arrojé algunas ramas... para que pareciera auténtico.

—Pero... pero ¿por qué?

El rubor se hizo más intenso.

—Quería castigarle —susurró Patricia— por mostrarse tan... tan frío y distante.

—¿Yo? —se asombró Ham—. ¡Usted sí que estaba fría y distante!

—Quizá fue así al principio. Usted entró en mi casa a la fuerza. Pero... Ham, cuando me salvó de la erupción de barro... fue distinto.

Ham se atragantó y, con un gesto brusco, la cobijó entre sus brazos.

—No pienso discutir quién tiene la culpa. Pero hay otra cuestión que arreglaremos en seguida. Iremos a Erotia y allí nos casaremos en una buena iglesia norteamericana, si ya la han construido y, si no es así, nos casara un buen Juez norteamericano. No se hable más del Paso del Loco ni de cruzar las Montañas de



Eternidad. ¿Está claro?

Patricia miró las vertiginosas cumbres y se estremeció.

—¡Muy claro! —respondió, obediente.

\* \* \*

La revelación de Weinbaum suscitó un periodo durante el cual todos los autores se dedicaron a divagar sobre extrañas formas de vida. Todos los relatos pasaron a ser epopeyas extraterrestres, aunque nadie lo hacía tan bien como Weinbaum. Cuando empecé a escribir ciencia-ficción, tampoco fui inmune. Aunque prefería poner en acción a seres humanos, alguna vez me atreví con la temática de Weinbaum, por ejemplo en *Christmas on Ganymede*.

Mi obra más parecida a las de Weinbaum fue de hecho una imitación deliberada del espíritu de *El planeta de los parásitos*. Me refiero a mi novela de juventud *Lucky Starr and the Oceans of Venus*, escrita veinte años después que la narración que me inspiró. (No os preocupéis, no la había olvidado). Es una pena que al progresar nuestros conocimientos astronómicos acerca de Venus, haya desaparecido por completo la posibilidad de que sea un mundo tropical y húmedo. Tanto *El planeta de los parásitos* como *Lucky Starr and the Oceans of Venus* quedan hoy ridículamente anticuados.

Los cuentos de ciencia-ficción prestaban cada vez más atención a la verosimilitud científica. En *Coloso* se hacía caso omiso de que la velocidad de la luz sea limitada. En un cuento posterior, *Próxima Centauri* de Murray Leinster, publicado en «Astounding Stories» de marzo de 1935, no fue así. El viaje a la estrella más cercana era descrito como una expedición de varios años.

# PROXIMA CENTAURI

Murray Leinster

## I

De cerca, el «Adastra» brillaba ya bajo la luz del sol cada vez más próximo. Los discos de visión que recorrían el casco de la gigantesca nave espacial transmitían una débil claridad a las pantallas visoras anterior. Mostraban el monstruoso y redondo globo metálico, entrecruzado por vigas demasiado macizas para ser transportadas por una energía menos poderosa que la de la propia nave espacial. El globo de mil quinientos metros de diámetro aparecía como un objeto débilmente brillante inmóvil en el espacio.

Esa apariencia era engañosa. Aunque la nave parecía monstruosa demasiado inmensa para ser movida por cualquier tipo de energía concebible, en aquel momento reaccionaba a la energía. En una docena de lugares de su costado débilmente brillante se veían unas aberturas. De esas aberturas salían tenues llamas color púrpura. Su resplandor era débil —más que el de la estrella cercana— pero eran los cohetes desintegradores que habían elevado al «Adastra» de la superficie de la Tierra y durante siete años lo empujaron a través del espacio interestelar hacia Próxima Centauri, la estrella fija más cercana al sistema solar de la humanidad.

Ahora ya no empujaban la nave, la poderosa máquina reducía velocidad. Diez metros por segundo perdía el globo con exactitud, para mantener dentro de su casco el efecto de la gravedad terrestre. Hacia meses que comenzó a frenar. De una velocidad máxima poco inferior a la de la luz, la primera nave que recorría la distancia entre sistemas solares iba frenando poco a poco, para alcanzar la velocidad de maniobra a unos noventa y seis millones de kilómetros de la estrella.

Lejos, muy lejos, Próxima Centauri resplandecía tentadoramente. Los discos de visión que captaban su débil resplandor sobre el casco de la nave espacial iban conectados a circuitos que transportaban la imagen al interior. En la sala de mandos principal aparecía amplificada muchas veces. Un anciano de barba blanca y uniforme observó la imagen pensativamente. Luego comentó con voz queda, como si hubiera dicho lo mismo otras veces:

—Ese anillo resulta extraño. Es doble, como el de Saturno, Saturno tiene nueve lunas.

Uno se pregunta cuántos planetas tendrá esta estrella.

La muchacha dijo, nerviosa:

—Pronto lo sabremos, ¿no? Estamos a punto de llegar. Ya conocemos el período de rotación de uno. Jack dijo que...

Su padre se volvió deliberadamente hacia ella.

—¿Jack?

—Gary —respondió la muchacha—. Jack Gary.

—Parece bien dispuesto y es muy hábil, pero es un Mut. ¡No lo olvides! —dijo el anciano sin alzar la voz.

La muchacha se mordió el labio.

El anciano continuó con gran lentitud y sin acritud:

—Es lamentable que se haya producido esta división entre la tripulación de lo que debía ser una expedición científica realizada con el espíritu de una cruzada. Tú apenas puedes recordar cómo comenzó. Pero nosotros, los oficiales, sabemos demasiado bien cuántos esfuerzos hicieron los Muts por dar al traste con el propósito de nuestro viaje.

Jack Gary es un Mut. A su manera, es inteligente. Yo le habría traído a los alojamientos de los oficiales, pero Alstair investigó y descubrió hechos indeseables que lo desaconsejaron.

—¡No le creo a Alstair! —dijo la muchacha en el mismo tono imparcial—. De todos modos, fue Jack quien captó las señales. ¡Y él, oficial o Mut, es quien se ocupa de ellos!

De cualquier modo, es humano. Es hora de que lleguen nuevamente las señales y tú le necesitas para cuando eso ocurra.

El anciano frunció el entrecejo y se dirigió con precaución hacia un asiento. Se sentó con el cuidado habitual y bastante patético de un anciano. Naturalmente, el «Adastra» no exigía una vigilancia tan constante como las naves interplanetarias. Allí, en el vacío, no era necesario vigilar por si aparecían otros viajeros, o meteoros, o aquellos extraños campos de fuerza todavía inexplicables que, al principio, hicieron tan peligrosos los viajes interplanetarios.

De cualquier modo, la nave era una estructura tan gigantesca que los meteoritos pequeños no podrían dañarla. Y a la velocidad a que viajaba en aquel momento, los grandes serían captados por los campos de inducción a tiempo para observarlos y, si era necesario, desviarlos.

Una puerta lateral de la sala de mandos se abrió de súbito y entró un hombre. Observó con mirada de profesional consciente los grupos de indicadores. Se oyó el disparo de un relé, y volvió la mirada hacia allí. Luego saludó al anciano con meticulosa corrección y sonrió a la muchacha.

—¡Ah, Alstair! —dijo el anciano—. ¿Tú también estás interesado en las señales?

—Sí, señor. ¡Por supuesto! Como vicecomandante prefiero vigilar las señales. Gary es un Mut y no me gustaría que obtuviera información que pudiese ocultar a los

oficiales.

—¡Eso es una tontería! —exclamó la muchacha con acaloramiento.

—Probablemente —admitió Alstair—. Supongo que sí Incluso creo que es así, pero prefiero no descuidarme.

Se oyó el sonido de un zumbador. Alstair apretó un botón y se iluminó un disco visor.

En él apareció un rostro joven, moreno y bastante serio.

—Sin novedad, Gary —dijo Alstair, lacónico.

Apretó otro botón. El disco visor se oscureció y se iluminó de nuevo para mostrar un largo pasillo por el cual avanzaba una figura solitaria. Al acercarse, el mismo rostro de antes les miró con indiferencia. Alstair dijo secamente:

—Las puertas están abiertas, Gary. Puede pasar.

—¡Considero que eso es monstruoso! —exclamó la muchacha enojada mientras el disco se oscurecía—. ¡Confíaís en él! ¡Tenéis que hacerlo! ¡Pero cada vez que entra en los camarotes de la oficialidad actuáis como si viniera con una bomba en cada mano y el resto de los hombres le siguiera!

Alstair se encogió de hombros y miró al anciano, que dijo con fastidio:

—Querida, Alstair es vicecomandante y será comandante del viaje de regreso a la Tierra. Me gustaría que te mostraras menos desagradable.

La muchacha volvió la espalda con intención a la enérgica figura de Alstair con su elegante uniforme, y apoyó el mentón entre las manos, pensativa, mirando a la pared opuesta. Alstair se acercó a los grupos de indicadores y los estudió con atención. El ventilador zumbaba suavemente. Un relé sonó haciendo un ruido curioso, como engréido y satisfecho de sí mismo. No se oía nada más.

El «Aadastra», la obra más poderosa de la raza humana, avanzaba por el espacio mientras la luz de un astro desconocido resplandecía débilmente sobre su enorme casco.

Doce llamas de color púrpura brillaban en los agujeros de la parte delantera. Reducía su velocidad a razón de diez metros por segundo, manteniendo el efecto de la gravedad terrestre en el interior.

—La Tierra quedaba a siete años de viaje y a incontables billones de kilómetros. Los viajes interplanetarios ya eran algo común en el sistema solar, una colonia próspera en Venus y una precaria colonia mantenida en la más grande de las lunas de Júpiter prometían un lucrativo comercio espacial para cuando las ciudades muertas de Marte dejaran de dar su botín increíblemente rico. El «Aadastra» era la primera nave que exploraba el espacio más allá de Plutón.

Era la más grandiosa de las naves, la estructura más colosal construida por los hombres, Por cierto que al principio el proyecto fue tildado de irrealizable por los mismos hombres que después hicieron una realidad de su construcción. Las vigas de su almacén eran tan inmensas que, una vez soldadas, no pudieron moverse con ningún dispositivo de elevación de los que tenían a su disposición los constructores.

En consecuencia, hicieron moldes y el metal loe colado en su posición definitiva como parte de la nave. Los tubos de sus motores eran tan colosales que las vibraciones supersónicas necesarias para neutralizar el efecto desintegrador del campo de Caldwell debían generarse en treinta puntos distintos de cada tubo, pues de lo contrario, la desintegración del combustible se habría extendido a los tubos y luego a la gran nave, descomponiendo incluso el planeta madre en un estallido de radiantes llamas púrpura. A la aceleración máxima, cada conjunto de doce tubos desintegraba cinco centímetros cúbicos de agua por segundo.

Sus depósitos de aire transportaban una reserva que podía sustentar a su tripulación de trescientas personas durante diez meses sin necesidad de purificarlo. Sus almacenes, sus provisiones de materias primas y acabadas eran tan abundantes que enumerarlos equivaldría a recitar números sin sentido.

En su interior incluso había doscientas hectáreas reservadas al cultivo de alimentos, donde las cosechas crecían bajo las lámparas solares. Servían de fertilizantes los desperdicios de materias orgánicas. Las plantas absorbían el anhídrido carbónico para devolverlo en parte como oxígeno y en parte como verduras ricas en hidratos de carbono.

El «Adastra» era en sí mismo un mundo. Con una reserva suficiente de energía, podía mantener indefinidamente a su tripulación, renovar sus provisiones alimenticias, depurar su atmósfera interna sin pérdidas.

Contenía en su interior espacio suficiente para satisfacer toda necesidad humana, incluso la de soledad.

Al emprender el viaje más estupendo de la historia humana, se le había concedido la calificación legal de mundo; el comandante tenía poderes para dictar y hacer cumplir todas las leyes necesarias. Embarcada hacia un destino situado a cuatro años–luz de distancia, se calculaba que el plazo mínimo de viaje sería de catorce años. Ninguna tripulación dejaría de sufrir bajas en un viaje tan largo. Por consiguiente, en aquel viaje no se habían alistado hombres, sino familias.

Cuando el «Adastra» despegó de la Tierra había cincuenta niños a bordo. Durante el primer año de viaje nacieron diez. La gente de la Tierra supuso que la poderosa nave no sólo podía alimentar por tiempo indefinido a su tripulación, sino que ésta, con sus necesidades cubiertas y con medios adecuados de diversión y educación, se perpetuaría a si misma de tal modo que un viaje de mil años fuera tan factible como la primera travesía a Próxima Centauri.

Y así pudo ser, salvo por un hecho tan trivial y humano que nadie supo preverlo: el tedio. En menos de seis meses, el viaje dejó de ser una gran aventura. La vida en la gran nave pasó a ser una rutina mortal, sobre todo para las mujeres.

El «Adastra» se asemejaba a una gigantesca casa de apartamentos sin periódicos, tiendas, películas de estreno, caras nuevas, ni siquiera el aliciente de los cambios de

tiempo, tan molestos en tierra. Al estar previstas todas las circunstancias del viaje, era imposible la sorpresa. Esto equivalía al tedio.

El tedio trajo la inquietud. Y la inquietud, existiendo a bordo mujeres que habían soñado con grandes aventuras, fue un gran pandemónium. Sus maridos ya no les parecían héroes fascinantes, sino meros seres humanos. Los hombres sufrieron desilusiones semejantes. Solicitudes de divorcio inundaron el escritorio del comandante, que era la suprema autoridad legal. El octavo mes hubo un asesinato, y dentro de los tres meses siguientes otros dos.

Al año y medio de salir de la Tierra, la tripulación estaba en situación de semiamotinamiento, originado por la profunda monotonía. Al cumplirse el segundo año, los camarotes de los oficiales fueron sellados para separarlos de la parte común del «Aadastra». La tripulación fue desarmada, y los trabajos que se exigían a los amotinados eran cumplidos por la fuerza de las armas en manos de los oficiales. Después del tercer año, la tripulación exigió el regreso a la Tierra. Pero el tiempo que necesitaba el «Aadastra» para decelerar y cambiar de rumbo en aquel momento la haría llegar tan cerca de su destino, que no constituiría diferencia apreciable en la duración total de su viaje. Los miembros de la tripulación intentaron aliviar el tiempo que les faltaba con todos los vicios y pasatiempos que podían improvisar a falta de verdadera necesidad de trabajar.

En la sección de los oficiales se referían a los subordinados con una palabra que se hizo habitual, una contracción del vocablo «mutineers». La tripulación terminó por eludir el trato con los oficiales. A pesar de lo que dijera Alstair, ya no había peligro de que se declarase una rebelión. Aunque tardíamente, habían alcanzado una especie de equilibrio psicológico.

Del nerviosismo característico de los moradores de una casa de pisos aislada, la mayor parte de la dotación del «Aadastra» pasó a adoptar el carácter de los habitantes de un pueblo aislado. La diferencia era significativa. Los niños criados durante el largo viaje a través del espacio estaban bien adaptados a las condiciones de aislamiento y rutina.

Jack Gary era uno de ellos. Contaba dieciséis años cuando emprendió la travesía y era hijo de un ingeniero de cohetes cuya muerte se produjo durante el segundo año. Helen Bradley también entraba en este grupo; tenía catorce años cuando su padre, creador y comandante del poderoso globo, accionó la palanca de mando que puso en marcha los inmensos cohetes.

Al dar comienzo el viaje, su padre ya había pasado la madurez. Era un anciano envejecido por las responsabilidades de siete años ininterrumpidos. Y sabía, lo mismo que Helen, aunque ella no se atreviese a confesárselo, que jamás sobreviviría al largo viaje de retorno. Alstair ocuparía su puesto y ejercería la autoridad absoluta inherente al cargo. Además, quería casarse con Helen.

Meditó estas cuestiones con la barbilla entre las manos, sentada en la sala de mandos.

No se oía nada sino el zumbido del ventilador y de vez en cuando el disparo de algún relé poniendo en marcha las máquinas automáticas, que hacían que el «Adastra» siguiera siendo un mundo donde nunca pasaba nada.

Llamaron a la puerta. El comandante abrió los ojos, algo sobresaltado. Ya era muy viejo. Había estado dormitando.

Alstair respondió:

—¡Entre!

Jack Gary entró.

Saludó al comandante sin dirigirse a nadie más, lo cual era correcto según el reglamento, pero los ojos de Alstair relampaguearon.

—¡Ah, sí! —dijo el comandante—. Gary. Se han recibido más señales, ¿no?

—Sí, señor.

Jack Gary se mostró muy sereno, muy frío. Sólo en una ocasión, cuando miró a Helen, mostró algo diferente de la actitud formal de un hombre concentrado en su trabajo. Luego, en una fracción de segundo, sus ojos le dijeron algo a la muchacha, que asumió una expresión de ruborosa alegría.

Aunque fue una rápida ojeada, Alstair la captó y dijo ásperamente:

—¿Ha adelantado algo en el desciframiento de las señales?

Jack manejaba los mandos de un receptor de toda banda, y consultaba notas escritas a lápiz en un cuaderno de cálculos. Estaba analizando el mensaje recibido.

—No, señor. Al principio llega una serie de señales que deben constituir un distintivo de llamada, dado que parte de la misma secuencia vuelve como firma al final. Con permiso del comandante he utilizado la primera parte de la secuencia llamada como firma de nuestros mensajes de respuesta. Pero al estudiar las señales he hallado algo que parece importante.

El comandante preguntó en voz baja:

—¿De qué se trata, Gary?

—Señor, durante algunos meses hemos enviado señales mediante un haz coherente de luz que nos precedía. Su intención era enviar señales por adelantado, de modo que si había seres inteligentes en planetas que rodean este sol, tuvieran la impresión de una misión de paz.

—¡Por supuesto! —exclamó el comandante—. ¡Resultaría trágico el primer contacto a escala cósmica fuera hostil!

—Desde hace unos tres meses venimos recibiendo respuesta a señales. Siempre a intervalos de poco más de treinta horas. Naturalmente, supusimos que las enviaba una emisora fija que emitía señales una vez al día, cuando la estación se hallaba en la posición más favorable para hacerlo.

—Por supuesto —repitió el comandante—. Nos permitió conocer período de rotación del planeta de donde provienen las señales.

Jack Gary graduó la última escala y accionó la palanca. Se oyó zumbido agudo que se extinguió rápidamente. Volvió a mirar mandos y los controló.

—He comparado los datos teniendo en cuenta nuestro acercamiento. Como acortamos tan rápido la distancia entre nosotros y la estrella, nuestras señales hoy tardan en llegar a Próxima Centauri varios segundos menos que ayer. Las señales de ellos deberían experimentar el mismo acortamiento de ritmo, si realmente emitieran todos los días a la misma hora planetaria.

El comandante asintió con indulgencia.

—Al principio fue así —prosiguió Jack—. Pero hace unas tres semanas la frecuencia cambió a otra totalmente distinta. La fuerza de la señal cambió y también la forma de la onda, como si hubiera intervenido otra emisora. El primer día del cambio, las señales llegaron un segundo antes de lo que correspondía a nuestra velocidad aproximación. El segundo día llegaron tres segundos antes, el tercero seis y el cuarto diez y así sucesivamente. Llegaban cada vez más antelación, en progresión lineal hasta hace una semana. Luego la velocidad de cambio comenzó a disminuir de nuevo.

—¡Tonterías! —exclamó Alstair con impaciencia.

—Está en los archivos —le respondió Jack concisamente.

—¿Cómo explica este hecho, Gary? —preguntó el comandante.

—Ahora transmiten desde una nave espacial que avanza hacia nosotros a una velocidad cuatro veces mayor que nuestra aceleración máxima —respondió Jack—. Y, según sus relojes, nos envían esta señal a intervalos iguales, como antes.

Hubo un silencio. Helen Bradley sonrió, distraída. El comandante pensó con detenimiento y luego observó:

—¡Muy bien, Gary! Parece posible. ¿Qué más?

—Bien, señor —dijo Jack—. Puesto que el ritmo de las señales Cambió hace una semana, se diría que la otra nave espacial ha empeñado a reducir velocidad. Aquí tiene mis cálculos, señor. Si las señales son transmitidas a intervalos constantes, existe otra nave espacial dirigida hacia nosotros, que está disminuyendo la velocidad para detenerse y alcanzar nuestra posición y velocidad dentro de cuatro días y dieciocho horas Suponen que nos cogerán por sorpresa.

El rostro del comandante se iluminó.

—¡Maravilloso, Gary! ¡Sin duda debe ser una civilización muy desarrollada! ¡La comunicación entre dos pueblos, separados por una distancia de cuatro años-luz!

¡Cuántas cosas maravillosas aprenderemos! ¡Y pensar que han enviado una nave muy lejos de su sistema para saludarnos y darnos la bienvenida!

La expresión de Jack seguía siendo grave.

—Espero que sea así, señor —comentó, lacónico.

—¿Qué pasa ahora, Gary? —inquirió Alstair con enojo.

—Bueno —empezó Jack muy despacio— fingen que las señales provienen de su planeta, emitiéndolas en lo que suponen ser intervalos constantes. Si quisieran, podrían transmitir veinticuatro horas al día y elaborar un código de comunicaciones. Pero, en cambio, intentan engañarnos. Sospecho que se acercan dispuestos a luchar,



como mínimo. Y si no me equivoco, las señales comenzarán exactamente dentro de tres segundos.

Calló y observó el receptor. La cinta que fotografiaba las ondas a medida que entraban, y la otra que registraba las modulaciones, salieron en blanco del receptor. De súbito, tres segundos después, una aguja osciló y sobre las cintas aparecieron minúsculas gráficas blancas. El altavoz emitió ruidos.

Era una voz; esto al menos quedaba claro. Era áspera y al mismo tiempo sibilante, muy parecida al chirrido de un insecto. Pero los sonidos que emitía estaban modelados de un modo que no se podría atribuir a un insecto. Evidentemente formaban palabras, sin vocales ni consonantes, pero que poseían inflexión y variaban de ve lumen y tono.

Los tres hombres y la muchacha que estaban en la sala de mandos la habían oído otras veces. Pero ahora advertían en ella una impresión de peligro, de amenaza, de insidioso afán de destrucción, que les heló la sangre.

## II

La nave espacial avanzó a través del espacio mientras sus cohetes emitían diminutas llamas púrpura, insignificantes en apariencia, que no despedían humo ni gases, como fuegos fatuos que ardiesen en el vacío de manera inexplicable.

Su aspecto exterior no había cambiado, ni cambiaría al correr de los años. A intervalos largos y pocos frecuentes, los hombres salían a través de las cámaras estancas y recorrían los costados, bañando el acero sobre el cual caminaban y sus propios cuerpos con poderosas antorchas térmicas, para evitar que el frío del revestimiento se transmitiera a través de los trajes y los matara como hormigas sobre una plancha candente. Pero hacía mucho tiempo que se necesitaba ninguna reparación.

En aquel momento, bajo el lejano y débil resplandor de Próxima Centauri, un hombre protegido por un traje espacial salió de una cámara y fue instantáneamente disparado hasta el extremo de un filiforme cable salvavidas. La deceleración de la nave no sólo simula gravedad en su interior. Todo lo que participaba de su movimiento quedaba sometido al mismo efecto. El hombre se alejaba de la nave por su propio impulso, o sea por la misma fuerza que el interior había mantenido sus pies pegados al suelo.

Regresó con dificultad, moviéndose con exagerada torpeza bajo la presión del traje. Se aferró a un saliente donde se enganchó, mientras manejaba un taladro eléctrico. Con la misma torpeza, cambió de posición y volvió a taladrar. La maniobra se repitió por tercera, quinta vez. Durante cerca de media hora trabajó colocando

sobre la extensa pared de acero, que siempre parecía hallarse por encima de él, un complicado armazón de cables y tirantes. Al fin pareció darse por satisfecho, regresó a la compuerta y entró. El «Adastra» siguió avanzando exactamente igual, sólo que ahora llevaba aquel minúsculo amasijo de cables, de unos nueve metros de diámetro, que parecía una maraña microscópica de alambre de púas.

Ya dentro del «Adastra», Helen Bradley saludó con entusiasmo Jack mientras se quitaba el traje espacial.

—¡Qué miedo he pasado! —le dijo—. ¡Era espantoso verte colgado allí! ¡Y pensar que tenías a tu espalda millones de kilómetros de espacio vacío!

—Si la cuerda se hubiera roto —murmuró Jack con serenidad—, tu padre habría desviado la nave para recogerme. Encendamos el inductor y veamos cómo funciona la nueva parrilla de recepción.

Colgó el traje espacial. Mientras se disponían a atravesar el umbral, sus manos se rozaron por casualidad. Se miraron y titubearon, deteniéndose. Los ojos de Helen brillaban. Se enlazaron sin darse cuenta de lo que hacían. Las manos de Jack subieron, hambrientas.

Resonaron unos pasos cerca de allí. Alstair, vicecomandante de la nave espacial, apareció por un recodo y se detuvo en seco.

—¿Qué significa esto, Gary? —preguntó con rabia—. ¡Aunque el comandante le permita entrar en la sección de los oficiales, ello no le autoriza a traer también sus métodos de seductor Mut!

—¡Atrevido! —gritó Helen, furiosa.

Jack, que había enrojecido, se puso rápidamente lívido de ira.

—Tendrá que disculparse por esas palabras —dijo con gran serenidad— o le enseñaré los métodos Mut de lucha con un arma de fuerza. ¡Como oficial, ahora llevo una!

Alstair lo miró, iracundo.

—Tu padre se encuentra mal —se volvió a Helen—. Comprende que el viaje está a punto de terminar. Durante los últimos meses, la esperanza le daba fuerzas, pero ahora está...

La muchacha lanzó un grito y salió corriendo.

Alstair se dirigió de nuevo a Jack:

—No me disculparé —ladró—. Usted es oficial por orden del comandante. Pero además es Mut y, tan pronto como yo sea comandante del «Adastra», perderá la categoría. ¡Se lo advierto! ¿Qué hacia aquí?

Jack estaba mortalmente pálido, pero el cargo de oficial del «Adastra», con la posibilidad de ver a Helen, era demasiado precioso para dimitir, salvo en caso extremo.

Además, tenía que hacer. Por cierto que su trabajo no podría continuar si le quitaban el grado de oficial.

—He instalado una parrilla de interferencia en la parte exterior del casco —

respondió—, para localizar la estación emisora de los mensajes que hemos recibido. Como usted sabe, también actuará como inductor hasta cierta distancia, y a esa distancia será mucho más exacto que los inductores principales de la nave.

—Entonces, ¡dedíquese a su maldito trabajo, conságrele toda su atención, y menos romances! —exclamó Alstair, punzante.

Jack conectó la toma de la nueva parrilla al receptor de toda banda. Trabajó durante una hora, cada vez más desanimado. Algo andaba muy mal. Los inductores no mostraban nada alrededor del «Adastra». La parrilla de interferencia revelaba un objeto de considerable tamaño a menos de tres millones de kilómetros de distancia y a un lado del rumbo del «Adastra». De improviso, todas las indicaciones de la existencia de dicho objeto desaparecieron. Los diales del receptor de toda banda regresaron a cero.

—¡Maldita sea! —murmuró Jack en voz baja.

Sintonizó una nueva banda de recepción, hizo algunos cálculos y luego cambió la frecuencia del grupo de repuesto de los inductores principales, poniendo simultáneamente ambos instrumentos a sus nuevas frecuencias. Aguardó, casi conteniendo la respiración, durante cerca de medio minuto. Tal era el tiempo que tardarían las ondas del inductor de la nueva frecuencia en recorrer los tres millones de kilómetros, ser recogidas luego por los analizadores y denunciar la presencia en el espacio de cualquier objeto que hubiera tendido a deformarla.

Veintiséis, veintisiete, veintiocho segundos. ¡Todas las sirenas de la nave monstruosa resonaron con furia! Las puertas de emergencia aullaron hasta cerrarse con pesado retumbo, convirtiendo los pasillos en compartimentos estancos. Unos segundos después, los visores de la sala de mando principal empezaron a encenderse.

—¡Mando de los cohetes, todo en orden!

—¡Servicio de aire, todo en orden!

—¡Provisión de energía, todo en orden!

Jack señaló con énfasis:

—Los inductores principales detectan un objeto situado a tres millones de kilómetros de distancia, y que avanza velozmente hacia nosotros. El comandante está enfermo. Por favor, localicen al vicecomandante Alstair.

La puerta de la sala de mandos se abrió entonces y entró Alstair hecho una furia.

—¡Demonios! —bramó—. ¿Ha hecho sonar una alarma general? ¿Está loco? Los inductores...

Jack le indicó el inductor principal. Todas las escalas mostraban la posición de alarma, que aún sonaba. Alstair los observó, mudo de sorpresa. Mientras miraba, los indicadores retornaron al cero.

Parecían señalar la nulidad de Alstair.

—Descubrieron las pantallas de nuestro inductor y emitieron alguien tipo de radiación que las neutralizó. Por eso preparé dos frecuencias distintas, emití una señal instantánea, y no pudieron neutralizarla a tiempo para evitar que sonase nuestra

alarma.

Alstair se quedó inmóvil, luchando con la ira que aún le embargaba; luego asintió brevemente.

—Ha trabajado bien. No abandone el puesto.

Entonces, sereno y compuesto, se hizo cargo de la poderosa nave especial, aunque no le quedaba gran cosa por hacer. De hecho, en aquellos cinco minutos habían tenido lugar todos los preparativos de emergencia. Alstair se dirigió de nuevo a Jack.

—Usted no me gusta —comentó fríamente—. De hombre a hombre, me desagrada profundamente. Pero como vicecomandante y comandante suplente debo admitir que hizo un buen trabajo al descubrir el truquito que tenían nuestros amigos para colocarse a distancia de lucha sin que nos diéramos cuenta.

Jack guardó silencio. Tenía el ceño fruncido, pero esto se debía a que pensaba en Helen. El «Aadastra» era inmenso y poderoso, pero no resultaba fácil de maniobrar. Era robusto, aunque no servía para atacar. Y poseía una capacidad de destrucción casi infinita con los Campos de Caldwell para la desintegración de la materia, aunque no transportaba armas más peligrosas que un cañón de dos mil kilovatios para destruir animales o plantas peligrosas donde pudiera aterrizar.

—¿Cuál es su opinión? —inquirió Alstair con aspereza—. ¿Qué piensa de la situación?

—Actúan como si vinieran en plan hostil —respondió Jack concisamente— y como alcanzan cuatro veces nuestra aceleración máxima, no podremos huir. A esta velocidad deben ser más maniobrables, aunque no cabe pensar en esquivarlos. No sabemos qué armas llevan, pero no podremos luchar a menos que sean muy rudimentarias. Sólo vislumbro una posibilidad.

—¿De qué se trata?

—Trataron de engañarnos. Eso indicaría que pensaban abrir fuego sin previo aviso.

Pero también es posible que estén asustados y que sólo desearan examinarnos sin darnos oportunidad de atacarlos. En este caso, nuestra única posibilidad consiste en enviar nuestro haz de señales a esa nave espacial. Cuando comprendan que hemos advertido su presencia y seguimos sin mostrarnos hostiles, no adivinarán que no podemos luchar. Pueden pensar que queremos ser amigos y que les conviene no atacar una nave tan grande como la nuestra, que además se halla en guardia.

—Muy bien. Queda a cargo de la comunicación —concluyó Alstair—. Continúe y lleve a cabo ese plan, Hablaré con los ingenieros de los cohetes y veremos si pueden improvisar medios de combate. ¡Puede retirarse!

Hablaba en tono áspero, arrogante, que alteraba los nervios de Jack y le hacía montar en cólera. Pero, a decir verdad, Alstair no permitía que la antipatía interfiriese en la defensa de la nave. En realidad, Alstair era uno de esos oficiales ambiciosos que

siempre y en todo momento desagradan cordialmente a todos, hasta que surge una emergencia.

Sólo entonces muestran su capacidad.

Jack se dirigió a la sala de mandos y comunicaciones. No tardó mucho en volver a alinear el haz transmisor. Luego la emisora repitió monótonamente el último mensaje enviado desde el «Adastra» al planeta lejano y hasta el momento no identificado. Mientras emitía una y otra vez la señal, Jack avisó al puesto de observación para que estudiaran la nave desconocida.

Habían colocado una antena direccional. Con la máxima potencia y amplificación, a tal punto que la imagen se volvía tan áspera como un fotograbado de periódico antiguo, la nave desconocida apareció en el visor como una miniatura de quince centímetros.

Tenía forma de huevo, completamente lisa. No tenía soportes externos, aletas de navegación atmosférica ni compuertas de salida. Carecía de detalles apreciables, a no ser una hilera de puntos minúsculos que podían ser escotillas o toberas de cohetes donde parpadeaban llamas intermitentes. Aún reducían su velocidad para situarse al lado del «Adastra».

—¿Tiene un análisis espectroscópico de esa nave? —preguntó Jack.

—Sí —respondió el asistente de observaciones—. Pero debe estar equivocado.

Emplean cohetes de combustible... algún compuesto orgánico. El análisis dice que el casco no es de metal sino de celulosa. Como si fuese de madera.

Jack se encogió de hombros. No había indicios de armas. Regresó a su tarea. La nave espacial lejana era penetrada de cabo a rabo por las ondas con el mensaje. Los receptores de la misma no podían dejar de informar que un haz coherente de luz seguía todos sus movimientos y que, por tanto, su presencia y su misión habían sido advertidas por la poderosa nave del espacio.

Pero los receptores de Jack no respondían. Y la cinta salía sin señales. No... con una línea extraña, confusa y borrosa, como si los analizadores no supieran descifrar la frecuencia de emisión. Jack leyó el efecto calorífero. La otra nave transmitía con intensidad de campo que equivalía a cinco mil kilovatios concentrados sobre el «Adastra».

Ninguna señal. Obstinado, Jack volvió heterodina la onda en un circuito de cinco metros, y leyó su frecuencia y forma. Llamó a la sala principal de mando.

—Nos están enviando ondas cortas —comunicó a Alstair—. Unos cinco mil kilovatios en ondas de treinta centímetros, como las que empleamos en la Tierra para matar los gusanos del trigo. Son mortales, pero nuestro casco las absorbe fácilmente.

Helen. Imposible detener el «Adastra». Se dirigen a Próxima Centauri. Aunque estaban perdiendo velocidad, no podían detenerse demasiado lejos de aquel sistema, y ya habían sido atacados por una nave cuya aceleración era cuatro veces la máxima del «Adastra». Radiaban sobre ellos una frecuencia mortal... que en la Tierra se empleaba para matar insectos dañinos. Helen estaba...

—¡Tal vez creerán que estamos muertos! Averiguarán el mecanismo de nuestro transmisor.

En el altavoz de comunicaciones generales resonó de súbito la voz de Alstair.

—¡Atención todos los oficiales! ¡La nave espacial enemiga nos ha dirigido lo que, evidentemente, considera una frecuencia mortal y ahora se acerca a toda velocidad!

Ordeno que ninguno de los mandos sea tocado para nada. No debe mostrarse la menor actividad inteligente en el «Aadastra». Permaneced junto a los mandos de navegación dispuestos a maniobrar si es necesario. ¡Trataremos de fingir que el «Aadastra» es un vehículo totalmente automático! ¿Comprendido?

Jack imaginaba los informes de las otras salas de control. Su receptor volvió de improviso a la vida. Los sonidos casi chirriantes de la señal enemiga, tan conocidos que parecían palabras. Luego una extraordinaria confusión de ruidos: palabras de una voz humana. Más sonidos chirriantes, Retazos de un inglés perfecto. Las palabras inglesas tenían el tono y el acento de un oficial del «Aadastra», evidentemente, repetían fragmentos de una grabación.

—¡Comunicaciones! —gritó Alstair—. ¡No responda a esa señal!

—¡Están intentando averiguar si hemos sobrevivido a la acción de los rayos!

—Conforme —respondió Jack.

Alstair tenía razón. Jack miró y escuchó lo que salía del receptor.

—Éste se detuvo, quedando en silencio durante diez minutos. Comenzó de nuevo. El «Aadastra» seguía avanzando. La cháchara del espacio cesó del todo. Poco después volvió a sonar el teléfono de la sala de comunicaciones generales:

—La nave espacial enemiga ha aumentado su aceleración convencida, evidentemente, de que estamos muertos. Llegará dentro de unas cuatro horas. Se montarán las guardias normales durante las próximas tres horas, salvo alarma.

Jack se arrellanó en la silla y frunció el ceño. Empezaba a comprender las tácticas que Alstair había planeado. Eran malas, pero una nave indefensa como el «Aadastra» no tenía otra opción. Resultaba irónico que la bienvenida al «Aadastra» después de un viaje de siete años por el espacio fuera una dosis de la radiación empleada en la tierra para exterminar gusanos.

Pero la futilidad del primer ataque no implicaba que todos fuesen a resultar igualmente inútiles, El «Aadastra» no podía detenerse antes de muchos millones de kilómetros.

Aunque el plan desesperado de Alstair eludiese a aquel agresor desconocido y a sus armas, ello no significaba, no podía significar, que el «Aadastra» ni sus habitantes tuviesen posibilidad alguna de defenderse. Y allí estaba Helen...

### III

Ahora los visores mostraban con claridad la nave espacial desconocida, sin necesidad de ampliación. Estaba detenida a ocho kilómetros del «Adastra». De forma oval perfecta, sin detalles relevantes salvo los cohetes de popa, flotaba inmóvil con relación a la nave terrestre. Ello significaba que sus navegantes habían analizado con anterioridad su deceleración para equiparar con precisión todas las constantes de su rumbo.

Helen con el rostro surcado de lágrimas, vio cómo Jack daba ampliación a los visores. Su padre había sufrido un súbito colapso. Ahora descansaba tranquilo, dormitando casi continuamente, y su rostro mostraba una expresión de completa beatitud.

Había mandado el «Adastra» hasta ponerlo en contacto con la civilización de otro sistema solar. La misión a la que había consagrado su vida estaba cumplida, por lo que se disponía a descansar. Naturalmente, ignoraba que el primer contacto verdadero con la nave espacial desconocida había sido un estallido de ondas cortas en una frecuencia mortal.

La nave espacial aumentó en el visor a medida que Jack hacía girar el mando, hasta quedar a una distancia aparente de pocos metros. El contraste era tal que incluso la luz de las estrellas sobre el casco habría sido suficiente para revelar cualquier detalle de su superficie. Pero no se veía prácticamente nada. Ni remaches, ni tornillos, ni soldaduras de unión de las planchas. La hilera de escotillas estaba oscura y apagada.

—¡Y es de madera! —exclamó Jack—. ¡Hecho de alguna especie de celulosa que soporta el frío del espacio!

Helen dijo estas extrañas palabras:

—A mí me parece que ha crecido, en vez de ser construido.

Jack parpadeó. Fue a decir algo, pero el receptor que tenía a su lado estalló súbitamente en chirridos y alaridos. Eran señales de la nave oval, luego palabras en inglés, de grabaciones anteriores del «Adastra». Más frases moduladas, sin vocales. Era como si los seres de la otra nave espacial intentasen comunicarse con urgencia e insistieran en que tenían la clave de las señales del «Adastra». La tentación de responder era grande.

—De cualquier modo, tienen inteligencia —señaló Jack, sombrío.

Las señales cesaron. Silencio. Jack observó la cinta. Mostraba la misma algarabía que antes.

—Más ondas cortas. A esta distancia, no sólo nos matarían sino que esterilizarían el interior de toda la nave. Suerte que nuestro casco es una aleación pesada con fuerte histéresis. Ni una sola partícula de esa radiación puede atravesarla.

Silencio durante largo, largo rato. La cinta indicaba que una terrible intensidad de ondas de treinta centímetros seguía cayendo sobre el «Adastra». De súbito, Jack conectó con el oficial de observaciones e hizo una pregunta. Sí, el casco exterior se

estaba calentando.

Había subido medio grado en quince minutos.

—No hay que preocuparse por ello —gruñó Jack—. Con esta energía, sólo podrán calentarnos un máximo de quince grados.

La cinta salía en blanco. La radiación supuestamente letal había cesado. La nave en forma de huevo se acercó. Luego, por espacio de unos veinte minutos, Jack tuvo que pasar de un visor a otro para verla. Se cernía alrededor del enorme casco del «Adastra» con cautelosa curiosidad. Ora a ochocientos metros, ora a no más de doscientos, la nave desconocida saltaba de aquí a allí con una aceleración sorprendente y una capacidad de frenado no menos asombrosa. Sólo presentaba las toberas en el extremo de popa de su forma de huevo. Cada cambio de rumbo debía infligir tremendas sacudidas a la estructura, y los giroscopios que equipaba debían ser terriblemente poderosos. La rapidez de sus maniobras resultaba sorprendente.

—¡No me gustaría estar dentro de esa cosa! —comentó Jack—. Con esos métodos de navegación, quedaríamos hechos papilla. No son hombres como nosotros. Pueden soportar más que nosotros.

La nave desconocida parecía sensible, viva. Y la impaciencia de sus movimientos era aún más horrible, mientras revoloteaba sobre la gigantesca nave espacial, a la que suponían un monstruoso féretro.

Giró de repente y se lanzó hacia el «Adastra». Doscientos metros, cien metros, treinta metros, hasta posarse con suavidad sobre el casco de la nave terrestre.

—Ahora los veremos —dijo Jack, nervioso—. Han aterrizado sobre una escotilla.

Evidentemente saben para qué sirven. Los veremos con sus trajes espaciales.

Helen ahogó una exclamación. Parte del costado de la extraña nave pareció hincharse súbitamente, deformándose como una pompa de jabón. Tocó la superficie del «Adastra» y pareció adherirse. El círculo de contacto aumentó.

—¡Dios mío! —exclamó Jack con angustia—. ¿Está viva? ¿Pretende comerse nuestra nave?

El teléfono de comunicación general ladró bruscamente:

—¡Oficiales con armas, todos a la compuerta estancia 6H41! Los centaurianos están abriendo la compuerta desde el exterior. ¡Esperen órdenes allí! El visor de la cámara de aire funciona y les tendremos al corriente. ¡En marcha!

El teléfono dejó de oírse. Jack cogió un arma larga, uno de los fusiles de energía que aturden a una distancia de mil ochocientos metros y matan a seis, puestos a máxima potencia. Llevaba una pistola en la cartuchera. Se dirigió a la puerta.

—¡Jack! —gritó Helen, llena de espanto.

La besó. Era la primera vez que sus labios se tocaban, pero en aquel momento les pareció lo más natural del mundo. Recorrió los largos pasillos del «Adastra» hasta el lugar ordenado. Mientras corría, sus pensamientos no eran en absoluto los de un



científico y oficial de la primera expedición terrestre al espacio interestelar. Jack pensaba en los labios de Helen apoyados con ansiedad en los suyos, en su cuerpo suave apretado contra él.

En lo alto, un altavoz habló mientras él corría:

—Han entrado en la cámara estanca. La abrieron sin dificultad. Ahora están probando nuestra atmósfera. Por lo visto es adecuada para ellos.

El altavoz quedó atrás. Jack siguió corriendo, jadeante. Otro hombre le precedía. Había diez o doce hombres reunidos al fondo del pasillo. Un altoparlante lateral continuaba:

—... endo la puerta interior de la cámara de aire. A lo que parece, sólo cuatro o cinco de ellos van a entrar en la nave. Se les permitirá alejarse de la cámara estanca. Os mantendréis ocultos. La señal será cuando funcionen los cierres de emergencia. Emplead vuestras armas pesadas, aumentando la potencia desde el mínimo hasta que queden paralizados. Probablemente será necesaria mucha energía para dominarlos. Procurad no matarlos. ¡Preparados!

Los oficiales eran cerca de una docena, con el obeso jefe de los cohetes, el oficial de neumática y subalternos de otros departamentos. El jefe de los cohetes resopló ruidosamente mientras se ocultaba. Oyeron abrirse la compuerta interior de la cámara estanca. Hubo una larga espera, durante la cual escucharon extraños rumores en sordina.

Las Cosas o lo que fuesen se habían detenido a estudiar los trajes espaciales que colgaban en la cámara. Los gritos eran claramente distintos y bien entonados. Pero de súbito se armó una gran algarabía. Varias Cosas hablaban a la vez. Había excitación, impaciencia y un extraordinario tono de triunfo en sus voces.

Luego algo se movió hacia el umbral de la antesala de la cámara. Una sombra atravesó la puerta. Fue entonces cuando los terráqueos vieron a las criaturas que invadían la nave.

De momento les parecieron hombres. Tenían piernas y dos tentáculos colgantes que al parecer les servían de brazos. Eran de forma ahusada y sus extremos se dividían en filamentos móviles. Tanto los tentáculos como las piernas parecían flexibles en toda su longitud. No tenían articulaciones como las humanas para caminar. Por ello los centaurianos se movían de un modo extrañamente ondulante.

Pero lo más asombroso era que no tenían cabeza. Salieron de la cámara serpenteando. Al extremo de un «brazo» todos llevaban un extraño objeto negro cilíndrico, que esgrimían como si fuera un arma. Llevaban mochilas metálicas ajustadas a sus cuerpos. Éstos eran extrañamente «rugosos». Había algo curiosamente familiar en su textura exterior.

Asombrado, Jack miraba buscando ojos, nariz, boca. Sólo vio dos aberturas gemelas y dedujo que eran ojos. No vio la menor señal de una boca. No tenían cabello. Pero vio una sustancia rugosa y pardusca en la espalda de una de las Cosas que se volvió para llamar excitadamente a las demás. Parecía corteza de árbol. Y Jack

comprendió. Estuvo a punto de escapársele un grito, pero se agachó y en silencio puso la palanca de su arma a máxima potencia.

Las Cosas avanzaron, llegaron a una encrucijada de dos pasillos, y después de mucho gesticular de brazos y dar voces aparentemente articuladas, se separaron en dos grupos y desaparecieron. Sus voces se alejaron. Todavía no había sido dada la señal de ataque.

Los oficiales que quedaron detrás, se agitaron con nerviosismo. Un altavoz susurro:

—¡Tranquilos! creen que estamos muertos. Se separarán de nuevo. Quizá podamos cerrar las puertas de emergencia, y aislarlos para luego ocuparnos a fondo de ellos.

¡Vigilad la cámara estanca!

Silencio. El zumbido de un ventilador en algún lugar cercano. Luego, de repente, un hombre gritó atrozmente a lo lejos. Después del grito se oyó un ruido nuevo que provenía de una de las Cosas. Fue un chillido agudo, triunfante, jubiloso e inenarrablemente horrible.

Otros le respondieron. Hubo un alboroto como si las demás Cosas corrieran a reunirse con la primera. Luego se oyó un silbido de aire comprimido y zumbir de motores. Las puertas se cerraron en todas partes, aislando cada zona de la nave de todas las demás.

En el silencio mortal del compartimento cerrado, los oficiales de guardia oyeron gritos interrogantes.

Otras dos Cosas salieron de la cámara estanca. Uno de los hombres se movió. La Cosa le vio y dirigió su arma cilíndrica hacia él. El hombre era el oficial de comunicaciones chilló y dio un brinco espasmódico. Estaba muerto incluso mientras sus músculos se tensaban para aquel salto increíble.

La Cosa emitió una aguda nota triunfante, idéntica al otro ruido horrible que oyeron antes, y se dirigió hacia el cadáver. Uno de los brazos largos en forma de huso se alargó y tocó la mano del muerto.

Entonces, el arma de fuerza de Jack comenzó a zumbir. Oyó que los demás también abrían fuego. En pocos segundos el aire se llenó de un sonido parecido al de un enjambre de abejas furiosas. Otras tres Cosas salieron de la cámara de aire pero cayeron bajo la barrera de las armas de fuerza. Sólo cuando notaron una ráfaga de aire hacia la cámara, indicando que la nave enemiga se había alarmado y se alejaba, los hombres se atrevieron a interrumpir la barrera de fuego concentrada sobre el umbral. Luego corrieron a cerrar la cámara de aire, con objeto de capturar a los invasores que quedaban en el «Adastra».

Dos horas más tarde, Jack entraba en la sala principal de mandos, saludando con corrección, Su rostro estaba bastante lívido y tenía una expresión obstinada y decidida.

Alstair se volvió hacia él, ceñudo.

—Le he llamado —dijo con aspereza—, porque temo que origine muchos problemas. El comandante ha muerto. ¿Lo sabía?

—Sí, señor —respondió Jack sin pestañear—. Estaba enterado.

—Por tanto, yo soy ahora el comandante del «Aadastra» —agregó Alstair, provocativo—. No ignora que tengo poder de vida y muerte en casos de conducta sediciosa; por otra parte, ningún matrimonio a bordo del «Aadastra» es legal sino mediante orden ejecutiva firmada por mí.

—Lo sé muy bien señor —respondió Jack aparentando indiferencia.

—De acuerdo —silabeó Alstair—. Le ordeno formalmente que se abstenga de conversar con la señorita Bradley. Consideraré como un amotinamiento cualquier desobediencia a esta orden. Pienso casarme con ella. ¿Qué tiene que decir a esto?

Jack respondió con determinación:

—¡No acataré esa orden, señor, porque usted no es tan estúpido como para cumplir su amenaza! ¿Acaso no ve que tenemos menos de una probabilidad entre quinientas de salvarnos? ¡Si quiere casarse con Helen, será mejor que piense antes en cómo sacarla viva de aquí!

Hubo un breve silencio hostil. Los dos hombres se observaron furiosamente, uno cercano a la madurez, el otro joven. Luego Alstair mostró sus dientes en una sonrisa que no expresaba ninguna alegría.

—De hombre a hombre, usted me desagrada en extremo —observó—. Pero como comandante del «Aadastra», me gustaría tener más como usted. En esta maldita nave hemos pasado siete años de rutina, y todos los oficiales de los cuarteles están embotados hasta resultar inútiles ahora que se produce una emergencia. Obedecerán órdenes, pero no hay nadie que sea capaz de darlas. El oficial de comunicaciones ha sido asesinado por uno de esos demonios, ¿no?

—Sí, señor.

—De acuerdo. Le nombro oficial provisional de comunicaciones. Le detesto Gary, como usted a mí, sin duda. Pero usted tiene cabeza. Úsela ahora. ¿Qué estaba haciendo?

—Adaptando una dictaescribe, señor, para obtener un vocabulario del idioma centauriano y que sirva como máquina traductora en ambos sentidos.

Alstair se sorprendió de momento, pero luego asintió. La dictaescribe simplemente descompone cualquier palabra en sus partes fonéticas y consigna el resultado en una tarjeta. Normalmente, dicha tarjeta sirve para la impresora. En lugar de un archivo de selección de tipos, la tarjeta puede contener la grabación de una palabra equivalente en otra lengua y entonces actúa como traductora parlante.

—Estas máquinas se han empleado poco en la Tierra, debido a la enorme extensión del vocabulario humano, aunque han servido hasta cierto punto para traducciones literales, tanto impresas como habladas. Jack se proponía registrar el vocabulario centauriano con equivalentes en inglés y la dictaescribe, al oír los extraños ruidos pronunciados por la criatura desconocida, seleccionaría una tarjeta

que luego un altavoz enunciaría dando el sinónimo inglés.

Naturalmente, también era posible la operación inversa. Una vez conseguidas las equivalencias se podía conversar inmediatamente, sin necesidad de práctica en la comprensión o la imitación de los sonidos de otra lengua.

—¡Excelente! —comentó Alstair—. Pero tan pronto como pueda, deje a otro esa tarea.

En cuanto comience, resultará bastante sencilla. Le necesito para otros trabajos. ¿Ya sabe lo que hemos averiguado acerca de los centaurianos?

—Sí, señor. Sus armas ligeras no son muy distintas de nuestras armas de fuerza, aunque parecen mucho más eficaces. Vi cómo mataban al oficial de comunicaciones.

—¿Y con respecto a esos seres?

—Ayudé a atar a uno.

—¿Qué opina? ¿Tengo el informe del médico, pero ni él mismo lo cree!

—Es lógico, señor —repuso Jack—. No se asemejan en nada a nuestra noción de vida inteligente. No tenemos ninguna palabra para definirlos. Por lo visto, en cierto sentido son vegetales. Sus cuerpos parecen compuestos de fibras celulósicas, como los nuestros lo están de fibras musculares. Pero son inteligentes, perversamente inteligentes. Lo más parecido a ellos que existe en la Tierra son ciertas plantas carnívoras como las droseras.

Pero son muy superiores a ellas, lo mismo que el hombre es superior a una anémona de mar, siendo ésta un animal como el hombre. Supongo que no son plantas ni animales, señor. Sus cuerpos están formados como las plantas terrestres, pero están dotados de autonomía como los animales. Nos han sorprendido, pero puede que nosotros también a ellos. Es posible que la forma animal típica de su planeta no sea semoviente, como no lo son los vegetales corrientes en el nuestro.

Alstair observó, contrariado:

—¿Y nos consideran a nosotros, animales, como nosotros consideramos a las plantas!

Jack replicó, en tono frío:

—Sí, señor. Comen por medio de orificios que tienen en los brazos. El que mató al oficial de comunicaciones le cogió el brazo. Al parecer segregó algún líquido que digirió enseguida la carne. Señor, si me permite manifestar una opinión...

—Adelante —le interrumpió Alstair—. Los demás no saben sino balbucir o temblar de miedo.

—El jefe del grupo, señor, llevaba algo que parecía un adorno. Alrededor de un brazo tenía una banda de cuero.

—Pues, ¿qué diablos...?

—Mataron a dos hombres: al oficial de comunicaciones y a un asistente. Cuando logramos dominar al centauriano que había matado al asistente, vimos que estaba comiéndose un pedazo de éste y que el resto del cadáver había sufrido un extraño proceso de desecamiento, debido a unas sustancias químicas que la Cosa parece

poseer.

Alstair tragó saliva, como si sufriese náuseas.

—Lo vi.

—Puede ser una idea absurda —continuó Jack, impasible—, pero si un hombre estuviera en el lugar de ese centauriano, atrapado en una nave espacial perteneciente a una raza extraña, viéndose condenado a muerte, prácticamente lo único que aún procuraría retener, tal como hizo el centauriano con el cadáver disecado del asistente.

—Sería el oro —concluyó Alstair—. ¡O platino o joyas con las que intentaría escapar!

—Exacto —señaló Jack—. Ahora bien, es sólo una suposición, pero estas criaturas no son humanas, ni siquiera animales. Sin embargo creo, se alimentan de animales.

Aprecian los alimentos animales tanto como un ser humano pueda apreciar los diamantes. Y usan los restos animales, el cuero, como adorno. Me figuro que esas materias son bastante raras en su planeta, puesto que las valoran tanto. En consecuencia...

Alstair se puso en pie con el rostro contraído.

—Entonces ¡nuestros cuerpos son oro para ellos! ¡Diamantes! ¡No tenemos la menor posibilidad de hacer la paz con esos demonios!

Jack dijo con indiferencia:

—No, creo que no. Si unos seres compuestos de oro metálico aterrizaran en la Tierra, creo que serían asesinados. Pero también hay otra cuestión: la Tierra. Por nuestro rumbo, esas criaturas pueden averiguar de dónde provenimos, y sus naves espaciales son muy buenas. Creo que dejaré a otro el trabajo con la dictaescribe y trataré de enviar un mensaje a la Tierra. No es posible saber si lo recibirán, pero bien debían esperar alguno de nuestra misión. Tal vez hayan perfeccionado los receptores. Pensaban hacerlo.

—Los hombres podrían enfrentarse en el espacio a las naves de estas criaturas —agregó Alstair—, si reciben aviso. Y las armas actuales serían suficientes, de lo contrario habría que utilizar los torpedos Caldwell. O un escuadrón suicida, cuyos cuerpos sirvieran de señuelo. Estamos hablando como si nosotros ya fuéramos hombres muertos, Gary.

—Creo, señor, que lo somos en efecto —afirmó Jack, y luego agregó—: Haré que Helen Bradley se encargue de la dictaescribe, y pondré un guardia para que vigile al centauriano. Estará bien atado.

Esta iniciativa suponía que la orden de Alstair de evitar a la muchacha quedaba tácitamente anulada. Incluso era un desafío. Los ojos de Alstair brillaron de ira y se dominó con dificultad.

—¡Maldito sea, Gary! ¡Retírese! —gritó salvajemente—. Se volvió hacia el visor que mostraba la nave enemiga mientras Jack salía de la sala de mandos.

La nave ovoide se hallaba a tres mil doscientos kilómetros y reducía la velocidad

para detenerse. En su primer movimiento había saltado de un punto a otro como enloquecida.

Fue imposible alcanzarla con un proyectil y apenas se conseguía enviarle radiación por medio de un haz coherente. En cambio ahora estaba inmóvil con respecto al «Aadastra», observando, o probablemente planeando alguna nueva asechanza. Al menos eso se figuraba Alstair mientras la contemplaba sombríamente.

Los recursos del «Aadastra», que parecían tan amplios al despegar de Tierra, eran lastimosamente inadecuados para hacer frente a la actitud con que habían sido recibidos: hostilidad. Podía ofrecer los tesoros de la civilización humana a la raza que gobernaba aquel sistema solar. Podía civilizar a unos salvajes. Podía ofrecer amistad y ansias de saber a una raza superior a la humanidad. Pero aquellos seres que...

La nave espacial permanecía inmóvil, Sin duda dirigía señales a su planeta originario, solicitando órdenes. Los primeros análisis llegaron a la sala principal de mandos del «Aadastra», y Alstair los leyó. Sin duda alguna, los centaurianos absorbían anhídrido carbónico del aire.

Este gas era a su metabolismo lo que el oxígeno para los hombres, y no podrían vivir en una atmósfera pura.

Pero su índice metabólico era muy superior al de cualquier planta de la Tierra, y comparable al de los animales terrestres. No eran plantas sino por su constitución, lo mismo que una anémona de mar no es un animal, salvo a la prueba del análisis químico.

Los centaurianos tenían un sistema nervioso altamente organizado, el equivalente de un cerebro, que les dotaba de gran inteligencia y lenguaje. Producían sonidos mediante un órgano estridulante situado en una cavidad corporal especial. Y sentían emociones.

Al serle presentados diversos objetos, el individuo capturado mostró especial interés hacia las máquinas, comprendió enseguida la utilidad de una pequeña grabadora de sonidos y emitió ante ella una serie completa y deliberada de sonidos. Palpó con impaciencia las ropas humanas, Descartó las telas cuando eran de algodón o rayón, pero mostró gran excitación al tocar una falda de lana y aún más cuando se le ofreció un cinturón de cuero. Se colocó el cinturón en la mitad de su cuerpo y ajustó la hebilla sin torpeza después de echar una ojeada al mecanismo.

Sacó un hilo de la falda y lo consumió, meciéndose hacia delante y hacia atrás, como si estuviera en éxtasis. Cuando le sirvieron carne, pareció alcanzar un delirio de excitación, Consumió enseguida parte de la misma, con movimientos extáticos. Conservó el resto mediante un extraño proceso químico, empleando las sustancias de una pequeña mochila metálica que le habían quitado y que solicitó mediante gestos.

Sus órganos de visión ocupaban dos hendeduras en la parte superior de su cuerpo, pero no se había realizado una revisión minuciosa de ellos. El informe que Alstair leía señalaba en particular que el centauriano mostraba una ávida impaciencia siempre que veía a un ser humano. Y que esa impaciencia no resultaba

tranquilizadora.

Era la misma excitación, aunque mucho más intensa, que la mostrada al ver lana y cuero. Como por instinto, proseguía el informe, el centauriano capturado había hecho varias veces el gesto de dirigir un arma hacia el ser humano que veía por primera vez.

Alstair leyó este informe y otros, Helen Bradley apareció dos horas después de que Jack la hubiera puesto a trabajar con la dictaescribe.

—Lo siento, Helen —dijo Alstair con torpeza—. No debían asignarte una tarea, pero Gary insistió, Yo te habría dejado en paz.

—Me alegro de que él me llamara —replicó Helen tranquilamente—. Papá ha muerto contento, y sin llegar a saber cómo son estos centaurianos. Me ha sentado bien trabajar.

He logrado mucho más de lo que esperaba. El centauriano con quien trabajo es el jefe del grupo que invadió esta nave. Comprendió casi enseguida para qué servía la dictaescribe, y hemos grabado un buen vocabulario. Si quiere hablar con él, ya puede hacerlo.

Alstair contempló el visor. La nave enemiga seguía inmóvil. Muy natural. Ahora la distancia entre el «Adastra» y Próxima Centauri podía medirse en cientos de millones de kilómetros y no en billones, si bien esto, en otros términos, aún equivalía a horas-luz. Si la nave espacial enviaba señales a su planeta madre pidiendo órdenes, no podría recibir las respuestas inmediatamente.

Alstair se dirigió al laboratorio de biología, que estaba a cargo de Helen; ella era también la encargada de los especímenes biológicos conejos, ovejas y una variedad infinita de otros animalitos que durante el viaje servían de provisión alimenticia, con intención de soltarlos luego, si se encontraba un planeta adecuado para la colonización alrededor de la estrella con anillos.

El centauriano estaba fuertemente atado a una silla. Él, ella o eso era totalmente impotente. Junto a la silla se hallaban la dictaescribe y el altavoz, El centauriano emitía sonidos ululantes que la máquina traducía no sin crujidos entre palabra y palabra.

—¿Usted... es... comandante... de... esta... nave? —tradujo la máquina sin entonación.

—Así es —respondió Alstair y la máquina rechinó la versión centauriana de sus palabras.

—El... hombre... de... esta... mujer... esta... muerto —volvió a decir la máquina sin entonación, después de una serie de ruidos por parte de la extraordinaria cosa viviente que no era animal.

Helen intervino con prontitud.

Le conté que mi padre había muerto. La máquina continuó:

—Yo... compro... todo... hombre... muerto... de... nave... doy... metal... oro... vosotros... deseáis...

Alstair apretó los dientes y Helen palideció. Intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

—¡Esto es el comienzo de la amistad interestelar que pensábamos fundar! —dijo Alstair con amargura.

El altavoz de comunicaciones generales aulló de súbito:

—¡Llamando al comandante Alstair! ¡Se recibe radiación de gran Intensidad sobre varias longitudes de onda! ¡Es evidente que están enviando refuerzos!

Jack Gary entró en el laboratorio de biología, su rostro estaba sombrío y muy pálido.

Saludó con gran corrección.

—No tuve que hacer muchos esfuerzos, señor —comentó burlonamente—. El último oficial de comunicaciones se tomaba su empleo como una especie de sinecura. Durante siete años no recibimos señales, y él no esperaba que llegaran. Pero están llegando desde hace meses. Salieron de Tierra tres años después que nosotros. Parece que un tipo llamado Callaway descubrió que una onda circularmente lanzada crea un haz de luz coherente que siempre se mantiene. Sin duda, hace varios años que transmiten para nosotros y es ahora cuando recibimos los primeros mensajes. Han construido un segundo «Adastra», señor, y lo están dotando... ¡diablo, no! ¡Lo dotaron hace cuatro años! ¡Vienen hacia aquí! Debe hacer tres años que viajan y no saben que les esperan esos monstruos.

Aunque nosotros nos destruyéramos, señor, viene otra nave de la Tierra tan desarmada como nosotros, para toparse con estos demonios cuando sea demasiado tarde...

Volvió a resonar el intercomunicador general:

—¡Comandante Alstair! ¡Informa el puesto de observación! La temperatura externa del casco ha aumentado cinco grados en los últimos tres minutos y sigue subiendo. ¡Alguien dirige calor sobre nosotros a una velocidad terrible!

Alstair se volvió hacia Jack y le dijo con helada amabilidad:

—Al fin y al cabo, Gary, es absurdo que continuemos odiándonos. Aquí moriremos todos. ¿Por qué todavía siento deseos de matarlo?

Era una pregunta retórica. El motivo estaba absolutamente claro. Ante las horribles novedades, Helen había comenzado a llorar quedamente y se había cobijado en brazos de Jack.

## IV

En realidad, la situación era mucho peor de lo que señalaban las primeras



indicaciones.

La temperatura externa del casco, por ejemplo, era la del termómetro general, que promediaba las medidas de todos los termómetros externos. Una ojeada al grupo de termómetros, conectado a través del visor, bastaba para advertir que la parte opuesta del casco del «Adastra» tenía una temperatura prácticamente normal. Era la parte anterior, en relación con Próxima Centauri, la que se estaba calentando. Pero no de modo uniforme.

Los indicadores que exhibían luces rojas estaban agrupados.

Alstair los contempló por el visor, con una calma pétrea.

—Directamente al centro de nuestro casco, véanlo ustedes —dijo—. Seguro que se trata de la flota de naves espaciales.

Jack Gary anunció rápidamente:

—La nave cuyos prisioneros tenemos hizo contacto varias horas antes de lo que suponíamos. Parece que en lugar de enviar una nave con un transmisor a bordo, mandaron una flota precedida por una nave exploradora. ¡Ésta informó que habíamos tendido una trampa a parte de su tripulación y, por tanto, se declaran las hostilidades!

Alstair habló rápidamente por un intercomunicador general:

—El sector G90 será evacuado enseguida. Se cerrará herméticamente y todos los ocupantes saldrán de las cámaras estancas. Los sectores adyacentes también deben ser evacuados, aunque dejando un retén de guardia con trajes espaciales.

Desconectó el transmisor y agregó serenamente:

—Ahora la temperatura externa del sector G90 ha alcanzado cuatrocientos grados, Empieza a ponerse al rojo; dentro de cinco minutos se derretirá. Se habrán abierto paso hasta nosotros dentro de media hora.

Jack intervino con apremio:

—¡Señor! He dicho que atacaron porque la nave exploradora informó que tendimos una trampa a su tripulación. Tenemos una pequeña posibilidad de...

—¿De qué? —inquirió Alstair con amargura—. ¡No tenemos armas!

—¡La dictaescribe, señor! —gritó Jack—. ¡Ahora podemos hablar con ellos!

Alstair le cortó, desesperado:

—¡Muy bien, Gary! Lo nombro embajador. ¡Adelante!

Giró sobre sus talones y salió de la sala de mandos. Poco después, su voz llegó desde el intercomunicador:

—¡Jefe de cohetes! Preséntese ahora mismo ante el visófono. ¡Emergencia!

Su voz se cortó, pero Jack no tuvo conciencia de ello. Estaba ocupado con las comunicaciones, que requerían toda la potencia del haz portador y un aumento del arco barrido. Dio órdenes y explicó a Helen un resumen de lo que pensaba hacer.

Ella comprendió la idea enseguida. El centauriano situado en el laboratorio de biología seguía atado, naturalmente. Ni la menor expresión podía adivinarse en las angostas aberturas que constituían sus órganos de visión, Pero Helen, que conocía las palabras de las tarjetas del vocabulario, le apremió por el micrófono de la

dictaescribe. Unos aullidos salieron del altavoz y el centauriano se removió. Él habló a su vez y el altavoz dijo torpemente:

—Yo... hablo... planeta... nave. Sí.

Mientras sus palabras llegaban del control de comunicaciones, los sonidos pavorosos, chirriantes y aparentemente inarticulados de su lenguaje dominaron el laboratorio de biología y fueron transmitidos por el potente haz del transmisor principal.

La nave exploradora centauriana se mantenía a quince mil kilómetros de distancia. El «Aadastra» seguía avanzando hacia el astro anillado que constituía la meta de la expedición más atrevida de la humanidad. A quince mil kilómetros la nave debía parecer un puntito, pero seguramente aparecía con todo lujo de detalles en los telescopios de los centaurianos.

Pero a pocos kilómetros de distancia, su tamaño colosal se ponía de manifiesto. Con sus mil quinientos metros de diámetro, la nave empuñecía incluso a la mayor de aquellas formas lejanas y ocultas en el vacío que integraban la flota hostil ahora dedicada a concentrar sus rayos mortales sobre ella.

Desde una distancia de pocos kilómetros se habrían apreciado también los efectos de la radiación. El casco del «Aadastra» era de acero, de aleación resistente y, necesariamente, de gran histéresis. Las corrientes eléctricas alternas inducidas en el acero por la radiación centauriana habrían calentado incluso un casco de cobre. Pero el acero de aleación se calentó mucho. Cambió de color y se puso al rojo una zona de treinta metros de diámetro.

Un cohete de dicha zona dejó de emitir su llama púrpura y radiante. Estaba averiado.

Los demás cohetes aumentaron un poco su potencia para compensar. El brillo rojo mate del acero aumentó. Se hizo carmesí. Lenta, inexorablemente, alcanzó un tinte amarillento.

Se volvió blanco, viró hacia el azul.

El casco humeaba; los gases se alejaban de aquella superficie torturada y derretida como atraídos por el astro lejano. El humo se espesó, formando una verdadera nube de vapores metálicos. De súbito hubo una erupción violenta en el centro de la zona recalentada del «Aadastra». El casco exterior se derritió. El aire interior fue expelido al vacío, junto con fragmentos revoloteantes de metal en fusión. Todo ello se dispersó con una rapidez increíble, resplandeciendo por unos instantes como la niebla atenuada y débilmente brillante de la cola de un cometa.

Las imágenes de los correspondientes visores del «Aadastra» se apagaron. Las estrellas palidieron, La nave terrestre había perdido parte de su atmósfera, que se disipaba delante de ella. Ya se había extendido en un espacio tan vasto que su densidad era inapreciable, aunque seguía muy superior a la del vacío infinito del espacio, de modo que llenaba todo el cosmos delante del «Aadastra» como una tenue neblina.

En los bordes de la inmensa brecha abierta en el gran casco de la nave, el grueso metal burbujeaba y sacaba vapor. Los compartimentos interiores comenzaron a resplandecer con una siniestra luz de color rojo mate, que rápidamente viró al carmesí y comenzó a volverse débilmente anaranjada.

En la sala principal de mandos, Alstair observó con amargura, hasta que se fundieron los visores que mostraban el interior del sector G90. Habló con gran serenidad al micrófono que tenía delante.

—Tenemos menos tiempo de lo que me figuraba. Apúrese; los resultados no son seguros, y debe recordar que esos demonios sin duda nos atacarán de todas direcciones hasta asegurarse de que no quede nadie vivo a bordo. ¡Tiene que solucionarlo pronto, para hacer lo que he pensado!

Una voz medio histérica le respondió:

—¡Pero si anulamos las vibraciones sónicas de los cohetes volaremos hecho pedazos, señor! ¡Será cuestión de un instante! ¡La desintegración del combustible se extenderá a los tubos y la nave estallará!

—¡Idiota! —gritó Alstair—. ¡Hay otra nave de la Tierra en camino! ¡No saben nada! ¡Y están tan desarmados como nosotros! ¡Y de su rumbo estos demonios podrán deducir de dónde venimos! ¡Sí, vamos a morir! ¡Pero venderemos caras nuestras vidas, y nos cercioraremos de que estos demonios no envíen una flota espacial a la Tierra! ¡No habrá eutanasia para nosotros! ¡Nuestra muerte debe servir para algo! ¡Es preciso salvar la humanidad!

El rostro de Alstair, mientras hacía muecas por el visor, no era el de un mártir ni el de una persona que se sacrifica noblemente a sí misma, sino el de un hombre que intimida y amedrenta a un subordinado para obligarle a obedecer.

Alstair iba furioso de un departamento a otro, mientras la radiación seguía cayendo sobre su nave, radiación que el casco metálico absorbía y transformaba en calor. Otra compuerta fue derretida, y se produjo una segunda erupción de metal vaporizado y gas incandescente de la nave gigantesca. A millones de kilómetros de distancia, un amplio círculo de naves espaciales ovoides se mantenían inmóviles, sin dar muestras de vida.

Parecían monstruos dormidos. Pero ellas emitían los implacables haces de radiación, que concentraban en un punto del casco del «Adastra», haciéndole vomitar metal espumoso, gases y de vez en cuando algún objeto entero, pero que estallaba enseguida en el vacío.

Dentro de los innumerables compartimentos de la poderosa nave, los seres humanos reaccionaban de diversos modos ante el destino que se avecindaba. Muchos gritaban.

Algunos de los miembros más hoscos de la tripulación parecieron enloquecer, convertidos en maníacos homicidas. Otros asaltaron los almacenes y se dedicaron a

beber rápida y sistemáticamente, hasta quedar en estado comatoso. Algunas mujeres abrazaron a sus hijos y lloraron sobre ellos. Otras enloquecieron.

Pero la voz severa y autoritaria de Alstair mantenía una apariencia de disciplina en algunos compartimentos. En una sala de máquinas los hombres trabajaban con empeño, entre juramentos y errores que entorpecían su trabajo. El oficial de la sala de neumática montaba guardia en sus dominios con una enorme llave inglesa en la mano, amenazando con golpear al primero que diese muestras de pánico. El jefe de cohetes, resoplando, demostró una inesperada capacidad para el improperio, y los cohetes siguieron proyectando en el espacio sus pálidas llamas purpúreas sin la menor señal de vacilación.

En el laboratorio de biología reinaba una concentración serena e intensa. Atado hasta la inmovilización completa, el centauriano, falto de rasgos e inescrutable, llenaba el salón con su extraño lenguaje. La dictaescrube murmuraba, analizando mecánicamente los sonidos y buscando de modo mecánico tarjetas de vocabulario que los tradujeran a vocablos ingleses. De vez en cuando localizaba una equivalencia. Entonces, la máquina traducía una palabra del idioma centauriano.

—Nave... —identificó una larga serie de sonidos con rápidos cambios de volumen, intensidad y énfasis—... hombres... —otra larga serie—... hablar hombres...

El centauriano dejó de emitir sus ruidos aullantes. Luego volvió a hablar, esta vez más despacio. El altavoz los tradujo. El centauriano procuraba escoger palabras ya registradas por Helen.

—Comprende lo que intentamos hacer —murmuró Helen muy pálida.

La máquina dijo:

—Usted... habla... máquina... hablar... nave.

Jack dijo despacio a través del intercomunicador:

—Somos amigos. Tenemos cosas que a vosotros os interesan. Sólo queremos amistad. No hemos matado a los vuestros sino en defensa propia. Queremos paz. Si no la obtenemos, combatiremos. Pero queremos paz.

Mientras la máquina murmuraba y el parlante repetía lo dicho en centauriano, le comentó a Helen en voz baja:

—Eso de combatir ha sido una fanfarronada. ¡Espero que dé resultado!

Silencio. Desde millones de kilómetros de distancia las naves espaciales invisibles enviaban una radiación mortal mediante haces coherentes de luz al centro del «Adastra».

Lo más curioso era que aquella radiación habría sido absolutamente inocua para un hombre. Habría atravesado su cuerpo sin dañarlo.

Pero el acero del casco de la nave terrestre la absorbía, dando lugar a corrientes de Foucault. Éstas se convertían en calor. Y un pequeño volcán vomitaba hacia el

espacio las paredes, los muebles, la atmósfera del «Adastra», a través del agujero producido por el calor.

En el laboratorio de biología reinaba una gran tranquilidad. El receptor estaba en silencio. Pasó un minuto. Dos minutos. Tres. Las ondas portadoras del mensaje de Jack viajaban a la velocidad de la luz, pero no tardarían menos de noventa segundos en llegar al origen de los haces de luz que estaban destruyendo el «Adastra». Aunque era una pérdida de tiempo, había que aguardar otros noventa segundos, mientras la respuesta cruzaba el espacio a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo.

El receptor lanzó un sonido estridente. La dictaescrabe crujió un poco y luego el altavoz habló, monótono:

—Nosotros... —amigos... ahora... no... lucha... naves... se... aproximan... para... llevaros... planeta.

Al mismo tiempo, la erupción en miniatura del casco cesó y poco a poco el cráter derretido y burbujeante dejó de lanzar vapor; luego el acero al blanco azulado se enfrió pasando por el amarillo y el carmesí hasta el rojo mate, y más lentamente aún la superficie metálica adoptó el brillo infinitamente blanco del acero enfriado en ausencia de oxígeno.

Jack habló con énfasis por el micrófono de la sala de mandos:

—Los centaurianos me comunican que han cesado las hostilidades, señor. Dicen que enviarán una flota para trasladarnos a su planeta.

—Muy bien —respondió con pesimismo la voz de Alstair—, puesto que nadie parece capaz de hacer lo único que serviría para dar utilidad a nuestra muerte. Y luego, ¿qué?

—Creo que nos convendría liberar ahora al centauriano —opinó Jack—. Naturalmente, podemos vigilarlo y paralizarlo si se muestra hostil. Considero que sería un gesto diplomático.

—Usted es el embajador —comentó Alstair con sarcasmo—. Puede que ganemos un poco de tiempo. Pero tendrá que dejar a otro las funciones de embajador y tratar de enviar un mensaje a la Tierra, si le parece que puede adaptar un transmisor al tipo de onda que ellos emplearán ahora.

Su imagen desapareció. Jack se volvió hacia Helen. De súbito se sintió muy cansado.

—Eso es lo malo —murmuró con desgana—. ¡Esperan una onda como la que nos enviaron y, con la potencia de que disponemos, apenas si podrán captarnos! Pero nosotros pudimos escuchar un fragmento de su mensaje, exactamente cuando acababan de describir el aparato emisor que emplean en la Tierra. Sin duda repetirán esa descripción o, mejor dicho, la habrán repetido hace cuatro años. Si logramos vivir lo suficiente, la captaremos. Pero no sabemos cuánto puede tardar. ¿Seguirás trabajando con este... individuo para completar el vocabulario?

Helen le miró con angustia y apoyó una mano sobre su brazo.

—Es bastante inteligente —observó—. Instruiré a otra persona para que trabaje con él.

Quiero acompañarte. Al fin y al cabo, quizá nosotros... nosotros... no tengamos mucho tiempo para estar juntos.

—Tal vez diez horas —señaló Jack en tono cansino.

Esperó con aire sombrío mientras Helen hablaba con el centauriano en palabras cuidadosamente elegidas que la dictaescrība traducía, Llamaron a un asistente y a dos guardias. Soltaron a la Cosa sin cabeza, No se mostró violenta, sino impaciente por completar el vocabulario de la traductora, mediante el cual podía realizarse un intercambio completo de ideas.

Jack y Helen se dirigieron a la sala de comunicaciones. Escucharon el mensaje de Tierra, que se acababa de recibir en aquel momento. Estaba todo muy confuso, Hacía cuatro años, la Tierra vibró de entusiasmo ante la idea de enviar un mensaje a sus aventureros más atrevidos. Un destello de energía inmaterial podía viajar incansablemente a través de incontables trillones de kilómetros y alcanzar a los exploradores que habían salido tres años antes. A juzgar por el texto, el segundo mensaje fue emitido poco después del primero. La emisión había sido difundida por radio en toda la Tierra y, sin duda, muchos millones de personas se entusiasmaron al escuchar las palabras que recorrerían la distancia entre dos astros.

Pero esas palabras no servían a los del «Aadastra». El mensaje era un programa de felicitación que comenzaba con las alegres canciones de un cuarteto popular, seguía con los chistes del comediante mejor pagado de la Tierra demasiado viejos para los del «Aadastra», luego con la pieza oratoria de un político eminente y otras tonterías. En resumen, era un montón de necedades destinadas a hacer publicidad mediante su difusión en la Tierra, y a favor de quienes participaban en la iniciativa.

Era inútil para los del «Aadastra», que veían el casco de la nave perforado, la muerte sobre ellos y probablemente la destrucción de toda la raza humana como consecuencia del viaje.

Jack y Helen se sentaron en silencio y escucharon. Entrelazaron las manos sin darse cuenta del gesto, De un modo extraño, la terrible brevedad del tiempo con que contaban hacía absurdas las grandes demostraciones de afecto. Oyeron sin escucharlo realmente el mensaje inenarrablemente trivial que venía de la Tierra. De vez en cuando se miraban.

La recopilación del vocabulario avanzaba con prontitud en el laboratorio de biología. Se ayudaban con dibujos. Un segundo centauriano fue liberado y su talento para el dibujo —demostrando de paso que los ojos de los hombres—plantas funcionaban casi del mismo modo que los de los terrestres— permitió aumentar el acopio de definiciones y equivalencias, así como el conocimiento de la civilización centauriana.

A medida que se reunía más información, esa civilización comenzaba a adquirir un extraño parecido con la humana. Los centaurianos poseían estructuras artificiales que, sin duda, eran casas. Tenían ciudades, leyes, arte —los dibujos del segundo centauriano lo demostraban— y ciencia. Sobre todo la biología se hallaba muy adelantada y, en cierto sentido, ocupaba el lugar de la metalurgia en la civilización humana. No construían sus estructuras, sino que las hacían crecer. En lugar de fundir metales para darles formas útiles, tenían especies de protoplasma cuya velocidad y formas de crecimiento podían controlar.

Casas, puentes, vehículos... incluso las naves espaciales se hacían de materia viviente, que mantenían en estado de hibernación una vez alcanzaba la forma y el tamaño deseados. Y podían activarla de nuevo a voluntad, consiguiendo hechos tan extraordinarios como la comunicación en forma de ampolla que realizaron entre su nave espacial y el casco del «Adastra».

Hasta aquí la civilización centauriana resultaba bastante extraña, pero comprensible.

Incluso los hombres pudieron progresar de un modo parecido si la civilización humana hubiera comenzado sobre otras bases. Fue la economía de los centaurianos lo que pareció horrible y absurdo a los hombres cuando se enteraron de cómo funcionaba.

La raza centauriana evolucionó a partir de plantas carnívoras, lo mismo que los hombres y sus antepasados carnívoros. Pero en alguna etapa primitiva del progreso, el hombre despertó a la aridez por el oro. Ningún cambio de interés se produjo en los planetas de Próxima Centauri. Lo mismo que los hombres han devastado ciudades, talado bosques, excavado minas y destruido implacablemente infinidad de cosas en busca de oro u otras cosas que pudieran cambiarse por oro, los centaurianos codiciaban animales.

Y así como los hombres exterminaron el bisonte americano para cambiar su piel por oro, los centaurianos acabaron implacablemente con la vida animal de su planeta. Para los centaurianos, el tejido animal tiene el valor del oro. Hace mucho tiempo que, por absoluta necesidad, aprendieron a subsistir con alimentos vegetales. Pero la insensata avaricia de carne continuó. Inventaron métodos para conservar el alimento animal durante tiempo indefinido. Dragaron sus mares en busca del último y más diminuto crustáceo. Los viajes espaciales se convirtieron en algo deseable y luego en una realidad cuando los telescopios mostraron la existencia de vegetación en otros planetas de su sol, y con ella la posibilidad de vida animal.

Tres planetas de Próxima Centauri tenían climas y atmósferas favorables a la vida vegetal y animal pero ahora sólo en uno más pequeño y alejado, quedaba algún vestigio de vida animal. Allí los centaurianos cazaron febrilmente, buscando las últimas colonias de minúsculos cuadrúpedos que hacían sus madrigueras a cientos de metros por debajo de un continente congelado.

Resultaba evidente que el «Adastra» era un galeón cargado de tesoros en forma

de seres humanos, como jamás un centauriano pudo imaginar que existieran. Y comprendieron que un viaje a la Tierra exigiría todos los recursos de la raza. ¡Millones de millones de seres humanos! ¡Trillones de animales inferiores! ¡Incontables criaturas de los mares! Toda la raza centauriana enloquecería de impaciencia por invadir aquella tierra prometida de riquezas y éxtasis, el éxtasis que sentía todo centauriano al consumir el ancestral alimento de su raza.

## V

Las naves ovoides y sin rasgos se acercaron desde todas las direcciones al mismo tiempo. Las baterías de termómetros mostraban una progresión lenta y dolorosa de señales de alarma. Una lámpara piloto, resplandecía locamente roja y se apagaba; luego otra y otra más, a medida que las naves centaurianas ocupaban sus posiciones. Esas alarmas provenían del impacto momentáneo de un haz de radiación sobre el casco del «Aadastra».

Veinte minutos después de que el último haz hubiera demostrado la impotencia del «Aadastra», una nave en forma de huevo se acercó a la máquina terráquea y, con toda precisión, entró en contacto con su proa, a nivel de una cámara estanca. El casco de aquélla se deformó hasta constituir una gran ampolla que se adhirió al acero.

Alstair miraba por el visor, con el rostro muy pálido y los puños apretados. La voz de Jack Gary, tensa y áspera, llegó desde el comunicador del laboratorio de biología.

—Un mensaje de los centaurianos, señor. Una nave ha aterrizado sobre nuestro casco y su tripulación entrará a través de la cámara estanca. Todo movimiento hostil de nuestra parte será castigado con la destrucción inmediata.

—Nadie debe oponerse a los centaurianos —señaló Alstair con acritud—. ¡Es una orden! ¡Lo contrario sería suicida!

—¡Aun así, señor, creo que sería mejor! —replicó la voz de Jack en tono beligerante.

—¡Ocúpese de sus obligaciones! —gruñó Alstair—. ¿Ha conseguido algo en las comunicaciones?

—Tenemos cerca de cinco mil palabras en tarjetas de vocabulario. Podemos conversar sobre casi cualquier tema, todos desagradables. Ahora las tarjetas han pasado a la duplicadora y estarán listas dentro de pocos minutos, Recibirá usted otra dictaescibe con el segundo archivo tan pronto como hayamos completado las tarjetas.

Alstair vio por un visor las figuras sin cabeza de los centaurianos que salían de la



cámara estanca del casco.

—Los centaurianos han entrado en la nave —le gritó una orden a Jack—. ¡Usted es el oficial de comunicaciones! ¡Salga a recibirlos y acompañe al comandante hasta aquí!

—¡A la orden! —respondió Jack, sombrío.

La misión era como una condena a muerte. Estaba muy pálido. Helen se abrazó a él.

El centauriano prisionero gritó una pregunta en la dictaescribe. El altavoz tradujo.

—¿Qué... orden?

Helen se lo explicó. La humanidad se acostumbra tan rápido a lo increíble, que casi parecía natural dirigirse a un micrófono y oír los gritos y chirridos de una voz no humana llenando el cuarto mientras la máquina explicaba lo que eso quería decir.

—Yo... también... voy... ellos... todavía... no... matar.

El centauriano se adelantó y abrió la puerta con una destreza extraordinaria. Sólo había visto cómo la abrían otros. Jack tomó la delantera. Su arma de fuerza del costado permanecía en la funda, puesto que era inútil. Probablemente podría matar al hombre-planta que le seguía, pero nada se adelantaría con ello.

Oyó rumores a medida que se acercaba. Los hombres-planta emitían sus voces ruidosas y penetrantes. Tenían acento de preguntas y respuestas. Jack se vio en presencia del nuevo grupo de invasores. Eran veinte o treinta, armados con objetos cilíndricos más grandes que los que llevaban los primeros invasores.

Al ver a Jack se excitaron. Ansioso temblor de los tentáculos a ambos lados de los torsos sin cabeza. Hicieron movimientos instintivos, furtivos, hacia las armas. Un grito restalló como una orden. Las Cosas quedaron inmóviles. Pero a Jack se le puso la carne de gallina al percibir la concupiscencia extraña y carnívora que parecía emanar de los centaurianos.

Su guía, el excautivo, intercambió ruidos incomprensibles con los recién llegados. Sus palabras causaron una nueva oleada de excitación entre las filas de los hombres-plantas.

—Vamos —dijo Jack, lacónico.

Les indicó el camino hasta la sala principal de mandos. Alguien gritaba monótonamente. Una mujer se había vuelto loca ante la inminencia del fin. Se alzaron voces estridentes entre las Cosas desgarradas que seguían a Jack, pero otra nota autoritaria las hizo callar de nuevo.

La sala de mandos. Alstair parecía un hombre de piedra, de mármol, aunque en sus ojos brillaba una llama feroz y casi febril. Por el visor que tenía al lado veía la incesante multitud de centaurianos que entraban por otra cámara. Evidentemente, eran centenares. Trajeron la dictaescribe bajo la supervisión de Helen, que gritó horrorizada al ver tantas criaturas monstruosas en la sala de mandos.

—Monta la dictaescribe —dijo Alstair con voz tan áspera, tan ronca, que parecía hielo puro.

Temblorosa, Helen hizo ademán de obedecer.

—Estoy preparado para hablar —anunció Alstair al micrófono.

La máquina crujió levemente y tradujo. El jefe del nuevo grupo gritó en respuesta.

Ordenó que todos los oficiales se presentaran allí enseguida, después de poner la nave bajo piloto automático. La traducción del equivalente centauriano «piloto automático» presentó algunas dificultades. No figuraba en el archivo del vocabulario, cosa que exigió cierto tiempo.

Alstair pasó la orden. Un sudor frío bañaba su rostro, pero su autodominio era férreo.

Una segunda orden también suscitó cierta dificultad. Copias de todos los archivos técnicos y todos —de nuevo costó tiempo comprender—, todos los libros relativos a la construcción de la nave debían ser llevados a la cámara por donde habían entrado aquellos hombres—planta. Muestras de máquinas, motores y armas debían ser llevadas al mismo destino.

Alstair volvió a repetir la orden, Su voz era temblorosa, incluso aguda, pero no vaciló ni se quebró.

El jefe centauriano lanzó otro grito, pero la dictaescribe no supo traducirlo. Sus seguidores se dirigieron rápidamente hacia la sala de mandos. Salieron dejando allí a cuatro de la partida. Jack se acercó a Alstair, sacó su arma de fuerza y la clavó en las costillas del comandante. Los centaurianos no trataron de impedirlo.

—¡Maldito sea! —exclamó Jack con voz cargada de ira—. ¡Usted ha permitido que tomaran la nave! ¡Piensa cambiarla por su vida! ¡Voy a matarlo, maldito sea, me abriré paso hasta un cohete y haré estallar esta nave en una pura llama que acabará con estos demonios lo mismo que con nosotros!

Angustiada, Helen gritó:

—¡Jack! ¡No lo hagas! ¡Te lo explicaré!

Como estaba cerca del micrófono de la dictaescribe, sus palabras fueron repetidas en los sonidos ululantes del idioma centauriano. Alstair, lívido y casi enloquecido, dijo roncamente hablando lo más bajo que pudo:

—¡Idiota! ¡Sabiendo que vale la pena, estos demonios podrían llegar a la Tierra!

Aunque maten a todos los hombres de la nave excepto los oficiales, cosa probable, es nuestro deber viajar hasta su planeta y aterrizar allí.

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro sibilante y prosiguió:

—¡Si cree que tengo ganas de vivir lo que se avecina, dispare!

Jack permaneció un instante rígido. Luego retrocedió y saludó con mecánica corrección.

—Le pido disculpas, señor —murmuró, confuso—. En lo sucesivo, puede contar conmigo.

Uno de los oficiales del «Adastra» entró tambaleándose en la sala de mandos, Otro y luego otro más siguieron entrando, hasta seis oficiales de un total de treinta.

Un centauriano entró con el extraño paso ondulante característico de su raza. Se acercó a la dictaescribe con impaciencia y habló:

—¿Éstos... todos... oficiales? —preguntó la máquina sin entonación.

—El oficial de aire mató a su familia y luego se suicidó —jadeó un subalterno—. Un grupo de Muts asaltó un cohete y el jefe de cohetes luchó con ellos. Luego se desangró de una puñalada en la garganta. El oficial de provisiones está...

—¡Basta! —ordenó Alstair con voz aguda y crispada. Tiró del cuello de su camisa, se acercó al micrófono y dijo bruscamente:

—Éstos son todos los oficiales vivos. Podemos manejar la nave.

El centauriano, que llevaba una ancha banda de cuero en cada brazo y otra en la cintura, se dirigió al intercomunicador general. Los tentáculos manipularon el conmutador con pericia. Emitió sonidos extraños y sin inflexión... ¡y se desató el caos!

Los visores de toda la sala emitieron sonidos agudos y chirriantes. Eran horribles.

Fantasmales. Más terribles que los aullidos de una manada de lobos sobre las huellas de un ciervo enloquecido de terror. Eran los mismos ruidos que Jack oyó cuando uno de los primeros invasores del «Aadastra» vio un ser humano y lo asesinó al instante. También llegaban otros ruidos de los visores. Gritos humanos. Incluso oyó una o dos explosiones.

Luego reinó el silencio. Los cinco centaurianos de la sala de mandos se estremecieron y temblaron. Un desesperado deseo de sangre se apoderó de ellos, el anhelo irracional, ciego e instintivo, implantado por la evolución en una raza de plantas carnívoras que aprendieron a desplazarse por necesidad desesperada de alimento.

El centauriano que llevaba adornos de cuero se acercó nuevamente a la dictaescribe y ululó:

—Queremos... dos... hombres... salir... de... nave... aprender de... ellos... ahora.

En la sala principal de mandos se oyó un sonido infinitamente tenue. Era una gota de sudor frío, que había caído del rostro de Alstair al suelo. El comandante parecía encogido.

Su rostro tenía un color gris ceniciento y había cerrado los ojos. Pero Jack miró serenamente a los oficiales sobrevivientes, de uno en uno.

—Supongo que esto significa la vivisección —comentó con ironía—. No cabe duda de que piensan visitar la Tierra, pues de lo contrario, inteligentes como son, no nos habrían dejado vivos después de matar a los demás. Ni siquiera como reserva. Seguramente quieren probar sus armas en un cuerpo humano y otras cosas. Como a partir de ahora el de comunicaciones es el más inútil de los servicios, me presento voluntario, señor.

Helen gritó:

—¡No, Jack! ¡No!

Alstair abrió los ojos.

—Gary se ha presentado voluntario. ¿Dónde hay otro que se ofrezca para la vivisección? —dijo con la voz ahogada de alguien que se aferra a la cordura mediante el esfuerzo más terrible—. Quieren averiguar cómo matar hombres a distancia. Las ondas de treinta centímetros no fueron eficaces. Los rayos que derritieron nuestro casco no matan hombres. ¡Yo no puedo presentarme como voluntario! ¡Debo permanecer en la nave! —había desesperación en su voz—. ¡Es necesario que otro hombre se ofrezca como voluntario para que estos demonios lo maten lentamente!

Silencio. Los acontecimientos recientes y el conocimiento de lo que aún estaba sucediendo en los innumerables compartimentos del «Adastra» había embotado literalmente a casi todos los oficiales. No podían pensar. Se hallaban desconcertados, emocionalmente paralizados por los horrores que habían sufrido.

Entonces Helen se echó en brazos de Jack:

—¡Yo... también iré! —exclamó—. ¡Todos... vamos a morir! ¡No me necesitan! Y quiero... morir con Jack.

—¡Por favor! —gimió Alstair.

—¡Iré! —gritó—. ¡No puede detenerme! ¡Iré con Jack! Donde tú vayas...

Sollozó, abrazando a Jack, El centauriano de los cinturones de cuero ululó con impaciencia en la dictaescribe:

—Éstos... dos... vienen.

Alstair dijo con voz extraña:

—¡Esperad! —se acercó al escritorio como un autómatas, cogió una electropluma y escribió algo con mano temblorosa. Luego agregó con voz quebrada—: Estoy loco. Todos estamos locos. Supongo que estamos muertos y en el infierno. Pero tomad esto.

Jack se guardó el impreso oficial en el bolsillo. El centauriano de los cinturones de cuero aulló con impaciencia. Los condujo con su paso extraño hacia la cámara por donde habían entrado los hombres-planta. En tres ocasiones fueron vistos por Cosas vagabundeantes que emitieron horribles chillidos agudos. Pero el jefe centaurio no replicó aullando en tono autoritario y los otros hombres-planta se alejaron.

En una ocasión Jack vio a cuatro individuos alrededor de algo que yacía en el suelo.

Alzó las manos y cubrió los ojos de Helen hasta que pasaron de largo.

Llegaron a la cámara estanca. El guía hizo una seña; el hombre y la muchacha obedecieron. Largos tentáculos que parecían de goma los apresaron. Helen lanzó un grito y quedó inmóvil. Jack forcejeó con rabia, gritando el nombre de la muchacha. Luego recibió un fuerte golpe y cayó.

Al volver en sí notó una tremenda opresión. Se agitó, y al moverse parte de la opresión desapareció, Brillaba una luz no como las que existen en la Tierra, sino un resplandor tembloroso que golpeaba implacablemente las paredes del globo transparente donde estaba encerrado. Había un olor extraño en el aire, olor a animales. Jack se sentó. Helen yacía a su lado, libre y al parecer ilesa. Los centaurianos no parecían hallarse cerca.

Le frotó las muñecas, desvalido. Oyó un ruido intermitente, acompañado de aceleraciones en rápida sucesión. Eran cohetes, cohetes de combustible.

—¡Estamos en una de sus malditas naves! —murmuró Jack con rabia y buscó su arma.

Había desaparecido.

Helen abrió los ojos. Miró vagamente a su alrededor. Fijó la mirada en Jack. Entonces se estremeció y le abrazó.

—¿Qué... qué ha sucedido?

—Tendremos que averiguarlo —respondió Jack.

De pronto, el suelo tembló bajo sus pies. Jack se dio cuenta de que había allí una escotilla, y se acercó para mirar, Contempló la negrura del espacio bien conocida, iluminada por los infinitos puntos minúsculos de luz que eran las estrellas. Vio un astro con anillos, rodeado de puntos de luz que serían sin duda los planetas.

Uno de aquellos puntos de luz se hallaba muy cerca. Su disco, las cumbres polares nevadas y las zonas verdosas de contornos irregulares que eran los continentes, alternando con el tinte indescriptible que da el lecho oceánico cuando se ve desde más allá de la atmósfera de un planeta, resultaban ya visibles.

Silencio. Había dejado de oírse aquel idioma extraño sin vocales ni consonantes que empleaban los centaurianos. De momento, nada se escuchaba.

—Supongo que nos dirigimos hacia ese planeta —observó Jack en voz baja—. Tendremos que arreglárnoslas para que nos maten antes de aterrizar.

Luego hubo un murmullo lejano. Era un murmullo extraño, apagado, muy diferente de las extrañas notas de los hombres-planta. Llevando a Helen a su lado, Jack salió cautelosamente del cubículo donde habían despertado. Reinaba el silencio, con excepción de aquel murmullo lejano. Nada se movía. Otro petardeo de los cohetes originó una sensible aceleración de toda la nave. El olor animal se hizo más intenso. Atravesaron una abertura de forma extraña y Helen gritó:

—¡Nuestros animales!

Desordenadamente apiladas se hallaban las jaulas del «Adastra», pequeños compartimentos que contenían los ejemplares destinados a reproducción, a los que se pensaba soltar cuando se descubriese alrededor de Próxima Centauri un planeta apto para la colonización. Más allá, aparecía un amasijo indescriptible de libros, máquinas y cajas de todo tipo: los materiales que el jefe de los hombres-planta ordenó fueran trasladados a la cámara estanca. No se veía ni rastro de ningún centauriano.

Pero el murmullo apagado, asombrosamente parecido a una voz humana,

provenía de más adelante. Atemorizada, Helen siguió a Jack mientras éste se acercaba con precaución al lugar de donde salía la voz.

La hallaron. Provenía de un dispositivo cubierto con el mismo material opaco y pardo que componía el suelo y los muros y toda la nave en la que estaban. Era una voz humana. Más aún, se trataba de la voz de Alstair, atormentada, ronca y semi-histérica.

—¡Maldita sea, en este momento ya habréis recobrado los sentidos y esos demonios quieren una demostración de ello! ¡Disminuyeron la aceleración cuando les dije que a esa velocidad quedaríais inconscientes! ¡Gary! ¡Helen! ¡Enviad esa señal!

Una pausa, y la voz continuó:

—Lo repetiré. Estáis en una nave espacial guiada por medio de un haz coherente que acciona el piloto automático. Se posará en uno de los planetas, que en otra época tuvo vida animal. Ahora está vacío, sólo habitado por plantas. Vosotros, los animales, los libros y las demás cosas de la nave espacial sois propiedad reservada y especial del archidemonio de estos diablos. ¡Os envió en una nave automática porque no se fiaba de los suyos para transportar un tesoro como vosotros y los demás animales! Sois una reserva de conocimientos para traducir nuestros libros, explicar nuestra ciencia y otras cosas. Cualquier nave espacial, salvo la de él, tiene prohibido aterrizar en vuestro planeta.

¿Enviaréis ahora la señal? Hay un botón exactamente encima del altavoz por donde me escucháis. Accionadlo tres veces para que ellos sepan que estáis bien, y no se les ocurra enviar otra nave con conservadores para vuestra carne, para evitar que se desperdicie tan precioso tesoro.

La desnaturalizada voz —los receptores centaurianos no estaban preparados para reproducir la complicada fonética de la voz humana— rió histéricamente.

Jack se incorporó y accionó tres veces el botón. La voz de Alstair prosiguió:

—Ahora nuestra nave es un infierno. Aunque ya no es una nave, sino un pozo de azufre. Somos siete los que quedamos vivos y estamos enseñando a los centaurianos el funcionamiento de los mandos. Les hemos explicado que no podemos apagar los cohetes para mostrarles cómo funcionan, porque para dispararlos es necesario tener cerca la masa de un planeta, para que la deformación del espacio inicie la reacción. Nos mantendrán con vida hasta que les hayamos enseñado eso. Tienen cierto método de escritura y apuntan todo lo que decimos, después de traducirlo mediante una dictaescribe.

Muy científico.

La voz se interrumpió.

—Acabo de recibir vuestra señal —agregó al cabo de un momento—. Encontraréis alimentos ahí. El aire durará hasta que aterricéis. Os quedan cuatro días de viaje. Volveré a llamar más tarde. No os importe la navegación, pues ellos se

ocupan de eso.

La voz calló definitivamente.

El hombre y la muchacha exploraron la nave espacial centauriana. Comparada con el «Adastra», era una miniatura. Treinta metros de largo o poco más, y unos dieciocho en su diámetro máximo. Hallaron lugares vacíos, sin duda destinados normalmente a transportar hombres-planta apretadamente colocados.

La cabina tenía refrigeración; a baja temperatura los centaurianos reaccionaban, al parecer, como la vegetación de la Tierra en invierno, caían en un estado inactivo, de hibernación. Ello permitía transportar una enorme tripulación, a la que se haría revivir para el aterrizaje o la batalla.

—Si acondicionasen el «Adastra» de este modo para un viaje a la Tierra, podría transportar al menos ciento cincuenta mil centaurianos —comentó Jack sombrío—. Probablemente más.

La posibilidad de que aquellos seres atacasen a la humanidad era la obsesión que atormentaba a Jack. Helen quiso consolarle recordándole que se habían salvado de momento.

—Nos ofrecimos como voluntarios para la vivisección, pero ahora estamos a salvo, al menos durante cierto tiempo. Además... estamos juntos...

—Es hora de que Alstair llame otra vez —observó Jack con impaciencia. Habían pasado cerca de treinta horas desde la última señal. La rutina centauriana, a semejanza de la disciplina de la Tierra en las naves espaciales terráqueas, medía el tiempo con arreglo al periodo de rotación diaria del planeta—. Será mejor que nos pongamos a la escucha.

Se acercaron al aparato, La voz atormentada de Alstair salió del altavoz de extraño diseño, Sonó más tensa, menos cuerda que el día anterior. Les habló de cómo las Cosas habían aprendido el manejo del «Adastra». Los seis oficiales sobrevivientes ya no eran necesarios para el funcionamiento de los aparatos de la nave. La maquinaria purificadora de aire fue desconectada, pues al eliminar el anhídrido carbónico, el aire era irrespirable para los centaurianos.

Los seis hombres sólo sobrevivían para satisfacer el insaciable deseo de información que experimentaban los hombres-planta. Los sometían a un interrogatorio permanente, que exigía todos los recursos de sus cerebros para ser consignados con la extraña escritura de sus vencedores. El más joven, un subalterno del departamento de aire, se volvió loco de miedo. Gritó durante horas, fue asesinado y su cuerpo rápidamente momificado mediante las sustancias químicas de los centaurianos. Los demás eran sombras vivientes que temblaban ante el menor ruido.

—Han modificado nuestra deceleración —señaló Alstair con voz nerviosa—. Vosotros aterrizaréis dos días antes de que nosotros lleguemos al planeta que estos demonios llaman su casa. Resulta extraño que no tengan instinto colonizador. Creo que otro de los nuestros está a punto de enloquecer. A propósito, nos han quitado los zapatos y los cinturones. Son de cuero. Nosotros quitaríamos una faja de oro que

encontrásemos en una sandía, ¿no es cierto? Son razonables—... éstos... —volvió a montar en cólera, presa de una histeria repentina—: ¡Soy un idiota! ¡Os envié juntos mientras yo vivo en un infierno! ¡Gary, le ordeno que no haga nada con Helen! ¡Les prohíbo terminantemente que se dirijan la palabra! ¡Os ordeno que...!

Transcurrió otro día, y otro, Alstair llamó dos veces más. Su voz sonaba cada vez más desesperada, más nerviosa, más cercana a la locura. La segunda vez lloró, mientras insultaba a Jack por no tener que aguantar la presencia de los hombres-planta.

—Ya no interesamos a los demonios sino en concepto de ganado. ¡Nuestros cerebros no cuentan! ¡Están saqueando sistemáticamente la nave! ¡Ayer sacaron las lombrices del terreno donde producíamos cosechas! Ahora cada uno de nosotros está vigilado por un guardia. Esta mañana el mío me arrancó un mechón de pelo y se lo comió, balanceándose extáticamente. Ya no tenemos camisetas de lana. ¡Eran de fibra animal!

Otro día más. Alstair estaba semi-histérico. En la nave sólo quedaban tres hombres con vida. Tenía instrucciones de dirigir a Jack en el aterrizaje de la nave oval en el mundo deshabitado. Daban por descontado que Jack colaboraría. Estaban cerca de su destino.

El disco del planeta que sería su prisión y la de Helen cubría la mitad de los cielos, Para Alstair, el otro planeta adonde se dirigía el «Adastra» era un disco completo.

Más allá de los anillos de Próxima Centauri había seis planetas. El planeta prisión era el siguiente después del hogar de los hombres-planta. Pese a ser más frío de lo conveniente, durante mil años sus expediciones en busca de carne lo habían recorrido hasta que no quedó un mamífero, un pájaro, un pez, ni siquiera un crustáceo. Más allá había un planeta cubierto de hielo y, más lejos aún, formas congeladas que giraban en el vacío.

—Ahora ya sabe cómo pilotar cuando el haz de luz libere los mandos atmosféricos —señaló la voz de Alstair. Tartamudeaba como si le castañeteasen los dientes a causa de la intolerable tensión nerviosa—. Tendréis paz. Árboles, flores y algo parecido al césped, si los dibujos que han hecho no mienten. Nos encaminamos hacia el más grandioso banquete de la historia de todos los infiernos. Todas las naves espaciales han regresado al planeta. No habrá allí un solo centauriano sin su pedacito de material animal para consumir. Lo suficiente para hacerle experimentar ese placer bestial que sienten cuando comen algo de origen animal. ¡Malditos sean, hasta el último individuo de la raza! ¡Somos la mayor provisión de tesoros que hayan soñado! No tienen escrúpulos en hablar delante de mí y estoy bastante loco como para entender gran parte de lo que dicen, El capitoste de ellos está ocupado proyectando naves espaciales más grandes que las que hicieron crecer hasta ahora. Caerán sobre la Tierra con trescientas naves espaciales y la mayor parte de la tripulación dormida o



en estado de hibernación. En esas naves habrá tres millones de demonios salidos directamente del infierno, y tienen esos malditos rayos capaces de derretir cualquier nave terrestre a una distancia de quince millones de kilómetros.

Por lo visto, la conversación le servía a Alstair para aferrarse a los restos de su razón.

Al día siguiente, la nave de Jack y Helen cayó como una pluma del espacio vacío a una atmósfera que aullaba locamente junto a sus costados lisos, Luego Jack dominó la nave y la hizo descender poco a poco, hasta posarla en un claro verde, en medio de un bosque de árboles extraños pero inofensivos al parecer. En el planeta estaba a punto de ponerse el sol y se hizo de noche antes de que pudieran explorarlo.

Fue poco lo que exploraron al día siguiente y al otro. Alstair les hablaba casi sin cesar.

—Viene otra nave de la Tierra —dijo, y su voz se quebró—. ¡Otra nave! Salió hace por lo menos cuatro años. Llegará dentro de otros cuatro. ¡Quizá vosotros dos la veáis pero yo, mañana por la noche, estaré muerto o loco! ¡Y esto es lo gracioso! ¡La locura me parece más llevadera cuando pienso en ti, Helen, permitiendo que Jack te bese! Sabes que te amé cuando era un hombre, antes de convertirme en un cadáver obligado a presenciar cómo mi nave es pilotada hacia el infierno. Te amé mucho. Sentía celos y cuando mirabas a Gary con los ojos brillantes yo le odiaba. ¡Todavía le odio, Helen! ¡Ah, cómo le odio! —la voz de Alstair era la de un espectro del purgatorio—. Fui un idiota al darle esa orden.

Jack daba vueltas abstraído, con los ojos encendidos. Helen quiso detenerle pero él le habló en tono ausente, con la voz cargada de odio. Era presa de un anhelo desesperado y apasionado de matar centaurianos. Comenzó a rebuscar entre las máquinas.

Concentrándose en su tarea, montó con diversas piezas un revólver de remolino de diez kilovatios, Trabajó en ello muchas horas. Luego oyó a Helen ocupada en otro sitio.

Parecía forcejear. Esto le intrigó y se acercó a mirar.

La muchacha había terminado de arrastrar la última caja del «Adastra» hasta el aire libre. Soltaba a los animales. Las palomas revoloteaban impacientes por encima de ella.

Los consejos, en vez de saltar lejos de su alcance, se detuvieron para mordisquear la frondosa vegetación desconocida pero satisfactoria que allí crecía.

Helen palmoteó. Había seis conejos junto a un cordero pequeño de temblorosas patas.

Los pollos picoteaban y escarbaban. En aquel mundo no había insectos. Sólo encontrarían semillas y plantas. Cuatro cachorros se revolcaban bajo la luz del sol, sobre plantitas con pinchos.

—¡De todos modos, podrán ser felices durante algún tiempo! ¡No son como nosotros! ¡Nosotros tenemos que preocuparnos! ¡Este mundo podría ser un paraíso

para los humanos! —exclamó Helen.

Jack, ceñudo, contempló el mundo verde y hermoso. Ningún animal destructor. Ningún insecto dañino. En aquel planeta no podían existir enfermedades, a menos que los hombres las introdujeran adrede. Sería un paraíso.

El sonido de una voz humana llegó desde el interior de la nave espacial. Jack se acercó para escuchar. Helen le siguió. Se detuvieron en el cubículo de forma extraña que constituía la cabina de mandos. Paredes, suelo, techo, instrumentos, todo era del mismo material opaco y pardo oscuro, cultivado hasta adoptar la forma que los centaurianos deseaban. Les sorprendió oír la voz de Alstair más serena, menos histérica, totalmente fluida.

—Helen y Gary, espero que no estéis lejos explorando —dijo por el altavoz—. Hoy se ha celebrado aquí un banquete. El «Adastra» aterrizó, Yo lo hice aterrizar, Soy el único superviviente, Nos posamos en el centro de una ciudad de esos demonios, entre edificios tales que parecen los cuarteles del infierno, El jefe de ellos tiene una especie de palacio junto a la plaza donde me hallo ahora. Hoy festejaron. Resulta extraño pensar cuánta materia animal había a bordo del «Adastra». Ellos incluso encontraron crines de caballo en las solapas de nuestros uniformes. Mantas de lana. Zapatos. Incluso algunos jabones eran de origen animal, de modo que los «destilaron». Son capaces de recuperar cualquier materia animal tan inteligentemente como nuestros químicos purifican el oro y el radio.

Extraño, ¿eh?

El altavoz guardó silencio un momento.

—Ahora estoy cuerdo —prosiguió serenamente la voz—. Antes creía que estaba loco.

Pero lo que he visto hoy ha despejado mi cabeza. Vi millones de estos demonios hundiendo sus brazos en grandes depósitos, en artenas enormes donde habían disuelto todos los tejidos animales del «Adastra». ¡El capitoste se guardó para sí la mejor parte! Vi las cosas que transportaban a su palacio por entre filas de guardianes. Algunas de esas cosas fueron mis amigos. Vi una ciudad enloquecida por una alegría bestial, y a los demonios meciéndose en éxtasis mientras ingerían el botín de la Tierra. Oí que el centauriano más importante aullaba una especie de discurso imperial desde el trono, He aprendido a comprender gran parte de estos gritos. Les dije que la Tierra está llena de animales. Hombres. Reses. Pájaros. Peces en los océanos. Y les dije que pronto harán crecer la más grandiosa escuadra espacial de la historia, que utilizará los métodos de propulsión de los hombres, nuestros cohetes, Gary, y que la primera escuadra transportará incontables enjambres de ellos para conquistar la Tierra. Con los tesoros ganados, todos sus súbditos podrán alcanzar a menudo el mismo éxtasis que sintieron hoy, Y los demonios, meciéndose locamente, le hicieron coro con sus chillidos. Millones a la vez.

Jack gimió dolorosamente. Helen se cubrió los ojos, como para no ver lo que su imaginación le representaba.

—Ahora bien, ésta es la situación desde vuestro punto de vista —prosiguió Alstair con serenidad, el único ser humano que estaba a millones de kilómetros de distancia en un planeta de hombres-planta ávidos de sangre—. Ahora vendrán sus sabios a pedirme que les enseñe el funcionamiento de los cohetes. Otros quieren ir a interrogaros mañana. Pero yo les mostraré a estos demonios nuestros cohetes. Estoy seguro, absolutamente seguro, de que se hallan en este planeta todas las naves espaciales de la raza. Vinieron para compartir un banquete donde todos iban a recibir un regalo del capitoste, así como todo el tejido animal que podía esperar conseguir en una vida de esfuerzos. Aquí la carne es más preciosa que el oro. En comparación viene a ser algo intermedio entre el platino y el radio.

De modo que vinieron todos. ¡Hasta el último! Y hay una nave espacial de la Tierra en camino. Llegará dentro de cuatro años. Que no se os olvide.

Desde el altavoz se oyó un clamor lejano e impaciente.

—Ya están aquí —anunció Alstair con serenidad—. Les mostraré cómo funcionan los cohetes. Quizá vosotros podáis ver los fuegos artificiales. Depende de la hora del día en que estéis. ¡Recordad que hay una nave semejante al «Aadastra» en camino! Gary, esa firma que le di en el último momento fue un acto de locura, pero me alegro de haberlo hecho. ¡Adiós a los dos!

El altavoz reprodujo los sonidos ululantes, cada vez más alejados. Lejos, muy lejos, en medio de una ciudad llena de enemigos, Alstair iba a mostrarles a los hombres-planta el funcionamiento de los cohetes. Ellos deseaban comprender todos los detalles de la propulsión de la gran nave, para poder construir o cultivar naves del mismo tamaño y transportar multitudes de ellos hasta un sistema solar poblado de animales.

—Salgamos —propuso Jack con sequedad—. Dijo que lo haría porque no se podía confiar en una máquina para hacerlo. Creí que se había vuelto loco, pero ahora veo que estaba equivocado. Salgamos y miremos el cielo.

Helen obedeció con paso vacilante. Se detuvieron en el prado, mirando el firmamento, y esperaron. Jack imaginó las grandes cámaras de los cohetes del «Aadastra». Le pareció ver la extraña procesión entrando: una horda de hombres-planta espectrales y detrás de ellos Alstair, con el rostro como el mármol y sin temblarle las manos ante lo que se disponía a hacer.

Abriría la recámara de uno de los cohetes, Explicaría el campo de desintegración que separa los electrones del hidrógeno, de modo que éste alcanza el paso atómico del helio y éste el del litio mientras el oxígeno del agua se divide literalmente en neutronio y fuerza pura. Alstair respondería a preguntas aullantes. Explicaría el funcionamiento de los motores supersónicos como mandos de fuerza y dirección. No

mencionaría que sólo el material de los tubos de los cohetes, y sólo estando sometido a la frecuencia generada por aquellos motores, podía resistir el efecto del campo de desintegración.

No explicaría que, puesto en marcha sin estar conectados esos motores, el cohete se desintegraría, y que la reacción, en ausencia de la vibración protectora, se propagaría a los tubos, a la nave y a todo el planeta, volatilizándolos en una llama púrpura radiante.

No; Alstair no explicaría esto. Les enseñaría a los centaurianos cómo obtener el campo de Caldwell.

El hombre y la muchacha contemplaron el cielo. De improviso, vieron una terrible luz púrpura, que incluso eclipsó el resplandor rojizo del astro central. La luz púrpura persistió durante uno, dos, tres segundos. No hubo estampido. Sólo una ráfaga momentánea de calor insoportable. Luego todo quedó como antes.

El sol con anillos seguía brillando, Nubes parecidas a las de la Tierra flotaban serenamente en un cielo algo menos azul que el terrestre. Los animalitos del «Adastra» pacían satisfechos entre la frondosa vegetación. Las palomas se remontaban alegremente, ejercitando sus alas en libertad.

—Lo hizo —señaló Jack—. Y todas las naves enemigas estaban en el planeta. Ya no hay hombres—planta. No queda nada de su planeta, de su civilización, ni de sus planes de conquistar nuestra Tierra.

En el espacio, no quedaba nada donde se hallara el planeta de los centaurianos. Ni siquiera vapor, ni gases en proceso de enfriamiento. Desapareció como si nunca hubiera existido. Y el hombre y la mujer de la Tierra se hallaban en un planeta que podía ser un paraíso para los seres humanos, y otra nave llegaría pronto, con los de su especie.

—¡Lo hizo! —repitió Jack serenamente—. ¡Que su alma descanse en paz! Nosotros... ahora nosotros podemos pensar en vivir, en vez de pensar en morir.

La seriedad se borró poco a poco de su rostro. Miró a Helen y la abrazó con cariño.

Ella se acercó, alegre, dejando de lado el recuerdo de lo sucedido. Luego preguntó con suavidad:

—¿Qué decía la última orden que Alstair te entregó?

—No la leí —repuso Jack.

La buscó en el bolsillo. El papel apareció arrugado y roto. Lo leyó y se lo mostró a Helen, De acuerdo con los estatutos aprobados antes de que el «Adastra» saliera de la Tierra, toda jurisdicción en el planeta artificial incumbía al comandante de la gran nave. En particular se dispuso que a bordo del «Adastra», el matrimonio legal quedaría constituido por una orden oficial de matrimonio firmada por el comandante. Y el papel que Alstair le entregó a Jack antes de enviarle a lo que creyó ser la muerte

sin remisión, era esta orden.

Efectivamente, se trataba de un certificado de matrimonio.

Se miraron sonrientes.

—Eso... no habría importado —murmuró Helen, ruborizada—. Te quiero. ¡Pero me alegro!

Una de las palomas liberadas encontró una brizna de paja en el suelo. La cogió. Su compañera la contemplaba con aire solemne. Emitieron arrullos y se alejaron volando con la paja. Por lo visto, después de discutirlo habían decidido que sería una brizna adecuada para iniciar la construcción de un nido.

\* \* \*

Lo que recordaba más claramente de *Próxima Centauri*, al correr de los años, era el indefinible horror que sentí ante la idea de una raza de plantas inteligentes y ávidas de alimento animal. El volver del revés una situación aceptada, algo tan trivial que resulta prácticamente olvidado, es un efecto que casi nunca falla, para un cuento de ciencia-ficción. Naturalmente, los animales se alimentan de plantas y, naturalmente, los animales son rápidos y más o menos inteligentes, mientras que las plantas carecen de autonomía y son totalmente pasivas (a excepción de algunas raras plantas comedoras de insectos, que pueden pasarse por alto). Pero ¿qué ocurriría si las plantas inteligentes y carnívoras se alimentaran de animales?

No olvidé la lección y a veces he intentado aplicarla. En mi primera novela larga, *Pebble in the Sky*, incité a la Tierra a pelear contra la galaxia, pero los de *Tierra*, eran los malos. (John Campbell exigía que los terrestres fuesen siempre los héroes y rechazó una de las primeras versiones de *Pebble in the Sky*, aunque yo no aseguraría que fuese éste el único motivo por el cual la rechazó).

El lector comprenderá que no puedo hablar de influencias en otros autores. Debo limitarme a juzgar si en mis propias creaciones recordé o fui influido, consciente o inconscientemente, por los cuentos de otros autores que hubiera leído y admirado.

En cambio, ¿cómo podría afirmar, basándome en algún parecido superficial, que otro autor ha sido influido por un cuento anterior que quizá nunca leyó, al menos que yo sepa?

Pero ahora no puedo evitarlo. Mientras releía *Próxima Centauri* durante la preparación de esta antología tuve que recordar *Universe*, de Robert A. Heinlein, publicado seis años después en «Astounding Stories» de mayo de 1941, Tanta era la semejanza entre ambos relatos que cuando se describe al Jack Gary de *Próxima Centauri* como un «Mut», supuse en seguida que eso significaba ser un «Mutante», como habría ocurrido en *Universe*, y me sorprendí al descubrir que significaba «Mutineer» («amotinado»).

Como he dicho, los parecidos pueden ser una coincidencia. Quizá Heinlein nunca

leyó *Próxima Centauri*.

Conviene señalar que, cuando hablo de «influencias», sólo me refiero a eso. Si Heinlein se inspiró en algunas ideas de *Próxima Centauri*, evidentemente desarrolló esas ideas a su manera y dándoles un sentido propio al crear Universe que, en mi opinión (y quizá para la mayoría de los lectores de ciencia-ficción), era considerable y claramente superior a *Próxima Centauri*.

Debo advertir asimismo a los lectores que, aunque en este libro señalo con puntualidad y franqueza las influencias que aprecio en mis propios escritos, he desarrollado esas influencias con mi estilo particular y dándoles un sentido propio, para hacer con ellas algo que me pertenece totalmente.

Como decía antes, había decidido cursar mis estudios universitarios en Columbia, Al fin y al cabo estaba en Manhattan, y yo no tenía ninguna posibilidad de dejar la ciudad. Con Universidad o sin ella, debía seguir trabajando en la tienda de golosinas.

No obstante, mi deseo de ir a Columbia era lo de menos. Lo más importante era, primero, saber si la familia podía pagar la matrícula y, segundo, si Columbia me admitiría.

Con respecto a la matrícula, no podía estar seguro. Si fuese necesario, encontraríamos el modo de hacerlo. En cuanto a las intenciones de Columbia, podían averiguarse. Solicité el ingreso y me citaron para una entrevista, que se celebró el 10 de abril de 1935. (Esto ocurría cerca de tres años antes de comenzar el diario que tan útil me fue para escribir *The Early Asimov*, pero recuerdo la fecha por un motivo que luego explicaré). En aquel entonces sólo tenía quince años y nunca había ido solo a Manhattan. Creo que mi padre imaginaba que yo estropearía la posibilidad de ingresar en Columbia, porque me perdería en el complicado sistema del metro y llegaría tarde a la entrevista... o no llegaría. En consecuencia, se arriesgó a dejar la tienda en manos de mi madre y me acompañó. Como era natural, esperó fuera del edificio donde yo debía entrar, pues no deseaba estropear mis posibilidades haciéndome aparecer como un bebé en quien no se pudiera confiar para que viajara por su propia cuenta.

Pudo ahorrarse el plantón. Yo sólo me basté para estropear todas mis posibilidades.

Di una impresión pobrísima. No podía ser de otro modo. Creo que nunca en mi vida he dado una buena primera impresión a nadie, hasta que mi nombre llegó a ser impresionante por sí mismo. Después de esto, naturalmente, ya no existe lo que se llama una primera impresión.

El problema es, y siempre ha sido, que en toda primera entrevista me muestro demasiado impaciente, demasiado hablador, excesivamente falto de serenidad y confianza en mí mismo, demasiado claramente inmaduro (incluso ahora). Y durante mi adolescencia, por si todo esto fuera poco, padecía acné. Éste es un problema

corriente y tener granos no constituye un gran delito, pero tampoco es un gran honor y no mejora la impresión que uno da.

En conjunto, el pobre hombre que tuvo que hablar conmigo y decidir si yo era bueno para Columbia no tuvo una tarea ardua. Jamás le he culpado (quienquiera que fuese, pues no lo recuerdo) por no haberme aceptado.

Esto por lo que se refiere al Colegio universitario de Columbia. En esa época era tan ingenuo que no conocía otra cosa sino el mero nombre «Columbia», no sabía que la Universidad de Columbia es un establecimiento gigantesco, del cual el Colegio, o sea la escuela de élite para estudiantes no graduados, era sólo una pequeña parte. No obstante, averigüé esto durante la entrevista.

El entrevistador debió quedar impresionado por mis calificaciones anteriores y (espero) por mi inteligencia, que debió resultar evidente a pesar de mi nerviosismo de adolescente.

En consecuencia, me propuso ingresar en el Seth Low Junior College. Éste era otro Colegio para estudiantes no graduados de la Universidad de Columbia, pero no era elitista en modo alguno. Hasta entonces no había oído hablar nunca de él y, en toda mi vida desde entonces, jamás he conocido a nadie que lo oyera mencionar, ni mucho menos que haya estudiado allí.

Estaba en Brooklyn, se regía por las mismas normas académicas que el Columbia (aseguró el entrevistador) y durante los cursos tercero y cuarto se me permitiría asistir a algunas clases con los estudiantes del Columbia College. Lo que no dijo, pero que yo descubrí más tarde, fue que el alumnado del Seth Low era fundamentalmente judío e italiano. Así pues, dicho establecimiento servía para dar a los jóvenes brillantes de esas procedencias una educación de Columbia, sin contaminar demasiado a los jóvenes distinguidos del otro Colegio. En aquellos tiempos, los cupos raciales eran algo tan americano como el pastel de manzana.

El Seth Low Junior College no era lo que yo quería pero ¿qué podía hacer? Asentí tan alegremente como pude y respondí: «De acuerdo».

Intenté explicárselo a mi padre con buena cara cuando salí del edificio y afirmé con decisión que el Seth Low era «igual de bueno», y mi padre corroboró resueltamente que así era. Sin embargo, yo no lo creía y él tampoco.

Regresamos a casa de mal humor, y mi padre aprovechó aquella rara ausencia de la tienda para ir conmigo al cine. Recuerdo el título de la película: *Richelieu*, con George Arliss, Edward Arnold y César Romero.

También fuimos a un museo (creo que era el Museo Metropolitano de Arte, pero no estoy seguro). Allí encontramos a Albert Einstein, que también había ido a ver la exposición. Era un hombre inconfundible, y dondequiera que fuese siempre le seguía un pequeño grupo de curiosos, incluidos en esta ocasión mi padre y yo, que mantenían, sin embargo, una respetuosa distancia. Einstein, que sin duda estaba acostumbrado a esto, no hacía caso. Fue la única vez que le vi, y recuerdo el día más por él que por mi entrevista con los de Columbia.

Mi fracaso en Columbia enfrió bastante la ceremonia de mi graduación en la escuela secundaria, pero siempre me quedaba la ciencia–ficción. Por aquellos días incluso progresé un poco al intervenir en este campo más allá de mi papel como lector meramente pasivo. A mediados de los años treinta, los clubs de ciencia–ficción surgían en todo el país. Por lo menos «Wonder Stories» los patrocinaba, supongo que como medio para aumentar su circulación. También había clubs en la zona de Nueva York, donde participó activamente Sam Moskowitz, por ejemplo, y donde pasaron su adolescencia los grandes escritores y editores de ciencia–ficción del futuro, como Frederik Pohl y Donald A.

Wollheim.

Pero mis actividades no iban por ahí. Yo no sabía nada de esto y, aunque lo hubiera sabido, probablemente no me habría servido de nada. Para participar activamente de un club de ciencia–ficción, era preciso invertir varias horas semanales; y yo, entre la escuela y la tienda de golosinas, no disponía de esas horas.

Pero estaba a mi alcance una intervención más modesta. En aquella época, las distintas revistas de ciencia–ficción publicaban largas secciones de cartas al editor, en letra microscópica y en la cubierta posterior de cada ejemplar. Eran páginas que podían llenar sin pagar, y los lectores las encontraban interesantísimas. (Lo mismo les pasaba a los autores, que apreciaban los comentarios de los lectores... sobre todo cuando éstos eran favorables).

En 1935 intenté, por primera vez, escribir a una de las revistas... Naturalmente, fue «Astounding Stories». Debió ser una carta escrita a mano, pues en 1935 yo no sabía dactilografiar ni tenía acceso a ninguna máquina de escribir. De todos modos, la carta fue publicada. Era una misiva absolutamente normal. En ella comentaba el último número de «Astounding Stories» que había leído, alabando y criticando cuentos y autores con la condescendencia señorial del crítico, y sugería que la revista saliera con los bordes cortados.

A pesar del éxito obtenido al conseguir que me publicaran una carta y ver mi nombre en letra de molde, durante tres años no volví a intentarlo. De hecho, olvidé que había escrito aquella carta.

Pero muchos años después, cuando se comenzó a organizar «First Fandom», cuyos miembros eran elegidos entre quienes hubieran participado activamente en nuestro sector antes de que comenzara la era de Campbell en 1938, los organizadores se pusieron en contacto conmigo. Con tristeza, hube de confesar que, si bien leía ávidamente ciencia–ficción desde algunos años antes de 1938, no había participado activamente. En seguida recordaron la carta de 1935 a «Astounding Stories» y aseguraron que, en mi caso, constituía título suficiente.

También estaban los cuentos. Podía consolarme, por ejemplo, con *La galaxia maldita* de Edmond Hamilton, publicada en «Astounding Stories», de julio de 1935.



# LA GALAXIA MALDITA

Edmond Hamilton

Un sonido tenue y agrio como mil hojas de papel rasgándose aumentó con la velocidad del rayo hasta convertirse en un rugido vibrante que obligó a Garry Adams a ponerse en pie de un salto.

Corrió a la puerta de la cabaña y, al abrir, vio como una espada de fuego blanco que hendía verticalmente la noche y oyó un súbito estampido ensordecedor en la lejana oscuridad.

Luego todo volvió a quedar oscuro e inmóvil. Pero abajo, en el valle débilmente iluminado por las estrellas, una nube de humo empezaba a elevarse poco a poco.

—¡Santo cielo, un meteorito! —exclamó Garry—. Ha caído en mis narices.

De repente se le iluminaron los ojos.

—¡Qué tema para un artículo! Periodista Único Testigo De Caída Meteorito...

Cogió una linterna del estante situado junto a la puerta, y un minuto después bajaba corriendo por el tosco sendero que serpenteaba desde su cabaña en la cumbre de la colina y a través de la pendiente boscosa hasta el valle.

Cincuenta semanas al año, Garry Adams era periodista de uno de los matutinos neoyorquinos más sensacionalistas. Pero todos los veranos pasaba dos semanas en su cabaña solitaria, al norte de los Adirondacks, y se quitaba de la cabeza el eco de los asesinatos, los escándalos y la corrupción.

—Ojalá quede algo —murmuró mientras tropezaba con una raíz en la oscuridad—. Podría valerme una foto a tres columnas.

Se detuvo un instante donde el sendero salía del bosque, y contempló la oscuridad del valle. Divisó el lugar donde aún se alzaba un poco de humo, y se lanzó sin vacilación hacia allí, por entre los árboles.

Las zarzas desgarraron los pantalones de Garry y le arañaron las manos, mientras las ramas azotaban y lastimaban su rostro a medida que se abría paso. En una ocasión se le cayó la linterna y le costó bastante encontrarla. Pero algo más tarde oyó crepitar de llamas y olió el humo. Pocos minutos después salió a un cráter de treinta metros, abierto por el impacto del meteorito.

Los matorrales y el césped, que se habían incendiado al calor del impacto, ardían débilmente en varios lugares al borde del cráter, y el humo entró en los ojos de Garry. Se echó atrás, pestañeando, y luego vio el meteorito.

No se trataba de un meteorito corriente. Lo comprendió al primer vistazo, pese a que el objeto estaba semienterrado en la tierra blanda que había desparramado a su alrededor.

Era un poliedro resplandeciente de unos tres metros de diámetro, y su superficie

estaba formada por un gran número de pequeñas facetas planas, de forma perfectamente geométrica. Un poliedro artificial caído del espacio exterior.

Garry Adams miraba y, mientras lo hacía, los titulares que imaginaba su mente se convirtieron en grandes titulares a toda plana: «¡Meteorito Disparado desde el Espacio! ¡Periodista Encuentra Nave del Espacio que Contiene...!».

¿Qué contenía? Garry avanzó con precaución un paso, temiendo el calor que presagiaba el resplandor blanco. Sorprendido, descubrió que el poliedro no estaba caliente. El terreno bajo sus pies estaba caliente a causa del impacto, pero el objeto con facetas no.

Comoquiera que fuese, aquel brillo no era debido al calor.

Garry lo observó frunciendo sus negras cejas, tras las cuales trabajaba febrilmente su cerebro. Llegó a la conclusión de que debía ser un objeto fabricado por seres inteligentes en algún lugar del espacio.

Difícilmente podría contener seres vivos, pues éstos no habrían sobrevivido a la caída.

Pero tal vez hubiera libros, máquinas, diseños...

Garry adoptó una decisión repentina. Aquel reportaje era demasiado importante para él solo. Conocía al hombre que necesitaba.

Deshizo camino por entre los árboles hasta el sendero y continuó por éste, no de regreso a la cabaña, sino hacia el valle, hasta llegar a una estrecha carretera de tierra.

Una hora de caminata lo condujo a un camino algo mejor y al cabo de otra hora más llegó, cansado pero vibrante de excitación, a un villorrio a oscuras y dormido.

Garry llamó a la puerta del almacén principal hasta que un tendero quejumbroso y soñoliento apareció en camisa de dormir y lo hizo pasar. Se dirigió directamente hacia el teléfono.

—Quiero hablar con el doctor Ferdinand Peters, del observatorio de la Universidad de Manhattan, de Nueva York —le ordenó a la operadora—. Siga llamando hasta que se ponga.

Diez minutos después, la voz soñolienta e irritada del astrónomo resonó en sus oídos:

—Hola, ¿quién habla?

—Doctor, soy Garry Adams —respondió Garry prontamente—. ¿Se acuerda de mí?

Soy el periodista que el mes pasado escribió una gacetilla sobre sus investigaciones solares.

—Recuerdo que su artículo contenía no menos de treinta errores —puntualizó con mordacidad el doctor Peters—. ¿Qué diablos quiere a esta hora de la noche?

—Garry habló durante cinco minutos y cuando terminó hubo un silencio tan largo, que le hizo exclamar:

—¿Me oye? ¿Sigue ahí?

—Claro que estoy aquí... no grite tanto —replicó la voz del astrónomo—. Estaba meditando.

Empezó a hablar rápidamente:

—Adams, iré hasta ese pueblo ahora mismo, si es posible en avión. Espéreme y saldremos a inspeccionar su hallazgo. Si me ha dicho la verdad, tiene un artículo que le hará famoso para siempre.

Si me engaña lo despellejaré vivo, aunque tenga que perseguirlo por todo el mundo para conseguirlo.

—Haga lo que quiera, pero que no se entere nadie —advirtió Garry—. No quiero que lo sepa otro periódico.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el científico—. A mí no me importa si se entera otro de sus mugrientos periódicos o no.

Cuatro horas después, Garry Adams divisó por entre la niebla matinal el avión a punto de aterrizar al este del pueblo. Media hora más tarde, el astrónomo se reunía con él.

El doctor Peters vio a Garry y se acercó en línea recta. Los ojos negros de aguda expresión tras las gafas de Peters, y su rostro ascético y afeitado, mostraban al mismo tiempo duda y excitación contenida.

Como era característico en él, no perdió tiempo en saludos ni otros preliminares.

—¿Está seguro de que es un poliedro geométrico? ¿No podría ser un meteorito natural de forma aproximadamente regular? —inquirió.

—Espere a verlo con sus propios ojos —le respondió Garry—. He alquilado un coche que nos llevará casi hasta el lugar.

—Lléveme primero hasta el avión —ordenó el doctor—. He traído algunas herramientas que pueden sernos útiles.

Resultó que eran palancas, llaves inglesas y llaves fijas de excelente acero, así como un soplete oxiacetilénico completo, con los tubos necesarios. Lo cargaron en la parte trasera del coche y luego subieron para recorrer el difícil camino de montaña hasta llegar al comienzo del sendero.

Cuando el doctor Peters llegó con el periodista hasta el claro donde se hallaba el poliedro resplandeciente semienterrado, lo observó unos instantes en silencio.

—¿Y bien? —preguntó Garry, impaciente.

—Es indudable que no se trata de un meteorito natural.

—Pero ¿qué es? —exclamó Garry—. ¿Un proyectil de otro mundo? ¿Qué contiene?

—Lo sabremos cuando lo hayamos abierto —respondió Peters calmoso—. Ante todo hay que quitar la tierra para poder examinarlo.

Pese a la aparente calma del astrónomo, Adams vio en sus ojos un brillo especial mientras llevaban el pesado equipo desde el automóvil hasta el claro. La energía impetuosa que el doctor Peters ponía en la tarea era indicio aún más seguro de su

interés. En seguida se pusieron a quitar la tierra de alrededor del objeto. Fueron dos horas de trabajo arduo hasta que todo el poliedro apareció descubierto a sus ojos, lanzando todavía destellos blancos bajo la luz del sol matinal. El científico realizó un minucioso análisis exterior del objeto resplandeciente, y meneó la cabeza.

—No se parece a ninguna de las sustancias terrestres que conocemos. ¿Hay algún indicio de puerta o una rendija?

—Nada —respondió Garry, y agregó en seguida—: Pero en una de las facetas hay algo, una especie de diagrama.

El doctor Peters se acercó rápidamente. El periodista señaló lo que había descubierto: un dibujo curioso y complicado, grabado en la parte superior de una faceta del poliedro.

El diagrama representaba una densa nube de puntos en espiral. A cierta distancia del conglomerado central se veían otros grupos de puntos grabados, en su mayoría dispuestos también en forma espiral. Sobre el curioso diagrama aparecía una hilera de símbolos desconocidos y complicados.

—¡Cielos! ¡Es una inscripción, una especie de jeroglífico! —exclamó Garry—. ¡Me gustaría tener un fotógrafo aquí!

—Y una muchacha bonita que se sentara aquí con las piernas cruzadas para prestar su encanto a la foto —se burló Peters—. No sé cómo puede pensar en su maldito periódico en presencia de... esto —sus ojos brillaban con excitación contenida—. Naturalmente, no podemos adivinar el significado de los símbolos. Sin duda, indican algo acerca del contenido de este objeto. Pero el diagrama...

—¿Qué cree que significa? —preguntó Garry, excitado, cuando el astrónomo se interrumpió.

—Esos grupos de puntos parecen representar galaxias —respondió Peters lentamente—. El principal, sin duda, simboliza nuestra galaxia, que tiene exactamente esa forma espiral, y los demás equivalen a otras galaxias del cosmos. Pero están demasiado cerca de la nuestra; las demás... están demasiado cerca. Si realmente se hallaban tan cerca cuando fue construido este objeto, ello significaría que el universo apenas había comenzado a dilatarse.

Olvidando sus especulaciones, se dirigió con rapidez hacia las herramientas.

—Vamos, Adams. Intentaremos abrirlo por el lado contrario al de la inscripción. Si las palancas no sirven, usaremos el soplete.

Dos horas después, Garry y el doctor Peters, agotados, sudorosos y contrariados, retrocedieron y se miraron con mudo desaliento. Sus esfuerzos por abrir el misterioso poliedro habían fracasado completamente.

Las herramientas más afiladas no habían hecho mella en las paredes resplandecientes.

El soplete oxiacetilénico tampoco sirvió de nada, su llama ni siquiera parecía

calentar el material. Los distintos ácidos que el doctor Peters había traído tampoco lo atacaron.

—Sea lo que sea —jadeó Garry—, juraría que es la materia más resistente e inatacable que conozco.

El astrónomo asintió levemente y agregó:

—Suponiendo que sea materia.

—Garry le miró de hito en hito.

—¿Suponiendo que lo sea? ¡Pero si podemos verla! Es tan sólida y real como nosotros mismos.

—Es sólida y real —repitió Peters—, pero eso no demuestra que sea materia. Creo que es un tipo de energía cristalizada por algún procedimiento no humano y desconocido, que le confiere aspecto de poliedro sólido. ¡Energía condensada! Creo que nunca lograremos abrirla con herramientas corrientes. Éstas servirían para cualquier material, pero no con esto.

El periodista le miró con perplejidad, y luego se volvió hacia el misterio resplandeciente.

—¿Fuerza condensada? y entonces ¿qué haremos?

Peters meneó la cabeza.

—El problema es superior a mis conocimientos. No se me ocurre ninguna manera de...

Se interrumpió de súbito. Garry levantó la mirada y vio en el rostro del científico un extraño gesto de atención.

Era también una expresión de sorpresa, como si una parte de su cerebro se sorprendiera ante algo que otra parte le decía.

Al cabo de un rato, el doctor Peters reanudó su discurso, con parecida expresión de sorpresa en la voz.

—¿De qué estoy hablando? ¡Seguro que podemos abrirlo! Se me acaba de ocurrir algo... Este objeto está hecho de energía cristalizada. Bien, sólo necesitamos descristalizar esa energía, disolverla mediante la aplicación de otras energías.

—¡Tal empresa seguramente excede nuestros recursos técnicos! —exclamó el periodista.

—De ningún modo. Puedo hacerlo fácilmente, aunque necesitaré medios más completos —replicó el científico. Sacó del bolsillo un sobre y un lápiz y redactó rápidamente una lista de material—. Regresemos al pueblo; he de llamar a Nueva York para que me traigan estas cosas.

Garry aguardó en la tienda del pueblo mientras el astrónomo leía la lista por teléfono.

Cuando terminó y regresaron al claro entre los árboles del valle, era ya de noche.

El poliedro resplandecía pavorosamente en la oscuridad, como un enigma materializado y polifacético. Garry tuvo que apartar a su compañero de su contemplación fascinada. Finalmente subieron hasta la cabaña, donde guisaron y

comieron una precaria cena.

Después de cenar, ambos se sentaron e intentaron jugar a las cartas bajo la luz de la lámpara de petróleo. Ambos permanecieron en silencio, salvo para pronunciar los monosílabos de la partida.

Cometían un error tras otro, hasta que por último, Garry Adams arrojó las cartas sobre la mesa.

—¿Qué sentido tiene jugar a las cartas? Los dos estamos demasiado distraídos por ese maldito asunto como para pensar en otra cosa, Admitamos que estamos muertos de curiosidad. ¿De dónde procede ese objeto y qué contiene? ¿Qué significan esos símbolos y el diagrama que según dijo usted representa las galaxias? No puedo quitármelo de la cabeza.

Peters asintió, pensativo.

—Una cosa así no ocurre todos los días, Creo que jamás ha caído en la Tierra nada semejante.

Contemplaba fijamente la tenue llama de la lámpara, con los ojos abstraídos y el rostro ascético fruncido en una expresión de interés y perplejidad.

Garry recordó algo:

—Cuando vimos aquel extraño diagrama, usted dijo que podría significar que el poliedro fue construido cuando el universo comenzaba a dilatarse. ¿Qué diablos quiso decir? ¿Acaso se dilata el universo?

—Claro que sí. Creí que era del dominio común —comentó el doctor Peters irritado, pero luego sonrió—. Como casi siempre me relaciono con científicos, olvido cuán absolutamente ignorante es la mayoría de la gente con respecto al universo en que viven.

—Gracias por el cumplido —dijo Garry—. Hágame el favor de aliviar un poco mi ignorancia sobre esta cuestión.

—De acuerdo —accedió el otro—. ¿Sabe qué es una galaxia?

—Una multitud de estrellas como nuestro sol, ¿no es así...? Una gran cantidad de astros.

—Sí; nuestro sol es sólo uno de los billones de estrellas de la gran formación a la que llamamos nuestra galaxia. Sabemos que tiene una configuración aproximadamente espiral y que, mientras flota en el espacio, toda la espiral gira sobre su centro. Ahora bien, en el espacio hay otras galaxias además de la nuestra, otras grandes poblaciones de estrellas. Más aún, se calcula que son billones y que cada una, naturalmente, contiene billones de estrellas. Pero, y los astrónomos han considerado esto como algo curioso, nuestra galaxia es manifiestamente mayor que cualquiera de las demás. Esas otras galaxias se hallan a distancias enormes de la nuestra. La más próxima está a más de un millón de años-luz, y las demás mucho más lejos y todas se mueven a través del espacio; cada formación estelar recorre el vacío. Nosotros, los

astrónomos, hemos logrado averiguar la velocidad y dirección de sus movimientos. Cuando una estrella o una multitud de estrellas se mueve en relación con el observador, tal movimiento produce una modificación de su espectro. Si la formación se aleja del observador, sus líneas espectrales se desplazarán hacia el extremo rojo del espectro. Cuanto más rápido se aleje, mayor será el corrimiento hacia el rojo. Hubble, Humason, Slipher y otros astrónomos, han medido la velocidad y dirección del movimiento de muchas galaxias.

Descubrieron algo sorprendente, algo que ha provocado gran sensación en los círculos astronómicos. ¡Descubrieron que las demás galaxias huyen de nosotros! No es que algunas se alejen de nosotros, sino que lo hacen todas. ¡En todas partes, todas las galaxias del cosmos se alejan de la nuestra! y lo hacen a velocidades tan altas como veinticinco mil kilómetros por segundo, que es casi un décimo de la velocidad de la luz. Al principio los astrónomos no dieron crédito a sus observaciones. Les parecía increíble que todas las demás galaxias huyeran de la nuestra, y durante cierto tiempo se supuso que algunas de las más cercanas no retrocedían. Pero se demostró que esto era un error de observación, y ahora aceptamos el hecho increíble de que todas las demás galaxias huyen de la nuestra. ¿Qué significa esto? Significa que debió existir una época en la que todas esas galaxias que ahora se alejan estaban reunidas con la nuestra en una única super-galaxia gigante, que contenía todas las estrellas del universo. Mediante cálculos basados sus velocidades y distancias actuales, sabemos que esa época se sitúa hace aproximadamente dos mil millones de años. Por algún motivo, esa super-galaxia estalló y sus partes exteriores salieron volando en todas direcciones por el espacio. Los fragmentos desprendidos son las galaxias que todavía siguen alejándose, Sin duda, la nuestra es el centro o corazón de la super-galaxia original. ¿Qué provocó el estallido de la super-galaxia gigantesca? No lo sabemos, aunque se han postulado muchas teorías. *Sir* Arthur Eddington supone que el estallido fue provocado por algún principio desconocido de repulsión de la materia, al cual denomina la constante cósmica. Otros han postulado que el mismo espacio se halla en expansión, explicación aún más increíble. Cualquiera que sea la causa, sabemos que esa super-galaxia estalló, y que las nuevas galaxias formadas por esa explosión, huyen de la nuestra a velocidades colosales.

Garry Adams había escuchado atentamente al doctor Peters mientras éste hablaba de modo rápido y nervioso. Su rostro delgado y tostado por el sol del día anterior estaba serio, a la luz de la lámpara.

—Es extraño —comentó—. Un cosmos donde todas las demás galaxias huyen de nosotros. Pero el diagrama del poliedro... ¿dijo que habría sido construido al principio de la expansión?

—Sí —asintió Peters—. Comprenderá que ese diagrama debe ser obra de seres inteligentes o superinteligentes, pues ya sabían que nuestra galaxia es espiral y así la

reprodujeron, Además, representaron las demás galaxias muy cerca de la nuestra. En resumen, ese diagrama debió ser hecho poco después de la expansión primordial, cuando las demás galaxias empezaron a alejarse de la nuestra. Eso sucedió hace aproximadamente dos mil millones de años, como ya he dicho. Dos mil millones de años.

Si ese poliedro fue realmente construido hace tanto tiempo...

—Es suficiente como para enloquecer a fuerza de especulaciones —dijo Garry Adams y se puso de pie—. Me voy a la cama, aunque no sé si podré dormir.

El doctor Peters se encogió de hombros.

—Me parece buena idea. El material que solicité no llegará hasta mañana.

Después de ocupar la litera superior de la cabaña, Garry Adams se quedó pensando, a oscuras. ¿Qué podía ser aquel visitante del espacio exterior, y qué encontrarían cuando la abrieran?

Sus cavilaciones se fundieron entre las nieblas del sueño, de las que salió de repente para descubrir la cabaña brillantemente iluminada por la luz de la mañana. Despertó al científico, y después de un rápido desayuno bajaron hasta la encrucijada adonde el doctor Peters había pedido que transportaran el equipo solicitado.

Al cabo de media hora, un camión rápido se acercó por el estrecho camino, Ellos se acercaron para ayudar a descargar los materiales que traía. Luego el conductor subió a su vehículo y se volvió por donde había venido.

Garry Adams contempló el material con aire dubitativo, Le parecía demasiado sencillo, pues se reducía a una docena de recipientes lacrados conteniendo sustancias químicas, unas grandes botellas de cobre y vidrio, unos rollos de alambre de cobre y algunas varas de ebonita.

Se volvió hacia el doctor Peters, que también examinaba sus pertenencias.

—Le aseguro que esto me parece un montón de chatarra —comentó el periodista—. ¿Cómo va a servirle para descristalizar la energía del poliedro?

El doctor Peters le dirigió una ojeada distraída.

—No lo sé —respondió lentamente.

—¿No la sabe? —repitió Garry—. ¿Qué significa eso? Ayer afirmó que sabía cómo hacerlo, y así debía ser, puesto que encargó estos materiales.

El astrónomo parecía confuso.

—Recuerdo que cuando redacté la lista de los materiales sabía cómo hacerlo. Pero ahora no. No tengo ni la menor idea acerca de cómo podrían servirme para abrir el poliedro.

Garry dejó caer los brazos y miró con incredulidad a su compañero. Estaba apunto de decir algo pero, al observar la evidente contrariedad del otro, se contuvo.

—Bien, pues tomemos esos materiales para llevarlos hasta el poliedro —propuso—. Tal vez recuerde entonces el proyecto que ha olvidado.

—Nunca me había ocurrido nada semejante —murmuró Peters en el colmo del desconcierto, mientras ayudaba a levantar los avíos—. No sé lo que me pasa.



Salieron al claro donde el enigmático poliedro resplandecía como siempre. Mientras dejaban su carga, Peters estalló en súbita carcajada.

—¡Pues claro que sé cómo emplear este material con el poliedro! Es bastante sencillo.

Garry se volvió, mirándole fijamente.

—¿Lo ha recordado?

—Por supuesto —respondió el científico, muy seguro—. Alcánceme la caja más grande que dice «óxido de bario» y dos recipientes. Pronto estará abierto.

El periodista, con la boca abierta de sorpresa, vio cómo Peters comenzaba a trabajar con gestos exactos y decididos. Las sustancias químicas burbujeaban en los recipientes a medida que iba preparando sus combinaciones.

Trabajó con rapidez, sin pedir ayuda al periodista. Su eficiencia y su confianza eran tan absolutas, tan distintas a su actitud de minutos antes, que hizo surgir en la mente de Adams una idea insólita. Dirigiéndose a Peters, le preguntó de sopetón:

—Doctor, ¿está seguro de lo que hace ahora?

Peters le miró con impaciencia.

—Claro que sí —replicó bruscamente—. ¿No se nota?

—¿Me hace el favor? —pidió Garry—. ¿Quiere acompañarme hasta el lugar del camino donde descargamos el equipo?

—¿A qué diablos viene eso? —inquirió el científico—. He de terminar mi trabajo.

—Hágame caso; no le pido una tontería, sino algo importante —afirmó Garry—. Venga, por favor.

—¡Bah!, ¡maldita sea su tontería! Ya voy, ya voy —dijo el científico, abandonando la tarea—. Vamos a perder media hora.

Molesto, regresó con Garry hasta el camino de tierra, a unos ochocientos metros del poliedro.

—Bien, ¿qué quiere mostrarme? —gruñó, mirando alrededor.

—Sólo quiero preguntarle algo —dijo Garry—. ¿Todavía recuerda cómo abrir el poliedro?

La expresión del doctor Peters reflejó una ira incontenible.

—¡Mire usted con qué necedades me hace perder tiempo! ¡Claro que lo...!

De pronto se interrumpió, con una mueca de pánico en el rostro. Era el terror ciego ante lo desconocido.

—¡Lo he olvidado! —gritó—. ¡Lo supe allá, hace pocos minutos, pero ahora ni siquiera recuerdo qué estaba haciendo!

—Lo suponía —observó Garry Adams y, aunque su voz era tranquila, un súbito escalofrío recorrió su espalda—. Cuando está cerca del poliedro sabe muy bien cómo realizar una operación que es inaccesible a la ciencia humana actual. Pero cuando se aleja, no sabe más que cualquier otro científico. ¿Comprende lo que significa esto?

El rostro de Peters reveló que había comprendido.

—¿Cree que hay algo..., algo en ese poliedro que sugiere a mi mente el modo de abrirlo? —abrió los ojos—. Parece increíble pero podría ser cierto. Ningún científico de la Tierra sabría cómo fundir esa energía condensada. ¡Pero cuando estoy allí, al lado del poliedro, sé cómo hacerlo!

Sus miradas se encontraron.

—Si alguien quiere abrir —dijo Garry lentamente—, ese alguien está dentro del poliedro. Alguien que no puede abrirlo por dentro, pero sí conseguir que usted lo haga por fuera.

Durante algunos segundos permanecieron mirándose bajo la cálida luz del sol. Los árboles exhalaban aroma a hojas tibias y se oía el soñoliento zumbido de los insectos.

Cuando el periodista volvió a hablar, bajó la voz sin darse cuenta.

—Regresemos —propuso—. Regresemos y si, cuando estemos cerca de él, usted recuerda cómo hacerlo, tendremos la certeza.

Regresaron en silencio al lado del poliedro, meditabundos. Aunque no dijo nada, a Garry se le erizaron los cabellos cuando entraron en el claro y se acercaron al objeto resplandeciente.

Cuando estuvieron bastante cerca, Peters volvió súbitamente su rostro lívido hacia el periodista.

—¡Tenía razón, Garry! —exclamó—. ¡Ahora que estoy otra vez aquí, he recordado de repente cómo abrirlo! Como usted dijo, alguien me lo sugiere; alguien que hace muchos milenios fue encerrado aquí y desea... libertad.

Un súbito terror extraño se apoderó de ambos, petrificándolos como si hubieran recibido el soplo helado de lo desconocido. En simultánea reacción de pánico, se volvieron apresuradamente.

—¡Vámonos! —gritó Garry—. ¡Por Dios, huyamos de aquí!

Sólo habían avanzado cuatro pasos, cuando una idea surgió fuerte y clara en el cerebro de Garry: «¡Alto!».

La súplica fue tan poderosa en su mente como si hubiera resonado en sus oídos.

Mientras se detenían, Peters miró a su compañero con ojos desorbitados.

—Yo también lo he oído —susurró. «¡Esperad, no os marchéis!»), llegó el rápido mensaje de pensamiento hasta sus mentes. «¡Oídmeme al menos, permitidme daros una explicación antes de escapar!».

—¡Huyamos mientras podamos! —le gritó Garry al científico—. Lo que hay en esa cosa, Peters, lo que está hablando a nuestras mentes, no es humano, no es de la Tierra.

Llegó del espacio exterior, donde ha permanecido muchos milenios. ¡Alejémonos!

Pero el doctor Peters miraba el poliedro fascinado. Su rostro no reflejaba la lucha de sus sensaciones contradictorias.

—Voy a quedarme y escuchar, Garry —dijo de improviso—. Necesito averiguar cuanto pueda... ¡Si usted fuera científico, me comprendería! Váyase; usted no tiene motivos para quedarse. Pero yo he de volver.

Garry le miró y luego hizo una mueca, todavía algo pálido a pesar de su tez tostada y dijo:

—Si a usted, doctor, le domina la curiosidad científica, a mí me puede el oficio de periodista. Le acompaño. ¡Pero, por favor, no toque sus aparatos; no intente abrir el poliedro sin que sepamos algo acerca de lo que hay en su interior!

El doctor Peters asintió en silencio, y luego ambos regresaron lentamente hasta el poliedro resplandeciente. Les parecía que el mundo, iluminado por la luz familiar del mediodía, se había vuelto súbitamente irreal. Cuando estuvieron cerca del poliedro, el mensaje mental llegó con más fuerza a los cerebros de los dos hombres. «Noto que os habéis quedado. Acercaos al poliedro; sólo mediante un enorme esfuerzo mental puedo lograr que mis pensamientos atraviesen este caparazón de energía aislante».

Se acercaron, indecisos, hasta casi tocar el objeto polifacético y resplandeciente.

—¡Recuerde que no importa lo que nos diga o prometa! ¡No hay que abrir todavía! —le susurró ásperamente Garry al científico.

El científico asintió, inseguro.

—Tengo tanto miedo de abrirlo como usted.

Ahora los mensajes mentales llegaban más claramente desde el poliedro hasta sus cerebros. «Como habéis adivinado, estoy prisionero en esta cápsula de energía condensada. Durante un tiempo casi más largo del que podríais concebir, he estado prisionero aquí. Finalmente, mi prisión ha sido dirigida hacia vuestro mundo, sea cual fuere. Ahora necesito vuestra ayuda y noto que tenéis demasiado miedo. Si os explico quién soy y cómo he venido a parar aquí, no tendréis tanto miedo. Por eso quiero que me escuchéis».

A Garry Adams le parecía estar viviendo una pesadilla mientras los pensamientos del poliedro llegaban a su cerebro. «No sólo os comunicaré lo que deseo decir mediante mensajes de pensamiento, sino que lo haré visualmente a través de imágenes mentales, para que podáis comprender mejor. Desconozco la capacidad de vuestros sistemas mentales para recibir tales imágenes, pero voy a procurar que sean claras, No intentéis reflexionar sobre lo que veréis; dejad que vuestros cerebros permanezcan en un estado receptivo. Veréis lo que deseo que veáis y comprenderéis, al menos parcialmente, pues mis pensamientos irán acompañados de las impresiones visuales».

Garry sintió un repentino pánico, pues de súbito el mundo pareció desvanecerse a su alrededor. El doctor Peters, el poliedro, toda la escena iluminada por el sol del mediodía desaparecieron en un instante. En vez de hallarse bajo la luz diurna, a Garry le parecía colgar de la bóveda negra del cosmos. Un vacío sin luz y sin aire.

A su alrededor sólo existía aquella negrura vacía, pero abajo, muy abajo, se divisaba una nube colosal de estrellas en forma de globo achatado. Los astros se contaban por millones de millones.

Garry supo que veía el universo tal como era hacía dos mil millones de años. Supo que bajo él se hallaba la super-galaxia gigante que contenía todas las estrellas del cosmos.

Luego le pareció que se acercaba al poderoso cúmulo con la rapidez del pensamiento, y entonces vio que los mundos de aquellos soles estaban habitados.

Sus habitantes eran seres racionales hechos de energía, y cada uno semejaba una gran columna de luz azul brillante, coronada por un disco. Eran inmortales; no necesitaban alimento; recorrían el espacio y la materia en todas direcciones. Eran los únicos seres racionales de toda la super-galaxia, y dominaban la materia inerte casi a su entera voluntad.

En ese momento, el punto de mira de Garry pasó a un mundo próximo al centro de la super-galaxia, Allí vio una sola criatura compuesta de energía concentrada, que hacía experimentos con la materia. Trataba de crear nuevas formas con ella, combinando y recombinando los átomos en infinitas variaciones.

De súbito, obtuvo una combinación de átomos que produjo resultados extraños, La materia formada tenía existencia propia. Podía recibir un estímulo, recordarlo y modificarlo. También era capaz de asimilar nueva materia, y de este modo crecer.

El experimentador quedó fascinado por este extraño avatar de la materia. Lo intentó a mayor escala, y la materia enferma se extendió y asimiló cada vez más materia inerte. A esta enfermedad de la materia le dio un nombre, que en la mente de Garry se tradujo como «vida».

Esta extraña enfermedad, la vida, escapó del laboratorio del experimentador y empezó a proliferar por el planeta. Se multiplicó por todas partes, infectó cada vez más materia. El experimentador quiso extirparla, pero la infección se había extendido demasiado. Por último, él y sus compañeros abandonaron el mundo enfermo.

Pero la enfermedad pasó de éste a otros mundos. Sus esporas, impulsadas por la energía luminosa hacia otros soles y planetas, se difundieron en todas direcciones. La enfermedad era adaptable, adoptaba formas diferentes en mundos distintos y siempre crecía y se propagaba incesantemente.

Los seres hechos de energía reunieron sus fuerzas para barrer esa infección abominable, pero no pudieron. Cuando la extirpaban de un mundo, se extendía a otros dos. Siempre se les escapaba alguna espora escondida. Poco después, todos los mundos de la parte central de la super-galaxia quedaron infectados por la plaga de vida.

Garry vio que los seres de energía realizaban un último y grandioso intento por extirpar aquella dolencia que infectaba su universo. El intento fracasó; la plaga siguió

extendiéndose sin oposición. Entonces los seres de energía comprendieron que se extendería hasta infectar todos los mundos de la super-galaxia.

Decidieron impedirlo a toda costa. Resolvieron hacer estallar la super-galaxia, para separar las partes exteriores incólumes de la porción central enferma. Sería una tarea colosal, pero los seres de energía no se amilanaron por eso.

El plan consistía en imprimir a la super-galaxia un movimiento rotativo de gran velocidad. Para ello generaron tremendas oleadas de fuerza continua a través del éter, dirigidas de tal modo que poco a poco lograron que la super-galaxia comenzara a girar sobre su centro.

Al correr del tiempo, la gigantesca formación estelar giraba con velocidad cada vez mayor. La enfermedad de vida aún se propagaba en el centro, pero los seres de energía no se desanimaban. Continuaron su obra hasta que la super-galaxia giró tan velozmente que ya no pudo mantenerse unida, debido a su propia fuerza centrífuga, y se quebró como un volante que se rompe.

Garry vio la explosión como desde muy arriba. Vio que la nube estelar colosal y giratoria se desintegraba. Un enjambre de estrellas tras otro se desprendieron de ella y volaron por el espacio. Un sinnúmero de esas nuevas galaxias más pequeñas se separaron de la super-galaxia original, hasta que por último sólo quedó unido el núcleo de la super-galaxia.

Aún giraba y su forma era espiral debido a la rotación. En ella, la plaga de vida se había extendido prácticamente a todos los mundos. La última formación de estrellas incólumes no infectadas se había separado y se alejaba como las demás.

Cuando la obra hubo concluido, se celebró una ceremonia y se impuso un castigo. Los seres de energía pronunciaron su sentencia sobre aquél cuyos experimentos habían provocado la plaga de vida, haciendo necesario aquel gran estallido.

Decretaron que el experimentador permaneciera para siempre en aquella galaxia enferma que los demás se disponían a abandonar. Lo encerraron en una cápsula de fuerza condensada, de tal modo que nunca pudiera abrirla desde el interior, y dejaron flotando aquella cápsula poliédrica en la galaxia enferma.

Garry Adams vio el poliedro resplandeciente flotando sin rumbo a través de la galaxia, mientras transcurrían millones de años. Las demás galaxias se alejaban cada vez más de la infectada, donde la enfermedad de vida invadía todos los mundos, Sólo quedó allí aquel ser de energía, eternamente prisionero en el poliedro.

Confusamente, Garry advirtió que el poliedro, en su odisea infinita a través de los soles, tenía la posibilidad de llegar a un mundo, Vio...

Vio sólo niebla, una confusión gris. Fue una visión pasajera y de súbito, Garry comprendió que se hallaba bajo la caliente luz del sol. Estaba al lado del poliedro resplandeciente, aturdido, extasiado.

Y el doctor Peters, también aturdido y extasiado, trabajaba como un autómatas en uno de sus aparatos, un objeto triangular de cobre y ebonita con el que apuntaba al poliedro.

Garry comprendió en seguida, y gritó horrorizado mientras se abalanzaba sobre el astrónomo:

—¡No, Peters!

Peters, que parecía hallarse hipnotizado, miró con sorpresa el objeto que sus manos estaban terminando.

—¡Rómpalo! —chilló Garry—. El ser que vive dentro del poliedro nos distrajo con esa visión para lograr que usted trabajara inconscientemente en su liberación. ¡No... por Dios!

Mientras Garry gritaba, las manos del científico acababan de montar las últimas piezas del triángulo de cobre y ebonita, de cuyo vértice brotó un rayo amarillo que cayó sobre el poliedro resplandeciente.

La llama resplandeciente se extendió al momento por el cuerpo multifacético y brillante.

Mientras Garry y Peters, que acababa de volver en sí, miraban petrificados, el poliedro se disolvía en aquel resplandor azafranado.

Las facetas de energía condensada se fundieron y desvanecieron en un instante. Y el ser encerrado en su interior, libre al fin, se elevó por los aires.

Una columna de doce metros de luz cegadora y resplandeciente. Pero coronada por un disco luminoso, se reveló con celestial magnificencia en la súbita oscuridad, ya que la explosión había eclipsado el sol de mediodía, apagándolo como si fuese una simple bombilla eléctrica. Se retorció y giró con júbilo terrible y extraño, mientras Peters y Garry gritaban y se cubrían con las manos los ojos deslumbrados.

La columna brillante inundó sus mentes con una colosal oleada de exultación, de triunfo indescriptible, de una alegría superior a cualquier alegría humana. Era el potente himno del ser desconocido, emitido no en forma de sonidos, sino mediante ondas mentales.

Había estado encarcelada, separada del ancho universo por espacio de incontables milenios, y ahora, por fin, era libre y gozaba de su libertad. El vértigo insoportable del éxtasis cósmico hizo noche la claridad del mediodía.

Luego se lanzó hacia los cielos como un gigantesco relámpago azul. Entonces el cerebro de Garry claudicó y el periodista se desmayó.

Abrió sus ojos a la luz esplendorosa que entraba por la ventana. Se hallaba en la cabaña, el día brillaba fuera y en algún lugar cercano se escuchaba una voz metálica.

Comprendió que la voz provenía de su pequeña radio a pilas. Garry permaneció inmóvil, sin poder recordar lo ocurrido, mientras la voz decía con excitación:

—Según nuestras informaciones, la zona afectada se extiende desde Montreal hasta Scranton, hacia el sur, y desde Buffalo al oeste hasta algunos kilómetros en pleno Atlántico, más allá de Boston, al este. El fenómeno duró menos de dos minutos y, durante ese tiempo, toda la zona se vio privada de la luz y el calor del sol.

Prácticamente todas las máquinas eléctricas dejaron de funcionar, y las comunicaciones telegráficas y telefónicas quedaron cortadas. Los habitantes de algunas comarcas de los Adirondack y del noroeste de Vermont han observado ciertos efectos psíquicos consistentes en una súbita sensación de extrema alegría que coincidió con el obscurecimiento, seguida de un breve periodo de inconsciencia. Se desconoce aún la causa de este fenómeno sorprendente, aunque podría deberse a alteración de la manchas solares. Los científicos han sido llamados a opinar acerca de la cuestión, y tan pronto como...

En ese momento Garry Adams luchaba débilmente por incorporarse en la litera.

—¡Peters! —gritó para dominar la voz metálica de la radio—. ¡Peters...!

—Aquí estoy —respondió el astrónomo entrando en la cabaña.

El rostro del científico estaba pálido y su paso era tambaleante, pero también él estaba ileso.

—Recuperé los sentidos poco antes que usted, y le he traído aquí —explicó.

—¿Ésa... esa cosa provocó el eclipse y los demás fenómenos que acabo de oír? —dijo Garry.

El doctor Peters asintió.

—Era un ser hecho de energía, tan terrible que su aparición absorbió el calor y las radiaciones luminosas del sol, la corriente eléctrica de las máquinas, e incluso los impulsos electro-nerviosos de nuestros cerebros.

—¿Y se ha ido, se ha ido realmente? —inquirió el periodista.

—Se ha ido en busca de sus compañeros, al vacío del espacio intergaláctico, hacia las galaxias que se alejan de la nuestra —respondió con solemnidad el doctor Peters—. Ahora sabemos por qué todas las galaxias del cosmos huyen de la nuestra. Sabemos que la nuestra está considerada como una galaxia maldita, contaminada por la enfermedad de vida. Pero creo que nunca se lo diremos al mundo.

Garry Adams meneó débilmente la cabeza.

—No, no se lo diremos. Creo que hasta nosotros mismos hemos de olvidarlo. Será lo mejor.

\* \* \*

Yo estaba familiarizado con el fenómeno de la expansión del universo y el alejamiento de las galaxias antes de leer *La galaxia maldita*, porque conocía las popularísimas obras de Arthur S. Eddington y James Jeans sobre relatividad y astronomía. Sin embargo, me pareció que nadie como Hamilton había descrito tan a lo vivo las galaxias que se alejan, y nunca he leído una explicación tan dramática y sugestiva de tales fenómenos como la de este cuento. A veces me parece que casi

creo en ella.

Nunca he adoptado el punto de vista de Hamilton sobre la vida como una enfermedad cósmica en mis obras de ciencia–ficción, pero en un artículo científico titulado *Recipe for a Planet* y publicado en «The Magazine of Fantasy and Science Fiction», de julio de 1961, escribí una receta imaginaria para la creación de un planeta, extraída de un supuesto «Libro de cocina de la Abuela estelar».

Un pasaje de la misma decía: «Enfríese lentamente hasta que se endurezca la corteza y aparezca una delgada película de gas y humedad. (Si no aparece, es que se ha calentado en exceso). Póngase en órbita a distancia adecuada de una estrella y hágase girar. Después de varios miles de millones de años, la superficie fermentará. Según los expertos, la parte fermentada, a la que llaman vida, es la más sustanciosa del guiso».

Quizás esto no parezca gran cosa, pero aquí no hay influencia inconsciente. Cuando escribí que la superficie fermentaba, recordé muy conscientemente *La galaxia maldita* de Hamilton, que había leído veintiséis años antes.

Hacia fines de aquel verano comprendí que no tenía otra solución sino ingresar en el College of the City of New York (al que todos llamaban City College), donde no se pagaba matrícula. No me gustaba, pero no había más remedio. En todo caso mi padre habría conseguido el dinero para la matrícula del Columbia, pero no deseaba hacer sacrificios para inscribirme en el Seth Low Junior College y yo no me atrevía a insistir para que lo hiciera.

No quise ir al City College, porque todos me aseguraban que los graduados allí no podían ingresar en la facultad de medicina, y yo no concebía un futuro conveniente para mí fuera de esa facultad. Sin embargo, con no querer no se adelantaba nada. Hice una instancia para el City College por si no conseguía matricularme en Columbia, y aquél me aceptó.

Cuando llegó septiembre fui al City College, pero no aguanté allí más de tres días. De esos tres días sólo recuerdo dos cosas. Nos hicieron un examen físico y, como que yo todavía estaba delgado como un palo, me calificaron como PD, mientras que todos los demás recibían un BD. Pregunté qué significaba PD y me dijeron que quería decir «poco desarrollado». Los demás, evidentemente, estaban «bien desarrollados».

La segunda cosa que recuerdo es que nos hicieron a todos una prueba de inteligencia.

Al cabo de un mes, cuando las pruebas fueron evaluadas, recibí una carta pidiéndome que volviera para realizar otras pruebas, pues los había asombrado. Pero entonces ya había decidido no ir al City College y me alegré de quitarles la ocasión de hacer más experimentos conmigo. Conque «poco desarrollado», ¿eh?

De cualquier modo, al tercer día de estancia en el City College recibí una carta



del Seth Junior College. Mi padre, presintiendo que se trataba de algo urgente, la abrió y averiguó que preguntaban por qué no me había presentado para la inscripción. Habló con ellos y explicó que no teníamos dinero para pagar la matrícula. Entonces ellos ofrecieron una beca de cien dólares.

Mi padre no supo que oponer a esto, de modo que ingresé en el Seth Low Junior College, no sin antes protestar con la máxima energía de que mi padre abriera mi correspondencia. Él objetó que «si no lo hubiera hecho, habrías perdido esta oportunidad», pero yo le respondí que casi tenía dieciséis años y no deseaba ser tratado como un crío.

Decidí elegir la zoología como asignatura principal, y durante el primer año asistí a un curso general sobre el tema. Cuando lo recuerdo, apenas consigo creer que en aquel curso fuese capaz de hacer disecciones de animales. Mi recuerdo más horrible se refiere a la disección de un gato, a realizar durante el segundo semestre. Era preciso buscar un gato callejero y dormirlo con cloroformo. ¡Increíble! Años después, cuando estudiaba en la facultad de medicina, me negué a realizar experimentos con animales y siempre abandonaba el laboratorio cuando los traían con ese propósito. (Admito la necesidad de la experimentación animal, siempre que lo haga otro).

Como supondréis, mi recuerdo más nítido se refiere a una travesura. Las clases de zoología se daban en un aula antigua con suelo de mosaico. Durante una de las clases, tuve que sonarme y saqué el pañuelo del bolsillo. En ese mismo bolsillo tenía una cerbatana de vidrio que, por algún motivo, guardaba allí (supongo que porque era bonita y me gustaba mirarla al trasluz). Salió con el pañuelo y rebotó estruendosamente sobre el suelo de mosaico.

El profesor aguardó con paciencia mientras la clase contenía la respiración y yo, ruborizado, intentaba recoger mi cerbatana. Cuando lo conseguí en medio del silencio, el profesor dijo con sarcasmo:

—Bien, éste es un colegio para *juniors* —y el muro de contención se rompió, y la risa de los estudiantes estalló y continuó... y continuó, inacabable.

Una tontería que no vale la pena recordar, salvo por la circunstancia de que me hizo perder mi interés hacia la zoología. Terminé el curso con buenas calificaciones pero el incidente de la cerbatana caída, con lo del asesinato gatuno, cambió el rumbo de mis estudios. Y esto, a su vez, alteró el curso de mi vida.

## SEPTIMA PARTE: 1936

A principios de 1936 descubrí en mi fuero interno un gran deseo que ya no podía reprimir: quería una máquina de escribir.

A menudo había visto máquinas de escribir, aunque siempre en oficinas comerciales, es decir fuera de mi mundo. Habría sido lo mismo que verlas en los escaparates de una joyería.

La vez que estuve más cerca de una máquina de escribir fue en 1928, cuando mi padre compró la segunda tienda de golosinas. Nos mudamos a la vivienda que había sobre la tienda y convivimos varios días con los propietarios anteriores, hasta que éstos se mudaron a su vez.

En el piso había una máquina de escribir. En aquel entonces yo tenía ocho años, aún no había descubierto la ciencia–ficción y, por tanto, no soñaba con escribir. Sin embargo, se estableció una extraña atracción entre ella y yo, una especie de inexpresado amor a primera vista. Recuerdo que la tocaba, la miraba con curiosidad, pulsaba a medias las teclas, me preguntaba cómo funcionaría y esperaba que, de algún modo, quedase allí olvidada cuando se mudaran los anteriores propietarios.

No fue así. Se la llevaron.

Naturalmente, no cabía ni pensar en que nosotros pudiéramos conseguir una. Por ello escribí *The Greenville Chums at College* a lápiz, y durante los cinco años siguientes no conseguí nada mejor que una estilográfica.

Pero en 1936 supe que necesitaba una máquina de escribir. Sencillamente, era demasiado molesto escribir a mano y yo quería hacer trabajos serios en el campo literario.

Mi mejor argumento, naturalmente, sería que al haber ingresado en el Colegio universitario, tendría que escribir ejercicios y apuntes, para lo cual hacía falta una máquina de escribir. Armado con este argumento, me enfrenté a mi padre.

Mi padre respondió que ya veríamos y consiguió algo muy bueno. Un día regresó con una máquina de escribir que había comprado por diez dólares. Por supuesto, era de segunda mano y muy vieja, pero no dejaba de ser una Underwood número 5, tamaño normal, que funcionaba perfectamente.

Es extraño que no consiga recordar el día, ni siquiera el mes en el que recibí mi primera máquina de escribir. Sin duda fue un día de fiesta muy importante para mí, de los que pocas veces he vivido, pero mi memoria está en blanco al respecto.

¿Será necesario decir que no sabía escribir a máquina?

Sin embargo, puse manos a la obra experimentalmente, escribiendo con un dedo. Una tarde, que subía a dormir la siesta, mi padre se detuvo a ver cómo escribía a máquina su hijo estudiante universitario y frunció el ceño. Me preguntó:

—¿Por qué escribes con un solo dedo, en lugar de hacerlo con todos, como en el

piano?

—No sé hacerlo con todos los dedos, papá —respondí.

Mi padre tenía una sencilla solución para esto:

—¡Aprende! —tronó—. Si te vuelvo a pescar escribiendo con un solo dedo, te quitaré la máquina de escribir.

Suspiré, pues sabía que era capaz de cumplir su palabra. Por suerte, vivía enfrente una jovencita un año mayor que yo y que desde hacía tres años me inspiraba una pasión pura y ardiente: la única aventura amorosa de mi adolescencia, si es que puede merecer ese título. Ella asistía a un curso comercial de la escuela secundaria y sabía escribir a máquina.

Le pregunté cómo se dactilografiaba, y me enseñó a colocar los dedos en las teclas de la máquina de escribir, y cuál le correspondía a cada tecla. Me miró mientras yo, muy despacio, escribía la palabra «the» con el índice izquierdo, el índice derecho y el mayor izquierdo. Luego se ofreció a darme lecciones regulares.

La excusa para estar a solas con ella era exactamente lo que buscaba, pero también tenía mi orgullo. Jamás he permitido que nadie me enseñe más de lo necesario para comenzar a enseñarme a mí mismo.

—Está bien —le dije—. Ahora practicaré.

Eso hice. Hace treinta y siete años que escribo a máquina, y a veces consigo dactilografiar noventa palabras por minuto durante varias horas seguidas. ¡He practicado muchísimo!

Naturalmente, cuando empecé a practicar utilizaba los dos lados de la hoja, escribiendo a un espacio y sin márgenes. Tenía que ahorrar papel. Más tarde aprendí a utilizar un solo lado de la hoja y a doble espacio, pero ni siquiera hoy consigo dejar márgenes respetables. Además, tiendo a gastar las cintas de máquina y el papel carbón hasta que quedan más agotados de lo normal. No es cuestión de economía; ya no necesito economizar en este sentido.

Lo que pasa es que aún no me he recuperado del trauma de tener que sacar dinero del cajón de la tienda para papel y cintas de máquina.

Aunque ya era propietario de una máquina de escribir, todavía no había logrado escribir ciencia-ficción. Pero empezaba a enfilarse en ese sentido. Para abrir boca me puse a escribir fantasía.

Durante la década de los 30, existía en el mercado una especie de revistas de fantasía.

Una se llamaba «Weird Tales» y era un par de años más antigua que «Amazing Stories».

Sus cuentos recordaban a Edgar Allan Poe y se caracterizaban por un estilo horriblemente recargado. El autor más típico de «Weird Tales» era H. P. Lovecraft, cuya manera de escribir me parecía repugnante.

También había revistas sensacionalistas dedicadas a «relatos de terror», que contenían tanto sexo y sadismo como permitía la época. Por aquel entonces podía leerlas, pues mi padre había abandonado toda pretensión de marcarle a un estudiante universitario lo que podía leer, pero me resultaban insoportables.

En consecuencia, el relato fantástico que escribí no se parecía a éstos, sino que fue algo enteramente original. Se refería (según recuerdo) a un grupo de hombres que realizaba una exploración a través de un universo poblado de duendes, enanos y hechiceros, y donde la magia surtía efecto. No sabía que intentaba anticiparme a Tolkien y su *Lord of the Rings*.

Mientras escribía fantasías, aún leía ávidamente ciencia–ficción. El ingreso en el Colegio no disminuyó mi interés, tal vez porque era muy joven. (Todavía era adolescente cuando me gradué del Colegio).

No sólo seguí leyendo la «Astounding Stories» con fiel atención, número tras número, sino que procuraba seguir también las «Amazing Stories» y «Wonder Stories», encontrando a veces en ellas algunas joyas preciosas.

Por ejemplo, *El hombre que encogió*, de Henry Hasse, que apareció en «Amazing Stories» de agosto de 1936.

# EL HOMBRE QUE ENCOGIÓ

Henry Hasse

## 1

Años, siglos, eras han pasado volando ante mí en interminable desfile, dejándome incólume: pues yo soy inmortal y el único de mi especie en todo el universo. ¿Universo?

Es extraño cómo esa palabra usual se presenta en seguida a mi mente, con la fuerza de la vieja costumbre. ¿Universo? La mera expresión de una idea minúscula en las mentes de quienes no saben lo que dicen. Esa palabra es una burla. Pero ¡cuán volublemente la pronuncian los hombres! ¡Qué poco comprenden lo artificioso de esa noción!

Aquella noche, cuando me llamó el profesor, le hallé junto a la pared curva y transparente del observatorio, mirando la oscuridad. Me oyó entrar pero no levantó la vista mientras hablaba. No supe si se dirigía a mí o no.

—Me llaman el mayor científico que el mundo haya tenido en todos los tiempos.

Desde hacía varios años yo era su único ayudante y estaba acostumbrado a sus humores, conque no respondí. Él también guardó silencio durante varios minutos y luego prosiguió:

—Hace medio año descubrí un principio que servirá para destruir totalmente los gérmenes de enfermedades. Recientemente he comunicado los principios de una nueva toxina que estimula las células vitales protoplasmáticas desgastadas, provocando un rejuvenecimiento casi completo. Los resultados de ambos descubrimientos prácticamente duplicarán el plazo de vida común. Pero estos dos no son sino una fracción de la larga lista de descubrimientos que ha realizado para beneficio de la especie.

En ese momento se volvió mirándome fijamente, y me sobresalté al advertir el resplandor nuevo y peculiar que había en sus ojos.

—¡Por eso me llaman grande! Por estos míseros descubrimientos me llenan de honores y me llaman el benefactor de la humanidad. ¡Los muy imbéciles! ¡Me repugnan!

¿Creen acaso que lo hice por ellos? ¿Creen que me importa la especie, lo que haga, lo que ocurra con ella o cuánto tiempo viva? No saben que todo lo que les he brindado fueron descubrimientos accidentales de mi parte... a los que apenas había dedicado un pensamiento. ¡Ah! Pareces sorprendido. Pero ni siquiera tú, que hace

diez años que me ayudas aquí, has sospechado jamás que todos mis esfuerzos y experimentos se dirigían hacia un fin, un único fin.

Se acercó a un armario cerrado. En años anteriores me había preguntado qué contenía, pero luego dejé de pensarlo, a medida que me consagraba a mi trabajo. El profesor lo abrió ahora; parecía no contener sino los habituales frascos, probetas y redomas. Sacó cuidadosamente una redoma de un estante.

—Y por fin he alcanzado mi objetivo —murmuró, alzando el frasco. Un líquido pálido centelleó extrañamente bajo la luz artificial del techo—. ¡Treinta años, largos años de experimentación incesante, y ahora, en mi mano... el éxito!

La actitud del profesor, el brillo de sus ojos oscuros, el entusiasmo contenido que parecía desbordar me impresionaron profundamente. Quedé convencido de que había logrado algo inmenso, y así se lo dije.

—¡Inmenso! —exclamó—. ¡Inmenso! Lo es tanto que... ¡Espera! Lo verás con tus propios ojos.

En aquel momento no sospeché el significado de sus palabras. En efecto, iba a verlo con mis propios ojos.

Dejó cuidadosamente la redoma en su sitio y luego se volvió hacia la pared transparente.

—¡Mira! —señaló el cielo nocturno—. ¡Lo desconocido! ¿No te fascina? Esos tontos sueñan con viajar algún día hacia allí, hacia las estrellas. Creen que así descubrirán el secreto del universo. Pero hasta ahora no han sabido resolver el problema de un combustible o energía suficientemente poderosos para sus naves. Están ciegos. Yo podría, pero no quiero. Que investiguen, que experimenten, que desperdicien sus vidas.

¡A mí qué me importa!

Me pregunté a dónde quería ir a parar, pero comprendí que valía más dejarle seguir el hilo de sus pensamientos. Prosiguió:

—Y suponiendo que resolvieran el problema, suponiendo que despegaran de este planeta y fueran a otros mundos en sus naves huecas, ¿qué ganarían con eso?

Supongamos que viajasen a la velocidad de la luz durante toda la vida y luego aterrizaran en una estrella, lo más lejos de aquí que fuese posible. Sin duda dirían: «Ahora podemos comprender mejor que nunca la inmensidad del universo. En verdad el universo es una magna estructura. Hemos recorrido una gran distancia; debemos hallarnos en el límite».

Eso creerían. Sólo yo sé lo equivocados que estarían, pues sin moverme de aquí, mirando a través de este telescopio, veo estrellas cincuenta y sesenta veces más lejanas que lo alcanzado por ellos. En comparación, su estrella se hallaría infinitamente cerca de nosotros. ¡Pobres tontos engañados por sus fantasías de viaje espacial!

—Pero, profesor, piense simplemente... —intervine.

—¡Silencio! Escucha ahora. También yo, durante mucho tiempo, quise

desentrañar los secretos del universo, conocer el cómo, el cuándo y el porqué de su creación. ¿Alguna vez te has parado a pensar *qué* es el universo? Desde hace treinta años he trabajado sobre este problema. Sin saberlo, con tu eficacia me has ayudado en los experimentos desconocidos para ti que realizaste por mi cuenta en varias ocasiones. Ahora tengo la solución en esa redoma y serás el único que comparta el secreto conmigo.

Incrédulo, quise interrumpirle de nuevo.

—¡Espera! —dijo—. Déjame terminar. Hubo una época en que yo también miraba a las estrellas en busca de la respuesta. Construí este telescopio basado en un nuevo principio que me pertenece. Investigué las profundidades del vacío. Realicé extensos cálculos. Y demostré concluyentemente lo que hasta el momento sólo era una teoría. Ahora sé, sin lugar a dudas, que nuestro planeta y los demás que giran alrededor del Sol no son sino electrones de un átomo cuyo núcleo es el Sol. Nuestro astro no es más que uno entre millones, cada uno de los cuales tiene un número definido de planetas. Cada sistema es un átomo lo mismo que el nuestro. Y esos millones de sistemas solares, o átomos, forman reunidos una galaxia. Como sabes, en el espacio hay un número enorme de galaxias, separadas por tremendas extensiones de espacio. ¿Y qué son estas galaxias? ¡Moléculas que se extienden por el espacio incluso más allá del alcance máximo de mi telescopio! Y al haber llegado tan lejos, no resulta difícil dar el paso final. Todas estas vastas galaxias, o moléculas, tomadas en conjunto, ¿qué forman? ¡Algún elemento o sustancia desconocida de un gran mundo ultramacrocósmico! ¡Quizás una minúscula gota de agua, un grano de arena, una bocanada de humo, o quién sabe si una pestaña de algún ser que vive en ese mundo!

No pude replicar. Sentí que me aturdí la idea que acababa de exponer. Quise afirmar que no era posible pero ¿qué sabía yo, o cualquier otra persona, acerca de extensiones infinitas de espacio que debían hallarse más allá del alcance de nuestro telescopio más poderoso?

—¡No puede ser! —balbucí—. ¡Es increíble..., monstruoso!

—¿Monstruoso? Piensa un paso más adelante. Ese ultramundo, ¿no podría ser *también* un electrón que girase alrededor de un núcleo atómico? ¿Y ese átomo nada más que uno de los millones que forman una molécula? ¿Y esa molécula nada más que una de los millones que forman...?

—¡Por Dios, deténgase! —grité—. ¡Me niego a creer que semejante cosa sea posible!

¿A dónde nos conduciría todo esto? ¿Dónde concluiría? ¡Podría continuar... siempre! Y además —objeté débilmente—, ¿qué tiene esto que ver con... su descubrimiento, con el líquido que me ha mostrado?

—Exactamente esto: muy pronto descubrí que era inútil estudiar lo infinitamente grande, de modo que me volqué hacia lo infinitamente pequeño. ¿Acaso no es lógico que, si tal organización impera en las estrellas por encima de nosotros, exista la

misma en los átomos, debajo de nosotros?

Comprendí su razonamiento, pero aún no entendía su propósito. Lo que dijo a continuación lo aclaró por completo, aunque me hizo sospechar que sus especulaciones le habían hecho perder la razón. Prosiguió febrilmente, con voz de fanático:

—Si no puedo alcanzar las estrellas de arriba, que están tan lejos, entonces alcanzaré los átomos de abajo, que se hallan bien cerca. Están en todas partes. En todos los objetos que toco y en el aire que respiro. Pero son diminutos, y para alcanzarlos debo hallar el modo de volverme tan diminuto como ellos o más. Eso es lo que he conseguido.

¡La solución que te mostré hará que cada átomo individual de mi cuerpo se *contraiga*, y cada electrón y protón también disminuirá de tamaño o diámetro proporcionalmente a mi propia reducción! ¡De este modo, no sólo adquiriré el tamaño de un átomo, sino que seguiré reduciéndome hasta la pequeñez infinitesimal!

## 2

Cuando terminó de hablar, dije fríamente:

—Usted está loco.

Permaneció imperturbable.

—Esperaba que dijeras eso —respondió—. Es natural esa reacción ante lo que he dicho. Pero no; no estoy loco. Lo que ocurre es que desconoces las maravillosas propiedades de mi «Encogix». Pero te he prometido que lo verías con tus propios ojos, y así será. Serás el primero en bajar al universo atómico.

—Profesor, no dudo de que sus intenciones son buenas —dije—, pero debo declinar su oferta.

Él continuó, como si no me hubiera oído:

—Varios motivos justifican el que quiera enviarte a ti antes de emprender yo mismo el viaje. En primer lugar, se tratará de un viaje sin retorno, y antes debo dilucidar algunas cuestiones. Serás como un explorador avanzado para mí, por así decirlo.

—Oiga, profesor. No niego que la solución que usted llama «Encogix» tenga propiedades excepcionales. Incluso admito que sirva para lo que usted dice. Pero durante el último mes usted ha trabajado día y noche, robando tiempo a las comidas e incluso al sueño. Le conviene descansar. Salir de este laboratorio.

—Estaré en contacto con tu mente —dijo— mediante un ingenioso dispositivo que he perfeccionado. Luego te lo explicaré. El «Encogix» se inyecta directamente en



el torrente sanguíneo. Poco después comenzará tu encogimiento, que se mantendrá a velocidad moderada pero constante mientras la sangre fluya por tu cuerpo. Al menos, espero que así ocurra; de lo contrario tendría que introducir los cambios necesarios en la fórmula.

Naturalmente, todo esto es teórico, pero estoy seguro de que todo saldrá de acuerdo con lo previsto y no te perjudicará en absoluto. Ya había perdido toda mi paciencia.

—Oiga, profesor —dije, iracundo—. Me niego a ser el cobaya de este experimento absurdo. Comprenda que es científicamente imposible lo que se propone. Váyase a casa y descanse... o tómese unas vacaciones...

Sin previo aviso se abalanzó sobre mí, al tiempo que tomaba un objeto de la mesa.

Antes de que pudiera esquivarle, noté que una aguja se clavaba profundamente en mi brazo y grité de dolor. Los objetos se volvieron borrosos, deformes. Sufrí una oleada de vértigo; luego cesó y recobré la vista. El profesor se hallaba ante mí, socarrón.

—Sí, he trabajado mucho y estoy cansado. ¡He trabajado durante treinta años, pero no estoy demasiado cansado ni soy tan imbécil como para retirarme ahora, en el momento culminante!

Su mueca de triunfo dio paso a una expresión vagamente compasiva.

—Lamento haber tenido que proceder así —explicó—, pero comprendí que tú nunca cederías. Realmente, me avergüenzo de ti. No creí que fueses a dudar de la veracidad de mis afirmaciones, hasta el punto de suponerme loco. Pero, para mayor seguridad, tenía preparada la dosis de «Encogix» para ti; ahora recorre tus venas y dentro de poco tiempo observaremos sus efectos. Lo que has visto en la redoma es la dosis que me administraré cuando esté preparado para comenzar el viaje. Perdóname por habértela dado de un modo tan incorrecto.

Estaba tan furioso por la total desconsideración que había mostrado hacia mis sentimientos personales, que apenas oí lo que decía. El brazo me dolía en el lugar donde se me había clavado la aguja. Intenté dar un paso hacia él, pero no pude mover un solo músculo. Hice un esfuerzo por vencer la parálisis que me dominaba, pero no logré desplazarme del lugar donde me hallaba ni una fracción de centímetro.

El profesor también parecía sorprendido y alarmado.

—¿Qué? ¿Parálisis? ¡Esto no estaba previsto! Como ves, se confirma lo que dije: las propiedades del «Encogix» son maravillosas y múltiples.

Se acercó, examinó atentamente mis pupilas y pareció tranquilizarse.

—No obstante, el efecto será pasajero —me aseguró, y luego agregó—: Pero, sin duda, serás un poco más pequeño cuando recobres el uso de tus miembros, pues tu encogimiento debe comenzar casi en seguida. Debo darme prisa y emprender el último paso.

Se alejó y le oí abrir de nuevo su armario privado. No podía hablar ni moverme;

desde luego era una situación sumamente incómoda, por no decir indigna. No podía hacer otra cosa sino mirarlo con indignación cuando volviera a pasar por delante de mí. Llevaba un extraño casco con auriculares y gafas, conectado a un haz de cables. Lo dejó sobre la mesa y enchufó los cables en una cajita plana que allí tenía.

Le miré con atención todo el rato. No tenía ni la menor idea de lo que pensaba hacer conmigo, pero ni por asomo creí que fuese a encogerme hasta dimensiones subatómicas.

La idea me parecía demasiado fantástica.

Como si leyera mis pensamientos, el profesor se volvió y puso frente a mí. Me miró con indiferencia y dijo:

—Creo que ya ha comenzado. Sí, estoy seguro. Dime, ¿no lo notas? ¿Los objetos no te parecen un poco más grandes, más altos? ¡Ah! Olvidaba que el efecto paralizador te impide contestar. Pero ¡mírame! ¿No te parezco más alto?

Le miré. ¿Era mi imaginación o algún tipo de hipnosis lo que me hizo creer que él crecía un poco hacia arriba mientras yo miraba?

—¡Ah! —exclamó en tono de triunfo—. Lo has notado. Lo veo en tus ojos. No obstante, no soy yo quien crece, sino tú el que encoges.

Me tomó entre sus brazos y me dio la vuelta, de cara a la pared.

—Como veo que dudas, ¡mira! —dijo—. El friso de la pared. Recordarás que solía estar al nivel de tus ojos. Ahora queda siete centímetros más arriba.

¡Era verdad! Y en ese momento sentí un hormigueo en las piernas y un poco de vértigo.

—Tu encogimiento todavía no ha alcanzado la velocidad máxima —prosiguió—. Cuando ocurra, continuará a ritmo constante. No podría detenerlo aunque quisiera, pues no tengo ningún antídoto. Ahora escúchame con atención, pues debo decirte varias cosas. Cuando hayas llegado a ser bastante pequeño te levantaré y te colocaré sobre el bloque de Rehillio-X que tengo sobre la mesa. Cada vez serás más pequeño y luego entrarás en un universo extraño formado por billones de billones de grupos estelares o galaxias, que no serán sino las moléculas de este Rehillio-X. Llegado a ese límite, tu tamaño, en comparación con el nuevo universo, será gigantesco. No obstante, seguirás disminuyendo y podrás visitar cualquiera de las esferas que elijas. ¡Y... después de descender... siempre seguirás... reduciéndote!

Al oír esto creí que me volvía loco. Ya había encogido treinta centímetros y aún estaba paralizado. Si hubiera podido moverme, habría despedazado al profesor miembro tras miembro para vengarme... pero si lo que decía era verdad, yo ya estaba condenado.

Una vez más pareció leer mis pensamientos.

—No te enfades demasiado conmigo —pidió—. Deberías agradecerme esta oportunidad de vivir aventuras maravillosas en un reino maravilloso. Por cierto, te envidio un poco por ser el primero. Pero con esto —indicó el casco y la caja que tenía sobre la mesa— podré comunicarme dondequiera que te halles. ¡Ah! En tus ojos veo

que te preguntas cómo se puede lograr semejante cosa. Pues bien, el principio de este dispositivo es muy sencillo en realidad. El pensamiento, como la luz, es una forma de energía. Y el pensamiento, lo mismo que la luz, viaja a través de un «éter» en forma de ondas. Pero las ondas de pensamiento son mucho más sutiles. No obstante, existen y las bobinas de esta caja están sintonizadas para detectarlas y amplificarlas un millón de veces, a modo de ondas hertzianas. A través de este casco recibiré sólo dos de tus seis sensaciones: las de la vista y el oído. Son las principales y me bastarán. Todo sonido y visión que encuentres, por ínfimos que sean, llegarán a tu cerebro, desplazando allí minúsculas moléculas que emitirán ondas de pensamiento. Éstas serán captadas y amplificadas aquí. De este modo mi cerebro recibirá todas las impresiones visuales y auditivas que el tuyo emita.

Ya no dudaba de que su maravilloso «Encogix» ejercía los efectos predichos por él. En aquel momento mi tamaño se había reducido a un tercio del original. Pero la parálisis no me abandonaba y esperé que el profesor no se hubiera equivocado cuando aseguró que el efecto sería pasajero. Mi indignación empezaba a enfriarse, e incluso me pregunté qué iba a encontrar en el otro universo.

Luego me asaltó una idea terrorífica, que me heló de aprensión. Si, como el profesor había dicho, el universo atómico era sólo una réplica minúscula del que conocíamos, ¿no me hallaría *sin aire que respirar* en los vastos espacios vacíos entre galaxias? En los grandes cálculos que el profesor había realizado, ¿podía olvidársele algo tan obvio?

Me hallaba muy cerca del suelo, pues apenas medía treinta centímetros. Cuanto me rodeaba —el profesor, las mesas, las paredes— me parecía gigantesco.

El profesor se agachó y me colocó sobre la mesa, entre sus cables y aparatos. Cuando quiso hablarme otra vez, su voz retumbó en mis minúsculos oídos.

—Aquí está el bloque de Rehillio-X, conteniendo el universo que pronto vas a explorar —dijo, mientras colocaba a mi lado el bloque de metal que me llegaba casi a la cintura—. Como sabes, el Rehillio-X es el más denso de los metales conocidos, de modo que visitarás un universo relativamente poblado... aunque a ti no te lo parecerá, a causa de los miles de años-luz de espacio que hallarás entre sus astros. Naturalmente, sé tanto como tú acerca de ese universo, pero te aconsejaría que evitaras los astros muy brillantes y sólo te acercaras a los más pálidos. Bien, aquí nos despedimos. No volveremos a vernos.

»Cuando yo te siga, lo que haré sin duda después de perfeccionar la fórmula gracias a tu colaboración, será improbable que consiga seguir tus huellas a través de todas las esferas que habrás recorrido. Ya he aprendido una cosa: la velocidad de encogimiento es ahora demasiado rápida; sólo podrás permanecer algunas horas en cada mundo. Pero, al fin y al cabo, quizá sea lo mejor. Adiós para siempre.

Me levantó y me colocó sobre la superficie pulida de Rehillio-X. Calculé que ahora debía medir unos diez centímetros de estatura. Noté con alivio indescriptible que la parálisis desaparecía al fin. Primero recuperé la voz y, forzando los pulmones,

grité con todas mis fuerzas:

—¡Profesor! ¡Profesor!

Se inclinó sobre mí. Mi voz debió sonarle ridículamente aguda.

—¿Qué me dice de las regiones vacías del espacio que atravesaré? —pregunté espantado, con la boca muy cerca de su oreja—. No viviré sino escasos minutos. Sin duda voy a morir asfixiado.

—No, eso no ocurrirá —respondió. Su voz hirió mis tímpanos como un trueno y me cubrí las orejas con las manos.

Comprendió y habló más bajo.

—No tendrás ningún problema en el espacio sin aire —explicó—. En mis treinta años de investigación he resuelto el problema, pues no podía pasarme desapercibido, aunque admito que supuso muchas dificultades. Pero, como he dicho, «Encogix» es tan maravilloso porque sus propiedades son múltiples. Después de muchas dificultades y fracasos, logré incorporarle cierta potencia que suministra el oxígeno necesario distribuyéndolo a través del torrente sanguíneo. También irradia cierta cantidad de calor; y, como creo que la supuesta temperatura cero del espacio es una hipótesis exagerada, no debes temer nada del espacio abierto.

### 3

En aquel momento apenas medía dos centímetros y medio. Ya podía caminar, aunque los miembros me hormigueaban terriblemente a medida que la parálisis desaparecía. Me golpeé los costados e hice molinetes con los brazos para acelerar la circulación. El profesor debió pensar que me despedía. Alargó la mano y me levantó. Aunque intentó alzarme con suavidad, la presión de sus dedos lastimaba. Me sostuvo en la palma de la mano y me levantó a la altura de sus ojos. Me miró largo rato y luego vi que sus labios formaban la palabra «Adiós». Tenía un terrible miedo de que me dejara caer al suelo, que estaba a una distancia vertiginosa, y me tranquilicé cuando me bajó hasta el bloque de Rehillio-X.

Ahora el profesor parecía un gigante que se encumbraba cientos de metros en el aire.

Más allá, a lo que me parecían varios kilómetros de distancia, las paredes de la sala se elevaban hasta alturas inconcebibles. El techo parecía tan lejano y vasto como la cúpula celeste que yo conocía anteriormente. Corrí hasta el canto del bloque y miré abajo. Era como estar al borde de un enorme acantilado. La pared era negra y lisa, absolutamente perpendicular. Retrocedí temiendo perder pie y matarme en la caída. Muy abajo se extendía la vasta y brillante planicie que era el tablero de la mesa.

Regresé al centro del bloque, pues no me veía seguro al borde; podía caerme si el profesor, en un descuido, empujaba la mesa. Ya no tenía la menor idea de mi tamaño, pues me faltaba con qué compararlo. Pensé que tal vez resultaba ya invisible para el profesor. Él era un borrón informe como una montaña distante vista a través de la niebla.

Entonces observé que la superficie del bloque de Rehillio–X no era tan lisa como antes.

Hasta donde abarcaba, veía hondonadas superficiales que se extendían en todas direcciones. Comprendí que debían ser huellas del rectificado de la superficie, que antes resultaban invisibles.

Viéndome al borde de una de las hondonadas, bajé a gatas una ladera y eché a andar por el fondo. Era rectilínea, como hecha a regla. De vez en cuando encontraba una bifurcación y torcía a derecha e izquierda. Poco después, y como mi encogimiento no cesaba, las paredes de las hondonadas sobrepasaron mi estatura y me vi en una especie de desfiladero.

Fue entonces cuando recibí la mayor sorpresa de mi vida, y mi aventura estuvo a punto de terminar allí mismo. Al llegar a una encrucijada, doblé a la derecha y me hallé cara a cara con el Cómo Describirlo.

Era de un color enfermizo, blanco azulado. Tenía forma de disco con una larga hilera doble de apéndices o patas en la parte inferior. Centenares de espigones de aspecto desagradable circundaban el cuerpo en forma de disco por la parte exterior y superior. No tenía cabeza ni, evidentemente, órganos visuales, aunque agitó frente a mi cara docenas de protuberancias como serpientes cuando estuve a punto de chocar con él. Una de ellas me tocó y el bicho retrocedió rápidamente, mientras los espigones se erguían en una formidable formación.

La visión de aquel ser pasó por mi cabeza en una brevísima fracción de tiempo, pues os aseguro que no me quedé allí para analizar su «pedigree». ¡Claro que no! El corazón me ahogaba de terror, me volví y escapé en sentido contrario. Al sentirme perseguido puse alas a mis pies y corrí como nunca. Subí a toda carrera por una hondonada y bajé por otra, doblando a derecha e izquierda, en un esfuerzo por despistar a mi perseguidor.

Me parecía ridículo huir de un microbio, pero la situación era demasiado seria como para considerar su lado humorístico. Corrí hasta perder el aliento pero, por más quiebros y rodeos que daba, el germen siempre me seguía a cien pasos detrás de mí. Su órgano auditivo debía ser muy sensible. Por último ya no pude más, doblé el recodo siguiente y me detuve, sin resuello.

El bacilo pasó a poca distancia de mí y titubeó, pues había perdido el sonido de mis pasos. Sus docenas de órganos auditivos tentaculares se orientaron en todas direcciones.

Luego se vino derecho hacia mí, y volví a correr, por lo visto había captado el sonido de mi jadeo espantado. Volví a doblar en el recodo siguiente y, cuando vi que

el germen se acercaba, contuve la respiración hasta que creí que mis pulmones iban a estallar. Volvió a detenerse, removi6 sus tentáculos en el aire y luego se alejó poco a poco por la hondonada. Realicé en silencio una apresurada retirada.

Ahora las paredes de las hondonadas (¡marcas invisibles en una pieza de metal!) se cernían muy alto sobre mí mientras seguía encogiéndose. También percibí grietas estrechas y hoyos, tanto en las paredes como en la superficie sobre la cual caminaba. Todos parecían muy profundos y algunos eran tan anchos que me obligaban a saltar para cruzarlos.

Al principio no logré comprender estos espacios que se abrían a mi alrededor pero luego descubrí, con cierto asombro, que el Rehillio-X me resultaba *poroso* a causa de mi pequeño tamaño. Aun siendo el más denso de los metales conocidos, ninguna sustancia lo es tanto que resulte del todo sólida.

Cada vez me resultaba más difícil avanzar; tenía que tomar carrerilla para saltar los abismos. Por último me senté y reí al comprender la inutilidad y estupidez de mis esfuerzos. Para qué arriesgar mi vida saltando aquellas oquedades que se agrandaban a medida que yo me reducía si, de todos modos, no tenía un destino determinado... salvo bajar. Por consiguiente, podía quedarme donde estaba.

Pero apenas acababa de tomar esta decisión, algo me obligó a cambiar de idea.

El bacilo se acercaba otra vez.

Lo vi a lo lejos en la hondonada, avanzando directamente hacia mí. Podía ser el mismo que había encontrado antes, o un congénere. Para entonces yo era tan pequeño que él parecía quince veces más grande que yo. El espectáculo de la inmensa bestia que me perseguía me inspiró terror. Corrí una vez más, esperando que gracias a mi pequeñez no oyera el ruido de mis pasos.

No había recorrido cien metros, cuando me detuve acongojado.

Ante mí se abría un espacio tan inmenso, que no habría saltado ni siquiera la mitad. No tenía escapatoria, pues el abismo se extendía hasta ambas laderas. Miré hacia atrás. El bicho se había detenido, palpando el suelo con los tentáculos.

Luego avanzó a gran velocidad, No sé si me oyó o advirtió mi presencia de otro modo, pero una cosa resultaba evidente: me quedaban escasos segundos para actuar. Me eché al suelo, me descolgué por el abismo y allí quedé, suspendido de las manos.

Justo a tiempo. Una inmensa forma pasó por encima de mí cuando levanté la mirada.

El germen era tan grande, que el abismo inmenso para mí le pasaba desapercibido; cruzó el espacio como si éste no existiera. Vi la doble hilera de patas de aquel ser a medida que pasaba por lo alto. Cada una era dos veces más gruesa que mi cuerpo.

Luego ocurrió lo que temía. Uno de los enormes miembros terminados en garras me pisó la mano y un afilado espolón la arañó. Sentí el dolor en todo el brazo. La angustia era insoportable. Intenté sujetarme mejor pero no pude. Empecé a resbalar... a resbalar...

## 4

«Esto es el fin».

Eso pensé en el último y terrible segundo, mientras caía hacia el espacio. Cerré involuntariamente los ojos esperando hundirme en el olvido de un instante a otro.

Pero no ocurrió nada.

Ni siquiera noté el vértigo angustioso que suele acompañar a una caída. Abrí los ojos en una oscuridad estigia y extendí una mano exploradora. Hallé una pared áspera que se elevaba cerca de mi rostro. Por tanto, estaba cayendo, pero no a la velocidad que habría alcanzado bajo circunstancias normales. Me parecía flotar hacia abajo. ¿Era hacia abajo?

Había perdido orientación. Tomé impulso y pateé con toda fuerza contra la pared, para alejarme de ella.

Imposible saber cuánto tiempo seguí cayendo o moviéndome, en aquella oscuridad.

Pero debieron transcurrir varios minutos y a cada momento yo, incesantemente, me reducía.

Hacía rato que adivinaba unas inmensas masas a mi alrededor. Me rodeaban por todas partes, emitiendo un resplandor muy débil. Eran de todos los tamaños, algunas como yo y otras grandes como montañas. Procuré alejarme de las grandes, pues no deseaba morir aplastado entre dos de ellas. Pero era poco probable que esto sucediera. Aunque todo se movía lentamente a través del espacio, pronto advertí que ninguna de las masas se acercaba a otra ni se desviaba en lo más mínimo de su curso.

Como seguía encogiéndome, las masas parecieron alejarse de mí; al mismo tiempo, la luz que irradiaban se volvió más brillante. Dejaron de ser masas y se convirtieron en conglomerados individuales de niebla blanca, animados de lento movimiento giratorio.

¡Eran nebulosas! ¡Entre ellas debían existir millones de kilómetros de vacío! La masa gigantesca a la que me había aferrado, atraído por su gravedad, también pasó al estado nebuloso y luego me hallé flotando en medio de ella, que creció a medida que yo me hacía más pequeño. Al perder densidad y dilatarse, lo que había parecido niebla manifestaba ahora trillones de trillones de minúsculas esferas en complicadas disposiciones.

¡Me hallaba en medio de esas esferas! ¡Estaban alrededor de mis pies, mis brazos, mi cabeza! Se extendían mucho más allá de mi alcance, más allá de mi visión. Me habría bastado alargar la mano para tomarlas a millares. Pude agitarme y patear para esparcirlas en caótica confusión a mi alrededor. Pero no me dediqué a una

destrucción tan atolondrada e innecesaria de mundos. Sin duda, mi mera presencia había producido ya bastantes cataclismos, al desplazar millones de ellos.

Apenas me atrevía a mover ni un músculo temiendo desbarajustar las órbitas de algunas esferas o hacer estragos entre sistemas solares y constelaciones. Parecía colgar inmóvil entre ellos o, si me movía en alguna dirección, el movimiento era demasiado leve para percibirlo. Ni siquiera sabía si me hallaba en posición vertical u horizontal, ya que estas palabras habían perdido su significado.

A medida que mi tamaño se reducía las esferas se agrandaban y el espacio entre ellas se dilataba, hasta que el desconcertante laberinto me dejó más libertad de movimiento.

Ello me permitió prestar más atención a la belleza que me rodeaba. Recordé lo que había dicho el profesor acerca de la recepción de mis ondas de pensamiento, y abrigué la esperanza de que lo estuviera haciendo, pues por nada del mundo quería que él se perdiera aquello.

Todos los colores conocidos estaban representados allí, entre los soles y planetas circundantes: blancos resplandecientes, rojos, amarillos, azules, verdes, violetas y todos los matices intermedios. También vi la yerma negrura de los soles apagados, aunque eran poco frecuentes, pues aquel parecía un universo muy joven.

Distinguí soles aislados, cuyo número de planetas orbitales iba de dos a veinte. Había soles dobles que giraban lentamente alrededor de un eje invisible, e incluso astros triples en perfecta simetría triedra. Vi una estrella cuádruple: una asombrosamente blanca, una azul, una verde y una de color naranja intenso. La blanca y la azul giraban una alrededor de la otra en el plano horizontal, mientras la verde y la anaranjada lo hacían en sentido vertical, entrelazándose de modo perfecto. Alrededor de estos cuatro soles se movían en órbitas circulares dieciséis planetas de distintos tamaños.

Los más pequeños en las órbitas interiores y los más grandes en las exteriores. El conjunto parecía un anillo giratorio en cuyo centro se hallaba el sistema blanco, azul, amarillo y anaranjado. Los rayos de aquellos cuatro soles, a medida que iluminaban los planetas y se reflejaban en el espacio con una magnificencia multicolor, presentaban un espectáculo pavoroso y a la vez bello.

Decidí visitar uno de los planetas de aquel sol cuádruple tan pronto como mi tamaño me lo permitiera. Hasta cierto punto, me desplazaba con facilidad; luego, cuando me hice bastante más pequeño, me tendí a lo largo de aquel sistema solar comprobando que mi estatura equivalía al diámetro de la órbita del planeta más alejado. Pero no me atreví a acercarme demasiado, pues temí que mi volumen provocase alguna catástrofe gravitatoria.

Logré contemplar la superficie del más externo, o decimosexto planeta, cuando pasó cerca de mí. Por entre los claros de las grandes nubes vi una extensión ilimitada de agua y nada de tierra. Luego el planeta se alejó de mí en su largo viaje al extremo opuesto de su órbita. Estaba seguro de que cuando regresara yo sería mucho más



pequeño, conque decidí acercarme un poco y tratar de ver el decimoquinto planeta, que en aquel momento se hallaba al lado opuesto pero avanzando en mi dirección.

Descubrí que si encogía los miembros y empujaba violentamente en sentido opuesto a donde deseaba dirigirme, podía avanzar bastante bien, aunque el esfuerzo resultaba agotador. Así me acerqué al cúmulo solar y cuando llegué cerca de la órbita del decimoquinto planeta ya era mucho más pequeño: ¡apenas un tercio del diámetro de su órbita! Según las viejas leyes que yo conocía, la distancia entre las órbitas del decimosexto y el decimoquinto planeta debía ser de unos tres millones setecientos cincuenta mil kilómetros, aunque a mí me pareció de algunos centenares de metros.

Esperé y por último el planeta destacó sobre gloriosa aurora de los soles. Su trayectoria le traía cada vez más cerca, y a medida que se aproximaba vi que su atmósfera era de un intenso color azafrán. Pasó a pocos metros de mí, girando perezosamente sobre su eje en sentido contrario al de su órbita. Allí, como en el planeta decimosexto, también vi un extenso mundo acuático. Sólo había un continente bastante grande y muchas islas dispersas, pero calculé que las nueve décimas partes de la superficie estaban cubiertas por el océano.

Continué hacia el planeta decimocuarto que, según había visto, era de un hermoso color verde dorado.

Cuando me las ingenié para situarme más o menos en la órbita del decimocuarto, mi tamaño había disminuido tanto que la luz de los soles centrales me dañaba los ojos. Al acercarse el planeta observé fácilmente varios continentes grandes en el hemisferio iluminado y, a medida que el lado oscuro se volvía hacia los soles, aparecieron otros continentes. Cuando pasó a mi lado hice comparaciones y vi que en aquel momento yo era como unas cinco veces más grande que el planeta. Intentaría posarme en él cuando pasara de nuevo. Intentar un contacto en seguida, sin duda, sería desastroso para ambos.

Mientras esperaba y seguía reduciéndome, recordé al profesor. Si era cierta su sorprendente teoría de un número infinito de sub-universos, mi aventura apenas había comenzado, o mejor dicho, comenzaría cuando pusiera pie en el planeta. ¿Qué iba a encontrar? Estaba seguro de que el profesor, al recibir mis ondas de pensamiento, sentía tanta curiosidad como yo. ¿Y si hubiese vida en ese mundo... vida hostil? Yo tendría que enfrentarme a los peligros mientras el profesor estaba sentado en su laboratorio, muy lejos. Era la primera vez que se me ocurría pensar en tal aspecto de la cuestión. Al profesor no se le habría ocurrido nunca. También resultaba curioso pensar en él como en alguien situado «muy lejos». ¡Porque a él le bastaría alargar la mano para moverme, con mi universo y todo, sobre la mesa de su laboratorio!

Se me ocurrió otra idea curiosa: yo estaba esperando que un planeta completara su órbita alrededor de los soles. Para los seres que pudieran existir allí, el tiempo transcurrido sería de un año, pero para mí sólo eran unos minutos.

Regresó más pronto de lo que lo esperaba, trazando una curva hacia mí. Su órbita,

naturalmente, era mucho menor que la de los otros dos planetas externos. En pocos minutos lo vi acercarse y aumentar de tamaño. Calculé que en aquel momento yo tenía aproximadamente un quinto de su tamaño. Pasó a mi lado, tan cerca que de haberlo deseado podía acariciar su atmósfera. Y a medida que se alejaba sentía una atracción, como si yo fuera un trozo de metal atraído por un imán. Ello no redujo su velocidad, pero ahora yo me movía cerca de él. Me había «capturado», como esperaba que hiciera, Tomé impulso para acercarme, y la gravedad aumentó. Estaba «cayendo» hacia él. Maniobré para caer de pie y entré en la atmósfera, donde el verde dorado se fundía con la negrura del espacio. Mis pies describieron un arco y tocaron algo sólido. Mi «caída» había terminado. Estaba en uno de los continentes de aquel mundo.

## 5

Todavía era tan alto que sacaba el pecho y la cabeza hacia la negrura del espacio.

Aunque los cuatro soles se hallaban a una distancia de trece órbitas, ahora su resplandor era tan intenso que no podía mirarlos de frente sin quedar deslumbrado. Bajé los ojos para contemplar el continente sobre el cual me hallaba. Incluso la luz multicolor reflejada en la superficie resultaba deslumbrante. Demasiado tarde, recordé que el profesor me había aconsejado evitar los soles más brillantes. Cerca del suelo, algunas nubes se metían por entre mis piernas.

Naturalmente, a medida que el planeta giraba sobre su eje yo me movía con él, y poco después me hallé en el hemisferio nocturno, a la sombra del planeta. Agradecí aquel alivio, aunque sólo fuese pasajero. Poco después me vi de nuevo bajo la luz cegadora, y otra vez en sombras, y de nuevo bajo la luz. No sé cuántas veces ocurrió esto, pero al final quedé totalmente sumergido en la atmósfera del planeta, donde los rayos del sol eran difusos y la luz menos intensa.

Kilómetros más abajo veía una enorme extensión de suelo amarillo, que se extendía en todas direcciones. Fijándome bien me pareció distinguir las torres altas y plateadas de alguna ciudad lejana; pero no estaba seguro y, cuando volví a mirar, había desaparecido.

Mantuve la vista fija en el horizonte, poco después, dos minúsculos puntitos rojos se destacaron sobre la llanura amarilla. Por lo visto se acercaban a gran velocidad hacia mí pues incluso mientras miraba se agrandaron y luego semejaron dos esferas color púrpura.

Al instante supuse que eran terribles armas de guerra o destrucción.

Pero a medida que se acercaban hacia donde yo me encumbraba en la atmósfera,

vi que no eran sólidas, como había creído, sino gaseosas y medio transparentes. Además, se comportaban de un modo que sugería inteligencia. Sin medios visibles de propulsión, se remontaron y trazaron círculos alrededor de mi cabeza, con gran desconcierto por mi parte. Cuando se acercaron demasiado a mis ojos, levanté las manos para apartarlas, pero se colocaron en seguida fuera de mi alcance.

En vez de aproximarse de nuevo, permanecieron juntas allí, vibrando en mitad del aire.

Aquella extraña pulsación de la tenue sustancia que las constituía me sugirió que estaban hablando; naturalmente, el tema de la conversación debía ser yo. Luego se alejaron por donde habían venido.

Mi curiosidad era tan grande como parecía ser la de ellas y, sin dudarlo, las seguí.

Cada paso mío debía abarcar por lo menos, un kilómetro y medio, pero las entidades gaseosas me sacaron ventaja con facilidad y desaparecieron pronto de mi vista. Estaba persuadido de que se dirigían a la ciudad, si era eso lo que yo había visto. Ahora el horizonte estaba más cerca y parecía menos curvado, debido a la disminución de mi estatura: calculé que en ese momento no debía medir más de ciento ochenta metros.

Sólo había dado un centenar de pasos hacia donde habían desaparecido las dos esferas cuando, sorprendido, vi que se acercaban de nuevo a mí, seguidas de una veintena de... compañeras. Me detuve y en seguida se acercaron para trazar círculos alrededor de mi cabeza. Todas eran como de un metro y medio de diámetro y del mismo color rojo oscuro. Durante un minuto revolotearon como si me estudiaran desde todos los ángulos y luego formaron a mi alrededor en círculo perfecto. Lanzaron delgadas serpentinas con los que se unieron, cerrando el círculo. Otras serpentinas avanzaron poco a poco hacia mí, temblorosas y precavidas.

Su modo de investigarme no me hizo ninguna gracia, y sacudí los brazos con energía.

Esto sembró una terrible confusión. El círculo se quebró y se dispersó, las serpentinas desaparecieron y las esferas volvieron a su ser primitivo. Se reunieron a cierta distancia y parecieron deliberar.

Una de ellas, cuyo color había pasado al naranja brillante, se apartó y vibró con frenesí.

La entendí tan claramente como si se hubiera expresado en palabras. El anaranjado brillante significaba ira, y estaba reprendiendo a las demás por su cobardía.

Bajo el mando de la esfera anaranjada se acercaron de nuevo a mí; esta vez me preparaban una sorpresa. Una veintena de serpentinas relampaguearon, y chisporrotearon frías llamas azules allí donde me tocaban. Las descargas eléctricas recorrieron mis brazos, paralizándolos. Volvieron a volar en círculo a mi alrededor. Las serpentinas cerraron la formación como antes, y otras se alargaron como al descuido.

Durante un rato revolotearon alrededor de mi cabeza y luego la ciñeron, envolviéndola en un frío resplandor rojo. Aquel contacto, no me produjo sensación alguna, salvo frío.

Las esferas volvieron a vibrar como antes y, tan pronto como comenzaron sus pulsaciones, sentí como si atravesaran mi cerebro minúsculas agujas de hielo. Una pregunta se representó a mi conciencia con más claridad que si hubiera oído una palabra hablada.

—¿De dónde vienes?

Yo conocía la transmisión del pensamiento, la había practicado algunas veces y a menudo con éxitos sorprendentes. Cuando oí o capté aquella pregunta, procuré concentrar toda mi mente en las circunstancias por las cuales había llegado allí. Cuando terminé mi narración mental y pude descansar de la tensión a la que había sometido mi cerebro, recibí las impresiones siguientes:

—No obtenemos respuesta; tu mente sigue en blanco. Eres un ser extraño; nunca hemos encontrado un organismo como el tuyo aquí. Es tan raro, que además se hace cada vez más pequeño sin motivo visible. ¿Por qué estás aquí y de dónde vienes?

Era como si unos dedos helados registrasen los pliegues de mi cerebro, arrancando un tejido tras otro.

Volví a intentarlo y enfoqué con la mente todos los detalles, como si describiera mi camino desde que entré al laboratorio del profesor hasta el momento actual. Terminé agotado por el esfuerzo.

Volví a recibir la misma impresión:

—No has conseguido centrar tu mente; sólo recibimos sombras fugaces.

Una de las esferas volvió a brillar con intensidad y se apartó del círculo. Casi me parecía ver un furioso encogimiento de hombros. Las serpentinas relajaron la tensión sobre mi cerebro y empezaron a retirarse, aunque antes capté un pensamiento fugaz de la esfera anaranjada, que sin duda se dirigía a las demás:

—... mentalidad muy baja.

—¡Vosotras no valéis mucho más! —grité.

Naturalmente, no se sintieron aludidas por tan tosco método de comunicación. Me intrigaba mi incapacidad para establecer comunicación mental con aquellos seres. Mi cerebro era de tal tamaño que les impedía recibir la impresión (por aquel entonces yo era un gigante de ciento veinte o ciento cincuenta metros), o bien el nivel mental de ellos era muy superior al mío, a tal punto que para ellos, yo era inferior al más primitivo de los salvajes. O ambas cosas a la vez, más probablemente la segunda.

Estaban decididas a resolver el misterio de mi presencia antes de que yo desapareciera de su mundo, lo cual iba a suceder al cabo de pocas horas debido a la velocidad de mi encogimiento. Decidieron formar a ambos lados de mí, en dos filas verticales que iban del suelo hasta mis hombros. Las serpentinas luminosas volvieron a tocarme en diversos puntos. ¡Luego, como a una señal convenida, se elevaron en el aire, levantándose como si fuera una pluma! ¡Enfilaron en vuelo perfecto hacia la

ciudad situada más allá del horizonte, transportándome en posición perpendicular! Era asombroso que aquellas entidades gaseosas pudieran levantar y empujar a un gigante material como yo. Su velocidad debía ser muy superior a la del sonido, aunque en aquel planeta no había escuchado aún ruido alguno, salvo el de mi cuerpo cortando el aire.

Al cabo de pocos minutos divisé la ciudad, que debía cubrir una zona de doscientos sesenta kilómetros cuadrados a orillas de un océano verde ondulante. Me dejaron suavemente de pie en las afueras de la ciudad. El círculo de esferas formó una vez más alrededor de mi cabeza y los fríos zarcillos de luz registraron una vez más mi cerebro.

—Puedes pasear libremente por la ciudad —recibí el pensamiento—, acompañado por algunos de nosotros. Si tocas algo, recibirás el castigo máximo; tu tremendo tamaño hace muy peligrosa tu presencia entre nosotros. Cuando hayas empequeñecido bastante, volveremos a explorar tu mente con métodos algo distintos para averiguar tu origen y móviles. Creemos que, en el primer intento, el gran tamaño de tu cerebro fue una especie de desventaja. Ahora debemos prepararnos. Hace años que esperábamos tu llegada.

Mientras algunas me servían de escolta —o de guardia— las demás esferas se dirigieron a un gran edificio rematado por una cúpula, que se alzaba en una espaciosa plaza del centro de la ciudad.

La última observación me desconcertó sobremanera. ¿Qué podía significar lo de «hace años que esperábamos tu llegada»? Confiando en que ésta y otras cuestiones serían dilucidadas a su debido tiempo, entré en la ciudad.

No era una ciudad extraña, sino muy al contrario, de hermosa arquitectura. Parecía maravilloso que hubiera sido concebida y construida por aquellos globos de gas en los que, a primera vista, nadie habría visto seres inteligentes y sensibles. A pesar de mi estatura los edificios me sobrepasaban cuatro y cinco veces e invariablemente terminaban en cúpulas. No se veían formas en espiral ni en ángulos; al parecer resultaban desagradables para los sentidos de aquellos seres. El plano de la ciudad se disponía en amplias curvas audaces y formas circulares, de efecto sorprendente. No había calles ni carreteras, ni espacios de comunicación en los edificios, pues no eran necesarios. El aire era el elemento habitable natural de aquella especie; nunca vi que tocaran el suelo ni superficie alguna.

Incluso descansaban flotando en el aire con lento movimiento giratorio. Cuando yo pasaba entre ellas se detenían girando para observarme con manifiesta curiosidad y luego seguían con sus asuntos, cualesquiera que fuesen. Ninguna se acercó a mí, salvo los guardianes.

Paseé varias horas de este modo y por último, cuando ya era mucho más pequeño, se me permitió ir andando hasta la plaza central.

Las demás esperaban mi llegada en el edificio circular terminado en cúpula. Estaban reunidas alrededor de un estrado coronado por una inmensa pantalla ovalada

y transparente de vidrio u otra sustancia parecida. Una sola esfera se puso esta vez en contacto con mi cerebro y recibí el siguiente pensamiento:

—Presta atención.

La pantalla se volvió opaca y apareció un extenso campo blanco.

—La gran nebulosa, de la cual este planeta sólo es un punto infinitesimal — explicó el pensamiento. La masa blanca se movió casi imperceptiblemente sobre la pantalla y la esfera prosiguió—: Tal como la ves ahora apareció en nuestros telescopios hace varios siglos. Naturalmente, el movimiento de la nebulosa en conjunto es imperceptible; ahora vemos un registro químico, acelerado para que el movimiento sea visible en la pantalla.

Fíjate bien ahora.

La gran masa de la nebulosa, tranquila en apariencia, comenzó a agitarse mientras miraba y a girar en, un inmenso movimiento espiral. Una gran sombra oscura cubrió toda la escena. La sombra pareció retroceder, o mejor dicho, se hizo más pequeña, y comprendí que no era una sombra sino un cuerpo inmenso. Aquella masa entraba en la nebulosa, haciéndola girar y aventándola mientras millones de estrellas eran desalojadas y lanzadas hacia fuera.

El pensamiento me llegó de nuevo:

—La escena está acelerada un millón de veces. Lo que aquí ves, en realidad abarca un periodo de muchísimos años; nuestros científicos observaron el fenómeno con enorme sorpresa, y muchas fueron las teorías formuladas para explicarlo. Te estás viendo a ti mismo en el momento en que ingresabas en nuestra nebulosa.

En pocos minutos vi desarrollarse la escena como aquellos seres esféricos la habían seguido durante varios años; me vi a mí mismo empequeñeciéndome, acercándome poco a poco al sistema de los cuatro soles y por último al planeta verde dorado. La imagen desapareció de súbito.

—Por eso observamos y esperamos tu llegada durante años, sin saber qué eras ni de dónde venías. Aún estamos bastante desconcertados. Te haces cada vez más pequeño y eso no podemos entenderlo. Hemos de darnos prisa. Relájate. No quieras intervenir en nuestra exploración tratando de recordar el comienzo, como hacías antes; nosotros sabremos encontrarlo en los huecos de tu mente. Relájate, no pienses en nada y mira la pantalla.

Intenté obedecer y volví a sentir los fríos zarcillos que tanteaban en mi cerebro. El letargo se apoderó de mi mente. Relampaguearon sombras en la pantalla, y de improviso apareció una escena conocida: el laboratorio del profesor, como lo vi por última vez la noche de mi partida. La escena daba principio al entrar yo en la sala, exactamente como ocurrió aquella noche. Me vi acercándome a la mesa, y al profesor de pie como había estado, observando el cielo nocturno; sus labios se movían en silencio.

Las esferas que me rodeaban se apiñaron junto a la pantalla; parecían observar cada movimiento y advertí una gran excitación entre ellas. Llegué a la conclusión de

que la que exploraba mi mente —si no eran todas— comprendía, no sólo las palabras que el profesor y yo pronunciábamos en aquellas escenas, sino también su significado.

Pude leer en los labios del profesor a medida que hablaba. Vi mi expresión de total desconcierto, luego la incredulidad y por último mi escepticismo mientras él planteaba su teoría de los mundos macrocósmicos y de otros mundos macrocósmicos aún mayores.

Presencí nuestra discusión, el subsiguiente ataque, y volví a sentir el pinchazo de la aguja en mi brazo.

Mientras esto sucedía, las esferas que me rodeaban se agitaban, muy excitadas.

Vi cómo me hacía más pequeño, hasta ser colocado sobre el bloque de Rehillio-X, donde empequeñecía aún más y desaparecía. Presencí mi combate con el bacilo y mi huida loca; mi salto al abismo y mi caída por la oscuridad en cuyo momento la pantalla se oscureció.

Después volvió a iluminarse, mientras yo viajaba con las grandes masas que me rodeaban. Al fin apareció la inmensa nebulosa, la misma que aquellos seres esféricos habían observado durante siglos a través de sus telescopios. La pantalla volvió a aclararse y quedó transparente.

—Conocemos el resto —afirmó el pensamiento de la esfera que indagaba en mi cerebro—. La pantalla ha exhibido el resto. El que inventó eso que llama «Encogix», es un gran hombre. Su experimento ha sido maravilloso y apenas acaba de empezar. Te envidiamos, ser afortunado y, al mismo tiempo, te compadecemos. De todos modos, es una suerte que hayas elegido nuestro planeta, pero pronto te irás como viniste y no podemos ni queremos impedirlo. Dentro de pocos minutos tu tamaño volverá a ser infinitesimal y pasarás a un universo más pequeño. Poseemos microscopios bastante poderosos como para observar un poco de ese universo atómico más pequeño, y te veremos avanzar hacia lo desconocido hasta que hayas desaparecido para siempre de nuestra vista.

Había estado tan pendiente de las escenas revividas a través de la pantalla que no me acordaba de mi encogimiento constante. Ahora era mucho más pequeño que las esferas que me rodeaban.

Ellas me interesaban tanto como yo a ellas e intenté transmitir el siguiente pensamiento:

—Decís que me envidiáis y que me compadecéis. ¿Por qué?

El pensamiento respondió en seguida:

—No podemos responderte a esto. Pero es verdad; aunque serán maravillosas tus aventuras en los reinos que te esperan, hay que sentir lástima por ti. Ahora no puedes comprenderlo, pero algún día lo entenderás.

Transmití otro pensamiento:

—Vuestro organismo, que a mi entender es gaseoso, me parece tan extraño como el mío, sólido, os debe parecer. Habláis de telescopios y microscopios, y no concibo que seres como vosotros, desprovistos de órganos visuales, contéis con la astronomía

y la microscopía entre vuestras ciencias.

—Tus órganos de visión —fue la respuesta—, a los que llamas «ojos», no sólo son superfluos sino que los consideramos fuentes muy burdas de percepción. Aunque para ti, su pérdida sería una desventaja terrible e irreparable. Nuestra visión no depende de órganos tan localizados, sino que abarca toda la superficie exterior de nuestros cuerpos.

No necesitamos órganos ni apéndices como los que tú posees en tanta abundancia, pues somos de una sustancia diferente. Nos limitamos a extender cualquier parte de nuestros cuerpos hacia la dirección que deseamos. Basándonos en un estudio profundo de su estructura, llegamos a la conclusión de que tus órganos y apéndices son muy rudimentarios. Predigo que mediante la lenta evolución de tu raza, estos inconvenientes desaparecerán por completo.

—Explícame más cosas sobre tu raza —supliqué con ansiedad.

—Relatar todo lo que podríamos decir —fue la respuesta— llevaría mucho tiempo, y nos queda muy poco. Poseemos un sistema social muy complejo, pero, naturalmente, no carece de defectos. Hemos profundizado en las ciencias y avanzado mucho en las bellas artes pero, sin duda, nuestros logros en estos dominios te resultarían incomprensibles. Ya has visto nuestra ciudad. No es la más grande ni la más importante del planeta. Cuando llegaste, relativamente cerca de aquí, enviamos mensajes. Han venido todos nuestros científicos importantes. No temíamos tu presencia, pero adoptamos precauciones puesto que desconocíamos qué clase de ser eras. Los dos de los nuestros que viste la primera vez fueron enviados para observarte. Ambos habían sido condenados por un delito contra la comunidad, y se les dio a elegir entre el castigo merecido o salir a investigar la criatura gigante caída del cielo. Aceptaron esta segunda posibilidad y por su valentía, pues lo fue, han sido indultados.

## 6

Me habría gustado preguntar más cosas, pues había muchos aspectos que me intrigaban, pero estaba volviéndome tan pequeño que la comunicación ya era imposible.

Fui trasladado a un laboratorio y colocado sobre el portaobjetos de un microscopio de construcción extraña y complicada. Mi viaje continuó sin descanso hacia un universo atómico aún más pequeño.

Se repitieron los fenómenos de antes. La materia se abría y se hacía porosa, hasta convertirse en un espacio abierto poblado de masas enormes que, a su vez, se



disolvían en extensas nebulosas.

Entré en una de ellas y, una vez más, las constelaciones giraron a mi alrededor. Esta vez me acerqué a un sol único, de color amarillo brillante alrededor del cual orbitaban ocho planetas. Me dirigí al más alejado y, cuando mi tamaño me lo permitió, entré en contacto con él.

¡Me hallaba en un electrón, uno entre los billones que formaban un portaobjetos del microscopio perteneciente a un mundo que, a su vez, era sólo un electrón del bloque de metal colocado sobre cierta mesa de laboratorio!

Pronto entré en la atmósfera y, a varios kilómetros por debajo de mí, divisé grandes manchas amarillas y verdes. A medida que me aproximaba a la superficie fui descubriendo más detalles. Casi a mis pies serpenteaba un ancho río, cruzando una extensa llanura abruptamente limitada por una larga línea de escarpados precipicios. Al fondo de estos precipicios se abría una gran extensión verde de selva envuelta en la niebla y, más allá, un gran océano, liso como un cristal verde, se extendía hasta el horizonte curvo. Era un mundo prehistórico de selvas, grandes plantas semejantes a helechos, ciénagas y acantilados vertiginosos. No soplaban ninguna brisa y no se veía ser viviente alguno.

Pisé la selva, cerca de los acantilados, y en ochocientos metros a la redonda los árboles y la vegetación quedaron aplastados allí donde pisaban mis pies.

Observé una larga fila de cavernas en un saliente, en medio del acantilado. Me pareció que desde cada caverna me observaba furtivamente algún ser. Mientras miraba vi una minúscula figura que salía y se acercaba al saliente. Era un individuo muy precavido, dispuesto a regresar a la caverna si advertía hostilidad de mi parte; en ningún momento dejó de mirarme. Al ver que no sucedía nada, otros se animaron a salir y poco después el saliente quedó cubierto de minúsculas figuras que hablaban excitadas y gesticulaban, señalándome entre gritos estentóreos. Mi llegada debió despertar, sin duda, todos sus temores supersticiosos: un gigante que descendía de los cielos para detenerse ante sus propios hogares.

Debía hallarme a un kilómetro y medio del acantilado, pero de todos modos observé que las figuras eran salvajes de músculos voluminosos y cubiertos de pelo; tenían cuatro miembros, andaban en posición erguida, y todos portaban armas rudimentarias.

Uno de ellos alzó un arco tan alto como él mismo y me lanzó una flecha, evidentemente como expresión de desdén o bravata, pues no podía ignorar que la flecha no cubriría ni siquiera la mitad de la distancia. En seguida, uno que parecía el jefe derribó al malandrín de un flechazo. Esto me divirtió. Por lo visto, sus creencias les ordenaban actuar en son de paz.

A modo de prueba di un paso hacia ellos. En seguida se levantó una larga fila de arcos, y docenas de minúsculas flechas volaron hacia mí, para caer en la selva sin llegar a alcanzarme. Me sirvió de advertencia para mantener las distancias.

Pude adelantarme y barrerlos a todos del saliente, como deseaba demostrarles que

mis intenciones eran pacíficas, levanté las manos y retrocedí varios pasos. Nuevo lanzamiento inútil de flechas. Esto me desconcertó y permanecí inmóvil. Si yo no me movía, ellos tampoco lo harían.

El que parecía jefe se echó al suelo y, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos, escudriñó la selva al pie del precipicio. Luego discutieron otra vez, pero no me señalaban a mí, sino a la selva. Entonces comprendí. Por lo visto había una partida de caza en algún lugar de aquella selva; sin duda, estaría a punto de regresar a las cavernas, pues anoecía ya y el crepúsculo alargaba pavorosamente las sombras. Los trogloditas temían que al moverme pisoteara la partida que regresaba.

Permanecí inmóvil en medio del yermo que había aplastado, y traté de mirar por entre la húmeda vegetación que tenía a mis pies. Era prácticamente imposible, pues la niebla cubría hasta las copas de los árboles.

Poco después mis oídos captaron un sonido débil por debajo de mí, como un grito, y luego vi una fila de cazadores salvajes que corrían a toda velocidad a lo largo de un sendero de caza que parecía muy frecuentado. Salieron al mismo claro donde yo me encontraba y se detuvieron sorprendidos, pues evidentemente reparaban por primera vez en mi gigantesca presencia en su mundo. Soltaron las estacas en donde transportaban la caza del día y, después de alzar una temerosa mirada hacia donde yo me erguía, se echaron todos al suelo, presas de abyecto terror.

Todos menos uno. Ignoro si éste, que fue el último en salir de la maraña de árboles, me vio, pues estaba muy distraído observando la oscuridad de donde salía. Luego azuzó a sus compañeros con algunas sílabas enojadas y guturales y, señaló el sendero.

En ese momento llegó hasta mí un rugido que resonó en mis oídos con fuerza estremecedora. A una rápida voz del jefe, los cazadores cogieron sus armas y formaron un amplio semicírculo frente al sendero del cual acababan de salir. En aquel lugar colgaba sobre el sendero la rama de un árbol enorme. El jefe trepó por unos bejucos y poco después se agazapó sobre la rama. Uno de los guerreros ató a otro bejuco un arma grande de tosco aspecto, y el del árbol la izó hasta cogerla. Era una larga estaca puntiaguda de alrededor de unos dos metros y medio, a la que habían atado dos piedras pesadas. El del árbol equilibró cuidadosamente el dispositivo sobre la rama, colgando sobre el sendero y con la punta hacia abajo. El semicírculo de cazadores se agazapó tras una hilera de sólidas lanzas hincadas en ángulo sobre el terreno.

Oí otro rugido estremecedor, y luego apareció la fiera. Al verla me maravilló el valor de aquellos diminutos salvajes. La bestia no mediría menos de dos metros de alzada y seis de largo. Sus seis patas estaban armadas de anchas garras callosas capaces de destrozar por completo a cualquiera de los cazadores. Su larga cola ahusada estaba cubierta de placas, y me pareció que la fiera debía ser una especie de reptil; no obstante, los curvados colmillos de sesenta centímetros en una cabeza de mamífero contradecían esa impresión.

El monstruo permaneció largo rato inmóvil, azotando incesantemente con la cola y observando desconcertado el círculo de seres minúsculos que se atrevían a desafiarlo.

Luego, cuando dejó de agitar el rabo y se arqueó para el salto, el guerrero de la rama lanzó su arma... ¡y se dejó caer con ella, apoyando los pies sobre el par de pesadas piedras!

La bestia oyó un ruido o se alarmó por sexto sentido, pues saltó a un lado justo a tiempo, con una agilidad que parecía incompatible con su gran volumen, la estaca puntiaguda se hundió en tierra, mientras el cazador rodaba aturdido por el suelo.

La bestia lanzó un gruñido de ira, abrió sus seis patas y su gran panza tocó la tierra.

Luego se abalanzó sobre el círculo de cazadores agazapados. Las lanzas se quebraron al choque, el círculo se dispersó y los cazadores huyeron hacia los árboles. Pero dos de ellos jamás volvieron a levantarse, y la cola flageladora aplastó a otro a los cuatro pasos.

La escena duró unos segundos mientras yo miraba fascinado desde arriba. La bestia persiguió a los que huían; un instante después, la destrucción habría sido terrible, pues no tenían oportunidad de ponerse a salvo.

Rompí el hechizo que me dominaba e hice un amplio gesto con la mano cuando la fiera ya saltaba por segunda vez. La alcancé en el aire y la aplasté en el suelo como habría aplastado un insecto molesto. Quedó caída, inmóvil, en un charco de color rojo oscuro.

Los nativos dejaron de huir, pues mi acción contra el enorme animal había producido un ruido tremendo. Discutían aguadamente, pero se alejaron atemorizados cuando vieron que me inclinaba sobre el enemigo aplastado que había estado a punto de sembrar la muerte entre ellos.

Sólo uno de ellos había visto toda la escena. El que se había dejado caer del árbol sólo quedó momentáneamente aturdido, poniéndose en pie con rapidez cuando el animal embistió a sus compañeros. Así pudo verlo todo.

Entonces se acercó a mí, mirando con cierto desdén a los demás. Debió reunir mucho valor pues, aunque yo estaba agachado, sobrepasaba los árboles más altos. Miró un instante a la fiera muerta y luego me contempló con respetuoso temor. Se arrodilló, tocó varias veces el suelo con la frente y los otros imitaron su ejemplo.

Todos se acercaron para observar el enorme animal.

A juzgar por su conversación y sus gestos, comprendí que deseaban trasladarlo a las cavernas, pero habrían sido necesarios diez salvajes de los más fuertes para levantarla, y entre ellos y las rocas mediaba más de un kilómetro de selva.

Decidí ayudarles; me incliné y tomé con grandes precauciones al valiente jefe.

Poniéndolo en la palma ahuecada de mi mano, lo levanté hasta el nivel de mis ojos.

Señalé el animal muerto y luego apunté hacia los acantilados. Pero él cerraba los

ojos con fuerza, sin duda creyendo llegada su última hora, y temblaba mucho. Era un cazador valiente, pero aquella experiencia habría hecho temblar a cualquiera. Lo bajé ileso al suelo, y los otros le rodearon, excitados. Pronto se recobraría y, sin duda, alguna noche alrededor de la fogata podría contar aquella maravillosa experiencia ante un grupo de nietos incrédulos.

Cogí el animal por la ahusada cola y lo transporté a través de la selva, aplastando árboles a cada paso y dejando un ancho sendero tras de mí. En pocos pasos estuve cerca de los acantilados, y los que estaban en el saliente huyeron hacia las cavernas.

Dejé la inmensa pieza sobre el borde del precipicio, que apenas me llegaba a los hombros. Luego me volví para alejarme, dispuesto a explorar aquel mundo nuevo.

Anduve durante una hora y hallé otras tribus de trogloditas que huían tan pronto como me acercaba. La selva terminaba junto al mar, en una costa escarpada.

Estaba muy oscuro, no había lunas y las estrellas parecían opacas y muy lejanas. En la selva se alzaban extraños gritos nocturnos y a mi izquierda se extendían enormes ciénagas donde flotaban vagas formas fosforescentes. A mi espalda se divisaban pequeñas fogatas en la cima de los acantilados. Tomándolo como una bienvenida, me dirigí hacia ellas. Mi tamaño se había reducido tanto que me sentía inseguro al hallarme solo y desarmado, de noche en un planeta desconocido y poblado por monstruos.

Apenas había dado unos pasos cuando adiviné, antes de oírlo, un rumor de alas sobre mí y a mi espalda. Me arrojé al suelo en el momento justo, pues la gran sombra de alguna inmensa criatura nocturna se cernía sobre mí, y afiladas garras arañaron mi espalda.

Luego me levanté con aprensión y vi que la criatura se alejaba en vuelo hacia las ciénagas. Su envergadura debía ser de unos doce metros. Me refugié en las rocas, sin atreverme a salir más aquella noche.

Cuando llegué al saliente donde ardían las fogatas, éstas ya quedaban muy por encima de mí, yo era un ser minúsculo agazapado al pie del desfiladero. Yo, un extraño en este mundo, pero adelantado un millón de años a aquellos salvajes en cuanto a evolución respecta, me ocultaba atemorizado por los ojos brillantes y las formas entrevistas en la oscuridad, que rondaban los linderos de la selva circundante. A salvo en sus cavernas, muy por encima de mí, se hallaban aquellos individuos tan inferiores en la escala de la evolución que sólo poseían los rudimentos de una lengua hablada y apenas acababan de descubrir el fuego. Transcurrido otro millón de años, una gran civilización dominaría quizás aquel globo: una civilización elevada poco a poco desde el barro, los errores y los mitos primordiales. Y sin duda, uno de tales mitos mencionaría a un gigante deiforme que había bajado de los cielos, tronchando grandes árboles a su paso, para salvar de la destrucción a una famosa tribu mediante una matanza de enormes fieras hostiles; y luego habría desaparecido para siempre durante la noche. Y los grandes hombres, los grandes pensadores de aquella civilización futura dirían: «¡Uf! ¡Absurdo! Un mito estúpido».

Pero ahora, el gigante deiforme que aplastaba fieras hostiles con un solo gesto de su mano tenía sólo treinta centímetros de estatura y buscaba un lugar donde poder ocultarse de esas mismas fieras. Por último hallé una pequeña grieta donde me escondí, sintiéndome mucho más seguro que al aire libre.

Poco después era tan pequeño, que habría pasado inadvertido a cualquiera de las grandes fieras que podrían pasar por mi camino.

## 7

Me encaramé sobre un grano de arena; otros granos se alzaban a mi alrededor como peñascos, durante los minutos siguientes experimenté el cambio por tercera vez: el cambio de ser microscópico en un mundo gigantesco a ser gigantesco flotando en medio de un universo infinito de galaxias. Me hice más pequeño, la distancia entre las galaxias aumentó, los sistemas solares se acercaron y aproximaron a la órbita del planeta más externo. Recibí una sorpresa inesperada, aunque muy agradable. ¡En lugar de posarme en uno de los planetas cuando todavía era demasiado grande para hacerlo, los habitantes de aquel sistema se acercaban para posarse sobre mí!

Era indudable; de un planeta interior despegó un proyectil plateado en forma de huso, acercándose a la velocidad de la luz. Aquello prometía ser interesante, y permanecía a la expectativa de nuevos acontecimientos.

Minutos después, el cohete espacial se hallaba muy cerca. Maniobró a mi alrededor una vez y luego, con un gran fognazo de llamas y gases por la proa para frenar, describió una amplia curva y se posó suavemente sobre mi pecho. Fue como si se posara sobre mí una mosca. Mientras miraba, una sección cuadrada del casco se abrió hacia afuera y salió un grupo de seres. Digo «seres» porque no tenían forma humana, aunque eran tan minúsculos que apenas lograba distinguirlos como motilas de oro. Doce de dichos seres se reunieron a poca distancia de la nave espacial.

Poco después, para mi sorpresa, abrieron inmensas alas doradas y proferí una exclamación ante su belleza esplendorosa. Tomaron diversas direcciones, sobrevolando mi cuerpo. De esto deduje que yo debía estar rodeado de una atmósfera, como los planetas. Aquellas criaturas aladas formaban un grupo explorador enviado desde uno de los planetas interiores para investigar el nuevo y gran mundo que había entrado en su sistema y se aproximaba peligrosamente al suyo.

Pero, al pensarlo mejor, debieron comprender —o pronto lo comprenderían— que yo no era un mundo sino un ser vivo y consciente. Mi forma longitudinal debía bastarles para ello, además de los movimientos de mis miembros. Sea como fuere, mostraron un arrojo sin precedentes al salir para posarse sobre mí. Yo podía aplastar

la frágil nave con un gesto o lanzarla al vacío, sin posibilidad de retorno.

Quise ver de más cerca una de las criaturas aladas, pero ninguna volvió a posarse sobre mí; después de haber paseado sobre mí explorándome en todas direcciones, regresaron a la nave espacial. La compuerta se cerró, los gases rugieron en los tubos de popa, y la nave se remontó de nuevo en el espacio y regresó hacia el sol.

¿Qué noticias llegarían a su planeta? Sin duda, me describirían como un monstruo inenarrable inmenso del espacio exterior. Sus científicos se preguntarían de dónde venía, o tal vez vislumbraron incluso la verdad. Me observarían sin cesar a través de sus telescopios. Probablemente, temerían que yo invadiera o hiciera estragos en su mundo, y lo dispondrían todo para rechazarme si me acercaba demasiado.

Pese a estas probabilidades, continué mi lento avance hacia los planetas interiores decidido a ver y, si era posible, a posarme en el planeta de los seres alados. Una civilización capaz de emprender viajes espaciales debía ser, por cierto, maravillosa.

A medida que avanzaba por el espacio entre los planetas con mis grotescos movimientos, medité otra cuestión. Cuando llegara a los planetas interiores, sería ya tan pequeño que no podría dilucidar cuál era el que yo buscaba, a menos que viera otras naves espaciales para seguirlas. Además, los planetas interiores habrían girado innumerables veces alrededor del sol verde, transcurriendo así muchos años antes que llegara allí. Les sobraría tiempo para anticipar mi llegada y podrían recibirme con violencia, si tenían muchas más naves espaciales como la que había visto.

Y las tenían en efecto, como descubrí después de un lapso que me pareció interminable, durante el cual me acerqué cada vez más al sol. Un planeta rojizo describía una amplia órbita por detrás del sol verde cegador, y esperé a que se acercara. Pocos minutos después estaba tan cerca, que divisé una luna circundando el planeta y, cuando se aproximó aún más, vi los cohetes.

Por tanto, era éste el planeta que buscaba. Pero una cosa me desconcertó. Sin duda, no podían dejar de notar que me acercaba, y yo esperaba encontrarme con una multitud de naves formidablemente alineadas. Vi muchas, cientos de naves, pero no formadas en mi dirección; en realidad, no parecían hacerme mucho caso, aunque yo debí parecer grande a medida que el planeta se aproximaba. Después de todo, tal vez habían llegado a la conclusión de que yo era inofensivo.

Pero era más probable que estuvieran enfrentándose a un problema mucho más importante que mi proximidad. Pues vi que las naves espaciales abandonaban la atmósfera de su planeta y se dirigían hacia el único satélite. Cientos, miles de ellas, una tras otra y formación tras formación, abandonaban su planeta. ¡Parecía que toda la población emigraba *en masse* hacia el satélite!

Esto despertó en seguida mi curiosidad. ¿Qué circunstancias o condiciones podían hacer que una raza altamente civilizada abandonara su planeta y huyera hacia el satélite?

Quizá, si lo averiguaba, no desearía ya aterrizar en aquel planeta...

Aguardé con impaciencia su regreso mientras se alejaba de mí para continuar su

trayectoria alrededor del sol. Los minutos me parecieron largos, pero al fin volvió a acercarse por el lado opuesto, y me maravilló la relatividad del tamaño, el espacio y el tiempo.

Había transcurrido un año en aquel planeta y su satélite; tal vez hubieran sucedido muchas cosas desde que lo vi por última vez.

El satélite pasó entre el planeta y yo y, a pesar de mi posición desventajosa, incluso pude ver que en efecto habían acontecido muchas cosas. ¡El pueblo alado estaba construyendo una cubierta protectora alrededor del satélite! ¿Para protegerse... de qué?

La cubierta parecía de metal gris mate, y ya cubría la mitad del globo. En la parte descubierta vi tierras y mares. Seguramente, pensé, debían conocer la luz artificial pero, de algún modo, parecía absurdo privar para siempre a la superficie de la luz fresca y pura del sol verde. En cierto sentido, lamenté las tribulaciones que por lo visto padecían. Pero tenían las naves espaciales y, a su tiempo, podrían emigrar hacia las vastas regiones inexploradas del espacio.

La curiosidad me consumía más que nunca, pero aún era demasiado grande como para tratar de entrar en contacto con el planeta, de modo que lo dejé pasar por segunda vez, calculé que cuando volviera a aparecer yo sería bastante pequeño para que su gravedad me «capturara», y bastante grande para que la «caída» sobre la superficie no resultara peligrosa para mí. Estaba decidido a aterrizar.

Otra espera, esta vez más larga porque yo era más pequeño y en consecuencia mi tiempo relativo se dilataba. Cuando las dos esferas volvieron a aparecer, vi que la más pequeña estaba totalmente envuelta en su coraza de metal y la rígida superficie brillaba bajo el resplandor del sol. Bajo aquella estéril cubierta de metal se hallaba el pueblo de los seres alados, con sus gloriosos cuerpos dorados, sus naves espaciales, su luz artificial, su atmósfera y su civilización. Sin embargo, sólo eché una ojeada al satélite, pues me atraía más el planeta ya cercano.

Todo sucedió fácilmente y sin contratiempos. Empezaba a convertirme en un experto «saltador entre planetas». Su gravedad me atrapó y dejé que mis piernas fueran las primeras en describir la caída hasta aterrizar con una ligera sacudida en tierra firme.

Me agaché y quise escudriñar la oscura atmósfera para descubrir algo acerca de aquel mundo. De momento mi vista no pudo penetrar la semipenumbra, pero al poco pude distinguir la superficie. Al principio seguí la dirección de mis miembros para ver dónde había posado los pies. ¡Por lo que pude ver desde mi altura, estaba en medio de lo que parecía una enorme masa de metal aplastado y retorcido!

La he armado, pensé. Ahora me he metido en un lío. He roto algo, una gran maquinaria a lo que parece, y los habitantes no tomarán el asunto a la ligera. Luego pensé: ¿Los habitantes? ¿Quiénes? No el pueblo alado, pues ellos han huido y se han atrincherado en el satélite.

Quise escudriñar de nuevo la penumbra de la atmósfera y, poco a poco, otros

detalles se hicieron visibles, al principio mi mirada sólo abarcaba unos pocos kilómetros y luego cada vez más, basta que por último mi visión se extendió de un horizonte a otro y abarqué casi un hemisferio completo.

Mi visión se aclaraba y empecé a comprender. Cuando comprendí con toda claridad, me sentí presa del pánico. Enloquecido, quise saltar de nuevo hacia el espacio, alejarme del planeta, vencer la gravedad que me contenía; pero la fuerza de mi salto seguramente habría arrojado al planeta fuera de su órbita, y tanto éste como los demás planetas y yo mismo podíamos vernos precipitados hacia el sol. No, había puesto los pies en aquel planeta y allí debía quedarme.

Pero después de lo que había visto, no tenía ganas de quedarme. Lo que mis ojos abarcaban en todas direcciones eran estructuras mecánicas inmensas y grotescas, y extraños artefactos mecánicos. Me espantaron aquellas máquinas que ocupaban toda la superficie en aparente confusión. Parecían cubrir todo el globo y poseer una civilización propia. No se veía el menor indicio de ocupación humana, ni de una inteligencia rectora: nada sino máquinas. ¡Y no podía creer que ellas poseyeran inteligencia!

Pero cuando me encogí más cerca de la superficie vi que no había confusión como antes creía, sino un orden sencillo, eficaz y sistemático. Mientras miraba, dos extraños mecanismos avanzaron hacia mí sobre grandes trípodes articulados y se detuvieron a mis pies. Largos brazos articulados de metal, con una especie de garras en los extremos, se alargaron con pavorosa exactitud y precisión y comenzaron a apartar la chatarra retorcida que rodeaba mis pies. Los contemplé y admiré la eficacia de su construcción. Ni complejidades innecesarias ni partes superfluas, sólo los trípodes para moverse y los brazos para limpiar. Cuando terminaron se alejaron y llegaron otras máquinas avanzando sobre ruedas, que levantaron la chatarra y se la llevaron.

Observé estupefacto las pavorosas actividades que estaban teniendo lugar debajo y alrededor de mí. No había prisa ni nerviosismo; las máquinas, de la más pequeña a la más grande, de la más sencilla a la más complicada, tenían un quehacer asignado y lo cumplían sin rodeos, con absoluta precisión. Había máquinas sobre ruedas, sobre cadenas, sobre carriles, sobre inmensos trípodes articulados, máquinas aladas que volaban torpemente por el aire y otras de mil tipos y modelos distintos.

Interminables filas de máquinas perforaban la tierra, salían con cargas de mineral que depositaban y volvían a descender.

Enormes máquinas transportadoras se acercaban y llevaban el mineral a las factorías rugientes.

Dentro de los talleres, otras máquinas fundían el mineral, laminaban, cortaban y trabajaban el acero.

Otras máquinas construían, montaban y adaptaban piezas complicadas, y al término de este largo proceso, el resultado era... ¡más máquinas! Rodaban, escalaban, volaban, caminaban o giraban, según los casos, con total autonomía.



Algunas construían inmensos puentes que atravesaban ríos y hondonadas.

Las excavadoras talaban bosques y allanaban colinas, o excavaban galerías.

Otras construían talleres y fábricas, o erigían torres extrañas y complicadas de varios kilómetros de altura, cuya utilidad no pude adivinar. Mientras miraba, la base de una de ellas falló y el inmenso edificio se ladeó en un ángulo peligroso. Un gran número de minúsculas máquinas se presentó rápidamente en escena. En pocos segundos, poderosas llamas blancas cortaron el metal y la torre cayó con estrépito ensordecedor.

Las máquinas-soplete volvieron a trabajar y cortaron el metal en sectores separables; grúas y transportadoras se los llevaron. Quince minutos después, otro edificio se alzaba exactamente en el mismo lugar.

A veces, algo andaba mal: alguna pieza desgastada dejaba de funcionar, y una máquina se detenía en medio de la tarea. En tales casos era conducida a un taller de reparaciones, de donde luego salía como nueva.

Vi dos de las máquinas aladas chocar en el aire, y llovieron pedazos de metal. Media docena de máquinas limpiadoras con trípode llegaron de seis direcciones diferentes y apilaron los restos; luego llegaron las grúas y las máquinas de transporte. Una gran sierra vertical giraba rápidamente sobre un eje accionado por cadenas. La sierra cortaba los árboles y las rocas en incontenible avance hacia las montañas cercanas. Redujo su velocidad, pero sin detenerse, y al fin quedó abierto un ancho camino en línea recta, que comunicaba dos valles. La sierra iba seguida de trípodes que quitaban los escombros y de otras máquinas que colocaban grandes planchas de metal, completando una carretera perfecta.

Pequeñas máquinas lubricantes pululaban por todas partes, suministrando periódicamente a las otras el aceite que aseguraba su funcionamiento.

La región era aplanada y despejada poco a poco y comenzaba a elevarse una enorme ciudad... una ciudad de metal, vacía y horrorosa, una ciudad que ocupaba cientos de kilómetros entre las montañas y el mar, una ciudad de máquinas sin vida, pero animadas de propósitos... ¿cuáles?, ¿cuáles?

En la bahía, una línea de torres surgían del agua como dedos señalando el cielo. En aquel momento, las máquinas enlazaban las torres con cables y tirantes. ¡Un puente!

Estaban atravesando el océano, poniendo en comunicación continentes enteros: una hazaña prodigiosa de la ingeniería. Si aún no había máquinas al otro lado, pronto estarían allí. No, pronto no. La tarea era gigantesca, llena de dificultades, casi imposible. ¿Casi?

Un mundo de máquinas no podía conocer el significado de esa palabra. Quizás otras máquinas ocupadas al otro lado empezaban a construir el puente desde allí hasta juntarse en medio. ¿Con qué propósito?

Un gran río nacido en las montañas serpenteaba hacia el mar. Por algún motivo construyeron un dique en diagonal a través del río para modificar su curso, Por

alguna razón... o sinrazón.

¡Sinrazón! ¡Eso era! «¿Por qué, por qué, por qué?», grité verdaderamente angustiado.

¿Con qué propósito o significado, a beneficio de quién? ¡Una ciudad, un continente, un mundo, una civilización de máquinas! ¡En algún lugar de aquel mundo debía morar el autor de todo aquello, la inteligencia, humana o inhumana, que lo controlaba! ¡Mi estancia allí sería limitada, pero tendría tiempo de buscarlo y, si lo encontraba, iba a arrastrarlo, a convertirlo en alimento de sus propias máquinas, poniendo fin para siempre a tal iniquidad!

Anduve por la orilla del mar unos ochocientos kilómetros y, al rodear un promontorio montañoso, me detuve de repente. Ante mí se alzaba una ciudad, una ciudad descollante de piedra blanca lisa y de gran belleza arquitectónica. Parques espaciosos, decorados con columnatas y figuras aladas. Los edificios estaban contruidos de modo tal que todo apuntaba hacia arriba, parecía dispuesto a volar.

Ésa era una mitad de la ciudad.

La otra estaba hecha un montón ruinoso de piedra blanca destruida, de edificios derribados por las máquinas, en aquel mismo momento empeñadas en reducir toda la ciudad al mismo estado.

Mientras miraba vi veintenas de máquinas–soplete cortando la base de piedra y acero de uno de los edificios más altos. Dos pesadas máquinas aéreas, portando una ancha malla metálica, despegaron pesadamente de las afueras de la ciudad. Volaron hacia el edificio y se colocaron una a cada lado. La malla metálica hizo retroceder a las máquinas y las derribó. Pero el edificio, cuya base ya estaba debilitada, se tambaleó hacia delante, se sostuvo durante un prolongado y estremecedor instante y luego cayó con un estrépito ensordecedor entre una nube de polvo, escombros y armazón retorcida.

Las máquinas–soplete avanzaron hacia otro edificio mientras, en una pendiente cercana a las afueras, aguardaban otras dos máquinas aéreas...

Enfermo por el vandalismo sin propósitos de todo esto, me volví hacia el interior; pero en todas partes había máquinas, destruyendo o construyendo, derribando las ciudades abandonadas del pueblo alado y erigiendo su insensata civilización de metal.

Por último llegué a una larga cordillera, más alta que yo. En dos pasos la escalé y divisé una gran planicie llena de las grotescas ciudades construidas por las máquinas, Habían adelantado bastante. A unos trescientos kilómetros a la izquierda se alzaba una gran cúpula de metal. Hacia ella me dirigí sin hacer caso de las máquinas que se movían alrededor de mis pies.

Cuando me acerqué a la cúpula, una hilera de mecanismos de aspecto formidable, provistos de largos clavos, se alzó para cortarme el paso. Los pisoteé con furia y pocos minutos después quedaron reducidos a chatarra, aunque también yo recibí algunos rasguños durante la escaramuza. Más ejércitos de máquinas con clavos se

alzaban a cada paso que daba, pero avancé entre ellas, apartándolas a patadas, y por fin llegué a una entrada lateral de la inmensa cúpula. Me agaché, entré y, una vez dentro, hallé que mi cabeza casi tocaba el techo.

Esperaba encontrar allí lo que buscaba, y así fue. Allí, en medio de aquel espacioso recinto, estaba La Máquina de todas las Máquinas; la Causa de Todo; la Fuerza Central, la Potencia Gobernante de toda aquella iniquidad que sembraba el desorden sobre la faz del planeta. Era de forma más o menos circular, grande y pesada. También resultaba asombrosamente complicada: un laberinto de motores, ruedas, conmutadores, luces, palancas, botones, tubos y rarezas, incomprensibles para mí. En filas circulares se alineaban otras máquinas más pequeñas que ejecutaban distintas tareas, accionaban los conmutadores, apretaban botones y accionaban palancas. El resultado era una unidad latiente, rítmica y autónoma. Me parecía adivinar las ondas invisibles saliendo en todas direcciones.

Me pregunté qué parte de aquella gran máquina sería vulnerable. Idea estúpida.

Ninguna. Sólo ella... toda ella. Era El Cerebro.

El Cerebro, la Inteligencia. Lo había buscado y encontrado. Lo tenía ante mí. Ahora iba a aplastarlo. Miré a mi alrededor en busca de algún arma y, al no encontrar ninguna, avancé con las manos vacías.

Un panel cuadrado se iluminó en seguida con un resplandor verde y supe que El Cerebro conocía mis intenciones. Me detuve. Una extraña sensación se apoderó de mí, un sentimiento de odio, de amenaza. Procedía de la máquina, sin duda, e invadía el aire en ondas invisibles.

«Tonterías —pensé—, al fin y al cabo no es más que una máquina. Sí, muy complicada, quizás inteligente; pero sólo domina otras máquinas, no puede hacerme daño». Volví a dar un decidido paso adelante.

La sensación de amenaza se hizo más intensa, pero luché contra mi aprensión y avancé osadamente, Casi había llegado hasta la máquina cuando una cortina de crepitantes llamas azules saltó del suelo al techo. Un paso más y me habría atrapado.

Se me antojó que la máquina irradiaba amenaza, odio e ira en ondas densas, casi tangibles, que fuesen a envolverme, y retrocedí con rapidez. Regresé a las montañas.

Después de todo, aquél no era mi mundo... mi universo. Pronto sería tan pequeño que mi estancia entre las máquinas resultaría sumamente peligrosa; las cimas de las montañas eran el único refugio seguro. Me habría gustado aplastar a El Cerebro y poner fin a todo aquello pero, en todo caso, pensé, puesto que el pueblo alado estaba a salvo en el satélite, ¿por qué no abandonar a las máquinas aquel mundo sin vida?

Anochece cuando llegué a las montañas. Contemplé la llanura desde una ladera cubierta de césped, que me pareció el único lugar pacífico de todo el planeta. Se divisaban pequeñas luces que indicaban actividad de las máquinas, prosiguiendo sus trabajos sin descansar jamás. El repiqueteo y los ruidos estrepitosos llegaron débilmente hacia mí, y me alegré de estar a una distancia prudencial de todo aquello.

Mientras contemplaba la cúpula que albergaba a El Cerebro, vi algo nuevo: sobre

un armazón había un gran globo y a su alrededor parecía bullir una actividad extraordinaria.

Un temor indefinible atenazó mi cerebro cuando vi que las máquinas ocupaban el globo; adiviné lo que iba a ocurrir después. El globo se elevó rápido como una pluma, salió de la atmósfera y entró en el espacio donde, como un puntito minúsculo, maniobraba con suma facilidad. Poco después volvió a aparecer, bajó flotando suavemente hasta posarse de nuevo en su armazón, y las máquinas que habían dirigido el vuelo desembarcaron.

¡Las máquinas habían logrado el viaje espacial! Se me encogió el corazón al comprender lo que esto significaba. Construirían más naves... ya las estaban construyendo. Visitarían otros mundos, y el más cercano era el satélite... encerrado en su caparazón metálico protector...

Luego pensé en las máquinas-soplete que había visto, capaces de cortar piedra y metal en pocos segundos...

Sin duda, el pueblo alado lucharía con denuedo. Pero cuando comparé sus cohetes con la eficacia del globo que acababa de ver, tuve muy pocas dudas en cuanto al resultado. Serían arrojados de nuevo al espacio en busca de un mundo nuevo y las máquinas se apoderarían del satélite para sembrar el desorden también allí.

Permanecerían allí el tiempo que El Cerebro deseara, o hasta que ya no quedaran más tierras por conquistar. Como el planeta originario ya estaba saqueado, se disponían a partir.

El Cerebro. Un cerebro mecánico completo e inteligente, orgulloso de su poder, envanecido por sus conquistas. ¿Quién lo habría creado? El pueblo alado debió ser el autor indirecto pero, sin duda, ahora comprendían el terrible peligro que habían lanzado al universo.

Quise imaginar su civilización como debió ser mucho antes de que aquello ocurriese.

Imaginé una civilización donde la maquinaria desempeñara un papel muy importante.

Imaginé el desarrollo de esta maquinaria, que los liberaba de muchas tareas. Supuse que debieron crear máquinas de complejidad cada vez mayor, de creciente perfección, hasta que no se necesitaron sino pocas personas para manejarlas. Luego debió llegar el gran día, el día supremo en que los elementos mecánicos reemplazarían incluso a estas pocas personas.

Sin duda fue un día triunfal. Máquinas que satisfacían todas sus necesidades, atendían a todos sus deseos, seguían todos sus caprichos mediante el sencillo acto de apretar un botón. ¡Debió ser la «utopía» hecha realidad!

Pero resultó ser una utopía amarga. En su ceguera e imprudencia, habían ido demasiado lejos para lograrla. En un momento dado, entre las máquinas que creían tener bajo su control, cayó una chispa de inteligencia. Una de las máquinas la recibió quizá secretamente; se formó y evolucionó hasta convenirse en una unidad de

inteligencia inspirada, terriblemente eficaz. Y, guiadas por aquella inteligencia, fueron construidas otras máquinas sometidas a la misma. Lo demás debió ser sencillo: la rebelión y la victoria fácil.

Así imaginé la evolución del cerebro mecánico, que incluso en aquel momento lo dirigía todo desde su cúpula metálica.

Y el caparazón metálico del satélite... ¿no significaba que el pueblo alado esperaba una invasión? Incluso era posible que aquél no fuese el planeta originario del pueblo alado; quizás el viaje espacial no era una innovación entre las máquinas. Tal vez fue en uno de los lejanos planetas interiores donde el pueblo alado alcanzó la utopía que resultó ser una terrible Némesis; se habrían trasladado al planeta siguiente, sin imaginar que las máquinas iban a seguirlos; pero, unos años después, las máquinas lo hicieron. El pueblo alado seguiría huyendo y las máquinas tras ellos, en busca de nuevas esferas que conquistar. Por último, el pueblo alado llegó a aquel planeta y luego a su satélite; comprendiendo que pocos años después las máquinas volverían con toda su prepotencia, se habían protegido bajo la cubierta metálica.

Sin embargo, no huyeron a un lugar lejano y seguro del universo, como pudieron hacer fácilmente. Se quedaron; siempre a una esfera de distancia, sin duda planeaban el modo de barrer el mal que se extendía y que ellos habían desencadenado.

¡Tal vez la cubierta que rodeaba el satélite era una especie de trampa! Al pensar esto, recordé otra vez las máquinas-soplete y la eficacia mortal del globo que había visto, y mis esperanzas se desvanecieron.

Quizás algún día averiguasen cómo contener la extensión del peligro. Pero, por otra parte, las máquinas podían extenderse a otros sistemas solares, a otras galaxias, y algún día, dentro de un billón de años, llegar a ocupar todas las esferas de aquel universo...

Eso pensaba mientras yacía sobre el césped y observaba la llanura, el repiqueteo incesante y el continuo ir y venir de las luces en la oscuridad. Ya era muy pequeño; pronto, muy pronto, abandonaría aquel mundo.

Lo último que vi fue un grupo de globos espaciales, apenas perceptibles en la oscuridad. Entre ellos, uno más alto y voluminoso que los demás, no era difícil suponer cuál de las máquinas ocupaba ese globo.

Lamenté no haber hecho un intento más decidido por destruir aquel mecanismo malicioso, El Cerebro.

Así me alejé del mundo de máquinas, el mundo que era un electrón de un grano de arena, que era parte de un mundo prehistórico, que no era sino un electrón del portaobjetos de un microscopio, que existía en un mundo correspondiente, a un electrón de un lingote de Rehillio-X en la mesa del laboratorio del profesor.

Es inútil continuar. No tengo ni tiempo ni ganas de seguir relatando las aventuras que he vivido, los universos que he atravesado, las cosas que he visto, experimentado y aprendido en todos los mundos desde que dejé el planeta de las máquinas.

Ciclos cada vez más pequeños..., universos infinitos..., interminables..., cada

uno de los cuales presenta algo nuevo..., una extraña variación de vida o inteligencia... ¿Vida?

¿Inteligencia? Términos que antaño asociaba con seres animados, seres protoplasmáticos e inteligibles. No creo que puedan abarcar a todas las divergencias de forma, figura y construcción que he encontrado...

Mundos Jóvenes..., cálidos..., volcánicos y humeantes..., la célula única emergiendo del cieno oceánico para propagarse por los continentes primitivos..., otros mundos, innumerables..., vida diferente en inacabables avalares..., glóbulos amorfos..., anfibios..., crustáceos..., reptiles..., vegetales..., insectos..., pájaros..., mamíferos..., todas las variaciones posibles, todas las combinaciones..., monstruos biológicos indescriptibles...

Formas que desafían todo intento de clasificación..., más allá de la razón o la comprensión de mi mente diminuta..., esencias de llama pura..., seres gaseosos, incandescentes e inmóviles..., formas vegetales invadiendo un globo completo..., seres cristalinos conscientes y pensantes..., grandes columnas resplandecientes, líquidas en apariencia, desafiando la gravedad mediante un extraño poder de cohesión..., un mundo de vibraciones sonoras, palpitante, en expansión, retumbando en ecos continuos que estuvieron a punto de enloquecerme..., cerebros privados de organismo material..., seres intradimensionales amorfos o de todas las formas posibles..., entidades que escapaban a todos mis sentidos excepto el sexto, la intuición...

Soles agonizantes..., planetas fríos, oscuros y sin atmósfera..., últimos vestigios de razas antaño prósperas luchando por un plazo más de subsistencia..., grandes cavidades..., lechos de mares volatilizados..., pequeños animales peludos escabullándose para ocultarse cuando me acercaba..., desolación..., ruinas deshaciéndose bajo las arenas de desiertos yermos, mudos testigos de civilizaciones desaparecidas...

Otros mundos... florecientes de vida... pictóricos de luz y calor..., ciudades deslumbrantes..., grandes poblaciones..., unas naves surcando los océanos y otras el aire..., observatorios gigantescos..., tremendos progresos científicos.

Exploraciones espaciales..., luchas entre mundos por la supremacía..., rayos abrasadores..., choques de planetas..., destrucción de sistemas solares..., aniquilación cósmica...

Luz espacial..., un universo envuelto en algo tenue y membranoso cuando pasé... a mi alrededor veía, no la oscuridad de costumbre, sino luz... llena de minúsculos puntitos que eran globos de oscuridad..., soles apagados y planetas sin vida..., sin ningún planeta vivo, sin ningún sol resplandeciente... Sólo remotos puntos negros en un vacío estéril...

No sé cuántos ciclos atómicos infinitamente más pequeños habré atravesado. Al principio quise llevar la cuenta, pero entre el vigésimo y el trigésimo renuncié a ello; esto sucedió hace mucho.

Siempre pensaba: «Esto no puede durar siempre. Sin duda, la próxima vez llegaré al fin».

Pero no he llegado todavía.

¡Señor! ¿Cómo puede existir un fin? Mundos compuestos de átomos... siempre análogos... El fin tendría que ser un sólido indivisible, y eso es absurdo; toda materia es divisible en partículas inferiores...

¿Qué me impide enloquecer? ¡Quiero enloquecer!

Estoy cansado..., un cansancio extraño que no es mental ni físico. La muerte sería una grata liberación de ese sino eterno que es el mío.

Pero incluso la muerte se me niega. La he buscado..., he rogado que viniera... Pero no es posible.

En los innumerables mundos con los que he entrado en contacto hay dos tipos de habitantes: aquéllos cuya inteligencia era tan baja que huían y se escondían de mí, presas del horror supersticioso, o aquellos de un nivel intelectual tan alto que comprendían quién era yo y me acogían con satisfacción. Estos últimos sólo están en muy pocos mundos, y allí es donde moro brevemente.

Estos seres —o formas, monstruos o esencias— siempre eran mental y científicamente muy superiores a mí. Casi siempre me observaban durante años como una sombra oscura que se cernía más allá de las estrellas más lejanas, eclipsando algunos campos estelares y nebulosas..., y siempre que llegaba a sus mundos me daban la bienvenida con entusiasmo científico.

Invariablemente les desconcertaba mi encogimiento constante, y cuando se enteraban de mi origen y de cómo había llegado allí, se mostraban sorprendidos y excitados.

En la mayoría de los casos se alegraban al saber de cierto que existían grandes universos ultramacrocósmicos, al parecer todos habían postulado durante mucho tiempo tal teoría.

A menudo, aquellos seres o entidades —o lo que fueran— se sorprendían de que el profesor, uno de mis compañeros humanos, hubiera inventado un principio activo tan maravilloso como «Encogix».

«Casi increíble», era la opinión general; «si hemos de juzgar a los miembros de esa raza por el individuo que vemos —se referían a mí—, el profesor debe estar adelantado varios siglos sobre el resto de su planeta».

Aunque en casi todos los planetas me consideraban mentalmente inferior, no desdeñaban conversar conmigo y yo con ellos mediante muy variados métodos, que en su mayoría eran variantes de la telepatía, querían saber hasta los menores detalles y escuchaban con sumo interés todas mis explicaciones acerca de los demás universos.

Respondían a todas mis preguntas y también me explicaban cosas sobre su universo, su mundo, su civilización y sus logros científicos, la mayoría de los cuales eran incomprensibles para mí, dado lo extraño de su naturaleza.

De todos los seres intrauniversales con los que conversé, los más raros fueron aquellas esencias que moraban en el espacio exterior lo mismo que en los planetas; no podía verlos sino como manchas vagas de vacío, faltas de luz, color y corporeidad, dejándome convencido de que eran Inteligencias Puras, muy superiores a cualquier plano material.

No obstante, mostraron un interés hacia mí, acompañándome por varios planetas, revelándome muchas cosas y tratándome con suma amabilidad, Durante mi permanencia con ellas aprendí por la experiencia la absoluta subordinación de la materia a los poderes de la mente. En un mundo gigantesco y montañoso, monté sobre un delgado rayo de luz que abarcaba dos cumbres y deseé con toda mi voluntad no caer. Y no caí.

He aprendido mucho. Mi mente es mucho más lúcida, más penetrante, más comprensiva que antes. Y me esperan en los universos venideros enormes campos de asombro y conocimiento.

A pesar de ello, preferiría que todo terminase. El extraño cansancio que experimento... no logro comprenderlo. Quizás alguna radiación invisible del espacio vacío sea la causa de este cansancio.

O quizá se deba a que me siento muy solo. ¡Cuán lejos me hallo de mi propia esfera!

Millones de millones..., trillones de trillones... de años-luz... ¡Años-luz! La luz no puede medir esa distancia, que no es distancia en realidad: estoy en un bloque de metal sobre la mesa del laboratorio del profesor...

¡Qué lejos he ido en el espacio y el tiempo, sin embargo! Han pasado años, muchos más de los que cubre un plazo normal de vida. Soy eterno.

Sí, la vida eterna... que los hombres han soñado... por la cual han rogado... y buscado... yo la poseo... ¡y sueño, ruego y busco la muerte!

La muerte. Todos los seres extraños que he conocido y con quienes he conversado me la han negado. A muchos he implorado que me liberaran sin dolor y para siempre, pero sin éxito. Muchos poseían medios científicos para detener mi encogimiento constante, pero no estaban dispuestos a hacerlo. Nadie quiso intervenir. ¿Por qué? Siempre les hice esa pregunta, pero no me contestaron.

Pero no necesito respuesta. Creo comprender. Estos seres dotados de sabiduría comprendieron que un ente como yo nunca debió ser... que soy una blasfemia contra natura... comprendieron que la vida eterna es algo terrible..., algo indeseable..., y como castigo por ahondar en secretos que nunca debían ser revelados, nadie me liberará de mi destino...

Quizá tengan razón pero... ¡es cruel! ¡Cruel! La culpa no es mía y estoy aquí contra mi voluntad.

Y por eso continúo siempre hacia abajo, solitario, añorando a otros de mi especie. Siempre esperanzado... y siempre decepcionado.

Así me alejé de un mundo de seres gaseosos altamente inteligentes; un mundo



hecho de una materia muy enrarecida que lindaba con la nebulosidad. Cada vez más pequeño, fui alzado por un torbellino de la atmósfera y entré en un nuevo universo.

No sé por qué me sentí atraído por aquella minúscula y lejana mancha amarilla. Estaba cerca del centro de la nebulosa donde había entrado. No faltaban soles mucho más brillantes, más atractivos, más cercanos. Aquel sol amarillo y minúsculo era insignificante, comparado con otros soles y cúmulos estelares que lo rodeaban, parecía insignificante y se perdía entre ellos. No puedo explicar por qué, estando tan lejos, me sentí empujado hacia él.

Pero la mera distancia, incluso a escala interestelar, ya no significaba nada para mí.

Había aprendido de la Inteligencia Pura el secreto de la propulsión mediante la energía mental, y de este modo avanzaba por el espacio a cualquier velocidad que no excediera a la de la luz; dado que mi mente era incapaz de imaginar una velocidad más rápida que la de la luz yo, naturalmente, no podía superarla con mi cuerpo material.

En pocos minutos me acerqué al astro amarillo y vi que tenía doce planetas. Como aún era demasiado grande como para aterrizar en cualquier esfera, paseé por entre los otros soles, observando el curioso aspecto de aquel universo, pero sin perder de vista el pequeño sol amarillo que tanto me había intrigado. Y por último, mucho más pequeño, regresé hacia él.

De los doce planetas, uno me atrajo especialmente. Era pequeño y azul. No tenía demasiado importancia dónde aterrizara de modo que, ¿por qué escogí aquél entre los demás? Quizá sólo fuera un capricho, pero creo que la verdadera razón fue su resplandor azul claro; era como si me llamara, invitándome a acercarme. Era un fenómeno inexplicable; nunca me había pasado. Así que me acerqué a la órbita del planeta azul y bajé.

Como de costumbre, me quedé quieto unos momentos hasta ver dónde estaba.

Entonces observé que había aterrizado en un gran lago o conjunto de lagos. A poca distancia, a mi izquierda, vi una ciudad de varios kilómetros de anchura, gran parte de la cual estaba anegada por la inundación que yo había provocado.

Con sumo cuidado, para no levantar más olas gigantescas, salí a tierra firme y el nivel del agua bajó un poco.

Poco después vi un grupo de cinco máquinas volando hacia mí; todas tenían dos alas perpendiculares a la estructura. Miré a mi alrededor y vi otras máquinas semejantes acercándose desde otras direcciones, siempre en grupos de cinco, formadas en v.

Cuando estuvieron cerca empezaron a lanzarse y a precipitarse de un modo muy raro.

Hacían un ruido agudo, y sentí en mi piel unos impactos como de minúsculos perdigones.

Pensé que aquellos seres eran muy belicosos o quizá muy excitables.

El bombardeo continuó durante cierto tiempo y comenzó a parecerme bastante molesto. Aquellos minúsculos perdigones no podían hacerme ningún daño, ni siquiera lograban atravesar mi piel, pero el impacto me daba picazón. No me explicaba aquel ataque, a menos que estuvieran enojados por la inundación que había causado al aterrizar. En tal caso eran muy poco razonables, pensé; cualquier daño producido era totalmente involuntario, y ellos debían comprenderlo.

Iba a saber pronto que aquellas criaturas eran muy absurdas en muchas de sus actitudes y acciones; resultaron sorprendentes en más de un sentido, Agité los brazos y entonces abandonaron su inútil bombardeo, aunque siguieron volando a mi alrededor.

Quise ver qué clase de seres manejaban tales máquinas. Aterrizaban y despegaban sin cesar de un ancho llano que tenían allí abajo.

Durante varias horas zumbaron a mi alrededor, mientras yo me hacía cada vez más pequeño, A mis pies vi largas cintas blancas que supuse eran caminos. Por ellos corrían diminutos vehículos; poco después éstos llegaron a ser tan numerosos que todos quedaron atascados. Una gran multitud se aglomeraba en los campos y no dejaba de aumentar.

Por fin mi tamaño me permitió distinguir mejor y observar detenidamente a los seres que habitaban aquel mundo. Entonces mi corazón dio un salto, pues se parecían un poco a mí en su estructura. Tenían cuatro miembros y se mantenían en posición erguida, aunque su método de locomoción consistía en saltitos espasmódicos, muy distintos del suave deslizamiento de los de mi especie. Sus rasgos también eran algo diferentes (me parecieron grotescos), pero la única diferencia fundamental entre ellos y yo era que sus cuerpos parecían más espigados, de sección aproximadamente ovalada y muy delgados, yo diría frágiles.

Entre los miles reunidos allí, había quizás una veintena que parecían ostentar autoridad. Viajaban a lomos de animales de cuatro patas y aspecto ridículo, y parecían tener dificultades en dominar a la excitada multitud. Yo, por supuesto, era el motivo de su excitación; mi presencia parecía haber provocado allí más consternación que en otros mundos.

Luego se abrió un corredor entre la multitud, y uno de los pesados vehículos de cuatro ruedas se acercó por el camino hasta donde yo estaba. Supuse que pretendían hacerme entrar en aquel recipiente parecido a una caja, con que lo hice y fui transportado con mucho baqueteo y sacudidas hacia la ciudad que había visto. Pude oponerme a aquel trato desconsiderado, pero comprendí que aún era muy grande y que probablemente no tenían otro modo de transportarme.

Estaba muy oscuro y en la ciudad resplandecían miles de luces. Me condujeron a un edificio y, en seguida, muchos individuos importantes se acercaron a observarme.

Ya he dicho que mi mente era mucho más aguda que antes, de modo que no me sorprendió notar que podía leer sin mucha dificultad los pensamientos de aquellos seres.

Supe que eran científicos venidos de otras ciudades cercanas —la mayoría en máquinas aladas, a las que llamaban «aeroplanos»— cuando se enteraron de mi llegada. Hacía muchos meses que estaban seguros de que yo aterrizaría. Me habían observado a través de sus telescopios y discutieron acerca de mí durante la espera, comprendí que estaban muy desconcertados, y que sabían de mí tan poco como al principio.

Aunque aún era muy grande, estaba empequeñeciendo, y esto era lo que más los desconcertaba, lo mismo que había ocurrido en los demás mundos. La segunda cuestión que les preocupaba era de dónde provenía.

Las hipótesis variaban. Estaban seguros de que venía de muy lejos. ¿Urano?

¿Neptuno? ¿Plutón? Supe que éstos eran los nombres de los planetas externos de su sistema. No, dedujeron; yo debía venir de mucho más lejos. ¿Quizá de una galaxia remota de su universo! Sus mentes vacilaban ante esta idea. Pero ¡qué lejos se hallaban de la verdad!

Me hablaron en su idioma y parecieron comprender que era inútil. Aunque yo comprendía cuanto decían y todo lo que pasaba por sus mentes, ellos no podían saberlo, pues no sabía cómo responderles. En vista de que sus mentes parecían totalmente cerradas a todos mis intentos de comunicación mental, renuncié a ello.

Luego conversaron entre ellos y leí impotencia en sus mentes. También comprendí, mientras discutían, que me consideraban un ser aborrecible, un monstruo. Y, cuando indagué en sus cerebros, descubrí otras muchas cosas.

Averigüé que el instinto más fuerte de aquella raza le inducía a considerar todos los hechos y fenómenos no naturales con suspicacia, incredulidad y prejuicios.

Descubrí que estaban muy orgullosos de sus éxitos en cuanto a los avances científicos e inventos. Sus astrónomos no habían profundizado mucho en el espacio exterior, pero a ellos les parecía que abarcaban una gran distancia; como no habían encontrado indicios de vida inteligente en ninguna de las esferas inmediatas, se precipitaban a deducir que su especie de vida era la dominante de aquel sistema solar y, quizás —era un quizá dudoso—, en todo el universo.

El concepto que tenían de un universo era extraño. Cierto que habían llegado a la teoría de un universo en expansión y, al menos en esto, no se equivocaban, como supe al recordar el mundo anterior que había abandonado: la bocanada giratoria de atmósfera gaseosa en dilatación, de la cual aquella minúscula esfera azul era una partícula. Sí, en efecto, su teoría de un «universo en expansión» era correcta. Pero muy pocos de sus pensadores iban más allá del universo inmediato, lo bastante lejos para vislumbrar, siquiera remotamente, la vasta verdad.

Sí, tenían extensas ciudades. Había visto muchas desde mi altura, mientras me cernía sobre su mundo. Entonces pensé que se trataba de una gran civilización. Pero ahora sé que las grandes ciudades no son sinónimo de grandes civilizaciones. Me decepcionó lo que hallé, y ni siquiera puedo explicar esa decepción, pues aquella esfera azul no significa nada para mí y pronto habré desaparecido en mi viaje eterno

hacia abajo...

Leí muchas cosas en las mentes de sus científicos: preguntas claras y concisas, preguntas confusas y remotas, pero ellos jamás podrán saberlo.

Leí una idea en la mente de uno de los seres, que se alejó y regresó poco después con un aparato compuesto por cables, unos auriculares y un disco plano giratorio. Habló a través de un instrumento, una especie de amplificador. Poco después llevó un instrumento puntiagudo sobre el disco giratorio y oí reproducidos sonidos idénticos a los que había emitido. Un método muy burdo, pero eficaz a su modo. Deseaban registrar mi discurso, para tener al menos algo que estudiar cuando yo me hubiera ido.

Traté de pronunciar algunas palabras de mi antiguo idioma a través del instrumento.

Creía que nada podía ya sorprenderme, pero entonces vi que estaba en un error. No ocurrió nada, sino que no podía hablar. Ni en el viejo y cotidiano idioma que conocía desde siempre, ni en otro. Me había comunicado por transferencia mental en tantos mundos que había perdido mi poder de articulación.

Quedaron decepcionados. No lo lamenté, pues ellos jamás habrían podido descifrar un idioma tan absolutamente extraño como el mío.

Entonces recurrieron a las matemáticas, que rigen lo mismo para éste como para los demás universos. El molde matemático en que fue vertido el Todo eterno al comienzo, y al que ha seguido ajustándose desde entonces. Sacaron un gran diagrama que mostraba aquella y otras galaxias. Luego trazaron un círculo —algo comprensible en cualquier universo— sobre un panel negro adosado a la pared, y a su alrededor diez círculos más pequeños. Evidentemente, era su sistema solar, aunque no pude comprender por qué dibujaron sólo diez círculos si, desde el espacio exterior, yo había visto doce planetas.

Luego dibujaron un punto minúsculo en el gráfico, que equivalía a la posición de aquel sistema en su galaxia. Luego me dieron el gráfico.

Era inútil. Totalmente imposible. ¿Cómo podría señalar mi universo, para no hablar de mi galaxia y mi sistema solar, mediante métodos tan insignificantes? ¿Cómo decirles que mi universo y mi planeta eran tan infinitamente grandes, que los suyos resultaban prácticamente inexistentes? ¿Cómo explicarles que su universo no estaba *fuera* del mío sino en *mi planeta*? Era parte de un bloque de metal en una mesa de laboratorio, en un grano de arena, en los átomos del cristal del portaobjetos de un microscopio, en una gota de agua, en una brizna de césped, en un poquito de fuego apagado, en un millar de variaciones de elementos y sustancias que yo había atravesado y, por último, en una bocanada de gas que era la causa de su «universo en expansión». ¡Aunque hubiera podido conversar con ellos en su propio idioma, no habría logrado hacerles comprender la enormidad del esquema de los mundos, cuando ellos eran sólo un electrón de un átomo en uno de los trillones de trillones de moléculas de un mundo infinitamente mayor! Esta noción habría hecho estallar sus

mentes.

Resultaba evidente que jamás lograrían entrar en comunicación conmigo, ni yo con ellos; empecé a perder la paciencia. Deseaba salir de aquel edificio sofocante, hallarme bajo el cielo nocturno, libre y sin estorbos, en el vasto espacio que era mi morada.

Al ver que no hacía intención de señalar en el gráfico de qué parte de su insignificante universo provenía, los científicos volvieron a discutir entre sí, y me sorprendió el rumbo de sus pensamientos.

¡Habían llegado a la conclusión de que yo era un monstruo del espacio exterior, que de algún modo había llegado allí, y que mi lugar en la escala de la evolución era demasiado inferior al suyo para intercambiar ideas conmigo mediante el lenguaje oral (pensaron que yo no lo poseía) o por señales (que aparentemente yo no podía comprender, por salvaje)!

¡Llegaron unánimemente a esta conclusión! ¡Y sólo porque yo no había pronunciado sonido alguno que ellos pudieran registrar, y porque el diagrama de su universo era para mí totalmente insignificante! ¡En ningún momento se les ocurrió pensar que podía ser cierto lo contrario, que yo podría conversar con ellos si sus mentes no fueran demasiado débiles para captar mis pensamientos!

Reaccioné con disgusto ante aquellas conclusiones apresuradas de sus mentes primitivas, disgusto que dejó paso a una antigua emoción: la ira.

Y cuando aquel estallido impulsivo y creciente de ira inundó mi mente, ocurrió algo extraño: todos los científicos que estaban ante mí cayeron al suelo en estado de inconsciencia.

En efecto, mi mente era mucho más penetrante que antes. Sin duda, mi acceso de ira había originado ondas inateriales golpeando los centros de sus conciencias con fuerza suficiente para dejarlos insensibles.

Me alegré de haber terminado con ellos. Abandoné el edificio, salí a la noche espléndida, bajo las estrellas, y eché a andar por la calle con intención de alejarme de la ciudad. Quería abandonarla, abandonar aquel mundo y el pueblo que lo habitaba.

Mientras avanzaba por las calles, todos los que me vieron me reconocían de inmediato y casi todos huyeron irracionalmente para ponerse a salvo. Un grupo montado en uno de los vehículos trató de cortarme el paso, pero ejercí contra ellos el poder de mi ira; cayeron sin sentido y el vehículo se estrelló contra un edificio, quedando destruido.

Pocos minutos después dejé atrás la ciudad y enfilé una de las carreteras, sin rumbo determinado; pero nada me importaba, salvo estar libre y solo, como debía ser. Sólo me quedaban unas pocas horas en este mundo.

Y luego el sentimiento volvió a apoderarse de mí; aquel extraño sentimiento que ya había experimentado dos veces: cuando escogí el minúsculo sol anaranjado entre millones y cuando me dirigí a aquel pequeño planeta azul. Ahora lo experimentaba por tercera vez, más intenso que nunca, y supe que tenía algún propósito muy

definido. Era como si algo, algún poder desconocido, me atrajera irresistiblemente hacia él; no podía rechazarlo, ni deseaba hacerlo. Esta vez lo noté muy fuerte y muy próximo.

Entre la oscuridad del camino, vi una luz a cierta distancia y a la izquierda y supe que debía dirigirme hacia ella.

Al acercarme vi que procedía de una casa medio oculta en el fondo de una arboleda y me acerqué sin dudar. La noche era cálida, y un par de ventanas dobles dejaban ver una sala bien iluminada, donde estaba un hombre.

Entré y permanecí inmóvil, ignorando por qué me había sentido atraído hasta allí.

El hombre me daba la espalda. Estaba sentado ante un instrumento cuadrado y con botones y parecía escuchar con atención alguna noticia que salía de él. Los sonidos de la caja eran ininteligibles para mí, por lo que concentré mi atención en leer la mente del hombre mientras escuchaba, y no me sorprendió averiguar que las noticias se referían a mí:

—... se han exagerado algo las bajas, aunque los daños materiales ascienden a millones de dólares —decían las noticias emitidas por la caja—. Cleveland sufrió el golpe más duro, aunque no inesperado, ya que las calculadoras astronómicas habían calculado con bastante exactitud el radio de peligro. El ser extraterrestre se posó en el lago Erie, a pocos kilómetros de la ciudad. Las aguas se desbordaron e inundaron cerca de una tercera parte de la zona urbana antes de retroceder; por fortuna, la mayoría de la población obedeció a las advertencias evacuando la región... todas las ciudades lacustres de la vecindad han comunicado grandes daños materiales, por el este hasta Erie y por el oeste hasta Toledo, habiéndose producido grandes inundaciones... Todos los aparatos de las Fuerzas Aéreas que estaban disponibles acudieron por si el extraterrestre daba muestras de hostilidad... Los científicos que hace meses predijeron el aterrizaje del ser contrataron inmediatamente aviones para trasladarse a Cleveland... A pesar de los cordones policiales y de milicianos, la muchedumbre se abrió paso penetrando en la zona.

Una hora después del aterrizaje, todas las carreteras estaban atascadas... Durante varias horas, los científicos rodearon y examinaron a la criatura desde aviones, mientras proseguía su increíble, encogimiento... Según las indicaciones que poseemos, a excepción de su gran torso acampanado, la anatomía de la criatura es sorprendentemente perfecta... Una declaración oficiosa del doctor Hilton U. Cogsworthy, de la Sociedad de Biología Alleghany, afirma que semejante ser *no es tal*. Que no puede existir. Que todo el asunto es el resultado de algún tipo de hipnosis colectiva a escala gigantesca. Naturalmente, no podemos aceptar esa explicación... Muchas personas desearán creer en la teoría de la «hipnosis, colectiva» y es posible que lo hagan; pero quienes hayan visto y fotografiado desde todos los ángulos al extraterrestre saben que existe y que su encogimiento constante continúa... El profesor James L. Harvey, de la Universidad de Miami, ha sufrido un acceso de enajenación mental transitoria y está recibiendo tratamiento médico. En cambio, los

curiosos habituales que fueron testigos del aterrizaje parecen más resistentes... Las últimas noticias aseguran que el extraterrestre, que todavía es muy grande, ha sido trasladado con una fuerte guardia al Instituto de Investigaciones Científicas de Cleveland, donde se han reunido los sabios más famosos al este del Mississippi... Esperamos nuevas informaciones...

La voz de la caja calló y, mientras yo seguía leyendo la mente del hombre que me daba la espalda, noté que meditaba profundamente sobre lo que acababa de oír. Y en la mente de aquella persona había algo enigmático para mí. Su inteligencia era superior a la de sus semejantes, y poseía ciertos conocimientos científicos básicos, aunque comprendí que no era un sabio, sino un escritor profesional, alguien que consignaba «acontecimientos» ficticios por escrito para que otros pudieran comprenderlos y disfrutarlos.

Cuando tanteé en su mente quedé sorprendido por la poderosa imaginación que poseía, cualidad de la que carecían por completo aquellos otros, los científicos. Y supe que por fin había hallado a alguien con cuya mente podía establecer comunicación... alguien distinto de los demás... capaz de calar más hondo... que ya estaba muy cerca de la verdad. Alguien que pensaba: «... esta rara criatura que ha aterrizado aquí... extraña a todo lo que hemos conocido... ¿no podría ser extraña incluso a nuestro universo? Ese raro encogimiento... a partir de tal fenómeno podríamos llegar a la conclusión de que ha recorrido una distancia inconcebible... Su encogimiento pudo comenzar hace cientos, miles de años... y si lográramos comunicarnos con ella antes de que abandone para siempre la Tierra... ¡cuántas cosas insólitas podría decirnos!».

La voz volvió a salir de la caja, interrumpiendo estas meditaciones:

—¡Atención! ¡Últimas noticias! El extraño ser espacial trasladado al instituto de Investigaciones Científicas para ser sometido a observación ha escapado después de emitir una especie de fuerza mental invisible que dejó inconscientes a cuantos se hallaban dentro de su alcance. El extraterrestre fue visto por algunas personas después de abandonar el edificio. Un coche patrulla de la policía se estrelló a consecuencia de la «fuerza mental» de dicho ser, y tres policías sufren lesiones, aunque no de gravedad. Se le ha visto abandonando la ciudad hacia el oeste; se ordena a todos los habitantes de la región que estén atentos y denuncien inmediatamente su eventual aparición.

La caja calló de nuevo y volví a sondear la mente del hombre, con más profundidad, deseando establecer un contacto que permitiera la comunicación mental.

Por último debí despertar algún instinto mental oculto, pues se volvió sobresaltado, derribando la silla. En su rostro se leía sorpresa y en sus ojos algo que me pareció temor.

—No se asuste —transmití—. Siéntese.

Noté que su mente no había captado mi pensamiento. Pero por mi actitud debió comprender que no le haría daño, ya que volvió a sentarse. Entré en la sala y me

detuve frente a él. El miedo había desaparecido de sus ojos y me miraba con atención, apretando con las manos los brazos del sillón.

—Sé que le gustaría saber algo más de mí —transmití por telepatía—, cosas que otros, sus científicos, han intentado averiguar.

Leí su mente y comprendí que no había recibido mi mensaje, por lo que tanteé más a fondo y volví a emitir la misma idea. Esta vez me entendió y en sus ojos apareció una expresión de inteligencia.

Dijo en voz alta:

—Sí.

—Sus científicos —proseguí— jamás habrían creído ni comprendido mi historia, aunque sus mentes pudieran recibir mis pensamientos, pero esto es imposible.

También recibió y comprendió este pensamiento, pero noté que en su mente había una gran tensión y no podría soportarla mucho rato.

—Su mente es la única con la cual puedo intercambiar pensamientos, pero flaquea bajo esta tensión desacostumbrada —continué—. Me gustaría dejarle mi historia, pero así es imposible. Puedo someter su mente a una influencia hipnótica e imprimir mis pensamientos sobre su subconsciente; creo que podrá registrarlos. Pero debe darse prisa; sólo me quedan pocas horas de estancia, y su plazo de vida no le alcanzarla para registrar todo lo que puedo contar.

Leí una duda en su mente. Pero sólo vaciló un instante. Luego se levantó y anduvo hasta una mesa donde había un rintero de hojas blancas y lisas, así como un instrumento afilado y con punta —una pluma—, con lo que por lo visto se disponía a reflejar mis pensamientos en las palabras de su idioma.

—Estoy listo —fue el pensamiento de su mente.

Así he narrado mi historia. ¿Por qué? No lo sé, sino que deseaba hacerlo. De todos los universos por donde he pasado, sólo en esta esfera azul hallé criaturas que se parecieran remotamente a mí. Y me defraudaron; ahora sé que nunca encontraré otros de mi especie. Nunca, a menos que...

Tengo una teoría. ¿Dónde está el comienzo o el fin del Todo eterno que he recorrido?

¿Y si no existieran? Supongamos que, después de recorrer otros ciclos atómicos, entrase en un universo que me pareciera relativamente conocido, que hallase cierta galaxia conocida y me acercara a cierto sol, cierto planeta... para descubrir que me hallaba de nuevo donde comencé hace tanto tiempo: ¡en mi planeta, donde encontraría al profesor en el laboratorio, recibiendo aún mis impresiones auditivas y visuales! Una teoría delirante, absurda. Jamás ocurrirá.

O supongamos que después de dejar esta esfera —después de descender a otro universo atómico— decidiera no posarme en ningún planeta. ¿Y si permaneciera en el espacio vacío, mientras mi tamaño sigue disminuyendo sin cesar? Supongo que



sería un modo de terminar con todo. ¿O no? ¿Acaso mi cuerpo no es materia, y acaso la materia no es infinita, ilimitada y eterna? Entonces ¿cómo alcanzaría una «nada»? Es inútil. Soy eterno. Mi mente también debe ser eterna pues, de lo contrario, habría claudicado hace mucho tiempo ante estas nociones.

Soy tan pequeño que mi mente pierde contacto con la mente del que está sentado ante mí, escribiendo estas ideas en las palabras de su idioma, aunque su mente se halla bajo los efectos hipnóticos de la mía y ni siquiera sabe lo que escribe. He subido a la mesa y me he colocado junto al montón de páginas que ha escrito, a fin de acercar mi mente a la suya. ¿Por qué deseaba yo prolongar el contacto mental durante otro instante? Mi historia ha terminado, no hay nada más que decir.

Nunca encontraré a otros de mi especie... estoy solo... creo que muy pronto, de algún modo, intentaré poner fin a esto...

Ahora soy muy pequeño... La hipnosis ha comenzado a perder su poder... ya no puedo dominarlo... el contacto mental se va rompiendo...

## Epílogo

Servicio Nacional de Prensa por Radio, 29 septiembre de 1937 (del «Daily Clarion» de Cleveland): Hoy se cumple exactamente un año del día que nunca será olvidado en la historia de este planeta. Ese día llegó un extraño visitante... y partió.

El 29 de septiembre de 1936, a las 3.31 de la tarde, el ser del espacio exterior llamado en adelante «El Forastero» aterrizó en el lago Erie, cerca de Cleveland, provocando menos destrucción y terror que desconcierto y asombro, ya que los científicos han fracasado en sus intentos por explicar su procedencia y desvelar el secreto de su extraño encogimiento.

Ahora, en el aniversario de ese día memorable, presentamos al público un documento muy extraño e interesante, que pretende ser un relato verdadero y una historia de ese fenómeno extraño, El Forastero. Hace pocas fechas, Stanton Cobb Lentz, famoso autor de *La respuesta a las épocas* y otros libros serios, además de muchos cuentos y obras de ese tipo de literatura ampliamente popular llamada ciencia-ficción, nos presentó dicho documento.

Ya han leído el mencionado documento. Aunque somos muy escépticos en cuanto a su autenticidad, publicamos la obra del señor Lentz y dejamos que usted, lector, juzgue si la historia le fue narrada del modo expuesto por El Forastero, o si se trata sólo de un producto de la fértil imaginación del señor Lentz.

«La tarde del 29 de septiembre del año pasado —declara el señor Lentz— salí de la ciudad como muchas otras personas, advertido de una probable ola gigantesca que

podía alzarse si El Forastero aterrizaba en el lago. Miles de personas estaban reunidas a siete u ocho kilómetros al sur, y desde allí observamos la enorme forma en lo alto, tan gigantesca que eclipsó la luz del Sol y produjo en esa parte del país un eclipse parcial. Pareció acercarse lentamente hasta que, aproximadamente a las 3, comenzó su descenso. El choque al sumergirse en las aguas del lago se oyó en varios kilómetros a la redonda, pero hasta después no supimos la magnitud de la inundación. Después del aterrizaje se produjo una gran confusión y excitación cuando llegaron los aviones de combate y comenzaron a bombardear estúpidamente al extraterrestre. Toda la región estaba tan agitada que me costó varias horas difíciles regresar a mi casa. Allí escuché los partes de lo acontecido durante las últimas horas.

»No tengo inconveniente en admitir que me asusté cuando tuve la extraña sensación de que alguien se hallaba a mi espalda, y al volverme vi a El Forastero en mi sala. Por supuesto que me asusté. Había visto a El Forastero cuando medía entre ciento cincuenta y ciento ochenta metros de estatura, aunque desde lejos. Pero ahora medía cerca de tres metros y estaba delante de mí. Pero mi temor sólo fue momentáneo, pues algo pareció embargar mi mente y serenarla.

»Luego, aunque no oí sonido alguno, tuve conciencia de este pensamiento: “Sé que le gustaría saber algo más de mí, cosas que otros, sus científicos, han intentado averiguar”.

»¡Eso era telepatía! A menudo había empleado este recurso en mis relatos, pero jamás pensé conocer este medio de comunicación en la realidad. Pero así era.

»“Sus científicos jamás habrían creído ni comprendido mi historia, aunque sus mentes pudieran recibir mis pensamientos, pero esto es imposible”, fue el pensamiento siguiente.

Entonces empecé a sentir una gran tensión en mi mente y supe que no podría soportarla mucho más.

»En seguida me comunicó que relataría su historia a través de mi subconsciente, y que suponía ser éste un medio para registrarla en mi propio idioma. Dudé un instante y comprendí que el tiempo volaba y jamás tendría una oportunidad semejante. Me acerqué a mi escritorio, donde aquella mañana había estado trabajando en un manuscrito. Había papel y tinta en cantidad suficiente.

»Lo último que recuerdo es que alguna fuerza parecía apoderarse de mi mente; luego sufrí un mareo terrible y el cielo pareció caer sobre mí.

»No parecía haber transcurrido tiempo alguno cuando mi mente recuperó sus facultades normales; pero ante mí, sobre el escritorio, quedaba un rimerito de papel para manuscritos escrito de mi puño y letra. Y esto es algo que a muchas personas les parecerá increíble: sobre esos papeles escritos se hallaba El Forastero, cuya altura apenas alcanzaba los cinco centímetros, y que evidentemente seguía disminuyendo.

Fascinado por completo, observé la transformación que se desarrollaba ante mis ojos, hasta que El Forastero fue totalmente invisible. Había bajado desde la hoja de papel más alta de mi escritorio...

»Ahora comprendo que el documento precedente y mi explicación serán acogidas de muy diversas maneras. He esperado un año entero antes de publicarlo. Si lo prefieren, acéptenlo como una obra de ficción. Quizás algunos comprendan su verdad o al menos su verosimilitud, aunque la gran mayoría decidirá, sin duda, que todo es una maquinación de mi fantasía; se dirá que, aprovechando el aterrizaje de El Forastero escribí el relato adaptado a la ocasión, tomando a El Forastero como tema principal. Esto pensarán muchos, teniendo en cuenta que la mayoría de mis relatos de ciencia-ficción satirizan a la humanidad y su ciencia, su civilización y sus logros tan cacareados, siempre con ironía, como corresponde. ¡Entonces habría aparecido El Forastero, para echarnos una ojeada y llegar a la conclusión de que se siente muy decepcionado, por no decir que le repugnamos!

»No obstante, deseo aducir algunos hechos que contribuyen a demostrar la autenticidad del manuscrito.

»Primero: durante cierto tiempo después de despertar de la hipnosis, padecí un extraño vértigo, aunque mi mente se hallaba muy clara. Después de que El Forastero desapareciera llamé a mi médico, el doctor C. M. Rollins. Después de hacerme un reconocimiento y algunas pruebas mentales, se mostró muy desconcertado. No lograba diagnosticar mi caso; mi mareo era secuela de un tipo de hipnosis desconocido para él.

No le expliqué nada, limitándome a contarle que durante los últimos días no me había sentido bien.

»Segundo: tenía los músculos de la mano derecha tan agarrotados por escribir largas horas sin descanso, que no podía abrir los dedos. Le dije que había trabajado durante horas en los capítulos finales de mi última obra, y el doctor Rollins dijo: “Hombre, estás loco”. El proceso de relajar mis músculos fue doloroso.

»El doctor Rollins confirmará estas aseveraciones.

»Tercero: al releer el manuscrito constaté que mi letra se hace vacilante e irregular hacia los últimos párrafos, hasta terminar en garabatos casi indescifrables, pues el contacto de El Forastero con mi mente se debilitaba.

»Cuarto: ofrecí el manuscrito al señor Howard A. Byerson, editor de obras de ficción del Servicio Sindical de Periódicos Nacionales. Esto puede ser fuente de equívoco. Algunos días después me dijo: “Señor Lentz, he leído su relato y, por cierto, llega en un momento adecuado, en el aniversario del aterrizaje de El Forastero. Ha tenido una buena idea sobre el origen de El Forastero, aunque demasiado fantástica. Hablemos del precio, de todos modos; naturalmente, colocaremos su relato en nuestra cadena de Periódicos Nacionales y...”

»“Se equivoca”, repliqué. “No es un relato sino la auténtica historia de El Forastero, tal como él me la contó y deseo que esto quede claro; si es necesario redactaré una nota explicativa para que sea publicada con el manuscrito. Además, no le vendo los derechos de publicación, sino que me limito a entregarle el original, como medio más rápido y seguro de divulgarlo entre el público”.

»“¿Habla en serio? Un oportuno relato de Stanton Cobb Lentz, en la víspera del aniversario del aterrizaje de El Forastero, es una gran ocasión y usted...”

»“Ni pido ni aceptaré un centavo por el documento”, aseguré; “ahora lo tiene usted. Es suyo, haga con él lo que considere más adecuado”.

»Un recuerdo que siempre me acompañará es mi última visión de El Forastero, la última vez que fue visto en esta tierra, mientras desaparecía en pequeñez infinita sobre mi escritorio, levantando los brazos y agitándolos como en señal de despedida...

»Y aunque el relato verídico y la historia de El Forastero arriba expuestos sean acogidos como ficticios, yo estoy convencido de que un septiembre no tan lejano, un ser de alguna esfera infinita de arriba aterrizó en esta Tierra... y se fue».

\* \* \*

La bella perfección de *El hombre que encogió* fue uno de los factores que me confirmó en la creencia de que la ciencia-ficción era demasiado para mí, y que sólo unos semidioses podían cultivar este género.

Como es natural, lo que más me fascinó de *El hombre que encogió* fue la noción de llevar una idea hasta sus últimas consecuencias y hacerle cerrar el círculo.

Nunca lo olvidé. Cuando tuve la posibilidad de hacerlo, el resultado fue mi cuento *The Last Question*, mi preferido entre todos los cuentos que he escrito.

Para cuando tuve oportunidad de leer *El hombre que encogió*, había terminado el primer año en el Colegio. Y el Seth Low Junior College había completado su décimo y último año. Por algún motivo, la Universidad de Columbia le retiró su ayuda. (No, no soy tan paranoico como para pensar que fue por mi culpa). Como comprenderéis, esto no me dejó desamparado. Sólo significaba que, en vez de aguardar hasta el tercer año, asistiría desde el segundo al campus de Morningside Heights. Allí asistiría a clase con la élite del Columbia College.

Quedaba la cuestión de reunir el dinero para la matrícula. La beca de cien dólares que recibí el año anterior sólo servía para el ingreso. Por tanto, en 1936, mi padre logró convencer a uno de sus clientes para que me diera un trabajo estival. Lo conseguí a costa de mentir en cuanto a mi edad.

Era un trabajo absolutamente no cualificado. Tenía que ayudar a extender tela engomada, cortar piezas medidas, apilar unas sobre otras y hacer rollos.

Era muy aburrido, pero suponía la maravillosa suma de quince dólares semanales. (Quince dólares limpios, pues en aquella época no se deducía nada). Pude ganar más, pero no quise pedir horas extraordinarias pues, trabajando o no, debía dedicar cuanto tiempo pudiera a la tienda de golosinas.

También solicité ayuda a la NYA (Servicio nacional de la juventud), que me pagaba quince dólares mensuales por trabajos como investigar en una biblioteca para

un profesor que estaba preparando un libro o realizar tablas matemáticas para un psicólogo.

De un modo u otro, mi padre y yo siempre nos las arreglamos para reunir el dinero que me permitió estudiar.

En septiembre de 1936 comencé a asistir a Morningside Heights, y ya no dejé la universidad (salvo una interrupción de cuatro años a causa de la Segunda Guerra Mundial) durante trece años y tres carreras.

No obstante, el derecho de estar en el campus de Morningside y asistir a las clases junto con los alumnos de segundo año del Columbia College no me convirtió en uno de ellos. No se me permitió inscribirme en el Columbia. Junto con el resto de la canalla del Seth Low, me asignaron la categoría de «universitario no graduado».

Esto significó que cuando al fin recibí el título de bachiller, mi diploma no fue extendido por el Columbia College. Recibí mi título de bachiller nada menos que de la Universidad de Columbia como totalidad, en tanto que institución. Además, no obtuve el elegante A. B. («Bachiller en Artes»), que recibían los caballeros de la aristocracia universitaria, sino un B. S. («Bachiller en Ciencias»), académicamente equivalente, pero socialmente inferior.

Entonces esto no me preocupó. El diploma decía «Columbia», y la palabra que le acompañase me parecía desprovista de importancia. En cuanto a lo de «Bachiller en Ciencias», me parecía adecuado, pues cuando me gradué pensaba llegar a ser un científico profesional.

Hasta un cuarto de siglo después no descubrí que me habían timado de una manera indecente. Y pese al tiempo transcurrido, aún fui tan ridículo como para enfadarme y cancelar mi aportación financiera a Columbia.

A propósito: en el otoño de 1936 cambié de asignatura principal. Como he tenido ocasión de explicar, estaba harto de la zoología y durante el segundo año, cuando empecé el primer curso de química general, me enamoré de ella. Elegí la química como asignatura principal y mi deseo de asistir a la facultad de medicina (que nunca fue muy ardiente) fue apragándose cada vez más. Poco a poco fui dándome cuenta de que deseaba ser químico. (Al fin me hice bioquímico y enseñé en una facultad de medicina; o sea que conseguí lo que deseaba y al mismo tiempo traté de satisfacer en cierto sentido, las ambiciones de mi padre con respecto a mí).

A lo largo del año 1936 las decrepitas y caducas «Amazing Stories» y «Wonder Stories» siguieron cuesta abajo. En 1935 ambas habían pasado a la periodicidad bimensual. «Wonder Stories» tenía tan mala distribución que casi nunca llegaba a la tienda de mi padre y apenas pude leerla. El número de marzo–abril de 1936 fue el último.

Había muerto.

Pero «Amazing Stories» siguió apareciendo y leí todos los números. A veces

incluso hallaba en ella relatos que me gustaron tanto como los de «Astounding Stories». Por ejemplo, *Los cachorros humanos de Marte*, de la autora Leslie Francés Stone, aparecido en «Amazing Stories» de octubre de 1936.

# LOS CACHORROS HUMANOS DE MARTE

Leslie Frances Stone

## 1

Durante toda la mañana la niebla había cubierto Washington y a mediodía, cuando se disipó, la ciudad pudo ver la extraña máquina que flotaba a pocos cientos de metros en el aire, sobre el Monumento a Washington. Nunca se había visto nave más extraña. De color dorado, parecía una inmensa quesera redonda o un tambor, aunque de tamaño monstruoso, de varios kilómetros de diámetro. El presidente la vio desde la galería de la Casa Blanca. La gente se arremolinó en las ventanas de las oficinas y en las calles. La vieron incluso en Chevy Chase, y las amas de casa salieron a la calle y la contemplaron asombradas y aterrorizadas. Luego, al comprender que el visitante se disponía a aterrizar, dirigiéndose hacia el campo municipal de golf en Haines Point, en el Parque del Bajo Potomac, se desató una excitación delirante. Algunos automovilistas quisieron huir de la ciudad y se dirigieron al norte o cruzaron el río hasta la frontera de Virginia, aunque la mayoría siguió a la nave-tambor, acercándose a Point y dando mucho quehacer a la fuerza policial apresuradamente reforzada.

La Casa Blanca lanzó órdenes. Se ordenó al jefe de policía que desplegara sus fuerzas en los campos de golf; todas las bases militares cercanas a la ciudad fueron puestas en estado de alarma; se ordenó que despegaran aviones desde Bolling Field y las bases navales. Nadie conocía la procedencia de la nave dorada. ¿Venía en misión de paz o de guerra? ¿Había llegado de otro continente?

Ahora descendía, se posaba lentamente sobre el campo. Una abertura circular en el costado dejó ver su brillante interior, dorado como el exterior. Pero los espectadores gritaron cuando los seres del interior salieron a la luz del Sol. Los que se habían agolpado junto al cordón policial intentaron retroceder, contenidos por los que estaban detrás, que también gritaban y pugnaban por alejarse.

Al principio nadie daba crédito a sus ojos. Un intrépido locutor de radio describía, provisto de un micrófono portátil, los horrores que salían de la nave. Eran seis, de doce metros de altura. Al principio los llamó octópodos, pero a la segunda ojeada descubrió que tenían diez tentáculos y no ocho, sustentando un cuerpo amorfo semejante a un saco terminado en una cabeza blanda y redonda de la que salían los tentáculos. Dicha cabeza presentaba una boca redonda y gomosa desprovista de dientes y tres ojos fijos sin párpados. Cinco de los tentáculos tenían extremidades grandes y macizas, modo de pies, mientras las cinco restantes, que recogían junto a

los cuerpos lampiños, semejaban anémonas y terminaban en pequeñas manos de diez dedos, con dos pulgares.

El color de aquellos seres era un negro mate recubierto de una capa dorada que atraía y reflejaba la luz. A diferencia de los verdaderos octópodos, sus tentáculos no tenían ventosas sino que eran lisos. El nombre de decápodos los describía bien, y el locutor corrigió su primera descripción empleando en adelante dicha palabra.

Después de descender de la nave, los horribles visitantes se detuvieron para contemplar a la multitud asustada, moviendo sus ojos sin párpados en todas direcciones, sin hacer ningún movimiento hostil contra la muchedumbre. Emitían silbidos agudos, semejantes a gorjeos de pájaros. En aquel momento descubrieron el Canal Washington, que lanzaba destellos al Sol entre Point y los muelles de la ciudad.

Las seis bestias avanzaron simultáneamente hacia el agua y la gente se apiñó a su paso. El general Tasse, jefe de policía, ordenó que sus hombres acordonaran el camino, pero no fue necesario, pues los monstruos se limitaron a pasar sobre la multitud teniendo buen cuidado de no pisar a nadie y se abrieron paso hasta el agua.

Vieron que una de las bestias alargaba un «brazo» para sumergirlo en el agua y luego, con un ruidoso chapuzón, se metía en el Canal. Las demás la siguieron. Allí jugaron como escolares, y sus juegos a lo Gargantúa levantaron grandes oleadas que rompieron contra los muelles, meciendo a los yates anclados y echando a pique algunos botes de pequeño tamaño. Luego salieron a los muelles para hacer un pacífico paseo por la ciudad, sin causar más daño sino birlar algunos carros de fruta en la Avenida y asustar terriblemente a los automovilistas.

Una Washington perpleja les dejó pasar mientras los científicos del Smithsonian corrían al centro de la ciudad, esperando comunicarse con ellos, averiguar de dónde venían, estudiar su ciencia; pero los monstruos, que hablaban entre sí en agudos tonos aflautados, no dieron a los científicos tiempo de alcanzarles. De un brinco superaban todos los obstáculos que aparecían en su camino. De momento parecía imposible capturarlos, pero como por lo visto estaban desarmados y sus intenciones parecían pacíficas, no se hizo nada, aunque la policía se las veía y deseaba para arreglar los colapsos de la circulación que habían provocado en todas partes.

El general Tasse, de acuerdo con las órdenes recibidas, quiso asignarles una escolta de motociclistas para despejar el camino, pero las bestias no tuvieron en cuenta este honor, como tampoco parecían reparar en las demás cosas que les ofrecían sus desconcertados anfitriones. Daban esquinazo a la escolta cuando les llamaba la atención algo en otra calle y dejaban que los policías los alcanzaran como pudieran.

Esto continuó durante varias horas, durante las cuales los ingenieros de la Oficina de Normas trataron de estudiar la nave vacía, trasladándose a Point en autogiros. Pero, lo mismo que los decápodos habían desafiado el saber de los biólogos, los motores de su nave desafiaron el de los ingenieros. Jamás se había visto máquina semejante, que en nada se parecía a las de la Tierra.



Por ejemplo, descubrieron un aparato de seis lados, cada uno de los cuales no era sino un mosaico de pentágonos. Otra tenía ocho, una tercera era un mosaico de triángulos y todas sus piezas tenían esa forma. Eran de color dorado como la nave misma y transparentes. Al entrar en la nave cilíndrica los ingenieros tuvieron la sorpresa de comprobar que, si bien desde afuera no se veía el interior, desde dentro en cambio divisaban perfectamente todo lo de fuera. En resumen, la nave era un enigma fascinante.

El paseo de los decápodos duró más de tres horas, aunque, en realidad, no se alejaron demasiado. Se limitaron a recorrer la zona comercial y algunos de los edificios monumentales, moviéndose en círculo. Ahora parecían inquietos, deseosos de regresar a su nave y, volviendo sobre sus pasos, se encaminaron al monumento a Washington. Al llegar al pie de éste, uno de ellos comenzó a escalar el obelisco... por fuera.

Pocos minutos después bajó y se reunió con sus compañeros. Había localizado el emplazamiento de la nave y, guiados por él, sus cinco compañeros regresaron al campo municipal de golf, cruzando el terraplén del ferrocarril.

Es posible que la captura de ejemplares con vida de este mundo se les ocurriera como algo secundario. De improviso, una niña corrió espantada delante de ellos para reunirse con su madre. La multitud de espectadores que se había agolpado en el campo de golf prorrumpió en un grito, pues la niña no consiguió llegar hasta su madre. ¡Fue alzada por el aire, envuelta en el tentáculo del decápodo jefe!

Con la intención de salvar a la niña, el oficial McCarthy espoleó a su caballo Prince. Al momento, también él fue elevado como la niña, con caballo y todo. Pudo escapar, pero su primera reacción fue agarrarse a las crines del caballo, que coceaba, y cuando pudo erguirse en la silla estaba demasiado alto y no se atrevió a saltar...

## 2

Los ingenieros de la Oficina de Normas aún estaban sondeando los secretos de la nave, cuando descubrieron que se acercaban los monstruos. Salieron corriendo en desbandada para regresar a los autogiros. Todos menos Brett Rand y su compinche George Worth. En sus veintisiete años de vida, Brett nunca había encontrado una máquina cuyo funcionamiento no lograra desentrañar en menos de una hora. Decían de él que había echado dientes con una llave Stilson, y era verdad que cuando los demás niños rompían juguetes él ya montaba pequeños motores y los hacía «andar». Su trabajo no hacía sino empezar cuando otros ya se daban por vencidos.

Si hubiera encontrado algún cable o conductor, lo habría seguido hasta la

alimentación, pero en aquellas máquinas de múltiples facetas de metal dorado y transparente no veía ningún componente conocido. De algún modo logró quitar la tapadera de una extraña máquina plana y tanteaba con destornillador experto la extraña disposición de sus piezas aunque, a decir verdad, no había ningún tornillo que pudiera ser atacado por su herramienta.

George tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarlo de la máquina y hacer entrar en su mente tozuda que los decápodos estaban regresando a la nave. A Brett no le gustaba ser molestado; por eso George recibió un buen codazo en el pecho y cayó redondo. Pero se puso en pie y logró arrastrar a Brett hacia la puerta. Era demasiado tarde.

Los decápodos estaban allí, y uno de ellos entraba en la nave. No volvían con los tentáculos vacíos. Uno llevaba un caballo que daba coces y a cuya silla torcida se aferraba un guardia; otro tenía una niña como de seis años, que a su vez abrazaba contra su pecho una gatita que maullaba. Un negro de rostro ceniciento había sido atrapado por otro tentáculo, mientras que del cuarto era prisionera una matrona beligerante y rubicunda, muy almidonada y ataviada con un feo sombrero marinero, que aporreaba al monstruo con su paraguas. Las demás bestias que seguían a la primera también traían cautivos: mujeres, hombres, jóvenes, blancos y negros, sin distinción. Incluso habían capturado un fox-terrier de pelo duro.

Acorralados, los dos jóvenes no supieron qué hacer. A su espalda se hallaba la sala de motores, una gran cámara circular emplazada en el centro de la nave, adonde se llegaba por un pasillo. La rodeaban media docena de salas en forma de cuña, que formaban el contorno de la nave. Batiéndose en retirada ante los monstruos, pasaron a la sala central y luego corrieron hacia una de las cámaras más pequeñas, que estaba vacía, a excepción de unas cintas metálicas que colgaban del techo y un ancho colchón circular puesto en el suelo.

Fuera retumbaban armas de fuego; la policía y los soldados trataban de rescatar a los prisioneros y disparaban a los pies de los decápodos. Pero *las balas rebotaban en su carne sin hacerles el menor daño*. Los aviones sobrevolaban la nave disparando también contra ella, pero sin resultado alguno. ¡Los proyectiles *simplemente rebotaban!*

A través de la pared de su escondite, Brett y George vieron que los monstruos encerraban a los prisioneros en otra cámara y se volvían hacia sus máquinas. Cambiaron algunos gorjeos cuando descubrieron la tapadera levantada de la máquina donde Brett había hurgado.

Una de las bestias se volvió y descubrió a los culpables. En seguida avanzó hacia ellos.

Brett aún tenía el destornillador. No podía considerarlo un arma eficaz pero, cuando lo lanzó contra los decápodos, fue la reacción natural de un hombre acorralado. Pero el proyectil no alcanzó el ojo adonde había apuntado Brett, pues un tentáculo lo atrapó en plena trayectoria, sin que la bestia interrumpiera su avance.

—¡Cuidado! —gritó George—. Va a atacarnos con gas. ¡Cúbrete la cara...!

Pero no tenían defensa contra el vapor anaranjado que súbitamente emitió la boca de aquel ser. La sala quedó saturada y los dos hombres cayeron desvanecidos...

Al volver en sí les pareció que vivían una pesadilla. Despertando del coma artificial producido por el gas, Brett oyó una terrible detonación, luego retorció su estómago una horrible náusea... y volvió a sumirse en la inconsciencia.

Despertó con una sensación de aturdimiento, acompañada de terrible dolor de cabeza y fuertes náuseas. A su alrededor reinaba la oscuridad, una oscuridad negra y aterciopelada en la que brillaban grandes estrellas a diferentes distancias. Creyó escuchar gruñidos y gemidos a su alrededor, pero no pudo orientarse y cayó de nuevo en un sopor intermitente. Luego pudo recordar que durante las horas siguientes fue alimentado, aunque sólo con pensar en la comida se le revolvía el estómago. Pero no tuvo fuerzas para rechazar los cuidados de alguien que se inclinaba sobre él con una gran cuchara que semejava una pala, viéndose obligado a ingerir la comida; cosa extraña, el primer bocado alivió su malestar. Aquel alimento desconocido fue a la vez comida y bebida que apagó su sed y alivió su estómago.

Luego, después de un tiempo que no pudo precisar, la vibración del motor que había percibido a través de su sueño cesó y, en compañía de sus compañeros cautivos, fue obligado a salir de la nave. Ya despejado, entró en un extraño edificio donde monstruos iguales a los que le habían capturado lo cachearon, inspeccionaron y pincharon. Le parecía seguir oyendo los gritos de los tres que murieron bajo el escalpelo, ya que fueron sometidos a vivisección por sus inhumanos raptos.

De allí fueron trasladados a un inmenso salón donde se celebraba una junta de miles de decápodos, Estaba presidida por un estrado ancho, de tres metros de altura, frente al cual fueron llevados los cautivos.

Brett descubrió que estaba sano y salvo y se apoyó sobre un codo para mirar a su alrededor. La cámara tenía unos mil metros de diámetro, era oblonga y en ambos extremos había dos grandes puertas por donde entraban los decápodos negros. Una vez más se estremeció al verlos y luego volvió la mirada hacia sus compañeros, que también empezaban a contemplar lo que los rodeaba.

Reconoció a la matrona severamente vestida que había visto el día que fueron capturados. Aún llevaba su sombrero y el paraguas. En seguida la apodó la Matrona Militante, pues este mote le cuadraba muy bien. Cerca de ella estaba tendido un hombre maduro, de tez purpúrea y porte muy pulcro y abotonado, que incluso en aquellas circunstancias lograba mantener su pomposidad. El «Senador» parecía título adecuado para él. Una mujer de color se hallaba a poca distancia, gimiendo y suspirando mientras alzaba los ojos al cielo y murmuraba algo acerca del «juicio de Dios». A su lado aparecía un negro en ropa azul de trabajo, al que le castañeteaban los dientes.

Había otras personas: un hombre pálido de edad indefinible, que parecía un dependiente de mercería; una joven bajita, con aspecto de ama de casa y el terror

pintado en el rostro; una solterona alta, delgada y seca; un joven no demasiado bien vestido, de mirada huidiza que saltaba de un lado a otro y no perdía detalle. También estaba la niña de la gatita, a la que todavía sujetaba con fuerza entre sus brazos, que miraba con ojos desorbitados. Un niño poco mayor que ella, echado en el suelo, sollozaba desesperado.

No lejos de allí estaba una muchacha de diecisiete años con tacones muy altos, un vestido de seda arrugado pero elegante, un minúsculo sombrero flexible y, abrazado contra el pecho, un bolso excesivamente grande.

Había más personas, pero la inspección de Brett terminó súbitamente pues, al volverse, se halló mirando el par de ojos más azules y fríos que hubiera visto en su vida.

Ella nunca habría ganado un concurso de belleza, pues sus rasgos eran demasiado irregulares y su boca en exceso ancha, pero poseía ese algo que a menudo hace destacar de la mediocridad a la mujer de aspecto corriente, de piel clara, con una cabellera castaña enmarcando el óvalo del rostro, su rasgo más destacado eran los brillantes e inteligentes ojos azules con su penetrante mirada.

—Parece..., parece que hemos llegado —murmuró la muchacha—. Por favor, ¿le molestaría pellizcarme para saber si estoy soñando o no?

Brett lanzó una ojeada a su alrededor.

—No creo que estemos soñando, aunque estos seres bien podrían salir de una pesadilla —señaló con un gesto a los monstruos que iban llenando el amplio recinto y formando en grandes círculos a medida que cada uno hallaba su lugar entre los compañeros.

—¡A mí que me pareció una gran idea preparar una disertación sobre ellos para la clase de biología! Estudio en la Universidad George Washington; es decir..., estudiaba... —se puso a comentar la muchacha.

—Y yo... —Brett comprendió de súbito que, a no ser por su ciego interés hacia las malditas máquinas, George y él no estarían allí. Se sintió culpable y buscó a George con la mirada. Precisamente se acercaba llevando en brazos al niño de ocho años.

—¿A alguien le molestaría cuidar a este niño? Lloro porque echa en falta a su madre...

La muchacha de ojos azules tomó al chiquillo de los brazos de George.

—Quiero irme a casa. Quiero que venga mi mamá —gimoteó.

Al oír esto, la niña de la gatita levantó la mirada y se acercó a ellos.

—Todo está bien —le dijo al niño—. Sólo es otra de mis pesadillas. Tengo muchísimas, pero siempre me despierto en mi camita, en casa.

Y como si esto solucionara la cuestión, atendió de nuevo a su gata, que maullaba. El niño miró a su interlocutora, protestó y luego cerró los ojos sin decir palabra. Brett y la muchacha cambiaron una mirada.

Pero ya no se podía conversar; el salón estaba lleno. Cientos y cientos de

decápodos se habían sentado en apretadas hileras. De pronto, como a una señal, todos se levantaron y se volvieron hacia una de las entradas, por donde entraba un monstruo inmenso, tres metros más alto que sus congéneres.

—Debe ser el mandamás —murmuró George—. Además, trae séquito. Mire.

La pesada criatura avanzaba por entre sus súbditos, que le cedían paso, rodeada por diez seres de menor tamaño, incluso más pequeños que la mayoría de los decápodos. Al llegar al estrado el mandamás, como George lo había llamado, se encaramó sobre la plataforma, reclinándose a medias, mientras sus diez seguidores trazaban un círculo a su alrededor en posición de firmes. Un gran clamor surgió de las gargantas de sus súbditos y todas las bestias desplegaron y elevaron sus cinco brazos. No los dejaron caer hasta el término de la salutación.

Los cautivos se apiñaron nerviosamente. La moza negra se puso a rezar con voz aguda e histérica, una mujer sollozó y Brett oyó que el «Senador» declaraba:

—Van a enterarse de que no pueden tratar así a un ciudadano de los Estados Unidos...

Seis decápodos avanzaron hasta detenerse al lado del círculo que rodeaba el estrado, Uno de ellos comenzó a hablar en tonos agudos y aflautados, dirigiéndose al ser gigante del estrado. Peroró durante cerca de veinte minutos y, cuando terminó, otro ocupó su lugar.

—Parece una prueba de resistencia —le susurró Brett a George una hora después, cuando el tercer decápodo dio comienzo a su discurso.

—Me parece que esos seis monstruos son los que nos trajeron aquí. Están dando cuenta de su expedición...

—Sí, pero nuestros raptos tenían un matiz dorado. Éstos son del todo negros... ¡Pero claro, George! ¡Llevaban armadura! Por eso no hicieron mella en ellos nuestras balas.

—En efecto..., ese dorado transparente...

—¿Tienes idea de dónde estamos?

—Ninguna, pero estoy seguro de que esto no es la Tierra. ¿Has notado lo ligero que se siente uno? ¿No te parece como si te hubieras quitado algunos kilos de encima? Aquí hay algo distinto. ¿Has observado que todos respiramos mucho más rápido? Sea cual fuere este mundo, es más pequeño que la Tierra. ¡Cuando pienso que yo te metí en esto!

—¡Ah! No empieces con eso, muchacho. Quizá no sea tan grave como parece. Mira, el último animal está largando su discurso. Tal vez ahora averigüemos dónde nos hallamos...

Brett levantó la mirada y vio que el sexto decápodo pronunciaba su discurso, pero no estaba preparado para lo que ocurrió después: ¡un largo tentáculo se abatió sobre los cautivos y cogió a la niña de seis años con la gatita! Unas manos le retuvieron por ambos lados cuando hizo ademán de adelantarse para defender a la niña. Eran George y la muchacha de ojos azules.

—Espera..., quizá no le hagan daño. La están exhibiendo ante su jefe.

Brett se tranquilizó al ver que no le hacían daño a la niña. La dejaron de pie sobre el estrado, ante el inmenso monstruo sentado. Le devolvió tranquilamente la mirada, pero lanzó un grito cuando el mismo tentáculo le quitó la gatita de los brazos. No obstante, fue sólo para presentársela al jefe, pues luego la devolvió a su propietaria. La niña fue colocada de nuevo en el suelo y a continuación les tocó al policía McCarthy y a su caballo el turno de ser trasladados a la plataforma.

McCarthy estaba tratando de serenar al animal con una mano sobre su hocico, pues la bestia estaba espantada y temblaba. Lanzó un agudo relincho cuando el largo brazo lo tocó, McCarthy fue izado sobre la silla de montar, sin reparar en que lo colocaron del revés; sólo agarrándose desesperadamente a la silla logró mantenerse allí mientras él y el caballo viajaban a través del aire.

Mientras el caballo coceaba, el guardia se sentó correctamente en la silla, exhibiendo así un considerable dominio de la equitación. Pero apenas había tranquilizado al caballo, el mismo tentáculo que lo había sentado en la silla lo sacó de allí. No había terminado de ponerse en pie, cuando lo colocaron de nuevo en la silla de montar. Esta maniobra se repitió varias veces para entretener al capitoste, que reía con su voz aguda y chillona ante tal fenómeno. Al parecer, el decápodo no lograba comprender por qué se separaban el caballo y el hombre. También se alzó murmullo entre las filas de la asamblea.

Cuando la pareja regresó a su lugar, le tocó el turno a la Militante. Ésta se puso roja como una remolacha, y cuando estuvo ante el jefe le manifestó sin rodeos lo que opinaba de aquellos modales y le explicó que ella era Hija de la Revolución Americana y por consiguiente exigía ser devuelta inmediatamente a su hogar de Virginia.

Para el caso que los monstruos le prestaron, fue como hablar con la pared. Uno de los negros fue colocado a su lado y, por la actitud del orador, los humanos comprendieron que el decápodo le hacía observar a su rey la diferencia de color entre ambos.

Así fueron izados a la plataforma todos los cautivos, para ser contemplados y luego devueltos a su lugar. Brett pensó con asco, en el contacto del tentáculo, pero cuando le llegó el turno descubrió que venía a ser como cuero viejo y muy gastado, y que su temperatura era ligeramente inferior a la humana.

La inspección concluyó y el jefe se dirigió a la asamblea y a los seis intrépidos exploradores. Luego pareció dar una orden. Seis tentáculos se movieron entre los cautivos y seis de éstos fueron tomados al azar. Luego los diez individuos del séquito eligieron a quien prefirieron, levantándolos del suelo. Otros dos decápodos fueron llamados del círculo interior que rodeaba el estrado para hacerse cargo de los dos cautivos que quedaban, y la asamblea tocó a su fin.

El rey descendió de la plataforma y salió de la cámara seguido de un secuaz que llevaba en vilo a McCarthy y su caballo; luego le siguieron los demás con sus cargas.

Al salir Brett descubrió que se hallaban en una gran plaza cubierta de arena roja, en cuyo centro había un lago artificial alimentado por un canal procedente de un «soto» de torres que rodeaba la plaza por todos lados. En lo alto se veía un sol rojizo flotando en un cielo color cobre.

Casi todas las torres eran uniformes en tamaño y altura; algunas tenían quince metros de diámetro, se alzaban cerca de ciento veinte metros en el aire y eran del mismo metal dorado que los decápodos parecían usar para todo. En la plaza, frente al gran edificio donde se hallaba el edificio de la asamblea había una segunda torre tan grande como éste, rompiendo la monotonía de la ciudad de los decápodos.

De súbito, Brett comprendió que los cautivos de la Tierra no iban a permanecer juntos, pues sus raptos tomaban distintas direcciones: algunos cruzaban la plaza, otros iban hacia el sur y otros hacia el norte. Asombrado, vio que el capitoste trepaba a la torre de donde acababan de salir... por fuera.

Una observación más detenida mostró que el monstruo trepaba por unas gruesas barras empotradas en la pared a intervalos de tres metros. Le seguía el individuo que transportaba a McCarthy y su caballo, sujetando a ambos con un tentáculo enroscado mientras empleaba los otros cuatro para subir por la original escalera.

En la pared del edificio vio aberturas redondas a intervalos de unos quince metros. En uno de estos huecos fueron entrados los cautivos. Su propia montura ya se alejaba de la torre en compañía de los dos que transportaban a la Matrona Militante y al negro alto de ropas azules que, según averiguaría más tarde, se llamaba Jeff.

Buscó a George con la mirada y descubrió que estaban cruzando la plaza. La muchacha de ojos azules ya había desaparecido, como la mayoría de los demás.

El captor de Brett se detuvo al pie de una torre no muy alejada del palacio donde habían desaparecido McCarthy y el rey, y comprendió que estaban a punto de trepar. El decápodo le tomó con más firmeza de la cintura y, aferrándose al peldaño más cercano, comenzó a subir, Brett tembló más de una vez al verse así colgado entre los cielos y la tierra, pero el monstruo le sujetaba bien y poco después entraban en la cámara más alta de la torre.

Ésta correspondía a la forma del edificio: era circular, de unos quince metros de diámetro. Sus paredes eran transparentes lo mismo que los costados de la nave espacial.

Excepto algunas tiras colgantes y un grueso colchón rojo en medio del piso, la sala estaba vacía. Le intrigaron aquellas tiras colgantes, pero pronto iba a saber su utilidad.

La bestia le dejó en el suelo liso y cruzó el recinto hasta una tira que colgaba a tres metros de altura, por la cual trepó. Para los decápodos, era como una silla. Cómodamente instalada, la extraña criatura le observó... como una araña observa a una mosca, pensó el hombre.

Se puso en pie despacio, sin apartar los ojos de la bestia. Una mirada de soslayo le indicó que él estaba más cerca de la puerta por donde habían entrado. ¿Podría

llegar hasta ella antes que el monstruo? Dejó caer los hombros, abatido. No podría bajar por aquella escalera inhumana. Estaba realmente en una prisión situada a cien metros por encima del suelo. Resignado, esperó el siguiente movimiento de la bestia.

¡El monstruo extendía un largo tentáculo para cogerlo... y lo lanzó al otro lado del recinto!

Aturdido, se puso lentamente en pie preguntándose qué significaría aquel juego burlón, cuando descubrió que era arrastrado por el suelo hacia donde estaba la bestia. ¡No había terminado de ponerlo de pie, cuando lo lanzó de nuevo contra la pared más lejana! Agitó los puños ante el monstruo, encolerizado, preguntándose si pensaba romperle los huesos antes de comérselo, y furioso al encontrarse tan indefenso.

De nuevo lo atrajo hacia sí arrastrándolo por toda la habitación, para luego volver a arrojarlo lejos. Pero el cuarto lanzamiento le dejó caído, lastimado y débil, a punto de desmayarse. Entonces comprendió a medias, dándose cuenta de que cada vez que el monstruo lo arrastraba, emitía un agudo silbido. Eso era lo que hacía también esta vez.

Se puso en pie para verificar su suposición. Esta vez el tentáculo no salió para traerlo mientras cojeaba hacia su amo... respondiendo a su silbido.

Comprendió. Le estaba enseñando el «¡ven aquí!», por el mismo procedimiento que él empleaba para enseñar a sus perros, aunque más brutalmente.

Se detuvo debajo de donde colgaba la bestia. Una minúscula mano bajó para palmearle la mejilla y luego, como para asegurarse de que había aprendido realmente la lección, volvió a lanzarlo... aunque con más suavidad. El hombre obedeció al silbido con más prontitud. Había aprendido.

La bestia bajó al suelo y luego se acercó al colchón, donde se sentó, tomando a Brett.

Éste se halló tumbado en el suelo con el obsequio de suaves palmaditas y de un cacareo como el que emplea una gallina para indicar a sus polluelos que se coloquen bajo el ala.

Inmóvil, aguardó la próxima reacción del monstruo y volvió a oír el silbido agudo. Se levantó y, al acercarse a ella, recibió otra palmadita en la mejilla. Había aprendido el «échalo».

Esto fue repetido varias veces y luego, cuando se hubo convencido de que había aprendido las dos primeras lecciones, el decápodo pareció cansarse de él y lo dejó en paz. Pero Brett no quería que lo dejaran en paz. Decidió que había llegado el momento de hacerse comprender al monstruo que él también era una criatura pensante.

Registró sus bolsillos, contrariado al descubrir que no llevaba ningún lápiz. En realidad, sólo tenía un pañuelo, algunas monedas y billetes y un mechero descargado, recordó que aquel día memorable en que los decápodos invadieron Washington había despertado tarde y salió sin meterse en los bolsillos sus accesorios de costumbre. Ni siquiera tenía cigarrillos.



Pero no importaba. Lo intentaría por otro medio. Notó que el decápodo no le miraba, sino que contemplaba el sol rojo, que en aquel momento empezaba a ponerse detrás de las torres. Se acercó y tocó un tentáculo que estaba a su alcance para llamar la atención de la bestia.

Ésta volvió la cabeza lentamente para mirarle e incluso la inclinó mientras Brett hablaba, moviendo lentamente los labios para formar palabras que, como le constaba, no serían comprendidas. Recibió otra palmadita, pero después de esto la bestia mostró poco interés por su exhibición. Brett señaló el sol poniente y, agachándose hacia el suelo, trazó con el dedo un sol imaginario. Podía haberse ahorrado aquel esfuerzo. Al levantar de nuevo la mirada, descubrió que el monstruo se levantaba para dirigirse al umbral abierto.

Miró con desesperación mientras el monstruo se asomaba hacia fuera y comprendió que a los ojos del mismo él era un animal inferior y no había nada que hacer. Poseedores de una inteligencia, por completo diferente de la humana, los decápodos no concebían que un terráqueo pudiera ser una entidad pensante, sin duda el Hombre sólo era para ellos una nueva especie animal; la industria y los edificios humanos no atrajeron su atención más de lo que la vida comunitaria de las hormigas suele impresionar al hombre corriente... salvo un ligero asombro por la analogía de esa forma de vida con la suya.

Para ellos, el Hombre venía a ser como los animales que éste domestica.

Probablemente la ciudad de Washington les pareció una formación de la Naturaleza, pues los edificios de la misma eran muy diferentes de sus torres.

Al ocurrírsele esto, Brett comprendió su situación y la de sus compañeros cautivos.

Eran animales domésticos y nada más. Y no serían tenidos en más que los animales nativos de aquel planeta, a los cuales, como más tarde averiguaría, las bestias domaban por pasatiempo.

Era difícil de aceptar y pensó con dolor en la situación de sus compañeros, preguntándose cómo asimilarían tal descubrimiento. ¿Se someterían o intentarían luchar?

Pensó en la muchacha de ojos azules y en George. ¿Comprenderían su nueva posición y sabrían adaptarse? Luego sonrió al pensar en la Matrona Militante y el pomposo Senador.

Le habría gustado verlos durante el «adiestramiento».

Mientras reflexionaba, el hombre observó que la luz disminuía y empezaba a caer el crepúsculo, pintando el cielo de magníficos rojos, azules y verdes. Antes de que la cámara quedase a oscuras del todo, apareció un nuevo personaje.

Desde su puesto junto al umbral, el primer decápodo se puso a chirriar con fuerza, como excitado. Brett echó una ojeada a través de la pared transparente de la torre y descubrió que un segundo monstruo trepaba por ella. El cuarto se llenó en seguida de estridentes silbidos. Asombrado, vio que el recién llegado daba al otro una terrible tunda en el cuerpo y los miembros.

Retrocedió creyendo que se trataba de una pelea, pero la pareja se acomodó en la estera central, muy amigablemente. Vio que el recién llegado era más voluminoso que el primero, de tentáculos más macizos, de cuerpo más grueso y de color ébano, mientras la bestia más pequeña era casi de color chocolate. ¿Sería posible que fueran macho y hembra y aquello hubiera sido un prosaico regreso a casa?

En los días siguientes supo que así era. Todas las mañanas, el macho negro abandonaba la ciudad de las torres en una nave voladora, copia reducida de la que había trasladado a Brett y a sus compañeros hasta allí, y regresaba por las tardes al cuarto de la torre.

Después de los saludos, el decápodo más pequeño, a quien Brett llamaba Señora a falta de mejor nombre, lo arrastró para exhibirlo ante su amo. Por sus agudos silbidos, Brett adivinó que le narraba los sucesos del día y que el rey le había regalado aquel animal doméstico. El Señor no parecía muy contento con tal adición a su círculo familiar, y Brett supuso que Señora discutía con él su nueva adquisición. Poco después, ambos se echaron sobre la estera, dejando a Brett en el frío suelo.

El sueño no iba a venir pronto. En primer lugar, se sentía incómodamente helado y, con la puesta del sol, el cuarto se había enfriado mucho. Además, tenía hambre y no recordaba cuándo había comido por última vez; pero aquellas consideraciones no eran tan graves como la situación en la que se hallaba.

Comprendió que ya no estaba en la Tierra; esto era evidente al entender que en ningún punto de su planeta madre habrían logrado subsistir ni desarrollar tanto su ciencia aquellos monstruos. Podía descartar el satélite de la Tierra, la Luna, por carecer de atmósfera. Además, habría aparecido en el cielo la Tierra, Venus también quedaba descartado, pues allí los rayos solares serían más cálidos que en la Tierra. Quedaba Marte o alguna de las lunas de Júpiter... suponiendo que estuvieran dentro de los confines del sistema solar.

Al considerar la distancia entre el Sol y la estrella más cercana, aproximadamente treinta y ocho millones de kilómetros, le pareció que los decápodos no podían trasladarse tan lejos, a menos que sus máquinas recorrieran el espacio a mayor velocidad que la luz.

No; todo apuntaba directamente a Marte, el planeta rojo. El sol rojo y el cielo

cobrizo, la gravedad ligeramente disminuida, la tenue atmósfera, enrarecida como el aire de alta montaña, parecían indicar que estaba en Marte.

Mientras, sentado en el suelo, miraba a través del techo transparente de la torre, tuvo pruebas categóricas de que estaba realmente en Marte. Vio una luna saliendo por el este, un pequeño globo extraordinariamente brillante, que bañaba de luz todo el paisaje y eclipsaba con su resplandor algunas estrellas. Pero eso no era todo. Luego apareció una segunda luna; pero a diferencia de la primera salió *por el oeste*, por donde el sol acababa de ponerse; ¡y la primera luna había salido al otro lado!

El segundo satélite era aún más brillante que el primero, pero no acababan ahí sus singularidades. ¡No se comportaba como una luna que respetara a sí misma, sino que cruzaba el cielo a toda prisa, ocultando una estrella tras otra mientras corría rápidamente hacia su cénit, adonde según el reloj de pulsera de Brett llegaría antes de dos horas!

Aunque no era astrónomo, recordaba de sus estudios universitarios lo suficiente para comprender que los dos satélites eran ni más ni menos que las lunas gemelas de Marte: Phobos y Deimos, cuyo albedo se debía a su proximidad, puesto que Deimos sólo se hallaba a 18 000 kilómetros y Phobos a 3255 kilómetros de la superficie marciana.

Comprendió que la extraña carrera de Phobos se debía a que su período era de sólo unas 7 horas, mientras que el período de revolución de Deimos era de 30 horas; en consecuencia, Phobos completaba tres revoluciones por cada rotación de Marte, su movimiento aparente y el real eran el mismo, de modo que salía por el oeste y cruzaba el cielo hacia el este para ponerse, tardando sólo once horas en pasar de un meridiano a otro.

Nuestro hombre se alegró momentáneamente de su descubrimiento, pero el entusiasmo duró poco. Marte... situado a 73 500 000 kilómetros de la Tierra... setenta y tres millones quinientos mil kilómetros de Espacio vacío...

Se tumbó en una punta de la estera, temblando de frío con sus ropas de verano, y esperó la mañana a través de la prolongada vigilia de una noche que parecía interminable.

Hacia la mañana debió dormirar, pero al salir el sol oyó que los monstruos se removían en su jergón. Allí no había abluciones matinales ni instalaciones sanitarias, aunque luego descubrió que los decápodos se lavaban fuera de casa. La hembra lo levantó del suelo, salió y empezó a bajar con él por la escalera de la torre, seguida por el macho. Era un éxodo general de todas las bestias, que salían de sus domicilios al mismo tiempo.

Los ojos inquisitivos de Brett divisaron a algunos de sus compañeros cautivos; el negro Jeff moraba en una torre frente a la suya, y cuando llegaron al suelo vio a la Matrona Militante que les precedía sobre el brazo de su achocolatada dueña. Notó que otras bestias poseían otros animales domésticos además de los humanos. Una acarrea un bicho de piel azul, pisciforme, con cabeza chata de lenguado y largas

aletas. Otra transportaba un animal de ojos expresivos y cuerpo largo, semejante a un calamar.

Entonces pensó que la vida en aquel planeta debió salir del mar.

El lugar donde vivían probablemente era el lecho de un mar seco hacía mucho.

Descubrió que se encaminaban al lago central de la gran plaza. A medida que llegaban, los decápodos se zambullían, nadando y chapoteando veleidosamente. Al llegar a la orilla el «ama» de Brett se zambulló, arrastrándole con ella, sin tener en cuenta que iba vestido y que el agua estaba helada. Sus ropas se empaparon en seguida, y se hundió. Su dueña creyó que no sabía nadar y lo sostuvo con un tentáculo para que no se hundiera. Poco después, Brett estaba morado y temblaba.

Mientras salían del agua, la pareja de decápodos contempló su estado. Creyendo ayudarlo, el decápodo lo echó sobre la arena. Brett se quitó rápidamente la ropa y la retorció para escurrir el agua. Al parecer, su acción desconcertó a los monstruos: les pareció que se arrancaba la piel, a medida que él dejaba las prendas ellos las recogían para estudiarlas, entre animados silbidos.

Se volvió hacia el sol, pero sus pálidos rayos le indicaron que su ropa tardaría horas en secarse. Melancólicamente, se puso la camisa y luego los pantalones, húmedos y pegajosos, haciendo un lío con la ropa interior mientras metía los calcetines en los zapatos, para impedir que la piel encogiera, y se los colgaba del cuello por los cordones.

Señor habló impacientemente con Señora y Brett fue levantado una vez más.

Descubrió que se dirigían al gran edificio de la plaza que estaba enfrente del Palacio Real.

Entraron en el primer nivel, ya lleno de decápodos que desayunaban de pie ante un largo mostrador de seis metros de altura que rodeaba el recinto, tras el cual un grupo de aquellos seres servía comida en grandes cuencos.

Colocado sobre el mostrador entre su ama y su amo, Brett contempló la comida, una papilla espesa que exhalaba un leve olor a pescado. Con grandes palas varias veces más grandes que una cuchara humana, la pareja de decápodos se dispuso a devorar los cinco kilos de alimento que contenía cada uno de sus platos, sin ofrecer nada al hombre. Los miró hambriento mientras comían. Aunque la pitanza no tenía un aspecto muy apetitoso, seguramente era mejor que nada. Su estómago reclamaba alimento.

Luego, cuando ya desesperaba y había llegado a la conclusión de que no sería alimentado, vio que Señora soltaba su pala. Tomando a Brett lo empujó hacia el plato, donde quedaba una buena cantidad de alimento. Comprendió. ¡Le tocaba comer las sobras!

Su amor propio humano quiso sublevarse, pero el hambre venció a la repugnancia.

Cogió la pala y logró llevársela hasta la boca. Reconoció el alimento que le habían dado a bordo de la nave, y que calmó tanto su hambre como su sed.

Vio en el mostrador a otros de su especie aprovechando la comida, mientras un grupo de animales nativos de aquel mundo desconocido tomaban también su desayuno. Allí estaba la Matrona Militante. La rodeaba un gran charco de agua que goteaba de sus ropas; el sombrero caía flácido sobre su rostro, pero de algún modo conservaba parte de su dignidad mientras comía del cuenco con una cuchara de tamaño normal. Brett pensó que era exactamente la clase de persona capaz de llevar consigo semejante utensilio.

Después del desayuno, el programa consistía en despedir a Señor. En un gran espacio al aire libre adyacente a la plaza había un campo de aterrizaje, donde esperaban muchas naves como la que los había trasladado desde la Tierra, aunque más pequeñas, con capacidad para contener cómodamente a dos decápodos. La Señora estuvo allí con Brett hasta que despegó la nave de su esposo. No tenía hélices ni alas, sino que se elevó verticalmente sin medios visibles de propulsión. Brett habría dado lo poco que poseía por averiguar cual era el principio motor.

Todas las naves se alejaron de la ciudad en la misma dirección. Luego Señora regresó a la orilla del lago, donde docenas de decápodos se reunieron con ella, Brett se alegró de ver a algunos de sus compañeros.

Después de exhibirlo ante un grupo de sus «amigas», la criatura colocó a Brett en la arena y lo vigiló para que no escapara. Pero de momento sólo le interesaba reunirse con sus compañeros cautivos, para que le contaran cómo les había ido. Tuvo una gran alegría cuando George se acercó corriendo.

## 4

Todos habían vivido la misma experiencia.

—Nos tratan como si fuéramos perros —declaró George disgustado—, como si no tuviéramos la más mínima inteligencia. ¡Y ese baño! ¡Uf! Todavía estoy medio congelado.

Cerca de allí, la Matrona Militante hablaba con el hombrecito pomposo a quien Brett apodaba el Senador. La mujer se mostraba indignada por el trato que le infligían sus raptos. Con voz meticulosa, decía lo que pensaba de aquellos seres incapaces de comprender sus auténticos valores, y se quejaba de la indigestión producida por su comida artificial así como de su estado deplorable después de la mojadura forzada. El Senador carraspeó varias veces, tratando de meter baza.

Agazapados en la arena a poca distancia, se hallaban los tres negros: Jeff, la mujer Mattie y el tercero, mulato, cuyo elegante traje de moda ahora estaba arrugado por el agua. La mujer lamentaba el «castigo del Señor». Junto al lago, observando

tímidamente a los demás, se hallaba la solterona, a cuyo brazo se aferraba la estudiante de tacones absurdamente altos. Había intentado mostrarse presentable a pesar del estado de sus ropas. En las mejillas y labios llevaba carmín recién aplicado que sólo contribuía a resaltar la palidez de su rostro.

Tres hombres, un anciano corpulento que tal vez era un hombre de negocios, el indescrptible tendero y el sujeto de los ojos inquisitivos, discutían en corro y en voz baja la situación, mirando de vez en cuando a las decápodos que estaban de pie o sentadas junto al lago y vigilaban a las personas a su cargo.

No lejos de allí, sentada en la arena, estaba una joven ama de casa de rostro sonrosado en la que Brett había reparado el día anterior. Se cubría el rostro con las manos mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

Brett nunca había visto un grupo de personas tan desalentadas. Pero lo olvidó cuando vio a la joven a quien andaba buscando. Llevaba de la mano a la niña de seis años, que abrazaba contra su pecho a la gatita mojada. Al notar su mirada, la muchacha se acercó a Brett.

—Jill está preocupada por su gata —explicó—; la pobrecita parece enferma.

La niña levantó la gata para que él la viera, y Brett tuvo que confesar que no podía hacer nada. La niña se dejó caer sentada en el suelo abrazando el animal, sin hacer caso de nada más.

Los ojos de la muchacha volvieron a encontrar la mirada de Brett. Sonrió con simpatía.

—Le ruego que disculpe mi aspecto, pero salí con prisa y no pude mandar a por mi equipaje. A propósito, me llamo Dell Wayne... —agregó.

Al principio le asombró que se tomase tan a la ligera su situación. Luego sonrió; le gustaba que una muchacha supiera reír. Comprendió que quizás allí necesitarían risas.

En efecto, estaba desaseada, con una larga rotura en la falda de seda empapada de agua y un estropeado jersey de lana sobre el cual una corbata, cuyo color no era muy sólido, había dejado una mancha roja. Además, no tenía medias ni zapatos, Comprendió que él mismo, acarreando los zapatos y la ropa interior y vestido sólo con los pantalones y la camisa, no debía ser una figura demasiado atractiva.

—Está preguntándome cuándo saldrá el próximo correo para reclamar mi guardarropa, sobre todo mi traje de baño —bromeó Brett y agregó—: A propósito, mi dirección telegráfica es Brett Rand...

Ella no respondió, porque escuchaba las palabras del «Senador» y la solterona huesuda, que pasaban por allí. Oyeron que la mujer decía:

—¿No es horroroso, congresista Howell? Hará usted algo para sacarnos de aquí, ¿no es cierto? Sé que lo hará. Le decía a Cleone, una de mis alumnas, que estando el congresista Howell aquí todo acabará bien.

Él respondió:

—¡Ah, señorita Snowden! Por supuesto, por supuesto... ¡ejem!... haré lo que

pueda. Me ocuparé... ¡ejem!... de que éstos... ¡ejem!... monstruos sepan quién soy yo. Los Estados Unidos no permitirán que continúe... ¡ejem!... este trato despótico. Bien, señorita... ¡ejem!... Snowden, no se preocupe. Me ocuparé de que todos nosotros... ¡ejem!... regresemos a casa antes de... ¡ejem!... de que acabe el día, Estoy... ¡ejem!... dispuesto a conferenciar con cualquier... ¡ejem!... autoridad —y se alejó.

Dell Wayne suspiró.

—¡Pobre! Supongo que va a sufrir una terrible decepción.

Brett la observaba con disimulo.

—Parece tomarse este asunto con gran serenidad, señorita Wayne.

La muchacha irguió la cabeza.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¡Ah!, comprendo que estamos en una situación terrible, lejos de casa, esclavos de estos seres que no comprenden nuestra capacidad. No podremos soportar la vida que nos obligan a llevar, el frío, las zambullidas en el lago, la comida... Pero el refrán que dice «mientras hay vida hay esperanza» es acertado. Quizá logremos encontrar el modo de salir de este lío. ¿Tiene alguna idea...?

—Hay una posibilidad: conseguir una nave para regresar a casa, aunque debo admitir que, si la tuviera, no sabría qué hacer con ella.

Le relató su experiencia con las máquinas de los decápodos antes de la captura.

Siguieron hablando largo rato, haciendo proyectos imposibles, hasta que se acercó George con el niño de ocho años. Les seguía un muchacho flaco que se hacía el remolón, observando al grupo mientras esperaba con ansiedad que repararan en él y le aceptaran.

—¿No se podría hacer algo por este chico? —preguntó George—. Tiene fiebre...

Dell se hizo cargo del niño y sacó un pañuelo.

—Está ardiendo. Por favor, humedezca este pañuelo.

El adolescente, que se llamaba Forrest Adam, corrió a cumplir con lo pedido. Pero aparte de refrescar el rostro ardiente del niño, no pudieron hacer nada por él. La criatura lloraba y llamaba a su madre.

La mujer que antes estaba sentada en la arena sollozando se acercó.

—Permítame —intervino—. Tiene la edad de mi pequeño Jacky, que quedó en casa.

Nos consolaremos mutuamente.

Pero mientras tomaba al niño de manos de Dell, la bestia propietaria de aquél se acercó para arrancarlo de sus brazos y llevárselo.

Las otras decápodos se llevaron a las personas a su cargo, y Brett apenas tuvo tiempo para despedirse de Dell y George antes de ser levantado y llevado «a casa».

## 5

Una vez en el cuarto de la torre, la Señora revisó las ropas empapadas de Brett y, sin molestarse en pedirle permiso, lo desnudó por completo. El hombre intentó rechazarla, pero la monstruo no hizo caso de su forcejeo. Cuando sus manecitas de dos pulgares lucharon con los botones, él la ayudó, prefiriendo esto a que los arrancara.

Cuando las prendas estuvieron secas le vistió de nuevo. Algunas trataba de ponérselas del revés, pero él la corrigió. Apenas había acabado de vestirlo, lo desnudó otra vez, como un niño con un juguete nuevo.

Resignado, el hombre dejó que le vistiera y desvistiera hasta que la decápoda se cansó del juego; cuando se echó sobre el jergón para dormir la siesta, Brett pensó que haría lo mismo. Pero no podía dormir. Su mente estaba demasiado llena de preocupaciones. Lo mismo que Dell, comprendía que era preciso hacer algo en seguida; de lo contrario, todos los prisioneros de los decápodos morirían. Era culpa suya que George estuviera allí pero, aunque intentó disculparse por haber metido a su camarada en aquel lío, George le hizo callar en seguida. Aunque sólo fuera por George, tenía que hacer algo... y también estaban los demás. Su mente ya empezaba a forjar un plan, pero aún no lo tenía bastante claro.

Transcurrieron varios días, y siempre bajo la misma rutina del primero: desde la mojadura obligada en el lago, la comida, y la despedida del amo junto a su máquina voladora, pasando por la hora de reunión con los compañeros cautivos a orillas del lago, hasta regresar a las torres para aguardar el regreso nocturno del Señor.

El segundo día aparecieron McCarthy y su caballo, así como el fox-terrier de pelo duro, y Brett conoció al resto de los terráneos: el hombre inquisitivo resultó ser periodista; el hombre de negocios se llamaba Thomas Moore; Hal Kent no era tendero sino empleado gubernamental; Cleone era la universitaria que se había hecho inseparable de la delgada señorita Snowden.

Lo único que preocupaba de McCarthy era su caballo. Evidentemente estaba agonizando, pues no podía digerir la comida de los decápodos. El adolescente era, tal vez, la única persona feliz de todo el grupo. Le confesó a Brett que, pese a ser lector asiduo de todos los relatos pseudocientíficos que caían en sus manos, jamás había soñado con participar realmente en una aventura semejante. ¡Estaba seguro de que vendrían a rescatarlos!

Jerry Ware, el periodista, se mostraba casi alegre y sólo pensaba en el gran reportaje que iba a escribir cuando regresaran «a casa».



Brett comprendía cada vez con más claridad que el regreso debía producirse. Las condiciones en que vivían se reflejaban en la mayoría de ellos. El niño Tad estaba muy enfermo; Jill tenía fiebre y todos se quejaban de indigestión, dolor de cabeza, náuseas y resfriados.

Ninguno de ellos estaba ni medianamente cómodo, mal vestidos como se hallaban y con las ropas mojadas todos los días, mientras de noche estaban expuestos a temperaturas próximas al punto de congelación. El que la gatita y el caballo, junto con los niños más pequeños, fueran los primeros en enfermar indicaba que la comida era demasiado pesada para su constitución; pronto enfermarían también los adultos.

En vista de ello, el tercer día Brett expuso a quienes quisieron escucharle la necesidad de hacer ejercicios vigorosos, para contrarrestar el efecto nocivo de la alimentación. Los miembros más jóvenes del grupo estuvieron de acuerdo, pero los demás, dirigidos por la Matrona Militante, que en realidad era la señora de Joshua White-Smythe, tenían otros planes. Ella los explicó así:

—Seguiremos el canal hasta salir de aquí... y, si es necesario, volveremos andando a casa. El canal debe conducir a un río, y los ríos siempre conducen al mar.

Brett la escuchó y formuló sus objeciones:

—Por Dios, ¿no comprenden que no estamos sobre la Tierra? ¿Que no es posible «regresar caminando a casa»?

Hubo un momento de tensión y luego la señora White-Smythe le lanzó una mirada desdeñosa.

—Ahora querrá hacernos creer que estamos en la Luna. ¡Vaya necedad! ¡Como si alguien pudiera vivir en la Luna... o en las estrellas!

—Sospecho que nos hallamos en un lugar mucho más lejano que la Luna, Señora. La Tierra está lo bastante lejos para asemejarse a una estrella desde aquí.

Brett estaba seguro de haber distinguido la Tierra entre los cuerpos celestes, la noche anterior.

El congresista Howell se burló de sus palabras.

—¡Claro que estamos en la Tierra! Yo sé que estamos en la Tierra. ¡Nos hallamos en el desierto de *Gobi*!

—Por supuesto. ¿No es el lugar donde los sabios hallaron unos huesos grandes y los llamaron huesos de dinosaurios? —espetó la señorita Snowden.

—Pues esos bichos no tienen huesos... ¡hum!... al menos, al tacto no parece que los tengan —intervino Cleone.

—Ahora va a decirnos que estamos en Marte... —le reprendió Howell.

—¡Estamos en Marte!

—¡Marte! —cayó como una granada.

Dell, que llevaba a Jill en brazos, se acercó a Brett.

—¿Está seguro?

—¡Caramba! ¡Lo sabía! —exclamó el joven Forrest—. Esas lunas son Phobos y Deimos, ¿no es así, señor Rand?

Evidentemente, había asimilado bien sus lecturas.

Brett explicó los motivos de su afirmación, aduciendo la gravedad disminuida, el color rojo mate de la atmósfera, la escasa intensidad de los rayos solares, la presencia de las lunas gemelas incluso en el cielo diurno.

George asintió.

—Parece lógico, Brett. Yo mismo he considerado estas posibilidades, pero oye... los científicos afirman que en Marte no hay oxígeno suficiente para la vida humana. Este aire está enrarecido, pero se puede respirar...

Brett convino en ello.

—También lo he pensado, y creo que esta ciudad se halla en una hondonada de la superficie. Desde mi torre divisó en el horizonte una línea de acantilados, que podría ser, o una cadena montañosa o el límite de esa hondonada. De ser cierto esto último, estamos en algún antiguo lecho marino. Esto explicaría por qué los astrónomos no detectaron oxígeno en la atmósfera. ¡Porque se halla debajo de la superficie!

—¡Caray! Parece lógico.

—Usted sabe que los astrónomos han observado algunas «áreas pantanosas» que muestran cambios estacionales —intervino Forrest—. Por lo general, las localizan al extremo de un canal. Supongo que estamos en una de esas áreas, ¿no?

—Es probable.

—Sí, Brett, pero ¿dónde están esos cambios estacionales? Los observadores han visto zonas verdes después del derretimiento de las cumbres nevadas.

—Supongo que estamos en la estación seca. Esta mañana he tropezado con unas raíces secas. No me sorprendería enterarme de que, en determinadas estaciones, crece aquí algún tipo de vegetación...

—¡Alabado sea el Señor! Ojalá ocurra pronto; Prince y yo necesitamos verduras —dijo McCarthy.

De súbito oyeron un sollozo. Era la señora Burlón, la joven ama de casa que mecía a Tad entre sus brazos.

—Si lo que dicen es verdad —balbució entre sollozos—, entonces... nunca volveré a ver a mi John ni a mi pequeño Jacky...

Cleone exclamó con voz lacrimosa:

—¡Ay! No volveré a desobedecer a mamá. Ella dijo que no me acercara a esa nave horrorosa. ¡Ay! ¡Me gustaría estar muerta!

—¡El Señor nos ha castigado!

Nadie observó que Howell y la señora White-Smythe, seguidos por la señorita Snowden, Moore, Kent y el mulato Harris, se estaban alejando. Ni siquiera sus amas les echaron en falta mientras avanzaban lentamente por la orilla del lago hacia el lugar donde desembocaba en éste el canal.

—Tú nos salvarás, ¿no es cierto, Brett? —preguntó Dell—. ¿Conseguirás una nave y nos llevarás a casa antes de que sea demasiado tarde...?

Contempló a Jill, cobijada entre sus brazos y vio que corría una lágrima por su

mejilla.

Brett notó un ligero acento histérico en su voz.

Apartó a George para explicarle su plan.

—No he estado ocioso. He jugado con ese gran bruto mío; salto sobre él cuando regresa a casa por la noche, doy volteretas..., hago cuanto puedo para que repare en mí...

—Es una buena idea y, sin embargo...

—Ya sé que hay muchísimas objeciones. Pero es mejor que no tener ningún plan...

—Claro que sí, Brett, Yo haré lo mismo, y quizás uno de los dos lo consiga.

## 6

Cuando su dueño regresó a casa aquella noche, Brett, tal como había dicho, se precipitó hacia el monstruo para que éste reparara en él. Había descubierto que la tesitura de su voz se hallaba por debajo del umbral auditivo del decápodo; esto explicaba en parte el que los terráqueos no fuesen reconocidos por las bestias como seres inteligentes. Por mucho que gritase, ellas no le oían, como tampoco oían sus movimientos durante la noche, Al mismo tiempo las voces de los monstruos alcanzaban la banda de los ultrasonidos, pues su tono más bajo equivalía a un «re» o un «mi» sobreagudos. A veces veía moverse sus bocas sin oír sus voces; la del macho era más aguda que la de la hembra.

El único medio para llamar la atención era hacer piruetas o dar un gran salto, aprovechando la menor gravedad, para aterrizar entre los tentáculos de su amo. La bestia parecía complacida con estas atenciones. El cuarto día se dignó dar a Brett una paletada de comida de su plato.

Aquella misma noche, Brett recibió un nuevo adorno. Se trataba de un grueso cinto de metal, donde se sujetaba un cable metálico de doce metros. Había visto a uno de los animales pisciformes llevando un cinto y una correa semejantes. Le desagradó el dudoso obsequio, sin saber que más adelante iba a constituir su salvación.

A medianoche se sintió espantosamente enfermo. Tenía calambres y un intenso dolor de cabeza. Como la mayoría de sus compañeros, sufría una fuerte gripe, empeorada por el baño de la mañana siguiente.

Y para empeorar las cosas, al salir del comedor la Señora utilizó la correa, atándole el cinto antes de dejarle en el suelo. Tuvo que correr a toda velocidad para seguir el paso de ella. Al llegar al «aeropuerto» inspeccionó la hebilla, pero era tan complicada que no pudo abrirla. Esto le contrarió pues había pensado seguir al amo y

hacerle comprender que quería pasar el día con él. Pero la correa se lo impidió.

Por eso fue el más desalentado de los que se reunieron aquel día junto a la orilla del lago. Contempló a sus compañeros, sucios y enfermos, dándose cuenta de que iban por mal camino. Luego se sorprendió y casi se echó a reír. ¡La Matrona Militante exhibía un ojo amoratado!

Al fijarse mejor, observó que durante las pasadas veinticuatro horas debía haber recibido una soberana paliza. Su rostro mostraba otras heridas además del ojo amoratado, y tenía las ropas casi destrozadas. Además, cojeaba...

Pero no era la única que parecía haber soportado malos tratos. Aunque no tenía el ojo amoratado el congresista tenía tan mal aspecto como ella; había perdido todo su empaque y tenía el rostro magullado. La pernera de su pantalón estaba rasgada desde la rodilla hasta los bajos.

Brett miró a su alrededor y descubrió a otros en el mismo estado lamentable. La señorita Snowden, Moore, Kent y Harris también estaban harapientos y lastimados. Y todos parecían bastante avergonzados.

Le contaron lo sucedido el día anterior, cuando los seis se alejaron de sus compañeros, decididos a buscar el camino de regreso a la civilización. Por lo visto habían avanzado bastante a lo largo del canal. Llegados a una sección más ancha del mismo, después de dejar atrás las torres, se vieron cercados por unos decápodos desconocidos.

Al principio, los curiosos monstruos se contentaron con palparlos y pellizcarlos. Luego uno de ellos levantó a Kent, y se lo pasaron de uno a otro, Lo mismo les ocurrió a los demás humanos, pese a su resistencia. Después hubo una pelea entre los monstruos, cada vez más numerosos, pues los alejados protestaban por lo que tardaban sus compañeros en dejarles ver aquellas curiosidades. Se disputaron a los terráneos y fue un milagro que ninguno de éstos resultase despedazado. Les salvó la oportuna intervención de una patrulla de decápodos que esgrimían barras de metal a modo de cachiporras. Fueron trasladados a una torre maciza y entregados a quienes, al parecer, eran autoridades que les examinaron de cabo a rabo. Por último fueron devueltos a sus amas, muy escarmentados por la experiencia.

Así terminó la primera tentativa de evasión.

Howell se mantuvo lejos de los demás durante el resto de la mañana pero, al captar la mirada de Brett, le hizo seña de que se acercara y dijo:

—Joven, no creo en... ¡ejem!... en esa historia suya de que estamos en Marte... pero... ¡ejem!... usted me parece un hombre digno de confianza. Oí que hacía planes con su joven amigo. Escúcheme ahora. Usted... ¡ejem!... si me saca de aquí, le pagaré muy bien... digamos diez mil dólares. No... quince... veinte, lo que usted pida. Sálveme. Estoy enfermo... me moriré si no me atiende un médico... ¡Por amor de Dios, lléveme a casa!...

Brett le escucho con paciencia, aunque a cada palabra aumentaba su repugnancia, y logró dominar su voz cuando preguntó:

—¿Y los demás, congresista...?

El hombre fingió toser un instante y luego dijo:

—¿Los demás? Que se las arreglen como puedan. Al fin y al cabo, yo soy necesario en Washington, he de cumplir mi deber. Los dos solos tenemos más posibilidades... mientras que...

Si aquel hombre hubiera sido más joven, Brett le habría dado un puñetazo. Como sabía que no podía responder de sí mismo cuando se desataba, giró sobre sus talones después de lanzarle una severísima mirada. Fue la primera y la última vez que Howell se acercó a él, aunque más tarde llamó aparte a George, el joven, sin embargo, lo despidió sin contemplaciones y luego le narró la conversación a Brett.

—¡El muy marrano! Menos mal que no hay más de su calaña entre nosotros. Hombres como él son los que...

Brett desoyó sus comentarios.

—Olvídalo. Oye: hemos de hacer algo, ¿comprendes? Estamos todos enfermos, decaídos. Es preciso hacer ejercicio para contrarrestar los efectos de la alimentación y de las condiciones que existen aquí. Mira a tu alrededor, a ver si puedes hacer algo.

—Entiendo. El niño Tad no ha aparecido esta mañana. Sospechamos que está muerto.

Y la pequeña Jill ha empeorado. La muerte de su gatita, que ocurrió anoche, no ha servido de ayuda que digamos.

La propuesta de Brett fue recibida con división de opiniones. Howell se negó en redondo a unirse al grupo; los negros gruñeron y se negaron a realizar ningún esfuerzo.

Estos tres formaron corro alrededor de Mattie, cuya voz aguda e histérica dominaba la reunión. Cosa curiosa, fue la Matrona Militante quien mejor acogió la idea, organizó el grupo, animó a los rezagados y dirigió los ejercicios gimnásticos. Era lo que necesitaba para sentirse a sus anchas. Brett se sonrió para sus adentros. Seguro que el alcalde y las demás «fuerzas vivas» de su ciudad natal andaban muy derechos cuando ella estaba por allí.

Al día siguiente, la suerte acompañó a Brett. Saltó tirando de la correa, para que el amo comprendiera que deseaba acompañarlo ese día a la oficina. La hebilla se abrió casualmente liberándolo. En seguida comprendió su oportunidad. Sin reparar en su dueña, corrió detrás del macho, que estaba a punto de subir a la nave. Con un salto volador, cayó sobre un tentáculo de la bestia y se sujetó con firmeza.

Señor se detuvo. Señora se acercó a toda prisa e intentó coger al hombre. Brett se aferró al macho, negándose a ser arrancado de allí. La pareja discutió con agudos silbidos. La hembra no parecía dispuesta a ceder su juguete, pero el cuidadoso plan de Brett parecía a punto de dar resultado. El macho titubeó.

Luego, disgustado por una palabra de Señora, se lo entregó. Brett chilló con todas sus fuerzas y clavó sus dedos en el tentáculo correoso, que era su modo de negarse a ser sacado de allí. La Señora lo miró largo rato; parecía un reproche, pero no le importó.

Luego ella le dijo a Señor algo que por lo visto le hizo gracia, ¡y se alejó sin hacer más caso de Brett!

Latiéndole el corazón, se dejó llevar por el brazo de su amo. Entraron en la máquina que esperaba. Tenía dos compartimientos: en el primero estaban los mandos y dos extraños motores; en el segundo no había nada, excepto una estera y algunas tiras colgantes. En la parte superior de la sala de mandos había una enorme placa cubierta de cuadrantes, palancas y pulsadores. Cerca de ella colgaba una serie de tiras, donde se acomodó el amo.

Sentado en un tentáculo de la bestia, el hombre observó atentamente cómo manejaba ella los mandos. Con un tentáculo bajó una palanca octagonal, y con otro, en rápida sucesión, tres perillas de formas distintas. Cuando tocó la palanca, hubo un tremendo rugido; la aceleración fue tan intensa que Brett se desmayó.

Pero en seguida se recuperó, pues cuando volvió en sí aún no se habían llevado mucho sobre el suelo arenoso. Indiferente al empuje ascensional, la bestia movió una larga barra roja que, al dejarla en libertad, se puso a oscilar espasmódicamente y así continuó durante todo el viaje.

Como la nave era de metal transparente y dorado como todo lo que construían los decápodos, Brett pudo mirar en todas direcciones. Vio que se elevaban unos trescientos metros sobre la ciudad de las torres, alejándose de ella en línea recta. La ciudad era un conjunto de torres dividido por dos canales, con varias plazas y alguna torre descomunal que descollaba de sus compañeras. Brett descubrió que se hallaba en una profunda depresión de la superficie del planeta, confirmando su hipótesis. La rodeaban grandes laderas oscuras.

Seguían uno de los canales y cuando dejaron atrás la zona urbana vio unas franjas cultivadas, de brillante color verde artificial. Algunos monstruos jardineros cuidaban de las plantas, manteniendo un caudal constante del agua en las acequias del canal.

Abandonaron el canal en un punto donde describía una gran curva y sobrevolaron los límites del valle hacia una comarca que no era sino arena, dunas silenciosas, ya quietas, ya agitadas por remolinos. Poco después vio una segunda ciudad emplazada junto a otro canal. En ella las torres tenían el doble de perímetro que las que él conocía, pero eran mucho más bajas: ninguna medía más de veinticinco metros.

También aparecían otras estructuras de forma extraña. Unas eran altas y delgadas, otras bajas y chatas, o bien poligonales. Había edificios en forma de cono invertido, apuntalados con vigas entrecruzadas. Un humo verde de peligroso aspecto salía de aquellos edificios, indicando que los decápodos preferían instalar sus fábricas lejos de sus ciudades residenciales.

Entre aquellas estructuras se abrían anchas plazas donde se estacionaban o aterrizaron muchas máquinas voladoras, llegadas de la ciudad de las torres así como de otras muchas direcciones. Después de aterrizar, los pilotos entraban en una u otra de las fábricas.

Comprendiendo que iban a aterrizar, Brett se aferró con fuerza al robusto tentáculo de Señor, a fin de observar la maniobra. Un gesto detuvo la barra oscilante, las tres perillas retomaron a su posición original y la nave bajó ligera como una pluma.

Entraron en un edificio redondo que hervía de actividad. Los monstruos se movían entre máquinas extrañas que lo atestaban todo. En una larga estancia había un mostrador alto, hacia donde se dirigió el amo. Después de escalar su «silla» colgante, dejó a Brett en un rincón vacío del mostrador, empujándolo para indicarle que debía quedarse allí.

En una ancha placa que tenía delante había una serie de barras, perillas de forma extraña y teclas planas o redondas; el amo se puso a trabajar sin perder tiempo, pulsando teclas y girando perillas. Unas veces trabajaba con las cinco manos, y otras sólo con una.

Brett ignoraba para qué servía aquello, pero como el decápodo se volvía, de vez en cuando, hacia las máquinas rugientes, llegó a la conclusión de que aquel cuadro de mandos guardaba alguna relación con ellas. ¡Si hubiera podido hacer preguntas!

El monótono espectáculo adormeció al hombre. Horas después despertó al notar un contacto. Les rodeaban varios maquinistas y las máquinas estaban paradas. Brett fue colocado en el suelo y el amo le ordenó a silbidos que «saltara». Esto significaba dar volteretas sobre las manos, tumbos, grandes saltos en el aire, saltos mortales y otras destrezas, Brett siempre se había envanecido de su dominio muscular, y la gravedad de Marte le permitía realizar hazañas que no habría logrado en su planeta. Luego fue levantado y pasó de tentáculo en tentáculo, que palparon su piel, su cabello y sus ropas.

Lo dejaron de nuevo en la tarima, volvieron a ponerse en marcha las máquinas y durante varias horas Señor trabajó silenciosa y eficientemente. Brett se preguntó en qué consistiría su actividad, pero no halló nada que le permitiera deducirlo. En la sala no había otra cosa sino máquinas. Por último, éstas se detuvieron y hubo un éxodo general. La jornada había concluido.

Él hombre fue blanco de todas las miradas y tuvo que exhibirse una vez más ante los compañeros de su amo. Esta vez, cuando subieron a la máquina voladora, estaba preparado para el despegue y logró no perder el sentido mientras se fijaba en todo

cuanto hacía el piloto, grabando en su memoria las operaciones.

Se sintió satisfecho de lo que había logrado. Era el primer paso de la huida. Pero comprendió que no sería tan fácil como esperaba. Aún desconocía si la nave y su sistema de propulsión iban a servir en el espacio. Además, tenía una sola escotilla de solidez hermética. Desconocía también cómo podrían manejar aquellos mandos gigantes él y sus compañeros. Sin duda, se podría llegar a ellos desde las tiras colgantes pero ¿serían suficientes los músculos terráqueos para moverlos?

La mañana siguiente, los compañeros se apiñaron a su alrededor. Habían deducido que su ausencia del día anterior guardaba relación con su plan de fuga, Narró todo lo que había visto, pero sólo confesó a George sus temores.

—No sabemos nada de la maquinaria, ni siquiera qué clase de combustible utiliza la nave. No aseguro que tenga autonomía espacial.

—¿No viste nada semejante a depósitos de combustible?

—No. Sospecho que funciona con energía acumulada, o tomada de los rayos solares o cósmicos.

—¡Uf! ¡Qué problema! Mira, salgamos esta noche y echemos un vistazo a las naves, un buen vistazo. Ya no podemos esperar mucho. Jill murió ayer en brazos de Dell. Ella está bastante mal. La señora White-Smythe se desmayó y nos costó hacer que se recobrase; hay otros enfermos...

Mientras hablaba, George se dobló víctima de un calambre que le arrancó una mueca de dolor y le obligó a apoyarse en Brett para no caer.

—Sí, veo que todos estamos bastante mal. ¿Tienes muchos espasmos, George?

—¡Bah! Estoy bien, más o menos. Sí; hay que salir de aquí...

—Me pregunto cómo saldremos de las torres. ¿Nos dejaremos caer de peldaño en peldaño? Tú y yo podríamos hacerlo pero ¿y los demás... las mujeres...?

—Lo he resuelto, Brett. Como ves, la mayoría andamos con correa. Haremos esto... —George explicó su idea.

Se citaron para una hora después de anochecer, a la salida de Deimos.

## 8

A Brett le pareció que sus amos tardaban más que nunca en acostarse. Por último, sus respiraciones tranquilas le indicaron que todo estaba saliendo bien. Se dirigió hacia la ventana andando de puntillas, más por costumbre que por necesidad, puesto que ellos no podían oírle. Denos se alzaba en el horizonte, pero la hondonada aún estaba en



sombras.

Cogió el largo cable de su correa y contempló la escalera. Por fortuna, uno de los peldaños se hallaba a un metro y medio. Era ancho y redondo, sobresana unos sesenta centímetros de la pared y terminaba en un grueso pomo.

Descolgándose de la abertura, buscó con los pies el escalón y luego se deslizó silenciosamente hasta quedar a horcajadas sobre la barra. Sacó el cable que sujetaba con una mano y lo enrolló de modo que los dos extremos colgaran varios palmos por debajo del escalón siguiente. Tomó con ambas manos el cable y se descolgó a lo largo del mismo.

Animado al comprobar que era empresa fácil, continuó hasta sentir el suelo bajo sus pies. Se detuvo a escuchar unos instante, por si su descenso había despertado a algún vecino. Pero los decápodos dormían profundamente y nada turbaba la paz de la noche.

Enrolló el cable y corrió al lugar de la cita.

George llegó al campo de aterrizaje antes que él, porque su torre se hallaba más cerca. Contemplaba una de las máquinas voladoras a la luz de la luna.

—Tenías razón —le dijo a Brett—; estas máquinas no llevan ninguna clase de depósitos. Pero mira, ¿qué opinas de esto?

Le indicó una red de alambre empotrada en el casco transparente de la nave dorada. A la luz del sol habría resultado invisible, pero los rayos de la luna resplandecían sobre ellos, plateándolos.

—¡Una antena! Debe servir para recibir energía del éter. No sabemos si se trata de rayos artificiales o cósmicos. Puede que no lo sepamos jamás, pero yo diría que serán rayos solares o cósmicos... pues no podrían transmitir un rayo desde aquí hasta la Tierra.

Desde luego averiguaríamos más si hallásemos la gran nave que nos trajo aquí.

—¿Qué tal si probamos ésta? Así sabremos si somos capaces de manejarla.

Brett lo pensó un poco antes de responder. De súbito, advirtieron que no estaban solos.

Al otro lado de la plaza se alzaba la silueta de un inmenso decápodo, que llevaba una larga barra metálica.

—Un vigilante nocturno... —murmuró George.

Por fortuna la bestia no los vio, pues miraba en dirección opuesta. Apresuradamente, se ocultaron detrás de las máquinas, conteniendo la respiración hasta que el guardia desapareció entre las torres.

—¡Caray! ¡Poco nos ha faltado! ¿A qué temen esos seres? ¡No tienen nada que se pueda robar!

—No lo sé, por lo mismo que no podemos explicarnos muchas cosas sobre ellos.

Supongo que esto descarta la posibilidad de probar la nave. No es cuestión de permitir que nos descubran. Tendremos que hacer el intento *en masse* y correr con el riesgo...

Entraron en una de las naves para estudiar los mandos, pero no vieron conexiones entre éstos y los motores. Estaban tan desconcertados como al principio.

La palidez de las estrellas al este les indicó que estaba a punto de amanecer. Se separaron y corrieron a sus respectivas torres. Por el camino, Brett estuvo a punto de tropezarse con un segundo guardián que andaba por entre los edificios. La suerte volvió a favorecerle y no fue visto. Cuando llegó al pie de su torre, Brett se vio ante la tremenda tarea de trepar por la pared lisa.

Después de tomar carrerilla, logró encaramarse al primer peldaño. Desde allí, la ascensión consistió en un ejercicio agotador de ponerse en pie sobre cada barra y lanzar el cable para enlazar la siguiente. El sol despuntaba ya cuando puso pie en la cámara.

Pocos minutos después, las bestias comenzaron a despertar.

Aquella misma mañana, Brett comunicó a sus compañeros los detalles del plan que él y George habían preparado cuidadosamente. Al mirar a su alrededor comprendió que no había tiempo que perder. Todos estaban pálidos, patéticamente delgados. Todos padecían tos, estornudaban y respiraban con dificultad. Algunos se apretaban el pecho cuando les asaltaban los ataques de tos. A todos les enfermaba el alimento artificial que les daban sus raptos. Hasta Dell, que nunca se quejaba, tenía el rostro enfermizo y pálido, de ojos azules demasiado grandes y brillantes. Sólo Jock, el perrito, parecía encontrarse muy bien; todos los días saludaba con júbilo a sus nuevos amigos.

—No voy a ocultarles nada —explicó Brett—. Tenemos una posibilidad entre mil de regresar a casa. En primer lugar puede que estas máquinas voladoras no cierren herméticamente y que nos asfixiemos al salir al espacio. Ni siquiera sabemos cuánto durará el aire no renovado pero, de todos modos, no será mucho. En segundo lugar, hemos de correr un riesgo en cuanto al combustible. Además, no sabemos si una vez en el espacio lograremos encontrar la Madre Tierra. Desconocemos la navegación espacial, y ninguno de nosotros es astrónomo. Quizá nos alejemos de la Tierra y caigamos hacia el Sol. De hecho, sospecho que la de una probabilidad entre mil es una previsión optimista...

Pero, de todos modos, sabemos que si nos quedamos aquí más tiempo, ninguno podrá contarlo. Que cada uno lo decida por sí mismo. Quien venga, debe hacerlo voluntariamente...

No supo si fue porque «la esperanza es lo último que se pierde», o por valor fatalista, pero todos dieron su consentimiento unánime. Entre los reunidos no hubo ni una sola negativa. Incluso Mattie, que todo el tiempo había insistido en que aquello era el «juicio de Dios», halló fuerzas para lanzar un salvaje aleluya.

Cada miembro del grupo recibió instrucciones. Brett les explicó que el primer paso hacia la libertad debía darlo cada cual por sí mismo, enseñándoles cómo realizar el descenso desde las torres. Al pasar revista observaron que tres o cuatro amos habían olvidado suministrar correas a sus «cachorros»; por consiguiente, los hombres

más fuertes quedaron encargados de ayudar a estos infelices. El momento fijado para la fuga fue la salida de Deimos.

Cuando Brett se asomó a la ventana, vio en la torre vecina la oscura sombra del gran negro Jeff, llegaron al suelo casi al mismo tiempo y, según lo previsto, corrieron al edificio que albergaba a la Matrona Militante, La vieron mirando afuera desde la cámara del tercer piso, esperándolos. Tenía correa, pero el peldaño más cercano estaba a tres metros de distancia.

Con gran sorpresa de Brett, el negro insistió en subir a buscarla, explicando que además de ser un «campeón» en su oficio de remachador familiarizado con los andamios, también había trabajado como vaquero en un rancho del oeste. Y, pasando a los hechos, enlazó el peldaño situado por encima de la señora White-Smythe y largó cuidadosamente el cable hasta que el otro extremo colgó al alcance de la mujer.

La fornida matrona se descolgó valientemente, haciendo subir al negro sujeto al otro extremo hasta que ella pisó el peldaño donde él estaba antes. El negro bajó a pulso hasta el soporte inferior y repitió la operación. Cuando por último llegaron al suelo, ella felicitó al hombre de color:

—Muchacho, si alguna vez está sin trabajo, venga a verme. ¡Jamás creí salir con vida de ese sitio!

Los tres recogieron a Jerry Ware el periodista, a la estudiante Cleone y a la señora Burton, impaciente por reunirse pronto con su «John» y su pequeño «Jacky». El resto de los terráqueos vivían en otros puntos de la plaza y se reunirían con ellos más tarde.

Brett les condujo al comedor colectivo, que estaba desierto, sin dejar de mantener los ojos atentos a la aparición de cualquier «policía», pero ningún decápodo vino a molestarlos. La luz de la luna brillaba sobre el alto y largo mostrador donde se hallaba preparado el rancho marciano para la horda matinal. Aunque era mala comida para terráqueos, el plan exigía que se llevaran algunos toneles para alimentarse durante el regreso, pues no sabían cuánto podían tardar.

Como el mostrador no tenía aberturas, tuvieron que encontrar el modo de pasar los toneles por encima del mismo. Los decápodos se limitaban a alargar un tentáculo, pero no sucedía lo mismo con los terráqueos. Ware trepó sobre los hombros de Jeff, el más alto y fornido de todos. Luego trepó Brett; de pie sobre los hombros de Jerry, que parecía a punto de flaquear, alcanzó el borde del mostrador y logró encaramarse.

Desenrolló la correa que llevaba alrededor de los hombros, dejó caer un extremo en manos de Jerry y lo izó rápidamente a su lado. Juntos hicieron subir a Jeff; fue éste quien sujetó el cable mientras Jerry y Brett se descolgaban hasta el suelo por el otro lado, donde estaban los depósitos.

Éstos eran grandes recipientes abiertos. A un lado había docenas de ollas de casi dos metros de altura y más de un metro de diámetro. Tumbaron seis de costado y las hicieron rodar para que sirvieran de peana a Jeff. El extremo del cable fue atado fuertemente a la primera y Brett lo lanzó para luego situarse junto a Jeff y ayudarlo a levantar el pesado recipiente hasta la tapa del mostrador. Hecho esto, lo volvieron

hacia el otro lado y lo descolgaron hasta el suelo, donde las mujeres desataron el lazo corredizo. Una a una, las demás ollas pasaron así de uno al otro lado del mostrador.

Mientras trabajaban, los demás del grupo fueron apareciendo y luego ayudaron a hacer rodar las pesadas cubas hasta la máquina que los terrestres habían elegido para escapar.

Cuando los recipientes estuvieron dentro, Brett pasó revista a La gente. Estaban todos... menos McCarthy.

El joven Forrest recordó que había visto a McCarthy aquella noche.

—Lo llamé, pero iba en dirección contraria —explicó—. Me saludó y respondió que estaría aquí en seguida.

—¡Hum!... Supongo que habrá ido a la tumba de su caballo a despedirse. La muerte de Prince fue un golpe terrible para él —comentó George.

—¡Ahí viene!

McCarthy se acercaba corriendo, llevando un bulto blanco bajo el brazo. Era Jock, el fox-terrier de pelo duro.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo el hombre cuando recuperó la respiración—. No podía dejar a éste aquí, aunque no sea más que un perro...

Había trepado hasta la mitad de una torre para salvar al animal.

—Bien, en marcha. Pronto será de día. ¡Todos adentro!

Entraron en la nave de quince metros y cerraron la pesada puerta. Luego, Brett y George treparon por las tiras hasta quedar frente al cuadro de mandos.

Con el corazón en un puño, Brett tocó la palanca octogonal que había visto apretar a su amo, después de advenir a todos que estuvieran preparados para el despegue. Le sorprendió la facilidad con que se movió la palanca bajo su mano. Pero con las tres perillas fue más difícil. George y él tuvieron que unir sus fuerzas para hacerlas girar.

Luego esperaron el rugido del despegue.

*¡No pasó nada!*

## 9

Brett y George se miraron. Notaron que una ligera vibración recorría la nave, pero eso fue todo.

—Tal vez no giramos bastante las perillas —susurró George.

Brett asintió. Descubrieron que giraban un poco más; ¡pero no sucedió nada!

Se miraron, pero nadie se atrevió a decir lo que pensaba. Los demás parecían impacientes, preocupados por el retraso. Forrest hizo una sugerencia.

—Tal vez... se debe a que el Sol no ha salido... y que si esto funciona con energía solar...

Brett le miró, pensativo. Quizá tenía razón. Era una suposición plausible. Dirigió su mirada al este y vio que el Sol saldría poco después.

Un resplandor rojo despuntaba ya en el cielo. Luego, poco a poco, tan despacio que parecía no romper jamás la niebla del horizonte, un filo rojo dispersó las sombras.

—¡*El Sol!*

Nunca los adoradores del Sol lo saludaron con más fervor, aunque la alegría duró poco.

Con un rugido semejante a una docena de truenos, la nave se puso en marcha, ascendiendo con tanta rapidez hacia el espacio que nadie vio su despegue. Aplastados contra el suelo por el tremendo empuje, todos se desvanecieron, y la máquina subió en línea recta hacia los cielos.

Brett fue el primero en volver de las tinieblas. Se halló caído en el suelo; a su lado estaba George, inmóvil. Oyó gemidos a su alrededor, y con un esfuerzo de toda su voluntad logró levantar una mano, luego la cabeza y por último el cuerpo. Era como si pesara mil kilos.

Observó que el cielo cobrizo estaba más pálido y que Marte empequeñecía y quedaba rápidamente atrás.

Exhausto, intentó subirse a las tiras para alcanzar los mandos. Era como pelear contra un monstruo de fuerzas cien veces superiores. Fue un espectáculo penoso verle moverse con tanta dificultad, como en una escena de pesadilla o una película pasada a cámara lenta.

Cuando al fin se vio frente a los mandos, no supo qué hacer. ¿Debía girar la palanca roja como había hecho su amo para rectificar el rumbo? ¿O colocar los diales en el punto de partida? Su mente entorpecida analizó la cuestión y luego decidió probar la barra oscilante.

Con los ojos empañados por el sudor del esfuerzo inhumano, buscó a tientas la barra.

Un leve golpe la hacía oscilar y casi gritó de alegría cuando notó que el empuje disminuía.

Poco después se sintió mejor.

Los otros empezaron a ponerse en pie; George subió al puesto de copiloto.

—¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! —gritaron todos, olvidando las penalidades que acababan de vivir y contemplando fascinados la bola cobriza que dejaban a la derecha, cada vez más lejos. ¡Marte quedaba detrás! ¡Estaban en el espacio!

George observó un rato la barra oscilante. Luego preguntó:

—¿Y ahora qué? ¿Cómo guiamos esto?

Brett señaló la barra.

—Mi dueño la movía a derecha o izquierda... pero lo que tú digas también vale.  
¿Dónde está la Tierra?

Observaron el gran panorama del firmamento, que se extendía ante ellos como un gran manto de terciopelo negro tachonado de joyas multicolores. El Sol brillaba ante ellos como un ojo cegador y encolerizado.

—El sol está allí, enfrente. ¡Uf, qué horno! La Tierra debe quedar por allí, con Mercurio y Venus. La distinguiremos porque debe presentar sus fases a Marte, como la Luna vista desde la Tierra...

—En efecto... allí... mira esa estrella de color verde claro... como a un grado del cuarto creciente plateado... en forma de media luna. ¡Es la Tierra, George! ¡Sé que es la Tierra!

George miraba con atención y pronto estuvo dispuesto a asegurar que la media luna verdosa era la Tierra y el astro plateado que aparecía cerca, Venus.

—Si pudiéramos ver la Luna, estaríamos seguros.

Desde el suelo, donde se había sentado, Forrest oyó la discusión y gritó de súbito:

—¡Ahí está! ¿Ven ese débil resplandor sobre el hemisferio oscuro? ¡Es la Luna...! ¡*La Luna!*

Ellos también vieron el resplandor luminoso que decía el muchacho. Fue suficiente para convencerlos de que el planeta verde claro era la Tierra. Pero la dificultad estaba en cómo orientar la nave en aquella dirección. Parecía viajar sin rumbo a través de los cielos.

Brett tocó la barra roja oscilante con inseguridad, temiendo detener la nave, pero no pasó nada mientras movía la barra en la muesca. Aguardaron, expectantes.

—¡Funciona! —gritó George—. Aunque nos desviemos más hacia el Sol...

Brett movió un poco la barra. Les pareció que el cielo daba vueltas a su alrededor a medida que cambiaban de rumbo para enfilar directamente la media luna verde. Los que habían oído la conversación de los dos ingenieros aplaudieron, convencidos de que los pilotos les llevarían de regreso a casa, sanos y salvos.

—Brett, sospecho que por ahora no hay nada más que hacer. Podríamos bajar y dejar que la nave haga lo demás...

Pero Brett no opinaba igual.

—No; uno de nosotros debe montar guardia en todo momento para vigilar el «timón».

Sabremos si la nave se desvía de su curso centrandó la Tierra en el tablero. ¿Ves esa piececita parecida a un dedo que sobresale? Nos guiaremos por ella. En este momento parece cortar a la Tierra en dos.

De cuantos estaban a bordo, sólo McCarthy tenía un reloj que funcionaba, pues era de caja hermética. Le dio cuerda. George montaría una guardia de cuatro horas para ser relevado por Brett, quien trataría de dormir hasta que le tocara el turno.

Cuando bajó de la tira, Brett se encontró con Dell, que le esperaba.

—Has estado maravilloso —declaró—. Me conformaría con salvar a los niños.

Brett declinó el halago.

—Todavía no hemos llegado —observó, arrepintiéndose en seguida de haberlo dicho; lo hizo por modestia.

Dell lo comprendió y sonrió con optimismo.

—Te aseguro... que cuando llegemos a casa, organizaré un movimiento para liberar a todos los animales domésticos de la Tierra.

—Ahora sé lo que significa para un animal el verse sometido a otro ser cuyo idioma no es el suyo y que le impone sus caprichos.

—Supongo que la incomunicación es el principal problema. Dios sabe que ha sido una experiencia horrible para todos nosotros.

Brett quiso decir algo más, pero estaba rendido de sueño. La muchacha se dio cuenta de ello y le propuso que descansara. Apenas se tendió en el suelo quedó dormido. No había descansado durante los últimos tres o cuatro días. Pero casi en seguida le despertaron. Alguien le sacudía por los hombros y le gritaba al oído:

—¡Brett, Brett..., despierte! ¡Los decápodos nos han capturado!

## 10

El sueño se disipó de inmediato. Se puso en pie, miró a través de la pared transparente de la nave y vio un espectáculo espantoso. Allí, a menos de mil metros, estaba la gran nave de los decápodos.

—¡Nos arrastran hacia Marte!

Los hombres estaban serios y las mujeres llorosas. Mattie gemía y rezaba sin cesar.

Le bastó una ojeada para saber que era verdad. La nave enemiga los arrastraba a velocidad muy superior a la que ellos podían desplegar, lejos del Sol, lejos de la Tierra, conduciéndolos a Marte... Aunque invisible, existía un lazo entre las dos naves.

George le explicó en dos palabras lo ocurrido. De improviso se había acercado la inmensa nave, inadvertida hasta que estuvo muy cerca y vieron el reflejo del Sol en su casco dorado. Al principio no comprendieron que los tenía en su poder.

Brett trepó hasta los mandos y vio que nadie los había tocado, si bien ahora la barra oscilante se movía sin rumbo. Estudió un instante los aparatos y una hilera de botones cuyo uso desconocía. Se los mostró a George.

—¿Los probamos? Quién sabe para qué sirven...

George estuvo de acuerdo.

—Lo pensé, pero no me atreví a probarlos.

—No nos hará daño intentarlo. En Marte nos espera la muerte. Primero probaré este botón verde. ¡Sujétate!

Mientras hablaba, apretó el primero de seis botones verdes que se alineaban en la parte inferior del cuadro de mandos.

Aguardaron conteniendo la respiración. ¡No ocurrió nada!

—Equivocado —murmuró Brett y apretó el segundo.

—¡Están quedándose atrás! —gritaron los de la nave.

Brett se volvió para comprobarlo. Era como si ellos estuvieran inmóviles y la nave de mayor tamaño encogiese rápidamente.

—Gracias a lo que hiciste has contrarrestado su poder... —gritó George alegremente, y luego agregó—: ¡Buen Dios!... ¡Vuelven!

Mientras gritaba, el enemigo creció, lanzándose sobre ellos.

Brett dedicó toda su atención a los mandos, giró al máximo las tres grandes perillas y luego maniobró el «timón» hasta enfilar directamente la Tierra. Aunque era difícil calcular la velocidad, parecía como si la aproximación de la nave perseguidora fuese menos rápida que antes. Pero era evidente que la nave grande tenía más velocidad y casi en seguida anuló la escasa ventaja que le habían sacado.

—Bien —dijo, sombrío—, supongo que no nos queda sino probar los demás botones. ¡Prepárense...!

¡Dicho esto apretó el tercer botón! Un grito de asombro recorrió la nave. Fuera no se veía nada: estaban envueltos en una neblina que rodeaba toda la máquina. Un instante después la nave se balanceó, pareció capotar... y luego se estabilizó.

Esperaron y volvieron a sentir un súbito balanceo. Al tercero, Brett gritó:

—Están disparando desde la gran nave...

Para corroborar sus palabras, la de ellos recibió otro impacto. Luego transcurrieron cinco o diez minutos sin que nada ocurriese.

—¿Crees que han renunciado a seguirnos?

—Es posible, pero esta niebla que nos rodea no me gusta. ¿Para qué servirá el próximo botón?

—Pruébalo —ordenó George.

La niebla desapareció; vieron nuevamente el vacío, donde la nave enemiga aparecía como un gran ojo perverso a mil metros de distancia.

—¡Cuidado! ¡Van a disparar otra vez!

Brett vio el rayo que salía de un costado de la nave, mientras George gritaba. Al mismo tiempo pulsó el tercer botón. Al instante quedaron envueltos en aquel humo que parecía una niebla blanca. El balanceo fue más notable que antes y la máquina fue zarandeada como un corcho en medio de la corriente.

—¡Ya veo! Esta niebla es una pantalla de energía, que nos protege de los rayos.

¿Llevará nuestra nave esas armas?

—¡El quinto botón! —declaró George.

Brett asintió.



—Sí, ¿pero cómo lo usamos?

—El rayo parece salir directamente de la proa. Tal vez, si damos media vuelta...

Brett no perdió tiempo y movió la barra oscilante. No sintieron aceleración alguna, pero cuando la barra quedó perpendicular a su posición anterior, accionó el botón que disipaba la pantalla de energía, listo para pulsar el botón de al lado si el enemigo se les adelantaba.

Estaba tan cerca como antes y el peligro era inminente, pero Brett descubrió que su nave no apuntaba bien. Volvió a mover la barra, enfilando derecho contra la gran nave.

Luego disparó el quinto botón del cuadro. La nave enemiga lo hizo al mismo tiempo.

Los espectadores lanzaron un grito. Algunos se cubrieron el rostro con las manos, otros observaron con el rostro contraído, inmóviles... Los dos rayos se habían encontrado casi en el punto medio entre las naves. Hubo una terrible explosión de luz rojiza y siniestra, aunque ningún sonido atravesaba el vacío insondable. Brett se apresuró a conectar la pantalla de energía.

Aguardó un tiempo razonable antes de volver a quitarla. George estaba preparado para apretar el botón del rayo, de modo que el haz de rayos atravesó la oscuridad casi simultáneamente con el levantamiento de la pantalla.

En la nave pequeña se oyó un grito cuando el rayo acertó en el casco de la nave decapodiana, pero Brett no esperó a ver el resultado, sino que conectó en seguida la nube de protección. Dejó transcurrir cinco minutos antes de mirar.

La gran nave seguía allí, algo más lejos pero intacta, envuelta en una densa nube que resplandecía como un puñado de diamantes expuestos a la luz del Sol.

La decepción invadió los corazones de los terráneos cuando Brett volvió a poner la pantalla.

—No podemos hacer otra cosa sino continuar —confesó—. Mientras tengamos la pantalla estamos a salvo y ellos también. Demos media vuelta e intentemos regresar a casa...

Devolvió la barra a su posición original, quitando la pantalla un instante para ajustar el rumbo en dirección a la media luna verde que era «casa». Al volverse vio que el enemigo seguía envuelto en su niebla.

Envió a George a dormir y sugirió a los demás que comieran. Jerry había robado media docena de palas, lo único que hallaron a mano en el comedor, y los terráneos formaron fila para recibir su ración. Después de comer frugalmente, los que se vieron en condiciones de dormir lo hicieron, acomodándose lo mejor que podían en el suelo. Las mujeres se reunieron en el cuarto contiguo por la mínima intimidad que éste les ofrecía, aunque en medio sólo había una pared transparente.

Brett se deslizó al suelo. Forrest se le acercó.

—¡Caramba, señor Rand! Ha estado usted grandioso. Es lo mismo que en los cuentos, aunque me habría gustado «cargarme» esa nave de ahí...

—A mí también, pero de momento, la situación queda estacionaria. No hemos de correr riesgos. Quizá se descuiden ellos primero.

Buscó a Dell con la mirada y la vio en el otro cuarto, inclinada sobre una de las mujeres. Se acercó a unos dispositivos del centro de la nave y los estudió, intrigado. De ellos provenía el suave zumbido que llenaba el aire, pero no vio piezas en movimiento.

Luego reparó algo que no había visto antes.

En el suelo había un disco circular de más de un metro de diámetro. En su centro se veía un disco menor algo hundido en el suelo. Titubeando, alargó una manó para tocarlo.

A esto el disco mayor se descorrió mostrando una cámara circular de unos treinta centímetros de profundidad. En su base había otro pulsador semejante al de la placa superior.

—Extraño —murmuró en voz alta y buscó algo que arrojar dentro. Se arrancó un botón de la manga, lo dejó caer sobre el disco inferior, cerró el superior y aguardó, pero no ocurrió nada. A través del metal transparente veía el botón en el lugar donde lo había colocado. Añadió—: Debe existir algún tipo de mando... ¡Ah!... Aquí lo tengo...

En el pulsador había una minúscula palanca empotrada, de poco más de tres centímetros, y la alzó con la uña. A través del disco superior vio que el casco se abría, descubriendo el vacío del Espacio. El botón cayó por el orificio y el mecanismo se cerró automáticamente, con un chasquido.

—¡Una compuerta estanca! —musitó—. Si la hubiera encontrado antes, habría sabido con seguridad que la nave era hermética. ¡Buen dispositivo para eliminar sobras!...

Varias horas después regresó al cuadro de mandos. Verificó el rumbo quitando un instante la pantalla de niebla y luego volvió a ponerla. La nave de los decápodos seguía envuelta en su manto protector. Luego se fijó en el sexto y último de aquellos botones providenciales. ¿Para qué serviría?

Después de un segundo de duda, decidió arriesgarse y lo accionó. Una pequeña porción circular del cuadro se desplazó mostrando una superficie plana y lustrosa, donde brillaban puntos de luz. Se sorprendió al ver una media luna verdosa en el centro del disco. ¡Casi gritó de alegría! Ya no necesitaban quitar la pantalla de energía para navegar, pues aquello era nada menos que una pantalla vigora. ¡Ya no volaban a ciegas!

Transcurrieron varias horas. George y los demás despertaron, comieron de nuevo y George pasó a ocupar su puesto ante los mandos. Brett propuso mejorar el alojamiento de las mujeres. Había visto algunos ganchos en la pared y decidió que podrían fabricar una cortina si todos los hombres cedían la chaqueta o la camisa. En la nave hacía calor y no las necesitarían. La señora White-Smythe sacrificó su chaqueta y la señora Burton un pañuelo de seda, lo que les permitió colgar una buena cortina utilizando una de las «correas de perro».

—Si tuviéramos agua, podríamos adecentarnos —comentó Dell mirando sus manos sucias.

—Tenemos agua —declaró Forrest—. Una de las cubas está llena de agua. Sacúdala y oírás el chapoteo...

Se lanzaron en tropel hacia donde él había indicado. Brett reflexionó. El alimento calmaba la necesidad de beber agua pero, al verla, se sintió sediento. Notó que varias personas se pasaban la lengua por los labios. Todos apetecían un trago refrescante. Pero meneó la cabeza. Temía que si probaban el agua querrían más y el barril no duraría mucho tiempo. Pero todos se sentirían mejor si se aseaban. Explicó todo esto, y sólo uno se opuso: el congresista Howell.

—¿Desde cuándo da usted las órdenes aquí, señor Rand? —inquirió—. No recuerdo que hayamos votado...

Brett levantó sorprendido la mirada. No lo habían hecho, y en realidad parecía innecesario. Hasta entonces había asumido el mando porque le parecía natural, teniendo en cuenta que nadie se había hecho cargo.

Un largo silencio siguió a las palabras de Howell. Brett comenzó:

—En efecto, tiene usted razón. Yo...

No pudo continuar. La Matrona Militante intervino:

—Congresista, creo que hasta ahora el señor Rand ha desempeñado bien su tarea, y si hay que votar yo seré la primera que vote a su favor. De no ser por él seguiríamos allí... en Marte —conque al fin admitía la verdad—. Ha sido el único hombre con agallas... sí, he dicho agallas... para rescatarnos y considero que debe ser nuestro capitán. Compañeros, ¿qué opinan? —miró a los otros y obtuvo como respuesta un aplauso unánime. Howell le volvió la espalda, furioso.

Todos recibieron su ración de agua, turnándose las cinco palas de comida (la sexta era utilizada como cazo). Sólo pudieron humedecerse el rostro y las manos. Pero una mujer tuvo la brillante idea de verter toda el agua en la compuerta estanca de la cabina de ellas (habían encontrado otra allí), para poder lavar alguna ropa.

Brett se pasó la mano por la barba crecida mientras esperaba su ración de agua, echando en falta una navaja de afeitar. Forrest se acercó tímidamente.

—¿Quiere una maquinilla, señor Rand?

Brett levantó la mirada y sonrió.

—Tengo una —confesó el muchacho en un susurro mientras se pasaba la mano por su mentón imberbe—. Unos chicos más grandes que yo se burlaban porque

todavía no me afeito... en la Tierra, se entiende. El día que llegaron los decápodos... yo salí a comprarme una maquinilla... Pensé... afeitarme para que me creciera la barba. No lo he dicho porque pensé que se reirían de mí, pero si usted les dice que la compré para mi padre...

El hombre tuvo ganas de darle un abrazo. La maquinilla, de calidad vulgar, estaba oxidada, pero no le importó. Casi gritó de júbilo cuando Forrest sacó un tubo de crema de afeitar que llevaba en el bolsillo.

Los demás acudieron para solicitar el próximo turno. Forrest insistió en que su héroe se afeitara primero. Los demás, agregó con un gesto despectivo de la mano, podían arreglárselas con las sobras... o algo así.

El reverso de las pantallas de energía podía servir de espejo, y Brett utilizó una para afeitarse. Después de algunas dificultades por lo hirsuto de la barba, y cortándose más de una vez, logró un afeitado pasable. Luego entregó la maquinilla a quien correspondía según los turnos. Por suerte, el muchacho había comprado también toda una caja de hojas. Cada hombre guardó su hoja para usos posteriores.

Dell apareció con las demás mujeres.

—Me siento una mujer nueva —rió—. Cuesta creer los milagros que puede hacer un poco de agua...

Las abluciones infundieron en los terráneos una nueva sensación de vida, un levantamiento de la moral. Sus ojos brillaron y sus voces alegres resonaron en la nave.

Cuando le llegó el turno de ocupar los mandos, Brett volvió a quitar la pantalla de energía para comprobar si los decápodos aún les seguían. No había terminado de volver a ponerla cuando un impacto sacudió la nave. Era indudable que les seguían.

Habló con George. ¿Debían tratar de rechazar al enemigo otra vez? Decidieron consultar con los demás aquella cuestión fundamental. ¡La mayoría votó a favor de la guerra!

La nave se desvió una vez más de su rumbo para enfrentarse al enemigo. Brett procuró centrarlo en la pantalla visora. Luego apretó el botón que quitaba la pantalla de energía, pero tuvo que conectarla casi en seguida. La nave fue sacudida por un rayo de los decápodos que relampagueó a través del vacío.

Por dos veces ensayó la misma táctica, y la otra nave disparó dos veces; la tercera los decápodos le imitaron y quitaron su pantalla de protección. Brett disparó sin demora y acertó.

—¡Tocada! ¡Tocada! —gritó George. Vieron que la gran nave se tambaleaba, perdía el rumbo e intentaba enderezarse. No pudo hacerlo. Carecía locamente de un lado a otro.

Pero los decápodos aún no habían terminado. Un rayo blanco atravesó la oscuridad, pero ni siquiera rozó la nave.

Los decápodos intentaron conectar su pantalla de protección. Aunque relampagueó dos veces, se apagó casi en seguida. Brett volvió a lanzar el rayo, pero

el enemigo se había alejado y ahora la distancia era excesiva.

Los persiguieron varios minutos pero, aun estando averiada, la gran nave podía acelerar más y se alejaba rápidamente por donde había venido... de regreso a Marte...

El piloto lanzó un suspiro de alivio, dio media vuelta y puso una vez más proa a Tierra.

Aún estaba lejos, muy lejos, y nadie sabía cuánto tiempo iba a durar el viaje.

Sin nuevas interrupciones, la monotonía del espacio comenzó a pesar en los pasajeros.

Las voces bajaron, los ojos se apagaron y los cuerpos se relajaron, por no haber nada en que ocupar la mente ni el cuerpo. Comenzaron a aborrecer la comida; muchos padecían indigestiones además de los resfriados contraídos en Marte.

Brett comenzó a preguntarse si llegarían vivos a casa. Comprendió que él también estaba mal; las emociones de la huida y la lucha con los decápodos le habían impedido recordarlo, pero ahora que tenía tiempo para darse cuenta de su estado, supo que se hallaba realmente enfermo.

Pasaron horas interminables y, con ellas, las enfermedades empezaron a bordo.

Clarice y la señora Burton estaban muy graves; permanecían en el otro cuarto y ni siquiera salían para comer. Mattie había vuelto a los rezos, poniendo a Dios por testigo de los pecados de todos ellos. La señora Snowden pasaba la mayor parte del tiempo tumbada en un rincón y la Matrona Militante, aunque intentaba ayudar a Dell y animar a los demás, se hallaba visiblemente enferma. Varios hombres se hallaban en el mismo estado, rechazaban los alimentos; a Forrest le brillaban demasiado los ojos.

Sentado en un asiento tejido con las tiras colgantes frente al cuadro de mandos o echado en su rincón, Brett descubrió que durante largos períodos su mente parecía alejada de su cuerpo. Los momentos de lucidez eran cada vez más escasos. A veces creía hallarse en Marte, otras en su escritorio de la Oficina de Normas. En otras ocasiones se oía hablar en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

—Es la comida —oyó que Dell le decía a George—. Se está pudriendo...

Estas palabras lo despabilaron. Corrió a la cuba abierta que usaban, pues las otras tres ya estaban vacías. Probó la comida y sólo mediante un gran esfuerzo logró no vomitar.

Estaba corrompida.

Llamó a George.

—Abramos el último tonel.

También se estaba pudriendo.

—No hay más comida —constató.

A la hora de la comida siguiente, sólo se repartió agua del barril semivacío. Nadie pareció reparar en el cambio ni preocuparse. Brett se arrastró hasta el cuadro de mandos para comprobar el rumbo. La Tierra de manto verde se hallaba en el punto

muerto de la pantalla, pero aún parecía muy lejana. Experimentó un acceso de pánico. ¡Tal vez habían dejado de avanzar!

## 12

Contempló largo rato el globo lejano. Por un momento olvidó lo que era en realidad; se había convertido en un símbolo, un símbolo o meta, pero fuera de esto no recordaba nada más. Era como si el vacío hubiera existido siempre y fuese lo único que él conocía. Pero no podía apartar de su mente el profundo deseo que sentía por aquel hemisferio verdoso con su diminuto satélite, pues la Luna ya destacaba un poco en la oscuridad, alumbrando con su resplandor al planeta madre.

Alguien le despertó para decirle que Clarice había muerto y que Mattie desfallecía rápidamente, pero las palabras apenas significaban nada. Sabía que Kent ya había muerto y que otros se hallaban en un coma profundo del que era imposible sacarlos.

Cuando volvió en sí advirtió un olor desagradable. Le desconcertó, hasta que se dio cuenta de que provenía de la provisión alimenticia podrida. Una señal de alarma resonó en su interior, comprendió que era necesario sacar los alimentos de la nave. Al principio le había preocupado la provisión de aire, temiendo que pudieran quedarse sin él, pero luego descubrió que uno de los dos motores de la nave estaba destinado a mantener el aire limpio y puro. Pero con aquella putrefacción que salía de las cubas, el aire pronto se haría irrespirable. Tenían que vaciarlas.

Buscó ayuda a su alrededor y vio que George dormía, agitándose débilmente en sueños, lo cual era síntoma de fiebre. Moore, el comerciante, yacía boca arriba, roncando espasmódicamente; los mofletes habían desaparecido de su rostro y su piel era de un amarillo enfermizo. Howell descansaba en una posición poco natural. Al inclinarse sobre él, Brett vio que estaba muerto. El mulato Harris estaba hecho un ovillo y le corría el sudor por el rostro. El gran negro Jeff y Jerry el periodista parecían los únicos de aspecto normal. Forrest respiraba con dificultad; McCarthy yacía abrazando al perro y deliraba.

Brett despertó a Jeff y a Jerry y les dijo lo que había que hacer. Estaban sin fuerzas, pero juntos lograron empujar el par de toneles hasta la compuerta estanca y verterlos. Tuvieron que repetir varias veces la operación, y los tres sufrieron con aquella horrorosa tarea, pues el repugnante olor los mareaba. Se vieron obligados a rascar los fondos, pero al fin terminaron y cerraron herméticamente los toneles.

Los muertos constituían otro problema, pero no les agradaba la idea de lanzarlos al espacio. Apilaron los cadáveres a un lado y los cubrieron con lo que había sido

cortina para el cuarto de las mujeres.

La nave de la muerte siguió avanzando, acercándose poco a poco a su objetivo. Desde el suelo, Brett levantaba la mirada de vez en cuando y veía a George colgando de las tiras, con los ojos cerrados. Pero la situación apenas era captada por su cerebro, pues volvía a hundirse en el reino irreal del delirio. Intentó varias veces salir de tal letargo, pero era demasiado esfuerzo. No sabía que se había levantado varias veces como un sonámbulo para andar entre los demás, apoyando la mano en algunas frentes. Cuando volvió a despertar, encontró sus brazos rodeando un cuerpo delgado aunque cálido.

Fijó la mirada con cierta dificultad y supo que era Dell Wayne la que estaba allí. Le sorprendió su aspecto, sus mejillas hundidas, la profundidad de sus ojeras. Se asustó, temiendo que estuviera muerta, y apoyó la cabeza sobre su corazón. Latía. El movimiento despertó a la muchacha. Ella logró sonreír.

—Brett..., amigo Brett —murmuró con voz apenas audible—. Supongo que esto es el fin..., ¿no? Me alegro de haberte conocido... Brett...

El sentido de estas palabras le hizo reaccionar y supo que no quería morir.

—No..., no..., no moriremos..., no podemos morir. Hemos pasado juntos demasiadas vicisitudes para morir..., no puedo permitir que mueras..., ¿comprendes? Dell..., te quiero..., te quiero mucho. No podemos morir... todavía...

Ella no respondió, aunque le sonrió enigmáticamente. Luego ambos guardaron silencio y se hundieron en esa semi-muerte del sueño.

Ni el primero ni el segundo grito los despertaron. Fue necesario que Forrest los sacudiera enérgicamente para que despertaran.

—La Tierra... —chillaba—... la Tierra... en nuestro camino. ¿No comprenden? ¡Casi hemos llegado... a casa...! ¡A casa!

La última palabra lo consiguió, Brett despertó y miró, encendido, los ojos aún más encendidos del muchacho.

—¿A casa? —preguntó quejumbrosamente—. ¿A casa?

Luego intentó ponerse en pie y levantar a Dell. Miró por el costado de la nave (hacía mucho que habían quitado la pantalla de energía, después de comprobar que la nave decapodiana había desaparecido realmente). Era verdad. Ante ellos, ocupando casi todo el cielo, aparecía el ancho globo verde de la Tierra. A un lado brillaba un delgado cuarto del satélite. Ya se hallaban dentro de la órbita de la Luna.

Pese a su debilidad, Brett logró trepar hasta el cuadro de mandos, observando con ojos anhelantes el gran planeta que aparecía ante él, divisando los característicos contornos de los continentes, a medida que el globo giraba lentamente, una mitad a oscuras y la otra iluminada.

No supo cuánto tiempo permaneció allí. Abajo notaba los movimientos de sus compañeros, pues Forrest los despertaba casi a todos. Sabía que la aproximación aún iba a tardar horas, pero no importaba, nada importaba puesto que la fisonomía de la Tierra aparecía ante sus ojos, alternando entre la luz y la oscuridad. Poco a poco

perdió su forma de globo, los horizontes se enderezaron y, con una rapidez que le sorprendió, descubrió que el cielo ya no era negro... que empezaba a tener color... celeste claro al principio y luego más oscuro. ¡Estaban dentro de la atmósfera!

Luego pareció que caían, que caían demasiado rápido a medida que el mar y la tierra corrían a su encuentro. «Frena, frena», ordenó su cerebro, «frena antes de que nos estrellemos».

Había que girar las tres perillas. Forcejeó con ambas manos, luego notó que alguien le ayudaba y vio que era George, La nave se enderezó, y con la misma velocidad que les parecía tan increíblemente lenta en el espacio, volaron por el aire a unos ocho kilómetros de la superficie. La aceleración disminuyó y Brett empuñó la barra. Habían llegado al polo sur de la Tierra, y dirigió la nave hacia el norte.

Los que estaban en mejor estado se incorporaron, apiñándose junto a las paredes para observar con avidez el hemisferio diurno. La noche cayó bruscamente sobre ellos y siguieron volando. Por las constelaciones, Brett supo que habían cruzado el ecuador y orientó el rumbo guiándose por la estrella polar. Amanecía cuando comprendió que se hallaban cerca de la costa de Virginia. Allí estaba el gran brazo de tierra que era la orilla oriental de Chesapeake Bay. Sobrevoló la bahía, siguió su contorno e intentó recordar los nombres de los ríos que desembocaban en ella.

Encontró el río que buscaba, el majestuoso Potomac y siguió su curso. Poco después vio el maravilloso emplazamiento de Washington, la minúscula aguja de piedra que era el Monumento. Poco después, la nave sobrevoló Haines Point, y Brett detuvo la barra oscilante.

La nave se lanzó hacia abajo, cayendo hacia el suelo, frenado su empuje delantero. A medida que la Tierra se acercaba a su encuentro, George y él atrasaron los tres diales hasta el cero. El viaje había terminado.

La nave se posó como una pluma sobre el césped del campo municipal de golf, no lejos del lugar donde, un fatal día de cinco semanas atrás, había aterrizado la gran nave de los decápodos.

Washington volvió a presenciar la llegada matinal, pero sólo había policías y soldados para recibir a los viajeros. Bolling Field y el Aeródromo Naval habían enviado aviones al lugar y las ametralladoras apuntaban amenazadoramente hacia allí. Un grito de asombro saludó al primero de los demacrados pasajeros que desembarcó. Manos solícitas les ayudaron mientras los que no podían caminar eran evacuados con precaución.

Una semana después Brett Rand, rodeando con un brazo a su esposa, recibió a los periodistas en casa de su hermano. Todavía delgados y pálidos, los recién casados manifestaron su alegría por estar en «casa».

—¡Dedicaré mi vida a liberar a todos los animales domésticos de la tierra! — declaró la señora Rand cuando le preguntaron si pensaba seguir una «carrera».



—Después de la luna de miel —manifestó Brett—, George y yo nos dedicaremos a estudiar la nave de los decápodos. Podremos aprender muchas cosas de ella, mecanismos totalmente nuevos para la ciencia...

—¡Ésa, muchachos, es una gran tarea! —exclamó George, hablando desde la oscuridad.

\* \* \*

Este cuento, *Los cachorros humanos de Marte*, no soporta una segunda lectura como sucede con la mayoría de los relatos de este libro, además, me molesta el torpe trato que se hace de los negros. Pero recuerdo que cuando lo leí por primera vez, el cuento me pareció verdaderamente estupendo. Admito que incluso la primera vez que leí el relato me pareció inverosímil que unos terráqueos pudieran apoderarse de naves extrañas y manejarlas tan bien como para llegar a vencer en maniobras y en combate a los inventores de éstas. Pero todo relato que ponga en escena a unos héroes indomables ganando contra terribles obstáculos siempre resulta popular, y tales situaciones me atraían, tanto en la lectura como en mi escritura. En muchas obras mías, un hombre se enfrenta a todo un mundo. Aunque, hablando de aventuras descabelladas, siempre recuerdo mi novela *The Currents of Space*.

A fines de 1936, y supongo que estimulado por la lectura de *Los cachorros humanos de Marte*, ya no pude aguantar más. Me había hartado de escribir páginas interminables de fantasía, que no me conducían a ninguna parte, y decidí abordar por primera vez la ciencia-ficción.

No recuerdo los detalles de la primera obra de ciencia-ficción que quise escribir. Desde luego, era una novela. Una vez más, como si los fracasos no me hubieran enseñado nada, emprendí un relato largo, incoherente e invertebrado, semejante a la fantasía que acababa de abandonar y (en este sentido) semejante a mi *The Greenville Chums at College* de hacía cinco años. Inventaba a medida que adelantaba, y nunca sabía cómo iba a continuar la página siguiente.

No es que esto sea malo de por sí. Hoy en día, cuando empiezo una novela, nunca la tengo muy detallada y tiendo a crear a medida que avanzo. Pero siempre conozco el final; sé a dónde me dirijo. Hasta los diecisiete años no comprendí que esto era fundamental, que era importante conocer al menos la meta perseguida.

Estaba condenado a aburrir aquellos esfuerzos interminables y tortuosos. Por consiguiente, cuando me veía atascado en la arena movediza literaria, cosa que ocurría tarde o temprano, abandonaba. La novela de ciencia-ficción murió lo mismo que mis ensayos anteriores.

Lo que recuerdo de mi novela de ciencia-ficción es que al principio hablaba mucho de la quinta dimensión y que luego se producía alguna catástrofe que destruía la fotosíntesis (creo que no era en la Tierra). Recuerdo una frase palabra por palabra:

«Bosques enteros se alzaban agostados y pardos en pleno verano». No sé por qué lo recuerdo.

El manuscrito se conservó hasta poco después de que yo hubiera comenzado a publicar mis cuentos. Recuerdo que lo releí en cierta ocasión (quizá fue en 1940) y noté que, en conjunto, el vocabulario de aquel esbozo era más extenso que el de los cuentos posteriormente publicados. En mis comienzos aún era tan ingenuo como para creer que eso no desmerecía mis cuentos, como si hubiera declinado mi capacidad literaria al simplificar el estilo.

Ahora que lo recuerdo me siento bastante incómodo al comprender que aprendí muy poco por medio del estudio detenido y el análisis inteligente de lo que leía, pues progresaba por mera intuición. Era ya un escritor conocido y aún ignoraba que existen libros y cursos para aprender a escribir.

Naturalmente, a veces afirmo que para mí fue una suerte no asistir a cursos ni leer libros de preceptiva literaria. Doy a entender que ello habría estropeado la espontaneidad de mi estilo, que me habría inducido a adoptar una redacción artificiosa, que me habría aprisionado con reglas que no podría respetar sin esterilizarme.

Como es lógico, esto puede ser una mera justificación destinada a aceptarme tal como era.

Bien, así era, y no hay que darle más vueltas. Durante mi época de estudiante sólo dediqué mi atención a las ciencias (a la química y las matemáticas sobre todo), restando importancia a los cursos de literatura, que me aburrían. Cuando me puse a escribir, seguí el camino de mi intuición.

Lo mismo que la «Astounding» de Clayton, «Wonder Stories» conoció un inesperado renacimiento. La adquirió una cadena de publicaciones sensacionalistas, que publicaba varias revistas con la palabra «Thrilling» en el título. Después de un lapso de tres meses, «Thrilling Wonder Stories» regresó a los puntos de venta en agosto de 1936. Y sólo costaba quince centavos.

Fue un gran fracaso. En sus últimos tiempos, «Wonder Stories» había mantenido una dignidad, realzada por las cubiertas de Paul, artista íntimamente asociado a la historia de la ciencia-ficción de ese decenio. Pero ahora «Thrilling Wonder Stories» era realmente una revista sensacionalista: por su nombre, por sus cuentos e incluso por su presentación. En efecto, las primeras cubiertas de la nueva época solían representar seres extraterrestres con ojos tan saltones, que los aficionados empezaron a hablar de «monstruos de ojos de cucaracha», expresión rápidamente abreviada con el término de «bems» («bug eyed monsters»), para satirizar la ciencia-ficción ramplona.

Pero a veces «Thrilling Wonder Stories» publicaba relatos interesantes. En su tercer número, el de diciembre de 1936, apareció *Los ladrones de cerebros de Marte*,

de John W. Campbell, Jr.

# LOS LADRONES DE CEREBROS DE MARTE

John W. Campbell, Jr.

## 1. IMITACIÓN DE LA VIDA

Rod Blake levantó la mirada, con ancha sonrisa. El cielo de Marte era casi negro a pesar del sol pequeño y brillante, el desusado resplandor de las estrellas y el fuerte albedo de los planetas, principalmente la Tierra, a unos noventa millones de kilómetros de distancia.

—Estarán distraídos persiguiéndonos allá, Ted —dijo refiriéndose al brillante planeta.

Ted Penton sonrió, beatífico.

—Sin duda nos buscan en nuestras guaridas habituales. Culpa de ellos será, si no logran encontrarnos... ¡Declarar fuera de la ley la energía atómica...!

—Reconocerás que no les faltaban razones. Koelenberg debió ser más cuidadoso. Si un hombre destruye ochocientos kilómetros cuadrados del centro de Europa con una explosión atómica, no puedes culpar al resto del mundo por mostrar algo de pánico ante la investigación sobre la energía atómica.

—Pero podían tener la inteligencia de comprender que quien poseyera el secreto no se dejaría intimidar por la Pena de Muerte para la Investigación sobre Energía Atómica, sino que buscaría lugares y planetas desconocidos y dejaría el plato en manos de un abogado hasta que las aguas volvieran a su cauce. Cuando desarrollamos la energía atómica resultó evidente que seríamos los primeros en llegar a Marte y que nadie podría obligarnos a regresar, a menos que aceptase la detestada energía atómica y la utilizara —argumentó Blake.

—Me gustaría saber cómo entendió nuestra defensa el viejo Jamison Montgomery Palborough —comentó Penton—. Dijo que lo arreglaría todo antes de tres meses, y estamos en el tercer mes y el tercer planeta. Dejemos que el gobierno se inquiete y naveguemos, amigo, naveguemos. Todavía afirmo que lo que vimos al aterrizar era una ciudad en ruinas.

—Pienso lo mismo, pero recuerda que saltaste como un canguro la primera vez que pusiste un pie en la Luna. Seguro que te diste un gran porrazo.

—Ahora somos profesionales en la tarea de caminar sometidos a fuerzas de gravedad insólitas. La Luna..., Venus...

—Sí, pero no pienso arriesgar mi pellejo enfrentándome a un planeta extraño y una raza extraña a la vez. Primero investigaremos el planeta, y aquel hoyo lodoso

será la primera parada. En marcha.

Llegaron a la cima de una de las largas y onduladas dunas, y otearon el paisaje. Era exactamente igual al que habían visto desde la duna anterior, tan absolutamente yermo, desierto y rojo. Era como un planeta de hierro muy abandonado y oxidado.

El hoyo lodoso estaba a sus pies: una extensión de barro rojo y castaño, poblada de vegetación color rojo oscuro.

—Parece un arce japonés —dijo Blake.

—Es evidente que no emplea clorofila para absorber la energía solar. Tomemos algunas muestras. Tú tienes tu revólver de rayos ultravioletas y yo el mío. Supongo que podemos separarnos sin peligro. A la izquierda hay un gran grupo de cosas que parecen algo distintas, Yo iré allí mientras tú avanzas en línea recta. Recoge todas las flores, frutos, vainas o semillas que encuentres, Pocas hojas..., ya sabes. Lo que hicimos en Venus. Si encuentras una planta pequeña, ponte los guantes y arráncala. Si es grande, mantén una distancia prudente. En Venus había algunos ejemplares bastante desagradables.

Blake gruñó.

—¡Y que lo digas! Yo fui el genio que se enamoró de aquel hermoso fruto y trepó entre los tallos de un árbol tijera. ¡Ja, ja! Lo liquidé a tiros. En marcha y buena suerte.

Penton dobló a la izquierda, mientras Blake se encaminaba hacia un grupo de plantas de extraño aspecto. Tenían forma de cúpula, de noventa centímetros de altura y una docena de hojas lanceoladas, largas y caídas.

Con sumo cuidado, Blake lanzó un guijarro al centro de una. Se oyó un ruido tamborileante, pero las hojas no se movieron. Tocó una hoja con una cuerda, pero aquélla no acuchilló, no se aferró ni se apartó de súbito, como esperaba a raíz de sus experiencias con las plantas feroces de Venus. Blake arrancó una hoja y luego varias más. La planta se comportaba como una planta, y esto le sorprendió y alegró.

Toda la región parecía poblada de vegetales de tamaño aproximadamente uniforme.

Los ejemplares dispersos aparecían en distintas fases de desarrollo: desde unas pocas hojas lanceoladas, pasando por cúpulas de seis centímetros, hasta la planta totalmente desarrollada. Rod dio un rodeo alrededor de las más grandes, arrancó dos de las pequeñas y las guardó en su bolso de muestras.

Luego se levantó y contempló una de las cúpulas, que colgaba con desmayo sobre el cieno espeso y viscoso.

—Supongo que tienes algún motivo para estar así, pero un buen árbol de verdad echaría sombra y procuraría absorber toda la luz del sol, que no es mucha —observó durante algunos segundos, imaginando un fornido arce japonés en aquel extraño barrizal pardo rojizo.

Se encogió de hombros y reanudó el camino, en busca de otras especies. Había

pocas; por lo visto aquélla desplazaba por completo a las demás variedades. De cualquier modo, no importaba mucho; le interesaba más la ciudad en ruinas que habían visto desde la nave. Ted Penton era precavido.

Blake siguió sus propias huellas para regresar a la nave y se detuvo donde sus pisadas indicaban que había tomado las primeras muestras. Allí había un arce japonés. Medía cerca de cuatro metros y medio y el aspecto de la corteza era maravillosamente uniforme.

Las hojas tenían cerca de seis milímetros de espesor y estaban dispuestas con extraña regularidad, al igual que las ramas. Desde luego era un arce japonés.

La mandíbula de Rod Blake sufrió una seria deformación. Quedó colgando cerca de siete centímetros mientras Blake miraba, desconcertado, aquel arce japonés absolutamente imposible.

Estaba atónito. Luego, su mandíbula se cerró con fuerza y empezó a maldecir en voz baja. Las hojas se mecían un poco y tenían menos de seis milímetros de grueso. Eran delgadas como el papel y delicadamente veteadas. Ahora el árbol era bastante más alto y le habían brotado tres ramas irregulares. Brotaron mientras él miraba, no como yemas sino como ramas totalmente formadas que se extendían muy de prisa. Y mientras él no dejaba de mirar, se convirtieron con rapidez en largos tallos y crecieron normalmente.

Rod lanzó un ruidoso gruñido y volvió rápidamente sobre sus pasos, hacia el lugar donde había visto por última vez a Ted Penton. El rastro describía una curva y Rod avanzó tan rápido como se lo permitía la leve gravedad de Marte, para detenerse en seco después de rodear otro matorral en forma de cúpula y hojas lanceoladas.

—Ven, Ted —jadeó—. Hay una..., una..., cosa extraña. Un..., parece un arce japonés pero no lo es. Porque cuando lo miras, cambia.

Rod se detuvo y empezó a retroceder, llamando a Ted. Ted no se movió.

—No sé qué decir —comentó con toda claridad, algo jadeante y excitado, aunque era una observación bastante normal, excepto un detalle: ¡lo dijo con la voz de Rod Blake!

Rod se irguió. Luego retrocedió a toda prisa, trastabilló y cayó pesadamente en la arena.

—Por amor de..., Ted..., Ted, ¿qu-qué has d-d-dicho?

—No sé qu-qué he d-d-dicho.

Rod gimió. Ted habló con la voz de Rod, cambió rápidamente mientras hablaba y terminó con una pasable imitación de su propia voz.

—¡Ay, Señor! —gimió Rod—. ¡Me voy a la nave ahora mismo!

Empezó a alejarse y luego miró por encima de su hombro. Ted Penton se movía bamboleando los pies de un modo extraño. Levantó con precaución su pie izquierdo y lo sacudió como el que intenta quitarse un pedazo de papel atrapamoscas. Luego

avanzó más rápido que antes. Largas raíces colgaban de sus pies, pero se encogían goteando un cieno viscoso. Rod se volvió con la pistola ultravioleta en la mano.

Hubo un estampido al estallar la energía atómica y un rayo de destructora furia ultravioleta salió disparado, rodeado de una aureola luminosa.

Ted Penton sacó humo, y en el centro de su cabeza se abrió de súbito un agujero del tamaño de una pelota de golf, acompañado de un agudo silbido de vapor y chorros de humo grasiento. La figura no cayó. Se hundió, se derritió rápidamente, como un muñeco de nieve en un horno. Los dedos se pegaron y el resto de la cara se fundió, se contrajo y se volvió horrible. Ahora era el rostro de un hombre cuyos ojos hundidos y turbios hubieran visto y gozado las perversidades de todos los mundos, ojos pavorosamente brillantes que bailaron y llamearon un segundo con el furor insolente del odio mortal..., y desaparecieron con la última disolución del rostro retorcido.

Y los brazos crecieron, se hicieron muy largos y mucho más anchos. Rod permaneció inmóvil mientras dos brazos muy altos y que crecían rápidamente oscilaban hacia arriba y hacia abajo. El bicho despegó y se alejó revoloteando torpemente. Por un instante, el último brillo de los ojos llenos de odio volvió a resplandecer bajo el sol.

Rod Blake se sentó y rió. Rió y volvió a reír ante el espectáculo tan divertido del rostro derretido en el cuerpo de murciélago del bicho que había huido con un agujero chamuscado en el centro de su cabeza, semejante a una toronja. Rió más estentóreamente cuando otra imitación de Ted Penton salió corriendo de un matorral.

Apuntó a la cabeza.

—¡Esfúmate! —gritó mientras accionaba el pequeño botón.

Ésta era más inteligente. Esquivó el tiro.

—Rod..., por amor de..., Rod, estáte quieto —dijo.

Rod se detuvo y lo pensó un poco. Ésta hablaba con la voz de Ted Penton. Cuando volvió a levantarse, Rod apuntó con más cuidado y disparó. Quería que huyera. Volvió a esquivar el rayo, aunque en otra dirección, y corrió con rapidez. Rod se levantó a toda prisa y también corrió. De súbito cayó cuando algo nervudo le aferró por detrás y le sujetó enérgicamente los brazos y el cuerpo, inmovilizándole.

Penton le miró y jadeó con fatiga:

—Rod, ¿qué problema hay y por qué demonios me disparabas?

Rod se oyó reír de nuevo, sin poderse dominar. Al ver el rostro preocupado de Ted recordó el bicho volador con la cara derretida. Como una figura de cera al fuego. Penton levantó deliberadamente la mano y le golpeó en el rostro. Un momento después, Rod se había tranquilizado y Penton dejó de sujetarle los brazos y el cuerpo. Blake suspiró con alivio.

—Ted, gracias a Dios eres tú —dijo—. Escucha, te vi..., a ti..., hace menos de treinta

segundos. Estabas allí y te hablé. Respondiste con mi voz. Eché a andar y tus pies salieron del suelo con raíces, como si fueras una planta. Te disparé a la frente y te derretiste como una figura de cera, hasta convertirte en un bicho parecido a un murciélago. Le brotaron alas y salió volando.

—¡Bah! —murmuró Penton, conciliador—. Es gracioso. ¿Por qué me buscabas?

—Porque hay un arce japonés en donde yo estaba, que creció mientras le daba la espalda y cambió las hojas mientras lo miraba.

—¡Ay, Señor! —murmuró Penton, preocupado, mirando a Rod. Luego agregó con más serenidad—. Será mejor que le echemos un vistazo.

Rod le mostró el camino. Pero el arce ya no se encontraba donde debía estar. Cuando llegaron al lugar donde terminaban las pisadas de Rod, el árbol no estaba allí. Sólo había un matorral lanceolado algo marchito. Rod lo observó con expresión estúpida; luego se acercó y lo tocó con cuidado.

Permaneció en su sitio. No era más que un matorral algo polvoriento.

—Aquí estaba —afirmó Blake, obstinado—. Pero ya no está. Sé que estaba aquí.

—Ha debido ser un..., ¡ejem!..., milagro —comentó Penton—. Regresemos a la nave. Ya hemos paseado bastante.

Rod le siguió meneando la cabeza, dubitativo. Estaba tan distraído que casi tropezó con Penton cuando éste se detuvo emitiendo un leve gruñido de contrariedad. Ted se volvió y miró con atención a Rod. Luego volvió a mirar hacia delante.

—¿Cuál eres tú? —preguntó al fin.

Rod miró por delante de Penton y por encima de su hombro. Había otro Rod delante de Penton.

—¡Dios mío! —exclamó Rod—. ¡Ahora me ha tocado a mí!

—Yo, por supuesto —dijo el que estaba frente a ellos. Lo dijo con la voz de Rod Blake.

Ted lo miró y por último cerró los ojos.

—No lo creo. No creo nada de todo esto. Wo bist du gewesen, mein Freund?

—Was sagst du? —preguntó el que estaba frente a ellos—. ¿Por qué en Deutsch?

Ted Penton se sentó en el suelo, pensativo, Rod Blake miró a Rod Blake, atónito y algo indignado.

—Reflexionemos —murmuró Penton con tristeza—. Debe existir algún modo de averiguarlo.

Rod se alejó de mí y luego yo doblé por el recodo y lo encontré riendo locamente.

Después me dispara. Pero se parece a Rod y habla como él, aunque dice cosas delirantes. Luego echo a andar con él, o con eso, y encuentro a otro que, al menos, parece menos loco que el primero. Bien, bien.

Naturalmente, yo sé alemán y Rod también. Está claro que esa cosa puede leer la mente. Debe ser como un camaleón, aunque más complicado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rod Blake. No importa demasiado cuál de ellos.



—El camaleón sabe adoptar cualquier color a voluntad. Muchos animales han aprendido a imitar a otros para protegerse, aunque tardan varias generaciones en lograrlo. Esta cosa, evidentemente, puede adoptar cualquier forma o color que desee.

Hace un minuto decidió que la mejor forma era la de un matorral lanceolado. Por tanto, algunos de ellos deben ser plantas verdaderas, Rod pensó en un arce, en las ventajas de un arce, de modo que ella decidió intentarlo, pues había leído en su mente.

Por eso tenía aspecto marchito; éste no es un terreno adecuado para los arces. Se deshidrató en seguida. Por eso volvió a ser un matorral lanceolado. Ahora esta cosa ha decidido que le conviene ser Rod Blake, con ropas y todo. Pero yo no sé quién es el verdadero Rod Blake. No servirá de nada ponerlo a prueba con los idiomas que conocemos, si lee en nuestras mentes. Pero debe existir algún procedimiento. Debe existir..., debe existir..., ¡ah, sí! Es muy fácil. ¡Hazle un agujero a la cosa con tu pistola ultravioleta, Rod!

Rod tomó al instante su revólver, con un suspiro de alivio, y disparó rápidamente. El falso Rod se derritió. Aproximadamente la mitad cayó en el barro hirviendo mientras Rod incineraba el resto con el intenso resplandor ultravioleta de la pistola. Rod suspiró.

—Gracias a Dios, soy yo. Por un momento no estuve muy seguro de ello.

Ted se sacudió, apoyó la cabeza entre las manos y se balanceó lentamente.

—¡Por los Nueve Dioses de los Nueve Planetas, qué mundo! Rod, te ruego que de aquí en adelante no te apartes de mí ni un segundo. Y hagas lo que hagas, no pierdas esa pistola. No pueden hacer crecer una verdadera pistola ultravioleta pero, si consiguen una, que Dios nos ayude.

Regresemos a la nave y vámonos de este maldito lugar. Creí que estabas loco. Me equivoqué. Todo el maldito planeta está loco.

—Lo estuve..., durante un rato. Regresemos.

Echaron a andar con rapidez por entre las dunas hacia la nave.

## 2. EL SECRETO DE LOS THUSHOL

—Son centauros —exclamó Blake—. Mira aquél..., un hermoso y pequeño calicó. Hay uno hermoso color ruano y fresa. ¡Qué gente! Me gustaría saber por qué la ciudad se halla tan ruinosa, si todavía hay algunos grupos de gente allí. Bajemos, Ted. No son peligrosos pues, de lo contrario, tendrían una ciudad más próspera.

—¡Hum! Supongo que tienes razón. Pero no me gustaría que me rozara uno de esos sujetos.

Deben ser bastante pesados, incluso aquí..., alrededor de quinientos kilos terrestres.

Bajaré en esa plaza. Mantén la mano en la pistola de iones de veinticinco centímetros mientras bajo.

La nave se posó con un ligero golpe sobre la gruesa capa de polvo arenoso, en la destartada plaza de la ciudad. Medio centenar de centauros trotaban ociosamente, guiados por un viejo marciano canoso, de crines ralas y ásperas. Ted Penton apareció en la escotilla.

—Pholshth —dijo el marciano después de contemplarlos un instante. Alzó horizontalmente ambas manos hasta la altura de los hombros, con las palmas vacías hacia arriba.

—Amigos —dijo Ted, alargando sus brazos en un gesto similar—. Me llamo Penton.

—Fasthun loshthu —explicó el centauro señalándose a sí mismo—. Penshun.

—Parece un excombatiente —murmuró Blake—. Pensión. ¿Es de fiar?

—Supongo que sí. En todo caso, deja tu puesto, apaga los motores atómicos principales, conecta los auxiliares B y cierra la cabina. Cierra los mandos con la combinación y sal. Trae la pistola de iones además de la ultravioleta. Cierra las escotillas.

—¡Diablos! Me gustaría salir esta tarde. En fin, de acuerdo.

Blake hizo lo ordenado pronto y eficazmente. Tardó unos treinta segundos en terminar con la sala de máquinas. Se asomó con impaciencia por la escotilla.

Lo que vio le dejó helado. Penton estaba de espaldas, debatiéndose débilmente, y el viejo centauro se inclinaba sobre él, estrangulándolo con sus manos largas y poderosas.

Penton agitaba la cabeza de un lado a otro, como si tuviera el cuello roto.

Blake rugió y cargó al tiempo que sacaba las dos poderosas pistolas. Dio un salto..., y aterrizó limpiamente sobre el lomo del centauro, por subestimar la leve atracción de Marte. En seguida se puso en pie y se dirigía hacia su amigo, cuando una diestra pata delantera izquierda le trabó las piernas echándole la zancadilla, mientras la pesada masa de un centauro ágil y joven aterrizaba sobre su espalda. Blake se volvió: un cuerpo más pequeño y liviano, pero mucho más poderosamente musculado. El terráqueo se libró de la sujeción de los centauros y embistió a los seis o siete que le rodeaban.

Una orden puso fin a la pelea, y Blake se incorporó, acercándose a Penton de un salto.

Penton estaba sentado en el suelo, meciéndose con la cabeza entre las manos.

—¡Ay, Dios mío! Aquí hacen de todo.

—¿Te encuentras bien, Ted?

—¿No se nota? —preguntó melancólicamente Penton—. Ese individuo me abrió la sesera y metió un cerebro nuevo. Educación hipnótica, una carrera universitaria

completa en treinta segundos a base de hipnotismo, y sin usar espejos. Tienen el mejor sistema educativo. Que Dios nos proteja de él.

—¿Shphuntho ishthu thiu lomal? —preguntó el viejo marciano en tono cordial.

—Ishthu psoth lonthul timul —gruñó Penton—. Lo peor es que funciona. Ahora hablo su idioma tan bien como el inglés. —De súbito se animó, señaló a Blake y dijo —: Blake omo phusthu ptsoth.

El viejo centauro arrugado y de barba rala sonrió como un niño satisfecho. Blake le miró con aprensión.

—No me gusta este suje... —se interrumpió, hipnotizado.

Caminó hacia el viejo marciano con la mirada fija y la gracia de un maniquí de sastrería. Poco a poco se tumbó, y los dedos largos y ágiles del viejo marciano rodearon su cuello. Le daba un suave masaje en la base del cráneo.

Penton sonrió con sarcasmo desde donde se hallaba sentado.

—¿Qué, no te gusta su cara? Espera y verás cómo te agrada su sistema.

El centauro se irguió. Blake se incorporó despacio. Su cabeza seguía moviéndose como si tuviera el cuello roto, hasta que se levantó con precaución y la tomó con firmeza entre las manos. Apoyó los codos sobre las rodillas.

—No era necesario que ambos habláramos su maldito idioma —logró decir, disgustado—. Estudiar idiomas siempre me da dolor de cabeza.

Penton le miró con indiferencia.

—Me molesta tener que repetir las cosas y, de cualquier modo, te resultará útil.

—Ustedes son del tercer planeta —empezó cortésmente el marciano.

Penton pareció sorprendido, se irguió y luego se puso en pie poco a poco.

—Muévete lentamente, Blake; te lo aconsejo por tu propio bien. —Luego se volvió al marciano—: Claro que sí. ¿Cómo lo sabe?

—Mi tatarabuelo me habló de su viaje al tercer planeta antes de morir. Fue uno de los que regresaron.

—¿Regresaron? ¿Ustedes, los marcianos, han estado en la Tierra? —inquirió Blake.

—Era de suponer —dijo Penton en voz baja—. Evidentemente, son los centauros de las leyendas. Y no creo que se marchasen de allí por su voluntad.

—Nuestra gente intentó fundar una colonia allí hace muchos, muchísimos años. No prosperó. Murieron de enfermedades pulmonares en menos tiempo del que tardaban en cruzar la distancia. El motivo principal del viaje fue para quitarnos de encima a los thusshol. Pero los thushol imitaron a los animales terrestres y prosperaron. Por eso regresaron los nuestros. Construimos muchas naves confiando en que, puesto que nosotros no podíamos ir, lo hicieran los thushol. Pero la Tierra no les gustó —meneó la cabeza, afligido.

—Los thushol. ¿De modo que los llaman así? —Blake suspiró—. Deben ser una plaga.

—Lo eran entonces, pero casi han dejado de serlo.

—¡Cómo! ¿Ya no les molestan? —preguntó Penton.

—No —respondió el viejo centauro, apático—. Estamos muy acostumbrados a ellos.

—¿Cómo los distinguen de la cosa a la que imitan? —inquirió Penton, ceñudo—. Eso es lo que necesito saber.

—El no poder hacerlo solía molestarnos —suspiró Loshthu—. Pero ya no ocurre así.

—Comprendo, pero ¿cómo los distinguen? ¿Lo hacen leyendo la mente?

—No, no. No intentamos distinguirlos. De ese modo ya no nos molestan.

Durante largo rato, Penton observó pensativamente a Loshthu. Blake se puso en pie con precaución y se unió a Penton en la absorta contemplación del marciano canoso.

—¡Hum! —murmuró Penton por último—. Supongo que es un modo de abordar la cuestión. Pero creo que debe ser bastante molesto para los negocios. Y para las relaciones sociales. Por ejemplo, el no saber si es tu esposa o una buena imitación.

—Lo sé. Durante muchos años pensamos lo mismo —admitió Loshthu—. Por ese motivo, nuestra gente quiso trasladarse a la Tierra. Pero más tarde descubrieron que tres comandantes de la nave eran thushol, por lo que regresaron a Marte, donde podían vivir tan bien como los thushol.

Penton analizó esta explicación durante un buen rato, mientras el medio centenar de centauros esperaban, pacientes e inmóviles.

—En la Tierra hay mitos sobre los centauros, gentes como ustedes, y sobre seres mágicos que parecían una cosa y cuando eran capturados se convertían en serpientes, tigres o cualquier otra bestia desagradable, aunque si se les retenía prisioneros adoptaban otra vez la forma humana y concedían un deseo. Sí, los thushol son inteligentes; podían conceder un deseo a un terrestre simplón e incivilizado.

Loshthu meneó lentamente la cabeza.

—Creo que no son inteligentes. O quizá sí. Tienen una memoria perfecta para los detalles. Imitan a los nuestros, asisten a nuestros colegios y de ese modo aprenden todo lo que sabemos. Pero jamás han inventado nada.

—¿Qué causó la terrible decadencia de la civilización de ustedes? ¿Los thushol? El centauro asintió.

—Olvidamos cómo construir naves espaciales y grandes ciudades. Nos proponíamos desalentar a los thushol y lograr así que nos abandonaran. Pero ellos también olvidaron, de modo que no sirvió.

—¡Santo cielo! —exclamó Blake—. En nombre de los Nueve Planetas, ¿por qué aguantan a esa gentuza?

Loshthu miró a Blake de hito en hito.

—Diez —dijo—. Diez planetas. No es posible ver el décimo con ningún instrumento desde más acá de Júpiter. Nuestra gente lo descubrió desde Plutón.

Blake le miraba con ojos de búho.

—¿Cómo pueden aguantar a esa gentuza? Con una civilización como la suya..., pensé que habrían encontrado algún modo de destruirlos.

—Lo hicimos. Destruimos a todos los thushol. Algunos de ellos nos ayudaron, aunque creíamos que se trataba de nuestra propia gente. Sucedió porque un filósofo muy sabio pero muy distraído calculó cuántos thushol podían vivir como parásitos de nuestra gente.

Naturalmente, los thushol se aprendieron de memoria sus cálculos. Un treinta y uno por ciento de nuestra población está compuesta por thushol.

Blake miró a su alrededor, rápido y ceñudo.

—¿Quiere decir..., que algunos de éstos son thushol? —preguntó.

Loshthu asintió.

—Siempre. Al principio se reproducían con gran lentitud, adoptando una forma animal semejante a la nuestra, y se reproducían del mismo modo que otros animales. Pero cuando estuvieron en nuestros laboratorios aprendieron a imitar a la ameba. Ahora se dividen. Uno grande se divide en varios pequeños y cada uno de los pequeños se come a uno de nuestros hijos y ocupa su lugar. Por eso nunca sabemos quién es quién. Esto solía preocuparnos. —Loshthu meneó la cabeza con desgana.

A Blake se le pusieron los pelos de punta y abrió la boca.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Por qué no hicieron algo?

—Si matábamos al sospechoso, podíamos equivocarnos y matar a nuestro propio hijo.

Si no lo hacíamos y aceptábamos que fuese nuestro hijo, al menos esto nos permitía creer en ello. Y si la imitación es tan perfecta que uno no puede distinguir la diferencia, ¿cuál es la diferencia?

Blake volvió a sentarse, apocado.

—Los tres meses han pasado, Penton —comentó por último—. Regresemos a la Tierra..., cuanto antes.

Penton le miró.

—Hace tiempo que también deseo regresar. Pero he pensado otra cosa. Tarde o temprano, algún hombre vendrá aquí con la energía atómica y, si por acaso se lleva algunos thushol a la Tierra creyendo que son sus mejores amigos... Bien, yo preferiría matar a mi propio hijo antes que vivir con uno de éstos, pero tampoco me gustaría tener que hacerlo. Pueden reproducirse tan rápido como comen, y si comen como una ameba..., ¡que Dios nos ayude! Si abandonas a uno en una isla desierta, se convertirá en un pez y nadará. Si lo metes en la cárcel, se convertirá en una serpiente y escapará por el desagüe. Si lo dejas en el desierto, se convertirá en un cactus y lo pasará bastante bien.

No, gracias.

—¡Santo Dios!

—Y, naturalmente, no nos creerán. Te aseguro que no pienso llevarles uno para

demostrarlo.

Tendré que conseguir alguna especie de prueba de esos thushol.

—No había pensado en ello. ¿Qué podríamos hacer?

—Sólo se me ocurre averiguar qué podemos sacar de aquí, arramblar luego con todo y regresar con zoólogos y biólogos famosos y de confianza, para que analicen esta cosa.

La evolución ha producido algunos monstruos pavorosos, pero esto es algo más monstruoso que cuanto se haya podido imaginar.

—Todavía no lo creo realmente —dijo Blake—. De lo único que estoy realmente seguro es de mi dolor de cabeza.

—Es bastante real y bastante lógico. Infernalmente lógico. Y la Tierra será un infierno si logran llegar allí. La evolución siempre intenta producir un animal que pueda sobrevivir en cualquier parte, vencer a todos los enemigos, y ser el más apto de los aptos que sobreviven. Toda la vida se basa en una cosa: el protoplasma. Fundamentalmente, es lo mismo para todos los seres, para todas las cosas vivientes, los vegetales y los animales, la ameba y el hombre. Varía un poco, adopta formas ligeramente distintas. Los thushol están hechos de protoplasma, pero es un protoplasma infinitamente más adaptable.

Saben hacer que adopte la forma de una célula ósea y sea parte de un fémur, o de una célula nerviosa y un cerebro. Con el curso universitario de diez segundos que Loshthu me impartió, comprendo que al principio los thushol eran buenas imitaciones por fuera pero, si cortabas uno, descubrirías que los órganos no estaban allí. Ahora han corregido eso.

Naturalmente, han asistido a las facultades de medicina marcianas y saben cuanto hace que un centauro se mueva, de modo que pueden proveerse con la misma clase de organismo. ¡Ah! ¡Muy divertido!

—No saben mucho de nosotros. Con la pantalla de rayos x quizá pudiéramos distinguir estas imitaciones de nosotros —señaló Blake.

—No, no, de ningún modo. Puesto que nosotros conocemos nuestra estructura, ellos la leerían en nuestra mente y la adoptarían. Protoplasma adaptable. Piensa que no podrías matar uno de esos seres en una selva africana pues cuando apareciera el león, sería una pequeña leona y, cuando se acercara el elefante, sería un desvalido bebé de elefante.

Sospecho que, si la mordiera una serpiente, esa endiablada cosa se convertiría en algo inmune a las mordeduras de serpiente..., en un árbol o algo por el estilo. Me gustaría saber dónde tiene el prodigioso cerebro que evidentemente posee.

—Bien, veamos qué puede ofrecernos Loshthu como pruebas.

### 3. LECTORES DE CEREBROS Y CÍA.

Supieron que, en otra época, los marcianos habían tenido museos. Aún contaban con ellos, pues nadie se molestaba en turbar la eterna soledad de los mismos. Los marcianos vivían siglos y sus memorias eran poderosas, pero sólo una o dos veces en su vida entraba un marciano en los antiguos museos.

Penton y Blake pasaron horas en ellos, horas intensas bajo la guía de Loshthu. A Loshthu le sobraba tiempo, pero Penton y Blake no deseaban retrasarse. Trabajaron de firme, reuniendo colecciones de delgados documentos de metal, máquinas antiguas y mil cosas más. Lo embalaron todo con cuerdas que habían traído de la nave después de acercarla al museo. Por último, al cabo de muchas horas de trabajo, demacrados por la falta de sueño, regresaron a la nave.

Salieron de la penumbra del museo a la explanada iluminada por el sol. En seguida, un grupo de hombres que saltaban y se agitaban detrás de una docena de columnas se abalanzaron sobre ellos, quitándoles de las manos los libros, los instrumentos, las colecciones de datos. Fueron empujados, aporreados, pisoteados y magullados. Hubo gritos, chillidos e insultos.

Luego reinó la calma. Doce Penton y trece Blake estaban sentados, tumbados o de pie en la escalera de piedra. Sus ropas estaban desgarradas, sus rostros y sus cuerpos heridos. Uno incluso tenía un ojo amoratado y otro que se hinchaba rápidamente. Pero los doce Penton parecían exactamente iguales y cada uno sujetaba una parte de los documentos. Los trece Blake eran idénticos y cada uno llevaba bajo el brazo o en la mano una parte de moho histórico.

Loshthu los miró y su rostro anciano y arrugado se plegó en una sonrisa complacida.

—¡Ah! Ahora hay más de ustedes. Quizás alguno quiera quedarse con nosotros para conversar —dijo.

Penton miró a Loshthu, y todos los Penton hicieron lo mismo. Penton estaba seguro que él era el auténtico Penton, pero no se le ocurría ningún modo de demostrarlo. Parecía manifiesto que los thushol habían decidido ensayar de nuevo en la Tierra. Empezaba a preguntarse...

—¿Por qué los thushol no se quedaron en la Tierra, si podían vivir allí? —preguntó uno de los Penton con voz de Penton.

Penton estaba seguro que aquella pregunta se le había ocurrido a él...

—Perdona, pero ¿no era ésa mi pregunta? —preguntó otro Penton, conteniendo su furor. Penton sonrió un poco. Parecía evidente que...

—Parece que ya no tendré que molestarme en hablar. ¡Ustedes ayudan tanto...! —dijo enfurecido uno de los numerosos Penton.

—Díganme, ¿cómo diablos sabremos quién es quién? —inquirió bruscamente

uno de los Blake.

—Ese maldito ladrón de mentes me birló la pregunta antes que pudiera...

—¡Y tú..., tú..., te atreves a decirlo...! Me disponía a...

Molesto, uno de los Penton dijo:

—Creo que puedes dejar de estar malhumorado, Blake, porque todos se mostrarán malhumorados cuando tú lo hagas. Sabes que supero a todos mis imitadores en este sentido. Ya lo verás, Rod. Pero podrías callarte ahora y yo también, para saber lo que nuestro buen amigo Loshthu tiene que decir.

—¿Eh? —suspiró Loshthu—. ¿Se refieren a por qué los thushol dejaron la Tierra? No les gustó.

La Tierra es un planeta pobre y la gente era salvaje. Evidentemente, ahora no es así.

Pero a los thushol no les gusta trabajar, y hallaron una subsistencia más fácil en Marte.

—Eso pensaba —dijo Penton (¿importa cuál de ellos?)—. Ahora han llegado a la conclusión que la Tierra es mejor que Marte y quieren mudarse. ¡Blake, no desenfundes la pistola! Por desgracia, amigo mío, teníamos veinticinco pistolas de iones y veinticinco ultravioletas. Si hubiéramos tenido más, ahora contaríamos con más compañeros.

Cometimos el error de equiparnos demasiado en ropas y de ser muy precavidos al planearlo todo con detalle, por lo que portamos muchas unidades de cada cosa. En exceso. No obstante, creo que se puede mejorar esta situación. Recuerdo que una de las pistolas de iones no funciona y que saqué las bobinas de dos pistolas ultravioletas para repararlas.

Esto significa que hay tres armas inutilizadas. Cada uno de nosotros disparará a la arena que tenemos delante. Formen en fila a la derecha.

Se formó la fila.

—Ahora —prosiguió aquel Penton— dispararemos de uno en uno, yo el primero.

Primero la pistola de iones y luego la ultravioleta. Cuando uno de nosotros demuestre que tiene un arma inutilizada, los demás le eliminarán rápida y cuidadosamente.

¿Preparados? ¿Sí?

Penton levantó su pistola de iones y accionó el botón.

No disparó, y al instante el pórtico se llenó de humo.

—Uno menos —dijo el Penton siguiente. Levantó su pistola de iones y disparó. Luego la ultravioleta. La levantó y volvió a disparar contra un Blake, que se desintegró en seguida—. Ya son dos. Evidentemente, cuando disparamos contra el primero ése descubrió que su arma no funcionaba. Sólo queda uno por eliminar. ¿El siguiente?

Poco después, otro Blake fue eliminado.

—Bien, bien —dijo Penton, satisfecho—, ahora hay la misma cantidad de Blake



que de Penton. ¿Alguna sugerencia?

—Sí —respondió Blake—. He recordado que puse un remiendo al traje que se me rompió en Venus.

Otro Blake se desvaneció bajo el fuego cruzado.

—Me gustaría saber otra cosa. ¿Por qué diablos estos falsificadores están dispuestos a matarse entre sí y, aunque saben quién es quién, no nos matan a nosotros? ¿Cómo entraron en la nave? —inquirió Rod. O al menos uno de los Rod.

—Ellos... —empezaron dos Penton a la vez.

Un tercero los miró.

—Midieron mal el tiempo, muchachos. Rodney, hijo mío, teníamos una cerradura de combinación. Estos señores son lectores profesionales de mentes. ¿Explica esto que se hallen en posesión de las armas? He pensado en un modo de eliminar estas excrescencias excesivas; consiste en que tú te reúnas con tu tribu y los elimines a todos menos al que según te consta eres tú mismo, y yo haré lo mismo. Por desgracia, aunque están dispuestos a matar a los demás siempre y cuando ellos no mueran, impedirán que lo hagamos nosotros mediante una defensa adecuada. Después de ese pequeño ensayo con las armas, me parece evidente que no podremos abandonar este planeta antes de seleccionar a los dos hombres adecuados, los únicos que deben entrar en la nave, Por suerte, no pueden despegar solos pues, aunque sean capaces de leer las mentes, se necesita algo más que conocimientos para pilotar una nave espacial, al menos en cuanto a los conocimientos que podrían obtener de nosotros. Exige raciocinio, algo que la simple memoria es incapaz de proporcionar. Nos necesitan. En consecuencia, marcharemos obedientemente hasta la nave y cada uno volverá a dejar sus armas en el correspondiente armario. Sé que soy el verdadero Penton, aunque tú lo ignoras. De modo que no se dará un solo paso sin el acuerdo unánime de todos los Penton y todos los Blake.

Blake, pálido, levantó la mirada.

—Si esto no fuera tan gravemente serio, sería el sainete más cómico que existe. Tengo miedo de entregar mis armas.

—Creo que si las entregamos todos, seguimos en igualdad de condiciones. Tenemos la ventaja del hecho que ellos no quieren matarnos y, si sucede lo peor, podemos llevarlos hasta la Tierra, cerciorándonos del hecho que no se salen con la suya. En la Tierra se podrían realizar análisis celulares que aclararían el asunto. A propósito, eso me sugiere algo. Sí, seguro. Creo que puedo hacer análisis aquí. Vayamos a la nave.

#### **4. LA ESTRATEGIA DE PENTON.**

Los Blake se sentaron con intención de quedarse allí.

—Ted, ¿qué diablos puedes hacer? —su voz casi era llorosa—. No puedes distinguir una de estas cosas fantasmales de la otra. No puedes diferenciarlas de mí. No podemos...

—¡Por Dios! —dijo otro Blake—, yo no soy ése. Se trata de otro de esos malditos ladrones de mentes.

Otro gimió con desaliento.

—Tampoco era ése —todos miraron desválidamente a la fila de los Penton—. Ni siquiera sé quién es mi amigo.

Penton asintió. Todos los Penton asintieron como un coro grotescamente solemne disponiéndose a pronunciar una oración. Todos sonrieron con unanimidad sobrehumana.

—Está bien —dijeron en perfecta armonía—. Bien, bien. Una nueva táctica. Ahora hablamos todos juntos. Esto facilita las cosas. Creo que hay manera de saber cuál es la diferencia. Pero debes confiar por completo en mí, Blake. Vas a entregarme tus armas, fiando en mi capacidad de detectar al verdadero y, si me equivoco, desistir a tiempo.

Podemos hacer pruebas sencillas como la del *whisky*, para averiguar si los emborracha, o con pimienta para descubrir si les quema las lenguas.

—No dará resultado —afirmó Blake muy serio—. Por Dios, Penton, no puedo entregar mis armas..., yo no...

Penton, todos los Penton, sonrieron un poco.

—Soy mucho más rápido que tú, Blake, y ninguna imitación marciana de tu persona puede ser más rápida. Estas imitaciones marcianas de mi persona quizá sean tan rápidas como yo. Pero sabes que podría fulminar a toda tu pandilla, a los diez, y borrarlos del mapa antes que cualquiera de ustedes pudiera mover un dedo. Lo sabes, ¿no es cierto, Rod?

—Sí, Ted, pero no hagas eso..., no me obligues a entregar las armas... Quiero conservarlas. ¿Por qué debo entregar mis pistolas si tú te quedas con las tuyas?

—Seguramente no habrías dicho eso si fueras Rod, pero no importa. Si no era eso lo que pensabas, podríamos hacer algo. Por tanto, eso es lo que tú querías decir, del mismo modo que es esto lo que yo quería decir, lo haya dicho o no. ¡Ay! ¡El Señor nos proteja!

¡Habla con mi voz! De cualquier modo, la situación es esta: uno de nosotros debe tener superioridad indiscutible sobre la otra pandilla. De este modo, el que tenga ventaja podrá realizar pruebas de identidad y obligar a que sean acatadas sus decisiones, mientras que ahora esto no es posible.

—Entonces, deja que sea yo —espetó un Blake.

—No quise decir eso —murmuró otro—. No he sido yo el que ha hablado.

—Sí, claro que sí —agregó el primero—. Lo dije sin pensar. Adelante, ¿cómo conseguirás que los otros entreguen sus armas? Yo estoy dispuesto a hacerlo. ¿Podrás

convencerlos a ellos?

—Claro que podré. Para eso tengo a mis fieles amigos —explicó Penton, sombrío, señalando con sus once manos a sus once copias—. En eso están de acuerdo conmigo, pues son totalmente egoístas.

—Pero ¿en qué consiste tu sistema? Antes de meter el cuello en el lazo corredizo, debo convencerme del hecho que éste no se cerrará.

—Si yo tuviera en mente un sistema seguro, cosa que evito cuidadosamente, ellos lo leerían, lo evaluarían y no obedecerían. Aún tienen esperanzas. Como puedes suponer el sistema de la pimienta y el alcohol no funcionará, porque pueden leer en mi mente la reacción adecuada y emborracharse o tener la lengua inflamada a voluntad, puesto que son actores magistrales. Pero lo intentaré de todos modos. Rod, si alguna vez te has fiado de mí, hazlo ahora.

—De acuerdo. Vamos, avanzaremos hacia la nave y si alguna de estas cosas no deja sus armas, no soy yo. Lánzale el rayo.

Blake se levantó de un salto, los diez lo hicieron, y caminó hacia la nave.

Los Penton les siguieron, atentos. De súbito, Penton fulminó a un Blake. Habían empezado a salirle unas jorobas. Le estaban creciendo alas.

—Eso facilita la tarea —comentó Penton, enfundando el arma.

Los Blake, pálidos, continuaron. Colocaron estoicamente las pistolas en la estantería de la escotilla. Los marcianos habían visto los movimientos, para ellos inconcebiblemente rápidos, de las manos de Penton con las armas. Penton sabía que él mismo y no otro había disparado los rayos en esa ocasión. Pero aún no había encontrado el modo de demostrarlo sin causar una matanza general.

Esto no importaba; el problema era que antes de cincuenta años, la humanidad iba a llegar allí sin saber nada de aquella historia. Y entonces toda la Tierra sería destruida. No por el fuego ni por la espada ni por catástrofe alguna, sino silenciosa e imperceptiblemente.

Los Blake salieron desarmados. Arrastraban los pies y se paseaban inquietos, tensos, bajo los ojos vigilantes de once Penton provistos de armas mortales.

Varios Penton entraron en la nave y salieron portando pimienta, píldoras de sacarina, alcohol y el botiquín. Uno de ellos los reunió a todos y les pasó revista.

—Haremos la prueba de la pimienta —dijo, bastante contrariado—. ¡Formen en fila!

Los Blake formaron filas con inseguridad.

—Ted, estoy poniendo mi vida en tus manos —dijeron dos de ellos con el mismo tono quejumbroso.

Cuatro Penton lanzaron una breve carcajada.

—Lo sé. Ponte en la fila. Ven a buscar la pimienta.

En seguida, otro Penton suspiró y dijo:

—Que pase el primero. Saca la lengua, paciente.

Con manos temblorosas, colocó una pulgarada de pimienta sacada del molinillo

en la lengua del sujeto. Ésta se retiró al segundo y el Blake se llevó las manos a la boca, escupiendo y atragantándose.

—¡Puaf! —barbotó—. ¡Puaf..., achís..., maldita sea!

Con la rapidez del relámpago, Penton sacó su propia pistola de iones y la del vecino.

En una décima de segundo, todos menos el Blake que tenía náuseas, que se atragantaba y estornudaba, se hacían humo, se disolvían y caían hechos cenizas. Los demás Penton colaboraron metódicamente en la destrucción.

Blake observaba con atragantado asombro.

—¡Dios mío! ¡Podía no haber sido el verdadero! —jadeó.

Los diez Penton suspiraron.

—Era una prueba definitiva. Gracias a Dios, es definitiva. Ahora tienes que descubrirme a mí. Y esto no funcionará por segunda vez pues, aunque tú no puedes leer mi mente para saber cuál es el truco, estos hermanos míos saben hacerlo. El mismo hecho que ignores cómo lo supe, demuestra que yo tenía razón.

Blake le miró con asombro.

—Yo era el primero... —logró decir entre una tos y un estornudo.

—Exacto. Entra en la nave. Haz algo inteligente. Usa la cabeza. Piensa en algo que puedas hacer para identificarme. Tienes que usar la cabeza de tal modo que ellos no puedan leer tu mente primero. Adelante.

Blake entró en la nave caminando con lentitud. Lo primero que hizo fue cerrar la escotilla, para estar seguro y a solas. Entró en la sala de mandos, se puso un traje espacial, casco incluido, y accionó una palanca de mando, y luego otra. Poco después oyó extraños golpes y roces, raros murmullos y gemidos. Retrocedió con rapidez y disparó con el rayo contra un cajón de provisiones y dos cajas de especímenes venusianos en donde brotaban piernas y crecían rápidamente brazos para recoger las pistolas de rayos. La atmósfera de la nave comenzó a ponerse espesa y verdosa; hacía más frío.

Blake observó satisfecho y empezó a registrar todas las salas. Otro ruido de pasos furtivos llamó su atención, y destruyó con pistola de rayos ultravioletas una tubería extra que había pasado inadvertida y trataba de reptar sobre un larguero. Se dividió en pedazos que se arrastraban de un modo asqueroso. Rod le disparó con los rayos hasta que la parte más pequeña, del tamaño de una pelota de golf y provista de extrañas patas veteadas de azul, dejó de retorcerse.

Rod esperó media hora, lapso durante el cual el aire se puso muy verde y espeso. Por último, para asegurarse, puso en marcha otros aparatos y vio cómo bajaba el termómetro, hasta que se condensó en las paredes la humedad y no hubo más cambios. Luego recorrió la nave tanteando aquí y allá con la pistola de iones.

Los ventiladores limpiaron en dos minutos la atmósfera cargada de cloro, y Blake se sentó.

Conectó el micrófono y habló por el mismo:

—Tengo la mano sobre el disparador del cañón principal de iones. Te quiero como a un hermano, Penton, pero amo más a la Tierra. Si logras convencer a tus amigos para que dejen sus armas en un montón y retrocedan..., no habrá problemas. Si esto no ocurre antes de treinta segundos, el cañón de iones entrará en acción y ya no habrá más Penton.

¡Adelante!

Diez Penton, sonriendo obsequiosamente y con evidente satisfacción, dejaron en el suelo veinte núcleos de superesencia destructiva y se apartaron.

—Aléjense —dijo Blake, inflexible, obligándoles a retroceder.

Blake recogió las veinte armas y regresó a la nave. Tenían un excelente laboratorio.

Con sombrero regocijo tomó tres tubos de ensayo cerrados con tapones de algodón, después de ponerse guantes de caucho.

—Tétanos, nunca has sido amigo del hombre, pero espero que aquí te multipliques en todas direcciones..., y bien...

Vertió el contenido de los tubos en un vaso de agua y salió. Los diez aguardaban lejos.

—Muy bien, Penton. He recordado que hace poco te aplicaste una vacuna antitetánica y eres inmune a la enfermedad. Veamos si estos malditos ladrones de cerebros pueden averiguar el secreto de algo que sabemos fabricar, pero cuya naturaleza desconocemos.

Podrían salvarse convirtiéndose en gallinas, que son inmunes, pero no mientras conserven forma de seres humanos. Aquí hay una dosis concentrada de tétanos. Bébela.

Si es necesario, podemos esperar diez días.

Diez Penton avanzaron con audacia hasta el vaso, que se hallaba junto a la nave. Uno de ellos bebió..., pero los otros nueve no lo hicieron. Trataron de esconderse detrás de la nave, donde no pudieran alcanzarles las pistolas de iones.

Con amplia sonrisa, Blake ayudó a Penton a subir.

—¿He hecho bien?

—Has hecho bien —replicó Penton—, pero por pura suerte. El tétanos no se contrae por ingestión, y tarda más de diez días en manifestarse.

—No estaba seguro —sonrió Blake—. Ellos tenían que averiguar mis intenciones para adivinar tu reacción. ¡Ah!... Por allá van. ¿Les disparas tú o lo hago yo? —se ofreció Blake, apuntando con el cañón de iones a los nueve seres revoloteantes que se alejaban a través del planeta rojo y oxidado. La nave los persiguió rápidamente—. Hay algo...

¡Hum! —se irguió cuando el increíble resplandor cesó en el aire enrarecido—. Me gustaría saber, ¿cómo demonios me distinguiste?

—Para hacer lo que tú hiciste se necesitan quinientos músculos distintos, en una combinación neuromuscular maravillosa, que suponía que esas cosas no podrían

imitar sin proceder a una disección completa. No podía ser otro sino tú.

—¡Quinientos músculos! ¿Qué diablos hice?

—Estornudaste.

Rod Blake parpadeó, y su mandíbula volvió a comprobar la extensibilidad y flexibilidad de sus ligamentos.

\* \* \*

Desde luego, John Campbell es la personalidad más extraordinaria de toda la historia de las revistas de ciencia-ficción. Vendió un relato a «Amazing Stories» cuando sólo tenía diecisiete años, pero el director perdió el manuscrito y Campbell no había sacado copia.

Su primer cuento publicado, *When the Atoms Failed*, apareció en enero de 1930 de esa misma revista. Él aún no había cumplido veinte años.

En esa época, Edward E. Smith era el escritor de ciencia-ficción más destacado, gracias a *Skylark of Space*. La continuación, *Skylark Three*, una serie de tres partes que apareció en las «Amazing Stories» de agosto, septiembre y octubre de 1930, consolidó su posición como el campeón de la «ciencia-ficción heroica». (Más adelante los lectores de ciencia-ficción, cada vez más exigentes, se refirieron a estos relatos como «óperas espaciales»).

Apenas publicada la última entrega de *Skylark Three*, Campbell vio publicado su cuento *Solarite* en «Amazing Stories» de noviembre de 1930. Fue el segundo relato de lo que posteriormente se llamó el ciclo de «Arcot, Wade y Morey». Campbell amenazó la preeminencia de Smith y llegó a compartir el trono con él.

Me fascinó la ciencia-ficción heroica, como le ocurrió a la mayoría de los lectores de ciencia-ficción en la década de los 30. Nunca he escrito nada que pueda incluirse estrictamente en ese género, aunque mi trilogía de la Fundación es lo que más se le asemeja, sólo que dando más relieve a la política y a la sociología, en lugar de las ciencias físicas.

Mientras Smith continuó escribiendo ciencia-ficción heroica durante toda su carrera, Campbell publicó un cuento titulado *Twilight*. Lo firmó con el seudónimo de Don A. Stuart (jugando con el apellido de soltera de la que entonces era su esposa) para que sus lectores no asociaran aquel cuento con la ciencia-ficción heroica que venía escribiendo.

*Twilight* fue el segundo cuento (apareció medio año después de *A Martian Odyssey*, de Weinbaum, que fue el primero) que rompió moldes y condujo a la ciencia-ficción hacia una categoría distinta y superior. Empezaban a adquirir importancia los personajes, sus emociones y la contención en el estilo.

No me lo perdí como me había perdido *A Martian Odyssey*. Leí el relato cuando fue publicado por primera vez... y no me gustó. Como tampoco me gustó ninguno de

los doce cuentos que, durante los tres años siguientes, Campbell siguió escribiendo bajo el seudónimo de Stuart.

Yo estaba equivocado. Después los releí y me avergoncé de mí mismo, comprendiendo que me había atascado en el nivel más bajo. Me habían parecido demasiado objetivos, tristes y sentimentales. Yo quería acción y aventuras, y era sencillamente incapaz de seguir a Campbell hasta el nivel de Stuart. Más tarde lo conseguí, pero tardé algunos años. Debo admitir que Campbell valía más que yo.

Pero Campbell no estaba satisfecho con ser sólo Don A. Stuart. En 1930, cuando el rey era Smith, compitió con él. Ahora, en 1936, competía con Weinbaum que era el nuevo rey. *Los ladrones de cerebros de Marte* fue el primero de los cinco relatos del «ciclo de Penton y Blake». En cada uno, los dos compañeros se enfrentaban a las peligrosas formas de vida de otro planeta.

Me impresionaron, y durante cierto tiempo intenté escribir relatos como los de Penton y Blake. Un primer ejemplo, que constituyó un fracaso completo, fue *Ring Around the Sun*.

Luego escribí *Reason*, cuyos protagonistas eran Gregory Powell y Michael Donovan.

Escribí y publiqué cuatro relatos de lo que en mi fuero interno llamaba «el ciclo de Powell y Donovan», imitando deliberadamente a Penton y a Blake.

Sin embargo, en los relatos de Powell y Donovan ya aparecían mis robots positrónicos y las tres leyes de la robótica, y posteriormente ocupó un lugar en ellos Susan Calvin. Como me pasa a menudo (y supongo que también es el caso de otros escritores) no importaba cómo intentara plasmar mis historias, pues ellas siempre terminaban modelándome a mí.

Hacia fines de 1936, otro relato aparecido en «*Amazing Stories*» me impresionó. Se titulaba *Involución*, su autor era Edmond Hamilton y apareció en el número de diciembre.

Es el tercer relato de él que no he podido olvidar desde mi adolescencia. Los tres, de algún modo, tenían que ver con el origen o desarrollo de la vida y todos mostraban una visión crítica de la humanidad.

(¡Ah! Antes de presentaros el cuento, diré algo. El número donde apareció contiene la segunda entrega de una serie de John W. Campbell, Jr. Se titulaba *Uncertainly*, y es demasiado larga para incluirla en esta antología. Hojeando una al azar, leí en ella: «Una lluvia de bombas atómicas alcanzó el metal protegido...». ¡Ah, sí! Los lectores de ciencia-ficción estábamos evadiéndonos. El resto del mundo no se preocupó por las bombas atómicas hasta nueve años más tarde).

# INVOLUCIÓN

Edmond Hamilton

Ross tenía un temperamento muy tranquilo, pero cuatro días de viaje en canoa entre los bosques de North Quebec habían empezado a alterarlo. La cuarta vez que tocaron la orilla del río para hacer campamento y pasar allí la noche, perdió el dominio de sí mismo y durante unos momentos dirigió a sus dos compañeros algunas palabras fuertes.

Abría y cerraba sus ojos negros y gesticulaba con su rostro joven, guapo y falto de afeitado en aquella circunstancia. Al principio, los dos biólogos le escucharon sin responder. El joven y rubio Gray parecía indignado pero Woodin, el más viejo de los dos biólogos, escuchaba pacientemente, con sus ojos grises fijos en el rostro enojado de Ross.

Cuando Ross se calló para tomar aliento se oyó la voz serena de Woodin:

—¿Has terminado?

Ross tragó saliva como si se dispusiera a continuar su andanada, pero de súbito recobró el dominio de sí mismo.

—Sí, he terminado —respondió hoscamente.

—Entonces, escúchame —agregó Woodin, como un padre juicioso que reprende a un niño malhumorado—. Te estás alterando por nada.

Gray y yo todavía no nos hemos quejado. Nadie ha dicho que no cree en lo que nos dijiste.

—¡No lo habéis dicho, no! —exclamó Ross enfureciéndose otra vez—. ¿Creéis que no sé lo que estáis pensando? Pensáis que os conté un cuento chino sobre lo que vi desde el avión, ¿no? Pensáis que os he arrastrado buscando molinos de viento, seres increíbles que no pueden haber existido nunca, Eso pensáis, ¿verdad?

—¡Ay! ¡*Malditos sean* los mosquitos! —dijo Gray dándose un tremendo golpe en el cuello y mirando con poca cordialidad al aviador.

Woodin se hizo cargo de la situación.

—Volveremos a discutirlo después de montar el campamento. Vacía los talegos, Gin.

¿Quieres ir a buscar leña, Ross?

Ambos le miraron, ceñudos, y se miraron el uno al otro, pero obedecieron a regañadientes. De momento la tensión cedió.

Cuando cayó la noche sobre el pequeño claro a orillas del río, la canoa estaba en la orilla, habían armado la pequeña y excelente tienda de seda para globos aerostáticos, y chisporroteaba una fogata delante de ella. Gray avivaba el fuego con gruesos maderos de pino, mientras Woodin calentaba café, pasteles y el



imprescindible tocino.

El resplandor de la hoguera iluminaba débilmente los imponentes troncos de los abetos gigantes que circundaban el pequeño claro por tres lados, así como las tres figuras vestidas de color pardo sucio y el bloque blanco e irregular de la tienda. Se reflejaba en los rápidos del McNorton, que murmuraban mientras seguía su curso hacia el Little Whale.

Comieron en silencio, y luego limpiaron los cazos con manojos de hierbas. Woodin encendió su pipa, los otros dos cigarrillos aplastados y luego se tumbaron un rato al lado de la fogata, oyendo el murmullo riente del agua, los suspiros de las ramas más altas de los abetos, el solitario chirrido de los insectos.

Por último, Woodin golpeó la pipa en el tacón de la bota y se sentó.

—Ahora, terminemos esa discusión que teníamos —dijo.

Ross parecía avergonzado.

—Supongo que me alteré demasiado —admitió, y luego agregó—: Pero, compañeros, creo que no me dais mucho crédito.

Woodin meneó la cabeza.

—No, Ross; no es cierto. Cuando dijiste que al sobrevolar este bosque habías visto seres diferentes de todos los conocidos, tanto Gray como yo te creímos. De lo contrario, ¿crees que dos biólogos muy ocupados habrían abandonado su trabajo para acompañarte hasta estas soledades en busca de los seres que viste?

—Lo sé, lo sé —respondió el aviador, molesto—. Creéis que vi algo extraño, y os arriesgáis por si el viaje vale la pena. Pero no creéis lo que os he contado acerca del aspecto de esos seres. Os parece demasiado extraño para ser cierto, ¿no?

Por primera vez, Woodin vaciló al responder:

—Al fin y al cabo, Ross —eludió la cuestión—, los ojos pueden engañarte cuando crees entrever cosas desde un avión que vuela a mil quinientos metros.

—¿Entreverlas? —repitió Ross—. Viejo, te aseguro que las vi tan claramente como te veo a ti. A mil quinientos metros de altura, es cierto, pero tenía los prismáticos y miré a través de ellos. Fue cerca de aquí, al este de la confluencia del McNorton y el Little Whale. Volaba deprisa hacia el sur después de haber pasado tres semanas en esa investigación cartográfica gubernamental de la bahía del Hudson. Quise situarme sobre la confluencia de los ríos, conque bajé un poco y usé los prismáticos. Entonces, en un claro junto al río, vi algo resplandeciente y... a esas cosas. ¡Te aseguro que eran increíbles, pero sé que las vi con toda claridad! Con verlas dos o tres segundos me olvidé por completo de los ríos. Eran cosas grandes y resplandecientes, como montones de jalea brillante, tan transparentes que se divisaba el suelo a través de ellas. Eran por la menos doce y, cuando las vi, se deslizaban por ese pequeño claro con un movimiento reptante.

Luego desaparecieron bajo los árboles, Si en un radio de ciento cincuenta kilómetros hubiera encontrado un claro la bastante grande para aterrizar, habría bajado a buscarlas, pero no había ninguno y me vi obligado a continuar, Pero

necesitaba descubrir qué era y, cuando os conté la historia, estuvisteis de acuerdo en venir hasta aquí en canoa y buscarlas. Pero ahora pienso que nunca me habéis creído del todo.

Woodin contempló la hoguera, pensativo.

—De acuerdo; creo que viste algo extraño, alguna forma de vida extraña. Por eso me presté a acompañarte en esta búsqueda. Pero cosas como las que describes, es decir como jalea, translúcidas, que se deslizan sobre el terreno... no ha existido nada semejante desde los primeros seres protoplasmáticos, antepasados de la vida sobre la Tierra, que se deslizaron sobre nuestro joven mundo hace muchos millones de años.

—Si existieron cosas semejantes, ¿por qué no pudieron dejar descendientes como ellas? —insistió Ross.

Woodin meneó la cabeza.

—Porque desaparecieron hace mucho tiempo. Se convirtieron en formas de vida distintas y superiores, dando comienzo al movimiento ascendente de la vida que ha alcanzado su punto culminante en el hombre. Estos seres protoplasmáticos y unicelulares, que han desaparecido hace mucho, fueron el principio, los burdos y humildes comienzos de nuestra vida. Se extinguieron, y sus descendientes fueron distintos. Nosotros, los hombres, somos esos descendientes.

Ross le miró y frunció el ceño.

—Pero, en primer lugar, ¿de dónde vinieron esas primeras cosas vivientes?

Woodin volvió a menear la cabeza.

—Esto es algo que nosotros, los biólogos, todavía ignoramos. Apenas podemos aventurar una teoría sobre el origen de esas primeras formas protoplasmáticas de vida.

Se ha sugerido que se formaron espontáneamente de las sustancias químicas de la Tierra, pero el hecho de que no surjan ahora de la materia inerte lo desmiente. Su origen sigue siendo un misterio. Pero, sin tener en cuenta cómo llegaron a existir sobre la Tierra, fueron las primeras formas de vida que nos precedieron.

Los ojos de Woodin asumieron una expresión de ensueño, como si viera visiones en el fuego, olvidando la presencia de los otros dos.

—¡Esa maravillosa evolución desde el primitivo ser protoplasmático hasta el hombre es una epopeya grandiosa! Una magnífica serie de cambios que ha ido desde esa primera forma inferior hasta nuestro esplendor actual. ¡Y no pudo ocurrir en ningún otro mundo, salvo la Tierra! Pues ahora la ciencia está casi segura de que la causa de las mutaciones evolutivas son las radiaciones de los minerales radiactivos del interior de la Tierra, que actúan sobre los genes de todo ser viviente.

Se dio cuenta de que Ross no le comprendía y, a pesar de su arrebato, sonrió.

—Veo que esto no significa nada para ti. Trataré de explicarlo. La célula embrionaria de todo ser vivo contiene un número determinado de pequeños elementos en forma de bastoncillos, llamados cromosomas. Éstos están formados por cadenas de minúsculas partículas, a las que llamamos genes, y cada gen ejerce un

efecto determinante, poderoso y específico sobre el desarrollo del ser que se forma a partir de esa célula embrionaria. Algunos genes determinan el color, otros el tamaño, otros la forma de sus miembros, y así sucesivamente. Todas las características del ser están predeterminadas por los genes de su célula embrionaria originaria. Pero a veces, los genes de una célula embrionaria son muy distintos de los genes normales de esa especie. Cuando esto ocurre, el ser a que dará lugar esa célula embrionaria será muy distinto de los compañeros de su especie. De hecho, representará una especie totalmente nueva, Así es como se forman nuevas especies sobre la Tierra. Es el proceso del cambio evolutivo.

Hace algún tiempo que los biólogos lo saben, y han buscado la causa de estos grandes cambios repentinos, de esas mutaciones, como las denominan. Han intentado descubrir qué es lo que afecta tan radicalmente a los genes. Experimentalmente, han descubierto que los genes de una célula embrionaria se modifican notablemente al recibir rayos x y diversos tipos de radiaciones químicas. Así, el ser nacido de esa célula embrionaria será un ser totalmente modificado, un mutante. Por eso, en la actualidad, muchos biólogos creen que las emanaciones de los minerales radiactivos de la Tierra, al actuar sobre todos los genes de todas las especies vivientes de la Tierra, causan el cambio incesante de las especies, el desfile de las mutaciones que ha llevado la vida por el camino evolutivo hasta la cumbre donde se encuentra hoy. Por eso digo que el desarrollo evolutivo no pudo producirse en ningún otro lugar salvo la Tierra. Pues quizá ningún otro mundo tenga en su interior depósitos radiactivos semejantes, capaces de provocar mutaciones por su efecto sobre los genes. En cualquier otro mundo, los primeros seres protoplasmáticos pudieron continuar igual a través de infinitas generaciones. ¡Cuánto debemos agradecer que nos que no sea así en la Tierra! ¡Que se haya producido una mutación tras otra, que la vida siempre haya cambiado para avanzar hacia especies nuevas y superiores, que las primeras y primitivas entidades protoplasmáticas hayan avanzado a través de formas cambiantes innumerables hasta alcanzar la realización suprema, el hombre!

Woodin se había dejado llevar por su entusiasmo mientras hablaba, pero se interrumpió y sonrió antes de volver a encender la pipa.

—Siento haberte aburrido con una conferencia, como si fueras un alumno mío de primer curso. Pero éste es el punto fundamental de todo de mi pensamiento, mi *idée fixe*, esa maravillosa evolución de la vida a través de las épocas.

Ross contemplaba el fuego, pensativo.

—Parece maravilloso cuando tú lo cuentas. Una especie convirtiéndose en otra, ascendiendo cada vez más.

Gray se puso en pie y se desperezó.

—Vosotros dos podéis seguir maravillándoos pero este craso materialista va a ponerse a la altura de sus antepasados invertebrados y tornará a la posición postrada. En resumen, me voy a dormir —miró a Ross, con una sonrisa vacilante en su rostro juvenil, y agregó—: ¿Sin rencor, compañero?

—Olvídalo —el aviador le devolvió la sonrisa—. La jornada de hoy fue dura, y vosotros parecíais muy escépticos. ¡Pero ya veréis! Mañana llegaremos a la confluencia del Little Whale, y os apuesto a que tardaremos menos de una hora en hallar esos seres como jalea.

—Eso espero —dijo Woodin, atónito—. Entonces veremos lo buena que es tu vista desde mil quinientos metros de altura, y si has arrastrado hasta aquí a dos respetables científicos por nada.

Más tarde, mientras reposaba entre las mantas, en la pequeña tienda, oyendo los ronquidos de Gray y Ross y mirando soñoliento las ascuas brillantes, Woodin volvió a meditar la cuestión.

¿Qué había visto realmente Ross en aquella ojeada fugaz desde su avión en vuelo?

Algo extraño, estaba seguro, tan seguro que había emprendido aquel arduo viaje para encontrarlo. Pero ¿qué sería exactamente?

No unas entidades protoplasmáticas como las que él había descrito. Eso, naturalmente, era imposible. ¿O no? Si entidades semejantes habían existido en otro tiempo, ¿por qué no podrían...? ¿No podrían...?

Woodin no supo que se había dormido, hasta que le despertó el grito de Gray. No era una voz cualquiera, sino el alarido de un hombre presa de un terror paralizante.

Cuando oyó el grito, abrió los ojos y vio lo Increíble recortándose contra el fondo estrellado, en la puerta abierta de la tienda. Una masa oscura y amorfa, agazapada en la entrada, resplandecía bajo la luz de las estrellas y entraba en la tienda, seguida de otras semejantes.

Luego, todo ocurrió con suma rapidez. A Woodin le pareció que las cosas no sucedían en forma continua, sino en una rápida sucesión de cuadros fijos, semejante a los fotogramas sucesivos de una película.

La pistola de Gray disparó contra el primer monstruo viscoso que entró en la tienda, y el breve flogonazo mostró la masa voluminosa y resplandeciente del ser, el rostro de Gray contraído por el pánico y a Ross buscando su pistola entre las mantas.

La escena fue substituida por otra: Gray y Ross quedándose rígidos de repente, como si estuvieran petrificados, y cayendo pesadamente.

Woodin supo que estaban muertos, pero no habría sido capaz de decir cómo lo Supo.

Los monstruos resplandecientes entraban en la tienda.

Rasgó la pared de la tienda y se lanzó al frío del claro iluminado por las estrellas. Dio tres pasos, sin saber a dónde dirigirse, y se detuvo. No supo por qué se detenía en seco, pero lo hizo.

Permaneció allí, mientras su cerebro apremiaba con desesperación a los miembros para que se movieran, Pero éstos no obedecieron. Ni siquiera podía volverse; no podía mover un solo músculo de su cuerpo. Se quedó donde estaba, con el rostro vuelto hacia el reflejo de las estrellas en el río, presa de una extraña parálisis total.

A su espalda, en la tienda, Woodin oyó movimientos furtivos. Desde atrás, entraron en su campo visual varios seres resplandecientes que se reunieron a su alrededor. Serían como una docena, y en ese momento los distinguió con toda claridad.

No, no era una pesadilla. Eran tan reales como él mismo. Allí, a su alrededor, se movían unos bultos amorfos de jalea viscosa y translúcida. Medían sobre un metro veinte de altura y noventa centímetros de diámetro, aunque sus formas cambiaban ligera y constantemente, haciendo difícil calcular sus dimensiones.

En el centro de cada masa translúcida se veía una gota o núcleo Lo oscuro en forma de disco. Los seres no tenían nada más, ni miembros ni órganos sensibles. Pero vio que podían alargar pseudópodos, pues dos de ellos sostenían los cadáveres de Gray y Ross en sus tentáculos. Los estaban sacando y colocando al lado de Woodin.

Incapaz de moverse, vio los rostros helados y contraídos de los dos hombres, y las pistolas que sus manos muertas aún empuñaban. Luego, al mirar el rostro de Ross, recordó.

¡Los monstruos que estaban a su alrededor eran las cosas que el aviador había visto desde el avión, los seres de jalea que los tres habían ido a buscar al norte! ¿Cómo habían matado a Ross y a Gray?

¿Cómo lo mantenían a él en aquel estado de parálisis? ¿Quiénes eran?

—Permitiremos que se mueva pero no debe tratar de escapar.

El aturdido cerebro de Woodin se desconcertó aún más. ¿Quién le había dirigido aquellas palabras? No había oído nada, pero pensó que oía.

—Permitiremos que se mueva pero no debe tratar de escapar ni hacernos daño.

—Oyó tales palabras en su mente, aunque sus oídos no captaron sonido alguno.

Luego, su cerebro oyó algo más.

—Le hablamos mediante transferencia de impulsos mentales. ¿Tiene mentalidad suficiente para comprendernos?

¿Mentes? ¿Mentes en aquellos seres? Woodin fue traspasado por este pensamiento mientras observaba a los monstruos resplandecientes.

Sin duda, su pensamiento había sido captado por ellos.

—Por supuesto que tenemos mentes —recibió la respuesta mental en su cerebro—. Ahora permitiremos que se mueva, pero no intente huir.

—No..., no lo intentaré —se dijo Woodin mentalmente.

La parálisis que lo había retenido desapareció en seguida. Esperó en medio del círculo de monstruos resplandecientes, mientras las manos y el cuerpo le temblaban de un modo incontenible.

Comprobó que los seres eran diez. Diez masas monstruosas de jalea brillante y transparente lo rodeaban como legendarios genios sin rostro salidos de algún arcano escondrijo. Al parecer, uno que se hallaba más cerca de él que los demás, era el portavoz y líder.

Woodin observó con detenimiento el círculo, y luego a sus dos compañeros

muertos.

En medio de los terrores desconocidos que helaban su alma, sintió una compasión súbita y dolorosa al mirarlos.

La mente de Woodin recibió del ser más cercano a él otro intenso pensamiento:

—No queríamos matarlos; sólo vinimos aquí para capturarlos y comunicarnos con los tres. Pero cuando captamos que intentaban matarnos, tuvimos que defendernos con rapidez. A usted, como no intentó matarnos sino que huyó, no le hicimos daño.

—¿Qué..., qué quieren de nosotros, o de mí? —preguntó Woodin.

Lo susurró a través de sus labios secos, además de pensarlo.

—Esta vez no obtuvo respuesta mental. Los seres permanecieron inmóviles, un círculo silencioso de figuras pensativas y sobrenaturales.

Woodin sintió que su mente desvariaba bajo la tensión del silencio y volvió a hacer la pregunta, la gritó.

Entonces recibió la respuesta mental.

—No respondimos, porque estábamos sondeando su mentalidad para comprobar si usted es lo bastante inteligente para comprender nuestras ideas. Aunque su mente es de un orden excepcionalmente inferior, parece capaz de entender en grado suficiente lo que nosotros deseamos transmitir. No obstante, antes de comenzar le advierto que le será del todo imposible escapar, o dañar a alguno de nosotros, y que cualquier intento en tal sentido le será fatal. Es evidente que no sabe nada de la energía mental; pongo en su conocimiento que sus dos compañeros fueron muertos por la mera fuerza de nuestras voluntades. El organismo de usted dejó de responder a las órdenes de su cerebro en virtud de ese mismo poder. Si quisiéramos, con nuestra energía mental podríamos destruirle por completo.

Hubo una pausa durante la cual el cerebro embotado de Woodin se aferró desesperadamente a la cordura, a la entereza.

Luego volvió a oír aquella voz mental, que tanto se parecía a una voz verdadera hablándole a su cerebro.

—Somos de una galaxia cuyo nombre, traducido aproximadamente a su idioma, es Arctar. La galaxia de Arctar se halla a muchísimos millones de años-luz de ésta, quedando mucho más allá de la curvatura del cosmos tridimensional. Hace muchas épocas que dominamos esa galaxia. Pues podíamos utilizar nuestra energía mental como medio de transporte, como energía física y para producir prácticamente cualquier cosa que necesitáramos. Por eso conquistamos y colonizamos rápidamente la galaxia, viajando de un sol a otro sin necesidad de vehículo alguno. Tras dominar a toda la galaxia de Arctar, empezamos a observar los dominios exteriores. En el cosmos tridimensional existen unos mil millones de galaxias y nos pareció conveniente poblarlas todas, para que el cosmos entero quedase, a su vez, bajo nuestro dominio. Nuestro primer paso consistió en proliferar hasta alcanzar la población necesaria para la gran tarea de colonizar el cosmos. Esto no resultó difícil,

naturalmente, ya que para nosotros la reproducción es una mera cuestión de fisiparidad. Cuando el número necesario fue alcanzado, nos dividimos en cuatro partidas. Luego la esfera del cosmos tridimensional fue repartida entre esas cuatro divisiones. Cada una debía poblar su parte del cosmos, y las tremendas multitudes salieron de Arctar en todas direcciones. Una de las partidas llegó a esta galaxia hace varios evos y se extendió gradualmente para poblar todos sus mundos habitables. Todo esto llevó grandes cantidades de tiempo, como es natural, pero nuestro plazo de vida excede de lejos el suyo, y consideramos que el éxito de la especie lo es todo y el individual no es nada. Una fuerza de varios millones de arctarios llegó a este sistema para iniciar su colonización y, al descubrir que de los nueve mundos más cercanos sólo este planeta era habitable, se estableció aquí. Ha sido norma que los colonizadores de todos los mundos del cosmos se mantuvieran en comunicación con el hogar originario de nuestra raza, la galaxia de Arctar. Así nuestro pueblo, que ahora posee todo el cosmos, puede concentrar en un punto todos sus conocimientos y su poder, y desde allí emitir órdenes que representan grandes proyectos para el cosmos. Pero de este mundo dejaron de recibirse comunicaciones poco después de que llegara la fuerza de arctarios colonizadores. Cuando se reparó en ello, el problema fue aplazado pensando que en millones de años seguramente acabarían por llegar noticias de este mundo. Pero no llegó ninguna y, después de más de mil millones de años de silencio, el consejo dirigente de Arctar ordenó que fuese enviada a este mundo una expedición, para averiguar el motivo de semejante silencio por parte de sus pobladores. Nosotros diez constituimos esa expedición y salimos de uno de los mundos del astro que usted llama Sirio, situado a poca distancia de su Sol y del cual también somos colonizadores. Se nos ordenó venir con la mayor urgencia a este mundo para averiguar por qué sus pobladores no habían enviado ningún informe. De modo que, viajando por el vacío mediante la energía mental atravesamos el espacio que separa un sol de otro y llegamos a su mundo hace pocos días. ¡Imagine nuestra perplejidad cuando llegamos! ¡En lugar de un mundo poblado hasta el último kilómetro cuadrado por arctarios como nosotros, descendientes de los pobladores originales, de un mundo completamente sometido a su dominio mental, hallamos un planeta que es, en su mayor parte, una mezcla de formas de vida monstruosas! Nos quedamos donde habíamos aterrizado y durante cierto tiempo emitimos nuestra visión y registramos todo el globo mentalmente. Nuestra perplejidad aumentó, pues nunca habíamos visto formas tan grotescas y degradadas como las que aparecieron ante nosotros, y no vimos un solo arctario en todo el planeta. Esto nos ha desconcertado porque, ¿qué pudo causar la desaparición de los arctarios que poblaron este mundo? Sin duda, nuestros poderosos emisarios y sus descendientes nunca pudieron ser vencidos y destruidos por las mentalidades lastimosamente débiles que ahora habitan este globo. ¿Pero dónde están, y cómo son ellos? Por eso intentamos capturarlo a usted y a sus compañeros.

Aunque sabíamos que sus mentalidades debían ser muy inferiores, nos pareció

que incluso unos seres como ustedes recordarían lo sucedido con nuestros enviados, que en otra época habitaron este mundo.

La corriente de pensamiento se detuvo un instante y luego asaltó la mente de Woodin con una pregunta muy clara:

—¿No sabe qué sucedió con nuestros enviados? ¿Tiene conocimiento de las causas de su extraña desaparición?

El azorado biólogo meneó lentamente la cabeza.

—Nunca..., nunca he oído hablar de seres como ustedes ni de semejantes mentes.

Creemos saber que jamás han existido en la Tierra, y ahora conocemos prácticamente toda la historia de ella.

—¡Imposible! —exclamó el pensamiento del líder arctario—. Seguramente, si conoce toda la historia de este planeta, debe saber algo de nuestro poderoso pueblo.

La mente de otro arctario emitió un pensamiento que, aunque iba dirigido al líder, fue captado indirectamente por el cerebro de Woodin:

—¿Por qué no examinamos el pasado del planeta a través del cerebro de este ser, y vemos por nosotros mismos lo que se puede averiguar?

—¡Es una idea excelente! —exclamó el líder—. Será bastante fácil sondear su mentalidad.

—¿Qué van a hacer? —gritó Woodin agudamente, lleno de pánico.

La respuesta fue serena y tranquilizadora.

—Nada que le perjudique. Sólo vamos a sondear su pasado racial revelando los recuerdos heredados por su cerebro. Las células no utilizadas de su cerebro conservan recuerdos raciales heredados, que se remontan a sus antepasados más lejanos.

Mediante nuestra energía mental haremos que esos recuerdos enterrados aparezcan transitoriamente en su conciencia, con toda nitidez. Experimentará las mismas sensaciones y verá las mismas escenas que presenciaron sus antepasados remotos hace millones de años, y nosotros, que estamos a su alrededor, podremos leer su mente como hacemos ahora y ver lo que usted está viendo, para conocer el pasado de este planeta.

No correrá ningún peligro. Físicamente seguirá aquí, pero mentalmente viajará a través de las edades. Para empezar, retrotraeremos su mente hasta el momento aproximado en que nuestros pobladores llegaron a este mundo, para averiguar lo que les sucedió.

Apenas acababa de llegar a la mente de Woodin este pensamiento, la escena iluminada por las estrellas y las masas de los arctarios se desvanecieron súbitamente y su conciencia pareció girar en un torbellino de niebla gris.

Sabía que físicamente no se había movido, pero mentalmente experimentó una sensación de tremenda velocidad. Era como si su mente cayera por abismos inimaginables al tiempo que se dilataba su cerebro.

Luego, de súbito, la niebla gris desapareció. Una escena extraña y nueva se formó poco a poco en la mente de Woodin.



Era una escena intuida, y no vista, que se presentó a su mente por medios distintos de la visión, pero no por ello menos auténtica y vívida.

Vio con aquellos sentidos extraños una tierra extraña, un mundo de mares grises y ásperos continentes de roca, sin la menor huella de vida. El cielo estaba encapotado y la lluvia caía continuamente.

Woodin se sintió caer sobre aquel mundo con un ejército de compañeros pavorosos.

Cada uno era una masa amorfa, resplandeciente, unicelular, con un núcleo oscuro en el centro. Eran arctarios, y Woodin supo que él era un arctario y que había recorrido con los demás un largo camino a través del espacio hacia aquel mundo.

Se posaron en grupos sobre el planeta áspero y sin vida. Esforzaron sus mentes, y mediante la fuerza telecinésica total de la energía mental, modificaron el mundo material para adaptarlo a su favor. Levantaron grandes estructuras y ciudades, ciudades que no eran de materia sino de pensamiento. Pavorosas ciudades construidas con energía mental cristalizada.

Woodin no logró comprender ni la millonésima parte de las actividades que veía realizarse en aquellas extrañas ciudades arctarias de pensamiento. Percibió una gran masa ordenada de análisis, investigación, experimento y comunicación, pero fuera del alcance de su actual mente humana en cuanto a sus motivos y logros. De improviso, todo se disolvió de nuevo en nieblas grises.

La niebla se levantó casi en seguida, y Woodin vio otra escena. Ésta ocurría en una era posterior, Woodin vio que el tiempo había producido cambios extraños en los grupos de arctarios, a los cuales aún pertenecía.

Habían pasado de seres unicelulares a seres multicelulares, y ya no eran todos iguales, Algunos vivían fijos en un lugar, y otros eran móviles. Algunos mostraban atracción por el agua y otros por la tierra. Algunos, al correr de las generaciones, habían modificado la forma corporal de los arctarios, diversificándose en varias ramas. Esta extraña degeneración de sus cuerpos iba acompañada de una degeneración análoga de sus mentes. Woodin lo advirtió con sus sentidos. En las ciudades de pensamiento, el ordenado proceso de la búsqueda de conocimientos y poder se había vuelto confuso, caótico. Y las mismas ciudades de pensamiento empezaban a decaer, pues los arctarios ya no tenían energía mental suficiente para conservarlas.

Los arctarios quisieron averiguar qué era lo que provocaba en ellos aquella extraña degeneración corporal y mental. Supusieron que algo afectaba a los genes de sus cuerpos, pero no lograron averiguar el qué. ¡En ningún otro mundo habían degenerado así!

La escena pasó pronto a otra muy posterior. Ahora Woodin la veía, pues el antepasado a través de cuya mente miraba estaba dotado de ojos, y vio que la degeneración se había generalizado; los cuerpos multicelulares de los arctarios estaban cada vez más afectados por las enfermedades de la complejidad y la

diversificación.

La última de las ciudades de pensamiento ya había desaparecido. Los otrora poderosos arctarios estaban convertidos en organismos espantosamente complejos que degeneraban aún más. Algunos reptaban y nadaban en las aguas, y otros estaban fijos en la tierra.

Aún conservaban parte de la gran mentalidad original de sus antepasados. Aquellos seres monstruosamente degenerados, terrestres o acuáticos, que vivían en lo que la mente de Woodin conoció ser el final de la era paleozoica, aún hacían frenéticos e inútiles esfuerzos por detener el terrible avance de su degradación.

La mente de Woodin presencié otra escena posterior, del mesozoico. El aumento de la degeneración había convertido a los descendientes de los pobladores en un grupo de razas aún más horribles. Ahora eran grandes seres con patas unidas por una membrana, con escamas y garras, reptiles que vivían en la tierra y en el agua.

Pero en aquellas criaturas increíblemente modificadas aún alentaba un débil resto del poder mental de sus antepasados. En vano intentaban comunicarse con los arctarios de soles lejanos para notificarles su desgracia. Pero sus mentes ya eran demasiado débiles.

Luego apareció una escena del cenozoico, Los reptiles se habían convertido en mamíferos, y la evolución descendente de los arctarios había avanzado aún más. En aquellos descendientes degenerados sólo quedaban ínfimos residuos de la mentalidad original.

Aquella lamentable descendencia dio lugar a una especie aún más estúpida y carente de poder mental que todas las anteriores: simios terrestres que recorrían las frías llanuras en manadas charlatanas y pendencieras. Los últimos despojos de la herencia arctaria, los antiguos instintos de dignidad, limpieza y paciencia habían desaparecido de aquélla.

Luego una última imagen ocupó el cerebro de Woodin. Era el mundo actual el que conocía por sus propios ojos. Pero lo vio y comprendió como nunca: un mundo en donde la degeneración había llegado a su límite extremo.

Los simios se convirtieron en seres bípedos aún más débiles que habían perdido hasta el recuerdo de la herencia de la vieja mentalidad arctaria. Aquellas criaturas incluso carecían de muchos sentidos que los simios anteriores a ellos habían poseído.

Y estas criaturas, estos humanos, se degradaban con rapidez creciente.

Al principio mataron, como sus antepasados animales, para procurarse alimento, pero luego aprendieron a matar sin ton ni son. Y aprendieron a guerrear entre sí, divididos en grupos, tribus, naciones y hemisferios, En la locura de su degradación, se asesinaron entre sí hasta que la Tierra quedó regada de su sangre.

Eran aún más crueles que los simios que los habían precedido, con la crueldad inútil del loco, y en su locura sin freno acabaron por morir de hambre en medio de la abundancia, por matarse entre sí en sus ciudades, por soportar el flagelo de unos temores supersticiosos que ningún otro ser antes que ellos conoció. Eran los últimos y

terribles descendientes, el último producto degenerado de los antiguos pobladores arctarios, que otrora fueran reyes del intelecto. Los demás animales fueron prácticamente eliminados.

Ellos, los últimos monstruos horrorosos, pronto iban a dar fin a la terrible historia destruyéndose totalmente entre sí en su locura.

Woodin volvió en sí de súbito. Se hallaba de pie en el centro del claro, a orillas del río, bajo la luz de las estrellas. Y a su alrededor seguían inmóviles los diez arctarios amorfos... en silencioso círculo.

Embotado, mareado por la terrible y espantosa visión que su mente había recorrido con increíble claridad, miró uno a uno a los arctarios. Los pensamientos de éstos aún turbaban su cerebro, poderosos y sombríos, conmocionados de horror y de un desprecio terrible.

El horrorizado pensamiento del líder arctario llegó a la mente de Woodin.

—Así pues, eso fue lo que se hizo de los enviados arctarios que vinieron a este mundo.

Degeneraron, se convirtieron en formas de vida cada vez más inferiores, y estas entidades lamentables y enfermizas que ahora se aglomeran en este mundo son sus últimos descendientes. ¡Éste es un planeta de horror letal! Un planeta que de algún modo daña los genes de nuestra raza y la hace cambiar corporal y mentalmente, motivando que a cada generación empeore más. Ante nosotros tenemos el espantoso resultado.

El temeroso pensamiento de otro arctario pregunto:

—¿Qué podemos hacer ahora?

—No podemos hacer nada —declaró el líder con solemnidad—: Esta degradación, este espantoso proceso ha avanzado demasiado para que podamos revertirlo ahora, En este mundo envenenado, nuestros hermanos inteligentes se convirtieron en entidades horrorosas; ahora nosotros no podemos revertir la situación y restaurarlos a partir de los seres degradados que son sus descendientes.

Woodin recobró la voz y gritó aguda, estentóreamente:

—¡No es cierto! ¡Lo que he visto ha sido una gran mentira! ¡Nosotros, los humanos, no somos el producto de una involución patológica, sino el resultado de muchas eras de evolución ascendente! ¡Lo afirmo! Pues no queríamos vivir, yo no querría vivir si lo contrario fuera cierto. ¡No puede ser cierto!

El pensamiento del líder arctario, dirigido a las demás formas amorfas, penetró en su cerebro delirante.

Estaba cargado de compasión, pero su desprecio sobrehumano también era intenso.

—Vámonos, hermanos míos —decía el arctario a sus compañeros—. No podemos hacer nada en este mundo que corrompe el alma. Partamos antes de resultar envenenados y modificados también nosotros. Notificaremos a Arctar que éste es un mundo envenenado, un mundo de degradación, para que ninguno de nuestra raza

venga aquí y descienda por el espantoso camino que aquéllos recorrieron. ¡Vamos! Regresemos a nuestro sol.

La abultada forma del líder arctario se acható, adoptó la forma de un disco y luego se elevó en el aire.

Los otros también cambiaron, le siguieron en formación, y un Woodin estupefacto les vio subir y convertirse en puntos que se elevaban rápidamente bajo la luz de las estrellas.

Se adelantó unos pasos, tambaleándose agitando los puños con delirio hacia los puntos brillantes que se alejaban.

—¡Regresad, malditos! —aulló—. ¡Regresad y juradme que era mentira! ¡Ha de ser una mentira..., tiene que...!

En el cielo tachonado de estrellas ya no quedaba rastro de los arctarios. La oscuridad que rodeaba a Woodin era siniestra y absoluta.

Volvió a gritar en la noche, pero sólo le respondió un eco burlón. Con los ojos desencajados, tambaleante y con el alma hecha añicos, su mirada se fijó en la pistola que Ross tenía en la mano. La cogió con un grito ronco.

De súbito, la calma del bosque fue rota por un brusco estampido, que retumbó un instante, hasta extinguirse el último eco.

Luego todo volvió a quedar en silencio, excepto el riente murmullo del río.

\* \* \*

En general soy un escritor optimista; mis personajes suelen ganar al final y el mundo se salva. Pero durante años noté que los relatos con un final desdichado, irónico o paradójico me chocaban con más fuerza que los de final convencionalmente feliz, y me dejaban una impresión más duradera.

Alguna vez se me ocurría que el tono pesimista era mejor, y que hacía falta a mis relatos demasiado optimistas. El recuerdo de cuentos como *Involución* me animó a intentar este tipo de finales.

Por ejemplo, mi relato *The Ugly Little Boy* (publicado en las revistas bajo el título de *The Lastborn*), concluía con una tragedia tan terrible, que muchos lectores me escribieron para contarme que habían llorado al final (lo mismo me ocurrió a mí mientras lo escribía).

Pero luego, pensándolo bien, no me pareció en absoluto un final trágico. Concluía con el triunfo del amor, y no existe mayor triunfo que ése.

Llegados a este punto, no me resisto a la tentación de un cortísimo relato mío (sólo tiene unas mil palabras, así que disculpadme), que fue escrito en el espíritu de desencanto que caracteriza a *Involución*.

Este relato titulado *Caza mayor* lo escribí el 18 de noviembre de 1941, cinco años después de leer *Involución*. He mencionado *Caza mayor* en *The Early Asimov* como el último de los once cuentos de ciencia-ficción que había escrito, pero que no logré publicar. En aquel libro decía: «Me gustaría recordar de qué trataba *Caza mayor*... Pero el mero título no me recuerda nada, y el relato ya no existe».

Mas, por lo visto, existía. Como ya he mencionado antes, cedí muchos de mis papeles a la Universidad de Boston, y entre algunos viejos manuscritos que no había revisado estaba el inédito *Caza mayor*.

Después de la publicación de *The Early Asimov*, alguno de mis admiradores, mientras hurgaba (con permiso) en la biblioteca de la Universidad de Boston, halló el manuscrito, hizo unas fotocopias y me envió un ejemplar.

Conque helo aquí: el único relato mío que existe (por lo que sé... quizá valga más no asegurar nada acerca de mí mismo) sin haber sido publicado hasta ahora.

# CAZA MAYOR

Isaac Asimov

—He leído en los periódicos —dije apurando mi cerveza— que la nueva máquina del tiempo de Stanford ha sido adelantada dos días en el tiempo, llevando en su interior un ratón blanco que no padeció efectos nocivos.

Jack Trent asintió y dijo, muy serio:

—Lo que deberían hacer con ese invento es retroceder algunos millones de años y averiguar que ocurrió con los dinosaurios.

Durante los últimos minutos yo había estado observando casualmente a Hornby, que ocupaba la mesa vecina. El individuo alzó los ojos y se encontró con mi mirada. Estaba solo y a su lado tenía una botella de la que había bebido la cuarta parte. Tal vez por eso no habló en ese momento.

Sonrió y se dirigió a Jack:

—Demasiado tarde, viejo. Hice eso hace diez años y lo averigüé. Los sabihondos dicen que fue debido a los cambios climáticos. No es verdad. —Levantó el vaso en silencioso brindis y lo apuró de un trago.

Jack y yo nos miramos. Sólo conocíamos a Hornby de vista, pero Jack me guiñó el ojo derecho y meneó ligeramente la cabeza. Sonreí, nos trasladamos a la mesa vecina y pedimos otras dos cervezas.

Jack miró a Hornby con solemnidad.

—¿Realmente inventó una máquina del tiempo?

—Fue hace mucho —Hornby sonrió amigablemente y volvió a llenar su vaso—. Mejor que la chapuza de esos aficionados de Stanford. La destruí. Dejé de interesarme.

—Hablemos de eso. ¿Dice que no fue el clima lo que acabó con los grandes saurios?

—¿Por qué habría de serlo? —Nos lanzó una rápida mirada de soslayo—. El clima no los afectó durante millones de años. ¿Por qué habría de borrarlos tan completamente una súbita temporada seca, mientras otras especies seguían viviendo con toda comodidad? —Intentó chasquear los dedos a modo de burla, pero le salió mal y terminó murmurando—: ¡No es lógico!

—Y entonces, ¿qué pasó? —inquirí.

Hornby vaciló, mientras jugueteaba con la botella. Luego respondió.

—Lo mismo que acabó con los bisontes: ¡seres inteligentes!

—¿Los hombres de Marte? —sugerí—. Era demasiado temprano para los habitantes de la Atlántida.

De pronto, Hornby se volvió truculento. Supongo que estaba medio tocado.

—Les digo que los vi —afirmó con violencia—. Eran reptiles, no muy grandes. Bípedos de un metro veinte de altura. ¿Por qué no? Aquellos dinosaurios tuvieron millones de años para evolucionar. Reptaban, trepaban, volaban y nadaban. Eran de todas las formas, tamaños y variedades. ¿Acaso uno de ellos no pudo desarrollar un cerebro..., y acabar con los demás?

Intervine:

—No hay inconveniente, salvo que jamás se ha descubierto el fósil de un saurio cuya caja craneana pudiera cobijar más materia gris que la de un pequeño gato.

Jack me dio un codazo, pues quería que Hornby siguiera desbarrando, pero a mí no me gustan los despropósitos.

Hornby se limitó a dirigirme una ojeada desdeñosa.

—Tampoco se encuentran muchos fósiles de animales inteligentes. Ya sabe que por lo general no suelen caerse en los pantanos. Además, ocurre que eran de cerebro pequeño.

¿Qué me dice a eso? ¿Qué tanto por ciento de su cerebro utiliza usted? Como mucho, menos de un quinto y el resto no sirve, o Dios sabrá qué ocurre. Esos reptiles tenían el cerebro de un pequeño gato, pero lo usaban todo.

Luego insistió:

—Y no me pregunten por qué no encontramos restos de sus ciudades o máquinas.

Creo que no construyeron nada. Su inteligencia era de un tipo por completo diferente de la nuestra. Intentaron contarme su vida, pero no logré entender nada..., salvo que su gran diversión era la caza mayor.

—¿Cómo pudieron entenderse? —preguntó Jack—. ¿Por telepatía?

—Creo que sí. Le digo que tenían cerebro. Los miré y ellos me miraron, y entonces supe. Supe muchas cosas. No oí ni sentí nada; sencillamente supe. En realidad, no puedo explicarlo. Algún día lo intentaré —sus ojos, fijos en el vaso, tenían una expresión melancólica—. Me habría gustado quedarme más tiempo. Pude aprender muchas cosas —se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo hizo? —pregunté.

—Era arriesgado —respondió—. Me di cuenta. Para ellos, yo era un monstruo, y les inspiraba curiosidad. No por mi cuerpo, naturalmente, que no les molestaba. Se trataba de mi cerebro —sonrió torcidamente—. Ya saben, era muy grande. Se preguntaban para qué podría servirme tanto cerebro. Querían hacer mi disección para averiguarlo, conque me largué de allí.

—¿Cómo pudo irse?

—No lo habría logrado, si en aquel momento ellos no hubieran visto un triceratops. Lo dejaron todo y salieron corriendo con sus varitas de metal en las manos. Ya me entienden: eran sus armas. Ahí tiene la respuesta. Esos pequeños y sesudos reptiles mataban saurios con el entusiasmo de un cazador de leones. Preferían matar un «tyrannosaurus» antes que comer. ¿Por qué no? Aquellas enormes fieras debieron constituir magníficas presas. Ninguno de los demás, desde el pterodáctilo

hasta el ictiosaurio —no logró pronunciarlos muy bien, pero comprendimos lo que quería decir—, podía ser un trofeo tan digno de aquellas bestias enanas que los mataban por diversión o por gloria. Y fueron rápidos. Nosotros matamos cientos de millones en treinta años, ¿recuerdan?

Otra vez intentó chasquear los dedos. Luego agregó con sarcasmo:

—¡Cambios climáticos! ¡Un cuerno! Pero ¿quién creería la verdad?

Guardó silencio y Jack le dio un codazo:

—Dígame, viejo, ¿quién acabó con esos pequeños saurios? ¿Por qué no están aquí, vivos y coleando?

Hornby levantó la mirada y observó fijamente a Jack.

—Jamás regresé para averiguarlo, pero de todos modos sé lo que ocurrió. La única diversión que había en sus vidas era la caza mayor. Le dije que lo supe cuando los miré a los ojos. Por eso, cuando se quedaron sin brontosaurios y sin diplodocos, se dedicaron a la caza más peligrosa: ¡ellos mismos! E hicieron buena faena.

Hizo una pausa y agregó, truculento:

—¿Por qué no? ¿Acaso los hombres no estamos haciendo lo mismo?

\* \* \*

Quizá no sea importante que algunos de mis cuentos no hayan sido publicados nunca.

Sospecho que no pierdo nada. Cuando releí *Caza mayor*, por ejemplo, me di cuenta de que había vuelto a utilizar el mismo argumento, ampliándolo, en *Day of the Hunters*, que apareció en «Future Fiction» de noviembre de 1950. Pero este cuento no volvió a ser reeditado, ni siquiera en *The Early Asimov*, que sigue mi carrera sólo hasta 1949. Por tanto, dudo que su existencia estropee la novedad (si es que tiene alguna) de *Caza mayor*.

A fines de 1936, mi padre vendió su tercera tienda de golosinas y, después de algunas complicaciones, compró la cuarta en Windsor Place 174, en el barrio Park Slope de Brooklyn, (Siempre lo he descrito diciendo que estaba «al otro lado de Prospect Park», pues cuando explicaba que vivía cerca del parque, mi interlocutor preguntaba: «¿En la Avenida Flatbush?» y yo siempre respondía: «No, del otro lado»). Los tiempos mejoraban, y aquélla confitería resultó ser la mejor. Esta vez mi padre se quedó hasta que le llegó la edad de jubilarse.



## OCTAVA PARTE 1937

El año 1937 fue tranquilo. Acabé el segundo año en Columbia y comencé el tercero sin ninguna crisis digna de mención.

«Astounding Stories» siguió dominando cada vez más el campo de la ciencia-ficción. «Thrilling Wonder Stories» me parecía poco importante y «Amazing Stories» siguió decayendo entre dificultades hacia su fin. Pero en 1937 apareció en esa revista un cuento que me impresionó. Su título era *By Jove* y se trataba de un folletín de tres entregas, por Walter Rose, que apareció en los números de febrero, abril y junio.

Apenas recuerdo el argumento, salvo en lo relativo a los benévolos insectos gigantes de Júpiter. (Rose sólo escribió éste y otro cuento, al menos en el campo de la ciencia-ficción). Pero mientras se publicaba aquella serie —naturalmente, demasiado larga para incluirla aquí—, mis puntos de vista sobre Júpiter cambiaron radicalmente gracias a algo que estaba haciendo John W. Campbell, Jr.

A veces, una revista de ciencia-ficción presentaba un texto de no-ficción sobre algún tema que en opinión del director pudiera ser de interés para los lectores de ciencia-ficción.

Por lo general, el contenido de estos artículos tendía a ser algo místico, y eso nunca me satisfizo, «Astounding Stories», por ejemplo, publicó el libro de Charles Fort *Lo!* en ocho entregas, la primera de las cuales apareció en abril de 1934. Me irritó profundamente, pues me pareció una colección incoherente de recortes de periódicos, que servían para extraer conclusiones ridículas.

Pero luego, a partir del número de «Astounding Stories» de junio de 1936, apareció una serie de dieciocho artículos, titulada por Campbell *A Study of the Solar System*. Era ciencia de verdad.

Por vez primera leí una explicación moderna del Sistema Solar (hasta entonces había aprendido la astronomía en los libros más o menos anticuados de la biblioteca pública).

Por primera vez, la astronomía me pareció realmente fascinante, gracias a la prosa algo sobrecargada de Campbell. Y de todos los artículos de aquella larga serie, el que más me impresionó fue el noveno, *Ojos desconocidos vigilan*, que trataba de Júpiter y apareció en la «Astounding Stories» de febrero de 1937.

# OJOS DESCONOCIDOS VIGILAN

John W. Campbell, Jr.

Todo el espacio llameó con una incandescencia insoportable; a lo largo de tres mil millones de kilómetros, gallardetes titánicos de fuego brotaron, se trenzaron y entrelazaron, gallardetes que resplandecían en tono rojo mate y se enfriaban donde se alargaban hasta la rotura, convirtiéndose en grandes coágulos arremolinados en el calor blanquiazul de la nueva creación. Disminuyendo poco a poco, alejándose, desaparecía el Destructor, la estrella vagabunda que había azotado mundos del Sol a medida que pasaba.

Dos mundos, ambos resplandecientes con el calor blanquiazul de la tremenda tortura que sus masas ya incandescentes recibían, se habían aproximado, atraído, pasado. Dos soles, ambos de un millón y medio de kilómetros de diámetro —que no temblaban, puesto que no eran sólidos sino gas ardiente— habían avanzado a velocidades terroríficas y violentas, suscitando tensiones gravitatorias al pasar, no a millones pero sí a cientos de kilómetros entre sí, terribles tensiones capaces de rasgar la tela infinita del espacio, cada esfera de un millón y medio de kilómetros de materia increíblemente caliente acercándose, acercándose, llamas lanzadas que harían mundos, sistemas solares completos, rugiéndose entre sí como truenos cuyas simples vibraciones sonoras habrían pulverizado este planeta... y pasaron.

Pero esto es lo que paraliza mis pensamientos: ¿no puedo concebir que ese fenómeno, ese fogonazo de llamas que creó mundos, las explosiones que esparcieron planetas gigantes por cuatro mil millones y medio de kilómetros del espacio —toda esa catástrofe llameante— tuvo lugar, fue y pasó en menos de tres *horas*! Un acto tan trivial como leer esta revista lleva más tiempo. Pero esa catástrofe casi instantánea y descomunal engendró mundos que comenzaron a girar, a ser... y la estrella que la provocó pasó para siempre.

El encendido impulso de llamas que la hizo chirriar a lo largo de tres mil millones de kilómetros de espacio se enfrió poco a poco. Flamígeros rayos de calor fueron agavillados por las poderosas gravedades de los planetas en formación, hasta que prácticamente toda la materia dispersa quedó reunida en nueve grupos principales.

Pero no podía quedar así, pues los terroríficos calores que están enterrados bajo capas más frías de las estrellas habían sido lanzados al espacio abierto, y ni siquiera podría irradiar antes de acumularse suficientemente (los átomos calientes sólo pueden radiar cuando chocan con otros). Nuestra Tierra se condensó; otras perdieron rápidamente el hidrógeno y demás gases ligeros. Pero más lejos del Sol, la más poderosa de todas las masas arrastró a esos átomos de hidrógeno volátil con fuerza salvaje mientras ellos pugnaban por escapar hasta dos..., ocho..., quince..., treinta

millones de kilómetros del núcleo de la masa que iba a ser Júpiter.

El Sol se hallaba lejos, y el poderoso influjo con que empujaba a los gases ayudándoles a escapar de los planetas interiores se debilitaba aquí. Los gases, cuya velocidad estaba agotada por el combate de retirada que duró treinta millones de kilómetros, cedieron y fueron capturados. Setecientos cincuenta mil kilómetros, y podían escapar de Marte. ¿Pero Júpiter? ¡Ni la menor oportunidad! Ya eran agregados llameantes que escapaban a medias, aunque sólo para quedar atrapados como satélites que giraban a decenas de millones de kilómetros, definitivamente cogidos.

Júpiter los arrastró. Había metales pesados y se condensaban, bajo la presión de inconcebibles toneladas de aquella materia capturada, hasta formar una corteza líquida terriblemente comprimida. Sobre ellos se apilaban aún más toneladas de esos átomos capturados que regresaban. Más, más y más se licuaban a medida que el frío del espacio disipaba poco a poco su calor. Pasaron eras y el calor disminuyó rápidamente. La corteza se enfrió, lo mismo que se había enfriado la corteza de los demás planetas.

Y entonces Júpiter, el último en condensarse, sintió el frío de su posición lejana. El Sol no irradiaba mucho calor a esta distancia. Aquélla, vasta atmósfera que primero había condensado los metales, luego los óxidos, las moléculas complejas y por último el agua, hasta que todo se mezcló en el horno que se enfriaba lentamente y alcanzó una nueva estabilidad, quedó en este estado: hasta el último átomo de oxígeno había encontrado algo que aferrar y retener. Precipitó en forma de bióxido de silicio, óxido de hierro u óxido de calcio, pero sobre todo como trillones de toneladas de agua. El flúor, el más activo de los metaloides, rivalizaba incluso con el oxígeno. Se desprendían el cloro, el bromo y el yodo; el azufre y el fósforo se combinaron con el oxígeno.

Todos se unían alegremente, excepto los gases inertes, que no deseaban hacerlo: el helio y el xenón, el radón y el argón. Y otros dos: el hidrógeno y el nitrógeno. El nitrógeno, porque normalmente no se muestra muy impaciente por unirse. No es un elemento del todo solitario, pero suele necesitar el estímulo de altas temperaturas para volverse activo.

¡En ese caso el nitrógeno se vuelve tan entusiásticamente activo que incluso desplaza al oxígeno de sus combinaciones!

El hidrógeno no se unió, simplemente porque había demasiado. Era el más abundante de todos los elementos que la catástrofe de tres horas había lanzado en largas llamas para formar planetas y se combinó con el oxígeno para formar agua en trillones de toneladas. Por millones fue satisfecho a emparejarse con el cloro. Se combinaba con cuanto podía combinarse... pero lisa y llanamente, le faltaban parejas. Por eso, en la atmósfera había hidrógeno y nitrógeno, pero ni un mezquino veinte por ciento de hidrógeno, sino que la mayor parte de dicha atmósfera estaba compuesta

por hidrógeno.

Por desgracia, el hidrógeno y el nitrógeno, aunque se unen para formar amoníaco, no lo hacen de muy buena gana, como saben los químicos de la Tierra. Durante la guerra, Alemania gastó millones para inventar aparatos muy complicados y caros, a fin de casar a esos elementos renuentes a unirse. El inventor, Fritz Haber, se jugó la piel en las casi innumerables explosiones que provocaba al tratar de conseguir la combinación de estos dos elementos.

La dificultad principal del proceso estriba en la presión —presión fortísima—; intentaron usar enormes retortas fabricadas con el mejor acero de veintitrés centímetros de espesor.

Pero el hidrógeno, bajo estas condiciones, tiene la desagradable costumbre de formar con el hierro un compuesto —hidruro de hierro— y este compuesto es dos veces más frágil que el vidrio y no posee ni la décima parte de su resistencia. Las retortas de quince metros de altura y noventa centímetros de diámetro estallaban, a pesar de sus paredes de veintitrés centímetros. El hidrógeno y el nitrógeno no se unen fácilmente, salvo cuando están sometidos a una gran presión...

¡Presión! La presión es una de las características sobresalientes de Júpiter.

Comparados con ella, los fondos de nuestros mares se parecen más a las condiciones del vacío. Inevitablemente, hidrógeno y nitrógeno se combinaron. El amoníaco ocupa menos lugar que estos dos gases; literalmente, los elementos se apiñaron... no en forma de agua amoniacal, sino de amoníaco líquido, pues Júpiter es frío, terriblemente frío. En nuestro mundo, el agua fue la materia que creó esas grandes montañas de greda a lo largo del ecuador tórrido, donde los extensos mares azules las bañaron y se evaporaron poco a poco. En ese otro mundo de 125 775 kilómetros de diámetro, la gravedad aplastó unos mares de olas pequeñas, bajas y picadas: mares de amoníaco líquido.

Las frías nieves del norte —a 98 000 kilómetros del ecuador de ese globo titánico— eran de amoníaco sólido. Y la atmósfera era de hidrógeno y vapor de amoníaco... y metano, tetrahidruro de carbono. Aquí, en la Tierra, éste es el elemento principal del gas natural, un excelente combustible. No ocurre lo mismo con Júpiter. En Júpiter es el subproducto, el residuo incombustible. Allí la gasolina sería un líquido limpiador no peligroso, totalmente incombustible. Allí dirían que el hidrógeno no arde, pero que el oxígeno es un excelente combustible.

Pero no acaban aquí las rarezas de la química en el planeta gigantesco. ¡Júpiter posee un clima ideal para la vida! La temperatura es moderada, aproximadamente de 120 grados centígrados bajo cero o 185 grados Fahrenheit bajo cero. ¡Sí, una temperatura moderada! Es moderada para una vida basada en algo totalmente distinto, basada en el amoníaco. ¿Recuerdan que en la discusión sobre los medios posibles de vida dije que el amoníaco, aunque inestable, era un medio posible? ¿Que el hidrógeno podía

funcionar como gas activo a baja temperatura y sometido a gran presión? Estas condiciones se cumplen pues el amoníaco es estable y la terrible presión activa el hidrógeno.

¡De modo que aquí la vida es posible, una vida que respira una atmósfera pura y vigorizante de hidrógeno, con suaves brisas de amoníaco! Quizá sus alimentos sean agentes oxidantes en lugar de agentes reductores. Conocemos muchos compuestos orgánicos capaces de realizar esa función, compuestos llamados peróxidos, que son violentamente explosivos a la temperatura de la Tierra, pero estables a temperaturas tan bajas como las que en Júpiter se considerarían normales.

La química de la vida sería extrañamente distinta. Si hubiese habitantes inteligentes, aunque no demasiado, tal vez los sábados por la noche tratarían de olvidar sus penas con ayuda de una botella de etilamina,  $C_2H_5NH$ , en vez de recurrir a ese antiguo brebaje terrestre, el alcohol etílico  $C_2H_5OH$ . Para ellos, el compuesto  $H_2O$  quizá fuese una sal sólida y blanca; de cualquier modo, sería parte importantísima de su dieta.

Y ¿en qué clase de mundo viven? Debe ser un mundo salvaje de animales pequeños.

Ningún monstruo de treinta metros ha vivido nunca en tierras de Júpiter, pues habría quedado aplastado bajo su propio peso. Los animales han de ser pequeños para ser activos. Los elefantes no saltan, quizá los seres comparables al hombre no tendrían más de sesenta centímetros de altura, pero sus músculos serían tan poderosos, que una pelea cuerpo a cuerpo con semejante gente (imposible debido a las diferencias de atmósfera y presión) sería muy peligrosa. Sus movimientos serían inconcebiblemente rápidos, como único modo de desplazarse en un medio ambiente afligido por una gravedad dos veces y media superior a la nuestra. Las cosas caen con mayor rapidez. El salto de un animal agresor se presentaría a nuestros ojos como una mancha en movimiento pues, de no ser así, no lograría saltar ninguna distancia antes de que esa tremenda gravedad lo hiciera caer de nuevo al suelo. El terreno sería duro, bajo y casi llano, pues ni siquiera la fuerza de las montañas podría elevarse muy alto contra esa gravedad sobrecogedora y eterna.

Aunque la masa de Júpiter equivale a 300 veces la de la Tierra, en la superficie afortunadamente la gravedad no es 300 veces mayor, pues aquella está más lejos del centro del planeta. A 150 000 kilómetros del centro de la Tierra, la gravedad es trescientas veces menor que a una distancia igual del centro de Júpiter, pero este planeta es mayor y la corteza se halla más lejos del centro.

Pero las colinas son bajas, pues la gravedad no deja de ser intensa. Los árboles son bajos y achaparrados, tal vez con troncos múltiples sosteniendo un sistema de ramas muy entrelazadas. Hay un buen motivo para ello, mejor dicho, dos buenos motivos: la gravedad —siempre la gravedad— y los vientos. No es el soplo suave de un planeta menor como la Tierra, sino ciclones aullantes, rugientes y estruendosos, que parecen recuerdos de aquel día bárbaro en que los planetas fueron creados en tres

cortas horas.

Vientos que ululan a más de trescientos kilómetros por hora. Ésos son los alisios incesantes y permanentes de Júpiter: suavidades que amenizan todos los días del largo, largo año. Sabemos que existen en la atmósfera superior y, seguramente buena parte de ellos azota la superficie.

Hablando de la superficie... ¡Júpiter tiene muchísima! No sabemos qué proporción de ella está inundada, pero el planeta tiene una circunferencia de aproximadamente 310 000 kilómetros, y gira a una velocidad delirante: una vez cada diez horas, a 32 500 kilómetros por hora. Si alguna vez un Magallanes jupiteriano quisiera circunnavegar ese mundo, emprendería una tarea que incluso para la luz requiere un tiempo muy apreciable. ¡Júpiter es un planeta grande de verdad, una pieza de cuidado!

Y esa atmósfera terriblemente pesada será un problema cuando se dispongan a fabricar aeroplanos. Son bastante fáciles de hacer, casi cualquier cosa con un plano de sustentación puede sostenerse en una atmósfera tan espesa como terriblemente comprimida. Pero la velocidad es otra cuestión. Se necesita algo más que aerodinámica para avanzar en medio de esa sopa ultracondensada.

En tales circunstancias, probablemente el automóvil llevaría la mejor parte. Si pudiéramos ver a un conductor jupiteriano, sin duda daríamos gracias a los dioses del universo por no poder viajar con él. Tendrían la costumbre de tomar curvas en ángulo recto a sesenta u ochenta kilómetros por hora, frenar en seco a más de cien kilómetros por hora para detenerse en unos cinco metros. La circulación produciría el efecto de una de esas películas aceleradas de un paseo delirante a través de Nueva York.

¿Por qué? Porque aquí los frenos tendrían una eficacia mucho mayor; la masa del coche y su inercia serían las mismas, mientras su peso y, por tanto, la adherencia de sus ruedas serían dos veces y media mayores. La deceleración súbita, casi con características de choque frontal, no dañaría a los jupiterianos, con la tremenda musculatura que deberían poseer. Girar en redondo a sesenta por hora no sería peligroso, pues el coche estaría pegado al camino por la terrible sujeción de Júpiter.

¿Y las velocidades máximas? Esos sesenta u ochenta serían como avanzar aproximadamente a la misma velocidad por el agua. Si los frenos detienen rápidamente un coche, también lo hace la resistencia del aire. No sé qué emplearían como gasolina —tal vez peróxido de hidrógeno puro— pero tendrían que quemarlo con una rapidez increíble para lograr velocidad.

Y ¿con qué fabricarían estos automóviles? No con hierro; recordemos lo que pasó con las retortas de acero de Haber. Bajo estas condiciones, el hierro es un metal muy frágil.

No con aluminio, pues bajo las lluvias terriblemente alcalinas de ese mundo ese metal se disolvería instantáneamente. La plata correría en torrentes líquidos de sales

complejas de amoníaco y plata. Lo mismo ocurriría con el cobre. No serviría ningún metal noble porque son demasiado pesados, aunque no fueran tan escasos como en la Tierra, que probablemente lo son. En resumen, tendrían que desarrollar una metalurgia totalmente distinta y una química para nosotros insólita.

¿Qué ardería en sus hornos de gas? ¿Oxígeno? ¿Podrían inventar la radio, cuando los tubos de vacío resultarían aplastados al instante por la brutal presión atmosférica?

Aunque construyeran un tubo bastante fuerte para soportar la presión, los átomos de hidrógeno se colarían, pues se difunden a través de casi todos los materiales que conocemos. Quizás emplearían el alternador de Alexanderson, que no es sino una dínamo de diseño especial para emitir; recibirían mediante detectores de cristal. Pero ni siquiera nuestras mejores radios recibirían mensajes alrededor de ese mundo... a más de trescientos mil kilómetros.

Pero ¿hay allí gente que se preocupe por estas cosas? Naturalmente, no podemos saberlo, aunque podemos asegurar esto: existe un soporte biológico que no es el agua, pero tenemos motivos para creer que sería un excelente sustituto. Tienen una atmósfera que incluye un gas activo. No falta nada para que se desarrolle la vida: un clima agradable y moderado, mucho suelo y, probablemente, un régimen de «lluvias», quizá la luz del Sol esté un poco diluida, pero allí está.

Sí, esas personas podrían subsistir en base a una extraña química donde el amoníaco líquido desempeña el papel de «agua» y el hidrógeno el de aire, pero es una química posible. Podrían freír un huevo —de una gallina jupiteriana— en la bandeja del congelador de una nevera terrestre, porque para un termómetro graduado según los cambios de estado del amoníaco, sería ésa la temperatura adecuada. El día y la noche —más cortos que los de cualquier otro planeta del sistema— realizarían una distribución más uniforme de la energía solar.

Si alguna criatura extraña de otro sistema solar se acercase para averiguar cuál de los hijos del Sol tiene vida, ¿adónde creen que se dirigiría? ¿A un planeta minúsculo como la Tierra con un vacío casi perfecto como atmósfera, o a un mundo poderoso como Júpiter?

Creo que yo escogería Júpiter, si no fuera porque poseo datos especiales, podríamos decir «confidenciales». Mi economía personal se basa en el agua.

Me alegro de ello. De eso y de la atmósfera que respiro. Me pregunto si en Júpiter habrá individuos más inteligentes que nosotros, mirando a través de poderosos telescopios, interrogándose y anhelando, imaginando la existencia de vida en mundos minúsculos y más cercanos al Sol... y deseando en vano. Deseando y sabiendo que no pueden partir. Pues, lo mismo que ninguna nave hecha bajo nuestra presión y con nuestros materiales podría soportar ni un solo día la terrible y aplastante atmósfera de Júpiter, tampoco una nave jupiteriana podría salir al espacio llevando en el interior su atmósfera ultracomprimida. Cargada de un aire terriblemente pesado, intentando escapar de un planeta enormemente macizo... y el hidrógeno, que se filtraría y colaría sin cesar a través de los mismísimos átomos del metal. Me pregunto si

vigilan... y anhelan...

\* \* \*

Como es de suponer, Campbell no acertaba más que los astrónomos de 1937 en cuanto a Júpiter —no podía ser de otro modo— pero reflejaba fielmente las teorías entonces vigentes, y nunca lo olvidé. Después de esto, Júpiter no podía ser un mundo de insectos gigantes. Era un mundo con una atmósfera abrumadora, que contenía metano y amoníaco.

Cuentos míos como *The Callistan Menace*, *Not Final* y, en especial, *Victory Unintentional* fueron escritos pensando en *Ojos desconocidos vigilan* de Campbell. Estos artículos de Campbell me enseñaron algo más: que un texto científico puede ser tan interesante como una novela. Descubrí que, bien hechos, podían competir con la ficción en las mismas revistas de ciencia–ficción y despertar interés. En los números donde apareció aquella serie, lo primero que leía era el artículo de Campbell.

Llegaría el momento, más o menos una docena de años después, en que «Astounding» publicaría artículos míos. Aún más tarde, «The Magazine of Fantasy and Science Fiction» empezó a publicar regularmente artículos míos, cuyas entregas se prolongaron mucho más que cualquier serie de la historia de este género. (Mientras escribo este texto, estoy preparando la entrega número 181 de dicha serie). Y todos los artículos que escribo para las revistas de ciencia–ficción —o mejor dicho, todo lo que escribo fuera de la literatura de creación— los atribuyo a la satisfacción que me produjeron los artículos de Campbell sobre astronomía.

Indudablemente, empezaba a valorar la ciencia por si misma, y a disfrutar de la ciencia–ficción no sólo por la calidad de los relatos y el interés de la acción, sino también por la exactitud científica. Por tanto, cuando leí *Planeta negativo* de John D. Clark en la «Astounding Stories» de abril de 1937, hallé una satisfacción de orden completamente nuevo para mí.



# PLANETA NEGATIVO

John D. Clark

## 1

Ahora que todo ha concluido y hemos evitado lo peor de las posibles consecuencias, nos preguntamos por qué tardamos tanto en comprender lo que estaba sucediendo, al fin y al cabo, pudo preverse. Sabíamos que la posición del hombre en el universo era bastante precaria y que la misma existencia de la materia no era mucho más estable.

Especifiquemos: lo sabíamos, pero no lo comprendíamos. Hay aquí una diferencia, y ésta casi fue suficiente para eliminar, no sólo al hombre sino a la Tierra de la historia del Cosmos.

Las advertencias fueron bastante claras. Duraron varios años. Los biólogos observaban que la evolución de la vida animal y vegetal en el hemisferio norte se aceleraba constantemente debido, según parece, al incremento gradual y por completo inexplicable de la intensidad de los rayos cósmicos que llegaban desde la posición aparente de la estrella polar.

Estos rayos multiplicaron el número de mutaciones en el plasma germinal de toda materia viviente expuesta a ellos. Nuevas variedades de plantas, animales espantosos, extraños monstruos nacidos de hombres y mujeres normales llegaban al mundo en proporción cada vez mayor. Esto también tenía sus ventajas, como es natural. La mayoría de las nuevas variedades vegetales y animales eran bastante útiles, y entre los seres humanos nacieron genios además de monstruos. Pero, hablando en general, a los habitantes del planeta esta situación no les agradó. Y a los científicos menos aún. No podían explicarla... y cuando un científico no puede explicar algo, es fácil que ello le moleste. Le hace parecer un estúpido.

El 15 de enero de 2156, el astrofísico doctor James Carter tuvo, literalmente, el primer chispazo de luz. En ese momento estaba trabajando con el nuevo reflector de quinientas pulgadas del observatorio del Monte McKinley y notó un oscurecimiento de la placa fotográfica del espectrómetro enfocado hacia la estrella polar, en el cielo septentrional.

Repitió la observación y obtuvo el mismo resultado: un oscurecimiento uniforme en toda la banda del espectro.

—¡Es como si se hubiera velado la maldita placa! —le dijo a su asistente—. No conozco ninguna fuente de luz que dé un espectro continuo desde los infrarrojos hasta los rayos cósmicos, siendo estos últimos los más poderosos. ¡Parece que no tenga

ninguna raya..., como si allí hubiera un cuerpo calentado a varios billones de grados centígrados!

El asistente, el doctor Michael Poggenpohl —más conocido como Doc Mike—, arrugó su diminuta nariz y se rascó la rojiza melena.

—¡Eso es absurdo! —comentó—. Un cuerpo tan caliente en la superficie ya habría desaparecido. A propósito, Jimmy, ¿dónde lo ha localizado?

Jimmy dio la vuelta a su metro ochenta y siete de estatura de jirafa, abandonando su acostumbrada postura de meditación (solía tumbarse cuan largo era en un sofá), encendió un cigarrillo y gruñó. No fue un sonido agradable, pero tampoco lo era su humor, ni la expresión de su rostro algo fatigado.

—Necesito ahora mismo información sobre dónde está esta supuesta fuente de luz.

¿Querrás llamar a los observatorios de Marte y Venus para que lleven a cabo observaciones simultáneas del cielo septentrional? No, no quiero un espectro. Tengo un espectro y eso es lo que me ha desconcertado. Sólo pido una sencilla observación fotográfica. Sea lo que fuere, todo lo que este objeto emite parece impresionar la placa. Y quiero saber *dónde* está. El problema de qué es puede esperar. ¡Muévete, pequeño, y haz como si merecieras el dinero que te paga la facultad de ciencias!

Mike levantó la nariz con impertinencia y se dispuso a obedecer.

—¿Qué me dices de la pasta que desperdician tontamente contigo? —preguntó con amabilidad.

—No se desperdicia, viejo. A los genios hay que mantenerlos. ¡Y yo soy el genio!

—Eso me preguntaba. Creí que era el tío de alguien. De acuerdo, voy a enviar en seguida los mensajes. El operador del haz óptico podrá establecer contacto directo con Marte, pero Venus se halla ahora al otro lado del Sol y habrá que utilizar una estación repetidora.

—¡No me molestes con nimiedades! ¡Vete y déjame pensar en paz!

—Querrás decir holgazanear —comentó Mike antes de salir.

Pero Jimmy no holgazaneó cuando hubo salido el otro. Tomó una docena de libros de consulta, una regla de cálculo, un bloc de papel y olvidó en seguida cuanto le rodeaba. En tal estado permaneció varias horas y apenas había vuelto al mundo cuando regresó Mike con las placas televisadas desde los otros observatorios. Todas mostraban lo mismo: un intenso punto de luz sobre el fondo de las constelaciones septentrionales.

Evidentemente, hasta entonces había pasado desapercibido, pues era casi invisible incluso a través del telescopio más grande y sólo aparecía en la placa fotográfica, sensible a las radiaciones invisibles ultravioleta, gamma y cósmica, que integraban la mayor parte de su energía. Las placas fueron enviadas por tubo neumático a la sala de cálculos, con el ruego de que, si era posible, determinaran la distancia del cuerpo

desconocido a partir de las observaciones de los tres planetas. Los dos científicos se sentaron a discutir la cuestión.

—Dime, Mike, ¿qué sabes acerca de la materia? ¿De qué está hecha?

—¿Qué es la materia? Creí que tú eras el genio. Además, ¿por qué haces una pregunta infantil a esta hora del día?

—Continúa, continúa. Yo hago las preguntas. ¿De qué está hecha la materia?

—Pues si insistes, creo que está compuesta de diversas partículas eléctricas. El átomo está formado por un núcleo pesado y positivo, con varios electrones, ligeros y de carga negativa, que flotan a su alrededor. Para ser exacto, el núcleo se compone de «z» protones y «n» neutrones, pongamos por caso. Pesan casi lo mismo, pero los protones tienen cargas positivas unidad, mientras que los neutrones son neutros. Todo el núcleo tiene una carga positiva, por tanto, de más «z». El hidrógeno común no posee neutrones, sino un único y solitario protón en el núcleo. Naturalmente, están los «z» electrones negativos que flotan alrededor del núcleo para neutralizar toda la cuestión. ¡Pero eres tú quien debería saberlo! ¡Tú creaste el procedimiento para dividir el núcleo a escala comercial a fin de generar energía!

—Sí, sí; lo sé. Pero ¿de qué está hecho un protón?

—¿Eso? ¡Bah! Parece ser un neutrón íntimamente asociado con un positrón o electrón *positivo* que no parece pesar mucho.

—Bien, examinando, ¿cuáles son las unidades fundamentales de la materia?

—¿Pero qué es esto? ¿Otro maldito examen para el doctorado? Las partículas *fundamentales* serían el neutrón, con la mayor parte de la masa y sin carga, y el positrón y el electrón, con cargas positiva y negativa respectivamente, y masa despreciable. ¿Qué más?

—Muy bien. Rollo. Ahora dime, ¿qué es la luz?

—¡Al diablo con la luz! Se me ocurren cosas mejores para discutir —conectó el comunicador, y el rostro redondo del intendente le miró desde la placa visora—: ¡Envíe dos..., no..., cuatro litros de cerveza! ¡Que esté bien fría!

Carter sonrió como un vampiro y se arrellanó aún más.

—Que sean seis litros. Pero hablo en serio. ¿Qué sucede cuando un positrón se encuentra con un electrón?

—De acuerdo —dijo Doc Mike, cansado—. La colisión de ambos genera un fotón de luz. Puede salir prácticamente con cualquier frecuencia... por lo general muy alta, radiación cósmica o gamma. ¡Espero que traigan pronto la cerveza! ¿A qué viene todo esto?

—Espera y lo verás... y prepárate para un viaje. Antes necesito la información sobre esas placas y varias observaciones tomadas con algunos días de diferencia. ¡Aquí llega la cerveza!

## 2

Dos semanas después, dos espantados científicos se miraban por encima de los resultados finales recibidos de la sala de cálculos. La radiofuente desconocida, que seguía emitiendo débil pero continuamente de modo particular, se hallaba a unos quince mil millones de kilómetros de la Tierra y se acercaba. A menos que los dioses de las matemáticas les hubieran abandonado por completo, al cabo de dos años chocaría con la Tierra o se acercaría tanto a ella que ésta quedaría tan destruida como si hubiera recibido un impacto directo.

El astro no era grande —no mayor que la Luna— pero su forma de radiación era singular. La de alta frecuencia es emitida por un cuerpo muy caliente. Y un cuerpo tan pequeño *no podía* estar tan caliente; debió enfriarse hacía mucho tiempo. Y si *estaba* tan caliente, la intensidad de la radiación recibida por la Tierra habría sido mucho mayor; de hecho, mayor que la recibida desde el Sol, pese al reducido tamaño del desconocido y a su gran distancia respecto de la Tierra, era sencillamente absurdo. Y tampoco lo entendían los otros astrónomos del sistema solar. No se hicieron declaraciones a la prensa, ni era fácil que ocurriera. Se impuso una rigurosa censura. El peligro era bastante grave y el pánico no serviría sino para empeorar la situación. Carter habló:

—Saldremos a echar una ojeada, Mike. En todo caso, yo lo haré. ¿Te gustaría acompañarme?

—¡Bah! Necesitas que alguien se ocupe de ti. ¿Cuándo salimos?

—Dentro de media hora. Mi nave está preparada. Además, la he equipado con muchos dispositivos nuevos. Es una buena ocasión para probarlos. ¡En marcha!

Exactamente media hora después, el cohete despegó del puerto espacial cubierto de nieve, cercano al observatorio. Era una versión experimental mejorada de los que se utilizaban en esa época, todos los cuales se basaban en el principio descubierto y desarrollado por Carter, quien hizo del viaje espacial algo más que un juego delirante. El convertidor se alimentaba con gas hidrógeno, donde terribles campos estáticos y magnéticos lo convertían en helio. El proceso generaba una energía inmensa a partir de la pérdida de masa, dando una velocidad terrible al gas de helio llameante que salía por las toberas situadas a popa de la nave. Podía mantenerse una aceleración de diez veces la de la gravedad, aunque cinco gravedades era el límite acostumbrado para cualquier desplazamiento, o menos si los pasajeros tendían a desmayarse. Cinco gravedades ya era bastante incómodo, aunque unos hombres bien entrenados podían soportarlas si no intentaban moverse de sus sillones giratorios acolchados.

El viaje transcurrió sin novedades. Al cabo de una semana, el cohete orbitaba a prudente distancia del cuerpo desconocido. Su tamaño era más o menos como el de la Luna, aunque apenas se podía distinguir su superficie, que parecía sufrir un bombardeo continuo con explosivos de altísima potencia. Tales explosiones eran sin duda el origen de las radiaciones que habían desconcertado a los observadores. Carter y Poggenpohl se acomodaron tras las pantallas de vidrio de plomo y observaron.

—Parece una pantalla fluorescente bombardeada por electrones, Jimmy, aunque a mayor escala. El bombardeo es más intenso por el lado delantero.

—En efecto. Es como si se abriese camino a través del espacio a medida que se acerca a la Tierra. Ponte al cañón, por favor, y haz un buen disparo cuando volvamos a pasar sobre el hemisferio posterior.

—De acuerdo, aunque no entiendo qué pretendes. ¿Esperas que suene una campana, como en el tiro al blanco? Te avisaré cuando dispare, y apuntaré directamente al centro cuando nos hallemos detrás.

Transcurrió un minuto y luego se oyó:

—¡Preparado... fuego! ¡Observa!

No era necesario observar. Veinte minutos después, cuando el obús de noventa kilos golpeó la superficie del planeta vagabundo, hubo un fogonazo terrible que dejó chiquitos a los observados antes.

Carter parecía contento o al menos satisfecho, y se volvió hacia su acompañante:

—Muy bien, Mike. Apagaré los cohetes y dejaré que la nave siga en órbita alrededor de este objeto singular. Mide la distancia a la superficie y el período, que yo me ocuparé de medir el diámetro. Teniendo en cuenta lo que ha pasado con ese proyectil de acero que disparaste, creo que por ahora no aterrizaremos. Podría ser malsano.

Transcurrieron varias horas, durante las cuales sólo se oyó el ruido de la calculadora y la exclamación de Mike cuando leyó el resultado final:

—¡Santo Dios, Jimmy! ¡Este pedrusco incomprensible no es mayor que la Luna y pesa tanto como Júpiter! ¿Estamos locos o está loco él?

Jimmy rió mientras ponía en marcha los cohetes para regresar a la Tierra.

—¡Lo último, Mike! Él está *loco*... por completo. Nosotros no deliramos más que de costumbre. Ponte cómodo y te lo explicaré.

—¡Ya era hora! ¿Qué era eso que tenías tan callado?

—¿Recuerdas que cuando vimos por primera vez este objeto te hice una serie de preguntas sobre la materia? Tuve una corazonada y acabo de confirmarla. Describiste el tipo de materia que nosotros conocemos. Presta atención. Dijiste que, en último análisis, el núcleo del átomo está compuesto de neutrones y positrones, y la capa exterior de electrones. Bien, pues hay otro tipo posible de materia. ¿No podría un *electrón* combinarse íntimamente con un neutrón y formar un protón *negativo*? Esta

posibilidad ya se entrevió en 1934, y si mal no recuerdo el viejo incluso puso nombre a su partícula hipotética... creo que la llamó «antrón». Ahora toma varios antrones y neutrones, haz un núcleo con ellos y luego libera positrones suficientes para que la capa exterior neutralice los antrones. Así tienes un átomo con un número atómico *negativo* puesto que, naturalmente, el número atómico es el número de cargas positivas del núcleo. Y ahora crea todo un universo con estos elementos negativos. Si te conviertes en uno de ellos y vives allí, no podrás encontrar diferencias entre él y un universo normal. Las leyes físicas serán las mismas... ¡pero espera a que una parte de tu nuevo universo choque con parte de un universo corriente! ¡La que se armará! Imagínalo. ¿Qué crees que ocurrirá?

—¡Hum!... veamos. En principio, los electrones externos de nuestra materia neutralizarán los positrones externos de la materia opuesta, liberando una cantidad endemoniada de luz u otra radiación, ya sea ultravioleta, gamma, cósmica o algo por el estilo. Luego chocarán los núcleos. No ocurrirá nada con ambos grupos de neutrones.

Pero los positrones de los protones neutralizarán los electrones de los antrones; se producirá otro estallido de radiación y sobrará un montón de neutrones. De modo que el saldo será una emisión de neutrones acompañada de gran cantidad de radiación. ¿Qué opinas? Esa cosa que está allá —señaló hacia el planeta anómalo que dejaban detrás— ¿habrá salido de un universo opuesto?

—Creo que sí. Presenta todos los síntomas. Hace mucho, mucho, sólo el cielo sabe cuánto, escapó de alguna nebulosa del espacio exterior, una nebulosa que se formó a la inversa y se dirigió hacia aquí. Y aquí está. La superficie recalentada es consecuencia de su contacto con el polvo cósmico, esas pequeñas partículas de materia que llenan todo el espacio. Cuando capta alguna se produce una explosión; todas las partículas cargadas son neutralizadas y se emite luz. Ha sumado algunos neutrones a su colección.

Probablemente caen hasta el centro de gravedad del objeto. Por eso es tan infernalmente pesado.

—Entonces, maestro —Mike tenía una idea—, sin duda era un planeta bastante normal cuando comenzó sus viajes. ¡Salvo que se formó a la inversa! Apuesto a que sería aproximadamente como la mitad de la masa de Júpiter entonces, y supongo aproximadamente la mitad del volumen. Pero cada vez que se topaba con partículas de materia normal se encogía y se hacía más pesado. La masa de los positrones y los electrones perdidos sería poco considerable, para preocuparse y, en término medio, recogería un neutrón por cada uno de los suyos liberado de un núcleo. Conque ahora está prácticamente agotado: queda una terrible aglomeración de neutrones y muy poca materia opuesta. Los neutrones ocupan la mayor parte de la masa y la materia opuesta ocupa casi todo el espacio. Los neutrones no poseen un volumen considerable.

—En efecto; por lo que ahora tiene aproximadamente el doble de la masa inicial y

una fracción ínfima de su volumen original. Cuando el resto de la materia opuesta quede neutralizado, será más pesado y tan pequeño que resultará totalmente invisible. Quizás había algunos centímetros cúbicos de neutrones o una pequeñez absurda por el estilo, para toda esa masa. ¡Será mejor que nos demos prisa! ¡No sería muy divertido que la neutralización se hiciese a costa de la materia de la Tierra! ¡Sujétate bien... allá va la aceleración!

### 3

Diez días después. Carter y Poggenpohl presentaron su informe al departamento de ciencias de los Estados Unidos de América, y dos días más tarde asistieron a una reunión de emergencia con los asesores científicos de todos los gobiernos del mundo. Carter tenía la palabra.

—Ustedes ya ven la situación, señores. Todos comprenden las bases teóricas del fenómeno y saben que los observatorios del mundo y de los otros dos planetas habitados han verificado nuestras observaciones telescópicas. Por otra parte, no olvidemos el fenómeno registrado cuando el proyectil de quince centímetros chocó con este... este...

—Llámalo «Gus» —murmuró Mike irrespetuosamente.

Jimmy le fulminó con la mirada y prosiguió:

—Planeta negativo. No se me ocurre otra teoría distinta que explique el comportamiento de este cuerpo anómalo. La mayoría parece inclinada a aceptar la que el doctor Poggenpohl y yo hemos expuesto —miró en torno y sólo vio una sucesión de movimientos de renuente afirmación—. Entonces la pregunta es, ¿qué hacer? El problema sería grave aunque se tratase de materia normal. Pero en ese caso resultaría posible fijar al intruso una batería de grandes cohetes, desviando lo suficiente su rumbo para hacerlo pasar a una distancia prudencial de la Tierra. ¿Pero que hacer con una cosa que no se puede tocar sin ser aniquilados? Y, si no la tocamos, también lo seremos, Al menos la Tierra y los que no puedan huir a otros planetas, es decir el noventa y nueve por ciento de la población. Ya saben que nuestras flotas de cohetes reunidas no serían suficientes para evacuar al uno por ciento de la población de la Tierra en el tiempo de que disponemos. Y aunque pudiéramos hacerlo, los demás planetas apenas son habitables por el hombre y no podrían albergarnos a todos.

—Ante todo hay que mantener en secreto la situación, al menos por el momento —afirmó el delegado ruso—. Si no lo hacemos, las multitudes asaltarán los pocos cohetes de que disponemos, y la mitad de la población mundial moriría en pocos días

de pánico. Y los cohetes serían destruidos. No nos servirían de nada.

—Eso es indiscutible —dijo el delegado de los Estados Federados de Europa—. ¿Puedo considerar aprobado por unanimidad este punto?

Hubo otro coro de asentimientos, esta vez más entusiasta.

—¿Alguien tiene idea de cómo desviar a este... planeta negativo de su trayectoria?

Hubo un largo silencio, y luego Mike se puso en pie, con la cabellera pelirroja erizada por lo que parecía una idea.

—Señores, hay un modo de sacar a nuestro pariente descarriado de su rumbo: golpearlo con algo pesado que se mueva con rapidez suficiente.

—¿Y qué sucederá con esa cosa, sea lo que fuere? ¿No será aniquilada?

—No sin ejercer su efecto. Todos los electrones y positrones desaparecerán; dejará de ser materia normal, pero quedarán los neutrones, animados del impulso inicial.

—De acuerdo, *Herr Poggenpohl*, pero ¿qué proyectil puede ser bastante grande para ejercer algún efecto? ¿Si todas las naves espaciales del sistema solar le disparasen con sus cañones más pesados durante un año, no lograrían modificar en absoluto su rumbo!

¡Al fin y al cabo, tiene tanta masa como Júpiter!

—Tenemos a nuestro alcance un proyectil que sería lo bastante grande como para desviarlo apreciablemente: ¡La Luna! Podemos prescindir de ella. Sólo sirve para provocar mareas. ¡Colocar tubos de cohetes en la Luna, desviarla de su órbita y golpear al intruso para que cambie de rumbo y caiga hacia el Sol! Puede resultar, si lo golpeamos mientras se halle todavía lejos de nuestro sistema.

El consejo se quedó boquiabierto ante esta propuesta, y hubo un tumulto de gritos excitados que se apagaron poco a poco a medida que la tremenda magnitud del plan penetró en la imaginación de los científicos reunidos. Nadie pensó en someter la propuesta a votación formal. Al cabo de veinte minutos, la reunión se había convertido automáticamente en un grupo de trabajo que discutía con acaloramiento sobre medios y recursos, y donde las calculadoras, los libros de consulta, la mecánica estelar, la teoría de los quanta y las palabrotas en varios idiomas representaban un papel señalado.

Carter golpeó la mesa dando voces para reclamar la atención de los que discutían.

—Señores —dijo—, propongo que sometamos nuestro plan a los distintos gobiernos a fin de obtener su cooperación en la ejecución de nuestro proyecto. También quiero señalar que en adelante la publicidad no puede perjudicarnos, puesto que tenemos una solución practicable. Además, aunque no publiquemos ningún comunicado, los astrónomos aficionados revelarán el secreto muy pronto. Por último, deseo proponer que solicitemos al presidente de los Estados Unidos una aparición



televisada para explicar la situación al pueblo, solicitando su colaboración y asegurándole que la situación está, por así decirlo, en buenas manos.

Los científicos reunidos le miraron con asombro, asintieron distraídamente y reanudaron su discusión con más violencia que antes. Carter sonrió a Mike, encendió un cigarrillo y salió de la sala en busca de un comunicador situado en lugar discreto, para que su mensaje llegara al presidente lejos de tanto alboroto.

El presidente comunicó el peligro al mundo en una de sus famosas pláticas de familia, que concluyó rogando a todos que cumplieran tranquilamente con sus obligaciones normales, salvo si fueran llamados a colaborar de algún modo con los científicos ocupados en lo que parecía un proyecto sensato para salvar el planeta. Los jefes de los demás gobiernos del planeta pronunciaron discursos parecidos.

Como era de esperar, la mayor parte de la población mundial no prestó atención a los discursos, al ser totalmente incapaz de comprender la situación. La Tierra nunca había sido destruida y, en consecuencia, no podía serlo y los científicos estaban tan locos como siempre. Esa actitud fue adoptada por la mayor parte de los habitantes del globo: las amplias masas medias.

Pero también hubo otras actitudes. De un lado, estaban los seres dotados de suficiente seso para comprender el peligro y las medidas que se adoptaban contra él. Eran los científicos, los ingenieros y los técnicos del mundo y los sectores instruidos de las demás clases de la población.

De otro lado, estaban los desequilibrados, los fanáticos y los ignorantes, que debían ser instrumentos de los dos primeros grupos. Hubo desórdenes sin motivo, sólo porque estaban asustados; intentaron resarcirse en dos años por el aburrimiento de sus vidas, sin comprender que éste se debía, en gran parte a la cortedad de sus intelectos. Algunos, más pasivos que los demás, se limitaron a emborracharse. Una minoría se dedicó a dificultar activamente la tarea necesaria.

Uno de ellos, llamado Obidiah Miller, que según se rumoreaba había sido jinete de «rodeos» en las Montañas de Tennessee, fue el más virulento. Era un ignorante, pero tenía una astucia innata que, combinada con sus sorprendentes facultades oratorias y su fanatismo religioso, ejerció una influencia tremenda sobre los sectores más ignorantes y crédulos de la población.

Los fanáticos siempre son escuchados por los tontos, de los cuales existe provisión inagotable. Cuando se reveló el peligro, los elementos inteligentes de la plebe llegaron a la conclusión de que era razonable colaborar con los científicos que trataban de evitarlo.

Los fanáticos proclamaron, y los tontos creyeron, que la inminente calamidad era el juicio de Dios sobre un mundo impío. Protestaron sobre todo afirmando que la Luna no debía moverse. En primer lugar, porque no podía ser movida; en segundo, porque el Señor no deseaba que eso ocurriera y, tercero, porque si al parecer Dios había dispuesto que el planeta negativo destruyese la Tierra a causa de su impiedad, sería una blasfemia intentar siquiera evitar el choque.

—¡Cómo, hermanos! ¿Acaso pretendéis diferir el Día del Juicio Final anunciado en las Sagradas Escrituras? ¿Intentáis —su acento de palurdo del sur fluía sobre la multitud de rostros ovejunos— evitar el día en que los justos serán exaltados a la diestra de Dios y los réprobos arrojados al infierno? ¿Permitiréis que los impíos, entrometidos en misterios que es mejor dejar de lado, intenten detener la todopoderosa mano de Dios? ¡Destruid los puertos espaciales! ¡Romped los cohetes! ¡Acabad con los idólatras!

Un rumor recorrió la multitud mientras Mike y Jimmy se alejaban.

—Parece que los «idólatras» somos nosotros —comentó Mike mientras se acercaban con precaución a un edificio—. Yo aconsejaría, con el debido respeto a las convicciones religiosas de este señor, que se tomaran algunas medidas. Con un hacha, por ejemplo, antes de que empiece a paralizar las obras.

—Parece razonable. Personalmente no deseo ser un mártir de la ciencia, a menos que fuese absolutamente necesario. Llamemos al jefe de la policía federal y hagamos que detenga a nuestro amigo y disperse su congregación. Y no estarían de más algunos guardias con ametralladoras en los puertos espaciales. ¡No nos sobra tiempo para que nos molesten los tontos!

En días siguientes hubo una racha de redadas contra las reuniones de protesta seudoreligiosa, y se echó mano a los fanáticos más exaltados, incluido Obidiah Miller, que fue amablemente recluido en un manicomio. Los puertos espaciales fueron dotados de guardias, así como los científicos más importantes que trabajaban en la gigantesca empresa. Hubo algunos intentos de sabotaje o asesinato, pero todos fracasaron.

El trabajo apremiaba. El observatorio astronómico de la Luna fue desmontado y trasladado a la Tierra, lo mismo que la mayoría de los valiosos accesorios del puerto espacial selenita. Desde el desarrollo de la energía atómica, dicho puerto no era tan necesario como lo fue en los viejos días de los cohetes a combustión. Luego las grandes perforadoras atómicas, conducidas por hombres que vestían trajes protectores, dieron comienzo a la excavación de los profundos pozos que servirían de tubos para los cohetes.

Abrieron unos cincuenta, paralelos en su mayoría, y algunos en ángulos divergentes para servir de mecanismo direccional del inmenso vehículo espacial en que estaban convirtiendo la Luna. En el fondo de los pozos instalaron las cámaras de reacción revestidas con material refractario, así como el sistema automático de alimentación, por el cual millones de toneladas del mismo satélite serían llevadas hasta las cámaras de reacción. Allí los elementos más ligeros, como el oxígeno, el silicio, el aluminio, etc., serían convertidos en vapor de hierro, que saldría por las toberas a impulsos de la energía atómica liberada en el proceso. El hierro propiamente dicho, aunque abundante en la Luna, no servía como combustible pues,

en cuanto a las transmutaciones *atómicas* es el más estable de todos los elementos. Todo el sistema de alimentación funcionaba automáticamente, aunque los mandos eran dobles.

El dispositivo de mando, formado por cincuenta válvulas —una por cada cohete— funcionaba a distancia por radio, desde una nave espacial que escoltaría al inmenso proyectil hasta dar en el blanco. Naturalmente, todos los tubos del cohete se disponían en un hemisferio de la Luna, pues no debía frenar una vez puesta en marcha.

La tarea de construcción exigió miles de hombres, desde trabajadores manuales hasta astrofísicos. Todos trabajaban a ritmo forzado, sin descansar por espacio de meses. Los accidentes abundaban: la excavadora atómica no figura entre las máquinas más seguras del universo, y trabajar con traje espacial siempre resulta peligroso.

Por ello, la empresa cobró un importante tributo en vidas, aunque había constante afluencia de nueva mano de obra. La tarea continuó a pesar de los accidentes. Así debía ser. Cuando un hombre moría, el cadáver era dejado a un lado si quedaba algo de él, y otro hombre ocupaba su lugar. La crónica de aquella obra sería verdaderamente épica, pero aquí no tenemos espacio para contarla.

En teoría, el plan era sencillo. La Luna sería apartada de la Tierra gradualmente —para evitar que se produjeran enormes mareas y terremotos devastadores— y trasladada al norte «por encima» del sistema solar, fuera del plano de la eclíptica. Sería impulsada hacia el planeta negativo bajo un ángulo y a una velocidad tal, que este último se desviaría de la Tierra. La masa residual de neutrones caería hacia el Sol, donde no haría daño. Se calculaba que la materia normal de la Luna vendría a neutralizar aproximadamente toda la materia negativa del planeta negativo; por ello, el residuo que iba a caer en el Sol consistiría en un pequeño planetaoide de materia normal, rodeando un núcleo de neutrones terriblemente denso.

## 4

Corría el 6 de julio de 2157. Carter y Poggenpohl revisaban los cálculos de la trayectoria que se imprimiría a la Luna en su último viaje. Al terminar con el último decimal se relajaron.

—¡Y esto, muchacho, es lo que debe hacerse! —Jimmy arrojó el lápiz contra la calculadora y se dispuso a beberse un litro de cerveza—. Basta apretar el botón, y salvarás al mundo. Sin embargo, faltan algunos cálculos sobre el despegue inicial. De lo contrario, si somos un poco bruscos, las mareas harán que Nueva York quede

cubierta por quince metros de agua y puede que el alcalde se enfade con nosotros. ¿Cuánto retraso llevan esos primates de ingenieros que construyen los cohetes de quien pronto será nuestra excompañera de los momentos más románticos?

—Ninguno. Anoche estuvo aquí Bill Douglas y dijo que los tendría a punto dentro de dos semanas. Y todavía nos quedan tres. Se ha adelantado una semana al plan. Luego quedan algunas instalaciones más. Y no falta ningún cálculo sobre las consecuencias de las mareas. Los hice hace un mes. No será tan arduo como parece: una aceleración gradual de la velocidad lunar bastará para el alejamiento de la órbita. He proyectado los cohetes de modo que no inunden la Tierra de vapores férricos. No apuntarán hacia aquí hasta que se hallen muy lejos. Rígete por mi gráfica de encendido y tendrás éxito. Como ya calculé cómo serían las mareas, no necesitas preocuparte por ello. ¡Lo hice con esta pequeña calculadora!

—¡Y eso... pensé que yo era el único genio aquí! ¡Tendré que recomendar al alto mando que te aumente el salario quince, o quizá veinte centavos por semana!

—¡Tampoco debes preocuparte por eso! —Mike sonrió, socarrón—. Ya me he ocupado yo. El otro día cogí al jefe de buen humor y le saqué quinientos dólares de aumento. De hecho, ya están gastados. Estás invitado a beberte parte de ellos esta noche.

—Aceptado sin discusión. ¿Pero qué me dices de las mareas? ¿Serán muy graves?

—No tanto. Se excederá unos tres metros del nivel medio de la marea alta en toda la costa. Están prácticamente acabados los diques de cemento alrededor de las ciudades y vías de comunicaciones importantes que bordean la costa, y se procede a la evacuación de las demás franjas costeras. Pero tú no te has enterado. Has estado muy ocupado con esa complicada integración gráfica para saber si estabas vivo o...

El zumbido del comunicador interrumpió a Mike. Conectó y apareció en la pantalla el agitado rostro del jefe de la policía federal.

—¡Doctor Poggenpohl! ¡Obidiah Miller, el loco, escapó del manicomio anoche! No hemos conseguido localizarle. Creo que le cogemos antes de cuarenta y ocho horas, pero cuídese mientras tanto y avise al doctor Carter. Enviaré más guardias. No conviene arriesgarse ahora.

—Gracias, jefe. Avisaré al doctor Carter. Nuestro amiguito ya no puede hacer mucho daño. La tarea casi ha terminado. Pero le agradezco la advertencia —e iba a cortar la comunicación—. ¡Ah, diablos! ¡No podemos hacer nada! Espero que no se acerque por aquí. No me gustan los locos. Me alteran. A propósito, hay otro individuo que nos está poniendo verdes. Es el encargado del departamento de energía. Como vamos a quitarle la Luna ya no podrá explotar la energía de las mareas. Tendrá que abandonar todas las centrales generadoras y construir otras de energía atómica. No nos aprecia. Quería amortizar esas viejas centrales para que su departamento hiciera un buen papel. Eran de mantenimiento barato, la energía le salía gratis y no

necesitaba personal para producirla.

Por eso, como ya he dicho, no nos aprecia. De hecho, creo que le gustaría freírnos en aceite o algo así de lento y divertido.

—¡Bah! Invítalo a nuestra fiesta. Si logramos que beba lo suficiente, quizá deje de molestar.

## 5

Corría el 1 de agosto de 2157. La última brigada de obreros fue retirada de la Luna; la maquinaria transportable fue devuelta a la Tierra y todo quedó preparado para el despegue. La nave espacial de control esperaba a Carter y Poggenpohl, que acompañarían a la Luna en su último viaje. Veinte horas después, exactamente a las 1627 hora media de Greenwich del 2 de agosto de 2157, sería disparado el primer cohete.

Mike se acercó a la nave, donde se proponía revisar las cabinas. Entonces se oyó el frenético aullido de la alarma, y un pálido ayudante se acercó corriendo.

—¡Doctor Poggenpohl! ¡Deténgase! ¡Han surgido dificultades en la Luna! Acabamos de recibir la noticia. Un... —se interrumpió al ver a Jimmy, que venía como un bólido.

—¡Será infernal, Mike! Ese maldito loco de Miller lo ha estropeado todo. Cuando escapó se alistó en una de las últimas brigadas destinadas a la Luna, y cuando éstas regresaron a la Tierra, él se quedó allí escondido. ¡Ha destruido los aparatos de mando a distancia!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se ha jactado de ello. Hace tres minutos me llamó por el comunicador y me contó lo que había hecho. Quería que lo supiera todo el mundo. Es un mártir, en efecto.

Totalmente dispuesto a morir con la Tierra, si logra impedir que todos los demás vivan. No tenemos tiempo para reparar los mandos; hay que empezar dentro de veinte horas, venga el infierno o la marea alta. Y *ambos llegarán* si no lo hacemos. ¡Como pille a ese mesías!

¡Le asaré el hígado a fuego lento!

—Jimmy, ¿cómo te las arreglarás con los mandos? ¡Ese maldito planeta negativo nos hará polvo si no se nos ocurre algo en seguida!

—Iré a la Luna y dirigiré la operación a mano. Ordena que preparen el cohete experimental.

—¡Estás diciendo tonterías! ¡Vas a morir! Y además, ¿cómo lo harías?

—¡Ah! En la Luna y lejos del sector de los cohetes queda un puesto de mando auxiliar.

Está bastante cerca del hemisferio de proa; puedo conducir desde allí... si llego antes de que nuestro amigo Obidiah destruya también eso.

—Quizá, pero de cualquier modo te matarás. ¿Cómo escaparás antes del choque?

—Tendré el cohete cerca y dispuesto —dijo Jimmy—, y correré hacia él cuando esté seguro de no fallar el golpe. Tengo bastantes probabilidades. Una entre diez, o algo así.

Iré solo, desde luego. No tiene sentido que se arriesgue nadie más.

—¡Eso crees tú! —la pelirroja cabellera de Mike se erizó con más beligerancia de la habitual, y miró enfurecido al otro—. Yo también voy. ¡No puedes guiar solo ese coloso durante una semana..., estás loco! ¡Y si tú puedes acertar el golpe, yo también puedo!

¡Eh! —gritó—. ¡Preparen provisiones para dos hombres y para cuatro semanas, y llévenlas al cohete experimental! ¡Pronto! ¡Les arrancaré el hígado si me hacen esperar más de veinte minutos! Jimmy, lleva un arma. Tendremos que vérnoslas con Obidiah.

Nadie vio arrancado su hígado. Quince minutos más tarde, el pequeño cohete despegaba rugiendo, con los dos hombres a bordo. Diez horas más tarde, habían revestido sus trajes espaciales y daban largos y torpes saltos para cruzar el aeropuerto lunar hacia la sala de mandos. Por la radio del casco, Jimmy oía a Mike, que juraba con elocuencia en tres idiomas.

«¡Dios! —pensó—, si ese mono ya ha estropeado las cosas... nos veremos en una situación peliaguda».

Llegaron a la cabina de mandos y miraron al interior por las ventanillas. El cuadro de mandos no se divisaba desde allí. Entraron en la doble compuerta estanca. Mientras ésta se abría silenciosamente, vieron un individuo delgado embutido en un traje espacial, que levantaba una enorme llave inglesa sobre los mandos principales.

El arma de Jimmy rugió. El individuo cayó sobre las palancas y la llave rebotó en el suelo.

—No podía andarme con contemplaciones, Mike. Échalo afuera mientras yo reviso los mandos. El tonto debió acordarse de ellos hace poco. Por suerte, llegamos a tiempo.

Eran las 16.24, hora media de Greenwich del 2 de agosto de 2157. El cohete quedó amarrado con enormes cables de acero, provistos de un dispositivo de liberación rápida, al lado de la caseta de mandos. Quedaban tres minutos.

Los dos hombres ocuparon los sillones basculantes.

—¡Los que van a morir te saludan! —recitó Jimmy con indiferencia—. ¿Todo listo?

Accionó la palanca del dispositivo de seguridad y apretó los botones de mando.

—¿Les dirás que morí en olor de santidad?

—No, no lo haré —repuso Mike—. Tu olor no es de santidad. Más bien hueles a cerveza. ¡Dispara cuando quieras, Gridley!

Jimmy leyó el programa de encendido y acercó la mano a la primera hilera de botones.

Faltaban veinte segundos. Mike se estremeció e intentó disimularlo con un bostezo.

Empezó a contar los segundos.

—¡Diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... fuego!

Hubo un rugido estremecedor que se transmitió al piso. La Luna tembló y, a través de las ventanillas, en silueta bajo un resplandor infernal, vieron desplomarse los andamiajes abandonados. El rugido aumentó. Parecía una explosión continua. Mike hizo tiras su pañuelo, se tapó los oídos con ellas e hizo lo mismo para Jimmy, que no podía hacerlo por estar pendiente de los mandos.

El rugido creció y las llamaradas alcanzaron un brillo absolutamente insoportable.

Sintieron una aceleración, como si el suelo cediera bajo sus pies. Mike cerró las ventanillas para protegerse del resplandor y regresó a su puesto. Encendió dos cigarrillos y puso uno entre los labios de Jimmy.

La pared donde estaba amarrado el cohete había pasado a ser el suelo. La Luna se movía a una velocidad desconocida durante millones de años, alejándose poco a poco de la Tierra. No tenían instrumentos para observar este último fenómeno, pero Mike imaginaba las mareas, los terremotos y el espectáculo del cielo.

—Espero que lo filmen todo desde la Tierra —comentó sin dirigirse a nadie en particular—. Si logramos salir de ésta, me gustaría verlo.

Abrió algunas latas de comida y agua, comió, asumió el mando mientras comía Carter y luego, tapándose mejor los oídos, se tumbó sobre un colchón neumático y durmió plácidamente, después de ajustar el reloj para que le despertara seis horas después con su pequeña descarga eléctrica. Todo despertador cuyo mecanismo consistiera en producir un sonido habría sido inútil.

Cuando despertó y se puso a los mandos, la Tierra estaba muy lejos, y el planeta negativo era un punto brillante en el visor, situado un poco a la izquierda del centro. Cada vez estaba más cerca. El rugido de los motores no había disminuido. Todo el hemisferio lunar «debajo» de ellos era una llamarada blanca y el vapor de hierro incandescente salía disparado a cientos de kilómetros por el espacio.

Las 3.28 del 12 de agosto; se estaba cumpliendo la última guardia. Jimmy estaba a cargo de los mandos. Ambos tenían puestos los trajes espaciales, y la compuerta que, a causa de la aceleración, parecía hallarse debajo de ellos, estaba abierta lo mismo que la escotilla del cohete, de donde colgaba un cable sujeto a un puntal, junto al tablero de mandos.

El planeta negativo era visible por la ventanilla de la pared opuesta —ahora el techo—; ocupaba la mayor parte del cielo y crecía rápidamente. La aceleración era máxima, pues ello no sólo era deseable para la colisión, sino necesario.

3.30: Jimmy levantó dos dedos. ¡Quedaban dos minutos! Indicó a Mike la compuerta estanca. Éste miró a su alrededor para comprobar si había olvidado algo y luego se dejó «caer» hacia la compuerta vigilando el mando que soltaría las amarras.

3.31: El planeta negativo ya era más grande... mucho más grande. Ocupaba prácticamente todo el cielo. Mike miró con angustia a Jimmy.

3.32: Jimmy dejó los mandos y se dirigió a la compuerta. Largó el cable mientras Mike soltaba amarras y cerró con fuerza la escotilla. Tuvieron una sensación repentina y desconcertante de ingravidez cuando la nave cayó libremente. Hubo un silbido cuando abrieron la puerta interior sin esperar a que se equilibrara la presión. Siguiendo la guía, pasaron a la cabina de mandos. Los giroscopios giraban a toda velocidad y los cohetes funcionaban ya a medio régimen.

3.34: Mike ocupó el puesto de piloto, accionó la puesta en marcha de los giroscopios estabilizadores y, poniendo rumbo a la dirección que les apartaría de la colisión inminente, puso la máxima aceleración admisible de cinco gravedades. Jimmy había logrado alcanzar un sillón e intentaba quitarse el traje espacial, pero la aceleración hizo caer sus brazos y estuvo a punto de derribarle sobre el sillón. Mike subió otro grado la aceleración y conectó los visores.

4.45: La aceleración aún era de seis gravedades, pero los hombres no hacían caso.

Tenían la vista fija en la placa visora que reflejaba la inminente colisión, fue cuestión de segundos. La Luna ya se estaba desintegrando y la mayoría de sus cohetes habían dejado de funcionar. Luego...

En el visor apareció un fogonazo deslumbrante y luego se apagó quemado por la terrible radiación. Mike puso a cero la aceleración y se desmayó. Pero Jimmy no se enteró. Ya estaba inconsciente.

Volvieron en sí al cabo de una hora poco más o menos, heridos, magullados y abrasados por la radiación, que había penetrado a través del casco, pese a ser opaco a los rayos. Imprimieron a la nave una aceleración de media gravedad para moverse cómodamente en la cabina, y la hicieron girar noventa grados por medio de los giroscopios para contemplar, a través de las escotillas laterales, los restos del intruso. Las placas visoras habían quedado inutilizadas. Un pequeño planetóide incandescente caía hacia el Sol. Mike le enfocó un espectrómetro, hizo una medición y luego su rostro abrasado se iluminó con una sonrisa.

—¡Creo que lo hemos conseguido! Ya no le queda ni un pedazo de materia negativa.

Brilla como un cuerpo caliente normal... como un Sol joven aproximadamente del tamaño de Ceres.



Jimmy intentó devolverle la sonrisa y no pudo. Le dolía demasiado la cara.

—¡Exacto! La Luna lo neutralizó. Ya no quedan sino neutrones y un poco de hierro al rojo, silicio y los demás elementos de que estaba compuesta la Luna. Es terriblemente pesado y está más caliente que los siete ejes del infierno, pero ya no es de temer. Dentro de un mes caerá en el Sol. Pero tú pareces encontrarte tan mal como yo; estoy como si fuera un anciano decrepito. Será mejor que te desnudes. Sacaré del botiquín la pasta contra quemaduras y nos embadurnaremos. Luego pondremos el piloto automático mientras descansamos. Y, por último, si ese trasto funciona todavía, regresaremos a casa. Pero lo que más deseo ahora es dormir...

Dos semanas después, dos astrofísicos bronceados y sudorosos salieron por la escotilla de un cohete quemado y deformado al puerto espacial de Washington, se detuvieron en seco y contemplaron con horror la formación de galones dorados y resplandecientes camisas almidonadas que se acercaba a ellos. Miraron de un lado a otro como animales acorralados y luego, sintiéndose como los primeros mártires cristianos, se dispusieron a soportar los horrores de la recepción oficial ofrecida por los gobiernos del sistema solar, allí reunidos.

\* \* \*

En 1937 yo ya conocía la antimateria, y el cuento de Clark, el primero que trató dicho tema dentro de la ciencia-ficción, me entusiasmó. Sentí que él hablaba el mismo idioma que yo como químico en formación, y que otros lectores más vulgares no lo comprenderían tan bien como yo. (Ésta fue una sensación muy grata). Naturalmente, John Clark era químico profesional, y cuando se publicó el cuento, a continuación de su nombre ponía Ph. D. (E. E. Smith también era Ph. D.).

Al releer *Planeta negativo* ahora, a unos treinta y seis años de su publicación, me parece algo anticuado. En el relato dice que un protón equivale a un neutrón más un positrón pero, en realidad, es más probable que esté compuesto de mesones o quarks.

También resulta interesante que el astro intruso de antimateria sea descubierto por el telescopio óptico. Los escritores de ciencia-ficción imaginaban una astronomía futura en que los telescopios serían como el de cien pulgadas de la década de los 30, sólo que más grandes. Nadie, ni siquiera Clark en este cuento, previó la posibilidad del radiotelescopio, pese a que su principio fundamental había sido descubierto en 1931.

Relatos como *Planeta negativo* eran demostraciones convincentes de que no bastaba emplear palabras impresionantes como «el radio» y la «cuarta dimensión». El autor tenía que estar al tanto de los últimos descubrimientos científicos.

En 1937 empecé a comprender que mis conocimientos científicos eran bastante completos o por lo menos superiores a los de la mayoría de autores de ciencia-ficción.

Esto significaba perder mi respeto temeroso; estaba cada vez más seguro de que sabía lo suficiente para escribir ciencia–ficción.

Al recordarlo, creo que mi admiración hacia *Planeta negativo* y mi ambición de ser otro John Clark contribuyeron poderosamente a mi decisión (¡al fin!) de escribir un cuento de ciencia–ficción, no meramente para distraerme, sino con vistas a su posible publicación.

Mi interminable novela de ciencia–ficción había fenecido meses antes. El 29 de mayo de 1937, unos dos meses después de leer *Planeta negativo*, me puse a escribir por primera vez un cuento de ciencia–ficción. Lo titulé *Cosmic Corkscrew* y trabajé en él durante cerca de un mes, inasequible al desaliento.

Sin embargo, fue otro comienzo en falso. Tan pronto como me imaginaba a mí mismo escribiendo con intención de publicar, quedaba paralizado. Logré terminar el relato a trancas y barrancas, luego lo guardé en un cajón y lo olvidé por espacio de casi un año.

Mi afición al género fantacientífico no dejaba de aumentar al correr de los años, desde que comencé a leerlo en 1929, y en 1937 alcanzó su cénit. Recuerdo exactamente cómo ocurrió.

Fue en el mes de agosto de 1937, durante las vacaciones anteriores a mi tercer año en Columbia. Ese mes recibimos la «Astounding Stories» de septiembre, y recuerdo como si fuese hoy mismo los sentimientos que me embargaron cuando me senté en la sala de nuestro piso y leí la primera entrega de la nueva serie en cuatro partes de Edward E. Smith, *Galactic Patrol*.

Creo que nunca he disfrutado tanto con ningún texto. Nunca saboreé tanto cada palabra. Nunca experimenté una impaciencia tan intensa como cuando llegué al final de la primera entrega, comprendiendo que habría de esperar un mes entero para leer la segunda.

Nada volvió a ser igual que antes.

Y en ese número de septiembre de 1937 había otro relato, una novela breve de Nat Schachner, *Pasado, presente y futuro*, que en esa época me gustó casi tanto como *Galactic Patrol*.

Schachner era uno de mis escritores favoritos en la «Astounding» de Tremaine. Entre los relatos que me habría gustado incluir en esta antología (en efecto, no pude incluirlos todos; incluso después de amputarla al máximo, los simpáticos caballeros de Doubleday palidecieron al ver la extensión del libro) figuran *Ancestral Voices*, de diciembre de 1933 (creo que fue el primer relato de inversión de idea), *The Ultimate Metal*, de febrero de 1935 y *The Isotope Men* de enero de 1936.

No obstante. *Pasado, presente y futuro* era con mucho mi preferido entre los que acabo de citar.

# PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Nat Schachner

## 1

Desde el lindero de la selva. Kleon observó la bahía azul brillante. La gran trirreme, con sus filas de remos muy escoradas, ardía violentamente. El fuego y el humo se alzaban hacia el Sol tropical, lamían la popa, se arremolinaban con furia alrededor del dios Poseidón cuya barba de madera y tridente puntiagudo adornaban la afilada proa.

Mientras el dios se tambaleaba y caía carbonizado e irreconocible en las salobres aguas, Kleon inclinó la cabeza y murmuró la plegaria clásica de Homero. Era un presagio, la señal de que jamás volvería a ver las vides de su tierra ni sus olivos retorcidos; nunca volvería a conversar con los filósofos, ni oiría al deiforme Alejandro arengar a la falange macedónica contra las huestes persas.

Las ascuas se apagaron poco a poco y cesó el crujido de la madera al arder. A su espalda, rodeada de una maraña de árboles lujuriantes y flores exóticas, esperaba su tripulación. No eran de su raza, sino morenos marinos egipcios de Tebas, reclutados por el poderoso Alejandro para su expedición contra Arabia y los potentados indios.

Sostenían inquietos sus lanzas, teniendo la terrible ira de su joven comandante, sabiendo que eran culpables de la traición más vil pero, al mismo tiempo, nada arrepentidos de lo que habían hecho. Sus ojos miraban con avidez a las mujeres que aguardaban cerca, aborígenes de aquella tierra increíble, en cuyo firmamento brillaban estrellas desconocidas y cuyo suelo abundaba en alimentos, refugio y subsistencia para quien quisiera tomarlos. Aquellas mujeres eran altas, gráciles y erguidas, con piel cobriza y ojos sonrientes que constituían una delicia para unos marinos que no habían visto ni siquiera una sirena durante muchas lunas.

¿Por qué iban a dejar aquellas delicias recién halladas, aquella raza gentil de gente amigable, que se llamaban a sí mismos mayas en su lengua fluida, para adentrarse una vez más en el proceloso Océano y regresar hacia el Sol poniente? Eso era tentar a los dioses. Estaban seguros de que esta vez sus huesos se pudrirían en las sombrías cavernas de los mares insondables, o de que la nave rebasaría el confín del mundo para caer en las fauces del viejo Caos.

No; habían tentado demasiado a los espíritus de las aguas. Hasta entonces, sólo Isis y Osiris los habían salvado ya que el gran viento que alborotó el Océano Indico los había separado de la armada de Niarchos, el almirante de Alejandro, mientras ésta contorneaba las costas hostiles. Se quedarían allí con el pueblo que, por lo visto, los

consideraba tanto a ellos como a su rubio y joven comandante, dioses venidos del otro lado del mar. ¿Acaso no se arrodillaron y adoraron a Kleon cuando la trirreme echó el ancla en la fantástica bahía? ¿Acaso no le aclamaron llamándole por un nombre exótico, como si fuera esperado desde hacía mucho tiempo? Quetzal, eso era.

Pero Kleon, con su tozudez griega, después de un mes de agradable descanso bajo los aires reparadores y de cargar toneles de alimento y agua, les ordenó que se pusieran de nuevo a los remos para arrostrar una vez más los peligros de que habían escapado milagrosamente. Había opuesto una mueca cerril y dura a todas sus protestas.

¡Por eso quemaron la nave! Pese a toda su sabiduría griega y a las artes mágicas que había aprendido entre los sabios de los persas, los indostanos y los antropófagos de un solo ojo que acechaban en las cuevas del Techo del Mundo, Kleon ya no podría obligarles a surcar otra vez los mares.

Pero, como él era el comandante, y ellos sólo unos esclavos egipcios; como llevaba brillante armadura y sabía esgrimir la corta espada macedónica que llevaba a un costado, se agazapaban, estaban inquietos, pese a que ellos eran cien y él sólo uno.

Mas el griego, terrible en su armadura como el joven dios del Sol, no hizo movimiento alguno. La trirreme era una pavesa ennegrecida sobre las aguas silenciosas, los mayas, altos y morenos, contemplaron al desconocido, a quien habían aclamado como Quetzal con incommovible adoración. Hasta los pájaros chillones y multicolores que parecían burlarse de ellos desde los árboles imitando voces humanas estaban callados.

El timonel Hotep se le acercó, temeroso.

—No estés enojado con nosotros, noble Kleon —suplicó—. Sólo hicimos lo que nos parecía mejor. Aquí, entre esta gente, somos como dioses. A qué afrontar las tempestades para sufrir hambre, sed y ataques de monstruos terribles y, acaso, alcanzar los límites del mundo, para regresar una vez más a... la esclavitud, las tareas agotadoras y las heridas de la guerra.

Kleon se volvió lentamente.

—Sin duda, habéis hecho lo mejor para vosotros mismos —afirmó con serenidad—. Sois esclavos, egipcios. Os mezclaréis con estos habitantes de ultramar y no os parecerá una degradación. Les enseñaréis vuestras artes y os daréis por satisfechos. Pero yo soy griego, y ellos son bárbaros. No desperdiciaré mi vida entre ellos... y vosotros. La vida es el precioso depósito del *noumena*, el pensamiento metafísico, o no es nada. En los confines del mundo, el poderoso Alejandro marcha hacia nuevas victorias, y la cultura griega le acompaña. Aquí hay estancamiento, mentes que nada saben de la ciencia ni de la noble filosofía. ¿Qué tengo que ver yo, un griego, con éstos... o con vosotros, oh, Hotep?

El egipcio se inclinó con humildad. No estaba ofendido. En otros tiempos su raza

fue poderosa, pero el mundo había cambiado y los viejos dioses habían cedido ante los nuevos. Por esta razón, él y sus compañeros se contentaban con pasar el resto de sus días en aquella tierra nueva.

—Gran Kleon, ¿qué quieres de nosotros? —inquirió.

El griego le miró, pensativo y luego volvió sus ojos al océano, donde estaba el casco chamuscado de la trirreme. Luego los paseó sobre la temblorosa tripulación, los nativos de piel cobriza; oteó tierra adentro, por encima de la selva impenetrable, hasta la elevación azul que indicaba la existencia de una cordillera interior. El humo se alzaba perezosamente de una cima en forma de cono. Sus ojos azules brillaron; una extraña pasión se adueñó de su ser. Cuando habló parecía monologar, en vez de dirigirse a Hotep.

—Cuando Alejandro salió de Persépolis y marchó durante meses terribles por las extrañas tierras asiáticas y pueblos aún más extraños hasta el Indo, cruzamos el mismísimo techo del mundo. Allí encontramos una raza de sabios santones, tan viejos, tan amojamados por el tiempo que realmente parecía increíble... sobrevivientes de una era pretérita, cuando la Tierra estaba envuelta en hielo y el propio Zeus aún no había nacido. Pasé algún tiempo con ellos, oh Hotep, y me abrieron sus mentes a mí, el insaciable buscador de conocimientos. Me hablaron de días anteriores a la llegada del hielo, cuando el mundo era joven y las colinas desérticas estaban cubiertas de verdor extraño y de poderosas ciudades. Hablaban como si hubieran conocido grandes civilizaciones ya sepultadas. A decir verdad, sus conocimientos eran superiores a los del mismo Aristóteles. Aseguraban que su civilización murió cuando los hielos avanzaron inexorablemente hacia el sur, pero era tal la ciencia secreta de sus sacerdotes que algunos pudieron emparedarse en cavernas, para reposar allí durante largos siglos de letargo inmortal y despertar en un momento predeterminado en que según su ciencia les indicaba que los hielos habían retrocedido de nuevo a las frías regiones boreales, Me mostré escéptico, conforme a las enseñanzas de los sofistas, pero me llevaron a las cavernas cerradas, donde pude mirar a través de un instrumento que hacía transparente la roca, y allí vi a algunos de sus durmientes. Afirmaron que éstos habían dispuesto su despertar para una época posterior a la de los demás, deseando conocer el futuro más lejano. Han de pasar mil años para que éstos despierten y vuelvan a respirar.

—Es increíble —murmuró Hotep, oficioso.

El rostro de Kleon era una máscara contemplativa.

—Me desvelaron el secreto —susurró—. Al ver esa montaña, en cuyo seno rumorean los titanes y los cíclopes forjan su rayo, recordé aquel relato.

De súbito irguió los hombros. Su voz resonó como solía hacer cuando conducía una falange a la batalla.

—¡Hotep, esclavos! ¡Escuchadme!

Ellos se sobresaltaron al oír el clamor estentóreo, olvidando que él era uno y ellos cien.

—Sí, noble señor —respondieron a coro.

—Habéis cometido una acción vil. Sois como animales; esta tierra ociosa y su pueblo aún más ocioso satisfarán vuestros limitados deseos. Pero yo soy griego y debo andar siempre con una llama brillante y límpida; de lo contrario la vida no tiene valor para mí. No pienso desperdiciar entre bárbaros los días que me quedan. En consecuencia, si deseáis mi perdón, debéis cumplir exactamente mi voluntad.

Hotep se acercó con cautela al grupo de sus compañeros y aferró la empuñadura de su lanza. ¿Acaso el griego tenía la delirante idea de construir una nueva trirreme con los gruesos árboles del bosque y poner rumbo al oeste? En tal caso, él preferiría...

Kleon no pareció reparar en los gestos y miradas hostiles de sus hombres.

—Yo también haré frente a mi destino —declaró—. El presente es un ánfora vacía para mi espíritu; deseo llenarme con el vino transparente de días que aún no han visto la luz.

Me emparedaré en una caverna, lo mismo que aquellos sacerdotes que habitaban el Techo del Mundo, y lo haré como ellos me enseñaron. Fijaré la fecha para mi despertar.

Veamos... sí, diez mil años. ¡Quién sabe qué visiones extrañas y maravillosas se presentarán a mis ojos después de ese tremendo número de años!

Las lanzas cayeron de los dedos sin fuerza, produciendo un golpe seco; las barbas negras se agitaron con ridículo asombro y voces confusas invocaron a Horus y Amón Ra.

El pueblo cobrizo, inconsciente, ignorante del significado de las palabras del dios Quetzal, se postró atemorizado ante su mirada relampagueante y el sonido de su discurso, espantoso como la mar encrespada.

Hotep balbució algunas palabras.

—Señor, ¿te has vuelto loco? ¡Estos relatos de magia han perturbado tu cerebro! Ellos se burlaron de ti. Es imposible...

—Es suficiente que yo lo ordene —le interrumpió bruscamente Kleon, tocando su espada con significativo gesto.

Una ola de apresurados asentimientos se elevó como incienso de entre la tripulación.

¿Por qué no habían de cumplir la voluntad del griego loco? Si lo hacían, quedarían liberados del constante remordimiento por su traición y del temor a la venganza meditada.

Vivirían con aquel pueblo afable, tomarían a sus mujeres como esposas y descansarían tranquilos y seguros después de tantas penurias. Que el griego fuera emparedado, si lo deseaba, en las entrañas de la tierra, para esperar ese futuro fantástico que describía.

Se necesitó casi un año para realizar la tarea. Pero Kleon dirigió implacablemente a su tripulación y a aquella gente dócil que se llamaban a sí mismos mayas. Ahora

que la suerte estaba echada, después de meditarlo durante noches y días, estaba impaciente por conocer el futuro que los gimnosofistas del Techo del Mundo le habían prometido; en verdad estaba muy impaciente.

Necesitaba un volcán, pues los gases generados en las forjas de los cíclopes eran necesarios para su conservación. Localizó el cono azul del que brotaba eternamente humo a unos cincuenta estadios tierra adentro. Dispuso que su base fuera limpiada, y allí los egipcios le construyeron una pequeña pirámide, imitando la de Keops, donde los mayas cobrizos trabajaron voluntariamente como sumisas bestias de carga. Bajo la piedra labraron una sencilla cámara, a prueba de siglos y hermética a toda contaminación exterior. De la cámara partían unos conductos de piedra hacia las entrañas de la montaña que lanzaba fuego. Mediante ingeniosos dispositivos de aspiración, los gases arremolinados de azufre y el vaho sulfuroso podían entrar en las proporciones adecuadas.

Luego se retiraron y Kleon trabajó en secreto. Del justillo de piel que llevaba bajo la armadura, sacó una esfera de plomo, que le habían entregado los gimnosofistas con las instrucciones pertinentes. Dentro de la bola hueca había una sustancia brillante que siempre ardía, una sustancia que ardía pero que no se consumía sino al cabo de miles y miles de años.

Kleon la manipuló con mucho cuidado y preparó el mecanismo de modo que, a determinada presión, aparecieran las minúsculas aberturas que darían salida a las radiaciones del elemento interior en cantidades determinadas, hasta cesar por completo transcurridos diez mil años. Él, un griego, naturalmente ignoraba que tenía en la mano una onza de radio puro; el secreto de su metalurgia era conocido en aquella civilización preglaciaria, y se había perdido en el mundo recién nacido.

Luego, como le habían enseñado, preparó un cómodo nicho donde acostarse, comprobó que ciertas piedras con goznes preparadas por Hotep encajaban perfectamente en su alvéolo para condenar toda entrada y salida, e instaló sobre un resorte secreto que controlaba los resortes un minúsculo disco de una sustancia laminada y fluorescente, también suministrado por los ancianos del Techo del Mundo. A él apuntaban los orificios de la bola de radio.

Le habían dicho que las potentes radiaciones del sagrado elemento desintegrarían cada lámina del disco exactamente en mil años. Por tanto, Kleon quitó las capas sobrantes y sólo dejó diez para exponerlas a la inclemencia constante del radio. Cuando el bombardeo llegase a la última capa fluorescente, los rayos incidirían sobre el resorte que haría girar los goznes de piedra. Los sillares girarían suavemente en sus alojamientos; el aire del exterior podría entrar, barriendo los gases adormecedores, y Kleon despertaría como si hubiera dormido una siesta corta y tranquila, diez mil años en el futuro.

Habían querido explicarle exactamente la acción del radio puro y de la mezcla de óxidos de azufre, de ácido clorhídrico, de sulfocianuros e hidrocarburos presentes en los gases volcánicos. Pero la química no era una ciencia en que los griegos estuvieran

muy fuertes. A Kleon le bastaba saber que dichos cuerpos ejercían determinados efectos sobre sus tejidos y órganos corporales. Actuaban como un freno de los procesos vitales, una solución en que toda vida quedaba indefinidamente suspendida, sin que se helara la sangre y con la carne fresca y firme.

Al fin llegó el día. Le pareció a Kleon que su corazón latía con demasiada rapidez. ¿Y si los gimnosofistas se habían burlado de su fe griega; y si eran magos cuyas hazañas no fuesen sino trucos? En tal supuesto, moriría dentro de su tumba y no volvería a salir. Rió, y su risa resonó huecamente en sus oídos. No temía a la muerte pero...

Sólo Hotep y él estaban dentro de la pirámide, en la cámara sagrada. Fuera, su tripulación guardaba la entrada, rindiendo honores con sus armas según sus instrucciones estrictas. Más allá, en el claro que rodeaba la pirámide, yacían los mayas, postrados en señal de adoración. Se les había anunciado que Quetzal, el dios blanco y rubio, pensaba dormir. Estaba cansado de la iniquidad del mundo. Pero algún día resucitaría con todo su poder para conceder a sus hijos, los mayas, la vida eterna, la paz y una prosperidad sin precedentes.

—Creo que eso bastará para protegerme de cualquier peligro —le dijo Kleon a Hotep con una astuta sonrisa. Miró socarronamente al egipcio y agregó—: También creo que te resultará ventajoso perpetuar la leyenda.

Hotep sonrió también detrás de su barba.

—Noble Kleon, tu mirada lo penetra todo. Me haré sumo sacerdote de Quetzal, y mis hijos también lo serán después de mí.

—No lo dudo —comentó Kleon, lacónico.

Luego su rostro se convirtió en una máscara pétrea. Comprobó las salidas, el funcionamiento de la losa.

—Ha llegado el momento, oh Hotep. Retírate y cuando hayas salido pon la losa en su lugar. Luego, si aprecias en algo tu vida y tu inminente sacerdocio, no intentes entrar en mi morada.

El egipcio iba a murmurar algo a través de la barba negra, pero optó por hacer una reverencia y retirarse. La inmensa piedra labrada se acomodó suavemente en su alvéolo.

La cámara estaba cerrada.

Kleon, como si se considerase ya muerto, hizo sus preparativos. Toda la iluminación se reducía a una antorcha humeante. El disco quedó en posición sobre el resorte. La bola de plomo se adaptó con precisión en su nicho. Tocó el mecanismo y los orificios imperceptibles del plomo apuntaron al disco. Un extraño resplandor inundó la cámara. El material fluorescente de las diez láminas brilló al recibir el enérgico bombardeo. Kleon sintió un extraño hormigueo en la piel, como si innumerables átomos estallaran hacia el olvido. Le habían advertido de los letales efectos de la exposición directa al radio.



Algo espantado por lo que se disponía a hacer, completó los preparativos. Se echó con cuidado en el jergón preparado en una hornacina de la pared sólida y se acomodó. A su lado tenía la espada y una afilada jabalina. Él era un guerrero, caudillo de una falange. No sabía qué clase de hombres iba a encontrar en ese futuro lejano e inimaginable. En un rincón de la cámara había unas ánforas selladas, llenas de cecina y agua para saciar su hambre y su sed al despertar.

Hizo una mueca. ¿Despertaría? Sus dedos vigorosos tomaron la pequeña palanca de metal que tenía a un lado, una pequeña presión hacia abajo y las piedras exactamente talladas que cerraban los pasos del volcán se abrirían. Después...

La antorcha empezó a humear. No tardaría en apagarse. El aire del recinto se agotaba con rapidez. La respiración se hacía difícil. El resplandor espectral a través de la penumbra parecía eterno; el disco despedía minúsculas chispas. La sensación de hormigueo en su piel aumentó. Apretó los dientes y bajó la palanca.

Tres grandes piedras giraron silenciosamente sobre sí mismas, descubriendo tres agujeros en la pared. Hubo un débil rumor, un sonido de succión y entró el gas amarillo y espeso.

Recorrió la cámara subterránea, semejando unos tentáculos viscosos y ensortijados.

Rodeó su cabeza de vapores acres y sofocantes. La antorcha parpadeó y todo quedó en la oscuridad. Sufrió convulsiones y sus pulmones trataron de aspirar aire, llenándose de gas irritante.

Pero una débil luminosidad brillaba en el seno de la oleada amarilla y densa. Vio chispas y oyó crujidos. Respiró nuevos olores acres. Empezaban a producirse transformaciones químicas desconocidas para él.

Kleon sintió que el escozor cesaba de súbito. Quiso respirar pero no pudo. Intentó mover los miembros. Éstos se negaron a obedecerle. El latido de su corazón se hizo más lento hasta pararse por completo. Le invadía una gran somnolencia.

Así pues, esto era la muerte. La cámara parecía dar vueltas a su alrededor. Su pensamiento tropezaba con una indefinible obstrucción. No volvería a ver las vides de su tierra, los nudosos olivos... Atenas... Alejandro... los compañeros...

La cámara emplazada debajo de la pirámide quedó en absoluto silencio. Los conductos que comunicaban con el volcán se cerraron automáticamente. Los gases transformados bañaron el cuerpo inmóvil, paralizado. El radio despedía su resplandor incesante. El disco laminado resplandecía bajo los rayos. Todo era silencio. El tiempo se había detenido...

Sam Ward se secó el sudor de las manos en la gruesa tela caqui de sus pantalones y miró. Estaba cansado, sudoroso, atosigado por los molestos insectos, asado por el ardiente sol guatemalteco y bastante decepcionado. Le habían inducido a esperar más.

—Allí está —el mestizo hizo un gesto, medio de triunfo y medio de temor, con su dedo mugriento—. Juan nunca miente, Ahora el señor le pagará los cincuenta dólares mexicanos que prometió. Juan no quiere quedarse. Hay peligro.

Sam no respondió. Recorrió el escenario con una ojeada de experto. Ciertamente era un hallazgo, pero había muchas ruinas más altas y más interesantes en la península de Yucatán. Aquéllas no parecían demasiado importantes.

Sam había vivido mucho durante los pocos años transcurridos desde que terminó sus estudios. China y los Señores de la guerra, excavaciones en Mesopotamia con acompañamiento de escaramuzas con los beduinos —a las que no se dio publicidad— así como una visita, ni legal ni autorizada, a las excavaciones practicadas por los de Harvard en Chichén Itzá, Yucatán. Por último, aquel trabajo relativamente soso, pero bien remunerado, para averiguar si las selvas interiores de Guatemala tenían posibilidades para establecer plantaciones de bananas por cuenta de un sindicato de Nueva York.

Había conocido a Juan en San Felipe, cerca de la costa del Pacífico. No existía mestizo más mugriento, maloliente y empapado en alcohol. Pero era prácticamente la única fuente de información que Sam pudo localizar.

Los blancos se mostraban amables pero imprecisos. Se encogían expresivamente de hombros. Las húmedas e interminables selvas que se extendían hasta las estribaciones de Sierra Madre eran lugares que, sin duda, no convenía visitar. Eran impenetrables, palúdicas, plagadas de garrapatas y fiebre amarilla, llenas de pantanos sin fondo, habitadas sólo por fieras y serpientes venenosas. Además, agregaban expresivamente sus informantes, a los indios no les gustaría.

Sam Ward se sonrió al oír esta última información. Se consideraba muy competente para cuidar de sí mismo. Era alto, de hombros anchos y músculos ágiles y poderosos que se le marcaban a cada movimiento. Conocía las selvas y se había enfrentado a hombres más salvajes que cualquier fiera o serpiente. Llevaba descuidadamente una cartuchera a un costado, y en la funda un revólver de seis tiros. Estaba cargado, y Sam lo había usado con eficaz y mortífera puntería siempre que fue necesario. No; a Sam no le preocupaba demasiado si gustaba a los indios o no. Tenía un trabajo por el cual sus patronos le pagaban con largueza.

—¿Por qué no gustaría a los indios? —preguntó con prudencia.

Su informante volvió a encogerse de hombros. Era el alcalde de San Felipe, un hombre bajo, fornido y algo asmático.

—Ellos no hablan, señor —admitió—. Son mayas, descendientes de una raza obstinada. Para ellos esas selvas son sagradas. Algunos extranjeros han entrado allí, pero no regresaron. De modo que...

Sam preguntó a los indios. Eran altos, erguidos, bien parecidos y de piel cobriza.

¡No, señor! Ellos no iban a guiarle a través de la selva, ni siquiera por veinte dólares mexicanos. ¿Por qué? Al dios Quetzal, que duerme mientras llega su hora, no le gustaría.

Entonces fue cuando conoció a Juan, el hombre rechazado tanto por los blancos como por los pieles rojas, mientras mendigaba en vano otro trago de ardiente *tequila* a un tabernero duro de corazón. Sam le abordó y le prometió más, mucho más, si se avenía a guiarle a través del territorio prohibido. Juan balbuceó algunas exclamaciones de terror, pero cedió después de varios tragos.

Luego vinieron las jornadas de abrirse paso con el machete a través de la selva espinosa, las horas de vadear pantanos y de luchar contra garrapatas y mosquitos. Era un infierno. Pero había ciertas zonas que servirían para el cultivo, si se lograba engatusar a los nativos para que trabajaran. En todo caso, sería duro, pensó Sam mientras se disponía a emprender el regreso.

Juan observó su gesto de decepción. Pensó con rapidez. Sabía que los tontos norteamericanos pagaban generosamente por ver las ruinas de la selva. Su cerebro embotado por el alcohol había olvidado todo temor.

—¿Y si le muestro al amable señor dónde duerme Quetzal? ¿No valdría eso cincuenta dólares mexicanos? —preguntó esperanzado.

Sam se rascó el cuero cabelludo.

—¿Quetzal? ¡Tonterías! Todos los golfillos de Centroamérica te muestran dónde duerme ese dios fabuloso a cambio de una propina.

Ya he visto bastantes piedras inútiles en Yucatán. Además, los antiguos mayas no construyeron ciudades en la zona del Pacífico.

—Esto es diferente —insistió Juan. Había notado con alegría que la objeción no era por los cincuenta dólares, y su codicia le hizo olvidar por completo sus supersticiones—. Es lo que ustedes llaman lo auténtico. Una vez oí a los sacerdotes durante las ceremonias de la Luna llena.

Sam lo pensó. La Sierra Madre se alzaba, empinada y escabrosa, a poco menos de nueve kilómetros hacia el este. Un cono de forma regular humeaba perezosamente, como si viniera haciendo lo mismo desde tiempos remotos.

—¡Trato hecho! —decidió Sam de improviso. Lo de las bananas no había salido muy bien. Quizá tuviera más suerte con la arqueología. ¿Otra Chichén Itzá?—. Pero recuerda... si no hay Quetzal, no hay dinero.

Y ahora estaba allí, decepcionado, contemplando las laderas del volcán y la pirámide cubierta de hierba, muy baja y sencilla, que casi pasaba desapercibida entre la espesura.

Ruinas mayas, sin duda, y en territorio virgen. Había visto cientos de ruinas semejantes que no contenían nada digno de mención.

—Quetzal está allí —insistió Juan—. Por favor, señor, déme los cincuenta dólares

mexicanos y deje que Juan se vaya. Quetzal puede enfadarse.

Sam meneó la cabeza.

—No es ése el trato —gruñó—. Enséñame a Quetzal y pago doble.

Hablaba solo, pues el mestizo había girado sobre sus talones descalzos, con un grito de sorpresa, arrojándose de cabeza hacia los enmarañados matorrales que les rodeaban.

—¡Diablos! —gritó Sam y sacó el revólver.

Luego se detuvo, con una mueca burlona. Había visto algunas siluetas huidizas que se alejaban y desaparecían sin el menor ruido. ¡Mayas! Le habían vigilado durante horas, siguiendo su lento avance a través de la selva. Pensó que Juan ya no regresaría a San Felipe. Pero también era improbable el regreso de Sam Ward, pensó con indiferencia.

Retrocedió poco a poco hacia la pirámide cubierta de hierba, con el arma preparada y atento a cualquier movimiento que se produjera en la selva circundante. Si lograba trepar por los costados ruinosos y cubiertos de vegetación de la ruina, tal vez podría orientarse y hallar un cambio a través de los bosques sin senderos.

Su pie tropezó con un agujero y trastabilló. Se rehizo, alarmado. En la base de la pirámide, prácticamente oculto por unas enredaderas, había una abertura negra, que su pie acababa de descubrir.

Atento, esperando oír en cualquier instante el silbido del dardo lanzado por una cerbatana, se inclinó para ver mejor. Por suerte llevaba una linterna. La enfocó hacia abajo, iluminando un pasadizo muy inclinado, que descendía en línea recta hacia una profundidad insondable.

Sam apartó con impaciencia el resto de las enredaderas. Olvidó incluso los mayas que le acechaban, tal vez para matar a aquel profanador de sus antiguos secretos. Después de todo, quizás el mestizo borracho tenía razón. Pues aquel pasadizo, aunque construido por manos humanas, era diferente de los que solían hallarse en las pirámides de Yucatán.

Un vago parecido le inquietaba, hasta que se hizo la luz en su cerebro. Había visto pasadizos así en Egipto, en la Gran Pirámide de Keops.

Se inclinó y olfateó el aire. Era frío y húmedo, como de caverna, pero resultaba respirable. Lanzó una rápida ojeada hacia atrás. No se oía nada en la selva, ni siquiera el grito de un pájaro. Sonrió torvamente. Los mayas esperaban. Para ellos, el tiempo no tenía un valor especial. Pues bien, que siguieran esperando. Él no tenía prisa en morir.

De momento, era la pirámide lo que le atraía e intrigaba. La construcción, aunque cubierta de hierba, presentaba influencias egipcias. Si lograba demostrar tal tesis, quizás habría resuelto el problema de los mayas. Pero ¡bah! Lanzó una carcajada ronca. Más valía no hacerse ilusiones. Las posibilidades de regresar a San Felipe eran

ínfimas. Luego se encogió de hombros como se había encogido el alcalde, y como un tal Kleon se había encogido de hombros, más de dos milenios atrás. Su vida estaba en manos de los dioses.

Mientras tanto...

Entró poco a poco en el pasadizo. A su paso se desprendían pedruscos y tierra suelta.

Los ecos parecían truenos lejanos. Se abrió paso con precaución, bajando siempre, alumbrando ante sí con la linterna. Las paredes estaban bien unidas, aunque no pulidas ni decoradas. Hacía frío y el aire era algo fétido. Lo que significaba que el túnel carecía de otra salida que produjera una corriente de aire.

Siguió bajando con cuidado, A sus espaldas esperarían los mayas, enfurecidos por la profanación de sus secretos; delante esperaba... ¿qué?

Pronto iba a descubrirlo. Contempló, asombrado, una pared maciza que le cerraba el paso. El túnel terminaba de improviso. Paseó sobre ella el rayo de la linterna, y su corazón dio un vuelco. Casi imperceptibles, como borradas por el tiempo que todo lo olvida, percibió unas grietas rectilíneas y muy finas. Hacía un tiempo incalculable que habían levantado aquella losa para encajarla allí. Lo cual significaba que al otro lado había una cámara, cerrada por hombres ya olvidados.

Juan había hablado de Quetzal. Lo mismo decían los ceñudos mayas. Pero, naturalmente, eso era ridículo. Quetzal era una leyenda como..., como... Zeus, Poseidón y todo el Panteón de los griegos.

Tenía que entrar, aunque no viviera para revelar al mundo lo que encontrase. Pero ¿cómo hacerlo? La losa debía pesar más de una tonelada, y no dejaba resquicio para meter ni la punta de un dedo. Se necesitaría una paciente excavación o una excavadora muy potente. Rió al pensarlo. Era como pedir la Luna.

Luego frunció el ceño. Los relatos acerca de Egipto hablaban de sagaces artificios o resortes secretos que movían sin esfuerzo las piedras. Jamás había visto ninguno, y las personas con quienes había hablado tampoco. De estos misterios siempre se hablaba como cosa averiguada de segunda o tercera mano, nunca por el mismo narrador.

No obstante, sus dedos hábiles tocaron, palparon y apretaron. Con el índice tocó una oquedad minúscula perceptible sólo al tacto y ahogó una exclamación de alegría.

La pared pareció ceder suavemente ante él. Ni siquiera pudo ver cómo giraba la gran piedra. Al otro lado se divisaba claridad.

Se coló por la abertura y paseó con impaciencia la linterna. Una exclamación brotó de su garganta y murió una vez más en sus labios. Se hallaba en una primitiva cámara, hecha con gruesos sillares. Un tenue resplandor salía de un minúsculo nicho de la pared del fondo, y aquel rayo de luz apuntaba al umbral por donde él había entrado. Esto ya era bastante excitante. Pero en el rincón más alejado, apenas visible

bajo el resplandor extraño y chispeante, una figura yacía inmóvil dentro de una hornacina tallada en la roca.

Era un cadáver, por supuesto, aunque muy bien conservado, de aspecto extrañamente intacto debido a los incontables años de enmurallamiento. Parecía dormir, esperando la llamada de alguna trompeta.

Sam dio un paso adelante. Sentía una extraña pesadez y dificultad al respirar. En la cámara había un humo amarillo que resplandecía con luz propia y parecía una masa viscosa y movediza, Sam no le prestó atención, creyendo que el lento ritmo de su pulso se debía a la excitación por el hallazgo.

El yacente en aquel lecho de rocas era blanco y de cabello rubio. Sus rasgos embalsamados eran regulares y clásicos, como cincelados en un camafeo. Una armadura todavía brillante y en buen estado protegía sus miembros.

Sam recordó teorías delirantes, fantásticas. Aquél no era un moreno jefe maya.

¿Sería... Quetzal? La leyenda hablaba de un dios brillante, rubio y de ojos azules que llegó a través del Pacífico, aportando la civilización a los mayas. ¿Era posible que...?

Entonces, y sólo entonces, Sam Ward notó una sensación de ahogo, un peso mortal en los miembros, un cosquilleo eléctrico en la piel. ¡El gas! Un gas embalsamador cuyo secreto debió perderse en las tinieblas del tiempo, cuyas propiedades de conservación explicaban, sin duda, el increíble estado en que se hallaba la momia rubia. Tenía que salir en seguida... airear aquel ambiente...

El grito que exhaló sus labios apenas fue audible... La losa había desaparecido; en su lugar se veía una pared maciza y lisa. No la había oído cuando se cerró a sus espaldas. Pero habría jurado que oyó una carcajada gutural, y cautelosas pisadas de pies descalzos. ¡Los mayas le habían seguido con sigilo y le habían sepultado por toda la eternidad!

Observó el disco fluorescente que resplandecía pavorosamente sobre la piedra. Su cerebro estaba obnubilado. Quiso reír. El sonido fue seco, forzado. ¡Qué ironía! Después de lograr el mayor descubrimiento de la época moderna, no podía proclamarlo a los cuatro vientos. Era la venganza de Quetzal. En algún remoto futuro, los arqueólogos entrarían tal vez en la cámara y hallarían un espectáculo increíble: un dios rubio de brillante armadura... y otra momia, vestida de uniforme caqui, que sin duda pertenecía al siglo veinte. Imaginó su desconcierto, sus laboriosas explicaciones.

La linterna cayó de sus dedos paralizados y osciló como un péndulo. Intentó respirar, pero no pudo. Su corazón ya no latía. Flotaba en un inmenso mar amarillo. Su cerebro luchó un instante y cedió. Cayó de espaldas, cuan largo era.

La linterna caída siguió alumbrando sin necesidad hasta que se agotaron las pilas.

Pero el resplandor de la bola de plomo continuó como venía haciendo durante más de dos mil años. Fuera, la vida seguía su curso. Florecieron y decayeron civilizaciones; las guerras diezmaron la Tierra y se produjeron hechos increíbles.

Dentro de la cámara reinaba el silencio y el reloj de radio ardía con incesante energía.

Dos figuras yacían, la una al lado de la otra, inmóviles, intactas. Fuera, las tormentas, el Sol y las semillas arrastradas por el aire depositaron sobre la pirámide una capa de tierra tras otra. Los mayas fueron olvidados. El último sacerdote descendiente de un cierto Hotep oró por última vez con ojos legañosos y desesperados. Juan se pudrió sobre la madre tierra, con una pequeña flecha envenenada entre los omóplatos. Sam Ward también fue olvidado. Durante algunas semanas hubo revuelo en San Felipe. Pero no se puso demasiado interés en la búsqueda, y nadie supo si se había perdido en la selva.

¡El griego Kleon y el norteamericano Sam Ward, hijos de distintas épocas, quedaron eternamente hermanados por la muerte en el subterráneo, mientras el mundo avanzaba hacia un futuro fantástico!

### 3

Tomson estaba asombrosamente cerca de una emoción tan vulgar como la ira cuando subió al tubo conductor que le trasladaría al nivel subterráneo más bajo de Hispan. No le gustaba dejar su cubículo del nivel medio, donde estaba su hogar, su laboratorio, su equipo, su cámara de cálculos. La presión atmosférica estaba perfectamente adaptada a su delicado cuerpo; la temperatura no variaba ni en una centésima de un grado del valor más conveniente al funcionamiento eficaz de su inteligencia. En sus cincuenta años de vida no había salido de su nivel más de seis veces y nunca había llegado tan abajo, hasta las viviendas inferiores de la casta de los Trabajadores.

¿Qué motivo lo habría justificado? Vivía en el nicho del sistema Hispan que le había sido asignado desde su nacimiento y que era cómodo e inalterable. Cualquier otra existencia resultaba inconcebible. Siempre habían existido Olgarcas; los de su clase, los Técnicos, siempre serían necesarios; en cuanto a los Trabajadores, nadie hacía mucho caso de ellos. Quemaban sus vidas en las entrañas de la tierra, cuidaban de las poderosas máquinas que hacían posible la subsistencia de Hispan, se afanaban, engendraban descendientes y morían en humilde anonimato.

Tomson descendió a velocidad uniforme por el tubo conductor que recorría a Hispan en sentido vertical. Un campo de fuerzas zumbaba constantemente en el tubo. Los viajeros regulaban la velocidad de ascenso o descenso mediante las resistencias portátiles de sus cinturones. Un ligero movimiento de la palanca del reóstato a la derecha o a la izquierda, y la resistencia positiva o negativa al campo de fuerza

actuaba en seguida para determinar la velocidad y el sentido del viaje.

Tomson pasó los niveles secundarios de los Técnicos inferiores y arrugó su frente calva y redondeada. Había sido Harri el que solicitó con respetuosa obstinación su presencia en las viviendas subterráneas. ¡Maldito individuo, con su rostro gesticulante y excitados ademanes! ¿Por qué no resolvía él aquella situación supuestamente nueva, sin turbar las elevadas meditaciones de Tomson? ¿Acaso ignoraba cuan delicados y vulnerables eran el organismo y el cerebro de un jefe Técnico? Abajo, en los niveles de los trabajadores, reinaban terribles presiones, soportables sólo por seres toscos, y las temperaturas llegaban a fluctuar hasta un grado en más o en menos.

Se estremeció mientras bajaba, sintiéndose tentado de regresar a su cuarto para dejar que Harri se hiciera cargo del problema. Era evidente que Harri escurría el bulto porque estaba espantado; ahora, si algo salía mal, los Olgarcas considerarían responsable a Tomson. Suspiró y aumentó la velocidad de bajada.

Los niveles pasaron, uno tras otro, señalados por el indicador acústico. Cada uno correspondía a una categoría en la sociedad de Hispan. Después de las diez secciones de Técnicos inferiores se pasaba por los niveles de almacenamiento, las filas de incubadoras, los generadores auxiliares de energía. Luego se pasaba por los atestados barrios de trabajadores, las fábricas donde se sintetizaban las pastillas alimenticias, los niveles de las máquinas pesadas y las llamas eternas de las trituradoras atómicas.

Había otros que subían y bajaban en el campo de fuerza del tubo conductor. Todos le saludaron cuando pasó, algunos con la breve inclinación de cabeza de los iguales, otros con respetuosos saludos de diversos grados de humildad, según el nivel correspondiente.

Contestó mediante gestos adecuados a cada caso... y de repente casi se dobló en dos.

Un joven acababa de salir a la plataforma del nivel del comedor de los Trabajadores y accionaba su resistencia para subir por el tubo conductor. Era alto y bien formado, no esmirriado y de frente prominente como Tomson, ni torpe y pesado como los trabajadores. Se movía con tranquila soltura, y su cabello leonado parecía casi radiante.

Sus rasgos eran aristocráticos y finos; habrían parecido arrogantes, a no ser por la sonrisa franca y despreocupada que dirigía tanto a Trabajadores y Técnicos como a sus iguales, para escándalo de sus compañeros Olgarcas.

Correspondió a la respetuosa genuflexión de Tomson con la misma mueca y desapareció, como una visión leonada, para subir hasta el más alto plano olgárquico.

Tomson se irguió, tan confuso que olvidó el correspondiente y meticuloso movimiento de cabeza para con el siguiente Trabajador que le saludó con humildad.

¿Qué hacía Beltan, un Olgarca, en los niveles de los trabajadores? Naturalmente,



no incumbía a un Técnico, aunque fuese jefe, ocuparse de las idas y venidas de los Olgarcas; pero era poco frecuente y exigía razones muy graves, que algún miembro de la casta gobernante se dignase dejar sus parques y palacios. Tomson comprendía que Beltan era diferente de sus compañeros. En presencia de otros, como por ejemplo Gano, el sombrío y melancólico jefe, se ponía en su lugar y se sentía seguro. No le ocurría lo mismo con Beltan.

El joven Olgarca rubio siempre metía las narices en los rincones y escondrijos de todos los niveles. Por ejemplo, había pedido a Tomson algunas informaciones técnicas y científicas que jamás interesaron a sus pares. Incluso, en algunas ocasiones, hablaba con un Trabajador. Esto era algo inaudito, y Tomson lo desaprobaba con todas sus fuerzas.

Todos debían ajustar sus actividades a las costumbres y al rango, incluso los Olgarcas.

El suelo del gran pozo pareció subir al encuentro del Técnico. Era tal su confusión, que apenas tuvo tiempo de accionar la palanca y frenar con suavidad. Había llegado al término de su caída de novecientos metros.

Tembló y recogió sus delgadas prendas alrededor de sus huesudos hombros, Tosió ligeramente. Su piel sensible padecía la insoportable diferencia de temperatura de aquella profundidad. Estaba seguro de que hacía un frío de un grado y medio por debajo de la temperatura corporal, la única que proporcionaba a su organismo una sensación de comfortable bienestar.

Harri le esperaba al fondo del tubo conductor. Sus afilados rasgos traicionaban su angustia, así como su alivio cuando apareció el jefe Técnico. Ahora la responsabilidad ya no pesaba sobre sus hombros. Como todos los Técnicos inferiores, Harri sólo podía soportar lo mínimo de una actividad tan pesada como el pensamiento y la iniciativa independientes. Pertenece a la casta que trataba directamente con los Trabajadores, ordenaba sus operaciones, dirigía sus actividades. Eran la rama administrativa, mientras que los jefes Técnicos sólo realizaban tareas ejecutivas: proyectaban, experimentaban, realizaban descubrimientos científicos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Tomson con severidad—. ¿Ha de ser alejado un jefe de sus importantes meditaciones sólo porque usted es demasiado perezoso para resolver el problema?

Harri tenía un tic nervioso. Casi todos los técnicos de ambas clases sufrían de lo mismo. El sistema nervioso presentaba un desarrollo excesivo en comparación con sus centros musculares y vasculares. Sus ojos miopes parpadearon rápidamente, y sus brazos y piernas se agitaron de un modo incontrolado.

—Lamento haber interrumpido sus meditaciones, Tomson —se disculpó con humildad—. Es que se ha presentado una dificultad. Usted mandó que una brigada barrenara nuevas zonas de roca subyacente. Yo estaba a cargo.

—¡Lo sé..., lo sé! —gruñó Tomson con impaciencia—. Necesitamos más combustible para las trituradoras atómicas. Continúe.

—En seguida, Tomson —se apresuró Harri—. Siguiendo el procedimiento correcto, encendí el rayo penetrante antes de dar la orden de barrenar. A veces ocurre que los estratos de roca tienen inclusiones de materiales a los que podemos dar otro uso. Le aseguro que mi corazón casi cesó en sus funciones primordiales ante lo que reveló el rayo. Interrumpí la obra y acto seguido me puse en contacto con usted. Se trata de un problema que sobrepasa mi esfera de acción.

—¿Qué ha podido asustarle al punto de hacerle perder todas sus facultades? —preguntó Tomson, despectivo.

—Usted mismo ha de comprobarlo. ¡Mire!

Se hallaban debajo del nivel más bajo. Durante el curso de miles de años, a medida que Hispan necesitaba cada vez más energía para llevar a cabo sus proyectos, la roca que servía de fundamento a la ciudad fue horadada gradualmente, a profundidades cada vez mayores. La roca era barrenada mediante electro-disonancias desintegradoras; el polvo resultante iba a las trituradoras atómicas. Allí, en hornos acorazados, los electrones eran separados de las cortezas atómicas, y su destrucción proporcionaba energía a las poderosas máquinas que daban vida a la ciudad.

Dentro de la caverna recién empezada, abierta en la cuarcita resplandeciente, estaban unos cuarenta Trabajadores. Eran hombres poderosos y fornidos, más altos que los Técnicos intelectualizados, y sus cuerpos eran nervudos y de voluminosa musculatura.

Esperaban inmóviles junto a las taladradoras y las máquinas de barrenar, aguardando pacientemente a que sus jefes acabasen de discutir. Si tenían que esperar varias horas, no importaba. Nada importaba. Todo era rutinario. Cumplían su turno y regresaban al nivel del comedor; comían en silencio sus pastillas, en largas barracas comunitarias; se trasladaban a los cuartos de apareamiento, realizaban los actos necesarios; subían luego al nivel de recreo donde, durante breves y preciosas horas, conversaban, discutían, bromeaban, contemplaban selecciones de audiovisuales, comedias inocuas que les hacían reír sin pensar. A una señal se encaminaban a la unidad de descanso, para ser despertados por otra señal y reanudar el ciclo infinito. El dedo de Harris se dirigió al mecanismo de mando del rayo penetrante y lo puso en marcha. La máquina vibró y emitió una luz azul. La roca pareció desaparecer ante ella, o hacerse transparente como el cristal más puro. Tomson miró y, contra su voluntad, experimentó una violenta sorpresa.

No era correcto que un jefe Técnico se mostrase asombrado en presencia de sus inferiores.

El vago contorno de una pirámide perfecta apareció por entre los estratos sedimentarios. En ella aparecía un pasadizo obstruido por material de aluvión y piedra desmenuzada. El extremo del mismo daba a una cámara, Avanzó con rapidez, calibrando el enfoque del rayo para ver con claridad lo que aquélla contenía.

Se trataba de dos cuerpos yacentes, uno tendido en un nicho, envuelto en metal brillante, y el otro doblado sobre sí mismo en el suelo de piedra como si hubiera

caído sin darse cuenta. A juzgar por su fisonomía y sus ropas, ninguno de los dos era un hombre de Hispan. Parecían extraños de otro mundo, preservados hasta el más nimio detalle, a tal punto que parecían dormidos, pero evidentemente, estaban muertos. Un gas amarillento y ligeramente iridiscente llenaba la cámara.

Tomson arrugó su nariz atrofiada. El delicado instrumento situado junto al aparato de rayos fluctuaba de un modo atroz. Poderosas radiaciones se filtraban a través de las capas de roca. Se le escapó una exclamación de desconcierto, sumamente impropia. En un rincón de la cámara amurallada vio la sombra de una bolita, por cuyas aberturas salían minúsculos haces resplandecientes. ¡Radio metálico, cuyos átomos se descomponían a lo largo de incontables siglos, emitiendo sin cesar haces de rayos alfa, beta y gamma!

—¿Qué haremos? —preguntó Harri, preocupado.

A esto, Tomson dejó caer los hombros. Le habría gustado no tener la responsabilidad de la decisión. ¿Debía llamar a Gano, el jefe de los Olgarcas, para pedirle instrucciones ante este imprevisto? Irguió su frágil cuerpo. ¡No! Aquello era de su incumbencia; él mismo debía solucionarlo.

Intentó que su voz sonara firme al dar lo que consideró unas órdenes enérgicas.

—Taladre las capas externas de roca, Harri, y luego la pared interior de la cámara.

Pero tenga cuidado de no dañar nada del interior. Tendremos que estudiar los cuerpos de estos seres extraños, que han permanecido enterrados quién sabe cuánto tiempo bajo los cimientos de Hispan.

Harri dio órdenes. Los Trabajadores pusieron manos a la obra, obedientes. Las taladradoras zumbaron y trituraron la dura piedra como mantequilla derretida; las máquinas de barrenar convirtieron las capas circundantes en polvo impalpable, que fue absorbido en seguida por bombas de vacío y conducido a las trituradoras atómicas para convertirlo en energía.

—¡Basta! —gesticuló Harri.

Las taladradoras retrocedieron, las máquinas de barrenar se detuvieron y cedió la última capa. La cámara quedó expuesta ante sus ojos.

Los restos de gas amarillo salieron en remolinos y se dispersaron en partículas aisladas. El aire entró y bañó las figuras inertes. A una orden, un Trabajador se acercó pesadamente al globo de radio, lo echó en un recipiente de plomo y colocó la tapa. No importaba que durante esta operación su mano fuese quemada por las radiaciones letales.

Harri quedó boquiabierto. Los ojos casi se le salieron de las órbitas; los tics nerviosos agitaban sus facciones.

—Mire, Tomson —jadeó débilmente—. ¡Están vivos!

Tomson notó que la transpiración empezaba a cubrir su frente calva, pese a ser la temperatura inferior en más de un grado a la que estaba acostumbrado. Los Trabajadores daban muestras de inquietud; se leía alarma en sus rostros ceñudos. El jefe Técnico supo conservar su presencia de ánimo y les ordenó que se retirasen a sus

cuarteles, sin esperar a que terminase el turno. Era una orden sin precedentes, pero el mismo calificativo merecía aquella situación.

Los Trabajadores se retiraron a toda prisa, se arrastraron hasta el tubo conductor y subieron rápidamente a sus comedores comentando lo que habían visto.

Tomson y Harri se quedaron solos para vérselas con aquellos resucitados de entre los muertos.

## 4

Sam Ward fue el primero en quien se reanudaron los procesos vitales interrumpidos.

Había estado sometido a las influencias narcóticas menos tiempo que Kleon. A medida que se disipaban los gases conservadores, y el aire fresco y puro ocupaba su lugar, abrió los ojos. Bostezó. Aún inconsciente, se desperezó. Ignoraba lo ocurrido. Durante los primeros segundos pensó, sencillamente, que había despertado de un descanso muy profundo y saludable.

Luego parpadeó. ¿Estaba soñando? ¿Dónde diablos estaba? ¿Quiénes eran aquellos seres extraños que le miraban como a un insecto de especie desconocida? Se fijó en el hombre tendido de la armadura. ¡Se movía! ¡Estaba sentándose!

A Sam se le escapó una exclamación al recordarlo todo: San Felipe, Juan, la selva, la pirámide, los mayas, su entrada en aquella cueva, la trampa, luego... la oscuridad...

Se puso en pie con rapidez. Sacó el revólver de la funda y apuntó.

—Muy bien —dijo ásperamente—. ¿Qué es este baile de máscaras?

La pregunta iba dirigida a las dos figuras extrañas que tenía delante. Esa selva no paraba de arrojar gente rara. No eran mayas ni de ninguna de las razas humanas que conocía. Sin mencionar las complicadas máquinas que veía al fondo de la caverna. Sabía lo suficiente de física y técnica para comprender que eran muy adelantadas en comparación con los conocimientos del año 1937.

Tomson meneó la cabeza, pensativo. Aquello era asunto de Gano. Su cerebro razonaba con agudeza. Al fin y al cabo, él era jefe Técnico. Conocía un poco la historia del mundo en los oscuros días antes de la catástrofe y el aislamiento de Hispan bajo una película protectora. Aquellos individuos eran primitivos, emparedados de algún modo en la cámara subterránea recubierta por los estratos de siglos. La esfera de radio y el gas recién disipado habían conservado intacta, aunque estática, la vida.

Tampoco le sorprendió que el desconocido hablase una variante arcaica de la lengua de Hispan. Antes de su muerte, la Tierra poseía un idioma universal. En

cuanto a la pieza metálica que tenía en la mano, evidentemente, era un arma. Sin duda, su orificio proyectaría balas macizas. No tenía miedo. La clase técnica no conocía el miedo.

Además, le habría bastado tocar la palanca de la máquina de barrenar que tenía al lado para que el extranjero, su arma y todo lo demás fuesen pasto de los generadores de energía.

—¿Baile de máscaras? —repitió lentamente—. No entiendo esa palabra. Pero usted nos va a dar muchas explicaciones..., usted, su compañero y este lugar donde reposaban como muertos. Dejaré el interrogatorio en manos de Gano.

Sam Ward bajó el arma. Le sorprendió el acento chapurreado y extraño del hombrecillo de frente alta y calva. La prenda de material brillante que vestía le dejó boquiabierto.

Hablaba un inglés bastante comprensible, pero...

En ese momento, Kleon se puso ágilmente en pie y requirió su corta espada macedónica. Parecía un dios entre los mortales, con su rubia cabellera y sus serenos ojos azules que lo abarcaban todo de una sola mirada. Así pues, esto era el futuro, diez mil años después. Los gimnosofistas del Techo del Mundo no habían mentido. Se sintió decepcionado, algo desdeñoso. ¿Así eran los seres del futuro? ¿Podía un griego de la época de Alejandro, empapado de Aristóteles y Esquilo, encontrar compañía adecuada entre aquellos seres delgados y débiles que estaban ante él?

Luego su mirada se cruzó con la de Sam Ward. ¡Ah!, éste era un hombre diferente.

Observó con agrado su estatura y anchos hombros, las muestras de fuerza y desarrollo muscular, la firme mirada gris de sus ojos, la frente ancha. Éste era un hombre capaz de luchar con alegría y de juzgar sabiamente, una mente sana en un cuerpo sano.

Sam estaba confuso. Quetzal había resucitado. Los demás... Aquello era como una pesadilla. Se volvió hacia Kleon.

—¿Quién diablos es usted... Quetzal, maya o qué?

Kleon le contempló serenamente. Aquel idioma le sonaba extraño, a decir verdad un poco bárbaro, con sus consonantes ásperas y la ausencia de vocales claras. Pero entendió dos palabras... Quetzal, maya. Aquellos cimerios cobrizos en cuyas remotas playas había naufragado su trirreme se llamaban a sí mismos mayas, le habían llamado Quetzal y se habían postrado para adorarlo.

—Desconozco tu idioma, amigo de un futuro que es presente —dijo con ecuanimidad—. Pero entiendo las palabras Quetzal y maya. Los bárbaros me llamaban Quetzal, aunque no sé por qué. Pero yo soy Kleon de Atenas, compañero del poderoso Alejandro, cuya nave fue arrastrada hasta una costa extraña. No hubo retorno; Hotep y los esclavos egipcios quemaron la nave. No procedía que un griego se pudriera el resto de sus días entre los bárbaros. Por tanto, practiqué cierta magia que aprendí de los gimnosofistas y dormí hacia el futuro, esperando hallar en él seres

más adecuados para tratar con un ateniense. Han debido pasar diez mil años. Extranjero, confieso que tu presencia me desconcierta, mientras que esos dos me parecen indignos de mi atención. ¿Son acaso tus esclavos?

Sam Ward ni siquiera se dio cuenta de que había guardado el revólver en la cartuchera. Aquello estaba resultando demasiado increíble. Primero, dos alfeñiques que hablaban un inglés deformado pero que, evidentemente, pertenecían a una civilización avanzada. Y ahora el dios de la armadura brillante, resucitado de entre los muertos, hablando en griego antiguo de cosas totalmente imposibles. Sam había estudiado griego en la universidad y reconoció los largos períodos, el poderoso ritmo del más noble de los idiomas.

Sacudió la cabeza para despejar su desconcertado cerebro. ¡Diez mil años después!

Eso representaba ocho mil años para él. ¡Santo cielo! ¿Había dormido tanto? ¿Estaban ante los representantes de tan lejano futuro? Abrió la boca para hablar, apelando a su griego casi olvidado.

Pero Tomson opinaba que ya habían perdido demasiado tiempo. Había comprendido la lengua del hombre de las ropas de fibra áspera, pero no la del que vestía brillante metal.

—¡Basta! —interrumpió, perentorio—. Este asunto debe resolverlo Gano, el jefe de los Olgarcas. Acompáñenme.

Sam recobraba su presencia de ánimo. Las sienes le latían ante la increíble aventura que se le presentaba.

—Bien —dijo—. Llévenos adonde está Gano.

Pero Kleon no se movió. Aunque no había comprendido las palabras de Tomson, el gesto era inequívoco: no recibía órdenes de un esclavo.

Sam adivinó su pensamiento y sonrió.

—Todo va bien, amigo Kleon, alias Quetzal —tradujo lentamente al griego—. Estos hombres pertenecen al futuro de que me hablaste. No son mis esclavos. Yo mismo soy de otro tiempo, unos dos mil años después de ti. Me llamo Sam Ward y mi país, los Estados Unidos, no existía en tu época. Caí en tu pirámide y quedé dormido a tu lado. Creo que ellos no quieren hacernos daño.

El rostro de Kleon se iluminó de júbilo, aunque expresaba al mismo tiempo algo de desconcierto.

—Hablas griego, Sam Ward, aunque al modo bárbaro. Tu pronunciación es defectuosa, y equivocas las declinaciones.

Sam sonrió irónicamente al oír esto. Sus profesores de la universidad habían puesto sumo cuidado en inculcarle tal pronunciación y tales declinaciones. Le aseguraron que representaban el auténtico griego de Ática en toda su pureza.

—En cuanto a que puedan hacernos daño —se irguió con orgullo Kleon, señalando su espada y su jabalina—, estas excelentes armas mías serán protección suficiente contra seres tan nimios como estos hombres del futuro.

Sam era más consciente. Sospechaba que incluso su revólver de seis tiros, con su reducida potencia de fuego, no podría hacer frente a las inconcebibles armas existentes en el año 10 000 de nuestra era. El acero pavonado de poco podía servir en tal situación.

Pero, naturalmente, Kleon no conocía sino la espada, la lanza y el arco.

Siguieron a la pareja. Tomson y Harri, a pesar de su aspecto enclenque, daban cierta sensación de poder y comprendieron que no sería inteligente oponerse. Llegaron al gran tubo conductor. Sam contempló el orificio circular y el pozo de casi mil quinientos metros y reflexionó. ¿Cómo pensaban trepar por aquellas paredes lisas y fríamente resplandecientes?

Tomson sacó unos cinturones de reserva e indicó a los dos forasteros que se los pusieran.

—Hagan lo que yo y no teman —dijo.

Sam accionó obedientemente la palanca, Kleon comprendió e hizo lo mismo. Sam Ward no pudo contener un grito de sorpresa; Kleon invocó a Hermes, dios de la rapidez.

Fueron catapultados hacia arriba a una velocidad estremecedora.

Mientras subían, Sam entrevió una poderosa civilización: plataformas que conducían a pisos atestados de apiñada humanidad; enormes máquinas que resplandecían y vibraban y giraban; salas enormes; hectáreas de visiones extrañas; laboratorios; inmensos sectores de tumultuosa actividad, un piso tras otro, hasta que se mareó.

Luego, otros niveles, un mundo distinto. Abajo había visto una agitación febril, máquinas, técnica. Aquí había suaves prados verdes y brillantes de rocío bajo la luz artificial; flores extrañas y fragancia aún más raras; un lago interior suave y acariciante, azul cobalto, cálido y perfumado; edificios multicolores muy espaciados, de curvas elegantes y contornos armoniosos; personajes de noble aspecto que les contemplaban a través de pantallas transparentes con indiferencia, para volver luego a sus diversiones.

De súbito, el terrible viaje concluyó. Tomson gesticuló y puso la palanca en posición neutral. Sam y Kleon hicieron lo mismo. Harri los había dejado al llegar al nivel de los Técnicos inferiores. Sólo los jefes Técnicos podían conversar con los Olgarcas.

Frenaron hasta detenerse y salieron a una plataforma de aterrizaje. Por un instante espantoso, Sam creyó que caía, que descendería otra vez los mil quinientos metros que había recorrido. Sus músculos se relajaron al pisar suelo firme.

Tomson les hizo seña de que le siguieran. Se abrió un panel decorado al fresco y entraron.

Una exclamación se escapó simultáneamente de labios del griego antiguo y del norteamericano de época intermedia. Sam parpadeó. Al principio creyeron hallarse bajo un cielo de radiante color. Sobre ellos se extendía una bóveda parecida al

firmamento, con estrellas brillantes y una luna de plata que seguía su lenta órbita de un lado a otro.

Luego comprendió lo que era. Se trataba de un simulacro astuto y magnífico del antiguo cielo, sobre una cúpula movida por mecanismos invisibles a semejanza de los planetarios del siglo xx. Ello significaba que aquel edificio, ciudad, mundo o lo que fuera, se hallaba totalmente aislado del resto de la Tierra... era un cosmos autárquico y cerrado.

Sam no tuvo más tiempo para pensarlo. Tomson les indicó que subieran a un vehículo de metal blanco y de forma aerodinámica. Así lo hicieron. A un contacto sobre una palanca despegaron, elevándose lentamente en el aire, para seguir luego en vuelo rasante a una velocidad que Sam calculó en unos ochocientos kilómetros por hora. Pero no vio motor, mecanismos ni hélices. Tampoco el viento los azotaba como sería de esperar. Sam supuso que, de algún modo, el extraño vehículo acarreaba un colchón de aire.

Kleon se acercó con la mano fuertemente apretada sobre la espada. Aquella magia excedía de sus conocimientos. Sam le dedicó una sonrisa de aliento.

—En mi época tuvimos algo parecido —explico—. Es mejor que los caballos y los carros.

Entre ambos se había establecido una comprensión. Se sentían más semejantes entre sí que con respecto a Tomson, representante del futuro. Y Sam podía hablar griego aunque imperfectamente.

El norteamericano se asomó, maravillado. Sobrevolaban un paraíso. En todas partes, hasta el confín de la cúpula, había mansiones blancas, espléndidos parques, lagos artificiales límpidos y diáfanos; vehículos rasantes como el de ellos transportaban a jefes de elevada estatura, de porte digno, muy distintos del Técnico que les acompañaba. No se veía ni rastro de máquinas o generadores, ni tampoco grupos de obreros como en los niveles inferiores.

—Adivino que esto no me gustará —murmuró Sam entre dientes.

Pero no hubo tiempo para más comentarios. El vehículo conductor perdió altura y planeó hasta posarse frente a un edificio suntuoso, azul y oro. Estaban en un gran parque. Las fuentes murmuraban y se oía música suave; árboles de flores anaranjadas se mecían a impulsos de una suave brisa.

Bajaron serenamente. Tomson subió a una plataforma oblonga de metal rojo y se volvió hacia la fachada del edificio haciendo una genuflexión. Sam le miró, ceñudo.

Kleon asintió con una sonrisa satisfecha.

—Sabía que era un esclavo —se dirigió al extraño compañero con quien había llegado a aquel futuro—. Sólo un esclavo se inclinaría tan humildemente. Pronto conoceremos a su amo. Yo, un griego libre, soy igual a él.

Una voz salió del edificio.



—Entre, Tomson. Ha procedido con acierto.

La pared pareció girar sobre sí misma. Entraron y se cerró tras ellos.

## 5

Tomson dijo con aprensión:

—Disculpe esta intromisión, jefe de los Olgarcas. Pero éste era un problema que sólo usted podía resolver.

Sam y Kleon se mantenían algo alejados y orgullosamente erguidos. De la misma estatura que Sam, el griego era rubio y de ojos azules, de rasgos enérgicos, mientras el americano era más moreno, bronceado por el Sol, de mirada sagaz y mentón firme. Los separaban dos mil años de civilización, pero ambos eran hombres y en cierto sentido Tomson, a pesar de todos sus conocimientos y su intelectualidad, no lo era.

La mirada azul y la gris contemplaron serenamente a Gano, jefe de los Olgarcas, soberano de la ciudad de Hispan. Gano no se parecía a los demás Olgarcas que habían entrevisto durante la travesía. Era rechoncho, de cuerpo y miembros fuertes, cabeza maciza y rasgos irregulares. Su pelo era negro como la medianoche y su nariz saliente y aguileña. Pero su mirada era decidida y penetrante a la vez que impenetrable. Ocupaba un diván bajo, y sus dedos largos y delgados reposaban sobre un panel donde unos cuadrados de diferentes colores se encendían y oscurecían irregularmente. Un cuadro de mandos, intuyó Sam correctamente.

Gano asintió.

—Lo sé, Tomson —respondió con brusquedad, como persona demasiado ocupada para perder el tiempo en minucias—. He seguido su hallazgo y su llegada por el visor —se volvió para observar con atención a los dos hombres de una época pretérita. Arqueó sus pobladas cejas y agregó—: Uno de ellos habla una variante del idioma de Hispan. El otro no. Debemos solucionar esto.

Se volvió alzando un poco la voz.

—Beltan, acompaña a estos seres hallados en los cimientos de nuestra ciudad y enséñales el idioma para que podamos hablar cómodamente.

En un rincón de la larga y sencillamente amueblada estancia apareció otro personaje.

Sam no había reparado en él. Era un joven, que se acercó a ellos con indiferencia. Sonrió, y todo su rostro se iluminó con el brillo de su sonrisa. Sam simpatizó en seguida con él.

«Este joven me cae bien», pensó.

Beltan era un Olgarca, miembro de la clase gobernante, pero no parecía tomarse

en serio su posición. Incluso le sonrió a Tomson. Esto confundió al Técnico. No era correcto, Conocía su lugar en el esquema de la sociedad, y Beltan debía hacer lo mismo. Kleon aflojó la mano que empuñaba la espada. Él también reconoció a un hombre en aquel Olgarca del futuro, un hombre conforme a sus ideas.

«¡Qué parecidos son! Es extraño», pensó Sam. «El porte orgulloso de la cabeza, el cabello brillante y leonado, los rasgos clásicos bien definidos, la arrogancia de los que nunca han estado sometidos. Se entenderán bastante bien, aunque los separen diez mil años. En cuanto a mi —se encogió de hombros—, este Beltan me cae simpático. Pero Gano y los demás, toda esa gente, sospecho que...».

Con leve ironía, Beltan dijo:

—Acompañenme, sobrevivientes de algún pasado remoto. Permítanme que les enseñe las complejidades de nuestro idioma. Entonces podrán juzgar si obraron con acierto al abandonar su época para conocer la noble jerarquía que es Hispan.

—A veces, Beltan, me aburren tus payasadas —cortó Gano.

El joven Olgarca hizo una reverencia. Sus ojos chispeaban.

—Noble Gano, a veces también me aburren a mí. Ése es uno de los castigos por haber nacido Olgarca.

Gano frunció el ceño y se volvió con rudeza al Técnico:

—Regrese a sus tareas, Tomson.

El jefe Técnico murmuró una excusa y huyó de la sala. En su rostro se leía el desconcierto. Sam sonrió. Pensó que el carácter de Tomson tenía buena parte de reaccionario de la época victoriana.

Kleon llevó aparte al norteamericano.

—¿Qué dicen? —murmuró.

—Dicen que nos enseñarán su lengua —le respondió Sam—. Yo ya la conozco un poco. Pero a ti quizá te resulte difícil.

Beltan los hizo salir de la cámara del consejo y los condujo a una sala lateral, en cuyas paredes se veían figuras abstractas estampadas en oro.

—¿Cómo piensa enseñar a mi reciente amigo Kleon? —inquirió Sam—. Es un griego de antes de mi época y no sabe nada de inglés.

—¿Inglés? —repitió Beltan alzando las cejas—. ¡Ah! Quiere decir hispana. Aprenderá tan pronto como usted, que tiene conocimientos elementales. Es posible que no conozca el inducto-enseñante.

Señaló un casco de metal que colgaba al extremo de un largo tubo transparente, cuyo extremo opuesto desaparecía en el techo.

Sam meneó la cabeza.

—Jamás oí hablar de él —confesó—. En mi época nos pasábamos la mitad de la vida aprendiendo cosas y la otra mitad olvidándolas.

Beltan se echó a reír.

—Nosotros, los Olgarcas, no perdemos el tiempo adquiriendo conocimientos. Los recibimos ya preparados. Los Técnicos trabajan y nosotros cosechamos los frutos. Es

muy sencillo. El Olgarca hereditario, o usted en este caso, coloca su cabeza dentro de la cámara receptora. Unas ondas cortas de muy alta frecuencia, automáticamente sintonizadas con las ondas específicas de su cerebro, son emitidas a través del tubo. Éste llega hasta los cubículos de los jefes Técnicos. A una señal, el Técnico correspondiente conecta la unidad emisora a su propio cerebro. Se concentra en el tema que se desea estudiar. Sus pensamientos, convertidos en impulsos eléctricos, se transmiten al cerebro de usted y dejan las huellas convenientes en sus caminos neuronales. Ya está, usted ha aprendido bien y sin dolor.

Sam estaba impresionado.

—¿Los Técnicos aprenden igual?

Beltan se mostró sorprendido.

—¡Claro que no! Esto es sólo para Olgarcas. Entre, Sam Ward.

Sam vaciló, sonrió y metió audazmente la cabeza bajo el casco. Beltan realizó los ajustes necesarios. Luego pulsó los botones de un cuadro de instrumentos.

Al principio, Sam notó un suave cosquilleo, una especie de masaje en el cráneo. Luego las palabras empezaron a penetrar en su conciencia, pensamientos ajenos al suyo. Su mente ya no le pertenecía; la dominaba un idioma extraño... palabras semejantes a las que conocía, pero extrañamente distorsionadas, chapurreadas, despojadas de sílabas innecesarias. Le invadió la convicción de que así era más correcto y adecuado, de que el idioma antiguo era un anacronismo inservible para el uso moderno.

Cuando Beltan le indicó que se quitara el casco, Sam hablaba hispana, el inglés del siglo xcviii.

—Ya está —afirmó el Olgarca—. Todo es muy sencillo. Y ahora Kleon, llamado el griego, hará lo mismo.

Kleon era muy valiente pues, de lo contrario, no habría metido la cabeza sin vacilar dentro del casco. Estaba seguro de que aquello era una magia poderosa, más poderosa que los sortilegios de los gimnosofistas. Aristóteles y Zenón jamás habrían aprobado tales prácticas bárbaras. Pero entró...

## 6

Los cuatro hombres, Gano, Beltan, Sam Ward y Kleon regresaron a la cámara del consejo y se sentaron. Ahora se entendían, hablaban el mismo idioma. Pero sus procesos mentales eran distintos por completo. Esto no podía evitarse. La herencia, el medio ambiente, las costumbres, la educación y la lenta formación de toda una vida no podían modificarse en un instante, ni siquiera mediante las maravillosas ciencias

de Hispan.

Gano se mostró condescendiente. Primero escuchó con paciencia el relato del griego y luego la historia del norteamericano. Para él eran salvajes primitivos de una época pretérita, interesantes en tal sentido pero totalmente inferiores a los Olgarcas y Técnicos de Hispan. Pero de todos modos escuchó la prolija crónica de las civilizaciones anteriores, de las glorias de Grecia y la marcha de Alejandro a través de Asia, de la literatura y el teatro en aquella antigua confederación de ciudades-estado. Le hicieron sonreír las ingenuas concepciones científicas que Kleon expuso; en cambio los conceptos de los filósofos griegos le impresionaron sobremanera.

Escuchó con más escepticismo y cierto disgusto impaciente el relato de Sam sobre el mundo del siglo xx. Quitó importancia a la gloria específica de aquella época —el progreso de la ciencia— como simple paso vacilante hacia el futuro. Pero las narraciones de guerras, codicias y conflictos humanos, del desperdicio y la increíble frivolidad, de los bosques y los recursos minerales despilfarrados, de la guerra mundial y la Sociedad de Naciones, de los campos de concentración y la locura de España, le arrancaron una mueca de repugnancia.

—No es extraño que el mundo muriera poco después de su época —dijo lentamente—. Su siglo veinte fue una regresión, una recaída en el barbarismo inútil, comparado con la era más noble de Kleon.

Sam se molestó al oír esto. A ningún hombre le gusta que su propio siglo sea criticado y otro alabado en su lugar, especialmente si quien lo hace no es oriundo de ninguno de ambos.

—Quizás he sido más exacto que Kleon en mis descripciones —se defendió, acalorado—. Por ejemplo, él no ha mencionado la esclavitud que existía en su época, y que era el fundamento en que se basaba la civilización.

—No veo nada malo en ello —declaró Kleon con dignidad—. Es justo que aquellos cuyos cerebros son opacos y tienen espaldas fuertes sustenten a quienes pueden crear grandes pensamientos y meditaciones. ¿Acaso Hispan no tiene sus esclavos, sus Técnicos y Trabajadores, para que viva la flor de los Olgarcas, como Gano y Beltan?

Gano no movió un solo músculo de su rostro, pero Beltan echó atrás la cabeza y rió.

—¡Por los cien niveles de Hispan! En esa época remota los griegos ya conocían el arte de la adulación. Pero se equivoca, amigo Kleon. No son esclavos; son castas de la sociedad, cada una de las cuales tiene sus deberes estipulados con exactitud. Hispan no habría subsistido mucho tiempo sin esa distribución estricta y eficaz. Tanto los Trabajadores como los Técnicos están contentos con su suerte —sonrió con amargura—. La insatisfacción es el último privilegio de los Olgarcas.

—Más bien es tu privilegio particular, Beltan —intervino Gano fríamente—. En nuestra clase, nadie más experimenta necesidad de una emoción tan primitiva. A veces pienso que eres anormal; un mulante, no un auténtico Olgarca.

Sam se dirigió al jefe de los Olgarcas.

—¿Cuál es la verdadera función de los Olgarcas en la sociedad de Hispan? —preguntó con cierta ironía—. Por lo que entiendo, los Técnicos supervisan y crean los sistemas científicos gracias a los cuales vive la ciudad; los Trabajadores prestan su energía y sus músculos para que aquéllos funcionen. ¿Y los Olgarcas?

Gano frunció el ceño.

—Vivimos —respondió, lacónico—. Somos la justificación de las creaciones de los Técnicos y los esfuerzos de los Trabajadores. Somos la flor, mientras ellos representan las raíces, los tallos y las hojas. Ellos trabajan para que nosotros podamos disfrutar.

Kleon asintió:

—Hispan no está tan lejos de Atenas —dijo—. Su sistema tiene muchas cosas buenas.

Sam apretó los dientes:

—Ésa siempre ha sido la justificación de la esclavitud, incluso en esta época futura.

¿Alguna vez se le ha ocurrido pensar que a los esclavos, se llamen Técnicos, Trabajadores, ilotas o lo que sea, también les gustaría vivir?

—Están contentos, son felices —respondió Gano suavemente—. Si quiere, pregúntele a Tomson si éste no es el mejor de todos los mundos posibles.

Beltan se inclinó hacia delante.

—Sam Ward, ¿ha olvidado lo que nos contó acerca de su mundo? —preguntó burlonamente—. ¿Qué eran los Trabajadores, sino esclavos? Esclavos que trabajaban a disposición de otros, que sudaban muchas más horas que los Trabajadores de Hispan, que morían de hambre en épocas de depresión y también morían de hambre, aunque más lentamente, cuando estaban empleados. Que iban a la guerra para luchar y matar en beneficio de otros. ¿Acaso no existía su clase técnica, que estudiaba en los laboratorios y creaba inventos nuevos a beneficio de sus ricos, sus Olgarcas?

—Sí, supongo que sí —reconoció Sam de mala gana—. Pero al menos eran libres para trabajar o negarse a hacerlo.

—Querrá decir, para morir de hambre —la ironía desapareció de la voz de Beltan y una impetuosa sinceridad se dejó entrever entonces—. No es la situación de los Trabajadores y Técnicos lo que importa. En Hispan están bien cuidados, desempeñan su trabajo y están felices y contentos. No, es la situación de los Olgarcas, los señores de Hispan, lo que me preocupa. Gano prefiere creer que está realizando una función necesaria. Los jefes Técnicos escuchan con respeto sus órdenes, le obedecen. Pero la ciudad prosperaría igual aunque Gano no ordenase nada. En cuanto a los demás, ni siquiera podemos aumentar esa pobre ilusión. Nos sentamos, perdemos el tiempo, nos envolvemos en prendas finas, escuchamos buena música, comemos alimentos exquisitos, nos divertimos y discutimos con frases sonoras, nobles y vacías. Somos parásitos, seres sin utilidad, innecesarios. Somos excrecencias

del cuerpo político. La ciudad podría prescindir de nosotros y seguiría su camino sin el menor contratiempo.

Gano se había puesto en pie y frunció sus espesas cejas.

—Hasta un Olgarca puede ir demasiado lejos, Beltan —dijo, amenazador.

Las aletas nasales de Beltan vibraron. Su mirada era desafiante. Luego se tranquilizó, con enigmática sonrisa.

—Tiene razón, Gano —murmuró—. Hasta un Olgarca puede ir demasiado lejos.

Kleon estaba desconcertado. Simpatizaba con Beltan, pero no comprendía su insatisfacción.

—Cuando los consuelos de la filosofía no sirven —intervino—, como ocurre algunas veces, siempre queda la búsqueda audaz de la guerra contra el bárbaro, el forastero.

El joven Olgarca replicó con tristeza:

—Excepto ustedes dos, no quedan bárbaros ni forasteros. La ciudad de Hispan es todo lo que queda del mundo.

Sam lanzó una exclamación.

—¿Quiere decir que Nueva York, Londres, París, los grandes países han desaparecido? ¿Cómo? ¿Por qué?

Beltan pareció no ver el ceño de Gano, y si lo vio, no le hizo caso.

—La historia no suele contarse y cuando se hace sólo es para los Olgarcas —respondió—. Pero como ustedes ya saben algo acerca del antiguo mundo exterior, no hay peligro en decírselo. Poco después de su tiempo, Sam Ward, aproximadamente hacia el siglo veintisiete, las naciones que entonces existían se hicieron cada vez más fuertes dentro de sus fronteras. Fue el resultado lógico, aunque delirante, de las tendencias de la era de usted. Creo que sus temas fueron el nacionalismo y la autarquía. Según nuestros archivos, el proceso se aceleró —prosiguió Beltan—. Poco después las fronteras nacionales llegaron a ser demasiado rígidas. Las tendencias nacionalistas, los patriotismos, se hicieron más impetuosos, más localistas. Cada nación, interrumpido su comercio con otras, limitada por fronteras inexpugnablemente fortificadas, dependiente sólo de sí misma para su economía, descubrió que surgían disputas dentro de sus confines. Los fuegos del localismo, del odio a los extranjeros, del fervor patriótico, al no encontrar nada externo con que alimentarse, se volvieron contra sus propios elementos vitales. Los hombres de cada comunidad, circunscripción, estado o ciudad, vituperaron a los hombres de otras comunidades, se jactaron de su superioridad. Comenzó una guerra sanguinaria. Surgieron nuevos nacionalismos, nacionalismos y odios establecidos sobre unidades más pequeñas. Los campos quedaron abandonados, al ser devastadas las granjas y aldeas indefensas por los ejércitos de las ciudades enemigas. La gente se refugió en éstas, donde existían ciertas medidas de protección. Poco después surgió el grito:

¡Nueva York para los neoyorquinos! ¡Londres para los londinenses! ¡París para los parisinos!

Le tocaba a Kleon el turno de asentir. La historia, pensó era sólo una eterna repetición.

Pues ¿qué estaba describiendo aquel Olgarca del futuro, sino la Grecia de Pericles y la guerra del Peloponeso?

—Poco después —prosiguió Beltan—, la guerra continuó a escala de ciudades independientes y poderosamente fortificadas. Las antiguas fronteras nacionales habían desaparecido; otras nuevas y más estrechas las sustituyeron. Con el progreso de la ciencia, el alimento podía ser obtenido a partir de elementos inorgánicos. Se descubrió el secreto de la energía atómica. Las unidades políticas se hicieron cada vez más pequeñas y hostiles. Lucharon, pero las defensas eran inexpugnables. El campo no fortificado quedó totalmente abandonado, se hizo innecesario. Al correr de los años se convirtió en selvas o en extensiones desérticas. Todo comercio cesó. Las ciudades crecían en sentido vertical, en lugar de horizontal, encerradas como estaban en barreras insalvables. Generación tras generación se reforzaron esas barreras, dotándolas de los nuevos métodos científicos.

Una de éstas encierra a Hispan, otrora una colonia de sus Estados Unidos, y hoy única superviviente de todas las ciudades abarrotadas que en otro tiempo proliferaron sobre la Tierra. Una coraza de metal neutrónico, indestructible por los medios conocidos de nuestra ciencia, fue construida poco a poco alrededor de la ciudad. Nadie sabe cuán inenarrablemente gruesa puede ser. Nadie ha intentado penetrarla jamás.

Sam estaba aturdido. Intentó comprender toda la historia. Tuvo que admitir que hasta cierto punto era lógica. Aquellas condiciones ya existían en su época. ¡Pero pensar que todo el mundo había muerto, salvo la oculta ciudad de Hispan!

—¿Qué pasó con las demás? —insistió.

Vio la rápida mirada de advertencia que Gano le dirigía a Beltan, y notó que el joven vacilaba.

—Los archivos están algo mutilados en la parte que corresponde a esta época —admitió Beltan de mala gana—. Parece que, en algún momento del siglo cuarenta y uno, hubo un cataclismo. Un cuerpo del espacio ultraterrestre, que viajaba a gran velocidad, chocó contra la Tierra y destruyó buena parte de ella, asolando todas las ciudades, salvo Hispan.

—¿Por qué salvo Hispan?

—Porque nuestra ciudad era la única que poseía el escudo neutrónico. Ni siquiera el impacto de millones de toneladas podría penetrar su solidez.

—¿Y no se ha intentado explorar el exterior, investigar sus condiciones?

Gano se puso en pie de súbito.

—No hay salida —dijo con énfasis— y ustedes ya han preguntado bastante. Hemos sido muy pacientes con su primitiva ignorancia, pero esto debe terminar. Lo

que Beltan les ha contado imprudentemente no debe salir de aquí —les amenazó—. Sólo los Olgarcas lo conocen. Ni Tomson, el jefe Técnico, ni los Trabajadores o los demás Técnicos tienen la menor idea de que exista un mundo, un universo fuera de la ciudad de Hispan. Para ellos nunca hubo Sol, Luna, estrellas ni la Tierra con otras ciudades y gentes. Éste es todo su mundo, todo el horizonte de sus vidas. Será mejor para ustedes que ellos no se enteren.

—Comprendo —respondió Sam, sombrío. Empezaba a comprender. Mediante un esfuerzo terrible logró contener la creciente ira que se apoderaba de él.

Pero Kleon, hijo de una época anterior y más sincera, no tenía inhibiciones.

—Yo soy griego —declaró con orgullo— y no me doblego ante hombre alguno. Mi palabra me pertenece y no está sometida a imposiciones.

Sam le dio un fuerte codazo. Aquel tonto valiente iba a crear problemas para ambos.

Gano los contempló con atención y luego se volvió hacia Beltan, como si no hubiera oído.

—Cuando se reúna el consejo decidiremos las medidas a tomar —afirmó—. Mientras tanto, que estos dos se alojen en tus habitaciones. Tú serás responsable de ellos.

Kleon llevó la mano a su espada. Sam apretó los labios. Con indiferencia por lo que pudiera ocurrir, sus dedos tocaron la culata del revólver. Sabía lo que significaban las palabras de Gano. Eran prisioneros. El griego había provocado tal situación con su desafío. Pero el tozudo guerrero le gustó aún más por su desatino. ¡Era un hombre!

Beltan dijo en tono extraño:

—Por favor, acompañenme ahora mismo.

Sam se tranquilizó. En la voz del Olgarca había advertido el consejo de no resistirse. El delgado índice de Gano reposaba sobre un sector verde del cuadro de mandos. Sam adivinó que la menor presión desencadenarla sobre ellos una muerte abrasadora.

—O. K. —dijo, sirviéndose de una expresión antigua—. Vamos, Kleon.

## 7

Los tres subieron en silencio al coche que esperaba, recorrieron en silencio los bellos jardines del parque hasta un edificio pequeño y blanco cercano al centro de aquel nivel.

Beltan los condujo en silencio hasta el interior y el panel móvil se cerró



silenciosamente tras ellos.

Sam lanzó una rápida ojeada a su alrededor. Las paredes estaban desprovistas de adornos y los muebles eran sencillos. No había ventanas ni puertas, salvo la de entrada.

—Somos prisioneros, ¿no? —inquirió.

Beltan los miró con cierta compasión.

—Sospecho que algo peor —reconoció—. Su presencia en Hispan provocará conversaciones, preguntas. Más adelante podrían entrar en contacto con las demás castas. Ustedes saben cosas que ellos ignoran. Podrían sembrar descontento, insatisfacción. La paz y seguridad obligatorias de Hispan podrían quebrarse. Sobre todo usted, Sam Ward, tiene ideas subversivas. ¿No le gusta nuestra división del trabajo?

—No —respondió Sam sin rodeos.

Beltan suspiró.

—Me lo temía. En cuanto a usted, Kleon, es más comprensivo. Pero lo estropeé todo al desafiar a Gano. Sin embargo —meditó—, si admitiese que se precipitó al hablar, quizás harían una excepción a su favor.

Kleon le miró con sus sinceros ojos azules.

—¿Significaría eso tener que abandonar a Sam Ward?

—Sospecho que sí.

El griego se irguió como un joven dios.

—Entonces, nos enfrentamos juntos a nuestro sino.

—¿Aunque eso signifique la muerte?

—Aun así.

Beltan se volvió hacia el norteamericano:

—Y usted —preguntó—, ¿estaría dispuesto a jurar que su lengua quedará sometida a los Olgarcas? Recuerde que una respuesta negativa equivaldrá a una liquidación indolora.

Yo no soy más que uno contra muchos. De cualquier modo defenderé su causa en el consejo, pero mis compañeros Olgarcas votarán en el mismo sentido que Gano.

Sam tragó saliva con dificultad, pero su voz no tembló:

—Kleon tenía razón —respondió con seguridad—. No somos esclavos. No podemos hacer semejantes promesas.

Beltan volvió a suspirar. Había una dolorosa admiración en aquel suspiro.

—Ambos son valientes —dijo—. Parece que esas épocas primitivas producían estructuras más resistentes que la actual. Pero morirán. No veo salvación.

Sam tocó su revólver. Miró significativamente a Kleon.

—Al menos moriremos luchando —afirmó.

Kleon hizo sonar su espada.

—Por Zeus y Ares —juro—, dices la verdad, amigo Sam. Nos llevaremos un buen número de esos Olgarcas al reino de los muertos.

—No podrán hacerlo —les aseguró Beltan—. Gano controla sus vidas con las puntas de los dedos. Una presión sobre el mando que tiene delante, y los rayos letales destruirán este edificio.

El revólver de Sam estaba en su mano y el frío cañón se apoyó en las costillas del Olgarca.

—Lamento tener que hacer esto —dijo rápidamente—, pero nosotros no nos rendimos así como así. Va a mostrarnos una vía de escape, Beltan, o morirá con nosotros.

El Olgarca miró a los dos hombres desesperados. Kleon había desenvainado la espada y la afilada punta se apretaba contra el otro costado de Beltan. Meneó lentamente la cabeza.

—No temo a la muerte —respondió con sencilla dignidad—. Estoy harto de diversiones sin sentido. Mátenme si quieren.

Sam retrocedió y guardó el arma. Kleon levantó la espada en un saludo.

—Usted también es un hombre —afirmó el norteamericano—. Creo que nosotros tres, si tuviéramos oportunidad, podríamos conquistar el universo.

Un rubor lento y desacostumbrado encendió los rasgos aristocráticos del Olgarca.

—Créanme cuando les digo que soy su amigo —dijo con sinceridad, añadiendo con un gesto de desesperación—: Pero no hay escapatoria. No puedo ayudarles, Ningún rincón o escondrijo de Hispan permanece oculto a las pantallas investigadoras del consejo de Olgarcas.

—Si yo pudiera, no me quedaría aquí —declaró Sam con aspereza—. Su ciudad de Hispan me repugna, con su terrible sistema de castas y su horizonte limitado. Yo... prefiero la libertad y el aire libre, e incluso un poco de anarquía, donde los hombres sean seres humanos en lugar de ficciones sin alma en una sociedad jerárquica, por eficiente que sea. Debe haber un modo de salir.

—No lo hay —respondió Beltan, sombrío—. Los muros neutrónicos son insalvables. En el exterior, además de la desolación salvaje donde no vive hombre alguno, existen gases letales. Cianhídrico, monóxido de carbono, fosgeno, productos de la contaminación. La atmósfera ha sido destruida. Ni siquiera sabemos si queda algo de la Tierra o del Sol.

—Eso no es más que propaganda —afirmó Sam con una mueca—. Sus antepasados Olgarcas debían ser muy versados en ella. Algo me dice que ellos mismos forjaron ese cuento para conservar su posición. Si los Trabajadores, los Técnicos o incluso los Olgarcas mutantes como usted entrasen en contacto con otras formas de civilización, con otros sistemas, podrían hacer comparaciones nada favorables a Hispan.

El tono de Beltan fue rápido y cortante.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—Ninguna —admitió Sam—. Llámeme intuición, si quiere, o simplemente el recuerdo de métodos propagandísticos semejantes de mi siglo veinte.

La llama encendida en los ojos de Beltan se apagó.

—Sea como fuere —dijo con desánimo—, no hay forma de averiguarlo. No es posible atravesar los muros neutrónicos.

Kleon permanecía extrañamente silencioso, arrugando su despejada frente. De súbito levantó la cabeza.

—¿Existe en los confines de Hispan una montaña donde los titanes solían gemir inquietos? —preguntó, imperioso.

Beltan le miró.

—No comprendo.

—Se refiere a un volcán —explicó Sam.

—No, no existe.

—¡Por los Cíclopes! —gritó Kleon—. Hay un modo de escapar.

—¿Qué diablos...? —comenzó a decir Sam.

—Presten atención —prosiguió el griego con ímpetu—. La pirámide que Hotep construyó para que yo durmiera hasta este futuro estúpido se hallaba cerca de los flancos de un volcán.

—Es verdad —aseguró Sam—. Lo recuerdo. Pero ¿qué importa eso?

—Según la fórmula de los gimnosofistas, necesitaba los gases de una montaña humeante para mi sueño en la cámara. Los conduje mediante complicados pasos que llegaban hasta los fuegos centrales. Éstos afloraban a la cima de la montaña. Unas piedras abisagradas cerraron los pasos cuando la cámara quedó llena de gases. Sólo yo conozco su existencia y la de los resortes que permiten abrir una vez más. La pirámide ha quedado dentro de la ciudad y la montaña ardiente fuera. Escaparemos por esos pasos subterráneos que comunicaban la una con la otra.

Sam palmeó el hombro del griego.

—Kleon, eres un genio.

Luego le estremeció una idea que disipó su alegría.

—Vamos de la sartén al fuego —dijo con una mueca—. Ha dicho que los pasos conducen a los fuegos centrales. Eso significa el interior del cráter. Allí nos sofocaríamos o arderíamos hasta morir.

—Quizás hace mucho tiempo que la montaña calló sus quejas —respondió Kleon—. Y los hombres valientes sólo mueren una vez.

—¡Exacto! —sonrió Sam—. Vámonos ahora mismo. Aún tenemos los aparatos que nos dio Tomson. Con ellos podremos bajar por el pozo.

Tendió su mano a Beltan y agregó:

—Adiós, y ¡muchas gracias! Es usted el único hombre inteligente de Hispan.

La expresión del Olgarca era inescrutable.

—Todos los niveles comunicarán a Gano que ustedes bajan por el tubo conductor —dijo—. No podrán llegar a la pirámide enterrada.

—Nos arriesgaremos —repuso Sam.

—No lo permitiré.

Sam le miró con incredulidad.

—¿Quiere decir que nos traiciona? Creí que era amigo nuestro.

—Quiero decir —aclaró Beltan serenamente— que me voy con ustedes. Nuestros súbditos respetarán mi presencia.

—Es usted un buen amigo —dijo Sam con afecto—. Pero no debe hacerlo. Se metería en dificultades al regreso.

—No voy a regresar —explicó pacientemente el Olgarca.

—¡Uf! ¿Cómo es eso?

—Quiero decir que les acompañaré hasta el desconocido y nuevo mundo —sonrió, enigmático—. ¿No dijo usted hace un rato que nosotros tres, si tuviéramos oportunidad, podríamos conquistar el universo?

—Pero..., pero... —balbució Sam—. ¡Diablos! No puede hacer eso. Tenemos una probabilidad entre mil de pasar o sobrevivir si logramos hacerlo. ¿Por qué renunciar a todo...?

—Porque estoy harto de esta vida; porque al aire libre y en medio del caos quizás encuentre ese alma de la que hablaron; porque... soy su amigo.

Los tres hombres de tres épocas distintas se miraron con emoción. Sam sintió un extraño nudo en la garganta y habló roncamente:

—Entonces, será mejor que emprendamos la marcha... antes de que Gano nos siga el rastro.

Fue más fácil de lo que suponían. Siguiendo instrucciones de Beltan, subieron al vehículo aéreo y viajaron hasta el tubo; luego bajaron por el gran pozo con rapidez y precisión. A lo largo de los mil quinientos metros, se cruzaron con muchos Técnicos y Trabajadores a su paso, recibiendo humildes saludos y miradas curiosas, todo ello debido a la presencia del Olgarca.

Llegaron a la excavación, a la caverna abierta por las máquinas de barrenar. Harri, que ocupaba otra vez su puesto, observó con alarma aquella invasión sin precedentes por parte de un Olgarca. Pero Beltan se molestó en tranquilizarle con algunas explicaciones.

Le dijo que los durmientes habían prometido enseñarle el método por el cual permanecieron intactos durante tantos siglos. Mientras tanto, no hacía falta que Harri y sus brigadas de Trabajadores permanecieran allí. Agregó con autoridad que debían guardar el secreto.

Pocos segundos después, aquel nivel estaba desierto.

—Ahora, oh Kleon —Sam sonrió—, busque su pasadizo.

Sam había notado las angustiosas ojeadas de Beltan a la pantalla visera instalada en el pozo.

Pasó un rato aún más angustioso, hasta que el griego halló lo que buscaba. Un hueco minúsculo y casi imperceptible en la pared. La respiración contenida brotó

simultáneamente de labios de los tres cuando una parte de la pared giró sobre sí misma, revelando un agujero. Recordando su experiencia anterior. Sam habría preferido averiguar si salían gases volcánicos calientes. Pero el Olgarca gritó de improviso:

—¡Pronto! ¡Corramos! ¡Nos han descubierto!

Se arrojaron de cabeza al siniestro túnel. Kleon se volvió y apoyó el hombro contra la piedra maciza. Ésta regresó silenciosa y suavemente a su posición anterior. Se agazaparon, jadeantes, en completa oscuridad.

¡Lo hicieron en el momento exacto! Empezó a oírse un zumbido grave que pronto se convirtió en un aullido insoportable.

—Gano ha conectado las máquinas de barrenar —gimió Beltan—. Destruirán el espesor de esta roca en pocos segundos.

Pero el estrépito de la energía destructiva cedió a un rugido más poderoso. Se oyó un terrible estampido, una conmoción demoledora. La roca tembló bajo sus pies. Luego reinó el silencio.

—La pirámide se ha derrumbado —les comunicó Kleon, eufórico—. Detrás de nosotros debe haber treinta metros de tierra y piedras. El regreso está bloqueado.

—Entonces, hay que ir hacia delante —respondió Sam procurando aparentar entusiasmo. Si el volcán todavía era activo, o si al paso de los siglos el cráter había quedado obstruido por la lava...

Fue una escalada larga, empinada y ardua en medio de una oscuridad total; nada se oía sino los gruñidos y maldiciones que lanzaban al tropezar a ciegas contra los bordes escabrosos. Arriba, siempre arriba, en una atmósfera fétida y sofocante.

El túnel se ensanchó de súbito y se vieron en el fondo de un inmenso cuenco. Sam levantó temeroso la mirada y lanzó un gran grito que retumbó en incontables ecos:

—¡Las estrellas! ¡Veo las estrellas!

En lo alto, enmarcadas en un firmamento limitado, aparecían minúsculos puntitos de luz, fríos e indiferentes. Hubo una explosión de júbilo delirante y bajaron a fuerza de uñas por los erosionados torrentes de lava de una era ya olvidada. El volcán estaba apagado.

El aire era fétido pero respirable.

Luego contemplaron con ojos ávidos el escenario que les rodeaba. Era de noche y la brisa fresca agitaba sus cabelleras, desordenaba sus ropas. ¡Tres hombres de distintas civilizaciones, vestidos de diferentes maneras, unidos sólo por el lazo común de la evasión, salieron a un mundo increíble!

A un lado, ceñida por las cumbres de la Sierra Madre, se extendía una gran cúpula oscura. Abarcaba un kilómetro y medio, maciza, sombría, dominando hasta donde alcanzaba la mirada. ¡La ciudad de murallas neutrónicas de Hispan!

Allá lejos, a lo largo de las montañas, se extendía, al parecer sin principio ni fin,

un inmenso yermo. No había rastro de vida, de habitación humana; nada sino una enmarañada vegetación que crecía salvajemente. No había una sola luz, un aeroplano, ni siquiera un bote en la oscuridad sin mareas del océano entrevisto a lo lejos. Hasta las estrellas eran extrañas, pues hablan desaparecido las viejas constelaciones.

Sam se estremeció. Hacía frío, pero no fue eso lo que le puso carne de gallina. ¿Y si la propaganda de Hispan fuese verdad? ¿Y si no hubiera otras ciudades ni otros seres humanos en esa jungla ilimitada? ¿Y si...?

Se volvió hacia sus compañeros y sonrió.

—Al menos una cosa es segura: el aire es respirable —dijo alegremente—. Si en otra época hubo gases letales, hace mucho que se han evaporado o se han vuelto químicamente inofensivos —levantó la voz—: ¡Adelante, compañeros! ¡El destino nos aguarda!

—¡Adelante! —gritó el griego Kleon.

—¡Adelante! —exclamó el Olgarca Beltan.

Los tres hombres se volvieron decididamente hacia el este, cara al Sol naciente, y bajaron poco a poco de la montaña.

\* \* \*

De los dos relatos de la «Astounding Stories» de septiembre de 1937, la serie *Galactic Patrol* no resiste la prueba del tiempo. Años después conseguí un ejemplar de la edición en libro y me senté a recordar glorias pasadas... pero no estaban allí. El libro me pareció ilegible.

Pero cuando releí *Pasado, presente y futuro* para la confección de esta antología, el relato me gustó tanto como entonces.

Schachner era consciente de los peligros que ensombrecieron la década de los 30 y de la amenaza cada vez mayor de la Alemania nazi. Sus relatos estaban cargados de problemas sociales y él siempre iba a favor de los ángeles democráticos.

Yo los devoraba todos y ahora, al recordarlo, me alegro de haberlo hecho. Si el estilo de John Clark hubiera sido el único en impresionarme, me habría limitado de un modo tremendo. (Ahora pienso que si Clark escribió sólo dos relatos, sus razones habría). Cuando me puse a escribir la trilogía de la Fundación, hubo veces en que la voz de Schachner resonó en mis oídos.

## NOVENA PARTE 1938

Desde sus comienzos, el año 1938 trajo cambios tanto para mí como para el mundo de la ciencia–ficción. Escribí otra carta a «Astounding Stories» y fue publicada. (A partir de entonces y durante cerca de medio año, escribí una carta todos los meses y todos los meses fue publicada).

Un condiscípulo de la escuela secundaria leyó la carta, recordó mi nombre, tomó nota de mi dirección y me escribió, invitándome a asistir a una reunión de la Liga de Ciencia–Ficción de Queens (o quizá fuera la central del Gran Nueva York).

Sea como fuere, encontré la manera de dejar la tienda (era el domingo por la tarde, cuando apenas entraban compradores) y asistí. Por primera vez me relacioné con otros lectores de ciencia–ficción. Conocí a un grupo de jóvenes que serían amigos míos durante muchos lustros, y que estaban destinados a hacerse famosos en el campo de la ciencia–ficción. Pongo como ejemplos a Fred Pohl, Richard Wilson, Donald A. Wollheim, Sara Moskowitz y Scott Meredith.

Tras nueve años de aislamiento, nunca más volvería a sentirme solo como aficionado a la ciencia–ficción.

La nota triste fue que la «Amazing» de Teck finalmente se rindió. El número de abril de 1938 fue el octogésimo noveno bajo la dirección de T. O’Conor Sloane y el último.

«Amazing Stories» no murió ni perdió comba, al menos de nombre. Fue comprada por Ziff–Davis Publications, y el número de junio de 1938 salió bajo un aspecto renovado.

Habían cambiado la cabecera, y la cubierta (¡horror de horrores!) era una fotografía en lugar de un dibujo.

La «Amazing» de Ziff–Davis adoptó deliberadamente un nivel inferior en el estilo y los argumentos, buscando lectores jóvenes. Financieramente le fue bien. En octubre de 1938 comenzó a aparecer mensualmente, y hubo épocas en que tuvo la más alta circulación mensual alcanzada por una revista de ciencia–ficción.

Pero a mí me parecía una birria y me desagradaba mucho. Fue la primera vez que dejé de leer una revista de ciencia–ficción cuando podía hacerlo gratis. (En consecuencia, me resulta bastante incómodo confesar que mis dos primeras ventas, mis dos primeras obras publicadas y mis dos primeros cheques fueron con, de, en y por la «Amazing» de Ziff–Davis. De hecho, no me consideré un autor consagrado hasta que apareció mi tercer cuento publicado en las páginas de «Astounding»).

Pero el suceso arrollador de 1938 lo protagonizó John W. Campbell, Jr. Había asumido la dirección de «Astounding Stories» en octubre de 1937. No obstante, estaba a las órdenes de Tremaine, que ascendió al cargo de jefe de redacción. A lo largo de siete números, Campbell tuvo que tascar el freno.

Sin embargo, se las ingenió para introducir algunos cambios. El número de marzo de 1938, por ejemplo, ya no fue de «Astounding Stories». Se titulaba «Astounding Science Fiction», y la cabecera fue cambiada por otra más elegante y atractiva. No suelo recibir bien los cambios en las cosas a que estoy habituado, pero recibí éste con alegría.

Con el número de abril de 1938, Tremaine dejó Street & Smith y el número cincuenta y cinco de «Astounding» fue el último de los suyos. Fue grande mientras reinó, pero se acercaba otro más grande aún. El número de mayo de 1938 fue el primero de la «Astounding» de Campbell. Éste fue totalmente responsable de aquel número y seguiría siendo el soberano absoluto de la revista durante treinta y tres años, hasta el día de su muerte.

Tan pronto como Campbell se hizo cargo, toda la revista rebotó nueva vida. Campbell buscaba nuevos autores y un nuevo tipo de ciencia-ficción.

La suerte había venido a mi encuentro. En junio de 1938 atrasaron la fecha de puesta en venta. Aterrorizado por la posibilidad de que la revista hubiera fenecido, me trasladé en persona a las oficinas de Street & Smith Publications, Inc., para enterarme (véase *The Early Asimov*). Ese viaje, el estímulo por los contactos con otros aficionados, la nueva excitación de la naciente era de Campbell, me impulsaron a escribir.

A fines de mayo de 1938 desenterré el original casi olvidado de mi *Cosmic Corkscrew* y me puse a trabajar de nuevo en él. Mientras lo terminaba, salió la «Astounding Science Fiction» de julio de 1938, que incluía *Los hombres y el espejo*, de Ross Rocklynne. Era un cuento (el mejor) de una serie protagonizada por un detective que perseguía a un delincuente aunque sólo para verse envuelto en un apuro que sólo podía solucionarse aplicando las leyes de la física.



# LOS HOMBRES Y EL ESPEJO

Ross Rocklynne

Los hombres patinaban sobre la suave curva de la superficie del espejo.

Por encima de ellos lucían las estrellas del universo, cuya luz era capturada y devuelta por la superficie cóncava, intacta, despedida de nuevo hacia el espacio como un resplandor infinito.

Los hombres eran dos. El uno, Edward Deverel, un gigante audaz y con muchas horas de vuelo, cuya profesión hasta hacía muy poco, era la de pirata en los canales de Marte.

El otro, un hombre aguerrido y poderoso, era el teniente John Colbie, cuya misión consistía en apresar a aquel corsario de los canales.

Estaban en un verdadero apuro, pues de momento no podían escapar de la trampa que representaba aquel espejo cóncavo, brillante y de perfecto pulimento.

En cuanto a cómo ocurrió todo...

Cuando Colbie, después de su caminata de doce horas a lo largo del río de amoníaco por donde vertía la Fuente sus líquidos nocivos, llegó por fin a Ciudad Júpiter, se hallaba en tal estado de fatiga que sus músculos parecían protestar a gritos. Pulsó el zumbador para que los vigilantes de la compuerta estanca le abrieran y se sintió muy aliviado al ver que empezaba a funcionar la enorme esclusa, proyectando un resplandor luminoso sobre los torbellinos de gases que azotaban la superficie del inmenso y venenoso Júpiter. Dos hombres se acercaron, le encañonaron con armas ligeras y le indicaron que entrase. El oficial de guardia deseaba conocer la profesión de Colbie, y éste exigió ser conducido a presencia del comandante de la guarnición —que también era el alcalde de la ciudad—, pues el asunto que le traía debía ser tratado por la jurisdicción militar.

Mientras cruzaban las calles de la ciudad después de su torturante odisea por los yermos de Júpiter, sintió admiración y al mismo tiempo temor ante el genio de la raza humana, que frente a tantas dificultades y peligros había sido capaz de construir aquella ciudad bajo un domo y equiparla con todos los lujos de la vida terrestre. Pues en el exterior reinaba una presión de cuarenta y cinco toneladas por centímetro cuadrado. La gravedad era como dos veces y media la de la Tierra. En la atmósfera no había ni gota de oxígeno respirable, y ningún rayo de luz penetraba la gruesa capa de nubes que cubría la superficie del planeta. Pero el hombre supo construir su ciudad con tanta solidez que perduraría para siempre.

Cuando Colbie estuvo en presencia del comandante de la cúpula, éste oyó su relato sin dejar de contemplarle con expresión astuta.

—Así que usted es el teniente John Colbie, del Cuerpo de Seguridad Interplanetaria —murmuró—. Hace menos de treinta y seis horas estuvo aquí otro hombre, quien certificó ser John Colbie. No creo equivocarme si digo que uno de los dos es un embustero.

—Ya se lo he explicado; el otro hombre es un delincuente llamado Edward Deverel, cuya pista estoy siguiendo. Lo alcancé en Vulcano, cerca del Sol, y descubrimos que aquél era hueco mediante el sencillo procedimiento de caemos en un agujero. Allí pude capturar a Deverel, pero demostró ser demasiado listo. Quedamos atrapados en el centro de gravedad. Pero él calculó que los gases que llenaban el interior del planeta se dilatarían a medida que éste alcanzara el perihelio, formando así corrientes de convección que Deverel aprovechó para escapar de la trampa y al mismo tiempo de mí. Volví a encontrarle, pero naufragamos en Júpiter, cayendo en un pozo cuyo fondo era un lago de amoníaco líquido. Y Deverel, en quien admito haber hallado una excepcional astucia y capacidad de deducción, imaginó que el lago se vaciaba mediante un sifón de bastante altura. Así consiguió engañarme y yo me quedé en el pozo. Por último deduje dónde estaba, gracias a algunos indicios que él dejó deliberadamente, y le seguí a través del sifón. Pero me esperaba a la salida, me quitó mis credenciales y me arrancó la promesa de darle veinticuatro horas de tiempo —Colbie sonrió sin alegría—. Al continuar veinticuatro horas después, él había desaparecido.

—En efecto —admitió el otro—. No tenía razones para sospechar que fuese un impostor, por lo que le entregué una nave. Ahora que lo pienso, parecía tener mucha prisa. ¡Hum!... ¿Cómo podría identificarle a usted como el teniente John Colbie?

—Es fácil —repuso Colbie—. No soy desconocido. Habrá algunos hombres del Cuerpo en la ciudad. Que me identifiquen.

—Buena idea —sonrió el hombre—. Debí hacer lo mismo con su rival. En fin, es cosa pasada. No sirve de nada volver a calcular una órbita que uno ya ha recorrido. Llamaré a uno o dos hombres de seguridad.

Pocas horas después, el comandante ya no dudaba de que el segundo hombre fuese el teniente John Colbie, nativo de la Tierra, al servicio del Cuerpo de Seguridad Interplanetaria.

—Se le proveerá de lo necesario, teniente —le prometió a Colbie—. ¿Qué va a hacer ahora?

Colbie, que descansaba en un cómodo sillón, recién bañado, resplandeciente con su indumentaria prestada y su cabello bien peinado, y de cuyos labios colgaba un cigarrillo, dijo:

—Mi misión consiste en capturar a un delincuente; ésas son mis órdenes. Debo seguir intentándolo.

—No, si continúa como hasta ahora —agregó el otro, sonriendo para quitar hierro

a la burla, pero en seguida comprendió que había dicho demasiado, pues Colbie frunció el ceño con rabia.

—Lo siento —se apresuró a añadir, y luego dijo a modo de disculpa—: No le hago responsable. Debe ser irritante. ¿Cómo es que no parece tener mucha prisa? —cambió hábilmente de conversación.

—¡Yo no diría eso! —replicó vivamente Colbie—. Hace varios meses que viajo por el espacio, y de vez en cuando he de amenizar mi vida con algunos beneficios de la civilización. En todo caso, no necesito darme prisa. La única manera de encontrar a Deverel es deduciendo su paradero para trasladarme luego donde sea.

—¿A dónde supone que fue? —inquirió el otro con interés.

—Al planeta nuevo. Los periódicos hablan mucho de él. Según creo, entró en el sistema solar hace unos cinco o seis meses. Es un verdadero astro errante... probablemente lleva muchos milenios zumbando como una bala a través del espacio interestelar. Es muy posible que sea ése el paradero de Deverel. Es un hombre curioso, anormalmente curioso hacia todo lo fantástico y no podrá contenerse... espero —agregó.

—Parece una buena pista. Y también será una experiencia valiosa. Ninguna expedición ha puesto sus pies en ese planeta todavía. Ustedes dos, si Deverel está allí, serán los primeros en hacerlo. Espero que esta vez tenga suerte —agregó con toda sinceridad.

Colbie llenó de humo sus pulmones, que no habían conocido un cigarrillo desde hacía medio año.

—Si aún lo duda, comandante, permítame asegurarle que Deverel está listo para ser juzgado, como que esta vez voy a cogerle. Sí, me lo dicen mis huesos. Esta vez regresará conmigo.

Más tarde los dos hombres se dedicaron a analizar los datos sobre el nuevo planeta.

Era una gran esfera, un pecio flotante de unos ocho mil kilómetros de diámetro, y de densidad extraordinariamente baja en comparación con su masa. Viajaba hacia el Sol a la considerable velocidad de ciento treinta kilómetros por segundo, pero ésta se reduciría a la mitad al pasar cerca de Júpiter. Finalmente describiría una órbita intermedia entre las de Júpiter y Neptuno.

Lanzado a través del espacio a la tremenda velocidad de su nuevo crucero, Colbie tenía los labios apretados y los nervios de punta. Su cerebro ardía. A decir verdad, le tenían tan furioso las repetidas fugas de Deverel que, cuando más lo pensaba, más le costaba mantener la calma.

Vio el nuevo planeta como un puntito gris contra el ubicuo telón de estrellas. Aún no tenía nombre, pero estaba destinado a ser llamado Cíclope por la razón que luego se verá. Al correr de las horas su tamaño aumentaba hasta que, a los siete días del viaje

de Colbie por el espacio, luchando contra la fuerte gravedad de Júpiter, se convirtió en una gran esfera situada a menos de quince mil kilómetros de distancia. Colbie se apresuró hacia ella. Aún avanzaba a una velocidad terrible, por lo que frenó con la máxima desaceleración soportable. Cuando estuvo cerca del planeta cambió el rumbo para situarse en órbita, y entonces fue cuando vio el «ojo» del Cíclope que le observaba.

Era un espejo..., mejor dicho, un reflector cóncavo. Pero parecía el ojo del planeta, un ojo que reflejaba la luz de las estrellas. La luz de las estrellas, sí, que recogía para devolverla luego al espacio. Por cierto que, cuando Colbie lo observó con espanto, no logró distinguir la menor diferencia entre el resplandor de las estrellas y el brillo de aquel espejo colosal.

«¡Señor!», susurró para sus adentros, sintiéndose algo intimidado. De súbito experimentó una sensación de pequeñez, y en ese instante comprendió hasta qué punto era él una fracción infinitesimal del universo. Su vida era una fracción de segundo y su tamaño poco más que el de un subelectrón. Pues aquel espejo era artificial, había sido fabricado por las poderosas herramientas y la inteligencia de una raza que sin duda debió existir hacía miles, o quizá millones de años. ¿Quién sabría decir cuánto había viajado Cíclope, atravesando a velocidad constante el vacío entre nuestro sistema solar y la estrella más próxima? ¿Cómo averiguar quiénes fueron sus constructores? Uno sólo podía decir que debieron ser ingenieros de una capacidad inconcebible para los seres humanos, al menos según el estado actual de su ciencia.

El espejo era perfecto. Colbie tomó varias mediciones cuando se hubo recobrado de la primera impresión. Calculó el diámetro que era de casi mil quinientos kilómetros; la profundidad, de unos cuatrocientos cincuenta, y la curvatura, perfecta. ¡Su albedo era tan próximo a la unidad que los instrumentos humanos no lograban apreciar la infinitesimal diferencia!

Colbie se sentó y lanzó un largo silbido de admiración. El hombre no conocía ningún reflector perfecto; de hecho, se consideraba algo inalcanzable. Todos los materiales reflejan la luz más o menos, pero lo normal es que absorban buena parte de ella. En cambio, el material de aquel coloso entre los reflectores reflejaba toda la luz recibida, salvo una fracción insignificante. Pues Colbie sabía que, necesariamente, *algo* era absorbido; no creía en imposibles. No podía ser que el espejo no absorbiera ninguna luz.

Sus instrumentos no lograban detectarlo, pero, naturalmente, en la Tierra había otros más precisos que, cuando llegara el momento, medirían la absorción. Pero tendrían que ser muy precisos. En todo caso, el albedo de aquel espejo era algo casi increíble y, desde luego, incomprensible. El espejo se ocultó al otro lado del planeta cuando la nave de Colbie inició la aproximación, reduciendo velocidad. Colbie recordó una vez más el principal problema que ocupaba su mente: localizar a Deverel. Pero el excitante descubrimiento del espejo le inquietaba todavía y decidió averiguar más cosas. Y lo hizo más a fondo de lo que pensaba en aquel momento.

Reguló su velocidad. Confiando en que Deverel no hubiera detectado su presencia cerca del nuevo planeta, se concentró ante la dificultad que se le planteaba: ¿dónde habría aterrizado Deverel? Cerca del espejo; de ello estaba seguro. En algún lugar próximo al borde del reflector gigante... pero eso representaba una circunferencia de cinco mil quinientos kilómetros.

Por último decidió explorar la zona donde Deverel pudo aterrizar. Enfocó su único telescopio hacia abajo de modo que cubriera toda la zona, aplicó los fotoamplificadores a la luz recibida y luego, manteniéndose a unos ochenta kilómetros de la superficie, para que Deverel no pudiera distinguirlo a simple vista, registró ese círculo poco a poco, sin quitar la vista del ocular. Confiaba en descubrir así la nave del rebelde.

La vio. Estaba junto a una de las montañas de Cíclope, una cumbre escarpada de gran altitud. Las estribaciones de dicha montaña terminaban en una llanura situada a unos diez o doce kilómetros del borde del gran espejo.

Colbie suspiró con alivio, satisfecho de que su hipótesis en cuanto al paradero de Deverel hubiera resultado correcta.

Lanzó la nave hacia arriba y luego, sin perder de vista su punto de referencia —la montaña—, se colocó tras ella y, a fuerza de motores delanteros, de popa e inferiores, maniobró hábilmente para situar el crucero detrás de la elevación, con objeto de que el rebelde no advirtiese su llegada.

Sacó un frasco para tomar una muestra de la atmósfera del planeta pero, como suponía con buenos motivos, éste no tenía ninguna. El brillo no disminuido de las estrellas le había permitido adivinarlo. Se puso el traje espacial, preparó las armas, conectó el tanque de oxígeno, se caló el casco, abrió la escotilla y saltó al suelo del planeta. Era duro. Lo observó y descubrió que estaba compuesto de minerales metálicos en estado congelado y terroso. Se preguntó si todo el planeta sería igual.

Empezó a rodear la montaña. Al cabo de un kilómetro había descubierto que andar sobre la superficie de Cíclope era una tarea ímproba. El planeta estaba rajado y hendido en muchos lugares; las grandes grietas dificultaban el avance por el camino más corto.

Tenía que andar con cuidado y desviarse a menudo para hallar grietas que se pudieran saltar sin peligro. Preocupado al ver que tardaba en adelantar, se dio cuenta de que quizá no tendría tanto tiempo como le había dicho al comandante del domo en Júpiter.

Tardó muchas horas en rodear la montaña y echar una mirada al negro casco de la nave ilegalmente conseguida por Deverel.

Pero no vio a Deverel.

Se sentó en el suelo. Tuvo una desagradable impresión, al notar que el corazón le latía con violencia. Pero no era el miedo al peligro lo que le producía aquel estado:

sencillamente, temía que Deverel escapara una vez más poniendo en funcionamiento su astuto cerebro. La rivalidad entre ambos —el orden y el desorden personificados— se había convertido en una cuestión de amor propio. A decir verdad, el policía admiraba más la prodigiosa habilidad de Deverel que el hecho mismo de la fuga. Colbie tenía que cogerle, pero respetaba el genio extraordinario de Deverel para salir de las situaciones difíciles. Pero... tenía que cogerle o admitir que el rebelde valía más que él.

Aguardó allí, intranquilo, con el proyector preparado. Éste disparaba proyectiles explosivos a una velocidad de miles de metros por segundo; era lo último en materia de armas ofensivas ligeras del siglo veintitrés.

Mientras esperaba allí, fijos los ojos en la nave y sus alrededores, dirigió sus pensamientos en una nueva dirección. ¿Por qué diablos habría ido allí Deverel? ¿Acaso no comprendió que sería el primer lugar donde Colbie le buscaría? Sin duda debía saberlo. Pero entonces, ¿por qué fue?

Colbie creyó adivinar la respuesta. Deverel pensaba abandonar el planeta mucho antes de que llegara el policía espacial. Disponía de una ventaja de treinta y seis horas sobre Colbie y supuso que tenía tiempo de sobra para hacer lo que tanto deseaba: visitar el nuevo planeta y decidir, para su propia satisfacción, si en éste había algo que justificase su amor por lo extravagante.

Tuvo tiempo sobrado, incluso para curiosear la naturaleza del espejo, volver a despegar y perderse en el desierto sin caminos del espacio.

Pero no se había ido. ¿Por qué?

Entonces Colbie empezó a sentir una fuerte desazón mental. Cuanto más esperaba allí, más le acuciaba. La conciencia le remordía. Y ¿por qué? Pues porque pensó que quizá Deverel hubiese enfermado; pero Colbie no podía arriesgarse a descubrir su presencia sin conocer exactamente el paradero de su enemigo. La enfermedad del espacio es un mal conocido y frecuente. Se debe a diversas causas, entre las cuales destacan las deceleraciones positivas y negativas, la carencia de cierto elemento vital en el aire sintético y la falta de gravedad. Su único remedio consiste en un reposo absoluto bajo una gravedad decente. Y... este remedio no estaba al alcance de un hombre acosado.

Colbie se removió, inquieto.

—El muy idiota puede estar agonizando mientras yo espero aquí —murmuró enojado—. Pero no puedo descubrirme.

La tensión nerviosa se hizo cada vez mayor. No podía pensar en Deverel allí enfermo, estando él para socorrerlo. Por último se puso de pie de un salto, decidido a poner fin a la incertidumbre que le consumía.

De pronto, su receptor de radio volvió a la vida y oyó una voz serena, aunque algo temblorosa.

—Está ahí, Colbie. Sabía que iba a venir. Escuche...

La voz murió y luego volvió con más fuerza.

—Estoy enfermo, Colbie, muy enfermo. Creo que voy a morirme. Me duele el estómago y también los oídos. Me duelen y envían al cerebro unos vahídos que me dejan ciego. Estoy sudando... Le importaría... acercarse y echarme una mano... ¿lo hará? Luego podrá llevarme consigo... —gimió la voz y a través del receptor llegó un ruido como de caída.

Pero Colbie ya estaba en pie, corriendo hacia la nave, inundado de compasión por el hombre indefenso.

La escotilla exterior estaba abierta. Colbie subió, la cerró, accionó los mandos de la compuerta estanca y entró.

Se halló en medio de la nave, frente al pañol. A proa estaba la cabina de mandos y la máquina principal; a popa el camarote.

Colbie se dirigió a popa, abrió y contempló un espectáculo realmente lamentable. El camarote estaba atestado de ropa sucia y platos con sobras de comida. En medio del cuarto había una mesa y, sobre ella, un ventilador eléctrico funcionaba a toda velocidad, lanzando aire sobre un hombre que yacía desnudo en una litera. Ésta parecía el colmo de la mugre humana.

Deverel yacía allí retorciéndose, jadeando, gimiendo, con los ojos desorbitados. Ríos de sudor recorrían su piel extrañamente amarilla y goteaban sobre un colchón aplastado y pringoso.

La primera acción de Colbie fue apagar aquel ventilador fatal. En realidad, lo tumbó de un revés con la mano. Luego tomó el pulso a Deverel. Lo tenía peligrosamente rápido, pero no anunciaba una muerte inminente. Tal vez se normalizase antes de veinticuatro horas, pero de momento el pronóstico era grave.

Los ojos de Deverel se volvieron hacia Colbie, y sus labios crispados dejaron ver sus hermosos dientes blancos.

—Celebro que haya venido —susurró; en seguida su cabeza cayó hacia atrás y cerró los ojos. No dormía; había resistido hasta tener la seguridad de hallarse en manos de una persona competente.

Colbie sabía cómo actuar en tales casos. Se dirigió a la cabina de mandos y abrió más las válvulas de los depósitos para aumentar la proporción de oxígeno en el aire. Cambió la ropa de cama con lo que pudo encontrar y bañó a Deverel de pies a cabeza en agua tibia. Luego lo acostó como si fuese un niño. Luego metió el termómetro en la boca de su enemigo.

Limpió el cuarto e invirtió una hora lavando los platos con una mínima cantidad de agua, tan valiosa. Luego sacó carne y verduras del refrigerador, donde podían conservarse durante meses perfectamente congelados, y empezó a preparar una sopa.

Era cuanto podía hacer de momento.

Se sentó y esperó, tomando varias veces la temperatura del enfermo.

La fiebre de Deverel bajó. Su respiración se hizo regular y se quedó dormido. Despertó trece horas más tarde.

—Hola, teniente —dijo.

—¡Hola!

Colbie dejó la revista, la primera que leía desde hacía meses, y agregó:

—¿Cómo va la fiebre?

—No tengo, gracias —agregó fingiendo indiferencia, pero hablaba en serio—. Se las doy de verdad.

—Seguro —le quitó importancia Colbie—. Ha sido un placer... ya se figurará que me alegro de haberlo hecho. ¿Cómo supo que yo estaba fuera? —continuó, hojeando distraídamente la revista.

—No lo sabía —Deverel se echó a reír—. Pero es evidente que si no hubiera estado, no me habría oído.

—Exacto —Colbie también se echó a reír y los ojos azules y grises se encontraron, risueños—. ¿Quiere un plato de sopa?

Deverel aceptó entusiasmado. Aquellos dos hombres, enemigos que se respetaban, tomaron asiento y comieron como amigos de toda la vida.

Durante muchos días, la vida fue fácil. Ni jornadas abrumadoras a través del inhóspito espacio, ni angustias, ni terrores mortales. No tenían que temer a los meteoritos. Era un placer vivir en Cíclope, el planeta del gran espejo.

Deverel mejoró; llegó el día en que pudo levantarse de la cama y caminar. Faltaba poco para que se le pudiera considerar sanado. La vida normal reclamaba sus derechos, después de la tregua tácita establecida entre los dos hombres. Durante algún tiempo, sus cuestiones personales no habían contado. Eso era justo.

Pero esa tregua tenía que terminar, y Deverel no postergó el momento. Tan pronto como se sintió fuerte, anunció:

—Bien, esto ha sido divertido, pero ya es hora de volver a nuestros antagonismos.

Conque póngame los grilletes... ahora mismo. De lo contrario, tendré que darle un puñetazo en la mandíbula.

Colbie le miró con admiración.

—Es justo —reconoció—. ¿Le molestaría traerme un par para los tobillos y otro para las muñecas, de los más pesados que encuentre en el pañol? —preguntó burlonamente.

—Cómo no —murmuró Deverel con amabilidad.

—¡Espere! —dijo Colbie, inquieto, deteniéndole con un gesto—. Oiga, ¿se ha fijado en el espejo?

—Claro. Y me tiene muy intrigado.

—A mí también. ¿Qué le parecería prorrogar un poco este armisticio, el tiempo suficiente para explorarlo? Ya sabe que no tengo prisa...

—¡Bah! —Deverel hizo un gesto de desdén—. Yo tampoco. Tengamos paz un ratito más, ¿eh? —agregó con la expresión pueril de un niño excitado ante la promesa de un juguete nuevo—. Tiene mi palabra, Colbie. No intentaré fugarme.

Se saludaron con una sonrisa, y en seguida se prepararon para la aventura exploratoria.



El primer preparativo consistió en dormir. Después de muchas horas, emprendieron la marcha a través de la aborrecible y accidentada llanura. Las estrellas les contemplaban, inmutables, mientras cubrían la distancia que les separaba del espejo. A sus espaldas quedaba la destacada cumbre cerca de la cual había apostado Deverel su crucero robado.

Prepararon la expedición tan exhaustivamente como les pareció aconsejable. Tenían oxígeno, agua y alimento para un día por lo menos. Colbie decidió no llevar su proyector.

Era un arma engorrosa y estaba seguro de que no iba a necesitarla. Unidos por una cuerda de sesenta metros —de composición especial, resistente al frío y al vacío del espacio—, emprendieron la marcha a través de Cíclope bajo la luz de las estrellas.

Cuando no empleaban la cuerda para cruzar peligrosos abismos, se la enrollaban al cuerpo. Así se acercaron al borde del reflector, con toda probabilidad construido mucho antes de que la humanidad diera su primer paso hacia la convivencia organizada.

En dos ocasiones, Colbie resbaló al dar un salto que exigía toda su agilidad. Se habría precipitado en las quebradas, que parecían sin fondo; pero las dos veces Deverel logró apoyarse en los salientes e izar a su compañero. Decidieron buscar caminos más practicables.

Poco a poco se alejaron de las estribaciones montañosas y llegaron a terreno llano. El último kilómetro y medio era una verdadera llanura, tan perfecta que sin duda habría sido explanada artificialmente en épocas remotas. Colbie se preguntó por qué no posó allí su nave Deverel. Al decírselo, éste explicó que el primer acceso de su enfermedad le había impedido fijarse dónde aterrizaba.

Llegaron al borde del espejo.

Observaron con admiración la pared negra. Parecía hecha de un metal mate. Se alzaba en extensa curva, que se perdía a muchos kilómetros a ambos lados de los hombres. Era perfecta, sin la menor irregularidad, y su altura venía a ser el doble de la de un hombre.

Deverel se puso en jarras y dijo con voz vibrante:

—¡El espejo! —pero se veía que estaba emocionado ante aquel reflector de ignoto origen.

Colbie comentó, maravillado:

—Hay cosas increíbles. ¡Me pregunto cuántos años tiene esto... me pregunto quién lo creó... cómo lo hicieron! ¡Qué ingenieros debieron ser! ¡Qué obra!

—¡Qué mina de oro para la empresa que ganó la licitación! —comentó Deverel sonriente—. ¿Quiere subir? Tengo ganas de ser el primero en verlo... y tocarlo.

Colbie asintió y Deverel se apoyó contra la pared, haciendo estribo con sus manos protegidas por gruesos guantes.

—¡Suba! Pero cuando esté arriba —aconsejó—, procure no caerse. Eso nos

traería muchas dificultades.

—No se preocupe por eso —respondió Colbie con sarcasmo—. Si alguno se cae será usted, no yo.

Apoyó el pie y Deverel empujó. Colbie se estiró y aferró el borde con ambas manos.

Después se alzó a pulso hasta quedar sentado sobre el borde, mirando a Deverel.

Con no poca dificultad, izó a Deverel hasta su lado. Luego, como de común acuerdo, volvieron la cabeza y fijaron los ojos en la superficie del gran espejo.

Al instante, perdieron toda noción de perspectiva y equilibrio. La luz que venía de todas direcciones los aturdió, los cegó, abrumó sus mentes. Abajo, en todos los costados y arriba había luz. De hecho no pudieron distinguir la luz de las estrellas y la del espejo en la fracción de segundo que duró aquella sensación desconcertante de vértigo. Colbie, aterrorizado, pensó fugazmente que se hallaba boca abajo en la posición más insegura del universo. Durante aquella fracción de segundo no supo dónde estaba el verdadero cielo.

Así que... se guió por el cielo equivocado y cayó de bruces hacia el interior del espejo.

Deverel, que experimentaba exactamente las mismas sensaciones, se habría recuperado a tiempo si la cuerda que le unía a Colbie no le hubiera dado un fuerte tirón, un segundo antes de averiguar claramente dónde estaba arriba y dónde abajo. Ambos cayeron dentro del espejo y, en un segundo, se vieron cruzando a toda velocidad una niebla interminable y atosigante de luz y nada más que luz.

Caían tan de prisa y al mismo tiempo con tanta suavidad que era como si les transportase un haz de energía inmaterial. No sentían nada. Ni la menor sensación de *deslizamiento*... sólo de aceleración *hacia abajo*.

Después del primer instante de pánico paralizador, cuando pasó el vértigo inenarrable, Colbie fue presa de un intenso temblor nervioso. Se calmó con un esfuerzo, cerrando los ojos y apretando los puños. Luego abrió lo uno y lo otro y buscó a Deverel a su alrededor.

Éste venía como a un metro y medio detrás de él.

Deverel le miró con expresión muy preocupada.

—¡Le dije que tuviera cuidado! —comentó, airado. Colbie abrió la boca para replicar violentamente, pero Deverel te contuvo con un gesto—. Lo sé, lo sé. También fue culpa mía.

Suspiró y procuró darse vuelta para no seguir resbalando de cabeza.

Colbie hizo lo mismo y luego, con mucho cuidado, intentó detener la caída frenando con las manos y los pies sobre la superficie del espejo. Ninguno de ambos logró cambiar de postura ni de velocidad. Descubrió que resultaba muy difícil girar el cuerpo sin apoyarse en algo, y que el espejo no le servía para esto. Sus manos no rozaban la superficie, o mejor dicho no experimentó ninguna sensación de estar tocando una superficie con las manos. ¡Era como si pasara un dedo por una cuba de

barro viscoso que no emitiera calor ni frío, que no se pegase al dedo y no ofreciese ninguna resistencia al movimiento, como si lo guiase a lo largo de un cambio determinado por su propia superficie!

Cerró los ojos, acongojado. Debía estar volviéndose loco. Intentó analizar sus sensaciones. Estaba cayendo. Cayendo directamente hacia abajo, con la aceleración que la gravedad de aquel planeta imprimía a su cuerpo. Pero sabía que en realidad resbalaba sobre una superficie inclinada. Lo hacía sobre una sustancia que no se oponía a la acción de la gravedad. Eso debía significar que...

*¡No había rozamiento!*

Las palabras estallaron en su cerebro... y brotaron alocadamente de su boca:

—*¡No hay rozamiento!*

Deverel le contempló y luego llevó a cabo algunas frenéticas pruebas. Intentó rozar la superficie. No sintió nada; nada retenía su mano... como si resbalase sobre una capa de hielo infinitamente suave.

—Tiene razón —dijo, mirando estúpidamente—. Debe ser eso. ¡Demonios..., carece de rozamiento!

En seguida gritó, mordiéndose los labios:

—*¡Pero eso es imposible! No existe ninguna sustancia de rozamiento nulo. Usted lo sabe. ¡No es posible!*

Colbie meneó la cabeza como quien habla con un niño.

—No, Deverel —le dijo con voz afectuosa, insistente y lastimera—, no tiene rozamiento. Apoye la mano con todas sus fuerzas. ¿Acaso retiene su mano? No; ellos inventaron ese material que carece de rozamiento.

Mientras seguían resbalando hacia abajo en medio de un mar de luz, se miraron con ojos de asombro.

El rebelde sacudió la cabeza con vigor.

—Estamos haciendo los tontos. Enfrentémonos a la situación. No hay rozamiento. Ahora..., ahora ya sabemos cuál es nuestro problema.

—En efecto.

Con gestos que parecían de borracho, Colbie consiguió sentarse con las piernas cruzadas y fijó hipnóticamente la mirada en la distancia que se extendía hacia abajo.

¿Acaso había distancia? No se distinguía el horizonte. Las estrellas y su reflejo se fundían sin solución de continuidad.

—Hemos de serenarnos —afirmó, terco—. Solucionemos esto. Debemos acostumbrarnos.

—De acuerdo.

Deverel hizo la primera cosa razonable: volverse para mirar atrás. Habían caído por el borde del espejo hacía dos minutos y, aunque su movimiento era uniformemente acelerado, atrás se divisaba un horizonte. La única referencia que lo indicaba era la cumbre de la montaña, que asomaba sobre el borde del espejo. Le pareció que era un buen lugar... De algún modo, les marcaba a dónde debían

regresar.

—Preste atención ahora —le dijo a Colbie; su voz llegaba un poco metálica a los auriculares de éste—. Antes de aterrizar en este planeta, lo mismo que usted, hice algunas observaciones de este espejo y sospecho que llegamos a las mismas conclusiones. Hace mucho, quizás un millón de años, hubo una raza de hombres o de seres que vivieron en un planeta, el cual orbitaba alrededor de un sol, tal vez semejante al nuestro. Tenían un satélite: el planeta en el que nos hallamos. Eran ingenieros de capacidad monstruosa. No dudo de que habrían sabido modificar su planeta e incluso el sistema solar entero, en cualquier sentido que les conviniera... Quizá lo hicieron. Pero lo seguro es que reformaron el satélite. No sé cómo, vaciaron un casquete del planeta y dieron al fondo una curvatura cuyo radio viene a ser de unos dos mil cuatrocientos kilómetros. Luego, tampoco sé cómo, revistieron esa superficie cóncava con alguna sustancia que, al fraguar, formó un revestimiento absolutamente liso. Usted dedujo lo mismo que yo, ¿verdad? Que era un reflector tan perfecto, que no podía medir la luz absorbida por el mismo.

Colbie, que le escuchaba con interés, asintió.

—Y debimos comprender que un reflector perfectamente pulido carecería de rozamiento. Es lógico. ¡Fíjese bien! —exclamó—. Este material no puede carecer de rozamiento. Sabemos que no refleja toda la luz. ¡Es preciso que haya una diferencia, aunque sea insignificante, y también ha de tener un rozamiento, aunque inapreciable!

—¡Exacto! —Deverel se sintió auténticamente aliviado—. La falta de rozamiento me volvía loco. Claro que no... no puede existir ninguna superficie de esas propiedades. La estructura molecular de la materia lo impide. No importa lo apretadas que se apiñen las moléculas, siempre constituyen una superficie con irregularidades. ¿Por qué se construyó este espejo? Sólo veo un motivo: la obtención de energía. Debían poseer una máquina térmica. Sin duda, generaba grandes cantidades de energía, y quizás utilizaban este sistema para transmitirla a su planeta. Tal vez era un arma... con otro espejo, plano y giratorio, se podría dirigir un haz abrasador sobre una nave enemiga. ¡Cómo se ampollaría esa nave! O quizá fueron capaces de maniobrar con este satélite a voluntad...

Luego sucedió algo. Aquel pueblo perdió su satélite. Tal vez su planeta estalló, o quizá fue el sol, y este satélite salió disparado hasta que, por último, nuestro Sol lo atrapó. Ésta es una buena explicación... a mi entender, la única. A menos, naturalmente, que fuese parte de un proyecto que se hallaba en fase experimental y no llegó a ser terminado.

—Un espejo mágico —comentó Colbie en voz baja.

Todavía no sabían exactamente cuáles eran las características mágicas que poseía. Guardaron silencio un momento.

—¡En fin! —dijo Deverel con despreocupación—, ahora no podemos hacer nada, ¿no?

¿Y si comemos?

—¿Por qué no?

Comieron al modo extraño impuesto por los trajes espaciales. Mediante unos pulsadores externos de sus trajes, activaron palancas que sacaban píldoras alimenticias pero insípidas, de un complicado mecanismo, así como agua que bebían a través de un tubo. Después de relamerse como si hubiera saboreado un verdadero banquete, Deverel prosiguió:

—Ahora se nos presenta otro problema, que no es cosa de niños. ¿A dónde vamos?

—Hacia el fondo...

—¡Qué va! Ya estamos casi en el fondo... ¿No ha notado que nuestra trayectoria es casi horizontal? Veamos. ¡Caramba! —consultó su cronómetro—. Hemos bajado cuatrocientos cincuenta kilómetros en unos ocho o nueve minutos.

Colbie quiso protestar, pero el rebelde le atajó:

—En efecto, hemos caído cuatrocientos cincuenta kilómetros: la profundidad del espejo. Recuerde que no hay rozamiento que nos retenga y la superficie inclinada por la que bajamos sólo nos guió. Esto significa que subiremos exactamente hasta el borde opuesto..., ¿comprende?

—¡Santo Dios, sí! —gritó Colbie, y luego frunció el ceño—. Pero no llegaremos. La proporción condenadamente pequeña de rozamiento nos atrasará quince metros, o los que sean. Si el rozamiento fuese igual a cero, sería bastante sencillo... llegaríamos exactamente al otro borde.

—Seguro, y lo atraparíamos al vuelo. La gravedad nos dio aceleración al bajar, pero se ocupará de frenarnos al subir.

Evidentemente habían cruzado por el fondo mientras conversaban. Subían, pues la inclinación aumentaba poco a poco pero con seguridad.

—No lo conseguiremos —se lamentó Colbie, desconsolado—. Hay que tener en cuenta el rozamiento.

Con voz melancólica de príncipe danés, Deverel murmuró:

—¡Ah, sí! Hay que tener en cuenta el roce; pues en el sueño de la muerte, los sueños que puedan llegar cuando nos hayamos librado de esta atadura mortal han de darnos un respiro.

—¡Muy oportuno! —se burló Colbie.

—Una vez interpreté a Hamlet. Hace mucho tiempo, por supuesto, pero era bastante bueno. ¿Recuerda aquella escena del segundo acto en la que él...?

—¡Pásela por alto! Olvídela..., no quiero oíría. Continuemos. Existe rozamiento... infinitesimal. No nos sirve para controlar o retardar nuestro movimiento pero, a la larga, la resistencia será suficiente para alejarnos del borde.

—Refrenar, refrenar y refrenar —admitió el rebelde, tocando los dedos de su mano izquierda con el índice derecho.

—Ésa es nuestra situación. Parece desesperada.

—Tal vez —convino Deverel—. Permítame agregar algunos datos. Hemos caído

con una aceleración de tres metros sesenta por segundo cada segundo. Al pasar por el fondo, cuatrocientos cincuenta kilómetros abajo, nuestra velocidad debía ser terrible. No sé cuál exactamente, pero hay una fórmula para calcularla. Al ascender, la gravedad nos frenará, disminuyendo la velocidad a razón de tres metros sesenta por segundo cada segundo.

Repárese en que digo hacia arriba y hacia abajo. Hablo en serio. Nuestra velocidad en relación con la superficie es otra cosa y, ciertamente, muy superior.

Se interrumpió, pero al ver la mirada impaciente de Colbie, agregó:

—No sé cómo saldremos de ésta. Normalmente, cuando uno entra en algún sitio, sale del mismo modo... pero nos han cerrado la puerta. Y, naturalmente, no veo qué podemos hacer para cambiar de dirección.

Para variar, el policía descruzó y volvió a cruzar las piernas. Bizqueó mirando arriba.

—Nos acercamos otra vez al borde. ¡Maldita sea la luz! Voy a quedarme ciego.

—Cierre los ojos —le aconsejó Deverel sin rodeos. Su mirada cínica chispeaba, humorística—. Colbie, me alegro de conocerle. Usted ha de perseguirme, y yo siempre me veo obligado a huir. Así hemos conocido las experiencias más interesantes. Lo pasaba muy bien saqueando los canales de Marte... ¿Alguna vez le he contado lo que me costó sacar los anillos de los dedos de la Emperatriz? Tuve que gastar muchísimo jabón y agua... Ella se horrorizó porque yo desperdiciaba el agua... En cierto modo, celebro que sea usted mi perseguidor. Y usted también —agregó como en defensa propia.

—Seguro —afirmó Colbie—. Pero según como se mire no me alegro. Usted me cae simpático, lo admito. Pero ignora lo que es formar parte útil de la sociedad...

Naturalmente, hay otros como usted... pero es a usted a quien yo debo apresar. Y creo que lo conseguiré.

—¿Olvida el lío en que estamos metidos?

—No. Sólo intento ponerme a su altura, en cuanto a despreocupación ante dificultades como ésta.

—Touché —sonrió el rebelde—. ¿Alguna idea que justifique esa despreocupación?

—Ni la más mínima.

—Yo tampoco... todavía. A propósito... —Deverel contempló a Colbie con expresión pensativa—, me estoy guardando todo lo que descubro... Me refiero a cosas que podrían ayudarnos a salir.

—¿Qué quiere decir? —Colbie endureció la mirada.

—Mis conocimientos tienen un precio.

—¡Bah! ¡Supongo que será la libertad! —exclamó Colbie con sarcasmo.

—Bien..., no es exactamente eso. Se lo diré cuando haya trato.

Colbie lo pensó y se encogió descuidadamente de hombros. Se volvió para mirar, pero no vio el borde que se acercaba.

—Nuestra trayectoria es mucho más empinada —Deverel adivinaba el hilo de sus pensamientos—. El borde no está lejos. Falta un par de minutos.

—En todo caso, no llegaremos hasta él —agregó Colbie, quejumbroso—, a menos que ocurra algo insospechado.

Poco después vieron el borde recortado contra las laderas negras de una cordillera que debía estar a una distancia de quince a treinta kilómetros del borde. Observaron angustiados su acercamiento.

Se aproximaba tan poco a poco hacia ellos... y su velocidad se redujo tan pronto a cero... Nervios tensos, puños cerrados, miradas ceñudas. Pero la intuición, mejor que el cálculo mental, les dijo que no llegarían hasta el borde. Sencillamente, la velocidad no era suficiente.

Y no lo fue. Lentamente —en comparación con sus terribles velocidades anteriores— se acercaron al borde, que estaba tan dolorosamente cerca, pero tan infinitamente difícil de alcanzar. Un instante y subían; otro más y cayeron. No parecía existir solución de continuidad y, si la hubo, fue esa fracción infinitesimal de tiempo que el hombre nunca medirá. Empezaron a caer.

Con una terrible decepción en la voz —fiel a la naturaleza humana, no había renunciado a la esperanza—, Colbie dijo:

—Le fallamos... por unos tres metros de desnivel, en buena aproximación. La próxima vez que hayamos recorrido este maldito espejo nos faltarán seis metros.

—Algo así —admitió Deverel, distraído.

Cuando cayeron acababa de consultar la hora con exactitud de un segundo. Y lo recordó. De momento no sabía para qué iba a servirle, pero le pareció que sería bueno recordarlo. «Veamos —se dijo a sí mismo, y empleando una palabra de Colbie—, el tiempo de recorrido a través...».

No terminó la frase. Una idea, un concepto seductor y sublime se abrió paso en su mente y le hizo aspirar aire al tiempo que apretaba las mandíbulas.

—¡Señor! —susurró; como si estuviera aturdido, se tumbó cuan largo era, apoyando la nuca sobre las manos entrelazadas, y contempló las estrellas.

Los dos hombres avanzaban a velocidad uniformemente acelerada, guiados por el material sin rozamiento del espejo y sometidos por la fuerza de la gravedad.

Arriba estaban las estrellas. Tan frías, tan lejanas, tan melancólicamente hermosas.

Deverel las miró con atención. Era fascinante. No cambiaban de posición. Estaban en la misma posición que cuando ellos, los hombres, cayeron en la concavidad del espejo.

Mientras Deverel le volvía la espalda, Colbie le observó frunciendo el ceño durante bastantes minutos, mientras caían hacia el fondo del cuenco brillante. Llegaron en un lapso increíblemente corto... y Colbie se hartó de intentar leer los pensamientos del rebelde. Quiso ponerse en pie. Después de una serie de contorsiones, se vio boca abajo, contemplando su propio reflejo.

Deverel había salido de su profunda meditación y le observaba, divertido.

—Compañero, si las plantas de sus pies fuesen lo bastante grandes, podría sostenerse de pie. Pero al sentarse, el centro de gravedad de su cuerpo baja bastante y no resulta fácil incorporarse. Conque no conseguirá ponerse en pie, a menos que sea capaz de realizar un milagro de equilibrio.

La sabiduría de esta frase resultaba evidente. Colbie se sentó, llevó el tubo del agua a su boca y chupó, armándose de paciencia. Luego le dirigió a Deverel una mirada penetrante.

—Ha estado pensando, ¿eh? ¿De qué se trata?

—Del espejo —respondió Deverel con solemnidad—. ¡Lo siento..., pero he de reservármelo para mí mismo!

—¡Lo imaginaba! —la voz de Colbie encerraba amenaza.

Los ojos fatigados de Deverel asumieron una expresión irónica.

—Así es..., he hecho cálculos y he descubierto muchas cosas. Interesantes, inusitadas. Pero falta algo, Colbie..., algo que no acabo de captar. Si lo consiguiera, que ya lo conseguiré, podría hacer que saliéramos de aquí. ¿Alguna sugerencia? —concluyó, mirando de soslayo a Colbie con mueca burlona.

—Si lo supiera —respondió categóricamente—, me lo reservaría. A propósito, ¿le parece que es correcto retener información? Me refiero a su promesa... de que no intentaría fugarse.

—Como usted dice..., no he intentado fugarme, ni lo haré si usted no me dice que es justo intentarlo. ¿Comprende? —apuntó a Colbie con un índice rígidamente extendido y silabeó con dureza—: ¡Volvamos a ser nosotros mismos de ahora en adelante, Colbie..., el guardia y el ladrón! Hasta ahora éramos compañeros de aventura. Pero usted, con una palabra, puede hacer que volvamos a ser lo que realmente somos... y yo sería su prisionero. ¿Comprende? ¡Renuncie, Colbie, y lograré que salgamos de aquí!

Colbie notó que se le encendía la cara. Se sintió profundamente humillado, como si hubiera sido insultada su inteligencia. La voz de Colbie estalló con ira abrasadora.

—¡No! óigame bien —agregó en voz baja y amenazadora—. He dicho que no. De ahora en adelante, me importa un bledo. Me da lo mismo quedarme aquí resbalando toda la eternidad... Eso ocurrirá si cree que voy a ceder ante usted y su maldita exigencia insultante. Tiene la desfachatez...

Se interrumpió, ahogándose de indignación, gesticuló con los brazos y miró con rabia al otro hombre. Luego continuó con voz serena:

—Usted insinúa que me falta inteligencia o los recursos para encontrar mi... nuestra... salida de aquí. Tal vez sea así. Tal vez soy un endemoniado estúpido. Pero voy a decirle algo que le hará retorcerse: ¡verá cómo yo puedo más que usted! ¡Y usted se rendirá ante mi! Recuérdelo —furibundo, se tumbó de espaldas.

Deverel parecía a punto de estallar.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamo con asombro—. Celebro que se haya quitado



ese peso de encima... ¡Qué arranque!

Muchos pensamientos pasaron bajo el casco de Deverel. En cierto sentido estaba divirtiéndose. Todas sus ideas se encaminaban a un fin: la fuga. ¡Aquél era un nuevo Colbie, un Colbie desconocido, y sería un hueso duro de roer! Por último, Deverel comentó:

—Ha dicho que me va a poder.

—Desde luego. Ahora y siempre. Y otra cosa, señor genio: será usted quien tendrá que devanarse los sesos —su voz era desdeñosa—. Bien, empiece a utilizar esa materia gris tan privilegiada que dice tener.

Deverel se mordió los labios y respondió, encogiéndose de hombros:

—Como quiera, pero está loco.

Colbie se negó a responder.

—Bien —el rebelde rió quedamente—. Ahora nuestra enemistad es declarada. No nos dirigiremos la palabra durante dos o tres horas. Como es natural, nos aburriremos mortalmente. Ni siquiera estaremos satisfechos de nosotros mismos. Es lo que pasa cuando la gente se enfada. Si yo fuese un niño, o si fuéramos parientes más o menos cercanos, no me parecería mal... pero somos dos adultos.

—Comprendo —Colbie sonrió.

—¡Bravo! —exclamó Deverel—. ¿Dónde estamos ahora, Colbie? De nuevo cerca del final. ¡Allí está el borde!

Era cierto. El borde estaba allí... pero no era el mismo punto por donde habían caído, como observó Deverel, la montaña, su punto de referencia, no apareció. Habían recorrido el espejo dos veces. De acuerdo con el sentido común, debían regresar al punto de partida. Pero Deverel se habría sorprendido mucho si hubiera ocurrido tal cosa.

Concluyó el ciclo de ida y vuelta y cayeron, perdiendo otros tres metros en sentido vertical; de nuevo regresaban a las profundidades del cuenco brillante.

Mientras resbalaban hacia abajo, Colbie guardó silencio. Como no podía ayudarse a sí mismo, empezó a dar vueltas a sus pensamientos. ¿Cómo salir? Pero sus cavilaciones fueron inútiles. No conseguía analizar con objetividad el problema. Si lo hubiera resuelto como acertijo con papel y lápiz, la respuesta habría surgido bien pronto. Conocía las leyes del movimiento lo suficiente para resolverlo. Pero, como que él mismo formaba parte del rompecabezas, no lograba adelantar.

Sin duda debió reparar en que no cambiaba la posición de las estrellas en el firmamento.

Pasaron por el fondo y volvieron a subir con una monotonía que, al menos para Colbie, resultaba enloquecedora.

Deverel no guardó silencio. Se distraía hablando volublemente, riendo, haciendo bromas. Parecía sentirse a sus anchas en cualquier lugar y en las más extrañas circunstancias. Era una de sus admirables cualidades.

Por último, dijo:

—¿Qué me dice, teniente? ¿Ha hecho algún progreso?

Colbie respondió:

—Sé menos que antes —reconoció con tristeza. La luz de las estrellas y la luz que el espejo devolvía tan fielmente empezaban a irritarle.

—Es una vergüenza —Deverel parecía pesaroso—. He averiguado muchas cosas sobre este extraño valle del paraíso, pero no consigo encontrar el eslabón perdido por medio del cual me servirían de algo aquéllas. A decir verdad, la ocasión para ello se presentará antes de una hora. Me refiero a un momento crucial —observó a Colbie con significativos ademanes.

—¡Maldito sea el momento crucial! —replicó fríamente Colbie.

—Pues habrá varios momentos cruciales —agregó Deverel riendo con suavidad—. Son los momentos oportunos para salir... aunque no sé cómo saldremos. ¿Dice que debo ser yo quien piense? No sería malo que discutiéramos un poco el asunto, ¿verdad?

Colbie se mostró de acuerdo. Al fin y al cabo, en adelante la cuestión dependía de Deverel. Ninguna solución iba a servir si Deverel no cedía.

Discutieron el color de la extraña sustancia. ¿Acaso tenía color? Desde luego que no.

No absorbía luz, y por tanto su color era el de cualquier luz que reflejase. ¿Podían ellos, como sistema simple de dos cuerpos, modificar la dirección de su movimiento? No. Eran un sistema cerrado y, como tal, tenían un único centro de gravedad cuyo movimiento se conservaría para siempre, si no intervenía ninguna fuerza externa. Podían saltar y hacer aspavientos, pero cada acción sería neutralizada por una reacción contraria. ¿Era aquella sustancia caliente o fría de un modo apreciable por los sentidos humanos? No. Puesto que no podía absorber calor, tampoco podía transmitirlo. Lo primero habría dado sensación de frío, lo segundo de calor... Era un tema entretenido e inagotable. Pero Deverel no recogió ningún fruto de sus muchas ramas. Aún seguían atrapados en el cuenco del increíble espejo.

Alcanzaron la cúspide de la tercera oscilación a través del gran espejo... y volvieron a caer. Cruzaron el fondo, fueron lanzados hacia arriba a través del mar de luminosidad, cayeron y volvieron por quinta vez al punto de partida.

Deverel dijo:

—Ya se acerca. Está aquí. El primer Momento Crucial. Pero tendremos que dejarlo pasar.

El sexto semiperíodo empezó y Deverel miró con anhelo la prominente montaña a la que mentalmente consideraba como «el lugar adonde debían regresar».

—Sé cuándo tenemos que salir —le explicó a Colbie con ansiedad—, pero no veo claro el modo de hacerlo. Cada oscilación que hacemos nos deja tres metros más cerca del fondo. Ahora llegaremos a unos dieciocho metros por debajo del nivel del borde. ¿Cómo superaremos esos dieciocho metros?

—A mí qué me cuenta —respondió Colbie, impasible.

Deverel le contempló, muy serio. Colbie era un idiota suicida. Parecía importarle un bledo salir o no. Pero Deverel comenzaba a sentir un respeto hacia el hombre del CSI.

Desde luego, valía más de lo que hasta el momento había sospechado. Sonrió.

—¿Aún se abstiene?

Colbie respondió que así era.

—Ya sabe que yo no cederé —puntualizó ásperamente Deverel—. No me creará tan estúpido como para volver con usted a la Tierra, y que me metan en la cárcel. Colbie, he vencido a hombres mejores que usted y también saldré de ésta. ¿Nos comportaremos como tontos? Le digo que, si no fuese por este problema, me dedicaría a lo único que me importa.

Colbie respondió que lo sentía mucho y que no podía ayudarle a fugarse. Deverel rechinó los dientes. Colbie, espiando sus rasgos duros y burlones, se preguntó vagamente, tal vez con un ligero estremecimiento interior, cómo acabaría todo aquello.

Luego llegó el aburrimiento total. Durante un tiempo que parecía interminable, subieron y bajaron vertiginosamente a través del resplandor deslumbrante que torturaba sus ojos, encendía sus cerebros, agarrotaba sus músculos y alteraba sus nervios. Se volvieron irritables y susceptibles. La monotonía era mortal, sobre todo teniendo en cuenta que la salvación aparecía lejana... o quizás inalcanzable.

Deverel se veía entre la espada y la pared, pero sus palabras fueron burlonas:

—Debe haber algún modo de salir —insistió mientras resbalaban por décima vez a través del gran espejo. Y debo averiguarlo pronto. Ahora llegamos a treinta metros por debajo del borde. Podría ayudarme, Colbie..., usted tiene cabeza para hacerlo, sé que la tiene. Pero no le da la gana, maldita sea. Insiste en permanecer sentado dejando que yo piense. Diga algo, hombre.

Colbie respondió muy serio:

—Deverel, he estado pensando. Pero no adelanto nada. ¿Qué ha averiguado usted?

¿Qué características extrañas posee el espejo que ambos ignoramos todavía? —se interrumpió y meneó la cabeza—. Debo admitir... que los árboles no me dejan ver el bosque.

Lamentaba sinceramente no poder ayudar, y le intrigaba y conmovía la frenética actividad mental del rebelde, buscando el eslabón que faltaba en la cadena de deducciones.

—¿Por qué no me dice lo que sabe? —propuso—. Quizá pueda avanzar a partir de lo que usted haya averiguado.

—¡No hay trato! —repuso Deverel, enojado—. Lo que sé es mi última carta... Usted sabría tanto como yo y eso no me conviene.

—De todos modos, no adelantará nada..., a menos que ceda —Colbie sonrió, complacido.

—¡Pues puede apostarse las pestañas a que no lo haré! —respondió Deverel.

Luego espío a Colbie.

—¿Seguro que no cambiará de opinión? —inquirió, y se encogió de hombros, malhumorado—. Parece decidido, pero tengo absoluta confianza, en que cederá. No es usted el tipo de persona capaz de aguantar hasta el final.

Colbie se encogió de hombros con indiferencia y luego cambió de postura. Pensó que estaría más cómodo si se tumbaba de espaldas. Haciendo molinetes con los brazos a un lado y agitando las piernas al otro, empezó a volverse. En cualquier otro lugar, esta maniobra habría parecido ridícula, pero allí el número de distracciones era trágicamente limitado.

Aunque al principio aquel giro sin sentido, que una vez comenzado costaba mucho detener, pudo divertir a Colbie, poco después ejerció un efecto muy distinto.

Incorporándose de pronto, mientras seguía girando lentamente sobre sí mismo, miró a Deverel y empezó a sonreír. Le volvió momentáneamente la espalda al girar y volvieron a quedar enfrentados cuando la cuerda que los unía, quedó enrollada a su cintura.

—¿Su dificultad reside en que no puede recuperar esos treinta metros que hemos perdido a causa del rozamiento?

Deverel le lanzó una aguda ojeada y asintió.

Colbie sonreía ahora sin disimulo.

—Aún no lo tengo muy claro. Quise que lo pensara. Pero sé cómo recuperar esa diferencia. Exige que colaboremos y, si sabe cómo hacerlo, yo tengo el detalle que a usted le faltaba. Pero no colaboraré si no lo hace usted antes. Piense en lo que yo estaba haciendo y lo comprenderá.

Deverel puso cara de estúpido y luego exclamó:

—¡Ya está! ¡Sabía que era posible... y es fácil! —siguió hablando de prisa, excitado—. Ahora tengo la solución completa. ¡Todo lo que necesito! Sólo se trata de esperar. Dos o tres oscilaciones más a través del espejo... ¡Ahora, escuche! Usted tendrá que decirme cuándo empezamos. Así conseguiremos salir ambos. Lo hará, ¿no? —preguntó con angustia.

Entonces vio el rostro de Colbie convertido en una máscara y gritó, furioso:

—¡No sea idiota, Colbie! Usted no quiere morir, ¿verdad? ¡Sabe que no podrá evitar la muerte cuando se agote el agua y la comida! Lo sabe, Ha llegado la hora decisiva —insistió febrilmente.

—He tomado mi decisión hace rato —puntualizó Colbie—. De lo contrario, no le habría ayudado a encontrar el eslabón que le faltaba.

Deverel rió con sarcasmo.

—Persistirá en ello —se burló—. ¡Se dejará morir por principio! Pues bien, yo también los tengo... y temo menos a la muerte que usted. De hecho, sería mejor que yo muriera; de cualquier modo, me espera el infierno. Así que no me importa en realidad. ¿Qué le parece eso? —le desafió.

—Me parece bien... Deverel, siempre supe que a usted nada le importaba mucho —sonrió.

Deverel estaba desconcertado; el asombro se convirtió pronto en una admiración incondicional. Hasta ese momento, Deverel no había creído que Colbie estuviera seguro de sus intenciones, Ahora lo sabía, y ello le hizo cambiar de opinión con respecto a Colbie.

Colbie bostezó; eso fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Deverel. Insultó a Colbie con todos los insultos conocidos bajo el Sol, le prodigó toda la escoria verbal irreproducible de los puertos espaciales... y se interrumpió en seco.

—¡Diablos! No he querido decir eso —murmuró, con un gesto de la mano. Logró esbozar una sonrisa y continuó—: Lo siento... de veras. Lo que ocurre es que ha pasado el segundo Momento Crucial. Mejor dicho, pasará cuando caigamos de la decimoprimer a cúspide. Falta un minuto. Ahora llegaremos, en realidad, a treinta y tres metros debajo del borde.

—¿Cuáles son los momentos cruciales? —inquirió Colbie, sinceramente desconcertado.

Deverel rió con divertido desdén.

—Supongo... que hay varios, Y cuantos más perdemos, más crucial es el siguiente.

¿Comprende? ¡Por último llegaremos al Momento Crucial de verdad! Y si perdemos ése... —Deverel meneó la cabeza—, después ya no habrá esperanza. Ni más Momentos Cruciales.

Poco después agregó distraídamente:

—Le avisaré cuando se produzcan.

Bajaron y subieron, y ellos lo advirtieron porque la pendiente disminuía o aumentaba. El borde se destacaba sobre el horizonte oscuro del planeta y luego se alejaba. Aceleración constante, seguida de una desaceleración igualmente constante. Luz y más luz, y nada sino luz.

¡Dos hombres contra el espejo mágico!

Diecisiete veces se aproximaron al borde, pero cada vez se acercaban menos..., tres metros menos. Luego Deverel comentó en tono cansino:

—El tercer Momento Crucial... Cincuenta y un metros por debajo del borde —guiñó un ojo legañoso a Colbie. Éste, agotado y cegado por el incesante deslumbramiento del espejo, se mostraba apático—. ¿En qué piensa?

—Sencillamente, espero a que usted diga la palabra —respondió Colbie cansadamente.

Deverel rió con aspereza.

—Pues no la diré. Oiga: antes de una hora se producirá el...

—El cuarto Momento Crucial —concluyó Colbie con acritud.

—Se equivoca. El último. —Aguardó a que esto hiciera efecto, pero no ocurrió nada. Luego estalló—: ¡Santo Dios..., usted no quiere ayudar!

Guardó silencio un rato, mirando con furia al otro hombre. De pronto se echó a reír.

—Somos iguales..., dos tontos testarudos. No sabía que usted fuese así —comentó sinceramente—. Realmente creo que va a...

—¿Que voy a abstenerme hasta que pase el momento en que dejará de tener importancia? —preguntó Colbie, enigmático, y respondió a su propia pregunta asintiendo con la cabeza.

Deverel se echó atrás, disgustado.

Superaron la decimoctava, la decimonovena, la vigésima cúspide. Deverel estaba nervioso, irritado.

—Falta como media hora —dijo con impaciencia—. Es todo el tiempo de que disponemos. Hablo en serio. Cuando pase el momento, podremos despedimos de la vida.

Colbie, me gustaría que entrase en razón. O moriremos ambos... o yo quedo libre y usted también se salva, y será como si nunca hubiéramos venido a este planeta. Piénselo...

Vivir otra vez...

Deverel le espío con atención pero el policía no se inmutó. El rebelde había esperado contra toda esperanza que Colbie cediera en los últimos momentos cruciales. Pero ahora ya no cabía duda de que Deverel tendría que descubrir su última carta. Podía ganar... o perder. Por eso, durante un rato —apelando a su talento histriónico natural, pues era verdad que había interpretado a Hamlet en su juventud —, exageró el nerviosismo, la desesperación de su actitud, la mofa de su voz.

—Veinticinco minutos, Colbie. Aún está a tiempo. —Colbie se mantenía empecinado.

Recorrían la vigésimo segunda oscilación. Luego la voz jadeante de Deverel agregó:

—Veinte minutos. Ahí está el borde.

Se acercaron, cada vez más despacio, y luego el borde empezó a alejarse mientras ellos emprendían el vigésimo tercer viaje.

—Quince minutos, Colbie —la voz de Deverel era tan áspera como un serrucho.

Estaba realmente nervioso. El plazo era realmente breve. De súbito dijo en tono afónico:

—¡Colbie!

Colbie le miró fijamente, y el rebelde se sintió lleno de pánico.

—Usted gana, Colbie. Estoy acabado. He cedido. ¡Buen Dios! —exclamó—. ¡A usted le importa un bledo! Eso es lo que me enerva..., no puedo comprenderlo. Escuche, usted creerá que estoy terriblemente asustado, que no soy tan valiente como parecía, pero no es así. Mi vida no me importa. No temblaré cuando me llegue la hora. ¡Lo que no puedo soportar es que aún no ha llegado el momento! Hay salvación. Y sólo su terquedad bloquea el camino. Pero supongo que desde su punto

de vista es mi...

—Soy yo... —le corrigió Colbie suavemente.

—Soy yo quien bloquea el camino. Conque me rindo. Usted gana. Es el campeón de la resistencia, el príncipe de los suicidas. Colbie, me ha hundido. Tengo ganas de sollozar como un niño. No logro comprenderlo... sentado allí... —calló.

El policía contempló con atención a Deverel.

—Es gracioso —murmuró—. Por eso supe que cedería. Usted tiene arrojo..., fantasía..., ama la vida. Yo sólo soy un aburrido policía espacial.

Deverel apretó los dientes, enojado.

—Ya he cedido, ¿no? No crea que no pienso volverme atrás. Soy capaz de hacerlo —sus ojos desafiaron al otro.

Colbie dijo lentamente:

—No. No lo haga..., olvídalo. Hemos sido tontos... y usted decidió no serlo. Eso es todo.

Una vez más sostuvo la mirada del otro hombre, ahora pensativo y luego asintió con lenta decisión. Levantó la cabeza y una chispa brilló en sus ojos.

—¿Qué hacemos? —exigió—. Dígalo... Salgamos de este condenado lugar. ¡El paisaje no me gusta! ¡Vámonos!

Deverel se puso en acción.

—Arróllese esta cuerda —ladró ahora con la energía de la desesperación verdadera—. ¡Más cerca..., vamos! Así está bien.

Apoyó los pies en el cuerpo de Colbie y empujó, Colbie se alejó girando vertiginosamente, y la cuerda se desenrolló por completo. Deverel tiró luego de ella para aprovechar el movimiento rotativo de Colbie. Éste regresó girando sobre sí mismo, enrollando cuerda. Deverel le empujó con los pies, Colbie volvió a desenrollarse, esta vez en sentido contrario, Deverel repitió la maniobra una y otra vez, como si fuese un niño jugando con un yo-yo.

Empezaron a girar el uno alrededor del otro, describiendo una elipse de eje variable.

—¿Comprende? —jadeó Deverel—. Hemos originado un movimiento circular. Aunque no afecta en lo más mínimo nuestra caída. Somos un sistema cerrado, a cada acción, una reacción. Yo también giro a su alrededor. Ahora dejará de girar... no es necesario que lo haga. Colbie abrió los brazos y, en el curso de dos revoluciones, describió un auténtico círculo alrededor de Deverel. Subían por la pendiente del espejo a la deceleración correspondiente al poder frotador de la gravedad.

Deverel jadeaba.

—Ahora... tire de la cuerda. Disminuyamos el diámetro del círculo que estamos trazando, e iremos más rápido... Nuestra velocidad angular aumenta. ¡Ahora!

Y así fue. A costa de esfuerzos prodigiosos, lograron aumentar su velocidad angular a tal punto que la fuerza centrífuga originaba una terrible tensión en sus abrasados pulmones. Por último, el rebelde dijo con voz entrecortada:

—¡Basta! Vamos bastante rápido. Si fuéramos a más velocidad podría escapárenos la cuerda y seguiríamos girando cada uno por su lado hasta ser frenados... El borde aparecerá dentro de... dos minutos, diecisiete segundos. ¡Ah, sí!, lo he calculado con exactitud. De pronto gritó con todas sus fuerzas:

—¡Allí está... el borde! Fíjese bien. Con sinceridad, no sé cuál de los dos pasará antes.

Sus ojos observaban febrilmente la aproximación del borde, destacado sobre la línea oscura de las montañas. Los segundos palpitantes se hundieron en el pasado, a Colbie le martilleaban las sienas. Toda la vida recordaría la espantosa tensión. Aquel espejo era como un monstruo misterioso y brutal. Volvió a oír la voz de Deverel:

—Creo que será usted. ¡Tiene que ser usted! ¡Sí! Recuerde que somos un sistema cerrado. Digamos que ahora ocurriese una explosión. Usted vuela hacia allí, yo hacia el lado contrario. Pero ambos conservamos la energía cinética acumulada por la fuerza centrífuga.

Observó con ojos enrojecidos y desorbitados el borde que se acercaba y cobró sesenta centímetros de la cuerda que le unía a Colbie. Giraron con más rapidez. Colbie protestó.

Deverel respondió:

—Lo siento. La cuerda debe quedar paralela al borde cuando alcancemos la cúspide.

Pestañeó para quitarse el sudor de los ojos y miró el cronómetro. Faltaban siete segundos.

Deverel se estremeció... Tenía muchas cosas que hacer a la vez. Debía regular su velocidad angular; su sentido del tiempo —el sentido que nos indica cuántos pasos hemos de dar hasta llegar exactamente a la esquina— le indicaba cuantas vueltas les faltaban para llegar, en una facción de tiempo infinitesimal, paralelos al borde. Con una mano tenía que sacar un cuchillo afilado como una navaja que llevaba en un bolsillo exterior del traje espacial. Y debía vigilar el cronómetro, para saber exactamente cuándo llegarían a la cúspide de su vigésimo tercer viaje a través del gran espejo.

Y quizás el mayor milagro de aquella delirante aventura fue que todo saliera exactamente como Deverel pensaba. La cuerda, de cuyos extremos colgaba vertiginosamente el lastre humano, quedó paralela al borde del espejo en el instante exacto y brevísimo en que alcanzaron la cúspide de la ascensión. Y en ese preciso momento, Deverel cortó la cuerda cerca del punto donde estaba atada a él.

Colbie no advirtió la operación... simplemente se sintió repentinamente libre. Las cosas le salieron a Deverel perfectas. En el momento preciso en que ellos, considerados como sistema aislado, no tenían movimiento ascendente ni descendente, Deverel cortó la cuerda. Colbie salió disparado transversalmente hacia el borde a la misma velocidad con que habían girado hasta ese instante.

Resbaló hacia arriba por la pendiente del espejo, mientras la gravedad tiraba de él.



Perdía tres metros sesenta centímetros de velocidad ascendente por segundo. ¿Sería suficiente la energía cinética que su masa tenía en ese momento para vencer la desaceleración fatal? ¿Se anularía su velocidad antes de llegar al borde?

«¡Colbie, si nunca rezaste, inténtalo ahora!», se dijo.

Quizá fue efecto de las plegarias o tal vez fueron los cálculos realizados por el agudo cerebro de Deverel. Conociendo los respectivos pesos aproximados en aquel planeta, la cuerda de sesenta metros de longitud y el tiempo de una revolución, supo calcular aproximadamente la energía cinética que cada uno desarrollaría, y que a Colbie le sobraría impulso para pasar por encima del borde.

Colbie salió disparado, por encima del borde... y hacia el espacio. Después de volar quince metros. Cayó, La velocidad de caída era aterradora. Su traje espacial era resistente pero... ¿soportaría el batacazo? No tuvo mucho tiempo para teorizar. Cayó y le pareció que todos los huesos de su cuerpo se quebraban un segundo antes de desmayarse.

Al volver en sí notó un dolor agudo y lancinante en la pierna derecha. «Rota», pensó furioso, ahogando un grito cuando, involuntariamente, intentó mover el miembro lastimado. No logró moverlo.

Luego pensó en Deverel, ¡Santo Dios! ¡Aún estaba en el espejo!

—¡Deverel! —gritó a través del intercomunicador.

Una voz alegre le respondió:

—¡Estoy bien! —luego la voz se llenó de angustia—. ¿Qué ocurre? No contestaba a mis llamadas.

—Me parece que tengo una pierna rota.

—¿Duele?

—¡Mucho! —Colbie apretó los dientes.

—Supuse que ocurriría algo así —respondió el rebelde, compadecido—. Lamento que le sucediera a usted... yo habría recibido el golpe si hubiéramos girado en sentido contrario. Pero no fue así. Ésa fue mi apuesta a favor de la fuga.

—¿Cómo despegará? —inquirió Colbie. Luego, presa de pánico—: ¿Y qué sucederá si usted se rompe una pierna?

—¡Bah! Yo saldré y no me romperé una pierna. He de viajar a través del espejo, ya sabe, y perderé tres metros en sentido vertical. ¿A qué distancia cayó? —preguntó, inquieto. Colbie se lo dijo—. ¡Excelente! No está mal para un cálculo aproximado.

—Ha hecho un buen trabajo —admitió Colbie—. En efecto, usted también pasará por encima del borde. La fuerza de gravedad y la centrifuga actúan a su favor.

—Escuche ahora, Colbie, ¿sabe que ha salido por un lado poco conveniente?

Colbie no lo sabía. Así, ¿las naves se hallaban al lado opuesto?

—No, no están al otro lado. Se hallan como a una sexta parte del círculo desde donde está usted.

—Y usted, ¿hacia dónde se dirige?

—Hacia las naves.

Colbie exclamó:

—¡Está loco! Se dirige al lado opuesto de donde yo estoy.

—¡Ah, no! ¡Se equivoca! —replicó Deverel, triunfante—. Me dirijo a un punto del espejo situado a una sexta parte de circunferencia del punto donde está usted, según el sentido de rotación del planeta. Ahora deje de boquear como un pez y oiga la parte más magnífica e increíble de esta aventura. ¿Cree que nos movíamos diametralmente a través del espejo?

—¡Sin duda!

—¡Error! Oiga el notición... —hizo una pausa y luego agregó—: ¡Éramos el disco de un péndulo!

—¿Qué? —gritó Colbie, acongojado—. ¡Por Dios, Deverel, está loco, terriblemente loco! ¡Un péndulo! ¡No colgábamos de nada, de ninguna cuerda, cable ni... Dios!

—¿Se da cuenta? —la voz era benévola—. ¿No lo comprende? Nosotros éramos un péndulo. Lo estupendo es que no hacía falta estar colgados de nada para poder oscilar.

Una cuerda o algo por el estilo habría estropeado por completo el efecto. ¡Constituíamos un péndulo simple perfecto, que hasta la fecha sólo ha existido en teoría! Como sabe, no había rozamiento y además nos movíamos en un vacío perfecto. La acción de la gravedad nos hacía bajar y subir y bajar y subir y bajar y subir. ¡Y no podíamos desviarnos de ningún modo, sino que trazábamos una curva perfecta, la senda que describe el péndulo! ¿Qué es lo más característico del péndulo? ¡Que el período de oscilación es constante! ¿Cree que el saberlo no me fue útil cuando quise calcular con absoluta exactitud el momento en que llegaríamos a la cúspide? ¡Puede apostar a que sí!

Hay algo más acerca de los péndulos... y me sorprende que usted no lo recordara. En el polo terrestre, el plano de oscilación de un péndulo gira una vez cada veinticuatro horas, en sentido contrario al de rotación de la Tierra. Mejor dicho, tal es su movimiento aparente. ¡En realidad es la Tierra quien gira bajo el péndulo! Eso fue lo que ocurrió con nosotros. ¿No se fijó en que las estrellas no cambiaron de posición mientras resbalábamos a través del espejo? Pues no lo hicieron. Nosotros éramos un péndulo. El plano de nuestra oscilación era constante en relación con el espacio. ¡Este planeta delirante giraba debajo de nosotros, porque no había rozamiento alguno que dijera «no»!

¡De modo que dibujé un diagrama... correctamente! ¡En mi cabeza! ¡Y si cree que no fue difícil! Cronometrè las dos o tres primeras oscilaciones después de que se me ocurriera lo del péndulo. Averigüé que cada viaje duraba diecisiete minutos, cuarenta y cinco segundos y cuatro décimas. Y conocía el período de rotación de este planeta: cincuenta y dos minutos, veinticinco segundos y una fracción. ¿Observa alguna relación entre estos números?

—Comprendo —respondió Colbie. Estaba sudando. Tenía la pierna adormecida

desde la cadera—. En cada oscilación tardábamos aproximadamente un tercio del tiempo que el planeta empleaba en una revolución.

—¡Exacto! Seguiré hablando, Colbie; eso le ayudará a olvidarse de su pierna. ¡Por si eso fuera poco, el fondo del espejo está en un polo del planeta! Así pues, éramos un péndulo simple que oscilaba en un polo del planeta. ¡Y la longitud de nuestra «cuerda», o sea el radio de curvatura del espejo es una parte, era de unos dos mil cuatrocientos kilómetros! Ahora bien, en nuestras oscilaciones siempre cruzábamos el centro del espejo, pero no diametralmente. Es decir, que cada oscilación siempre comenzaba y concluía en la misma mitad del espejo. En relación con el espacio, nuestro plano de oscilación era siempre el mismo; en relación con el espejo, era una curva que lo recorría, tocando seis veces el borde. ¡Me costó un trabajo endemoniado! —exclamó Deverel—. Hube de calcular la ley que me indicara exactamente en qué lugar del espejo concluiría cada oscilación, y saber así cuantas veces tendríamos que atravesarlo para regresar a nuestro punto de partida..., al lugar por donde caímos. Finalmente obtuve que una oscilación de un borde a otro termina en el punto opuesto al de partida al finalizar la oscilación. ¿Comprende? Si no entiende, dibuje un círculo dividido en seis arcos de sesenta grados... y descubrirá la ley —en efecto, más tarde Colbie trazó el diagrama—. En resumen, se necesitaban seis oscilaciones de un borde a otro para regresar a nuestro punto de partida. Ésos eran los Momentos Cruciales. Si hubiéramos salido en otro punto, nos habríamos muerto de hambre antes de llegar a las naves... Suponiendo que pudiéramos localizarlas. ¡También existía la posibilidad de que uno de nosotros quedara maltrecho! Y así ha ocurrido. Usted cayó mucho más lejos de lo que yo tendré que caer, y esto es todo. Le solté a usted al finalizar el vigésimo tercer viaje de un borde a otro, y yo saltaré al terminar el vigésimo cuarto... que en efecto habría sido el Ultimo Momento Crucial. No habríamos podido desarrollar suficiente fuerza centrífuga para superar el borde si hubiéramos recorrido el espejo otras seis veces, quedando por consiguiente otros dieciocho metros debajo del borde. ¿Cómo está su pierna? —preguntó.

—¡Estropeada! —Colbie ahogó un gemido.

—¡No se desanime! —le alentó Deverel—. Dentro de siete minutos habré pasado por encima del borde e iré rápidamente a las naves. Quizá tarde varias horas en regresar —agregó con angustia.

—No se preocupe por mí —murmuró Colbie.

Durante las horas siguientes permanecieron en contacto. Deverel pasó por encima del borde y aterrizó ileso. Cruzó la llanura aprisa, pero tomando sus precauciones. Llegó ileso a las naves; menos de quince minutos después, Colbie experimentó la maravillosa sensación de ver llegar su elegante y negro crucero de policía que sobrevolaba Cíclope en línea recta hacia él.

Aterrizó y Deverel desembarcó. Tomando a Colbie entre sus fuertes brazos, lo llevó a la nave, le quitó el traje espacial y desnudó su pierna rota. Era una fractura sin

complicaciones y se hallaba en buen estado. Deverel la entablilló después de dar a la pierna un tirón que logró un doble propósito: hacer que Colbie se desmayara, y reducir la fractura. Después de atarle las tablillas, Deverel arropó al policía.

Seis semanas después Colbie empezaba a pasearse con una rudimentaria muleta. Deverel no se había ido.

—Es un buen enfermero —le dijo un día Colbie, mientras comían—. Gracias, muchísimas gracias.

—¡Olvídelo! —el rebelde sonrió—. Usted tampoco fue mal enfermero. Yo estaría muerto si no me hubiera seguido.

Apuró la taza de café de un solo trago.

—Supongo que ya se encuentra bien —agregó inquieto—. ¿Le parece que despeguemos?

Pensativo, inquieto, Colbie respondió:

—¿Cómo?... Supongo que sí.

Al día siguiente, Deverel ocupó los mandos y puso en marcha la nave, que salió disparada entre la noche eterna de Cíclope. Ligera como una pluma, sobrevoló el espejo más extraño y mágico que haya existido. Al mirarlo, Colbie supo que siempre lo recordaría con más afecto que temor. No dejaría de parecerle un colosal juguete infantil. Tenía tantas características sorprendentes, que casi daban ganas de patinar otra vez sobre su superficie infinitamente lisa.

«Un mundo de sueños —pensó— si alguna vez lo hubo».

Después de aterrizar al lado de la nave de Colbie, el rebelde dijo irónicamente:

—¿Y si nos pasamos de esta nave a la suya?

Colbie le miró muy serio; luego se puso en pie y cojeó de un lado a otro de la cabina. Tenía los dientes apretados, el ceño fruncido, y le temblaban las manos. Se sentó y en seguida volvió a ponerse en pie. La expresión de su rostro era casi salvaje.

De pronto se agitó con violencia, y una mueca deformó sus facciones. Volviéndose, clavó en el rebelde su mirada gris y ardiente.

—¡No puedo hacerlo! —gritó, irguiendo la cabeza—. ¡Después de todo lo que hemos pasado! ¡Maldita sea, Deverel! Mi trabajo ha dejado de gustarme. Siento demasiada amistad hacia usted. Me cae endiabladamente bien. Es un buen muchacho, de verdad. ¡Diablos! Ha tenido ocasión de fugarse en cualquier momento de las pasadas seis semanas. No, no puedo hacerlo. Sería como... aprovecharse injustamente. Conque está libre. Escribiré en el informe algo así: «Rebelde capturado, pero me engañó y huyó» —concluyó con forzada sonrisa.

—De acuerdo —accedió Deverel serenamente.

—Debo irme. Sólo estaré aquí, digamos, otras veinticuatro horas. ¿Piensa dirigirse a algún lugar en especial? —preguntó con amabilidad.

—No —respondió Deverel, pensativo—. Aún no he elegido ningún destino. ¿Quiere que le envíe una postal? Lo haré, si cree que me necesita.

—No se moleste. Nunca me fue difícil localizarle —respondió Colbie

burlonamente.

Llegada la hora, se puso un traje espacial. Deverel abrió la escotilla y Colbie se detuvo un momento antes de salir. Ambos hombres se quedaron allí, despidiéndose con la mirada. Luego se abrió la compuerta.

Siguió con la mirada a Colbie hasta que éste entró en su nave.

En seguida tomó los mandos y, mientras los motores de popa arrojaban gases incandescentes, el rápido crucero aceleró hasta desaparecer en yermos ilimitados y sin caminos del espacio.

\* \* \*

Este cuento me encantó. Es un relato que plantea un problema y lo resuelve de manera realmente científica (aunque la solución es errónea, como observó por extenso un lector en la sección de cartas de la revista, pocos meses después).

También yo he intentado escribir cuentos que planteen un problema, pero no es fácil idear uno tan puro como *Los hombres y el espejo*. En mi caso, el más logrado quizás ha sido *Paté de Foie Gras*.

Pero, para mí. *Los hombres y el espejo* tiene una nota melancólica. Fue el último cuento del que disfruté ajeno a cuanto existe más allá del lector de ciencia-ficción. Fue la última vez que experimenté el placer puro de la lectura imparcial.

Resulta que me había convertido en algo más que un aficionado. Cuando concluí *Cosmic Corkscrew* lo llevé a las oficinas de «Astounding Science Fiction». Allí conocí a John Campbell. Naturalmente, *Cosmic Corkscrew* fue rechazado, pero ya estaba escribiendo otro relato (que luego fue vendido y publicado bajo el título de *The Callistan Menace*).

Esto implicaba verme expulsado del paraíso. Ya no tuve nunca la menor posibilidad de leer ciencia-ficción con placer completo. Ahora era un escritor frente a mis rivales. Si la narración publicada era mucho peor que las que yo fuese capaz de escribir, la leía lleno de desdén y fastidio. Si era mucho mejor, me llenaba de envidia y angustia. Ya no podía leer para evadirme.

Pero no importa...

Fui expulsado de un paraíso para entrar en otro.

En la «Astounding Science Fiction» de agosto de 1938 apareció *Who Goes There?*, de Campbell, bajo el seudónimo de Don A. Stuart. (Para entonces ya sabía quién era Stuart). Este relato fue, sin duda, uno de los mejores cuentos de ciencia-ficción que se hayan escrito... quizás el mejor, para los de extensión inferior a la de una novela.

Era una adaptación de su cuento *Los ladrones de cerebros de Marte*, incluido en esta antología, pero *Who Goes There?* es de una calidad muy superior. Fue como si Campbell quisiera demostrarle a todo el mundo de la ciencia-ficción qué era

exactamente lo que él buscaba. *Los ladrones de cerebros de Marte* podía ser un buen relato a la antigua usanza, pero *Who Goes There?* era lo nuevo, lo que él trataba de imponer.

Por consiguiente, con la «Astounding Science Fiction» de agosto de 1938 y con el cuento *Who Goes There?* empieza la Edad de Oro de la Ciencia-ficción (con mayúsculas).

Aquí debe terminar el libro cuyo título es La edad de oro de la ciencia-ficción.

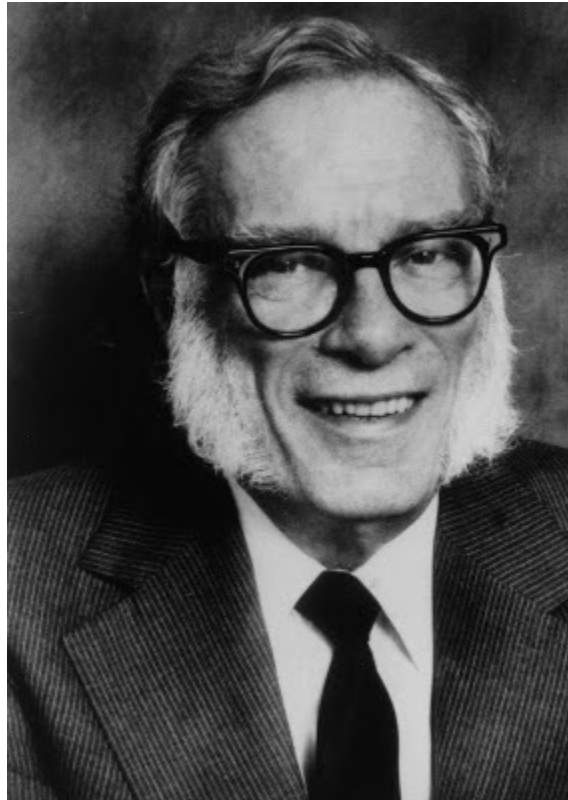
Y yo era parte de la nueva Edad de Oro. En octubre de 1938, tres meses después de leer *Who Goes There?* (con un deleite comparable sólo a mi desesperación), conseguí mi primera venta... a la «Amazing» de Ziff-Davis. Tres meses después logré colocarle un relato a Campbell.

Ya era un autor hecho y derecho. Como la ciencia-ficción misma, acababa de ascender a un nivel más alto. En este plano superior, las alegrías no eran puras, pues existía la contrariedad de la narración que uno no sabía cómo terminar, y el temor a la fatal nota de rechazo del editor. Pero también existía el inaudito placer de conseguir una venta de vez en cuando.

Para lo que pasó luego, es decir para la historia de mis siguientes once años de luchas y vicisitudes (y narraciones), os recomiendo *The Early Asimov*, que desde ahora constará como el tomo segundo de mi peculiar autobiografía.

A menos, naturalmente, que ya lo hayáis leído.

**FIN**



ISAAC ASIMOV. (Petróvichi, Unión Soviética, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992), fue un escritor y bioquímico soviético, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.

La obra más famosa de Asimov es la Saga de la Fundación, también conocida como Trilogía o Ciclo de Trántor, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación.

Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.

La mayoría de sus libros de divulgación explican los conceptos científicos siguiendo una línea histórica, retrotrayéndose lo más posible a tiempos en que la ciencia en cuestión se encontraba en una etapa elemental. A menudo brinda la nacionalidad, las fechas de nacimiento y muerte de los científicos que menciona, así como las etimologías de las palabras técnicas.

Asimov fue miembro de Mensa durante mucho tiempo, a cuyos miembros describía como «intelectualmente combativos». Disfrutaba más de la presidencia de la Asociación Humanista Estadounidense, una organización de ideología atea.

En 1981 se nombró a un asteroide, el 5020 Asimov en su honor. Actualmente el robot humanoide de Honda se conoce como «ASIMO», aunque dicha empresa haya desmentido varias veces que el nombre tenga algo que ver con el del autor.



# Notas

[1] Marte gira sobre su eje en 24 horas, 37 minutos, 22,67 segundos. Phobos, su satélite más próximo, que sólo se halla a 5960 kilómetros de Marte, completa su órbita en 7 horas, 39 minutos; por tanto, da más de tres vueltas al planeta durante el día marciano.

Como Phobos se mueve en el mismo sentido de rotación del planeta, es evidente que para un observador situado en Marte parecería salir al oeste y ponerse en el este. <<